

Vida de la Santísima Virgen María Madre de Dios

Con la descripción de los lugares que habitó en Palestina y Egipto, y principales festividades de la Virgen

Joaquín Casañ y Alegre

Introducción

Tierra hermosa de Palestina, tierra bendecida y santificada con la presencia de Jesús, María, José, Joaquín y Ana; sagrada familia a quien el Señor concedió la gloria de ser copartícipes de la redención del mundo por el sacrificio de su Hijo, el Verbo humanado, yo te saludo desde las páginas de este libro que pongo bajo el amparo y protección de la más pura de las mujeres, María, Madre del Redentor y nuestro amparo y consuelo. Yo beso con veneración tu santo nombre y el hermoso de la tierra que fue cuna del Salvador del mundo y de su santa Madre, y tierra en la que se desarrolló el más grande de los misterios de nuestra redención.

Y al estampar el nombre de Palestina, tan lleno de encanto y de sagrados recuerdos para el católico, surge ante mi mente, bella, encantada con la sublime poesía del más grande de los poemas, el de la redención del hombre por la participación de una Virgen en la que se realizó el milagro anunciado por los profetas, voz del Señor Todopoderoso, y levantas en mi mente la imagen embelesadora de la poesía de tus valles, el conjunto de tus montañas, el perfume de tus flores, el aroma embriagador de tus azucenas, de tus rosas, cinamomos y limoneros. La belleza de tu cielo, de tu lago de Tiberiades, mar de Galilea, siempre azul y sereno; el plateado curso del Jordán rodeado de frondosas arboledas y de puras y sagradas aguas: el torrente del Cedrón, con sus olivos seculares, árbol fecundo de la paz que acompañó al Señor en su terrible agonía; el alto Líbano con sus majestuosos cedros, sus nevadas cumbres envueltas en blancas nubes; el Carmelo con su elevada mole hundiéndose en el azul Mediterráneo, el mar camino de toda civilización; sagrado monte en que vislumbró el profeta en su éxtasis la imagen bella y radiante en nítida nube de la esperada por los pueblos, como Madre pura y virginal del Salvador del mundo. Yo contemplo a Nazareth, la bella ciudad escondida en el seno de un hermoso valle en que el nogal, la higuera, el naranjo y el granado, esmaltan con sus diferentes verdes y rojos frutos, encanto de los ojos y placer del paladar, como ofrenda a la ciudad en que pasó la niñez la siempre Virgen María, la Estrella del Mar, la hermosa Miriam y la de su santo Hijo.

Yo reconstituyo allá en lo recóndito de mi imaginación a Bethlén, en la dichosa noche del nacimiento del Hijo de María, del Hijo del Eterno Padre; veo el humilde portal convertido en clarísima puerta del templo de la verdad, e invadiendo aquel hasta entonces triste pórtico la luz que había de alumbrar al mundo en medio de aquella larga noche del error, perpetuado por tantos siglos de marcha divergente del centro de la tradición genesiaca, que fuiste tú, Palestina, quien conservaste y alimentaste con tu esperanza, y confiando en la promesa de Dios al lanzar a nuestros padres del Paraíso. Yo contemplo al Sinaí envuelto en los rayos de la Majestad Suprema, dando la ley al pueblo escogido, y a Moisés, hundida su frente en el polvo ante el Dios Creador. Yo veo el Calvario, ara santa del sacrificio del Hijo de Dios, y la Cruz que inmensa, estrecha y ciñe la redondez de la tierra con sus brazos, lazo de amor y de sacrificio regado con la sangre del Mártir, que tantos millones de mártires había de sembrar

sobre la tierra, y veo, por último, el Thabor, altar sagrado de la Transfiguración de Dios Hijo en luz clarísima, representación de la verdad y claridad del Evangelio.

En esa tierra sagrada para el cristiano; en ti, Palestina santificada por el sacrificio más grande que admira la humanidad; en ti, tierra enaltecida por Moisés, David, Salomón, Ezequiel, Isaías, Micheas y Juan, profetas y precursor de la luz que había de venir; en ti pienso, confieso y siento en dulces impresiones. En ti, que olvidada de los hombres viviste encerrada en el aislamiento y soledad del mundo, que resonaba en estruendosas guerras, hasta que el romano, señor del mundo, que había llegado a tus costas, te domina e impera, y cuando reina la paz universal, cuando las puertas del templo de Jano se cierran y el dominio y señorío de Roma parece eterno, entonces, entonces se cumple la palabra de Dios, y nace un Niño de una Virgen pura, que después, con su palabra y su doctrina, hunde al dominador universal, derroca su poderío con sólo la palabra y su doctrina, más fuerte y avasalladora que todas las armas del mundo, pues que éstas dominan el cuerpo y la palabra señorea el alma.

Pero desgraciadamente aquella hermosura de la tierra prometida decayó con la invasión sarracena y agostados sus campos presenta hoy distinto aspecto, parece entristecida al verse dominada por la media luna e imperar en sus ciudades la doctrina de Mahoma. «Esta desolada región, dice Chateaubriand, produce a primera vista cierto desasosiego en el corazón: mas luego que pasando de soledad en soledad ve el viajero dilatarse sin fin aquel espacio, se va desvaneciendo poco a poco esta inquietud y experimentamos un terror secreto, que lejos de abatir el alma, la infunde nuevo valor y encumbra más el espíritu. Los extraordinarios objetos que por todas partes se descubren, indican que aquel país ha sido fértil en portentos: un sol ardiente, el águila impetuosa, el humilde hisopo, el cedro soberano, la estéril higuera, toda la poesía, todos los cuadros de la Escritura, todo se encuentra reunido en aquel sitio. Cada nombre encierra un misterio, cada gruta habla de lo porvenir y cada cima de aquellos montes retumba con los acentos de un profeta. Dios mismo ha hablado en aquellos sitios, y los torrentes secos y las rocas hendidas y los sepulcros entreabiertos atestiguan el prodigio: el desierto parece todavía enmudecer de terror y se diría que no se ha atrevido a romper el silencio desde que oyó la voz del Eterno».

Y en verdad que el nombre de Palestina despierta en nuestra alma un mundo de poéticos y sagrados recuerdos: no hay nombre de montaña, valle, cumbre ni ciudad que junto con sus armónicos nombres no lleve envuelto en sí las bellas páginas de los sagrados libros y evoque las primeras impresiones de nuestra niñez al embelesarnos con los hechos de la Sagrada Historia. Emaús, Judea, Nazareth, Aín, Hebrón y Jerusalem, ciudades que en nuestra mente infantil se presentaban llenas de encantos y hermosura, como ataviados con la varonil belleza se nos representaban Moisés, Aarón, Josué, Gedeón y bellas como las flores de sus campos las heroínas Judith, Esther, Abigail y la más hermosa de todas estas figuras, María, la heroína y Virgen Madre de Jesús, que cual faro refulgente es y ha sido el objeto de nuestra admiración y entusiasmo.

María, Jesús, José, Ana, Joaquín, el Bautista, nombres que tan dulce suenan en nuestros oídos y hacen vibrar nuestro corazón con los más tiernos acordes del sentimiento y amor a los copartícipes del gran poema de nuestra redención, es imposible pronunciarlos sin que el nombre de Palestina no resuene como nota armónica de la más dulce música y del más suave colorido que embelesa nuestros ojos con la contemplación de los paisajes de la tierra en que se desarrollaron los misterios de la vida de María y pasión de su Hijo Jesús nuestro Redentor.

Tierra bendita de Palestina, tierra consagrada, campo hermoso y fecundo de nuestra redención, tierra que guarda su fisonomía propia conservando sus costumbres, su manera de ser, sus trajes y aspecto, tierra en la que verdaderamente se atesora toda la tradición, con su color y encanto a través de los siglos. Vigoroux expresa del siguiente modo la manera de ser este pueblo, que guarda a través de los siglos su elemento histórico:

«Una de las más dulces alegrías del peregrino de Tierra Santa es ver todavía con sus ojos las costumbres y hábitos patriarcales. Las escenas de los Libros Santos aparecen vivas, claras e inteligibles cuando casi podemos tocarlas, ser como sus testigos y actores. La inmovilidad de Oriente ha hecho de él una especie de Pompeya, pero no una Pompeya muerta en que lo pasado se, ha inmovilizado, no, es la antigüedad que vive aún, que obra y se mueve a nuestra vista. Sólo conocemos a los romanos y los griegos por sus escritos, por sus artes, por sus pergaminos, sus mármoles, sus frescos y algunas ruinas: Atenas no está habitada por sus antiguos atenienses y Roma no está poblada por sus antiguos romanos; pero en Palestina - como si Dios por una gracia singular, hubiese querido permitirnos juzgar hoy todavía de las descripciones que su Espíritu ha dictado a los escritores sagrados-, en Palestina, sus antiguos habitantes parecen vivir aún: llevan casi los mismos trajes, hablan un lenguaje poco diverso del antiguo, tienen los mismos modismos en su lengua, el mismo tono, los mismos hábitos, las mismas costumbres. Abraham habita aún allí bajo la misma tienda, Sara amasa el pan para sus huéspedes, Rebeca va a buscar el agua a la fuente. Los usos que reinaban en esas regiones hace cuatro mil años, se han conservado intactos o casi sin cambio... La costumbre de casarse en la propia familia subsiste siempre, y un padre no da a su hija a un esposo extranjero a no ser que haya sido rehusada por su primo. Ciertas tribus no permiten jamás que sus miembros tomen una mujer fuera de su seno. Las disensiones entre Sara y Agar se reproducen con frecuencia en las familias árabes, y una de las esposas es obligada a dejar la tienda conyugal por el bien de la paz... Las mujeres llevan las joyas que Alazor dio a Rebeca, con las que se adornaba Sara; el *nizem*, anillo de oro o de plata, sobrecargado de perlas y coral, es suspendido de la nariz; collares y brazaletes adornan su cuello y manos».

Faltan a estos detalles otros muchos en el citado autor: todavía visten las nazarenas el mismo traje que Ana y María, la misma hechura y corte acopla las telas y todavía el camello y la caravana son el modo de viajar en Palestina, verdaderamente este pueblo y esta región es un documento vivo y fehaciente de la historia. A poco de poner los pies en Palestina nos creemos transportados a los tiempos bíblicos, y al ver cruzar en lontananza al escueto camello que dibuja su silueta en un cielo teñido con los rojizos celajes del ocaso, creemos ver a los criados de Abraham retornando de los campos de su señor o los mercaderes que llevaban a José vendido por sus hermanos.

Por eso decimos y repetimos que visitarte ¡oh Palestina!, sin trasladarse a las épocas de tu esplendor, cuando el templo se levantaba erguido y majestuoso sobre la cumbre de Jerusalem, es imposible dejar de impresionarse nuestra alma con tan hermosos recuerdos y sin que a ellos presidan en luminoso nimbo los nombres de Jesús, María y José.

Sí, tierra de bendición; en tu seno y entre el perfume de tus naranjos y limoneros, los aromas de tus jardines y las azucenas y lirios de tus valles, había de nacer María, la hija de Joaquín y Ana, pura en su concepción como correspondía al arca santa que había de encerrar en sí al Verbo humanado, el Hijo de Dios. Allí naciste, y mecida por las brisas del Mediterráneo, pasó su infancia la Reina de los Cielos, y en tu seno se verificaron todos los misterios de la redención del humano linaje, santificándote para los siglos. Yo te saludo, tierra sagrada de promisión; tú fuiste la prometida de Dios al pueblo de Israel y la fuente de alegría para el mundo con el nacimiento de María y de Jesús, pues de ella nos vino la fe, la esperanza y el amor a nuestros hermanos.

Tal es el encanto que en mi alma produce tu santo nombre, tierra bendita de nuestra redención, y suenan en mis oídos tan armónicamente, como dulce y embelesador el nombre de María se graba en el alma.

Si queréis gozar de esos placeres del espíritu cristiano, si queréis sufrir con los dolores y agonías de esa santa Madre, si queréis conocer el lugar de las escenas de tan grandioso poema, de tan sagrados misterios, seguidme; vuestra compañía fortalecerá mi espíritu y yo con voluntad firme y fe decidida, os relataré la vida de María y os haré conocer los lugares en

que vivió y gozó con la compañía de su Hijo, sufrió con su martirio y se levantó llena de luz radiante y pura a los cielos con majestad y gloria.

Seguidme y penetraremos en Nazareth, entraremos en la casa del santo matrimonio, y llenos de devoción y de fe visitaremos la estancia que habitaba María, la pura mujer que había de ser Reina de los cielos; veremos el sagrado recinto en que pasó sus primeros años la que había de ser Madre de Aquél, cuya doctrina había de iluminar al mundo, la casa de la prometida por Dios al lanzar del Paraíso a nuestros pecadores padres; la de aquella prometida que había de quebrantar la cabeza de la serpiente, causa de la perdición del mundo, borrando con su pureza y sacrificio el delito de nuestros padres. Seguiremos paso tras paso la niñez de esa Virgen concebida sin pecado original, en el templo, y sus místicos desposorios con José.

Conoceremos la vida de ese matrimonio espejo de los cristianos, su vida humilde, resignada y santa, visitaremos el santo lugar de la Salutación del Ángel, gozaremos con Ella en el portal de Bethlén, y nos alegraremos con esa dicha ante la adoración de reyes y pastores.

Temblaremos con Ella ante la persecución de Herodes, y sufriremos hambre y sed en su penosa huida a través del desierto, falta la Santa Familia de los más necesarios alimentos, caminando con las caravanas, durmiendo bajo el estrellado cielo de brillantes constelaciones trémulas en su luz, cual espantadas ante los sufrimientos y penalidades del Hijo de Dios.

Relataremos la vida de los desterrados en Egipto y su vuelta a Nazareth; veremos a la pura Señora extasiarse de placer ante las predicaciones de su Hijo, y sufriremos con su espanto ante el miedo de la muerte de Aquél cuando las turbas querían despeñarlo de lo alto del monte del *Tremor*.

La veremos llena de asombro y alegría en las bodas de Caná ante el milagro de su Hijo, y con Ella sufriremos en la calle de la Amargura y en el Calvario ante la bárbara crucifixión de su Hijo, y nuestro corazón se despedazará con el cruel tormento; la acompañaremos al sepulcro y con Ella gozaremos al verle resucitado, y por último la acompañaremos en su soledad, hasta que la muerte la eleva al trono de su Hijo, siendo recibida llena de gloria por la Trinidad santa, que la corona por Reina de cielos y tierra.

Tal es nuestro plan siguiendo las huellas luminosas que nos dejaron los santos Evangelistas, doctores y místicos historiadores de la vida de la Santísima Virgen; a ellas ajustaremos nuestros pasos en tan dulce misión, y nuestro trabajo será el de narradores fieles de los hechos de su santa vida, espejo de virtudes y consuelo de nuestras almas. Sólo la parte descriptiva entrará en ella como obra nuestra; la impresión artística y poética exaltada por la fe para enaltecer y localizar la narración con la de los lugares que la Virgen consagró con su planta y embelleció con su mirada. Puesta en María nuestra esperanza, acometemos esta obra que colocamos bajo su amparo y protección, para que en su honor y exaltación la terminemos tan llenos de fe, amor y esperanza en Ella, como la emprendemos.

Capítulo primero

Tradiciones de pueblos antiguos sobre la venida de una Virgen Madre de un Redentor

Si abrimos los libros de las teogonías orientales, en ellos hallaremos consignada bajo diversos aspectos de la fábula, de la poesía y de la leyenda, la expresión de una virgen que había de venir para redimir a aquel pueblo. La idea de ser cada nación antigua, de un origen divino, haciendo remontar sus primeros padres a los dioses de quienes procedían, hicieron que cada pueblo, cada región se creyera la llamada por sus dioses a ser la señora de los demás vecinos, a quienes consideraban en su orgullo como inferiores. La India, el Egipto, la Persia y otros muchos, consignan en sus libros sagrados la esperanza de una virgen madre que había de dar a

luz a un hombre, sabio, conquistador, llamado a sojuzgar a los demás pueblos, bajo una doctrina que le engrandecería y le haría señor del mundo. Y nada de extraño tiene que esta doctrina reinara entre ellos; es la tradición que conservó su verdad desde el origen, aun en medio de los cambios y transformaciones hijas de la naturaleza e imaginación de las razas que más o menos fantásticamente la adornaron, desde las heladas regiones del Norte a las abrasadas riberas de la India, la tradición presentó siempre el mismo principio, el de una virgen redentora.

Y hemos dicho que es la única tradición que presenta unidad en su pensamiento, y esto se concibe con sólo recordar que el Señor, al arrojar del Paraíso a nuestros padres por su pecado, dijo, que la mujer había sido la causa de la perdición, del pecado, inducida por la serpiente, espíritu del mal rebelado contra su Creador; pero que una mujer, una Virgen nacería que quebrantaría la cabeza de la serpiente, redimiendo al mundo del delito por la concepción pura y sin mancha del Redentor del mundo. Y esta promesa de Dios, no había de dejar de cumplirse, pues todo en el mundo pasará menos la palabra de Dios. Y esta promesa encarnó en el corazón de nuestros padres, pasó a las generaciones como una esperanza y esparcióse por la faz de la tierra cuando la dispersión del género humano al pie de la torre de Babel, y al separarse los pueblos, cambiaron de zona, de climas, cayeron en el error de la idolatría y otras falsas creencias, enturbióse la clara fuente del conocimiento de Dios Padre, Espíritu creador y factor del mundo, cayeron los pueblos en las más groseras y sensuales creencias religiosas, con ritos y prácticas las más absurdas, pero en medio de tal corrupción, de tan grosero materialismo, la idea madre de una virgen corredentora, la idea de lo prometido por Dios, subsistió y permaneció pura en medio de las negras gasas con que la envolvió la imaginación. Así es, que los druidas, ese pueblo de religión fantástica que celebraba sus misteriosos ritos rodeados de la solemne majestad de los bosques, y en que la luna era la antorcha que alumbraba sus altares, en medio de aquella noche moral en que se hallaban sus mentes, en medio de la separación del concepto puro de la divinidad, con la esperanza de una aurora, de un día lejano en que el sol de una verdadera religión había de llegar, ya levantaban altares en medio del severo ramaje de las encinas, a una virgen que había de parir⁽¹⁾.

El pueblo chino, ese pueblo misterioso que encerrado en su muralla que limitaba tan vasto imperio, sin comunicación con los demás pueblos, viviendo y marchando dentro de sus límites con una civilización superior a la de las demás regiones de la antigüedad, también conservó la tradición de la promesa de Dios, y Confucio (Con-Fu-tse), su legislador civil y religioso, dice haber hallado entre las antiguas tradiciones de su pueblo, la que hace referencia a un Santo que había de aparecer en las comarcas occidentales del Asia, y con una solemne embajada enviaba el pueblo de Confucio a buscarle, cerca de medio siglo después de la muerte del Hijo de Dios en el Calvario.

Época era ésta la más apropiada para la tradición, pues coincidía, dice Lafuente en su *Vida de la Virgen*, con la dispersión de los Apóstoles para la predicación de la santa doctrina.

Los Magos por su parte, esperaban también en el milagro de una virgen, y afanosos y cuidadosos del estudio de los astros y constelaciones, objetos de sus creencias y religión, fundada en el culto del sol, la luna y las estrellas, esperaban apoyándose en las tradiciones del Zerdusht, la aparición en el brillante y hermoso cielo de Caldea, de la estrella de Jacob que había de guiarles en la busca y hallazgo de la cuna de Cristo.

En la India, en la misteriosa tierra de encantadora naturaleza, de las palmeras y los anchos ríos, de las espumosas fuentes y embriagadoras flores; el país de la sensualidad y de las pasiones, esperaba también al glorioso Abatar, encarnación de una transformativa divinidad que había de nacer de una virgen, como última y más portentosa de sus transformaciones, y que según sus Brahmanes (sacerdotes) había de purgar al mundo del pecado. Esperanza, que pedían se realizase por medio de ofrendas de matas de albahaca, la planta favorita de los

dioses, presentada en sus altares tan fastuosos como su civilización y trajes resplandecientes de oro y pedrerías.

Los griegos, los escandinavos, los scitas y otros cien pueblos más, todos conservaban más o menos adulterada aquella idea, aquella tradición, nacida en las puertas del Paraíso, por la promesa de Dios.

Por último, el pueblo romano, que con sus armas y con sus leyes había dominado al mundo antiguo, que en medio de su religión idiolátrica, había ido admitiendo como medio de su política dominadora, todas las divinidades de los pueblos sujetos a su yugo, y comenzando por creer en todas las religiones, aceptando las de todos los pueblos de sus conquistas y convirtiendo a Roma en templo de todas ellas, había concluido por no creer en ninguna, cayendo en el escepticismo, en la más fría de las muertes para el corazón, el indiferentismo. Tomaron los libros sagrados de todos los pueblos y religiones; pero los libros de la Sibila de Cumas, quizá contemporánea de Héctor y de Aquiles, fueron los que con más cuidado conservaban y respetaban, sin que sus predicciones hicieran asomar a los descreídos labios de los señores del mundo, la risa del desprecio, ni la sonrisa de la incredulidad en semejantes augurios. La promesa de la Sibila de una Virgen maravillosa, que siéndolo había de concebir y dar a luz a un hijo, que lo sería Hijo de Dios unigénito; la idea de que este Hijo de aquella pura Madre sería adorado por los pastores, la serpiente encarnación del mal vencida y humillada por aquella Virgen, portento de pureza y de lo maravilloso, y la vuelta de los hombres a la edad de oro y de la paz universal, llenaban y preocupaban la mente de los dominadores del mundo, haciéndoles exclamar como lo hace el gran poeta latino Virgilio en su *Égloga 4ª*: *Ya viene la Virgen*, y los romanos como todos los demás pueblos, y ellos especialmente que con su afán de abarcar en el recinto de Roma todas las religiones del mundo, llegaron a levantar altares al *Deo ignoto*, al Dios desconocido, aquel Dios desconocido que naciera en su mente por las profecías de la Sibila, les impresionaba.

El mundo entero conocido de los antiguos coincidía en una esperanza, la de la redención del mundo por el nacimiento de un Santo, hijo de una Virgen que lo había de seguir siéndolo después de su concepción. Sujeta toda la tierra conocida entonces, de la India a España, de la Libia a la Escandinavia, todos estos pueblos sujetos o señoreados por el vencedor romano, unidos bajo un lazo político de ley y de idioma, cuando el templo de Jano se cerraba por no haber guerras ni pueblos que conquistar, cuando la paz se cimentaba después de tantos siglos de continua lucha, sólo brillaba una esperanza; todos los pueblos esperaban un gran acontecimiento, todos esperaban según sus creencias la venida de aquel Hijo de Dios, de aquel sabio legislador según unos, invencible guerrero según otros, pero todos convergentes en la creencia de su nacimiento como Hijo de Dios en una Virgen doncella.

El vaticinio de la Sibila de Cumas, se había hecho hasta popular entre los romanos; no era ya sólo patrimonio de aquellos hombres estudiosos de la antigüedad, sino que rebasando aquellos límites, había llegado a manos de los poetas y del pueblo, y así hemos visto cómo Virgilio, el dulce poeta, el cantor de los placeres del campo, cuando Augusto cerraba las siempre abiertas puertas del templo de Jano, por reinar ya la paz material universal, preludia en sus sentidos versos la profecía de la Sibila; y no teme en intercalar en sus hermosos versos la llegada de Cristo, de la Virgen maravillosa, que dada la prosperidad del reinado de Augusto, debía venir en aquellos momentos de calma universal, y al efecto copiamos la traducción que de los hermosos versos virgilianos hace D. Vicente Lafuente en su citada obra:

El orbe regirá, que con proezas
En grata paz dejó el paterno brazo:
La sierpe morirá: sin el veneno
La hierba crecerá; y en el regazo
De las fértiles comarcas de la Asiria
Aromas brotarán sin embarazo.

Vese en estos conceptos de Virgilio claramente expresados, la idea de paz universal, la destrucción de la infernal serpiente, la aniquilación de las plantas venenosas y mortíferas como representación del pecado y que son rémora al desarrollo de las salutíferas plantas nacidas de una nueva era como lazo de paz al desarrollarse en Europa, como el cinamomo y la canela. Es decir, que de una manera poética consigna la prosaica tradición del pueblo romano, tan imbuido ya por la irreligiosidad a que le habían conducido tantas creencias, pero embozada y bastardeada de su primitiva sencillez y grandeza. Pero al remontarse el poeta y querer emular al profeta, se eleva, pero sus alas son como las de Ícaro, de cera, y cuando quiere alzarse al nivel de aquéllos cae, cae en el campo de la más triste idolatría.

Ya viene la *Virgen*, ya vuelven los tiempos de oro en que reinó Saturno.

Así en la obscuridad de la idolatría, Virgilio barajó la profecía con el antropomorfismo; no era él, no, el llamado a difundir la predicción de la promesa de Dios, y por tanto esa esperanza de una *Virgen* que venga a reinar con Saturno, vio el resplandor de la luz, pero no fue a ella. Mas si la tradición de una *Virgen* corredentora concurrió en los pueblos y de una manera más o menos perfecta pasó como vislumbre de una remota aurora, no sucedió así entre los descendientes de Abraham, el pueblo escogido por Dios para ser el conservador del fuego santo de la ley divina promulgada en el Sinaí. No: entre el pueblo de Jacob, esa esperanza, esa tradición, no fue la luz indecisa, pálida y que sin vislumbres se conservó en los pueblos idólatras, sin aclarar ni desvanecer las tinieblas en que el error de los hombres les habían envuelto, no: allí era una débil luz que no iluminó los espíritus; aquí, entre el pueblo de Moisés, de Abraham y de Jacob, fue una luz clara, un faro al que el pueblo todo encaminó sus pensamientos, elevó sus oraciones y espero en la sagrada promesa de la redención. Luz viva, esplendorosa y refulgente que imperó entre los hijos de Israel, confiados en las profecías de Isaías, de Micheas y demás profetas que con sus cánticos y promesas los alentaron por inspiración divina en la esperanza de la venida del Mesías que había de nacer de una *Virgen* pura, casta y sin mancilla, como hija de Dios y esposa del Santo Espíritu, que había de encarnar en su seno. Tradición pura que pasa de los hijos de Adán, a los de Noé, a los Noakidas, a los hijos de Abraham, a los israelitas, y de éstos a los cristianos y a los redimidos por el sacrificio del Hijo de Dios, del Hijo de la *Virgen* María, el anunciado por los santos patriarcas y profetas del pueblo de Israel, como hermosamente dice el ya citado escritor. Tradición que desde las palabras del divino Oráculo en las puertas del Paraíso, desde el establecimiento de los israelitas en Palestina, la *Virgen* corredentora, más bien había sido comprendida que revelada en las palabras de los patriarcas y profetas, pero desde los tiempos de David, la figura de María, no aparece como velada por una pura gasa que esfumina sus contornos; desde la época del rey poeta, se perfila, determina y agranda de una manera espléndida, llena de luz y de encanto, cual la pura que de sí había de irradiar en el mundo. Desde entonces, la que había de hacer correr en las venas del Hijo de Dios, la sangre de Abraham, Jacob y del justo Jessé, se hace más comprensible, y Salomón la pinta con la suave y tierna dulzura que conocemos: la ve elevarse en medio de los hijos de Judá, pinta los encantos de su rostro, sus gustos sencillos y llenos de poesía, que silenciosa y recogida se oculta a la vista de todos como *la paloma que hace su nido en el hueco de las peñas*, es la escogida para su místico himeneo con preferencia a las vírgenes y reinas de todos los pueblos, se le ha prometido una corona por aquel que es *amado de su alma* y el lazo feliz que la une con su real esposo *es más duro que la muerte*.

Elías, cuando oraba en el monte Carmelo implorando de Dios el término de la sequía que abrasaba la tierra, la descubre; ve a la *Virgen* prometida bajo la forma de una transparente nube que se eleva del seno del azulado mar para anunciar la vuelta de la lluvia, que había de refrescar la tierra, y entonces el profeta eleva en el monte Carmelo un oratorio a la futura Reina de los cielos, a la que ha de traer la salvadora lluvia del Redentor, que ha de apagar la sed y el ansia de los que en ella y en su Hijo esperaban.

Isaías ante los temores de Acab, al verse amenazado por los enemigos, le dice que no tiemble, pues de la casa de David nacerá una virgen, *la Virgen concebirá y dará a luz un Hijo, por nombre EMANUEL, esto es, Dios con nosotros. Este Hijo, dado milagrosamente al mundo, será un renuevo del tronco de José, una flor nacida de su raíz. Será llamado el Dios fuerte, el padre del siglo venidero, el príncipe de paz. Será levantado como un estandarte a la vista de los pueblos, las naciones vendrán a ofrecerle sus homenajes y su sepulcro será glorioso.* (Isaías, cap. VII, vers. 14.)

(Isaías, cap. VII, vers. 14.)

Las figuras del Antiguo Testamento, según testifican los Padres de la Iglesia, son las señales que anuncian la salida del *Sol de Justicia* y de la Estrella del Mar: a Jesús pertenece la fuerza; a María la gracia y la misericordiosa bondad.

Otro profeta, Micheas, anuncia y predica el lugar en donde ha de nacer el Redentor que el pueblo espera y dice: «Y tú, Bethlén Ephrata, no eres ciertamente la más pequeña entre las principales ciudades de Judá, porque de ti saldrá el que ha de ser dominador de Israel, y su salida será desde los días de la Eternidad». (Micheas, cap. V, vers, 2º.)

Vese como decimos, y los profetas confirman con sus predicciones, cómo la promesa de Dios hecha ante la expulsión del Paraíso, había ido transmitiéndose de pueblo en pueblo hasta los confines de la tierra y conservada entre los pueblos, ya de una manera más perfecta, ya envuelta entre las obscuridades del paganismo, y que sólo se había conservado pura entre el pueblo de Israel, el pueblo escogido por Dios para bajar a la tierra y al seno de una Virgen, el Hijo de Dios, el Redentor prometido y por quien el pueblo suspiraba. Todo estaba preparado, la paz material reinaba en el mundo y se acercaba la plenitud de los tiempos.

Todo cuanto en el mundo sucede tiene señales que le preceden; cuando el sol está inmediato a su nacimiento, el horizonte se tiñe de rosada luz; cuando la luna aparece en el cielo saliendo hermosa y clara del seno de las aguas, blanca luz, nacarada atmósfera tiñe el cielo; a la tempestad, la precede una calma aterradora, en que ni la hoja se mueve en el árbol, para después el huracán arrollar la arboleda y arrancar de cuajo troncos y peñascos.

Así todas estas señales, estos anuncios de los profetas, precedieron cual ráfagas de luz, rápidas como la del relámpago, a la luz verdadera que había de venir a redimir al mundo, a cumplirse en la pura Virgen, al pronunciar aquellas palabras de sumisión y obediencia en el acto de la Encarnación, *hágase en mí, Señor, vuestra voluntad*, la conversión en arca santa en la que había de encarnarse el Hijo de Dios, el anunciado por el Padre al lanzar a los nuestros del Paraíso, en la que había de quebrantar la cabeza de la serpiente, el espíritu del mal, proclamándola pura en su Concepción y pura antes y después del nacimiento del Hijo de Dios; el verbo humanado estaba cerca, las siete semanas de Daniel cumpliéndose y el gran hecho próximo a su realización. La palabra de Dios como esperanza del mundo iba a ser un hecho, se acercaba la plenitud de los tiempos y con ellos la verdad de la voz de los profetas.

Capítulo II

Padres de María

GENEALOGÍA DE SAN JOAQUÍN, SUS PADRES. -SU PATRIA, TEMPLO QUE SE CONSERVA SOBRE LA CASA DEL SANTO PATRIARCA. -SU VIDA, SU CASAMIENTO CON ANA. -ANA, SUS PADRES, SU PATRIA. -PENAS Y DOLOR DEL SANTO MATRIMONIO POR SU ESTERILIDAD.- ANUNCIA EL ÁNGEL A LOS ESPOSOS EL NACIMIENTO DE UNA HIJA.

- I -

Aún cuando San Joaquín, el dichoso padre de María, fue un noble varón, santísimo y de una muy esclarecida estirpe, aun cuando pertenezca a los padres la gloria adquirida por los hijos bajo cualesquier concepto, puesto que en ellos se refleja la educación y nobles sentimientos comunicados por aquéllos, con todas estas condiciones y cualidades, son muy pocas las noticias y antecedentes que bajo el punto de vista de la autenticidad se conservan. De sus virtudes y de su clarísima vida en medio de su relativa oscuridad por vivir en esa feliz medianía de que tanto nos habla y ensalza Fray Luis de León, son escasas las referencias que de aquélla se conservan.

En las Santas Escrituras no se hace mención de él ni se le nombra, silencio que si fuéramos a examinar a la luz de la ciencia teológica, no dejaríamos de hallar grandes misterios y de una muy convincente razón, y esta es como dice Catesino en sus escritos, porque habiéndose celebrado en la Santísima Virgen el sagrado misterio de Madre de Dios, el nombre de sus padres no fue necesario consignarlo para que de esta suerte se entendiese, que la excelsitud y grandeza de María era por su Hijo, y no por la obra de los hombres, sino que lo fue por su concepción sin pecado original; pues aun cuando los padres de María fueron nobilísimos de estirpe y muy santos de condición, no por ello estuvieron exentos del pecado original como humanos, y aun cuando brillaron por sus condiciones de religiosidad y virtudes, quedaban incursos en la ley general del linaje humano; condición que no comunicaron a su purísima hija, nacida y concebida sin mancha como Madre que había de ser del Hijo de Dios.

Mas a pesar de este silencio, son muchos los autores y especialmente antiguos, los que se han ocupado de San Joaquín, y nos expresan, aun cuando muy lacónicamente y gran sobriedad en estilo y detalles, las grandes virtudes y méritos relevantes que tuvo este gran Patriarca y Santo dichoso como padre de la Inmaculada, y acerca de lo que aquéllos dicen escogeremos las más interesantes noticias referentes a la vida del Patriarca esposo de Santa Ana.

Así es que, aun cuando poco podamos extendernos en las vidas del padre y de la madre de María Santísima, todavía reduciremos estos apuntes a lo necesario para dar a conocer la familia de ambos esposos; costumbres y vida de aquel matrimonio de tan refulgente nombre y cuya memoria se había de perpetuar por la inefable dicha de ser los elegidos por el Señor para dar la humana existencia a la pura doncella que había de ser Madre de Jesús, y de la de ser visitados por la voluntad del Señor que escuchó sus oraciones, como escucha siempre al que con fe y esperanza pide su amparo y protección.

- II -

Joaquín era natural de Sephoris, hoy Seffurich, antigua ciudad situada a seis kilómetros de Nazareth, y en la cual tenía propiedades. Todavía hoy los pocos peregrinos en quienes no falta el valor para atreverse a llegar a esta miserable aldea, de la que nunca salen los viajeros sin ser insultados por los fanáticos musulmanes, visitan las ruinas de la iglesia que se levantó sobre la casa en que nació San Joaquín y vivió luego el matrimonio durante algunos años.

Este antiguo templo estaba orientado de Oeste a Este, constando de tres naves y cerrado por otros tantos ábsides, de los que permanecen dos todavía en pie. Por su construcción puede formarse idea de lo que fue el templo en grandiosidad y belleza. Las columnas que separaban las naves son monolíticas, de granito ceniciento, con capiteles corintios, estas columnas debieron pertenecer a la primitiva basílica, que fue reconstruida en la época latina.

El terreno es hoy propiedad de los padres de Tierra Santa y una vez al año celebran en él, el Santo Sacrificio. Del coro, del que aún hoy se conserva parte, hay necesidad para llegar a él de atravesar las ruinas y tabucos de paredones, de casucas árabes que han construido apoyadas

entre columnas, convirtiendo en aduar inmundo el santo templo; éste es el único recuerdo que se conserva de la casa de los padres de María Santísima, del templo de Joaquín.

Fue de linaje real y el más ilustre de toda Judea, porque era de la tribu de Judá y descendía por línea recta del rey David. Su padre se llamó Mathat y su madre llevaba el de Esthat, la cual descendía igualmente de la sangre real del ya dicho monarca, de suerte que por línea paterna y materna era nobilísimo y descendiente por tanto de los dos hijos del rey David, Natham y Salomón, y de gran número de reyes e ilustres capitanes.

Dícese que desde niño se hizo notar por sus castísimas y santas costumbres, tanto que mucho antes de que naciese reveló Dios su nombre y nacimiento a los sabios de la ley, diciéndoles cómo se llamaría y cuándo nacería, y cuál sería el nombre de Joaquín padre de la que había de ser Madre del Mesías; así lo refiere el P. Canisio, de los antiguos rabinos.

El nombre de Joaquín encierra en sí un muy grande significado, para el que había de ser padre de María, que había de concebir y parir al Redentor del mundo; significa tanto como «Preparación del Señor»; y como expresa San Epifanio, por él se preparó el templo al Señor del mundo, que fue la Santísima Virgen María su hija.

Gozaba de una mediana posición, herencia de sus padres: ya hombre contrajo matrimonio con una doncella tan honesta como virtuosa joven, natural de Belén, de cuya noble ascendencia luego hablaremos. Sus caracteres eran muy bondadosos y semejantes en virtud y santidad, de suerte que esta igualdad de genio hacía de su vida tranquila y sosegada una verdadera morada de paz y bienandanza, en que sólo amargaba su existencia la falta de hijos, causa que era muy mal mirada entre los hebreos, que consideraban la esterilidad como un castigo o maldición del cielo. Esta carencia de hijos, era lo único que amargaba aquella existencia tranquila y sosegada, viviendo Joaquín entregado a las labores de sus heredades y cuidado de su hacienda, y Ana a los de la casa.

De las rentas y productos de aquéllas, dicen los historiadores que hacía tres partes, destinando una al culto del Templo, otra para limosnas y la tercera para el mantenimiento de su casa, cuyas necesidades en medio de su vida modesta y sin alardes, bastaba para cubrir cuanto pudiera necesitar tan corta y sobria familia.

Entregábase mucho a la oración el santo matrimonio y acompañábanse en las oraciones con ayunos, y actos de caridad que constituían las ocupaciones de la familia modelo de matrimonios santos y virtuosos.

De esta suerte vivieron muchos años llegando a la vejez sin haber tenido hijos, por más que Ana implorase esa gracia del Señor para librarse del oprobio e insultos de las demás mujeres que la denostaban por estéril. Esto constituía para la pobre Ana una grande humillación y a pecados de los padres el no tener descendencia y de aquí el que considerábase como maldito al que no dejaba descendencia, como hemos dicho.

Aquel santo matrimonio hizo muchas promesas y ofrecimientos al Señor a fin de que les concediera Dios fruto de bendición que les libertara de aquel oprobio. Entregáronse a actos de devoción y oraban derramando muchas lágrimas para que el Señor escuchase sus plegarias; aún más, ofrecieron al Señor en voto dedicar al Templo el fruto que les concediese si escuchaba y atendía sus plegarias y las recibía como justas en la demanda.

Acerca de la esterilidad de Ana dice San Juan Damasceno, que convenía aquélla, pues que lo que había de ser nuevo bajo el sol y el principal de todos los milagros, se dispusiese así el camino por lo milagroso del nacimiento. Sucedió que una de las veces en las festividades del Templo fue más notada la presencia del estéril matrimonio en la solemnidad de las Encenias a la que concurría mayor número del pueblo israelita, los insultos fueron mayores que otras veces, sufriendolos con santa resignación Ana y el prudente marido.

Doloridos tornaron a suplicar al Señor con mayor fervor e instancia, y para conseguirlo, se separaron momentáneamente los esposos, retirándose. Joaquín a una montaña en que tenía su majada y Ana a un huerto de su propiedad.

No pidieron en vano al Señor, como escucha siempre a todo aquel que con fe y arrepentimiento de sus culpas le invoca, y oyendo la súplica y plegarias de Joaquín y de Ana y después de cuarenta días de preparación del espíritu, recibieron el consuelo del Señor por medio de un ángel que les profetizó que Ana concebiría una doncella santísima que escogida por el Señor, había de ser Madre suya y parir al Mesías, tan deseado y esperado por el pueblo. Al mismo tiempo que Joaquín, tuvo la santa esposa, la bienaventurada Ana, igual revelación. Tornó Joaquín a su casa y confió a Ana su revelación, que confirmó aquélla por haber tenido por otro ángel igual promesa hecha por el Señor. Agradecidos ambos santos esposos, dieron gracias a Dios por la merced que les había prometido, lleno su ánimo de gozo y llenos de agradecimiento y consolados en su aflicción por las promesas del Señor que había escuchado sus ruegos, quedaron tranquilos y confiados.

No es fácil ni posible explicar lo que pasara en el corazón de Joaquín y Ana con la promesa de ser padres de la que había de dar el ser al Mesías prometido.

Esto es cuanto a la vida del Santo Patriarca padre de María, sabemos; respecto de los demás actos de la vida del venerable Joaquín los iremos relatando juntamente con la vida de María por la unión íntima en que siguen los hechos de la vida de padres e hija.

San Juan Damasceno dice hablando de los que habían de ser los padres de María: «¡Oh, bienaventurada junta, Joaquín y Ana, a los cuales está obligada toda criatura, porque por vosotros ofreció el Criador aquel don que se aventaja a todos los demás del mundo, esto es, a su castísima Madre, la cual sólo fue digna de su Criador!», y añade más adelante: «¡Oh, bienaventurado par, Joaquín y Ana! Bien os dais a conocer que sois immaculados por el fruto de vuestro vientre, porque como dijo una vez el Señor: De sus frutos los conoceréis: hicisteis una vida agradable a Dios, y como era digno hiciesen los padres de tal hija, como nació de vosotros. Cumplisteis vuestro oficio casta y santamente y produjisteis el tesoro de la virginidad».

Así el ilustre escritor expresa su sentir respecto de los padres de María Santísima y concluye más adelante con estas hermosas palabras:

«Aquel varón divino, Joaquín, y su mujer Ana, alcanzaron el fruto de la oración, porque por oraciones alcanzaron tener por hija a la Madre de Dios».

- III -

Nos hemos ocupado de la vida del Santo Patriarca, de su nacimiento, padres y de sus hechos hasta su matrimonio con Ana y de los sufrimientos de estos ejemplares esposos por la carencia de familia que perpetuara su nombre, causa de los ultrajes que recibían por aquella infecundidad tan mal mirada entre los judíos, y réstanos decir algunas palabras acerca de Ana, su esposa, que tuvo la dicha de ser madre de la más pura de las mujeres.

Belén fue la patria de Santa Ana, y tuvo por padres a Estolano y por otro nombre Gaziro, y su madre llamóse Emerencia. Descendía también de la casa real de David, contrajo matrimonio con Joaquín y la vida de esta santa señora corre unida con la de su esposo. De los hechos de su vida poco podríamos decir fuera de su gran virtud, de sus castísimas costumbres y espíritu de caridad que la animaba y cuyo deseo de bien y bondad para con los pobres tanto la secundaba su virtuoso esposo.

De las aflicciones e insultos que sufría el matrimonio por causa de su infecundidad no hemos de repetir lo dicho al hablar de su santo esposo, y no repetiremos lo consignado respecto de sus oraciones, plegarias y súplicas al Señor para que les concediese un hijo, si así era su voluntad, y que el Señor colmó a manos llenas sus virtudes, oraciones y confianza en la voluntad de Dios dándoles la dicha inefable, la gran recompensa de ser padres de la que había

de ser Madre de Dios, pura y sin mancha, Reina de los Ángeles y Madre y amparo de los afligidos.

Acerca de la santa abuela de Jesucristo, según la carne, escribieron San Epifanio, San Juan Damasceno y también había de ella San Jerónimo en su epístola 101, de la cual tomamos las notas del nacimiento de Nuestra Señora: también el Martirologio Romano hace mención de Santa Ana, y Gregorio XIII en 1584, doce de su pontificado, en 1.º de mayo dispuso que la Iglesia Católica celebrase la festividad de Santa Ana a los 26 de julio.

Por la oración constante, por su devoción de espíritu y confianza en las bondades y justicia de Dios, consiguieron la inapreciable dicha a que como fruto de su fe y oraciones los hizo acreedores ante la bondad de Dios, de la gran merced de ser padres de la que había de quebrantar la cabeza de la serpiente y ser la corredentora del mundo. Hízoles Dios la mayor y más grande de las mercedes, y la fe y constancia en aquel santo matrimonio removi6 los montes, como dice el Evangelio, concediéndoles el premio de sus virtudes, llenándoles de gracia, con la gracia de ser los padres de la que había de ser Madre de todas las gracias y perfecciones.

San Juan Damasceno, San Epifanio y San Gregorio Niseno, atribuyen y con razón, como fruto de las oraciones de Joaquín y Ana, el inapreciable tesoro con que Dios les colmó de dicha por el nacimiento de la pura e inmaculada María, libre del pecado original, perfección de todas las perfecciones y espejo de justicia.

Fueron Joaquín y Ana los casados más santos, dice el Padre Ribadeneyra, que hasta allí hubo en el mundo, y su matrimonio fue en el que más se había agradado a Dios, y así dijo un ángel a Santa Brígida: «Como Dios hubiese visto todos cuantos matrimonios consumados, santos y honestos ha habido desde la creación del mundo hasta el último que se hiciere al fin de él: ninguno vio semejante al de San Joaquín y Santa Ana, en tanta caridad divina y honestidad; y así plugo que se engendrara el cuerpo de su castísima Madre de este santo matrimonio».

Concedi6les el Señor por sus virtudes esta inapreciable dicha y por ellas vemos a cuánto alcanza el poder de la oración y honestas costumbres ante la mirada de Dios, y cómo recompensa a quienes con la fe y el ejemplo proclaman su grandeza y consiguen de Él cuanto nuestros deseos apoyados en la fe desean su apoyo y protección en nuestros dolores y quebrantos terrenales con los que se purifica nuestra alma para hacernos dignos de su grande misericordia. Consoladoras palabras con las que el P. Ribadeneyra estimula y fomenta la fe y la confianza en la oración para conseguir nuestros deseos, cuando con el sufrimiento y la purificación se aquilatan nuestros ruegos y se eleva nuestro espíritu.

Capítulo III

ESTADO Y ESPERANZAS DEL PUEBLO DE ISRAEL EN EL MESÍAS. -NACIMIENTO DE MARÍA. -¿DÓNDE NACIÓ, EN JERUSALEM O EN NAZARETH?. -OPINIONES ORIENTAL Y OCCIDENTAL. -CASA DE JOAQUÍN Y ANA EN JERUSALEM. - TEMPLO Y MONASTERIO DE SANTA ANA, SU HISTORIA. -CRIPTAS DE LA CASA DE SAN JOAQUÍN Y LUGAR DE AQUÉLLAS DONDE NACIÓ MARÍA. -AMOR A MARÍA EN TODAS LAS COMARCAS DE ESPAÑA.

- I -

Una calma triste y pesada, cual la que precede a la brisa refrescante después de un día caluroso, reinaba en Judea. Ya no hablaban los profetas, ya su voz no mantenía la esperanza en Israel, el cetro de David había caído en manos del extranjero y una nueva servidumbre era el presente del pueblo escogido por Dios. La esperanza, no obstante, no había abandonado el corazón de los fieles, pero aquélla iba perdiéndose cual se pierde el sonido cuanto más se aleja de su centro de partida. En su abatimiento el pueblo exclamaba: ¿El Señor nos ha abandonado, no queriendo cumplir sus promesas por nuestra maldad? ¡Tan grande es nuestra iniquidad, que su rostro se ha apartado de nosotros y nos deja en nuestra iniquidad!

Y pasaban los años y las *Semanas* profetizadas por Daniel, el extranjero imperaba, el paganismo se iba apoderando de la tierra de la fe en Jehová, y el abatimiento se reflejaba cada día más y más en todos los ánimos; se miraban en silencio los ancianos y suspiraban elevando sus ojos al cielo; los jóvenes bajaban el rostro con vergüenza al paso de los legionarios, y las mujeres oprímían contra el pecho a sus hijos, murmurando: ¡esclavo, esclavo serás como tus padres!

Pero todo podía faltar, todo podía desequilibrarse, pero nunca la palabra de Dios dejaría de cumplirse y la promesa se iba a realizar. En silencio, cual nace el claro río en ignorado rincón brotando límpidas sus aguas puras y cristalinas para convertirse luego en grande, poderoso y terrible, así, en el silencio y desapercibida del mundo, iba a nacer la que había de ser Madre de Jesús, la prometida del Eterno y corredentora de la humanidad, la anunciada por los profetas, la vislumbrada por Isaías en el Carmelo, desde el que se descubre no muy distante la ciudad de Nazareth, escondida en los pliegues de los montes de Galilea. Allí, en esa ciudad tan pequeña y modesta, vivía un hombre justo en quien ni los reveses y dolores que había sufrido su patria le hubieran hecho perder la fe de sus padres, la conformidad con los decretos del Señor y la esperanza en la promesa de la redención. Aquel hombre, justo y virtuoso, descendiente de David por Natham, vivía tranquilo con su esposa, descendiente de la tribu de Leví, según San Agustín. Era este matrimonio, que gozaba de una tranquila y sosegada posición en feliz medianía, Joaquín y Ana; Ana, cuyo nombre significa gracia. A pesar de ello, no eran felices en medio de su tranquila vida que encantaba a sus convecinos con el perfume de sus virtudes: no eran felices estos dos virtuosos israelitas, pues carecían de hijos, y la infecundidad era mal mirada entre los judíos, tomándola como un castigo del cielo que no quería perpetuar la descendencia.

¿Quiénes eran estos santos, modelos de mansedumbre y conformidad en el cumplimiento de las prácticas religiosas? La Iglesia nos lo dice en el rezo de San Joaquín y Santa Ana, de una manera tan sencilla como hermosa, tan poética como verdadera, y cuyas noticias están tomadas de las obras de San Epifanio y San Juan Damasceno. Y procediendo de estas fuentes, ¿puede el católico verdadero rechazarlas ni poner en duda esta santa tradición? Creemos que no, y he ahí cómo la Iglesia expresa lo que acerca de este virtuoso matrimonio nos enseña y relata:

«De la raíz de Jessé brotó el Rey David y de la raza de David brota la Virgen Santa, sí, y por excelencia Santa, hija también de varones Santos. Fueron sus padres Joaquín y Ana, los cuales supieron durante su vida agrandar a Dios, y lo que aún es más, dieron por fruto sazonado y fruto de bendición a la Santa Virgen María, templo y a la vez Madre de Dios».

Bellísimas y conmovedoras frases de San Epifanio, que toma la Iglesia para sus rezos en el segundo nocturno de la fiesta del Santo padre de María. Pero si hermosas son estas frases, más enérgicas y terminantes en su belleza son las con que continúa el Santo al poner en mística relación esta santa familia con la Trinidad Santísima:

«Pues bien, Joaquín, Ana y María ofrecían los tres a la Trinidad, paladinamente, sacrificios en alabanza, pues el nombre de Joaquín se interpreta como *preparación del Señor*, y en efecto, por medio de él se preparó el Templo de Dios, que es *la Virgen*. A la vez el nombre de Ana

equivale asimismo al de *gracia*, puesto que Joaquín y Ana recibieron la gracia de que por medio de sus oraciones germinase en ellos tal fruto, logrando tener por hija a la Santa Virgen, pues mientras Joaquín oraba en la soledad del monte, la bendita Ana pedía a Dios recogida en su huertecito».

Tales son los datos que el Santo escritor nos suministra como tradición cristiana viva y existente entre aquellos habitantes y siglos.

Pero este matrimonio, encanto de sus convecinos por el ambiente y perfume de sus virtudes, no era feliz por completo, como hemos dicho, en medio de su conformidad y resignación con los decretos del Señor. Ana había sido estéril y la infecundidad era mal vista entre los hebreos y más de una vez había Ana sufrido con resignación los ultrajes de las demás mujeres, que la tachaban de infecunda, como castigo del Señor que no consentía en ella la perpetuación de la raza. Ana sufría triste y resignada aquellos insultos, y llorando, en medio de su conformidad, pedía al Señor que la libertase de aquel oprobio, si tal era su voluntad y creía justa la petición. ¡Que un rayo de juventud alegrara la vejez de ambos, concediéndoles un vástago que perpetuase su familia y transmitiera su amor al Dios de Jehová que le comunicarían con sus oraciones! Tantas virtudes y conformidad con la voluntad de Dios debían tener el premio de su fe y amor a su Dios, y después de veinte años de esterilidad su recompensa en la plegaria. Y el Señor, oyendo las oraciones de la virtuosa Ana, en cuya casa reinaba la soledad de la familia sin más calor que el amor de ambos esposos, mandó sus angélicos emisarios a Joaquín y Ana anunciándoles separadamente que serían padres; he aquí cómo cuenta la Venerable María de Jesús de Ágreda esta profética visión:

«Pero el Altísimo, que por medio de esta humillación (la esterilidad) los quiso afligir y disponer para la gracia que les prevenía, les dio tolerancia y conformidad para que sembrasen con lágrimas y oraciones el dichoso fruto que habían de coger. Hicieron grandes peticiones de lo profundo de su corazón, teniendo para esto especial mandato de lo alto; y ofrecieron al Señor con voto expreso, que si les daba hijos, consagrarían a su servicio en el templo el fruto que recibiesen de bendición. Y al hacer este ofrecimiento fue por especial impulso del Espíritu Santo, que ordenaba, como antes de tener ser la que había de ser morada de su Unigénito Hijo, fuese ofrecida y como entregada por sus padres al mismo Señor.

»Ordenó el Altísimo que la embajada de la concepción de su Madre Santísima fuese en algo semejante a la que después se había de hacer de su inefable Encarnación. Porque Santa Ana estaba meditando con humilde fervor en la que había de ser madre de la Madre del Verbo encarnado; y la Virgen Santísima hacía los mismos actos y propósitos para la que había de ser Madre de Dios. Y fue uno mismo el Ángel de las dos embajadas, y en forma humana, aunque con más hermosura y misteriosa apariencia, se le mostró a la Virgen María».

No menos elocuente y de hermosa manera nos relata la celeste embajada del Altísimo a los esposos, padres que habían de ser de María y cuya anunciación revistió caracteres semejantes a la visita del Arcángel a la Pura Virgen en el momento de la Encarnación del Verbo, y véase cómo nos la relata el Padre Rivadeneyra en la Vida de la gloriosa Virgen María:

«Perseverando en esta oración, un Ángel apareció a Joaquín que estaba en la majada de sus pastores, y le dijo que Dios había oído sus ruegos, y que tendría una hija que se llamarla María, y sería madre del Salvador del mundo. La misma revelación tuvo Santa Ana en un huerto en donde vivía apartada. Comunicáronlo entre sí, y hallaron que convenía muy bien lo que el Ángel había dicho al uno con lo que había dicho al otro. Dieron muchas gracias al Señor por aquella tan señalada merced, y Ana concibió a la Virgen Sacratísima a los ocho días de diciembre, en que la Santa Iglesia celebra la fiesta de su Concepción. Fue concebida sin pecado original, previniéndola Dios con tanta abundancia de gracia cuanta era razón que tuviese la que era predestinada para madre suya y quebrantadora de la cabeza de la serpiente infernal».

Doctrina y tradición que confirman San Juan Damasceno, San Eusebio y San Ildefonso con los Padres de la Iglesia en este hermoso relato de la pura Concepción de María, de la que había de ser la Madre inmaculada del Cordero, del Unigénito del Padre, del Jesús esperado, del Salvador del mundo.

- II -

Nueve meses eran cumplidos cuando en el día ocho de septiembre, el Tsiri de los judíos, o sea el primer mes de su año civil, en tanto que el humo de los sacrificios subía al cielo por la expiación de los pecados del pueblo, nace en Jerusalem una hermosa niña, la benditísima María en la casa de que luego hablaremos y describiremos, y que los padres de María tenían en la ciudad santa, cercana a la Piscina Probática y no lejos de una calle, en que el dolor y la horrible tortura del hijo de Dios había de hacer eterna con el nombre de la *Vía dolorosa*. Allí, según la tradición oriental, nació la que había sido concebida pura y sin mancha original, la escogida del Padre, el arca santa que había de encerrar por nueve meses al Verbo humanado, el Unigénito, al Redentor del mundo.

Día feliz; día en que el sol vio una luz más esplendente que la suya resplandecer pura en aquella inmaculada criatura, cuyo trono había de ser el sol y la alfombra en que posaran sus pies el estrellado manto del firmamento.

Como presagio del nacimiento del hijo de aquella pura criatura, los criados de Joaquín y Ana entonaron cánticos de alegría, ¡cánticos de alegría que no eran sólo los de la familia, sino los de la humanidad entera que se regocijaba con la venida de la que luego había de ser la del mundo: la fuente de amor y de bienandanza para los hijos de la predicación del Emmanuel prometido!

Ana, enardecida por el agradecimiento al Señor con tal beneficio y haber escuchado sus plegarias, prorrumpió en un hermoso cántico de gratitud que la Iglesia nos conserva, pone San Juan Damasceno en boca de la madre de la Virgen y entona aquélla en la lección I del segundo nocturno de la fiesta de Santa Ana:

«Congratulaos conmigo que he logrado por fin el germen prometido, a pesar de la esterilidad que me aquejaba, y ahora crío a mis pechos el fruto de bendición que tanto había anhelado. Fuera ya el luto de la esterilidad, pues que puedo vestir el traje rozagante que adorna a la mujer fecunda. Regocíjese conmigo la otra Ana que sufrió los insultos de Fenena, y a vista de este nuevo e inesperado milagro que ahora en mí se produce, alégrese de nuevo al recordar el suyo.

»Regocíjese también Sara la de Abraham, con su alegría senil, que figuraba también mi esterilidad y tardío embarazo.

»Aplaudan conmigo todas las estériles e infecundas este favor que el Señor me hace de un modo admirable y celestial. Digan también conmigo todas las que han recibido del Señor esta anhelada fecundidad. ¡Bendito sea el que ha concedido esto a las que oran y ha dado prole a la estéril, y el germen felicísimo de esta Virgen que es Madre de Dios, según la carne, y cuyo cuerpo es un cielo, en el cual se estrechó para habitar el que no cabe en todo el mundo».

Habrà llamado la atención del lector el que diga la madre de María, *regocíjese conmigo la otra Ana que sufrió los insultos de Fenene*, y para quienes no conozcan la alusión ni quién era esa otra Ana, daremos la explicación de las palabras de la madre de María.

Elcana estaba casado con Ana y ésta era estéril, uniósese Elcana con Fenena, pues sabido es que la bigamia estaba tolerada en Oriente entre los Patriarcas. Fenena tiene hijos e insulta por su esterilidad a Ana. Oyó Dios las plegarias de ésta y cesó su esterilidad, siendo madre y madre de un hijo profeta, el gran Samuel, destinado a libertar a su pueblo y ser el último juez.

A esta Ana, mujer de Elcana, se refiere la esposa de Joaquín y a Fenena la otra mujer fecunda que amargaba la existencia de Ana la estéril, que pedía al Señor un hijo que consagraría al culto del templo y no pasaría tijera por su cabellera. Y Dios, oyendo su ruego y sufrimientos, le concedió al gran profeta Samuel.

La alegría reinaba en la casa de los santos esposos con aquel puro don del cielo, de aquella pura estrella y señora del mundo, que había de ser la bendita entre los ángeles y la adorada Virgen salvadora entre los mortales. Transcurridos nueve días diósele, según costumbre del pueblo de Israel, el nombre que había de llevar, llamándola María (Míriam) que significa *Señora* en siríaco y *Estrella del mar* en hebreo; nombre bendito en ambas traducciones; fuente de luz, Señora del mundo, estrella que nos ilumina en la procelosa noche del pecado.

«¡Oh bendición excelente, exclama San Juan Damasceno, oh beneficio inexplicable, oh munificencia incomparable de nuestro Dios! Toda la naturaleza se desahoga en transportes de júbilo por el nacimiento de María. Alégrense los hombres con la esperanza de ser libres de la corrupción en la feliz época del nacimiento de Aquélla que sin mancha alguna debe engendrar al Criador del mundo».

La Iglesia católica ha considerado y considera el nacimiento de María como un hecho que emula en grandeza e importancia al de Jesús, y hace resonar en esta festividad los ecos de una pura y profunda alegría, como aurora de paz para el mundo con la venida inmaculada de la que había de ser la Madre del Verbo.

«Vuestro nacimiento, añade el santo escritor citado, oh Virgen Madre de Dios, ha llenado de gozo al universo, porque de Vos nació el Sol de justicia, Jesucristo nuestro Dios, que, librando al género humano de la maldición a que estaba sujeto, le colmó de bendiciones, y venciendo la muerte nos ha dado la vida eterna».

«Verdaderamente, dice San Bernardo, la Madre de Dios no podía tener un nombre más conveniente ni que mejor explicase su alta dignidad. María era en efecto aquella hermosa y brillante estrella que resplandece sobre el mar vasto y tempestuoso del mundo».

María, nombre que encierra un encanto pudoroso, es de una tan maravillosa dulzura, que con sólo pronunciarlo se enternece el corazón, y con sólo escribirlo se anima y eleva el estilo. «El nombre de María, dice San Antonio de Padua, es más dulce a los labios que un panal de miel, más lisonjero al oído que un suave cántico, y más delicioso al corazón que la alegría más pura. *Nomen Virginis Mariae mel in ore, melos in aure, jubulum in corde*».

Debemos añadir algunas interpretaciones al nombre de María para mayor extensión del significado de este dulce nombre, tan elevado y místico para San Antonio de Padua, como hemos dicho; y así San Pedro Crisólogo, manifiesta al citar el nombre de María con que el Ángel la saluda, dice, que expresa dignidad, pues en hebreo significa lo mismo que en latín, *Domina, Señora*. En hebreo se traduce *Exaltata*, esto es, *Ensalzada* o *Excelsa*, y también *Mare amaritudinis*, Mar de amargura. De esta suerte la hallamos en el catálogo de palabras hebreas que se encuentra al final de algunas ediciones católicas de la Biblia. San Pedro Crisólogo en el sermón de la Anunciación, de donde toma la Iglesia las lecciones séptima y octava del tercer nocturno en la festividad del Dulce Nombre de María, dice, *Nann MARÍA hebraeo sermone latine DOMINA nuncupatur*.

San Bernardo encuentra propio el de Estrella, y dice: «En verdad que le cuadra este nombre al compararla con la *estrella*, pues así como el astro da rayos de luz sin alterarse, asimismo la Virgen dio a luz su Hijo, sin padecer por este motivo detrimento alguno. Ni el rayo que del sale disminuye su claridad, ni el Hijo la integridad de la Virgen».

«Ella es la célebre Estrella que había de salir de Jacob, cuyo rayo ilumina todo el orbe, cuyo esplendor brilla en los cielos, penetra hasta en los infiernos, ilumina a las tierras y les da calor más aún en la mente que en el cuerpo, fomenta las virtudes y apaga los vicios.

»Ella es, repite, aquella brillante y nítida estrella realzada sobre este grande y espacioso mar, la cual destella por sus méritos y alumbra con sus ejemplos». (San Bernardo, en la Homilía 2.^a sobre las palabras *Missus est al fin.*)

«Nació pura, limpia, hermosa y llena de todas gracias, dice María de Jesús de Ágreda, publicando en ellas que venía libre de la ley y tributo del pecado. Y aunque nació como los demás hijos de Adán en la substancia, pero con tales condiciones y accidentes de gracias, que hicieron este nacimiento milagroso y admirable para toda la naturaleza y alabanza eterna del Autor. Salió, pues, este divino lucero al mundo a las doce horas de la noche, comenzando a dividir la de la antigua ley y tinieblas primeras del día nuevo de la gracia que ya quería amanecer. Envolviéronla en paños, y fue puesta y aliñada como los demás niños la que tenía su mente en la divinidad; y fue tratada como párvula la que en sabiduría excedía a los mortales y a los mismos ángeles. No consintió su madre que por otras manos fuese tratada entonces, antes ella por las suyas la envolvió en mantillas, sin embarazarla el sobrepardo: porque fue libre de las pensiones onerosas que tienen de ordinario las otras madres». De esta suerte fue exaltado el nacimiento de María y recibida entre las alegrías de sus padres y de sus deudos y criados.

Bien merece que después de narrar el nacimiento de la Señora, digamos algo acerca del punto en que nació la Santísima Virgen, la hija de los dichosos Joaquín y Ana.

En vano será que recurramos a los Evangelistas, pues que en ninguno de ellos se habla del lugar en que vio la luz terrenal la que nacía inmaculada. Los Evangelios nada nos dicen acerca de esto, y véase cómo se expresa acerca de este extremo un escritor católico tan respetado como D. Vicente Lafuente:

«Siguiendo el sistema de consignar lo que acerca de la Virgen nos dice la Iglesia y los Santos Padres, cuando calla el Evangelio, más bien que lo dicho por oradores sagrados y otros biógrafos, vamos a ver lo que nos dice el Oficio divino en las fiestas de la Natividad de la Santísima Virgen, que celebra el día 8 de septiembre y de su dulce nombre que se celebra en la octava pocos días después:

»Del nacimiento de la Virgen ni dice nada el Evangelio ni había para qué decirlo. ¿Se escribió acaso el Evangelio como libro de erudición y para satisfacer la curiosidad humana o es un libro de enseñanza utilísima, teórica y práctica, de la vida de Jesús y su doctrina? Aun lo que la Iglesia nos propone en esta festividad respecto de María no termina en ésta, sino que más bien y en casi todo se refiere a su divino Hijo».

De aquí que no tengamos un punto determinado y concreto que nos señale de una manera precisa e indefectible el lugar del nacimiento de la Virgen María y que acerca de este punto se sustenten dos opiniones que se defienden en Occidente y en Oriente. Los occidentales creen y han creído que María nació en Nazareth, y los orientales por tradición desde los tiempos de los Apóstoles han señalado y creído que María nació en Jerusalem. No vamos nosotros a resolver ni señalar quiénes de ambos pueblos cristianos están en lo cierto y cuál opinión sea la verdadera, pues aun cuando el asunto es de carácter histórico y no dogmático, y por tanto cabe para la determinación el criterio humano cuando los sagrados textos nada dicen, no obstante el respeto y sumisión a la Iglesia nos impiden emitir opinión que pudiera inclinar el ánimo del lector a una u otra. Sólo citaremos los hechos y textos, opiniones y trabajos sobre el asunto, que se han emitido y escrito acerca del lugar del nacimiento de María.

La opinión occidental que coloca la cuna de la Virgen en Nazareth, no se sabe cuándo comenzó a extenderse por Occidente ni por quién. El apoyo de esta opinión es muy respetable por las altas dignidades que la han consignado en documentos tan importantes como las Bulas de los Pontífices Julio II, Inocencio XI y Pío IX, quienes admiten a Nazareth como la ciudad en que fue concebida y nació la Santa Señora. Pero como las bulas no son documentos infalibles en materias históricas, pero sí lo son en absoluto en materia de dogma y costumbres, en el asunto histórico de que se trata no son sino una respetabilísima opinión, pero nunca una

definición de dogma en las que resplandece la perpetua infalibilidad, y muchas veces en estos asuntos los Pontífices han aceptado razones por ayudar la opinión y esto dice el P. Livinio ha sucedido con respecto a las citadas bulas. Además hay que tener en cuenta también que de las tres citadas bulas, la del Pontífice julio II dice *que la casa de Nazareth es el punto en que fue concebida María*, añadiendo, como *piadosamente se cree*, espíritu que informa en esta piadosa creencia las bulas de Inocencio XI y Pío IX. Estos son los fundamentos más respetables de la opinión occidental al convertir a Nazareth en cuna de la Virgen María. Veamos ahora en qué funda su creencia la tradición oriental, que hace a Jerusalem punto del nacimiento de María Santísima. Esta opinión de que fue concebida y nacida en Jerusalem, arranca de los primeros siglos de la Iglesia, del tiempo de los Apóstoles. Los orientales todos, creen y sostienen la opinión citada, siguiéndola los católicos, los griegos, los armenios, los coptos, turcos y árabes, y los naturales de Bethlén y Jerusalem. Esta opinión, a más de la tradición constante y sostenida desde los primitivos tiempos del cristianismo, tiene en su apoyo textos y opiniones de católicos eminentes como historiadores. El Padre Livinio, Conventual en San Salvador, en su *Guía de Tierra Santa* dice: «En los veinte años que hace habito en Jerusalem, durante los cuales he recorrido la Tierra Santa en todas direcciones, entrando en relación con los diversos pueblos que en ella se hallan establecidos, jamás, lo confieso, he encontrado entre los orientales otra opinión que la que concede a Jerusalem la gloria de haber visto nacer a la bienaventurada Virgen María, Madre del Salvador». El padre Livinio conoce como nadie la Tierra Santa, y su notabilísima guía es uno de los libros mejor escritos sobre ella.

Queresnius, que durante nueve años fue custodio de Tierra Santa y murió en 1660, en su conocida obra sobre aquel bendito país dice: «Que la tradición oriental, es la tradición común en Tierra Santa, confirmada por la existencia de la iglesia y del monasterio, en el lugar de la Natividad de María y sostenida por la autoridad de sabios antiguos».

Durante el siglo XV, Santa Brígida visitó los Santos Lugares, y en su libro de *Revelaciones*, tan respetado por la Iglesia, dice: «Que el Señor le dijo con relación a Jerusalem: Cualquiera que visite dignamente este lugar en que María nació y fue elevada, purificará su alma, y aparecerá a mis ojos como un vaso de honor».

En 1345, otro respetable testimonio de un fraile franciscano en Jerusalem, el P. Nicolás Poggibonzi, dice en una de sus obras: «Entrando por la puerta de San Esteban, se ve una gran puerta con un bello patio; allí se encuentra la iglesia de Santa Ana, donde la Virgen María nació, porque en aquel punto estaba la casa de San Joaquín».

Guillermo Bandelsel en 1330, en sus viajes por Tierra Santa, escribía al hablar de Jerusalem: «Allí se encuentra la iglesia de la bienaventurada Ana, abuela de Cristo; esta iglesia es bastante bella, y contigua a la Piscina Probática; en ella se dice que la bienaventurada Virgen fue concebida y nació».

Nicolás Pipino, que es tenido por el más sabio de los peregrinos de aquellos siglos, escribe en 1320 hablando de Jerusalem lo siguiente: «Yo visité desde luego el lugar donde estuvo la casa de San Joaquín, en la cual nació la bienaventurada Virgen María».

Durante el siglo XIII, manifiesta el Cardenal Santiago de Vitry, Obispo de San Juan de Acre, lo siguiente: que «habiendo tomado posesión de Jerusalem los cruzados en el año 1099, encontraron junto a la casa de San Joaquín una iglesia demolida; mas habiendo sabido que allí nació la Santísima Virgen, la purificaron y la volvieron al culto».

El Arzobispo de Tiro dice en otro pasaje: «Hay en Jerusalem un recinto situado en la parte oriental, cerca de la puerta llamada de Josaphat (hoy de San Esteban). Tocando al gran hoyo que se llamaba la Piscina Probática, allí se manifiesta una cripta, que las antiguas tradiciones sostienen ser la habitación de Joaquín y de Ana, y donde se tiene por cierto que la Virgen, siempre Virgen, fue nacida».

En el 1185 el griego Juan Phocas, viajero por Antioquía y Jeusalem, escribe: «Cerca de la puerta que se alza hacia la parte de Gethsemaní (hoy puerta de San Esteban) se ve el templo de los Santos Joaquín y Ana, en el cual vino al mundo la Virgen Inmaculada».

Y por último, para no aducir más pruebas, ya que hemos ido ajando hasta los tiempos más antiguos, diremos que San Juan Damasceno, que murió en 760, en su conocido sermón de la Natividad de María, dice: «Hoy nació la Madre de Dios en la Santa Probática», refiriéndose a la inmediata piscina de la casa de Joaquín y Ana, y por último el patriarca de Jerusalem en el siglo VII, dice en su hermoso y poético lenguaje: «Yo entraré en la Probática de los Santos, donde Ana la ilustre dio a luz a María».

Tales son los textos históricos desde el siglo VII hasta nuestros días en defensa y como continuación de la no interrumpida tradición de ser Jerusalem la cuna de María Santísima, por los historiadores, sacerdotes viajeros y santos, y confirmada por el templo que se alza sobre las ruinas de la casa de Joaquín y Ana y en cuya cripta se enseñan y visitan hoy con devoción las habitaciones que restan de aquella casa templo del nacimiento de María, de la pura Señora y Madre de los doloridos.

En nuestros días, gran número de escritores católicos y de concienzudos viajeros, sostienen esta opinión, y entre ellos podemos citar en nuestra patria al ilustrado y notable escritor Presbítero Don Ángel Barcia, quien en su obra *Viaje a Tierra Santa en la Primavera de 1888*, en la página 125, dice: «Frente de la Piscina está la iglesia de Santa Ana, edificada sobre la casa de la Santa, donde una tradición que data de los primeros siglos y es general en Oriente, pone el nacimiento de la Virgen».

Don Manuel Ibo Alfaro, en su viaje *¡Jerusalem!* Descripción exacta y detallada de los Santos lugares, al hacer la descripción de las habitaciones de que luego hablaremos y se hallan en la cripta de la ya citada iglesia de Santa Ana, dice: «y en aquella gruta vivieron San Joaquín y Santa Ana, y en aquella gruta se verificó la purísima Concepción y el nacimiento de la Santísima Virgen; porque la Virgen no nació en Nazareth como en Occidente se cree».

Don Víctor Gebhard, en su obra *La Tierra Santa*, tomo I, página 357, escribe: «Dice una tradición constante, afirmada por el testimonio de infinitos autores, que los padres de la Santísima Virgen «poseían y habitaban en Jerusalem una casa inmediata a la Piscina Probática, y que si las calamidades públicas precedieron a la coronación de Herodes y la saña con que éste persiguió a todos los miembros de la dinastía de los Macabeos, los movió, como a otros muchos, a salir de Jerusalem escogiendo como refugio la ciudad de Nazareth, no por ello abandonaron del todo su modesta vivienda en Jerusalem En ella según tradición, cuyo encadenamiento puede seguirse hasta los primeros siglos de la era cristiana, nació la Reina de los Ángeles, la Madre del Mesías. Así lo cree por lo menos universal y unánimemente la Iglesia oriental, y la de Jerusalem en particular reivindica, como justificada por innumerables testimonios, la gloria de haber sido cuna de la Santísima Virgen. En aquella casa, a lo que la tradición asegura, transcurrieron para los augustos padres de María los últimos años de su vida; allí tuvieron la dicha de que viniera al mundo el fruto privilegiado que había de eclipsar todas las criaturas por su pureza angélica y su maternidad divina».

Don Urbano Ferreiroa, en su reciente obra *La Tierra Santa*, en la página 214, escribe: «La iglesia de Santa Ana, construida sobre el lugar que ocupó la casa de San Joaquín y Santa Ana, que concibió aquí y dio a luz a la Inmaculada Virgen María, como afirma la tradición oriental!»...

Tales son los fundamentos en que se apoya la tradición oriental, que después de todo tiene más elementos de comprobación, pues que es la que desde antiquísimos tiempos ha prevalecido entre los orientales y en la que se apoyan los occidentales que allí han vivido y la han podido comprobar.

Réstanos tan sólo describir y hacer la pintura de la iglesia de Santa Ana que se levanta de antiguos tiempos sobre las ruinas de la casa de los Santos padres de María.

- III -

Como hemos dicho al copiar las palabras de los citados historiadores que dan a Jerusalem por cuna de María Santísima, hemos visto en qué lugar de la ciudad se hallaba asentada la modesta vivienda de Joaquín y Ana. En la serie de calles que casi en línea recta forman la Vía Dolorosa o calle de Amargura, como la conoce más el pueblo, enfrente de la Piscina Probática, se levanta hoy la iglesia de la Santa, edificada sobre las criptas que fueron de la casa de los padres de María, y las cuales visitaremos mentalmente. No lejos de la puerta de San Esteban, que los árabes llaman de Bab-Sitti- Mariam (puerta de la Señora María), pues que por ella se va al sepulcro de la Madre del Redentor, nos encontraremos con la fachada de la iglesia de Santa Ana.

Su construcción es antiquísima, y ora fuese obra de la Emperatriz Santa Elena o la Emperatriz Eudoxia, se tiene por probable que este templo debe ser contado entre el número de los treinta, que además de las grandes basílicas que nominalmente se consignan como obra de Santa Elena, se cuentan como erigidos por la santa madre de Constantino, según afirma el historiador Nicéforo Calixto. Sea o no obra de Santa Elena o de Eudoxia, en el año 530 afirma Teodosio el peregrino, se hace mención de un templo consagrado a la Santísima Virgen cerca de la Piscina Probática. Y esto mismo relata en el año 570 Antonino de Plasencia, que debía ser tenida y estimada por muy antigua la citada iglesia, lo comprueba el hecho de que la erigida en 529 por Justiniano en el monte Moriah, en el lugar de la Presentación, se la denomina Santa María la Nueva para distinguirla de Santa María de la Natividad, lo cual indica que la otra era muy anterior.

Con la invasión de Cosroes en el año 614, quedó destruida la basílica de Santa María la Antigua o de la Natividad, pero no tardó en ser reedificada, tal vez por Modesto, pues que San Sofronio la cita por existente en su tiempo, siendo Patriarca de Jerusalem. Dicen algunos historiadores, que en principios del siglo IX hubo contiguo a la iglesia un monasterio de mujeres, y que cuando en 1099 se apoderaron los Cruzados de Jerusalem, hallaron convertida en mezquita la iglesia dicha, causa sin duda por la que no había sido destruida. Purificada y devuelta al culto, establecieron en ella las monjas benedictinas, y en el año 1104 tomó en dicho monasterio el velo la reina Ana, esposa repudiada de Balduino I. En el año 1130 tomó también el velo en esta casa la princesa Judith, hija de Balduino II, en donde continuó hasta que terminó la obra del de Bethania que había fundado su hermana Melisenda, y es indudable que esta época fue la del mayor esplendor del monasterio de Santa Ana. Parece indudable que durante esta época es cuando se hizo la obra de la iglesia en su ensanche, contándose entre ellas las de ornato, cual las hermosas pinturas murales que representan pasajes de la vida de San Joaquín, Ana y la Santísima Virgen. La creencia general es la de que el monasterio lo reconstruyeron los latinos. La iglesia es bizantina en su arquitectura, con algo del románico-ojival; tiene treinta y seis metros de longitud por veintiuno de anchura, formando un cuadrilongo terminado por tres hermosos ábsides circulares en el interior y poligonales en la parte externa. Se halla dividido en tres naves, y al crucero le da luz una cúpula bizantina como el estilo del resto del templo, que descansa sobre cuatro arcos separados en fuertes columnas del mismo orden. La parte inferior del templo en la que se alza la fachada mira al oeste, y es una combinación del románico y del árabe, como pertenecen al primer estilo las estatuas y rosetón que la rematan. Pero no habían terminado las vicisitudes para esta iglesia, que aún tenía que atravesar fatales épocas y peligros. Sitiada Jerusalem por las tropas de Saladino, cuenta la tradición, que a imitación de lo que había sucedido en un monasterio de España cuando la invasión de los árabes, para sustraerse de los brutales atropellos de las tropas

infieles, las monjas del monasterio de Santa Ana mutilaron sus rostros de una manera espantosa para inspirar horror a los sensuales mahometanos.

Rindióse por fin la ciudad en 1192, según se lee en una inscripción árabe que se conserva grabada en el tímpano de la portada y entonces es cuando mandó el sultán convertir el edificio en *madrisa*, o escuela.

En el siglo XV ya la escuela estaba cerrada, el monasterio en ruinas y sólo la iglesia se conservaba en pie. Los peregrinos seguían visitándola, y a los padres Franciscanos, mediante gruesas sumas, se les permitía celebrar en la cripta dos veces al año, esto es, en las festividades de Santa Ana y la Natividad de la Virgen.

Así trascurrieron los siglos y los años hasta que el sultán Abdul-Medjid, correspondiendo agradecido a los auxilios de Napoleón III, hizo donación de dicho templo a nuestra paisana la española Emperatriz Eugenia en el año 1856, al terminar la guerra de Crimea, y en nombre de Francia tomó posesión el cónsul de aquella nación Mr. de la Barrere.

El estado de deterioro, abandono y descuido del templo era grande y precisaba una restauración, que fue confiada al inteligente arquitecto Mr. Manss, quien, al mismo tiempo que tenía que ejecutar obras nuevas, quiso conservar con fidelidad el tipo arquitectónico y su ornamentación.

El templo ha quedado restaurado y devuelta la belleza que el tiempo y los destrozos de los bárbaros le habían despojado.

Tal es el estado del templo en la actualidad, en que libremente puede entrar y salir el cristiano sin ser molestado ni peligrar el templo por estar bajo el respetado pabellón francés, y más cuando desde el año 1878 está bajo la custodia de los Padres Misioneros de Argel.

Tal es el templo que se levanta y cubre con sus sagradas bóvedas las criptas de la casa en que moraron los padres de María, y en cuya casa, según la tradición oriental, nació la santa y pura Señora. Visto el templo en su parte superior, descendamos a aquellas veneradas criptas, santuario del nacimiento de la Santísima Virgen; y a ellas se baja por una escalera de veintiún peldaños y se componen de tres estancias, siendo la primera un *narthex* o vestíbulo como el que existe en las basílicas cristianas. Al entrar en aquellas frescas y perfumadas habitaciones con el aroma desprendido de las flores y del incienso, menos puros y agradables que el que se desprende al recuerdo de la pura rosa nacida en aquellas estancias, del grato aroma que dilata el pecho del creyente al encontrarse en aquel puro santuario de la Inmaculada, el ánimo se sobrecoge ante el poder del Altísimo y las rodillas se doblan inclinándose ante las paredes que presenciaron el nacimiento de la que tiene por escabel al mundo y por tesoro el corazón de los católicos fervientes. El ánimo se empequeñece ante el gran misterio, los labios no aciertan a pronunciar más frases que las de AVE MARÍA, pura, madre del consuelo y santo refugio del afligido, y humillada la cabeza ante el altar de aquella simbólica capilla que encierra el dulce recuerdo de la niña que allí nació para encerrar en su seno al Hijo de Dios y contemplar aquellos dos ábsides en medio de la misteriosa obscuridad de aquel subterráneo, templo escondido en el seno de la tierra para librarse de las persecuciones de los hombres y sus ultrajes, el corazón tiembla emocionado y enmudece. En aquellas paredes se ven aún bastante bien conservadas las pinturas murales de que hemos hablado y contemplar en aquellas pinturas tan venerables los pasajes de la vida de Joaquín, Ana y su hija, y en el altar que está en el punto de las habitaciones en que nació la Señora se ve la Virgen de Lourdes. En medio de aquel hermoso silencio, en medio de aquel aislamiento del mundo exterior, el alma se eleva a los tiempos del nacimiento de María y reconstituye aquellas estancias con los muebles, cree oír la voz de Ana entonando el cántico que la Iglesia nos ha conservado en sus rezos en acción de gracias a Dios, y vemos la alegría de Joaquín, se nos reproduce aquella tierna escena que hemos contemplado trasladada al lienzo por famosos pintores: allí, en medio de aquella soledad, en aquel apartamiento del bullicio de las calles de Jerusalem, el alma se eleva y

siente con toda la pura felicidad del creyente la hermosa y grandiosa escena del nacimiento de la que venía al mundo pura de toda mancha y exenta de pecado original.

Por un estrecho corredor se pasa a la segunda estancia, más retirada y silenciosa, más fría y desnuda, que viene a quedar situada debajo del altar mayor del templo y en cuya escondida estancia se dice reposaron los cuerpos de los padres de María: y si la estancia exterior es templo de la vida en donde se abrieron a la luz terrenal los ojos de María, la segunda es la estancia en donde se cerraron los ojos a la luz terrenal para abrirse a la eterna y durmieron el sueño de los justos los padres dichosos de la más pura de las mujeres, de la Reina de los cielos, de la que había de ser la corredentora del mundo por su hijo el Verbo humanado.

Con pena y con dolor se abandonan aquellas subterráneas estancias, y al salir de aquel sitio en que vino al mundo María, parece que al dejarle quedamos fuera de su protección, así como el corazón late con alegre y tranquila felicidad al hallarse tan en contacto con aquellos muros que oyeron los primeros vagidos de la más purísima y hermosa niña, de aquella dulce María que tanto nos consuela y llena de esperanza, y que al dejar aquellos muros nos separamos de Ella, que estamos más lejos de su protección y que no quisiéramos abandonar para tocar lo que Ella tocó, respirar el aire que circuló por su pecho y besar las piedras que holló con su planta. Con dolor como he dicho se abandonan aquellas estancias, y cuando de nuevo atravesamos el templo para salir a la calle, nuestra vista se fija en el pavimento de él, como si quisiera atravesarle para contemplar una vez más aquellas santas criptas.

Tal es el estado en que hoy se halla el templo y las habitaciones subterráneas de la casa de Joaquín y Ana, salvadas y conservadas por los mismos escombros que sobre ellas cayeron, ocultadas por algún tiempo cuando la destrucción de Jerusalem por los romanos. Así se conservaron, y a Elena, la Santa Emperatriz, debe atribuirse el descubrir la casa y el remover aquel escorial para entregar a la veneración de los fieles estos santos y memorables lugares de dulce recordación para el cristiano, y así ha venido amándose y venerándose por todos los pueblos y comarcas de España el amor a María, la celebración de la fiesta de su nacimiento, de la aparición de la más hermosa aurora, de la luz, del sol refulgente de la verdad en su santísimo Hijo.

¡La fiesta de la Natividad de María! Día de alegría, de encanto en todos los pueblos de España. Recorramos este rincón de Europa encerrado entre dos mares, subamos de las playas a las montañas, lleguemos de las llanuras a los más escondidos valles en el día 8 de septiembre, y en todos ellos oiremos voltear alegremente las campanas, y veremos las flores llenando los altares; oiremos el eco de las músicas y de los cantos, las alegres alboradas de los mozos con sus guitarras, el eco del tamboril y de la gaita acompañando las letrillas y procesiones en que preside la imagen de María entre el humo del incienso y los vítores de un pueblo creyente que se postra de rodillas ante la pura Madre de Jesús. Subamos a las oscuras montañas por entre la espesa arboleda, y allí enriscada sobre las peñas hallaremos la ignota aldea con escasos habitantes, y verémosla en ese alegre día del Otoño en que el campo lleno de frutos celebra con sus gratos dones la venida de María, llena de banderolas y flores, enramadas sus pedregosas calles con el mirto y el mastranzo que las perfuman para servir de paseo a la morena imagen de la Madre inmaculada. Lleguemos a las arenosas playas que encierra el mar azul recamado de plata como el manto de la Concepción Purísima que recorre la ribera entre los alegres saludos de los pobres marineros que adornan sus barcas con banderas de todas las naciones cual tributo universal de amor a la que invocan en sus luchas contra los elementos; lleguemos al solitario promontorio contra el que en días de tormenta se estrellan furiosas las olas como queriendo arrancarle de su base, y allí en lo alto cual faro del corazón y de la fe, descubriréis la pequeña ermita en que mora la Reina de los cielos como velando por los que en lóbrega noche luchan contra los elementos e invocan el dulce nombre de María como única esperanza de su salvación.

Lleguemos aún a las más populares ciudades, y en medio del mundano tráfago, entre el febril ruido de la lucha por la existencia, en el centro de ese campo de batalla de la humanidad, veréis alzarse la blanca y ojival fachada del templo de la Virgen madre y acudir las multitudes a impetrar el favor de la que se muestra esplendente con el nimbo de la luz celestial que rodea su cabeza, entre el brillo e irisado chispear de los conos de cristales de las arandelas, el perfume de las flores y las blancas nubes del incienso que la coronaban en nítida gasa azul, en esplendente nube cual entre la que se apareció al profeta en el Carmelo, y a sus pies implorando su auxilio y protección, a seres quienes si la indiferencia sostiene, la pierden ante la imagen de María, que llama a su corazón, y se doblegan ante su hermosura virginal vencidos por la ternura y las lágrimas de la que tanto padeció por nuestro arrepentimiento. Buscad en España una ciudad, un pueblo, una aldea, un caserío sin una imagen de María, no le hallaréis, no; es imposible que exista pueblo alguno en nuestra España, en que no se dé culto a una de las infinitas invocaciones de María, como es infinita su misericordia para con el pecador. Fiesta de la Natividad de María en pueblos y ciudades, aldeas y barriadas, que llena de alegría el corazón al festejar a la Señora con innarrables placeres, cual los que salen del fondo del alma para subir puros del contacto del hombre al solio de la Pura Inmaculada. Las historias no nos dicen cuándo comenzó a ser fiesta mayor la Natividad de la Virgen, pero su culto y su devoción, su amor y entusiasmo podemos decir que es tan antiguo en nuestra patria, como lo es el cristianismo. La idea y adoración al Verbo humanado, al Hijo de Dios, va tan unida al culto de María, que podemos decir que son devociones unidas, tan fuertemente unidas, como la Madre y el Hijo en su purísimo amor.

La Iglesia en sus cánticos nos lo dice; María trajo el regocijo al mundo como su Hijo trajo la verdad, y su nacimiento fue el del sol de la justicia que llevó en su seno. Por eso el culto y amor a María, esperanza de la humanidad, es tan unánime en España: su culto, lleno de amor y de esperanza, es la alegría del humano corazón, y por eso España, tan amante y privilegiada por la Purísima María, es su protectora, su consuelo y esperanza y su culto y amor el de toda la tierra que en Ella espera, ama y confía desde antes de su declaración dogmática por nuestro Santo Padre Pío IX en nuestros días.

Por eso su dulce nombre ha inspirado a nuestros más famosos poetas y pintores, por eso el arte la ha tenido como pura fuente de inspiración y veneración a su excelsitud, y por Ella, por su amor nos han colocado siempre nuestras madres bajo su amparo y protección en nuestra niñez, y a Ella han rezado en nuestra juventud para libertarnos de los peligros y extravíos, y por Ella, por su dulce nombre, conserva en nuestros corazones la fe y amor con que nuestras madres nos enseñaron a balbucear las primeras oraciones y a bendecir e invocar su puro y dulce nombre, cuando nos decían llama a María, Madre de todos nosotros los desterrados en este valle, ruega por nosotros, consuelo de los tristes, amparo del pecador.

Capítulo IV

HISTORIA ABREVIADA DE LA CIUDAD DE NAZARETH. -INFANCIA DE MARÍA, SU PRESENTACIÓN EN EL TEMPLO. -VIDA DE MARÍA EN AQUÉL. -RETIRADA DE JOAQUÍN Y ANA A JERUSALEM.

Escondida en la ladera de una montaña y limitado su horizonte, extiéndese la población de Nazareth, que aún hoy permanece casi en el mismo estado que en los tiempos en que la habitó María en el de su infancia y más tarde durante su místico desposorio con José, vio transcurrir los treinta primeros años de la vida de Jesús escuchando sus primeras predicaciones. Rodeada de hermosas huertas en que los frutales confunden sus ramas con los retorcidos nopales y se abren en cenicienta estrella los agaves o piteras, perfumada por sus aromáticas flores y embellecida hoy, a más de la blancura de sus casas por las moles de sus modernos templos, la ciudad de Nazareth, la ciudad en que vivieron María, José y Jesús, continua tan bella por sus recuerdos de la Sagrada Familia, como por los encantos naturales de sus valles y montañas, como también por su cielo tan puro, azul y hermoso, cual la mirada de María que lo embelleció con su presencia, y enaltecieron sus campos con sus pies la Madre y su divino Hijo.

He aquí cómo describe a Nazareth y su comarca un ilustre viajero, y cuyas palabras copiamos:

«Nazareth fue la ciudad por el Salvador elegida para pasar los treinta primeros años de su existencia en la tierra, y de ahí la incomparable aureola que a los ojos del cristiano la rodea, y la atracción que ejerce en el gran número de peregrinos que anualmente se postran en el Santuario de la Anunciación.

»Nazareth, dominando sosegado valle desde suave pendiente, álzase en sitio por todo extremo agradable. Nazareth en hebreo significa la ciudad de las flores y de las rosas. La *ciudad de María* en el centro de la feraz Galilea, ocupa un pedazo de tierra embellecido con todas las gracias de la naturaleza; de lejos muéstrase rodeada de una cerca de verdor, y en esto consisten sus murallas; las casas son blancas, limpias y de buena construcción. El santuario católico domina el paisaje, lo mismo que la iglesia de los armenios, construida sobre los cimientos de la antigua Sinagoga. No hay lugar en el mundo, y así debía ser, en que sea tan popular como en Nazareth el nombre de María. Los peregrinos hallan en la ciudad fraternal acogida, y a cada instante oyen resonar en sus oídos el dulcísimo nombre. Las mujeres todas de Nazareth dicen ser parientas de la Virgen Madre de Jesús, y al celebrar su hermosura, dicen ser deudas de esta gracia a la sangre de su pura parienta que corre por sus venas; son tan modestas las mujeres católicas, tan devotas y virtuosas, que de no ser primas de María, hacen en verdad méritos para llegar a serlo».

Lamartine, el sentido poeta, en su viaje a Galilea, escribe inspirándose en aquellos sentimientos de piedad cristiana y de poesía, lo siguiente:

«También a mí al subir las últimas cuestas que de Nazareth me separaban, parecíame que iba a ver y contemplar en su misterioso origen la religión vasta y fecunda que desde hace dos mil años, brotando en los montes de Galilea, ha tomado por lecho el universo y saciado con sus aguas puras y vivificadoras a tan gran número de generaciones. Aquí en la concavidad de esta roca que ahora piso, estuvo el manantial; la colina cuyas últimas pendientes subo, llevó en su seno la salvación, la vida, la luz y la esperanza del mundo; allí a pocos pasos del lugar en que ahora estoy, el hombre modelo quiso tomar carne y mostrarse entre los hijos de Adán para apartarlos con sus palabras y sus ejemplos del océano de corrupciones y de errores en que iba a sumergirse el humano linaje.

»De considerar el hecho únicamente como filósofo, véame en el punto de partida del acontecimiento de mayor trascendencia que ha transformado jamás al universo político y moral, acontecimiento cuya percusión imprime al mundo intelectual un resto de movimiento y vida. Aquí apareció entre obscuridad, ignorancia y miseria el más justo, el más sabio, el más virtuoso de los hombres todos...

»A estos pensamientos me entregaba cuando distinguí a mis pies, en lo más hondo de una vega, las casitas blancas de Nazareth, con gracia agrupadas en el valle y sus laderas. Su iglesia griega, el elevado alminar de la mezquita de los turcos y los prolongados y anchos muros del convento de los Padres Latinos, se destacaban sobre todo lo demás; varias calles, formadas por casas más reducidas, pero de oriental y elegante forma, estaban diseminadas alrededor de aquellos más imponentes edificios y rebosaban de movimiento y vida. Por todo el valle, comunicando amenidad y belleza al paisaje, se alzaban aquí y allí, sin orden y como al azar, grupos de espinosos nopales, higueras despojadas de sus hojas otoñales y granados de sutil y amarillento follaje: eran como silvestres flores alrededor de un altar campesino. Dios sabe lo que en aquel momento pasó en mi corazón: únicamente puedo decir que por espontáneo y, si vale expresarse así, involuntario movimiento, me encontré de rodillas y con la frente inclinada al suelo».

Nazareth, en árabe Nasarah o Nasirah, recibió este nombre, según San Jerónimo, de la voz hebrea *Neser*, que dice significa retoño; pero de esta modesta ciudad tan pequeña, ni hace mención de ella el Antiguo Testamento, ni Flavio Josefo en sus obras. Silencio que da a entender su escasa importancia y que tan sólo conquista nombre y fama desde que adquiere el insigne honor y privilegiada suerte de ser la ciudad reservada por los decretos de Dios para servir de morada en el mundo a su Hijo, al Salvador, de María y de la Santa Familia, puesto que en aquel hermoso valle de Galilea se pasaron los treinta primeros años de su ignorada existencia. Perteneció en los tiempos antiguos a la división de Galilea y atribuida a la tribu de Zabulón, situada en los lindes con la de Isachar. La reputación de que gozaban los pobres habitantes de Nazareth no era la más envidiable, pues cuando el Apóstol San Felipe anunció a Nathanel haber hallado al Mesías anunciado por Moisés y los Profetas en la persona de Jesús de Nazareth, contestóle aquél: ¿En Nazareth puede haber cosa buena? Así es que el nombre de Nazareno, que por escarnio dieron los judíos a Jesús, pasó a los discípulos y aun hoy los árabes designan a los cristianos con el nombre de *Nasara*.

La época del engrandecimiento de Nazareth comienza con Constantino, después del triunfo de la Iglesia. Eusebio y San Jerónimo hablan ya de la pequeña ciudad en que vivió y se educó el Salvador y de la feliz aldea en que fue anunciada su Encarnación. De esta época datan las primeras peregrinaciones, y en principios del siglo VII existen ya en ella dos iglesias. Pocos años después la conquista de los fanáticos musulmanes llegó hasta Nazareth y puso en peligro a los cristianos. Transcurrido un siglo, sabemos por San Willibrode, que los cristianos tenían que pagar a los mahometanos a peso de oro la conservación de sus templos, empeñados los conquistadores en demolerlos. Afortunadamente aquello no llegó a realizarse, pero la persecución y el temor a los conquistadores hizo perder mucha importancia a Nazareth, tanto que en el año 970, cuando el emperador griego Zimiscos la reconquista, era una pobre y mísera aldea. Fue reconstruida la ciudad, mejorados los templos, de los que luego hablaremos, y en poder de los cruzados continuó, volviendo nuevamente las peregrinaciones, y Tancredo, su príncipe, miró con singular cariño a la ciudad de la Sagrada Familia. Trasladóse a ella la Sede Metropolitana de Seythópolis en 1º de mayo de 1187, dos meses antes de la funesta y terrible jornada del lago de Tiberiades para las armas cristianas. Afdal, el hijo de Saladino, se presentó con siete mil caballos en las inmediaciones de Nazareth. Armáronse los cristianos y

con ciento treinta caballeros del Temple y del Hospital, que de la llanura de Esdralón habían acudido en auxilio de la Santa Ciudad, salieron al encuentro del enemigo y la batalla se dio en un pueblecillo que la historia de aquellas guerras denomina El-Mahed. El combate fue terrible, muriendo en él Santiago de Maillé, mariscal del Temple, que fue sepultado en la iglesia de la Anunciación. No se atrevió el mahometano a avanzar después de aquel combate y emprendió la retirada, salvándose por breve tiempo Nazareth. Poco después del desastre del lago Tiberiades caía nuevamente la ciudad en poder de los sarracenos. Once años después, en 1263, el sultán Bibars invadió la Palestina, y a la embajada que le enviaron los latinos solicitando la paz, contestó asolando la comarca, y regresando a Nazareth arrojó y asesinó a los cristianos, dando fuego a los templos.

Pero llega el año 1271, y apodéranse nuevamente los cristianos de Nazareth, pasando a cuchillo a sus dominadores y levantando nuevamente la cruz; pero su dominación no había de ser larga, pues rendida Tolemaida en 1291 y abandonada Palestina por los Cruzados, Nazareth quedó como olvidado por los peligros que se corrían para llegar hasta él.

Un viajero alemán escribe en 1449 que había pasado la noche en la capilla subterránea, y sólo un sacerdote y dos cristianos había encontrado en la ciudad; la hermosa iglesia que sobre aquélla se levantaba, había sido arruinada.

Pero llega el año 1620, y el emir Fakhur-Eddin abre las puertas a los cristianos, entregando la cripta de la Anunciación a los Padres de San Francisco, comenzando una nueva era de tranquilidad; y por último, en 1799, Napoleón I estuvo en ella la noche que precedió a la gloriosa batalla del Thabor. Después de la retirada del ejército francés, Djezar quiso pasar a cuchillo a la población cristiana, pero las amenazas del almirante inglés impidieron el bárbaro propósito, aunque los cristianos sufrieron agresiones continuas. Las matanzas de los cristianos en Damasco en el año 1860, hicieron temer a los de Nazareth por sus vidas, pero Akil-Agha, jefe de los beduinos, los defendió y amparó noblemente.

Tales han sido las vicisitudes por que ha pasado la ciudad de María, la ciudad de las flores que sirvió de hogar a la Santa Familia de José el carpintero durante treinta años.

El aspecto exterior contemplado desde la peña por la que los de Nazareth quisieron despeñar al Señor, o desde la iglesia latina, no puede ser más hermoso su conjunto, pero todo este encanto se desvanece al penetrar en sus calles en cuesta, el aspecto de mezquindad de sus blanqueadas casas desagrada, y el polvo que llena sus calles junto con las inmundicias, hacen repulsivo el interior de aquella tan poética ciudad contemplada desde las afueras. Lo cálido y ardiente del clima hace que las casas todas tengan sus habitaciones subterráneas, que son sumamente frescas en aquel clima y verano, como cálidas durante la estación del invierno. Tenga en cuenta el lector esta disposición común a todas las casas de Nazareth, para cuando nos ocupemos de la que habitaron José, María y su divino Hijo. Para cuando describamos aquélla, hablaremos del templo que sobre la gruta de la Anunciación se levanta hoy.

De una manera breve y rápida hemos dado a conocer las dolorosas vicisitudes por que durante siglos ha pasado Nazareth para llegar hasta hoy en un periodo de calma y tranquilidad que permite al peregrino llegar a ella con seguridad y sin temores por su vida. Esbozado el cuadro que presenta la ciudad de las rosas, la que encerró a la rosa más pura y estimada del Eterno, a María, y en la que se verificó el más grande de los santos misterios de nuestra religión, en la que pasaron los primeros años de la vida de Jesús, escuchó sus primeras predicaciones y comenzó a conquistar la enemiga del infierno concitando contra Él las turbas

ignorantes y rencorosas, pasemos a decir algo en cuanto la tradición y la historia nos enseñan de los primeros años de la vida de María, y de su vida en la casa de sus padres Joaquín y Ana.



- II -

Escasas son las noticias que sobre este punto nos proporcionan los monumentos históricos y poco podemos decir de la infancia de María.

Cumplidores los padres de María de las leyes del pueblo israelita, presentaron al templo a la recién nacida. Pero antes de este acto solemne debió preceder, como las leyes mandaban, la purificación de la madre, y pagado este precepto, el santo matrimonio presentó a la que lo había de ser del Redentor y realizar la promesa hecha de ofrecer al Señor y a su culto al heredero anunciado por el ángel a Joaquín y Ana.

Cumplidos los preceptos de la ley debieron retirarse a Nazareth, en donde tenían bienes, y allí permanecieron hasta llegar a la edad de tres años la tierna María. La Iglesia católica celebra dos festividades de la Presentación de María en el templo de Jerusalem; la una el día 2 de febrero y la segunda el 21 de noviembre. No cabe confundir ambas festividades, pues la de 21 de noviembre es la que debe titularse Presentación de la Virgen María al templo y la de 2 de febrero debe entenderse, más que la Presentación de María, la de Jesús por su Santa Madre; pues María se presentó para llevar, ya purificada, a su Hijo y así debe entenderse por fiesta de la Purificación.

Como hemos dicho, ni los Evangelios ni otros textos sagrados nos dan más amplias noticias de la infancia de María y tenemos para ello que recurrir a la tradición y a lo que la Iglesia nos dice acerca de este extremo. «Pero antes, y sobre todo, como dice D. Vicente Lafuente, es la Iglesia, y los trozos selectos de los Santos Padres que ella nos presenta en el Oficio divino, son superiores a cuanto se pueda decir por los ascéticos antiguos y los modernos filósofos cristianos».

En la citada fiesta de la Presentación, San Juan Damasceno y San Ambrosio son los que la Iglesia nos presenta en dicho día. La constante tradición entre latinos y orientales y lo antiguo de esta festividad, unido al cumplimiento de la ley y promesa hecha por los padres de María, pone fuera de toda duda el hecho, de que siendo todavía muy niña, fue conducida por sus ancianos padres al templo de Jerusalem para que quedase consagrada al Señor y ocupaciones a que se dedicaban las doncellas piadosas, que vivían en el recinto exterior del templo, recibiendo una educación cuidadosa y esmerada en cuanto los tiempos alcanzaban.

En las habitaciones del recinto exterior del templo, dice Lafuente, la tenían los Sacerdotes y Levitas cuando les tocaba venir de sus pueblos a servir por turno en el templo de Jerusalem, y allí vivían también las doncellas dedicadas a Dios, y entre ellas, en su tiempo, la purísima María. Así lo afirma Damasceno de una manera terminante cuando dice: «Nace en casa de Joaquín y es conducida al templo, y en seguida plantada allí en la Casa de Dios, y nutrida allí por el Espíritu Santo, quedó constituida en asiento de todas las virtudes cual fructuosa oliva; como que había apartado de su mente de toda sensualidad de esta vida y de su cuerpo,

conservando así con virginal pureza, no solamente su cuerpo, sino también su alma, cual correspondía a la que había de llevar a Dios en su seno».

Y al llegar a este punto de la estancia de la Santísima Virgen en el templo, creemos hacer un favor a nuestros lectores desvaneciendo el error que hemos oído a algunas personas que se estiman por entendidas, acerca del templo de Jerusalem, que se lo figuran, creen y describen como una gran iglesia de los tiempos presentes. Imagínanselo como una gran Catedral, como un gran templo de San Pedro o del Escorial, con esas columnas retorcidas que apellidan Salomónicas, sosteniendo una gran bóveda, y en esto estriba el error. El templo no tenía bóveda ni estaba cubierto: constaba de grandes patios circulares rodeados de pórticos, quedando sólo cubierto y cerrado el oráculo, donde no entraba el pueblo. El primero de los patios era el mayor, siendo la entrada pública hasta para los gentiles; en el segundo era donde oraba el pueblo, y en el tercero sólo entraban los sacerdotes, sin que pasaran al reservado del *Oráculo*, el *Santuario*, en el que sólo penetraba, una vez al año, el gran sacerdote, y para ello precediendo gran preparación.

Fuera de su recinto estaban, como hemos dicho, las habitaciones de los sacerdotes, levitas y jóvenes doncellas dedicadas al culto.

La tradición afirma, y no hay nadie que contradiga esta creencia general, que San Zacarías fue quien recibió en el Templo a María y a sus ancianos padres; como era pariente de la familia, nada de extraño tiene que esperaran los padres de María que aquél estuviese en funciones de su cargo para entonces llevarla, cumpliendo la promesa hecha antes del nacimiento de la niña; y esta tradición la dan como cosa probada los Padres Orientales.

La Iglesia oriental ha fantaseado mucho sobre la estancia de la Virgen durante su niñez en el Templo, llevándola hasta el punto de poner en boca de San Zacarías estas palabras: «Entra, niña, con confianza en tu Santo Templo, pues éste puede llamarse domicilio tuyo mejor que de ningún otro: te entrego la casa de Dios, donde sólo puede entrar el Sacerdote una vez al año. Ve por tanto, hija, al lugar santísimo, pues tú recibirás en ti al Santo de los Santos, y nos darás a todos la santidad».

La Iglesia latina, menos fantaseadora que aquélla, se ha mostrado poco propicia, dice el mismo D. Vicente Lafuente, a esta idea de que la Santísima Virgen entrase a orar en el Santuario, y casi tuviera allí su morada, a pesar de haberlo consignado también la Venerable Madre de Ágreda en su *Mística Ciudad de Dios*.

El Abate Orsini la combate abiertamente: «Antiguas leyendas se han complacido en rodear de una multitud de prodigios la primera infancia de la Virgen; pasaremos en silencio sus hechos maravillosos, que no están suficientemente probados, pero debemos combatir una aserción inexacta, o por mejor decir inadmisible, que ha sido admitida confiadamente y sin examen por santos personajes y escritores piadosos. De que la Virgen haya sido la misma Santidad, lo que nadie niega, se ha querido inferir que la Virgen debió ser colocada en la parte más santificada del templo, es decir, en el Santo de los Santos, lo cual es materialmente falso». (La frase en boca del ilustre escritor resulta un poco dura).

«El Santo de los Santos, ese impenetrable santuario del Dios de los ejércitos, estaba cerrado a todo Sacerdote hebreo, a excepción del gran Pontífice, que no penetraba en él más que una vez al año, después de un buen número de ayunos, vigiliias y purificaciones. Al entrar allí iba envuelto en una nube de humo producido por los aromas quemados en su incensario,

lo cual impedía ver los objetos, interponiéndose la nube entre la Divinidad y él, pues ningún inmortal podía verle y vivir según la Escritura: no estaba allí más que algunos minutos, durante los cuales, el pueblo prosternado y con el rostro pegado al suelo, prorrumplía en grandes sollozos, temiendo por la vida del Sumo Sacerdote, y tanto era así, que éste daba después un gran convite a sus amigos para congratularse con ellos de haber escapado por aquella vez de tan gran riesgo, Júzguese, pues, por estos datos, si es creíble que la Virgen María fuese criada en el interior del Santuario».

El mismo D. Vicente Lafuente, dice: «Dudo mucho que sea cierta la crianza de la Virgen Santísima en lo interior del Santuario, ni aun su entrada en el Santuario alguna vez, porque ni parece admisible esa *Anunciación* previa, ni está en el carácter de la Virgen, ni en las miras de la Providencia con respecto a Ella. Fue partidaria siempre la Santísima Virgen de *vida escondida*, como queda dicho, y también enemiga de singularizarse y de ostentar privilegios y exenciones. Si Dios le concedió ser concebida sin mancha de pecado original, esto fue en el orden espiritual e interno: ninguna señal exterior lo reveló: si fue Virgen y Madre a la vez, esto fue tan oculto que nadie lo supo: su mismo Santísimo Esposo lo ignoró algún tiempo: el vulgo la creyó una mujer cualquiera; Ella misma, *purísima* y *castísima*, se sujeta a la ignominiosa ceremonia de la Purificación, que suponía impureza, pues lo que se purifica no está puro. ¿A qué se turbó al darle el Ángel su embajada, si ya lo sabía por su padre San Joaquín y lo sabían los Sacerdotes y todos los que entraban en el templo? ¿Por qué concibió celos San José si toda la Familia sabía que había de ser Madre y Virgen? ¿Podía ignorar el marido lo que sabían todos?»

Así se expresa el católico escritor, cuyas palabras hemos copiado de su *Vida de la Virgen María*.



- III -

Y dejando esta cuestión y admitiendo la opinión del citado historiador, que deja las cosas en el lugar que deben, fuera de las exageraciones de escritores de ambas Iglesias, veamos cómo dice el padre Ribadeneyra que pasó su infancia en el templo la Santísima señora:

«Allí aprendió muy perfectamente a hilar lana y lino y seda y holanda; coser y labrar los ornamentos sacerdotales y todo lo que era menester para el culto del templo, y después para servir y vestir a su precioso Hijo, y para hacerle la túnica inconsútil, como dice Eutimio. Aprendió asimismo las letras hebreas y leía a menudo con mucho cuidado, y meditaba con grande dulzura las Divinas Escrituras, las cuales, con su alto y delicado ingenio, y con la luz soberana del cielo que el Señor le infundía, entendía perfectamente. Nunca estaba ociosa: guardaba silencio: sus palabras eran pocas y graves, y cuando era menester; su humildad profundísima, la modestia virginal, y todas las virtudes tan en su punto y perfección, que atraía a sí los ojos, y robaba los corazones de todos, porque más parecía niña venida del cielo, que criada acá en la tierra. Ayunaba mucho, y con el recogimiento, soledad, silencio y quietud se disponía a la contemplación y unión con Dios, en la cual fue eminentísima; y el Señor la visitaba y la regalaba con sus resplandores y ardores divinos...

»Estando aquí en el templo, con encendido deseo y amor de la virginidad, que el Espíritu Santo le inspiraba, hizo voto de guardarla perpetuamente, y fue la primera que hizo esta manera de voto, y alzó la bandera de la virginidad, y con su ejemplo incitó a tantos y tan grandes escuadrones de purísimas doncellas para que la alcanzasen, y por no perderla perdieron su vida: y por esto se llama Virgen de las Vírgenes, como maestra y capitana de todas ellas».

Respecto de su educación en el templo, dice el abate Orsini en su citada obra: «Después de haber cumplido este primer deber, María y sus jóvenes compañeras volvían a sus ocupaciones habituales, unas hacían dar vueltas en sus ágiles dedos a un huso de cedro, otras matizaban la púrpura, el jacinto y el oro sobre los velos del templo, que sembraban con ramilletes de flores, mientras algunas otras, inclinadas sobre un telar sidonio, se aplicaban a ejecutar los variados dibujos de esos magníficos tapices que valieron los elogios de todo Israel a la mujer fuerte y que el mismo Homero ha celebrado. La Virgen se aventajaba a todas las muchachas de su pueblo en esas hermosas obras tan apreciadas de los antiguos. San Epifanio nos enseña que ella se distinguía en el bordado y en el arte de trabajar sobre lana, lino y oro: su habilidad sin igual en hilar el lino de Pelusa se conserva aún tradicional en Oriente, y los cristianos occidentales, para perpetuar su memoria, han dado el nombre de *hilo de la Virgen* a esas randas brillantes de blancura y de un tejido casi vaporoso, cual se observan en el fondo de los valles durante las húmedas mañanas del otoño. Por este motivo fue, que las graves y puras esposas de los primeros fieles, en el momento de doblar su cabeza al yugo del himeneo, vinieron por largo tiempo a deponer sobre el altar de la Reina de los Ángeles una rueca ceñida de cintillas de púrpura y cargada de una lana sin mancha».

La iglesia de Jerusalem consagró desde los antiguos tiempos este santo y hermoso recuerdo de la vida laboriosa de María, ejemplo de actividad y de purificación del espíritu, cual es el cumplimiento de la santa ley del trabajo, y colocó en el número de los tesoros los ligeros husos de la Virgen María.

Así, en medio de estas operaciones, la pura niña iba educando su santo espíritu y ocupada en estas labores materiales unas horas y otras consagrándolas al estudio, distribuía el tiempo combatiendo el pernicioso influjo de la ociosidad, aun cuando ésta nunca pudo ni aun acercarse a la pura hija de Joaquín y Ana, pues no llegó a Ella ningún vicio. San Ambrosio le atribuye una perfecta inteligencia de los libros sagrados y San Anselmo añade que poseyó a fondo el hebreo de Moisés. Sea que María, estudiando el idioma de Ana y de Débora en sus vigiliias, en las altas profecías de Israel, ya que hubiese, como es indudable, en el Espíritu santificador una inspiración correspondiente al prodigioso amparo del Dios creador, lo cierto es que la Iglesia es deudora a María del más hermoso de los cánticos, con una de las más elevadas concepciones del genio poético. Para nosotros los cristianos, amantes y entusiastas por la más pura de las vírgenes, la más sublime de las madres y el más grande consuelo y protectora de nosotros los pecadores, el cántico del *Magnificat* será en todos los pueblos del mundo, mientras impere la fe, la composición más delicada y encantadora en sublime, sencilla y hermosa e inspirada poesía, cual emanada de la más alta de las fuentes poéticas; en Dios, fuente de toda belleza.

María juntaba en sí, a una santidad tan excelsa, cual correspondía a la que había de ser arca santa que encerrara en su seno al Hijo de Dios, un talento privilegiado, cual destello de la luz divina que la iluminaba y talento que nunca había de ser bastante para el Tabernáculo de Jesús.

Los orientales, tan poéticos e inspirados en fantásticas imágenes, dicen, que cuando la luz quiere condensarse, toma un carbunclo por globo en donde irradiar; y así, tomando esta poética imagen con relación a María, podremos decir que fue el carbunclo en que Dios condensó la luz esplendente que había de alumbrar al mundo.

María es la obra maestra de la Divinidad, es la luz de las generaciones antiguas y el faro deslumbrador de la fe de las modernas edades, la maravilla de los siglos y admiración de los venideros por a suma de perfecciones reunidas en una hija de los hombres. El recuerdo de esta humilde mujer, de la hija de los ancianos Joaquín y Ana, se conserva aún entre las naciones y pueblos que tienen cerrados los ojos a la luz del Evangelio: los persas la denominan la *Santa*, los turcos juntan su nombre de *Miriam Sceldika*, es decir, *María la justa*, y para nosotros los hijos de María, de la Madre del Salvador, de la Virgen clemente, ha sido siempre y será la Señora de todas las purezas y virtudes, el espejo de luz y caridad, y nuestro consuelo en las aflicciones. En ella, en sus virtudes, vemos la blancura de la inmaculada cual la del copo de la nieve, menos blanca que su pureza, y esas virtudes y celísticas cayendo cual el copo de aquella, silenciosamente en nuestras almas y cubriéndolas como cubre la tierra con su blanco manto, nos envuelve en su albura y su pureza, y su amor alcanzando el perdón de nuestras culpas cuando las lágrimas bañan nuestros ojos y con fe y amor la llamamos, nos eleva a humillar nuestra frente ante su gloria y pureza para adorarla y reverenciar sus virtudes.

María entró en el Templo como una de aquellas víctimas sin mancha, que Malaquías había visto por inspiración del Señor. Pudo conseguir, como nacida de noble familia, llegar hasta el trono por su belleza y virtudes, como había sucedido con nobles mujeres del Antiguo Testamento; pero María se consagró a Dios desde sus primeros años, haciendo un voto de castidad cuando apenas sus labios podían pronunciar las primeras palabras del armonioso hebreo. Dejó las pompas que el mundo pudiera ofrecerle, y puesta su mirada en Dios, que tan perfecta la había criado, a Él consagró todas sus aspiraciones y propósitos.

Para terminar este punto de la vida de María en el templo ya cerca de la que tanto han fantaseado los escritores orientales y también con poca crítica algunos occidentales, nada diremos por nuestra parte, sino que dejaremos la palabra a un tan reputado escritor como D. Vicente Lafuente, cuyo criterio católico y sana crítica nos pone fuera de la que pudiera decir que hacíamos vulgar y humana la vida de la Santísima Señora. He aquí copiadas con sus palabras, lo que dice el citado historiador de la Vida de María:

«Generalmente los escritores orientales propenden a considerar a la Virgen durante su estancia en el Templo, como una monjita metida en su celda, guardando las horas llamadas *canónicas* y teniendo su alacena para guardar su comida. Pero si en vez de considerar a la Virgen como una *monja*, durante su estancia en el Templo la consideramos una *colegiala* en una casa religiosa, de educación y ascetismo a la vez, la escena cambia por completo. La Virgen no arreglaría el método de su vida, sino que seguiría la regla y método de vida del Colegio; la Virgen no entraría en el Santuario, sino que oraría y dormiría donde oraban y dormían las otras *halmas*, o colegialas. La Virgen no comería de extraordinario, sino que comería lo que comían todas y a la hora que las otras, y de seguro mortificando su apetito y tomando lo estrictamente preciso, como quien toma medicina, según la práctica de todos los santos. Pudo ser que al morir Santa Ana, la Virgen saliese milagrosamente del Templo para asistir a su Santa Madre, sin ser notada, y quedando en tanto un Ángel en el Templo haciendo sus veces y llevando su figura; pero si se tiene en cuenta que las *halmas* no tenían rígida clausura, como se ve por el capítulo tercero del libro de los Macabeos, se echa de ver que no había necesidad de aquel milagro, y Dios no los prodiga sin necesidad, a nuestro modo de ver.

Puede ser que Dios permitiera que la Santísima Virgen fuera acusada por sus compañeras de inquieta, alborotadora y bulliciosa, a fin de que ejercitara su gran humildad, paciencia y mansedumbre, pidiendo perdón a sus compañeras y a los sacerdotes por culpas que no había cometido. Mas ¿cómo avenir esto con su vida dentro del *Sancta Sanctorum* y con los otros favores extraordinarios y portentos admirados por los Sacerdotes mismos?»

De esta suerte explica este doctísimo historiador el hecho, procurando restablecer la verdad ante la crítica y la historia en su verdadero terreno.

▽△

- IV -

Allí quedó la pura niña, y sus padres Joaquín y Ana se retiraron a sus tierras de Nazareth, en donde pasó algunos años el feliz matrimonio cultivando sus tierras y en esa feliz e ignorada tranquilidad que tan bien place a las almas justas y hermosas. El Señor no concedió muchos años de vida al santo matrimonio, después de la incomparable dicha de haber sido padres de aquella niña tan bella y que había de ser el portento de la pureza y de la gracia ante el Señor.

He aquí cómo Orsini nos pinta al santo matrimonio después de la consagración y separación de su Hija:

«Joaquín era un verdadero israelita, muy adicto a la ley de Moisés; él iba al Templo en todas las fiestas solemnes con su esposa y una parte de su parentela, según costumbre de los hebreos, y es de suponer que el deseo de ver a su hija, aumentaba aún su afición por las ceremonias del culto. ¡Con qué alegría su buena y piadosa compañera tomaba su velo de viaje para ir a la Ciudad santa! ¡Cuán largos le parecían los caminos que veía serpentear a lo lejos al través de las montañas y de las llanuras! Ella salvaba con la vista y saludaba veinte veces con el pensamiento antes de llegar a ellos en realidad, las breñas, los nopales, las copas de adelfas y los grupos de carrascas o de sicomoros que se divisaban de distancia en distancia en su camino, porque traspasado cada uno de esos puntos, ella estaba más cerca de su Hija, de su Hija, don del Señor, Hija del Milagro, aquella que un Ángel había proclamado la gloria de Israel. ¡Con qué dulce emoción debía ella saludar desde el fondo del valle la torre Antonia, que se elevaba espléndida y amenazadora sobre su base de pulido mármol para proteger la casa de la oración; y cuánto no debía conmover a aquella alma tierna y santa la vista del Templo que encerraba a su Dios y a su Hija!

»Al caer de la tarde y cuando las trompetas de los Sacerdotes llamaban al pueblo a la ceremonia, Ana se apresuraba para adorar a Dios y echar una mirada sobre su Hija, que muchos meses no había visto. El atrio, que no tenía otra bóveda que el cielo, mezclaba las deslumbradoras luces de sus candelabros con el vacilante resplandor de las estrellas. Millones de luces se cruzaban bajo los pórticos adornados con frescas guirnaldas; y los Príncipes de los Sacerdotes atravesaban la muchedumbre con sus ricos ornamentos traídos desde las orillas de la India por las caravanas de Palmira. Entre tanto, las consonancias aisladas de las arpas parecían acompañar el murmullo semejante al ruido de las olas que hacían al tiempo de orar una multitud de hebreos venidos de las riberas del Nilo, del Eúfrates y del Tíber, para doblar la rodilla ante el altar único del Dios de sus padres. En medio de este concurso inmenso de creyentes nacionales y extranjeros, Ana, que rogaba con fervor, no levantaba la cabeza un

instante, y era cuando María y sus jóvenes compañeras pasaban vestidas de blanco y cubiertas con sus velos con lámparas en las manos a manera de las vírgenes prudentes del Evangelio.

»Terminada la fiesta, Ana, después de haber bendecido y abrazado a María, volvía a cruzar con Joaquín el camino a través de las montañas, alejándose de Jerusalem con paso lento, sin atreverse a volver la cabeza, y llevábase recuerdos de felicidad por todo el espacio de tiempo que iba a discurrir hasta la fiesta inmediata».

La edad avanzada de Joaquín y de Ana, les hicieron, dice el citado historiador, retirar a Jerusalem, y los dos esposos dejaron a Nazareth, viniendo a habitar su casa en la ciudad; la casa en que según las crónicas orientales y las antiguas tradiciones cristianas, había nacido la Virgen y en la que debía entregar su espíritu al Señor el justo Joaquín.



Capítulo V

MUERTE DE JOAQUÍN. -MUERTE DE ANA. -ENTIERROS ENTRE LOS JUDÍOS. - ORFANDAD DE MARÍA. -EL CASAMIENTO ENTRE LOS JUDÍOS. -CASAMIENTO DE MARÍA Y EL PATRIARCA SAN JOSÉ. -EDAD DE AMBOS ESPOSOS.



- I -

Cerca de nueve años contaba María de su estancia en el Templo, cuando la primera nube vino a empanar el cielo purísimo de la existencia de la Hija de Joaquín y de Ana. Su padre, su amado y tierno padre, San Joaquín, cayó gravemente enfermo, y en su avanzada edad bien pronto se manifestaron los síntomas de muerte. Acudieron los parientes para consolar a los ancianos esposos y Joaquín recibió tranquilo aquellas muestras de afecto de sus deudos.

El justo Patriarca sonrió ligeramente, como Jacob, pensó que había sido largo tiempo viajante por la tierra y comprendía que necesitaba despojarse de la vestidura mortal para ir a descansar en el seno de Abraham después de su peregrinación. Como justo, no le asustaba la idea de la muerte y esperóla tranquilo y elevado su espíritu al Señor, como espera tranquilo el marino, puesta su confianza en El que mueve los vientos y los mares, la tormenta que tras el peligro ha de hacer brillar con mayor intensidad y pureza la luz del sol. Las fuerzas fueron agotándose, y cuando el justo padre de María conoció llegada su última hora, hizo pública confesión de sus pecados como era costumbre entre los hebreos, y purificado de esta suerte su espíritu, ofreció su muerte al Supremo juez en expiación de sus culpas, de las inherentes a la naturaleza humana, de las que no se halla exento el más justo y puro de los hombres.

Cumplido este deber de purificación de las culpas, libre su cuerpo de aquellas manchas que por la confesión había arrojado de sí, mandó llamar a María para darle su bendición paternal. Llegó dolorida la pura Niña ante la presencia de su padre, pero las súplicas de María no fueron oídas por Dios, en cuyos santos propósitos llevaba contadas las horas del padre de la

pura y santa Niña, y Joaquín entregó su alma al Creador. Suponen algunos autores piadosos que en el momento en que Joaquín extendía las manos para bendecir a su Hija, Dios, en su suprema bondad, le hizo la revelación del glorioso destino que el cielo había señalado a su Hija, dicen que en aquellos angustiosos momentos la suprema revelación iluminó el rostro del anciano y bajando los brazos entregó su alma a Dios.

Y aun cuando ajeno a la narración de la vida de María, aun cuando pudiera parecer impertinente, diremos cuatro palabras sobre el duelo y entierro entre los judíos, punto que para muchos puede ser desconocido, y al relatarlo daremos a conocer en éste y otros extremos la vida y costumbres de aquel pueblo, lo cual explicará mejor algunos episodios de la relación, hallándose de esta suerte la conexión y enlace necesario entre las costumbres y relatos de los hechos y vida particular de la Santa Señora.

Entregada su alma por el padre de María, resonó la habitación con gritos y profundos gemidos de dolor, según práctica, las mujeres se golpeaban los senos arrancándose los cabellos, y los hombres, en medio de los sollozos, cubrían sus cabezas con ceniza, desgarrándose las vestiduras y llenándose de arañazos el rostro. Abriéronse inmediatamente todas las ventanas de la casa y encendióse junto al cadáver la lámpara funeraria de bronce, de manera que iluminase el rostro del difunto. Hecho esto, entregaron el cuerpo a los que debían lavarle y envolver en los sudarios. Para los judíos el cadáver se presentaba ante su consideración como un germen de futura vida en un nuevo cuerpo que vendrá con seguridad en el día de la resurrección de la carne.

Una mortaja envolvía el cuerpo, y el sudario los cubría, la mirra y el incienso entraban por mucho en la purificación por los aromas del cadáver, y el áloe que servía para perfumarlos. Como deber de los hijos, la Virgen cerró los ojos a su padre y ató los pies con redobladas cintas: rocióle con los aromas y perfumes citados, prescritos por las leyes mosaicas, y cubierto con el sudario fue colocado el cuerpo en el ataúd. Pasadas las horas prescritas, los amigos llevaban en hombros el cadáver, y los parientes pronunciaban lamentaciones y gemidos atronadores con gritos de dolor, dejábanse caer en el suelo hasta producirse heridas, que cuanto más duradera fuese su cicatrización, mejor demostraban el dolor.

El aparato litúrgico en los entierros era muy sencillo, cuando más el Gran Sacerdote pronunciaba alguna oración fúnebre. Los sepulcros estaban fuera de las poblaciones y eran propiedad del difunto: a la tumba servía de abrigo alguna cueva que permitiese la entrada a la familia, pues las gentes profanas a ella, es decir, fuera de parentesco, no podían acercarse, ni menos tocarlas con sus cuerpos, sin que estos, por este solo contacto, no quedasen impuros.

Las leyes judías prescribían la indispensable asistencia de flautistas a los entierros, y al de Joaquín asistieron, como cumplidora exacta que era la familia de las leyes de su pueblo. En el acto tocaban sentidas composiciones, interrumpidas por las plañideras oficiales, que entonaban después de los llantos, tristes composiciones poéticas. El duelo duraba seis semanas, y durante ellas celebrábanse los banquetes con que los amigos de la familia demostraban su dolor obsequiando a los parientes del difunto. El pan de los enlutados, denomina Oseas a estos tristes banquetes, y Samuel, en el capítulo III, describe los funerales: «Romped vuestros vestidos y ceñíos de saco y doleos te Atenor». Ezequiel, añade a su vez hablando en sus profecías cómo el Señor le consolaba en la muerte de su esposa: «Hijo del hombre, he aquí yo te quito de golpe el deseo de tus ojos. No endeches, no gimas, no llores. Reprime todo suspiro, desiste de todo luto mortuorio, ajusta el turbante a la cabeza, y el pie al zapato, no te cubras con rebozo ni comas pan de duelo».

Así, pues, las gentes de la familia cumplieron con lo que mandaba la costumbre y ley hebrea, se celebró la comida como la cena pascual: estaba prescrito el número de copas que debían beberse: dos antes de sentarse a la mesa, cinco durante la comida y tres en los postres. Al volver del entierro dióse la visita de pésame a Ana y María, levantándose y sentándose hasta siete veces durante aquélla. Durante los tres primeros días, la familia ni los parientes cercanos del muerto no podían ser saludados ni devolver éste, y durante siete siguientes no debían lavarse, calzarse, ni cubrirse, ni leer la Biblia: el traje durante ellos, era un saco de groseras pieles, sin mangas, atado a la cintura con una soga y cubierta la cabeza con ceniza.

Estas eran las costumbres judías en los entierros y los lutos, y así indudablemente se procedería en la familia de San Joaquín cuando su muerte, pues así lo exigía el cumplimiento de la ley mosaica, que tan exactamente era obedecida por aquella Santa Familia.

La muerte del santo Patriarca Joaquín, hemos dicho que fue la primera nube de tristeza que enturbió el puro cielo de la inocente felicidad terrenal de la niña María, y las primeras lágrimas de dolor, de honda pena, por la separación de aquel padre tan amado de la inocente Niña, primeras lágrimas que anublaron aquellos puros ojos, que tantas habían de derramar durante su terrenal existencia, por causa de los crueles tormentos a que venía llamada la que había de ser Madre del consuelo. Mas los decretos del Señor habían de cumplirse, y al pasar Joaquín al seno de Abraham, la lámpara funeral que se encendía con aquella muerte, no había de apagarse al terminar el luto con la pérdida, en lo humano, del varón justo y santo.

Solas la madre y la Hija quedaron, volvió María al Templo, y no pasaron muchos meses sin que la tierna Niña volviese a su casa, a la modesta vivienda que ya conocemos, y en donde había venido al mundo la inocente María, cuando volvió a ella para cerrar los ojos de la cariñosa madre, de Ana, tan enamorada de su Hija, y a quien iba a dejar en la más completa orfandad.

Ana, después de bendecir a su María, abandonó el mundo y ésta tuvo que cumplir con ella los tristes deberes que poco antes había cumplido con su padre. Quedó en la orfandad, y no teniendo ya en la tierra más apoyo ni familia que el de Dios, se refugió de nuevo en el Templo, concentrando en su pecho el profundo dolor y pena de la separación de sus padres. A esta época de aislamiento y de solitarias meditaciones, a esta época de concentración de su espíritu, desligada de los lazos de amor y de cariño que la unían con los que le dieron el ser, se atribuye el voto de virginidad que hizo María.

En verdad que en ninguna parte se encuentra vestigio de que ese voto fuera conocido de Joaquín ni de Ana, pues según la ley civil mosaica, no era válido sin el consentimiento de los padres. Antes de la muerte de aquéllos no podía prescindir de la obediencia que era debida a los padres por el cuarto Mandamiento, ley divina que le mandaba honrarlos con aquélla.

Mas a este voto de consagración a Dios, hubo otro más transcendental y al hablar de él dejamos la palabra al tantas veces citado escritor: «Acompaña a este voto de perfección y de entera sumisión a Dios, otro voto singular, importantísimo transcendental e indudable, cual fue el voto de perpetua continencia y la dedicación de su virginidad a Dios, voto singular, por ser el primero de este género que se hizo, importantísimo y transcendental, porque habiendo de ser María el símbolo de las mujeres cristianas con su triple estado de doncella, casada y viuda, Ella fue la que dio el ejemplo de virginidad perpetua ofrecida a Dios con solemne voto, que luego imitaron millones y millones de doncellas cristianas, marchando por sus huellas, cual David la vio en el salmo epitalámico, donde describe las solemnes bodas del Rey de los

siglos, inmortal e invisible. Después de describir al regio Esposo, más bello que todos los hombres de la tierra, con la sonrisa en sus labios, con la espada ceñida y empuñando el cetro, vara de dirección y gobierno, introduce a la virginal Esposa seguida de otras vírgenes y castas doncellas.

»Oye, Hija mía, y mira todo esto: olvídate ya de tu pueblo y de la casa de tu padre, porque el Rey se va a preñar mucho de tu hermosura, y él es tu mismo Dios a quien adorarán los pueblos.....

»En pos de Ella vendrán numerosas vírgenes, y sus allegadas te serán traídas, y traídas con regocijo y alegría para llevarlas al templo santo del Rey».

Como se ve por estos hermosos pasajes, David, en este salmo, canta el místico desposorio de Cristo con su Iglesia bajo la figura del matrimonio de su hijo Salomón con la hija de Faraón; pero los oradores sagrados lo han adoptado, y con razón, para significar en sentido análogo el místico desposorio de María con el Espíritu Santo al ofrecer a Dios su virginidad, pues la hermosísima frase *adducentur Regi virgines post eam*, se presenta en nuestra imaginación con la inmensa y bella cohorte de sagradas doncellas, que imitando a la Santísima Virgen, vienen consagrando a Dios su virginidad y su pureza como ofrenda de una vida de mortificación y privaciones para conservar el tesoro de la pureza.

De aquí, con santa y hermosa inspiración, dice el beato Alberto Magno las siguientes palabras: «Con razón se llama a María Virgen de las Vírgenes, porque siendo Ella la primera, que sin consejo ni ejemplar previo, ofreció a Dios su virginidad, ha servido después modelo a todas las vírgenes que la han imitado».

San Ambrosio también se expresa, al hablar de la virginidad de María, con hermosa y poética frase y dice, al hablar de ella, que María fue la que enarbó el estandarte de la virginidad, y San Bernardo, dirigiéndose a la pura y santa Virgen en místico coloquio: «¿Quién os enseñó, Santísima Virgen, a complacer a Dios con la virginidad y a vivir en la tierra con la vida de los Ángeles?»

Presentan algunos autores dudas acerca de la época en que María Santísima hizo su voto de virginidad perpetua, y aun cuando lo más común es el creer que este voto debió hacerlo la pura Señora antes de su matrimonio con el santo Patriarca José, no faltan, por otra parte, autores respetabilísimos que suponen que el citado voto lo hizo después de sus desposorios y de conformidad entre ambos esposos. Posible es que el voto, por parte de la Virgen María, después de su matrimonio, no fuera sino una ratificación del primero, lo cual concilia ambas opiniones.

Si nos fijamos en los hechos de la historia de la huérfana María, vienen en cierta manera a comprobar los hechos. A poco de quedar huérfana María, trataron los Sacerdotes de casarla con uno de sus próximos parientes de la misma tribu. Al efecto copiaremos lo que dice el abate Orsini, en su *Vida de María*, en la que brilla por su poético estilo, que hace tan agradable la lectura de dicha obra:

«Sea que Joaquín en su lecho de muerte hubiese puesto a la Virgen bajo la protección especial del Sacerdocio, o sea que los magistrados que cuidaban de amparar a los huérfanos le hubiesen nombrado tutores de entre la poderosa familia de Arón, a la que Ella pertenecía por parte de madre, o bien sea que la tutela de los niños dedicados al servicio del Templo

correspondiese de derecho a los Levitas, parece cierto que después de la muerte de los piadosos autores de sus días, María tuvo tutores del linaje sacerdotal. Si nos fuera permitido aventurar una conjetura, diríamos ser verosímil que los cuidados de esa tutela fueron confiados especialmente al piadoso marido de Santa Isabel, cuya alta reputación de virtud y su título de cercano pariente, parecía indicarle para este cargo protector».

Del parentesco de la Virgen con Santa Isabel, han querido deducir algunos escritores enemigos del cristianismo, como Celso, Porfirio, Fausto y en general los judíos y los racionalistas, que María era de la tribu de Leví y no descendiente de la de David, y por tanto que tampoco lo era Jesucristo, según la carne; pero los católicos combatimos este error, fundados en las palabras de San Mateo, quien afirma la descendencia de Jesús de la raíz de Jessé y David, según la carne. Pero esta duda de los anticatólicos no tiene fundamento, y se desvanece con poco esfuerzo. No es cierto que todas las jóvenes tuvieran obligación de casarse con personas de su familia y tribu, sino solamente las huérfanas herederas de los bienes paternos. Tenía, por tanto, obligación la Virgen María de casarse con persona de la tribu de Judá y de la familia de David, de la cual descendía por parte de San Joaquín; pero no teniendo éste obligación de casarse con mujer de su familia, se había desposado con Santa Ana, que era de familia levítica y sacerdotal.

Esto en cuanto respecta a lo concerniente del voto de la Santísima Virgen. Todavía desde su orfandad pasó María algunos años en el Templo, pero cuando llegó a la edad de los quince años, según los más concienzudos historiadores, fue cuando los Sacerdotes pensaron en dar estado a aquella hermosa Niña, confiada a su cuidado en el Templo.

Y aquí viene a confirmarse lo que hemos dicho anteriormente, es decir, que siendo María huérfana y heredera de bienes paternos, su matrimonio debía verificarse con individuo de su tribu propia cual era la de Judá.

Así, pues, sus tutores determinaron el casamiento de María, teniendo en cuenta, como no podían menos, de acatar las prescripciones y costumbres del pueblo judío. Esta resolución de los tutores contrariaba, como se ve, a su voto de virginidad, voto que no podían los Sacerdotes reconocer ni eludir la Virgen María.

El deseo de aquella pura Niña y el voto hecho por la que había de ser Madre de Dios, no podía ser respetado por los Sacerdotes ni los tutores, para quienes, según la ley judía, era un oprobio la esterilidad y la maternidad una señal divina de protección y bendición. Los israelitas denominaban *Fruto de bendición* a los hijos, y aún hoy, entre los católicos, como por recuerdo de la ley antigua y forma poética, así se denominan a los hijos, y aún hoy el israelita se considera más feliz y protegido por Jehová cuanto más hijos tiene, y así nos lo dice el Rey David, que interpretaba los sentimientos de su pueblo, fundados en la felicidad del trabajo, en laboriosidad y en el cumplimiento de aquella ley del trabajo que denominamos santa, pues que con ella, con el que es ofrecido al Señor, el espíritu se eleva y reconoce la gran misericordia de Aquel que nos ha creado, patrimonio de la verdadera felicidad doméstica en las familias honradas y laboriosas.

David, en su poético estilo nos lo ha dicho, quien comenzó su vida siendo pastor y terminó siendo Rey, nos pinta esa felicidad fundada en el trabajo.

1ª. Bienaventurados todos los que temen al Señor y marchan por sus caminos.

2ª. Feliz serás porque comes del trabajo de tus manos; así te irá bien.

3ª. Tu esposa será como vid frondosa y fructífera apoyada en las paredes de tu casa. Y tus hijos, creciendo como los empeltres de los olivos, vendrán a sentarse alrededor de tu mesa.

4ª. Así será bendecido el hombre que teme a Dios con santo temor filial.

5ª. Que Dios te bendiga a ti desde Sión y veas los bienes de Jerusalem durante todos los días de tu vida.

6ª. Y que veas así también prosperar y aumentarse los hijos de tus hijos con la paz de Israel.

Con las palabras antedichas se pinta por David el ideal de felicidad de los israelitas; bello ideal al que debíamos aspirarlos verdaderos católicos, a la santa paz de la familia, la paz doméstica con el amor de los hijos, separándonos de las ambiciones humanas, de las concupiscencias del lujo y de la corruptora atmósfera de una sociedad dominada por las ambiciones, el orgullo y el deseo de una vida material, de abundancia, separada del cumplimiento de la santa ley del trabajo, que si lleva la felicidad a los tranquilos hogares cristianos, no enriquece para cubrir las necesidades del lujo y del orgullo.

La esterilidad en la mujer, hemos dicho, y dicen autores respetabilísimos, era una maldición del Eterno, como lo es la esterilidad en los campos, a los que se mira con repugnancia y horror. Así es que entonces, los Sacerdotes mismos y los Levitas, servidores del templo, y el Sumo Sacerdote, se casaban para cumplir la necesidad de perpetuar la raza. ¿Siendo tales las costumbres, tales las prácticas, cómo habían de consentir ellos, cumplidores y encargados de hacer cumplir la ley, que María se *condenase* (en su concepto) a la maldecida esterilidad como consecuencia de la virginidad prometida por aquélla?

San Gregorio Niceno refiere que un autor, que no nombra, ni tampoco lo hace el abate Orsini, dice que la Virgen se resistió por mucho tiempo, aunque con gran modestia, al enlace que se le intimaba, y que suplicó humildemente a su familia que consintiera en que continuase en el Templo una vida inocente, oculta y libre de todos lazos, excepto los del Señor. Su petición sorprendió en gran manera a todos los que disponían de su suerte. Lo que Ella imploraba como una gracia, era la esterilidad, el oprobio, estado maldecido por la ley de Moisés; era el celibato, es decir, la extinción total del nombre de su padre, idea casi impía entre los judíos, que miraban como una insigne desgracia que su nombre no se perpetuase en Israel.

No obstante, otros autores no menos atendibles y respetables, suponen que entregada María y confiada en la voluntad divina, no opuso resistencia alguna, y como modesta y virtuosa, antepuso la obediencia a la voluntad propia, y a su propósito el sacrificio.

Ateniéndonos nosotros en este punto, a los textos que aceptan los escritores católicos como los más conformes con el espíritu de nuestra religión, y siendo lo que dice la venerable Sor María de Ágreda lo que han admitido los escritores tan conspicuos como D. José María Quadrado en su preciosísimo libro *Flores de mayo* y D. Vicente Lafuente, copiaremos lo que acerca de este punto dice la venerable escritora en el capítulo V de su *Vida de la Virgen María*:

«Había celebrado el Altísimo con la divina princesa María solemne desposorio, cuando fue llevada al Templo, confirmándole con la aprobación del voto de castidad que hizo, y con la gloria y presencia de todos los espíritus angélicos. Habíase despedido la candidísima paloma de todo humano comercio, sin atención, sin cuidado, sin esperanza y sin amor a ninguna criatura, convertida toda y transformada en el amor casto y puro de aquel sumo bien que nunca desfallece, sabiendo que sería más casta con amarlo, más limpia con tocarle y más virtuosa con recibirle. Hallándola en esta confianza, el mandato del Señor que recibiese esposo terreno y varón, sin manifestarle luego otra cosa, ¿qué novedad y admiración haría en el pecho inocentísimo de esta divina doncella, que vivía segura de tener esposo a sólo el mismo Dios que se lo mandaba? mayor fue esta prueba que la de Abraham; pues no amaba él tanto a Isaac, cuanto María Santísima amaba la inviolable castidad».

«Turbóse algún poco la castísima doncella María, según la parte inferior, como sucedió después con la embajada del Arcángel San Gabriel; pero aunque sintió alguna tristeza, no le impidió la más heroica obediencia, que hasta entonces había tenido, aunque se resignó toda en manos del Señor».

Pasaremos ahora a relatar lo ocurrido respecto de la elección de esposo a María Santísima, por medio de intervención divina, y sobre este punto transcribiremos lo que dice la citada Venerable escritora:

«En el ínterin que nuestra gran Princesa se ocupaba cuidadosa con esta operación, ansias y congojas rendidas y prudentes, habló Dios en sueños al Sumo Sacerdote, que era el santo Simeón, y le mandó que dispusiese cómo dar esposo de casada a María, hija de Joaquín y Ana, de Nazareth; porque Su Majestad la miraba con especial cuidado, y amor. El santo sacerdote respondió a Dios preguntándole su voluntad en la persona con quien la doncella María tomaría estado dándosela por esposa. Ordenóle el Señor que juntase a los otros sacerdotes y letrados, y les propusiese como aquella doncella era sola y huérfana, y no tenía voluntad en casarse; pero que según la costumbre de no salir del Templo las primogénitas sin tomar estado, era conveniente hacerlo con quien más a propósito les pareciese».

De esta suerte es como relata la Venerable Ágreda la determinación de dar estado de casada a María, según la práctica y costumbre del pueblo judío de casar a las primogénitas.

Una tradición, ya narrada por San Jerónimo, supone que para la elección de esposo se acudió al medio usado para la elección de Arón, que se refiere en el libro de los *Números*, y que para este fin, se procedió por los parientes y aspirantes a la mano de María, a depositar en todos ellos, jóvenes, ricos y de noble estirpe, que deseaban el enlace, una señal.

Sonó la trompeta por toda la Judea declarando la voluntad del Sumo Sacerdote, siguiendo la inspiración que el ángel del Señor había puesto en su mente. Convocó a los de la tribu de Judá, que estaban con disposición de casarse, y que cada uno traiga en su mano una vara de almendro y María será dada en desposorio a aquel en cuya vara se mostrase cierta señal.

Convocados los jóvenes y parientes de la tribu de Judá, acudieron al templo numerosos jóvenes y aun algunos otros, ya en edad mayor, con su correspondiente vara de almendro, desnuda de hojas y de flores, pues aún no había llegado la estación primaveral. Llegaron en el día señalado los aspirantes a la mano de María y depositaron en el templo, en manos del Sumo Sacerdote, las consabidas varas: entre ellos, y en última fila, quedaba un hombre, de rostro simpático y bondadoso, un artesano, que a pesar de su edad viril, había vivido sin tomar

esposa, y que ganaba el pan de su vida con el honrado trabajo de carpintero, y que era vecino de Nazareth, hijo de Jacob de la casa de David.

En la festividad de los Desposorios de la Santísima Virgen, que celebra la Iglesia el día 23 de enero, sólo expresa en algunas lecciones, lo que dice San Bernardo en su segunda homilía sobre las palabras *Missus est*, explica los motivos que Dios tuvo para hacer que se casara su Madre María Santísima, siendo virgen y habiendo de serlo. «Convenía, dice, que el secreto de esta disposición divina quedase oculto por algún tiempo al príncipe del mundo (Satanás), no porque a Dios le importase nada el que lo supiera, puesto que no podía impedirlo si Él hubiese querido hacerlo a las claras, sino porque Dios, que hizo todas las cosas, no solamente con altísimo poderío, sino también con gran maestría, quiso también ostentar en esta su obra tan magnífica de nuestra reparación, no solamente su poderío, sino también su altísima sabiduría, al modo que acostumbró conservar en todas sus obras ciertas congruencias de cosas y tiempos en razón de la belleza del buen orden.

»Era, pues, conveniente que dispusiera suavemente todas estas cosas, no sólo en lo celestial, sino también en lo terrenal, para que al lanzar de allí al revolvedor, dejase a los demás en paz, y al combatir aquí al envidioso, nos diese a nosotros un ejemplo de su humildad y mansedumbre.

»Por eso fue preciso que María se desposase con Josef, puesto que de este modo quedó oculto el misterio santo a los canes infernales y comprobada su virginidad por su esposo, y se miró tanto por el pudor de la Virgen, cuanto por su decoro y buena fama. ¡Qué cosa más sabia y más digna de la Providencia Divina!» De ta manera es como San Bernardo nos da cuenta de este santo hecho y que la Iglesia acepta y hace como suyas, y para nosotros, los católicos, son las más seguras, eficaces y positivas.

La Iglesia, en la fiesta de los Desposorios, nada dice sobre el milagro de la vara floreciente con las puras y nítidas del almendro, pero no ha puesto reparo en que la imagen de San José figure con la vara en flor, como se le representa, nada dice y lo consiente, pero seguros estamos que si fuera contraria a los textos sagrados no la hubiera permitido ni la consentiría si en algo se opusiera a las creencias y doctrina consignada en los libros.

Al llegar a este punto de las bodas de San José y María Santísima, diremos la manera con que aquéllas se celebraban, para que nuestros lectores tengan conocimiento de cómo este trascendental acto para la familia, tenía lugar entre los hebreos. Y al hacer la descripción de cómo aquéllas se celebraban, no hemos de decir que todas se hicieran con la misma fastuosidad y lujo oriental en ellas empleado; no porque éstas se celebraran de este modo hemos de decir que de igual manera se celebraban las del potentado que las del pobre jornalero o menestral, así como hoy, las bodas de un príncipe o de un banquero no se realizan como las de un pobre artesano por más que las ceremonias del Sacramento sean las mismas, hemos de deducir que en el presente siglo se celebran los matrimonios con el lujo y detalles que se conmemoraban los de los primeros, para creer que el pobre artesano hacía los mismos lujosos dispendios que en los del potentado. Por eso al describir unas bodas del pueblo judío lo haremos tomando el cuadro de unas de lujo y ostentación y bien se comprenderá por ello que no hubieran de ser así las de María y José, sino como de un artesano y de una pura doncella enemiga de singularizarse y más amiga de la modestia, del recogimiento y deseo de pasar desapercibida, serían más modestas.

Así, pues, cuanto digamos de las bodas judías, será como mera ilustración para el lector y no para pintar que las de José y María fueron, atendida su modesta posición, con aquel fausto y oropel con que por costumbre se celebraban entre las clases ricas y poderosas,

Siempre los matrimonios se han celebrado en Oriente con grande fausto y aparatosa magnificencia: los hebreos circunscribían estas solemnidades de la familia a fiestas religiosas, conservando este carácter, como es sabido, hasta en los actos del derecho civil. Precedía al casamiento el acto de los esponsales, presentándose los futuros esposos, los prometidos, ante el Sacerdote, y poniendo en el dedo de la esposa un anillo, le decía el esposo: «Por este anillo eres mi esposa». A lo que contestaba aquélla: «Por este anillo quedo esposa vuestra ante Israel para que la voluntad de Jehová se cumpla en nosotros».

Pasados algunos meses de la promesa de matrimonio, el día designado para la celebración de aquél, un día, después de salido el sol, dirigíanse una porción de mujeres, rica y ostentosamente engalanadas, a la casa de la esposa, llevando en sus manos ramas de abeto oloroso encendidas los esclavos o criados de las mismas. Como resto de costumbres persas, el uso de los afeites del tocador, llevaban pintadas las cejas y pestañas lo propio que las puntas de los dedos de rojo, simulando los botones del rosal silvestre. Penetraban en la cámara de la desposada, en la cual, rodeada de matronas de su familia, esperaba el momento de la ceremonia y bendecían todas a Jehová que le daba esposo y protector. La novia, engalanada con ricas preseas y la túnica roja de púrpura de Tiro constituía su traje; ricos medallones, pendientes, esclavas y collares de perlas, diamantes, embellecían a la esposa, según la posición del esposo, causa de aquellos aderezos hijos de sus obsequios. En la cabeza llevaban una corona de oro en forma de almenas en las clases ricas, y en las humildes una corona de mirto y rosas: un velo sencillo o rico, liso o bordado en oro y plata, cubría por completo la figura de la novia.

Fuera de la casa, en la puerta, esperaba a la desposada un palio de rica tela, estofado o sencillo, sostenido por cuatro jóvenes. Cobijada por aquél, marchaban la novia y las matronas, sus compañeras, a las que seguían los arpistas, tamboriles y flautas y el resto del séquito nupcial agitando palmas y ramas de mirto. El esposo, que había acudido a la casa de la prometida, sin entrar en ella, llevaba la cabeza ceñida por una corona de una materia parecida al cristal, y peculiar del pueblo judío, abría la marcha acompañado de sus amigos, que cantaban y danzaban para significar su alegría lanzando exaños gritos prolongados parecidos al grito de alegría del caballo y que todavía hoy resuenan en los pueblos de las huertas de Valencia, entre los mozos, que los lanzan al pasar por delante de las casas de sus novias.

Las mujeres que se agrupaban al paso de la comitiva derramaban esencia de la preciada rosa de Judea sobre la novia. Llegado el cortejo a la casa nupcial, gritaban los amigos y las amigas: ¡bendito que viene! y penetrando en ella, cubiertos por el palio se sentaban juntos los esposos, y nuevamente él ponía el anillo en el dedo de la esposa, pronunciando estas palabras:

-Tú eres mi mujer, según el rito de Moisés y de Israel.

Levantábase el marido y quitándose el *taled*, especie de capa, cubría con él a su mujer, como recuerdo del acto del matrimonio de Ruth con Booz, diciendo ella las palabras de Ruth:

-Extiende el lienzo de tu *taled* sobre tu sirvienta.

Entonces un pariente cercano ponía vino en una copa, y gustándolo, pasaba la copa al matrimonio, le bebían bendiciendo a Jehová por haber criado al hombre y a la mujer y establecido el matrimonio. Hecho esto arrojaban un puñado de trigo, como símbolo de la abundancia, y un niño tomando la copa la rompía. La reunión que con antorchas encendidas rodeaba a los novios, bendecía igualmente a Dios, y pasaban a la sala del festín. Las fiestas duraban siete días como en tiempo de los Patriarcas, y pasada la semana de festines terminaban las bodas.

¿Creemos que José el pobre carpintero y la modestísima María, celebrarían sus bodas con tal aparato? No; creemos sí que los ritos de la ley se cumplirían, pero que ni el fausto ni esplendor de que tan enemigos eran los Santos Esposos tendría lugar, dado su modestísimo carácter y pobre posición material de José.

Y al llegar a este punto, es tanto lo que se ha dicho respecto de la edad del Esposo de María, de tan diversas edades le hemos visto y le vemos representado, ya como un hombre rayano en la vejez, ya anciano de blanca barba y calva cabeza, tanto más viejo que el padre de María, se le ha representado, que creemos deber decir cuatro palabras apoyadas en el parecer de dignísimos y católicos escritores, para asentar sobre una base más fija esta diversa representación del Padre putativo de Jesús y Esposo de la Inmaculada María. Nada diremos por nuestra parte, y dejaremos la palabra a un sesudo historiador de la *Vida de María*, ya diferentes veces citado en esta obra. Dice Don Vicente Lafuente:

«Créese que la Virgen María tenía catorce años cuando se casó. Si nació en el año 734 de la fundación de Roma, según la opinión de Tillemont, que es la más seguida y aceptada, el casamiento debió hacerse en el 748 de la fundación de aquella ciudad.

»Por lo que hace a su Esposo, créese que tuviera alguna edad más, pero que también fuese joven todavía y en edad lozana. Su matrimonio había de ser el modelo de las familias y de los matrimonios cristianos, y no es probable, por tanto, ni que San José fuese viejo, dando idea de casarse viejos con jóvenes, ni mucho menos que fuese viudo, cuando la Iglesia consiente las segundas nupcias, pero está muy lejos de aplaudirlas.

»Los editores de la *Vida de la Virgen* por Orsini, edición de la Librería Religiosa, Barcelona 1867, página 215, se sublevaron contra la idea de que San José fuese viejo, y hacen bien. San Epifanio, que bebió algunas veces como otros varios escritores orientales en las malas fuentes de los Evangelios apócrifos, llega a dar a San José ochenta años. ¿Pero cómo habían de consentir los Sacerdotes un matrimonio tan disparatado, cuando la Ley vituperaba tales enlaces? El P. Perrone (citado por Orsini) le da cincuenta años. ¿De dónde consta? Aun esa edad sería de gran desigualdad para un matrimonio modelo de futuros matrimonios».

Vemos, pues, que nada consta acerca de este punto de la edad de San José al contraer el matrimonio, pero si consta que la Ley repugnaba esos matrimonios desiguales por cuanto que siendo el principio de la sucesión y de la familia, autorizarlos y no vituperarlos la Ley, era tanto como dejar incumplido el precepto de la ley Mosaica. Además, siendo el principio de la herencia y de la familia el que informaba las costumbres del pueblo judío, y considerada la esterilidad como un castigo, ¿cómo los sacerdotes habían de autorizar el matrimonio de María condenándola a la esterilidad con un viejo de cincuenta años, cuando la casaban contra su deseo y voto de virginidad?

No creemos aventurar opinión contraria a la de la Iglesia al decir que en nuestro entender, y atendidas las costumbres mosaicas, si el matrimonio de la mujer era permitido a los catorce años, por una ley de relación debía tener San José de los veinte a veinticinco cuando su matrimonio con María Santísima. Además, aun cuando tuviese los cincuenta años que le da el P. Perrone, ¿pudo un anciano a esos años hacer con su esposa a pie al lado de la jumenta bíblica su huida a Egipto? Por esa y otras razones creemos que la edad de San José mediaría entre la que hemos citado. De aquí, de esta divergencia de opiniones, han nacido las diferentes representaciones de edad dadas los artistas en sus cuadros, y de que creemos como la más acertada que el inmortal Murillo le dio en su hermoso cuadro de la Sacra Familia, pues allí viene a representar unos treinta a treinta y cinco años, hermosa representación del amparo y protector seguro de María y Padre putativo del Verbo humanado.

▽△

Capítulo VI

VIAJE A NAZARETH DEL SANTO MATRIMONIO. -VIDA DE MARÍA Y SU ESPOSO, COSTUMBRES Y VIDA ÍNTIMA DEL PUEBLO ISRAELITA. -LAS HABITACIONES. - CASA DE MARÍA.

▽△

- I -

Terminó la semana de las bodas, José preparó su marcha a Nazareth, debía volver a su escondida ciudad en el ameno valle desde el que se descubre el santo Carmelo penetrando en el azul Mediterráneo su hermosa mole, pedestal de la inmarcesible gloria, y a sus espaldas el redondeado Thabor con su verde cumbre, altar de la Transfiguración que se destaca sobre el incomparable cielo de Palestina, que azul, hermoso y brillante se confunde con el esmaltado zafiro del mar recamado de ondas de plata como la fimbria del puro manto de la Reina de los Cielos. A esa encantada región por su hermosura, que había de llegar a la más espléndida belleza, por ser la morada de María, santificada por la presencia del Hijo de Dios y albergue de la Santa Familia, debía encaminarse el Santo Matrimonio y establecer el hogar del venerado modelo de los cristianos, y que había de ser la cuna espiritual de Jesús.

Acompañaron los parientes a José y María hasta la fuente de Anathat y allí se despidieron, emprendiendo el matrimonio el camino de Galilea. Lentamente siguieron su marcha atravesando las montas de Samaria, saliendo, después de pesada jornada, de las revueltas y cuestas en que las aves de rapiña ciernen su vuelo por las alturas acechando la presa en el confiado rebaño que apacenta en las laderas y sinuosidades de los valles.

Llegaron a Sichem, con sus frescos vallados y corrientes de agua que hacen esmaltar de verdes prados sus riberas, la ciudad con sus robustos edificios y fantástico aspecto, medio ocultos en aquellas frondosas arboledas que susurraban con el perfumado ambiente de la tarde. La penosa y larga marcha seguía desenvolviendo por los pedregosos caminos que

lentamente les permitía avanzar, aproximándose pesadamente a aquel deseado rincón de Nazareth.

Bordearon el monte Garizim, de aspecto algo terrorífico, con su combinación de colores, tan extraños como raros para el viajero que contempla aquel monte de costados rojizos, con sus líneas que le hacen semejar a leonada piel, franquearon el puerto de aquel extraño monte, y después de ascender a las cumbres del alto Hebal, llegaron a Sebaste que había de ostentar los palacios construidos, por Augusto y que Herodes procuraba embellecer para adular al romano dominador de Judea.

Tras descansos y paradas para no fatigar a la inocente niña salida de la vida tranquila del Templo, siguieron su marcha: a la mitad del segundo día de camino, divisaron a lo lejos la verde cima del monte Thabor, tan lleno de recuerdos y de sagrada memoria para el cristiano, que nunca puede dejar de oír pronunciar este dulce nombre sin estremecimientos de temor y respeto al monte en que se verificó el gran misterio de la Transfiguración del Salvador.

Aquel hermoso monte dibujaba limpiamente su cima en el plateado fondo del cielo de Galilea con sus influencias de la humedad salina del Mediterráneo, que ocasiona aquellos hermosos cambiantes de luz y de colores. Más allá, más lejos, columbraban las altas cimas de la cordillera del Líbano envueltas en los velos de blancas gasas de las diáfanas nubes que las circundan por su media base, y destacándose con los fulgores de la plata sus picos cubiertos de blanca nieve, sobre los que se presentaban las oscuras manchas de los bosques de sus seculares cedros de perfumada madera.

Desde las faldas cubiertas de arboledas del Hermón, en las que numerosos rebaños de cabras triscaban ramoneando, descendieron a la deliciosa llanura que se extiende como alfombra fresca de esmaltadas flores entre colinas cubiertas del oscuro follaje de las encinas, del brillante verde de los mirtos y el pomposo y aterciopelado de las vides que rodean cercas de centenios fructíferos olivos. Los campos de cebada interpolados con los del florido trébol, ondulaban a impulsos de la risa cual oleaje de un tranquilo mar; brisa saturada del perfume de las flores y ambiente tibio y perfumado de una prematura primavera. Aquella luz especial de Palestina pura y dorada, iluminaba aquella entonces rica vegetación, y el murmullo de los pequeños torrentes que bajaban murmurantes de las inmediatas montañas acompañando con su plácido rumor al de las altas y flexibles palmeras, formaba el hermoso cuadro y entonaban un plácido y tranquilo himno a la pura Virgen que en aquellos momentos, acompañada de su Esposo, atravesaba aquel hermoso rincón de la Galilea.

Así continuaron su viaje, llegando al fin a la casa de los padres de María, y desde la cual había salido niña para ir al Templo, y volvía convertida en la Esposa del humilde carpintero José, el descendiente de regia stirpe.

Arribaron por fin a Nazareth, recostado en la ladera del monte y encerrado en aquel tranquilo y sosegado valle, llegaron a sus calles, y por fin, María, después de penosas jornadas, volvió a poner los pies en la casa que moraron sus bienaventurados padres Joaquín y Ana. En la pequeña y fresca casa de Santa Ana, enclavada por su parte baja en la roca, como casi todas las de Judea, con el fin de mitigar el calor en aquellas frescas criptas, descansaron y prepararon para la nueva vida que iba a comenzar para los santos y dichosos esposos. La vida santa que en aquella casa habían de llevar, la había de santificar y hacer más sagrada, por el misterio que en ella tenía de obrar el Señor, y hacer más sagrada que el templo de Jerusalem. Allí se habían de pasar muchos años de vida y en ella habitar el Redentor durante su infancia

y juventud, y allí, en aquella hermosa naturaleza, se habían de escuchar las primeras palabras de su predicación y sufrir los primeros insultos del pueblo ignorante, sanguinario y fanático.

De allí había de salir la más grande y pacífica revolución que tenía que cambiar la faz del mundo, y allí, en aquella hermosa región, habíase criado la simiente, que esparcida por la tierra y fecundada con la sangre de los apóstoles y millones de mártires, llenando el mundo con el imperio del amor y de la caridad.

Aquella casa, de tan humilde apariencia, había de cobijar al Salvador del hombre por muchos años, y así como la humildad es la llave que abre las puertas del cielo, así aquella modesta casa, tendría que ser con el tiempo el más sagrado templo del mundo, pues entre sus paredes vivió aquella Santa Familia y animó con su mirada creadora el Hijo de Dios, el Mesías prometido.



- II -

Instalado el matrimonio en su pequeña casa, comenzó para ambos la vida de familia, admirando a las mujeres de Nazareth, la belleza, bondad y gracia inefable que resplandecía en la esposa de José. La paz de Dios reinaba en aquella casa compartiendo ambos esposos su vida entre el trabajo y la oración.

Como los bienes de María no eran cuantiosos y José carecía patrimonio, no obstante su ilustre origen, vivían engrandeciendo noble estirpe con el trabajo, título de nobleza tan agradable a los ojos de Dios. El oficio de carpintero lo ejercitaba con noble emulación y con él atendía al sostenimiento de su casa y de la Virgen María, su esposa, mejor dicho, su hermana, por el aislamiento en que vivían a causa de sus votos de celibato. La pobreza casi reinaba en aquella casa, y María, aun cuando acostumbrada desde niña a los esplendores del Templo y del lujo de las ceremonias, aceptó sin murmurar y con alegre resignación aquel, no modesto, sino casi pobre estado a que veía cambiado su pasado por el presente. Aceptólo con gusto y así se nos ofrece como el más perfecto modelo de las puras sencillas costumbres de la mujer cristiana y que debe imitarse como inimitable modelo.

Vivía retirada en su pobre hogar, sumisa a la voz de su señor, siendo después de sus ocupaciones domésticas, la preparación de las sencillas comidas de su esposo y labores de su sexo, hilando groseros linos, después de haber hilado, bordado y estofado antes tan ricas telas, la oración, la elevación de su espíritu al Señor, su Criador.

Cuando sus ocupaciones se lo permitían, la visita y socorro a los pobres y enfermos constituían el más grato de los cuidados de aquella virgen esposa, pues con ellos cumplía los sentimientos e impulsos de caridad de su inmaculado corazón: antes de ser Madre era ya el consuelo de los afligidos, la salud de los enfermos.

Así trascurrieron los días para el santo matrimonio, María, ocupada en las faenas de la mujer cuidadosa de su casa, vémosla en nuestra imaginación saliendo de las calles de Nazareth, con el ánfora a llenarla de agua en la cercana fuente, que aún se conserva y lleva el nombre de la Virgen, y vémosla ocupada en las labores propias de su sexo, junto al banco de

trabajo de su esposo José, y junto al cual hemos de ver luego al mismo Jesús ayudando con la labor de sus manos a su padre, representando aquel hermoso y puro cuadro, idilio de la familia cristiana, tan bien representado como hermosamente concebido por Murillo en su bella pintura de la Sagrada Familia, en la que el trabajo es el movimiento que impulsa, mueve y anima aquellas hermosas figuras.

El imperio de aquellas modestas viviendas estaba en manos de la mujer, y a ella le incumbían pesados quehaceres de la vida casera. La mujer barría toda la pequeña casa, cuidaba del fuego en que se cocían y aderezaban los manjares tan pobres como frugales. A la mujer tocaba moler el grano con que se había de amasar el pan, faena penosísima la primera, y que era incumbencia de aquella en la casa en que no había esclavo que verificara aquella penosa carga, a la que también María tenía que subvenir en el molino casero, prenda indispensable de toda casa, como puede verse en el libro segundo de Samuel. Acto, que ejecutado por María en su pobreza, demuestra su humildad y conformidad con los decretos del Señor; operación, que llevada a cabo por la que había de ser la emperatriz de los mundos, demostraba la resignación y conformidad con los designios del Altísimo. Tales serían y fueron las ocupaciones domésticas propias de la mujer, que aun casi vienen a ser las mismas de toda mujer de clase menestral, como lo fue el matrimonio que había de ocupar los altares por sus virtudes y el alto tesoro de ser los padres del Hijo de Dios. Si salimos al campo, en los cortijos y masadas, en los pueblos y aldeas, veremos, excepción hecha en la molienda a mano del trigo que ha de constituir el pan de la familia, los demás actos de la vida doméstica tienen un gran parecido y semejanza, sin más distinción que la de lugar y tiempo.



- III -

Hemos indicado algo acerca de las ocupaciones caseras de la mujer en Nazareth, y al hablar de ellas, hemos dicho y suponemos que fueron las mismas a que vino sujeta la Virgen María. Es necesario comenzar este párrafo dando a conocer cómo eran las casas de Judea y especialmente en Nazareth, a donde se concreta nuestra relación, por ser la ciudad habitada por María y su Esposo. Aún hoy día las casas de los nazarenos se diferencian bien poco de las del tiempo de la Sagrada Familia, por esa manera de ser inamovible en costumbres y trajes, en un pueblo esencialmente apegado a su tradición y que nada le hace cambiar de costumbres, trajes ni prácticas, que son hoy los mismos que en tiempo de Abraham.

Describiremos las moradas de aquellos habitantes tales como hoy las vemos y los mismos libros sagrados nos las representan. Estas casas adolecían de una sencillez primitiva, y en manera alguna podían compararse con las casas aristocráticas hasta cierto punto de la ciudad de Jerusalem. Especialmente las de aquella pequeña población eran de una sencillez casi primitiva, y bien podía verse en ellas el modelo de las primeras habitaciones humanas. Componíanse de una construcción cuadrada, es decir, un pesado cubo enjalbegado de cal, sin más abertura ni ventanas que la puerta que daba luz y ventilación al interior de aquella gran caja de mampostería. En la huerta de Alicante aún se ven construcciones de este género con su techo horizontal, sin tejas ni remate: las palmeras o el naranjo en la puerta, reproducen de una manera poética la casa de Siria. Y si nos atenemos a lo que dice el Antiguo Testamento, aún resulta más primitiva aquella casa. No había en ella, y aún hoy sucede, más que una sola habitación: cocina, alcoba, taller y una sala, todo estaba reunido bajo aquel techo. Las paredes

no se componían de piedras labradas, sino de unos ladrillos muy groseramente fabricados y semejantes a los con que forman las paredes de las barracas de las huertas valencianas. Como no había más luminaria que la puerta, el interior resultaba oscuro, única manera de contrarrestar el calor en Palestina; así es que era necesario en el interior de estas casas cuando había que buscar algo en ella, y más si se entraba del exterior, en que la luz intensa del Mediodía, ciega y deslumbra con su esplendente y mareante claridad, había que recurrir a la luz artificial. En el interior, una escalera abierta en la tierra comunicaba con una especie de cripta abovedada, a la que se refugiaban en demanda de fresco en las pesadas horas del medio día canicular, y en invierno como más abrigada contra los fríos vientos del nevado Líbano.

En cuanto al mobiliario de estas casas corría parejas con la sencillez de la construcción. Esterillas de junco para sentarse, o cuando era mayor el lujo, cojines de lino, cántaros y alcarrazas de fresco barro, armarios para guardar la ropa, toscas lámparas y almudes, la escoba y el molino, constituían el ajuar de la pobre casa del galileo bien acomodado. Para comprender la rareza y carencia de objetos en estas pobres mansiones, basta recordar aquel refrán evangélico que dice que no deben ponerse las lámparas debajo de los almudes, sino sobre ellos, para indicar que éstos, además de medidas, servían al mismo tiempo de mesas.

La comida corría parejas con la modestia de sus casas y vestido, el que luego hablaremos. Los pobres comían torta de cebada, como aún sucede entre los pueblos de la costa de Valencia y Almería. Sólo el rico comía pan de harina candeal y blanca. El *Éxodo* nos dice que el de cada día se amasaba sobre grandes manteles puestos dentro de las artesas y después de cocido resultaba casi transparente por lo delgado de las tortas. Por esto se dice que nunca se partía o cortaba con cuchillo, sino a mano, en pedazos, para distribuirlo entre los comensales. Usaban mucho el pan ázimo, esto es, sin levadura, especie de torta con aceite muy tostada y hecha con la flor de la harina. El *Levítico*, en su capítulo segundo, lleva la receta de la fabricación de este pan, cuando dice: «Y al ofrecer ofrenda de presente, cocida en horno, torta será de flor de harina sin levadura, con aceite amasada», y más abajo añade: «Y si tu presente fuera de sartén, será hojaldre amasado con aceite, todo él de harina flor, sin levadura».

Entre los utensilios de cocina usaban dos ollas; el cántaro y la alcarraza podían ser de barro cocido, pero no los platos, que lo serían de cobre, como puede verse en el *Levítico*, y la sartén de hierro para los fritos. De cobre, eran también el cáliz y la copa: no conocían ni empleaban otros utensilios de cocina.

Comían como los pueblos meridionales, al cruzar el sol por el zenit y después de ella echaban la siesta, cosa que han heredado nuestros labriegos y la gente poco afecta al trabajo, haciendo de la tarde una segunda noche. Lavábanse las manos antes de comer como práctica litúrgica y sentábanse, o mejor dicho, acostábanse para comer: al echarse junto a la comida, el más anciano pronunciaba una oración, a la cual contestaban los acompañantes con un «amén». Comían formando círculo y en el centro se colocaba el dueño de la casa. Traían los platos ya dispuestos y cortadas las viandas en la cocina: cada uno cogía con los dedos su tajada y la colocaba sobre su respectivo trozo de pan. Las salsas o caldos se servían aparte y en aquel plato mojaba cada uno su cacho de pan.

Las comidas se componían de carne de vaca, gallina, cordero y caza, con sólo dos legumbres, la haba y la lenteja. La miel era su plato favorito; leche, queso, uvas, higos secos y tiernos y nueces, constituían lo que llamamos los postres. Los pescados del Mediterráneo y del lago de Tiberiades constituían su alimento de pescado, pero el plato favorito era el de langostas del campo, frescas unas veces y otras desecadas al sol, moliéndolas y amasándolas

luego con pan. Las bebidas eran muchas y gustosas las que vemos usaban por los tiempos de la Santa Virgen. Una especie de cerveza hecha con cebada fermentada, y el *Cantar de los Cantares* nos habla de vino con zumo de granada: en el campo, para combatir el calor, bebían agua y vinagre, y para beber el vino, lo propio que las otras bebidas, colaban por las muchas moscas y mosquitos que caían en ellas, comían huevos duros, que era otro de los platos favoritos.

Tal era el modo de vivir de aquellos pobres habitantes de Galilea y por estas costumbres generales del pueblo deducimos que el pobre matrimonio del carpintero venía sujeto a la ley general de su posición, su modo y manera de vivir acomodado al de Nazareth en que vivían. Por eso al fijarnos en estos detalles lo hemos hecho a que conociendo el modo de vivir de aquellos pueblos, en que nada varía, y aún en nuestros tiempos, costumbres y trajes, objetos prácticas son las mismas ahora que hace mil años, lo hemos consignado para que se conozca cuál y en qué suerte vivía aquel matrimonio tan pobre, que luego había de brillar en los altares cuajada sus imágenes con las ricas pedrerías y coronas de los reyes y potentados de la tierra, que se arrodillan ante su presencia y adoran en sus virtudes y gloria.



- IV -

Como hemos dicho, para evitar el fantasear de algunos que, llevados de su imaginación exaltada y llenos de fe y amor, han creído al Santo Matrimonio viviendo entre ricas maderas y espléndidos mármoles, hemos pintado las costumbres nazarenas. El genio de los pintores, ornamentando sus cuadros de la casa de María, detallando la Sagrada Familia con costosos muebles, ricos cortinajes y lujosos accidentes de una vida oriental, han extraviado el concepto acerca de la vida del Matrimonio de Nazareth, haciéndoles aparecer como unos potentados rodeados de un lujo de que María ni José conocieron en la pobre y modesta casa de Nazareth.

Ya hemos dicho cómo y de cuántas piezas se componían las casas galileas y cuál era su construcción y arquitectura, y también hemos indicado algo acerca de aquella habitación subterránea que casi todas las casas de alguna relativa comodidad disfrutaban, para contrarrestar los pesados calores de aquellos veranos y los fríos del invierno. Por tanto, describir nuevamente una de las casas de que hemos hablado, sería pintar el pobre y humilde hogar y ajuar de la morada de María, del templo asaz modesto en que tuvo lugar el más grande misterio de nuestra fe, el cumplimiento de la palabra de Dios, realizado en la Santa Virgen y en el más pobre de los hogares, y convertido en templo por grandeza más grande que en la naturaleza pudiera el hombre elevar a su Criador, como muestra de su reconocimiento, amor y respeto a la sublime obra de la Encarnación del Hijo de Dios en las puras entrañas de la Virgen María.

¡La casa de María y José! qué palabra más dulce para los corazones cristianos que la aman y veneran como a nuestra Madre, como corredentora del mundo, nuestra abogada intercesora y salvadora en las penas de la tierra y a quien invocamos con el dulce nombre de Madre de los Afligidos.

Pero aquella casa, no la busquemos hoy en Nazareth; aquella fue transportada milagrosamente a Loreto, y de ella hablaremos en capítulo especial, y no hemos de buscarla

en Nazareth, de aquella sagrada mansión, sólo hoy se conserva la cripta, la cueva de la Anunciación, el retirado y silencioso lugar en que se verificó el mayor de los misterios de nuestra santa religión.

Capítulo VII

LA ANUNCIACIÓN. -LA ANUNCIACIÓN SEGÚN LA PINTURA. -BASÍLICA DE LA ANUNCIACIÓN, SU HISTORIA. -ESTADO ACTUAL. -TALLER DE SAN JOSÉ. -FUENTE DE LA VIRGEN.

- I -

Ante el grandioso misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, la pluma, la imaginación, la inteligencia y el corazón, se humillan y miran a la tierra como muestra del temor y respeto que infunde en nuestro pecho el grandioso hecho realizado por la Omnipotencia divina, llevando al seno de una Virgen a su Hijo, al Verbo, Redentor del hombre, nacido de la que había de quebrantar el imperio del demonio y nacer de ella la luz de la verdad.

La palabra es hueca para reproducir, con la magnificencia que sería necesaria para hablar y narrar, describir y pintar el hecho que forma la época, de la partida del nacimiento de la luz, de la realización de las profecías, y para ello copiaremos las inimitables palabras del Evangelista San Lucas, el historiador de la vida de María, quien con estilo admirable y sencillez poética, nos relata de una manera sublime el grandioso suceso.

Pero al hablar de la Encarnación del Hijo de Dios, no puede prescindirse de narrar actos que precedieron al gran misterio, y cuyas palabras transcribimos:

«Por cuanto muchos han intentado coordinar la narración de las cosas que se han cumplido en nuestros días, y cuya tradición nos han dejado los que vieron tales acontecimientos desde su principio y tuvieron el encargo de ser ministros de esta enseñanza, me ha parecido conveniente escribírtelas ordenadamente ¡oh excelente Teófilo!, puesto que he logrado investigarlas con esmero desde su origen, a fin de que conozcas la verdad de las palabras, en que has sido instruido.

»En tiempo de Herodes, Rey de Judea, hubo cierto Sacerdote llamado Zacarías, el cual era del turno de Abías y estaba casado con una llamada Elisabeth (Isabel) de la descendencia de Aarón. Ambos eran justos a la presencia de Jesús y vivían sin rencilla cumpliendo todos los preceptos y actos de justicia mandados por el Señor, mas no tenían ningún hijo, porque Isabel era estéril y ambos cónyuges ancianos.

»Sucedió pues, que en ocasión en que desempeñaba el sacerdocio ante Dios, tocándole su turno, según la costumbre sacerdotal, que le correspondió por suerte quemar el incienso, entrando para ello en el templo del Señor, mientras que toda la muchedumbre del pueblo estaba afuera esperando a la hora en que el incienso se ponía. Apareciósele de pronto un Ángel del Señor, de pie a la derecha del altar del incienso. Y al verle Zacarías se quedó turbado y tuvo miedo. Entonces dijo el Ángel: No temas, Zacarías, puesto que tu oración ha sido escuchada, y que Elisabeth, tu mujer, al cabo parirá un hijo a quien llamarás Juan, con lo cual tendrás regocijo y gran satisfacción, así como otras muchas que se alegrarán con tal alumbramiento, pues que ha de ser grande en la presencia del Señor; no ha de beber vino ni sidra, estando aún en el útero materno ya será henchido del Espíritu Santo, y convertirá a Dios su Señor a muchos de los hijos de Israel, porque le precederá con el espíritu y la virtud de

Elías, a fin de convertir los corazones de los padres hacia sus hijos y los rebeldes a la prudencia de los justos, preparando a Dios de este modo un pueblo escogido.

»Al oír esto le dijo Zacarías al Ángel: -¿Cómo voy a conocer todo esto? -porque yo soy anciano y mi mujer de edad avanzada. Mas el Ángel le respondió: Yo soy Gabriel que está delante del Señor, el cual me envía para decirte esto y darte tan buenas nuevas; pero ya que no has creído en mis palabras, que no por eso dejarán de suceder a su tiempo, vas a quedarte mudo hasta el día en que se cumplan.

»Entre tanto que pasaba esto, el pueblo estaba esperando a Zacarías y extrañaban que tardase tanto a salir de aquel paraje del templo y aún más al ver que al salir no podía hablarles: comprendieron entonces que había tenido en el templo alguna visión. Tuvo, pues, que hablar por señas y quedó mudo. Así pasaron los días de su turno, regresó y a pocos días quedó embarazada Isabel, su mujer, la cual no se dio a ver en cinco meses, diciendo: sea esto en pago del favor que me hace el Señor en estos días librándome del oprobio con que me miraban los hombres».

Tales son copiadas las palabras del Evangelista.

Como se ve, son tres los casos en que el Señor con su gran misericordia tuvo a bien fecundizar a las tres estériles esposas a quienes el pueblo israelita miraba con desprecio por no tener hijos y no dar heredero del nombre de su padre. Estas santas mujeres, a pesar de sus virtudes y merecimientos, eran como decimos víctimas de las burlas de su pueblo y del escarnio por su esterilidad. Ana, madre de Samuel, Ana, la esposa de Joaquín, y Santa Elisabeth, madre de Juan el precursor de Jesús y prima de la Virgen María. Estas tres santas mujeres son los preludios del gran misterio de la Encarnación en una virgen, y las dos últimas están correlacionadas con ésta, por cuanto el Evangelio hace preceder la noticia de la Encarnación del Verbo con la milagrosa relación del embarazo de Isabel y el anuncio de este milagro por medio de Gabriel, precede asimismo la aparición del Arcángel a Zacarías, padre del Bautista.

Llegamos con estos precedentes al momento del gran misterio, al momento en que el Espíritu Santo descende a la salutación del Arcángel Gabriel a la más pura de las mujeres, a la Virgen de las vírgenes, a la escogida del Señor llena de gracia y de pureza, a la inmaculada y libre de todo pecado, arca santa que había de encerrar en su seno al Hijo de Dios.

Momento sublime, momento en que este mísero planeta debió estremecerse ante la mirada y la palabra de su Criador que lo sacó de la nada para ser escabel de su trono incomensurable, al descender sobre él, y cuya hermosura de paisajes, arboledas y puro cielo, habían de aparecer tan desleídos y borrados como se esfuman y desvanecen al faltarles la luz vivificante del sol y la llegada de la noche. Atemorizada la naturaleza sabemos se estremeció de espanto ante la muerte Salvador, y quedaría muda, callada, silenciosa y anonadada ante la majestad de la palabra de su Creador que descendía sobre ella para salvar al mundo del pecado, bajando al puro seno de María.

Era la hora de anochecer, según la tradición: luchaban los últimos rayos de la luz con las tinieblas de la noche que surgían del Oriente, la luz del día, el sol con sus resplandores se ocultaba en el ocaso; la noche venía a dominar el mundo, el reinado momentáneo de las tinieblas se imponía, de la misma suerte que las tinieblas reinaban en la inteligencia de los hombres que en su orgullo se habían apartado del centro de luz del Sinaí. Como el que anda entre tinieblas, tentado con las manos ante un camino que no ve, cayendo en los hondos del mismo, y con inseguro paso avanzando tal vez para caer en nuevos precipicios, así los pueblos habían ido cayendo y bajando cada vez en sus creencias y sentimientos de la adoración del Dios del Sinaí, habían caído en la adoración de los astros, de los astros a la naturaleza, de ella a sus habitantes, y por último, a la adoración mística de los irracionales más asquerosos y bajos. Es decir que las tinieblas habían ido condensándose y la luz de la inteligencia humana apagándose y hundiendo en el más grosero sensualismo. No había luz, ésta había de venir

para reñir batalla con las tinieblas, con el amigo aliado del espíritu del mal, y Dios en su suprema Sabiduría escogió el momento de la obscuridad material en que se envolvía el mundo, cuando mayor era el campo del dominio del mal, para descender a la tierra con su santa palabra, hiriendo en el corazón y en el dominio de su mando en las tinieblas al espíritu del pecado, para vencerle después en su imperio y dominio del mundo.

En aquel momento en que el alma se acongoja y ve hundirse tras los altos montes la luz del sol, en que sus últimos resplandores se derraman en el cielo, en que la naturaleza calla, la aves se recogen a sus nidos y hasta el viento parece suspender su aliento y calla la arboleda, no susurran las hojas, las flores cierran sus corolas y hasta el río y el mar, en aquella calma, callan y silenciosos dejan de sonar el cadencioso rumor de sus olas y corriente; en ese momento crítico en que la naturaleza parece temerosa de las tinieblas que van a envolverla, en ese momento, dice la tradición, que María oraba, elevaba su espíritu al Creador en el tranquilo reposo y misterioso silencio, aislamiento del exterior, sin que a ella llegaran los ruidos del pueblo, en aquella oculta, sagrada y misteriosa cripta de la casa del Santo Matrimonio, María, como hemos dicho, oraba, elevando a su Creador aquel espíritu tan puro y tan resplandeciente en virtudes y gracia. Allí, encerrada entre las paredes, entre aquellas piedras, más sensibles, tal vez al grandioso acto que iba a verificarse y ser ellas mudos testigos del gran misterio, y más sensibles y tiernas que el corazón de algunos pecadores..., allí estaba María, humilde, y por lo tanto grande a los ojos del Señor, orando en mental elevación de su espíritu que se confundía en mística unión con su Jehová la que era pura y sin mancha.

¡Cómo expresar la pobre inteligencia humana este misterio celestial, cómo pintar con terrenales colores la luz divina que descendiendo del cielo cayó inundando de claridad eterna a la Madre del Salvador! Ni la pluma tiene rasgos, ni la palabra ideas bastante altas, ni la paleta colores para traducir de una manera digna el más trascendente acto de nuestra santa religión.

La venerable madre Ágreda en su *Vida de la Virgen*, en un estilo tan poético como lleno de fulgor, nos pinta y expresa este misterio tan grande como inmenso, tan alto como une la majestad y caridad de Dios que en su bondad quiso por medio del sacrificio de su Hijo el dolor de una Madre librarnos de la esclavitud del demonio que perdió a nuestros padres.

Dice la poética narradora de la *Vida de María Santísima*:

«Obedeciendo con especial gozo el soberano príncipe Gabriel al divino mandato, descendió del supremo cielo, acompañado de muchos millares de ángeles hermosísimos que le seguían en forma visible. La de este príncipe y legado era como de un mancebo elegantísimo y de rara belleza; su rostro tenía refulgente, y despedía muchos rayos de resplandor: su semblante grave y majestuoso, sus pasos medidos, las acciones compuestas, sus palabras ponderosas y eficaces, y todo él representaba, entre severidad y agrado, mayor deidad que otros ángeles de los que había visto la Divina Señora hasta entonces en aquella forma. Llevaba diadema de singular resplandor, y sus vestiduras rozagantes descubrían varios colores, pero todos refulgentes y brillantes; y en el pecho llevaba como engastada una cruz bellísima que descubría el misterio de la Encarnación a que se encaminaba su embajada, y todas estas circunstancias solicitaron más la atención y afecto de la Reina.

»Todo este celestial ejército, con su cabeza y príncipe San Gabriel, encaminó su vuelo a Nazareth, ciudad de la provincia de Galilea, y a la morada de María Santísima, que era una casa humilde, y su retrete un estrecho aposento, desnudo de los adornos que usa el mundo, para desmentir sus vilezas y desnudez de mayores bienes».

Más adelante, después de darnos el retrato de María, y de cuyo retrato y traje nos ocuparemos en otro capítulo, sigue la mística escritora:

«Al tiempo de descender a sus virginales entrañas el Unigénito del Padre, se conmovieron los cielos y todas las criaturas. Y por la unión inseparable de las tres divinas Personas, bajaron todas con la del Verbo, que solo había de Encarnar. Y con el Señor y Dios de los ejércitos,

salieron todos los de la celestial milicia, llenos invencible fortaleza y resplandor. Y aunque no era necesario despejar el camino, porque la Divinidad lo llena todo y está en todo lugar, y nada le puede estorbar; con todo eso, respetando los cielos materiales a su mismo Criador, le hicieron reverencia, y se abrieron y dividieron todos once con los elementos inferiores; las estrellas se innovaron en su luz, la luna y el sol, con los demás planetas, apresuraron el curso al obsequio de su Hacedor, para estar presente a la mayor de sus obras y maravillas.

»En las demás criaturas hubo también su renovación y mudanza. Las aves se movieron con cantos y alborozo extraordinario; las plantas y los árboles se mejoraron en sus frutos y fragancia, y respectivamente todas las demás criaturas sintieron o recibieron alguna oculta vivificación y mudanza. Pero quien la recibió mayor, fueron los Padres y Santos que estaban en el limbo, a donde fue enviado el Arcángel San Miguel para que les diese tan alegres nuevas, y con ellas los consoló y dejó llenos de júbilo y nuevas alabanzas. Sólo para el infierno hubo nuevo pesar y dolor; porque al descender el Verbo eterno de las alturas, sintieron los demonios una fuerza impetuosa del Poder divino, que les sobrevino como las olas del mar, y dio con todos ellos en lo más profundo de aquellas cavernas tenebrosas, sin poderlo resistir ni levantarse.

»Para ejecutar el Altísimo este misterio entró el Santo Arcángel Gabriel en el retrete donde estaba orando María Santísima, acompañado de innumerables Ángeles en forma humana visible, y respectivamente todos refulgentes con incomparable hermosura. Era jueves a las siete de la tarde al obscurecer la noche. Vio la divina Princesa, y miróle con suma modestia y templanza, no más de lo que bastaba para reconocerle por Ángel del Señor.

»Saludó el santo Arcángel a nuestra Reina y suya, y la dijo *Ave gratia plena Dominus tecum, benedicta tu in mulieribus*. Turbóse sin alteración la más humilde de las criaturas, oyendo esta nueva salutación del Ángel. Y la turbación tuvo en ella dos causas: la una su profunda humildad con que se reputaba por inferior a todos los mortales, y oyendo al mismo tiempo que juzgaba de sí tan bajamente, saludarla y llamarla bendita entre todas las mujeres le causó novedad. La segunda causa fue, que al mismo tiempo cuando oyó la salutación y la confería en su pecho como la iba oyendo, tuvo inteligencia del Señor que la elegía para Madre suya, y esto la turbó mucho más por el concepto que de sí tenía formado. Y por esta turbación prosiguió el Ángel declarándole el orden del Señor y diciéndola: *No temas, María, porque hallaste gracia en el Señor, advierte que concebirás un hijo en tu vientre, y le parirás, y le pondrás nombre Jesús; será grande y será llamado Hijo del Altísimo*.

«Solo nuestra humilde Reina, pudo dar la ponderación y magnificencia debida a tan nuevo y singular Sacramento; y como conoció su grandeza, dignamente se admiró y turbó. Pero convirtió su corazón al Señor que no podía negarle sus peticiones, y en su secreto le pidió nueva luz y asistencia para gobernarse en tan arduo negocio; porque la dejó el Altísimo para obrar este misterio en el estado común de la fe, esperanza y caridad, suspendiendo otros géneros de favores y devociones interiores que frecuente o continuamente recibía. En esta disposición replicó y dijo a San Gabriel lo que refiere San Lucas: *¿Cómo ha de ser esto de concebir y parir un hijo, que ni conozco varón ni lo puedo conocer?* Al mismo tiempo representaba en su interior al Señor, el voto de castidad que había hecho, y el desposorio que Su Majestad había celebrado con ella. Respondióle el santo príncipe Gabriel: *Señora, sin conocer varón, es fácil al Poder Divino hacerlos madre*».

De esta suerte se expresa la Venerable María de Ágreda en su *Vida de la Virgen*, y de propósito hemos copiado sus frases para que se conozca el estilo y profundo sentimiento que inspiraba las palabras y pensamientos de esta notable escritora, que tanto aconsejó sus escritos y cartas al monarca español Felipe IV. De esta suerte damos a conocer el grandioso acto de la Encarnación.

Viniendo ahora a la verdad evangélica, copiaremos textualmente las palabras del Evangelio de San Lucas, después de referir en el capítulo I el santo retiro de la anciana Isabel durante cinco meses:

«En el sexto mes envió Dios al Ángel Gabriel a una ciudad de Galilea llamada Nazareth.

»A una Virgen desposada con un hombre de la casa de David, José; y la Virgen se llamaba María.

»Y habiendo entrado el Ángel donde Ella estaba, la dijo: ¡Dios te salve, oh llena de gracia! el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres.

»Ella, habiéndole oído, se turbó con sus palabras, y pensaba qué significaría esta salutación.

»Y el Ángel la dijo: No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios.

»He aquí que concebirás en tu seno, y parirás un Hijo a quien darás el nombre de Jesús.

«Este será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, y reinará eternamente en la casa de Jacob.

»Y su reino no tendrá fin.

»Y dijo María al Ángel: ¿Cómo sucederá esto? porque no conozco varón.

»Y el Ángel le respondió: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y así, lo Santo que nacerá de ti, será llamado Hijo de Dios.

»Y sabe que tu parienta Isabel también ha concebido un hijo en su vejez, y la que se llamaba estéril está ahora en el sexto mes.

»Porque nada hay imposible para Dios.

»Entonces dijo María: He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra. Y el Ángel desapareció».

Qué escena, qué sencillez, qué diálogo y qué desenlace: la narración, tan bella como hermosa, respira la verdad que expone.

Las expresiones de María la elevan a la altura del misterio que va a realizarse en Ella. El Ángel le habla tres veces y las tres responde Ella: y por cada una de estas respuestas se levanta a la fe y a la inteligencia del gran misterio. Salúdala, habla el Ángel y responde María con su turbación, es decir, con su humildad, fundamento de todas las operaciones divinas. Anúnciale luego el Ángel su divina maternidad y los grandes destinos del Hijo a quien debe dar a luz, y no por esto María se deslumbra: recibe este anuncio más extraordinario que el primer coloquio con el Ángel, con una calma de fe que hace resaltar la turbación primera de su humildad: fe razonable inteligente, como la manifiesta la explicación que Ella pide, según la medida que conviene al testimonio de su virginidad y a la necesidad de su cooperación. El Ángel le da esta explicación, aún más prodigiosa que la cosa anunciada, y María no pide más, lo ha conocido y admitido todo y da su obediencia con humildad y fe igual a la alteza del misterio, cuyo precio realza la única pregunta que ha hecho.

Y este misterio se verifica al momento y el *Verbo se hizo carne* mediante el acceso a las entrañas de María que le da a la Virgen con su *fiat* lo que está admirablemente expresado por este desenlace de escena de la Anunciación, y *el Ángel se retiró* para dar lugar al mismo Dios, con lo cual la palabra del Señor quedaba cumplida y comenzado el gran hecho de la redención del género humano, por la venida del Verbo divino que nacería de una Virgen y tomaría el cetro del Reino que nunca tiene fin.

San Juan compendia de una manera admirable este sublime misterio en las cuatro conocidas palabras:

VERBUM CARO FACTUM EST.

Palabras que tienen la grandiosidad, energía y majestad sólo comparables con aquellas del Génesis:

FIAT LUX, ET FACTA EST LUX.

Pero estas palabras de San Juan, dice D. Vicente Lafuente, tienen sobre éstas todo lo que va de la *Encarnación de Dios a la creación de la materia*. Estas constituyen la frase más enérgica y sublime del Antiguo Testamento, las de San Juan son la síntesis del Nuevo. Inquieren algunos escritores la fecha de un hecho tan importante para la humanidad, el sitio y circunstancias. Son varias las opiniones, y al efecto las consignaremos, con el fin de que sean conocidas y puedan apreciarse en su contenido.

Orsini dice, y con él otros autores, que la Anunciación del Ángel tuvo lugar dos meses después del casamiento con San José, opinión que parece poco probable. Según dicho autor, tenía la Virgen quince años cuando se casó.

La ya citada Venerable Sor María de Ágreda, dice que el casamiento tuvo lugar el mismo día en que cumplió los catorce años, y fija la edad de María de la siguiente manera. Después de decir la Venerable que con San Gabriel bajaron muchos millares de Ángeles, como hemos transcrito, añade:

«Era la divina Señora en esta ocasión de catorce años, seis meses y diez y siete días, porque cumplió los años a 8 de septiembre, y los seis meses y diez y siete días corrían desde aquél hasta éste en que se obró el mayor de los misterios que Dios obró en el mundo».

Ahora bien; repitiendo lo que ya dijimos al hablar del nacimiento de María, si esta Señora nació en el 733 o 734 de Roma, como escribe Baronio y Tillemont, es decir, veintiún años antes de la era vulgar, no puede menos de convenirse en que cuando Cristo nació, la Virgen tenía de veinte a veintiún años, y por tanto debieron mediar unos seis años entre su casamiento y el misterio de la Encarnación del Verbo, puesto que la era vulgar data de su nacimiento, aun cuando, como es sabido, en algún tiempo se tomara la fiesta de la Encarnación como punto de partida, lo cual sólo supone nueve meses de diferencia.

Respecto de lo que hemos dicho de la cripta o habitación subterránea en que tuvo lugar el sublime misterio, copiaremos lo que dice un profundo historiador de la vida de María:

«Por lo que hace al aposento particular o gabinete de la Virgen, donde se verificó este gran misterio, es difícil explicarlo dada la estructura de la pequeña casa que se conserva en Loreto con su única ventana; no hay allí señales ni facilidad para un piso alto. Algunas casas de Nazareth, no mucho mayores que la de Loreto, están adosadas a los cerros contiguos, en los cuales tienen añadida alguna extensión de sus viviendas; pero la santa casa no presenta vestigios de esto.

Respecto de este punto, no aparece conforme el autor con existencia de la habitación subterránea, consagrada y venerada como templo devotísimo. Pero hay que tener en cuenta que la parte de casa transportada milagrosamente a Loreto, fue sólo la parte superficial, pero no la habitación subterránea, y al terminar este capítulo y hablar del templo de la Anunciación, ya historiaremos este punto.

Continúa el citado autor diciendo, que con respecto a dicha casa pudo hacerse alguna transformación en ella por Santa Elena, y quizá después por los Cruzados; la piedad que pintó sus muros no fue muy discreta, y la santa casa merecía algo mejor que los anacronismos con que la afearon las brochas de los siglos XIV y XV.

»Supónese que San José tenía el taller fuera de casa; y en efecto, a unos ciento cuarenta pasos de la casa de Santa Ana se designa en Nazareth otro sitio llamado la *tienda de San José*. Allí

se había construido una iglesia espaciosa que arruinaron los turcos en parte, si bien queda una capilla donde todavía se dice misa.

»De todos modos, dadas las proporciones de la casa de Loreto, la Santa Virgen no encerraba aposento aparte; y toda la habitación tenía la altura de unas cuatro varas y media y casi otro tanto de largo, con unas once o doce varas de longitud, formando un cuadrilongo donde difícilmente se podría hacer una pequeña alcoba; si la hubo, hoy no existen vestigios de ella». No somos nosotros los que damos aspecto de humildad y pobreza a la habitación de María, como contraposición a los anacronismos y exageraciones de los pintores, como desconocimiento del asunto, lugar y costumbres, haciendo casi de la habitación de María un ante gabinete alhajado con artísticos muebles y costosos cortinajes impropios de la humildad y pobreza del matrimonio artesano, y tanto más por estilo y época.

«El paraje donde se verificó el altísimo Misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, continúa el citado autor, no podía ser más humilde y más pobre en lo humano, dadas las exiguas proporciones y el modestísimo mueblaje de la santa casa, de Nazareth. Pero la imaginación humana, que se aviene con la bajeza y miseria de la cueva de Belén, donde nació Jesús, parece que rehúsa la analogía de lugar en el momento de la Encarnación; y los artistas cristianos han preferido siempre en este caso seguir su ideal, presentando magníficamente decorado el teatro de este misterio, en vez de atenerse a la desnuda realidad de la modesta y aun pobre casita que en Loreto se conserva con gran devoción y consuelo de los fieles...»

- II -

La Anunciación o Encarnación del Señor, ha sido uno de los asuntos que mayor predilección han merecido de la pintura, y si fuéramos a examinar, a describir y analizar la serie de cuadros y representaciones que de este gran Misterio de nuestra religión, se han ejecutado por escuelas distintas, sería asunto, que por sí solo, necesitaría un libro; así es, que sólo daremos noticia de algunos que son estimados como eminentes y representan las tres escuelas principales; la mística, de Fra Angélico, que encierra en sí el simbolismo y la ingenuidad y religiosidad de tan ilustre pintor. El cuadro es una tabla que se conserva en el Museo de Madrid y encanta desde el primer momento en que la vista se fija en él, tal es su belleza e inocente grandiosidad con que el inspirado pintor tradujo al dibujo y al color la grandiosa escena de la Salutación del Ángel. En tres partes iguales puede decirse que está dividido el cuadro, la parte izquierda representa una arboleda, y en segundo término, se ven a Adán y Eva con rústicas vestiduras y unidas las manos en súplica, arrojados del Paraíso por el Ángel, que se ve en tercer término entre el follaje de unos arbustos: el horizonte se levanta por la escotadura que forma un monte y la copa de un árbol, atravesando de izquierda a derecha una ráfaga de intensa luz que penetra en un peristilo que forman las dos terceras partes del cuadro, con arcos latinos y techumbre de nervios pintada de azul con estrellas doradas. El frente, que mira al espectador, forma dos de los arcos, y en cada uno de ellos encuadra una figura: en el primero, el Ángel, que se acerca a María lleno de respeto, las manos cruzadas sobre su pecho. La cabeza es hermosa, rizada cabellera que rodea nimbo estofado de estilo bizantino; alas tímidas y pequeñas que caracterizan los Ángeles de Fra Angélico, túnica rosa con rica fimbria. En el otro arco, María, sentada y teniendo sus pies sobre hermosa alcatifa, que corriendo por detrás la Señora, se levanta en forma de solio sostenido por tres clavos en el muro. María recibe con las manos cruzadas la embajada del Altísimo, y humillada cabeza y mirada, recibe al par el haz de luminosos rayos que atraviesan el cuadro: composición tan llena de encanto inspiración sagrada que llena el ánimo de cristiano encanto: pertenece al año 1417.

Un carácter más estudiado, más composición y algo más desconocimiento indumentario y acomodaticio mobiliario a la época en que *Petrus Cristus* pintó su cuadro de la Anunciación, y que forma parte de un retablo con cuatro compartimentos; es no menos digno de estudio por su composición y misticismo que respira. Un arco ojival, adornado con estatuillas, encierra la composición. Una estancia con arco de bóveda en plena cimbra, en cuyo fondo se ve una ventana con parteluz y adornos ojivales, otro arco ojival en el que se inscribe una puerta del mismo estilo: en el lado derecho una quilla del siglo XV, sobre la que se ven redomas y otros objetos. En el lado izquierdo, puerta por la que ha penetrado el Ángel que ocupa el lado izquierdo. El Ángel viste túnica blanca, que parece una alba y cubierto con capa pluvial, ricamente bordada, le da una apariencia de un diácono más que de un Ángel, con unas pesadas alas: la cara larga y de corte alemán, con larga peluca, levanta la mano derecha más en ademán de bendecir que de anunciar la fausta nueva. La Virgen, en el lado derecho, recibe de rodillas la embajada del Altísimo, viste negro hábito con toquilla y lleva desnudo el cuello, rostro largo y pelo dividido por raya central en la cabeza. Es una notable pintura, que fuera de los defectos de ignorancia de medio, tiene una mística unción que encanta por la ingenuidad y color: este cuadro pertenece al año 1446.

Del Greco, o sea Domenico Theotocopuli, es otro notabilísimo cuadro que corresponde al año 1548. El asunto está tratado con encanto que este pintor supo comunicar a sus obras. La escena está tratada con mayor fastuosidad. El lado izquierdo le ocupa María arrodillada ante un reclinatorio, arrogante y hermosa figura con rozagante manto y vestido; tiene la hermosa cabeza inundada de luz que baja de un foco luminoso que rompe en el techo con un gracioso grupo de ángeles; en el lado derecho, el Ángel arrodillado sobre una nube, rozagante figura, con túnica y gallarda cabeza, de hermosas alas, extiende la mano comunicando la alta misión del Señor. La parte decorativa es rica y de gran horizonte, con construcciones arquitectónicas y hermoso cielo. Y por último, en el concepto religioso e inspiración santa, ninguno de ellos encierra tanta sencillez y verdad como el del incomparable Murillo, y corresponde a los años 1674. Acerca de él copiaremos lo que dice D. Pedro Madrazo en el *Catálogo histórico* del Museo:

«Representase el sagrado Misterio en la habitación de María, donde aparece ésta llena de gracia, en actitud devota, arrodillada, con las manos cruzadas sobre el pecho, junto a un bufetillo cubierto con un paño, donde estaba leyendo y haciendo oración, después de haber dejado la labor en un canastillo colocado con oportunidad en primer término. El Arcángel, gallardo mancebo alado, con la rodilla derecha en tierra, expone a la elegida su embajada, señalando con la mano izquierda al Espíritu Santo, que está en lo alto en forma de paloma, y por cuyo poder y virtud ha de realizarse el adorable misterio de la Encarnación».

«Enriquecen la composición tres grupos de diez y siete ángeles niños formando bellísimos contrastes sus actitudes, y expresando «afectos de admiración y complacencia».

Este es, en nuestro concepto, el cuadro cuya inspiración es más conforme con nuestro sentido artístico y religioso, y es y será siempre un encanto y maravilla de color y de ejecución tan real como idealista en tan sublime escena.

- III -

Después de la Ascensión del Señor, los fieles sus discípulos de Nazareth, testigos muchos de ellos de la larga permanencia de la Sagrada Familia entre ellos, perdiendo la esperanza de volver a ver a la Virgen en la ciudad, no tuvieron ya otro consuelo, como el que se tiene de una persona querida y amada, la conservación de su recuerdo y de aquello que le perteneció o tocó con sus manos o con su uso, los nazarenos como hemos dicho, no tuvieron más consuelo

en deseo que la casa que había habitado la Santa Familia y la fuente única del pueblo, que la consagró llamándola la Fuente de la Virgen.

A este fin convirtieron la casa en lugar de oración conservando con diligente cuidado los pobres utensilios de que los Esposos y su divino Hijo se habían servido; después de consignada esta muestra de homenaje, la historia se calla y no vuelve a encontrarse nada acerca de la santa casa en que tuvo lugar el mayor y más sublime de los misterios: todo queda envuelto en el silencio y la obscuridad. Tal vez este silencio y olvido, en medio de las persecuciones levantadas contra la Iglesia, fue un designio sapientísimo como de la Providencia, este olvido y silencio que la protegió contra los enemigos Cristo.

A la noble matrona y heroína de la Iglesia, Santa Elena, perteneció la gloria como otras muchas que la ensalzan en los Santos Lugares, la de hacer surgir de las ruinas y del olvido la santa casa, santuario en que descendió de lo alto el Hijo de Dios.

Nazareth como las demás ciudades de Galilea, había sido saqueada y expoliada; pero allá en un rincón de la ciudad, en un callejón sin salida, había quedado sepultada en sus tres cuartas partes bajo un montón de escombros, una morada cuya misera apariencia debióla preservar de la brutalidad de los soldados siempre deseosos de robo y de violencia.

Mandó Santa Elena excavar en aquel escorial, y tras algunos días de trabajo pudo ponerse al descubierto una antigua casa. No quiso ceder a nadie la gloria de primero entrar en ella. Así lo hizo, en desnudez de las paredes, escasez y pobreza de los muebles, en el altar que todavía empolvado y sucio con los escombros se conservaba en pie, y más que todo en los latidos que agitaban el corazón de la Emperatriz, conoció Elena que había descubierto lo que tanto deseaba.

Inflamada de gozo y animada por su celo y amor a María, hubiese querido revestir de mármoles la santa casa, pero considerando que los mismos escombros la habían guardado y no había sido profanada por impuros simulacros como lo fue el Calvario y el Pesebre de Belén, creyó más conveniente para la piedad de los fieles y que había de herir más sus sentimientos la pobreza en que vivió la Santa Familia, y sirviera de ejemplo y estímulo a los cristianos, a quienes tanto Jesús había predicado la pobreza y la humildad con el ejemplo, Elena dejó la casa tal cual hallóla, y contentóse con restaurar el sencillo y primitivo altar. No contenta con esto, la Emperatriz mandó encerrar la casa, tal cual se hallaba, dentro de un templo que la cobijaría con el título de la Anunciación. Hizo grabar en su frontis esta inscripción tan breve como elocuente y conmovedora:

HOEC EST ARA IN QUA PRIMO FACTUM
EST HUMANAEE SALUTIS FUNDAMENTUM

Inauguróse la basílica y su nombre atrajo muchedumbre piadosa: en los primeros años sólo fue visitada la iglesia de la Anunciación por los cristianos de Oriente, mas bien pronto acudieron los mismos Pontífices y poderosos del Occidente, millares de ilustres casas nobles, y por último, por el Rey de Francia San Luis y los Cruzados.

Cuando este monarca quedó libre, después de seis años de esclavitud entre los mahometanos, sus primeros pasos fueron a Nazareth, para dar gracias a María por su libertad. Llegó precisamente en el día 25 de marzo, fiesta de la Encarnación, y llegó como penitente, no como Rey, oyó la misa que dijo el legado apostólico, comulgó y cumplió el voto que no había podido cumplir en el Calvario; en la casa de la Virgen, y como recuerdo de su estancia y voto, mandó pintar en la parte occidental de la casa, a la Virgen con el niño Jesús y a su lado él, vestido con las insignias reales, teniendo en la mano derecha un hierro como signo de su esclavitud, y en la izquierda, una caña.

Pasan treinta años desde la marcha de San Luis, y a consecuencia del saqueo de Tolemaida, envalentonados los bárbaros con sus victorias, destruyen cuanto encuentran al paso, y entonces la santa casa *desaparece*, no quedando de ella más que los cimientos.

¿Qué fue de ella, fue arrasada por la barbarie militar como ha sucedido entonces y ahora con monumentos y recuerdos gloriosos de las ciencias, las artes y la fe? No, la santa casa desapareció de Nazareth, hallándose poco después en Occidente, cual si no quisiera continuar en aquel país dominado por el islamismo, y en el que tanta sangre generosa habían derramado los Cruzados. Desapareció de Nazareth para siempre, quedando sólo la cripta, y trasladándose a Loreto, donde se venera y visita por los cristianos.

Y dejamos ahora este punto de la desaparición de la Santa Casa para examinar e historiar este punto bajo la luz de la fe y de la crítica este milagroso hecho en capítulo especial.

Los sarracenos destruyeron la basílica de la Anunciación, en la que durante nueve siglos habían estado resonando bajo su techumbre las oraciones, cánticos y plegarias del pueblo cristiano de todas las regiones del mundo. La sagrada cripta fue profanada y todas las riquezas saqueadas unas y entregadas a las llamas las demás, que desaparecieron ante las hordas sarracenas.

Consumada la obra de destrucción contra una religión que combatían fanáticamente, no quedó piedra sobre piedra de aquel santuario que odiaban profundamente. El humo del incendio y la profanación quedaron como reliquia de su paso, y sólo la voz del Profeta se oyó en aquel silencioso pueblo, pero no importaba; el santuario, como la fe, no podía desaparecer para siempre allí donde había bajado el Espíritu Santo y encarnado el Verbo Divino. De sus cenizas renacería el santuario, y en efecto, renació y vive en medio de un islamismo menos grosero y más tolerante, pero después de terribles pruebas para los católicos que le han restaurado, librándole de las manos de los opresores.

Pero llegaron los libertadores en el año 1300, los franciscanos al llegar a Nazareth en dicho año, tienen la dicha de poder comprar las ruinas junto con los terrenos que las rodeaban. Al poco tiempo erigen sobre aquéllos una capilla modesta y pequeña, con un no menos pobre y mezquino convento: mas ¡ay! ¡cuántas amarguras tenían que sufrir todavía los hijos de Asís antes de completar la restauración!

Aún no habían pasado sesenta años, cuando los religiosos son arrojados de su provisional asilo, sin que hasta un siglo después puedan volver a tomar posesión nuevamente de su propiedad. Por segunda vez son desterrados en 1542, y por último en 1620 vuelven nuevamente en medio de circunstancias extraordinarias como se verá. Por este año, el P. Tomás de Novara, cuyo nombre va unido a las grandes obras de Tierra Santa, fue nombrado Custodio en Palestina al desembarcar en dicho punto y antes de dirigirse a Jerusalem, quiso atravesar la Galilea y visitar el santuario de Nazareth, que halló convertido en un lugar infecto, guarida de reptiles y alimañas.

Toda la grandeza y majestad de la obra de Santa Elena había desaparecido. Entristécese el P. Novara, en su corazón penetra el deseo de libertar tan sagrado lugar de aquella hediondez, y elevan su vista al cielo, pronuncia aquellas palabras que han pasado a la historia de la santa casa: -Si Dios nos hace la gracia de arrojar de la casa santa al enemigo, ¡de qué felicidad gozaremos y cómo la testificaremos con nuestro reconocimiento!

Llegó a Jerusalem y cayó gravemente enfermo: algo mejor, pero atacado de la fiebre, partió para Nazareth. Nada bastó a detenerle, y partió acompañado del P. Santiago Vendome, recoleto francés, a los pocos días se hallaba completamente restablecido. Dirigiéronse a Beirut, en donde se hallaba el Emir Falcher-ed-din, con quien había necesidad de tratar del rescate del Santuario; este Emir, que con el tiempo había de ser cristiano, convertido por el P. Vendome, y decapitado en Constantinopla luego más tarde, les recibió amablemente haciéndoles sentar a su mesa. Enterado de la petición del P. Novara le respondió:

-No solamente os concedo lo que pedís, sino que si estuviera en mi mano os daría todos los Lugares Santos, ¡tan grande es el afecto que profeso a los frailes de la *Cuerda*! Jamás seréis molestados, ni en vuestro viaje ni en la reedificación de la iglesia de Nazareth, por la que yo mismo me intereso. Yo daré órdenes oportunas para que seáis recibidos en todas partes como merecéis y amenazo desde ahora con mi justa venganza a cualquiera que toque a vuestras personas u os cause algún perjuicio. Aquel que colocó el firmamento sobre nuestras cabezas y trazó a los astros el camino que han de recorrer, el verdadero Rey de Oriente y Occidente, el Dios clemente y misericordioso, os conduzca y colme de felicidades.

Retiráronse los franciscanos contentos con estas palabras del Emir, y salieron de la ciudad con una escolta de soldados, y el 29 de noviembre llegaron a Nazareth, y el mismo día el Cadí leyó al pueblo el decreto en que se restituía a los frailes menores el convento e iglesia de Nazareth. ¡Ochenta años hacía que los católicos de aquel pueblo estaban sin iglesia, culto ni altar!

Tomaron posesión de las ruinas y comenzaron a limpiar del mejor modo posible aquel muladar, restauraron del mejor en cuanto pudieron los abrasados muros, y el sábado anterior al IV domingo de Adviento, se cantaron allí vísperas solemnes en medio de la alegría y júbilo del pueblo católico.

Al terminar éstas algunos vecinos de Nazareth refirieron al Padre Novara un hecho verdaderamente extraordinario, al que daban ellos nombre de la *Exudación de la Columna*.

-Desde muchos años hacía el monolito levantado en el mismo sitio en donde el Ángel anunció a María que sería Madre del Salvador, destila todos los domingos un licor oloroso que se recoge cuidadosamente en lienzos y obra curaciones milagrosas.

No vio el P. Novara en esto sino una piadosa leyenda, pero no tardó en ser testigo del prodigio. No creyendo aún en las palabras del nazareno, se acercó a la columna en el domingo siguiente por la mañana, y observó que no presentaba signo alguno de humedad comenzó la celebración en el altar de la cripta, pero al llegar el momento de la consagración el duro granito se reblandeció, y de todos sus poros se escapaba un aceite abundante que esparcía en el templo un gratísimo perfume. Entonces el P. Novara se convenció de lo dicho ante la evidencia del hecho, que hallamos consignado en narraciones.

Salió para Belén el P. Novara quedando encargado el P. Vendome, pero los trabajos y fatigas le hicieron enfermar gravemente tanto, que cuando llegaron los frailes que habían de ocupar el convento, halláronlo casi moribundo. Curó, y a poco tiempo emprendió las obras con mayor empeño, consiguiendo hacerse celdas para los hermanos.

Salió para Europa el P. Santiago con el fin de recoger limosnas para la construcción del convento, y en el ínterin una lucha civil entre los mahometanos, hace huir a los católicos a Tolemaida (San Juan de Acre); se retiraron los franciscanos, y entrando los soldados del Emir en Nazareth, nuevamente caen sobre el convento y la iglesia, arrancando las puertas y saqueando, el convento.

Llegó en tanto el P. Santiago, y nada descorazonado con aquel contratiempo quiso ir a Nazareth, pero apenas se había separado una legua de San Juan de Acre, fue asaltado por una partida de beduinos que le roban y hieren arrojándolo por muerto a una zanja. Pasó la noche, y vuelto en sí al día siguiente, levantóse y encaminó a la ciudad, siendo seguido por un vecino. El médico declaró ser mortales las heridas. No murió, pero durante su vida, conservó abierta en su cráneo una abertura que señalaba la herida.

El P. Santiago, por su parte, se halló envuelto en los acontecimientos más trágicos y el infierno parecía querer dificultar su empresa a todo trance.

En 1638, nueva invasión de los árabes, y los PP. Franciscanos tienen que sufrir nuevas pruebas. La iglesia fue otra vez incendiada y los frailes apresados, atormentados y condenados a muerte. Por un prodigio se salvaron, afirmándose en su amor a no abandonar aquel santuario. Por fin, en 1730 un firmán otorgado por la Sublime Puerta permitió levantar

nuevamente la Santa Basílica, y desde aquella fecha hasta el día, la paz y el respeto han imperado ya, en aquellos lugares, sin que nuevos atropellos hayan puesto en peligro la vida ni la existencia de los hijos de Asís ni del Santuario.

- IV -

El nuevo templo de la Anunciación, sería admirado en Europa por su belleza y buena construcción: aun cuando su arquitectura es humilde, parece que las artes de consuno hayan procurado esmerarse en embellecer la casa de María, el Santuario del más grande de los misterios de nuestra redención, pero la obra no peca de majestuosa.

Su planta es la de un rectángulo de 22 metros por 17 de anchura, y está orientada de Sur a Norte: divídese en tres naves, resultando la central muy alta en relación con la longitud del templo, ofreciendo por esta razón, una forma extraña por la desproporción. El coro está muy elevado sobre el pavimento del templo y se sube a él por dos escaleras de quince gradas, de mármol blanco, con barandilla de hierro. Debajo, en el centro del muro, entre ambas escaleras, se abre el arco que da entrada a la santa cripta. Sobre la bóveda de ésta y junto al antepecho del coro, se levanta el altar mayor dedicado al Arcángel Gabriel, su forma es la piramidal, y todo él de mármoles de colores, bastante bien combinados: el pavimento del templo también lo es de mármol. Detrás del altar se halla el coro con sencilla sillería de madera, en el fondo se ve un cuadro de grandes dimensiones representando la Anunciación: el órgano es hermoso y fue costado por España, Austria, Baviera y Venecia, en cuyo punto fue construido en 1880.

La construcción de la actual Basílica es distinta de los anteriores, pues orientábase aquél de Oeste a Este, teniendo en este punto la portada de ingreso, por cuya disposición la sagrada cripta correspondía a la nave lateral del Norte: al abrirse hoy la portada en la parte Sur, permite que desde la puerta se vea la arcada de ingreso a la escalera de la cripta bendita. Por lo hermosa y acabada idea que da del antiguo templo, copiaré la descripción que de él hizo Focas antes de la- expulsión de los Cruzados:

«La casa de San José está transformada en magnífica iglesia: a la izquierda, junto al altar se ve una gruta, no excavada en las entrañas de la tierra, sino poco profunda y de inspección fácil. La entrada está adornada de una taracea de mármol blanco. Un pintor ha representado además al Ángel suspendido en sus alas junto a la Madre Virgen, saludándola con la buena nueva: ella hila con gravedad la lana, el Ángel parece hablar. Se ve aquí a la Virgen, turbada por el sorprendente espectáculo, deja caer la lana purpurina, y volviendo el rostro, salir despavorida de su cámara: después se la ve encontrar una vecina, amiga suya, y abrazarla tiernamente. Penetrando en la gruta, y descendiendo unas gradas, se contempla esta antigua casa de José, en la cual la Virgen, al volver de la fuente, fue saludada por el Arcángel. El punto preciso donde tuvo lugar la Anunciación está señalado por una cruz negra incrustada en una lápida de mármol blanco, sita bajo un altar; a la derecha una celdita señala el lugar favorito de la Virgen; en el mismo lado hay una pequeña cámara, privada de luz, en la cual se dice habitó Jesús desde su regreso de Egipto hasta la muerte del Precursor». (Juan Phocas, *De locis sanctis*).

Tal es la hermosa y sencilla descripción que hemos copiado para conocimiento de cuál estaba el templo y cripta antes de su destrucción.

Y esto relatado, descendamos por la amplia escalera que conduce a la misteriosa cripta de la Anunciación y que consta de diez y siete escalones. Antigüamente, antes de la destrucción de la basílica, sólo eran seis, pero los escombros del templo y la elevación del suelo de la nueva iglesia los han aumentado, resultando hoy la cripta mucho más subterránea que en el año

1638. Esta escalera está colocada entre las dos de que hemos hecho mérito, y al llegar a la octava grada nos encontraremos con dos piedras negras colocadas en las paredes laterales, revestidas de mármol blanco, aquéllas señalan límite de la santa Casa de María que en tal punto termina al Sur por el opuesto se unía a la gruta.

Bajemos otras seis gradas, y nos hallaremos con una capilla rectangular, llamada del *Ángel*, cuyo espacio y el de los seis escalones, encerrábase en la casa de María. Al llegar a este punto, el corazón late emocionado y el temor detiene nuestros pasos, la impresión religiosa nos domina y con miedo pisamos aquel espacio de la tierra que encerró el más grande de los misterios del Altísimo y la hermosa y pura de las Vírgenes, madre del Redentor. En el fondo vense dos altares dedicados al padre de María, San Joaquín, y el segundo al Arcángel Gabriel. No podemos pasar de este punto sin pensar en la salutación de aquel hermoso Arcángel y en el temor de María al escuchar el *Ave gratia plena*. En este punto los latidos del corazón baten las paredes de nuestro pecho y oímos distintos sus golpes en medio del solemne silencio que nos rodea. Un arco ojival da ingreso a la cripta por medio del descenso de dos gradas más. Penetramos en la santa mansión, en el oscuro recinto a que descendió el Verbo para encarnarse en María, nada vimos en el primer momento, luz oscilante de las lamparitas de plata que iluminan aquella oscuridad, mármol reluciente y menos blanco que la pureza de la que habitó en aquella cripta, nuestros oídos zumbaban, y lo único que hay en el corazón humano, lo único que puede salir de un corazón católico al penetrar en el santuario, es doblar las rodillas y la cabeza, besando aquel suelo santificado por las pisadas de María Santísima, la Madre bienaventurada del Salvador del mundo.

Cumplida esta salutación del devoto al lugar en que fue María saludada por el Ángel, examinemos la santa cripta tal como hoy se halla. En la parte izquierda de la cripta, entrando en ella, y próximas al muro y entre sí, se ven dos gruesas y antiguas columnas de granito oscuro: la más distante y situada al Norte, presenta una extraña singularidad. Su fuste se halla partido, quedando un espacio entre ambos pedazos: uno se apoya en el suelo, y el superior, mucho más grande, pende de la bóveda, en la que está encajado; el espacio que media entre ambos pedazos de la columna, mide unos sesenta centímetros.

La rotura de este fuste data de 1638, cuando el saqueo y el incendio del templo y del convento: creyendo los bárbaros que la columna era hueca y encerraba algún tesoro, la rompieron a martillazos, sin resentirse el trozo superior encajado en la bóveda, quedando suspendido, como al presente se ve. El pueblo atribuye esta suspensión un milagro, mas los franciscanos lo explican físicamente, y con el fin de perpetuar el recuerdo, la han sujetado por la parte superior con unos hierros que impiden su caída, que pudiera ocurrir por cualquier accidente físico.

No lejos de ella se levanta entera la columna entre aquella y el altar.

Dice la tradición desde antiguo transmitida entre los cristianos, que la primera, la cortada, señala el sitio que ocupaba la Santa Virgen en el momento de la aparición del Ángel, y la segunda, el en que puso los pies el enviado del Señor para comunicar a la Virgen la fausta nueva. Esta tradición la consigna Izumeno, opinando así en la creencia.

El pueblo católico de Nazareth las venera profundamente, especialmente la primera, que besa con efusión y cariño, y los hombres la ciñen con sus fajas y tocan con sus ropas, llenos de hermosa y profunda veneración. Las denominan los nazarenos columnas de *Virgen María* y *del Arcángel Gabriel*, siendo objeto de la veneración aquel pueblo tan sencillo y entusiasta por María y por la santa cripta cuyas paredes están revestidas de mármol blanco y la cúpula o bóveda conserva su forma primitiva, pero enalada por un mal sentido artístico.

Frente a la entrada, en la parte Norte de la gruta, levántase un altar también de mármol de buena construcción, y adornado con cuatro columnas de hermoso mármol verde, y el cual está consagrado a la Encarnación. La mesa del altar está abierta, libre, y debajo de ella y pendiente del tablero, se ven numerosas lamparitas de plata siempre ardientes, costumbre peculiar de

Palestina en esta colocación de las lámparas, iluminando las armas de Jerusalem incrustadas con negra cruz sobre el mármol del pavimento, cruz a la que debía indudablemente referirse Focas al decirnos *una cruz negra*, y en el frontis del muro que cierra por el interior debajo del altar, la inscripción

HIC VERBUM CARO FACTUM EST

En el altar, en su hornacina, campea orlado por marco de plata un hermoso cuadro del celestial misterio, pero por una imitación del arte bizantino, la Virgen ostenta sobrepuesta a la pintura corona y collar de pedrería y oro, lo propio que la que cubre la cabeza del Arcángel, desgraciada imitación que desentona el conjunto y hermosura del cuadro.

El altar no viene adosado al muro, sino que se levanta en medio de la gruta dividiéndola en dos partes distintas, y se franquea la segunda por una puertecilla en el lado de la Epístola y a la que se llega subiendo dos gradas. El interior de ésta es más pequeño, y conserva el primitivo estado, es decir, la roca desnuda de todo adorno y sin más luz que la de lámpara que la ilumina: en la parte Sur se ve otro altar con la advocación de San José que respalda con el de la Anunciación que hemos descrito, el cuadro representa la aparición del Arcángel a San José en sueño y ordenándole huir a Egipto con el Niño Jesús y María.

Una puertecilla abierta en la roca da comienzo a una escalera de catorce gradas y labrada toda ella en la peña, se entra a otra gruta oscura labrada también en la peña y cuyo destino en la casa del santo matrimonio se ignora, aun cuando muchas son las conjeturas que sobre su destino se han hecho: se cree que era un departamento de la casa que bien pudiera ser despensa o leñera, y al cual se ha denominado *Cocina de María*, por la leyenda tan piadosa como deseosa de conocer todos los detalles de la morada de la Madre del Salvador del mundo. Los testimonios fehacientes, la universal tradición desde los primeros tiempos del cristianismo que han venerado este lugar como el habitado por María y la Santa Familia, la veneración de los habitantes de Nazareth desde la muerte de Jesús y la conformidad tan matemática que se nota con la topografía, que se ve en todas las descripciones desde las más remotas épocas y la exacta disposición antigua con la actual, hacen incuestionable este punto de nuestra creencia ante los argumentos de los filósofos y escépticos acerca de la autenticidad de la sagrada cripta.

Después de orar en aquel incomparable santuario, cuando el alma está llena de la alegría de haber visitado aquel privilegiado lugar del mundo, cuando nuestra frente ardorosa se ha refrescado con el frío del mármol de la cueva, cuando aquel calor que el cariño, la fe, y la veneración llevan de nuestra mente al corazón para hacer tallar en nuestros labios las palabras del Ángel: «bendita Tú eres entre todas las mujeres» y pedir, ruega por nosotros pecadores, con los ojos arrasados en lágrimas de amor y de arrepentimiento por nuestras culpas, que llevaron al Calvario con la cruz inmensa de nuestras culpas al Hijo amado y destrozado el corazón de la Virgen Madre, cuando llenos de fe y confianza la invocamos en tan santo lugar, parece que el consuelo llena nuestra alma y se acrecienta en ardiente llama el amor a María y nos sentimos con mayor fuerza para conllevar las fatigas del mundo y esperar en su caridad y amor para con los desgraciados. Entonces, fortalecida nuestra alma, avivada nuestra fe y aumentada nuestra esperanza, con qué alegría salimos de la santa cripta, con qué consuelo se llena nuestro corazón, y nos creemos felices, y lo somos, por el consuelo que hemos hallado al confesar nuestro dolor con la Madre del consuelo, con el refugio de los pecadores, con la eterna salud de los enfermos del alma y cuerpo. ¡Cuán breves nos parecieron aquellos momentos, cuán rápido nos pareció pasar el tiempo en aquel espiritual coloquio con la Reina de los Ángeles, y con cuánta pena abandonamos aquel sagrado recinto por el que en el deseo

de visitarle se había pasado una vida llena de esperanza en conseguir tal dicha. Pero la esperanza se realiza, nunca los buenos propósitos, cuando con fe se sostienen, son denegados por Dios ni su santa Madre, y la esperanza se convirtió en realidad más hermosa todavía que cuanto pudo soñar el alma creyente y deseosa de este sagrado e inefable placer de besar y humillar la frente bendiciendo a María en el mismo lugar en que fue consagrada Madre del Verbo Divino.

Con pena, con dolor se abandona aquella sagrada estancia tan hermosa, tan inspiradora en medio del silencio y calma que reina en torno nuestro, alumbrada con oscilante luz por las hermosas lamparitas, que con su metal blanquísimo, como las paredes de la cueva, reflejan con vislumbre celestial su luz en aquellos pulidos y bruñidos mármoles. Aun quitando el santo recuerdo de la Visitación, y dejando sólo el misterio y dulce ambiente del templo cristiano, la impresión que en mi alma producía era tan dulce y tan parecida a la impresión de felicidad, calma y alejamiento del mundo, que produjo en mi ánimo la cripta de las Santas Masas en el derruido monasterio de Santa Engracia, en Zaragoza. Dulces impresiones de religiosa felicidad, que sólo siente el alma cuando el ambiente que la rodea está lleno de dulce misterio de la fe y del sacrificio por el bien humano en espíritu de caridad y amor como el que aquí se respira, siente y abrasa el alma en fuego purísimo de amor y veneración a la Reina de las Vírgenes y de los Mártires de la fe, de la víctima propiciatoria del Calvario.

Volvimos de nuevo a la iglesia, de la que ampliaremos en parte su principia descripción. Ya dijimos que la altura de la nave era desproporcionada con la longitud del templo y ahora añadiremos, que posteriormente a su nueva construcción, se ha modificado aquella nota arquitectónica discordante.

El P. Cipriano de Treviso, franciscano tan docto como piadoso y comisario de Tierra Santa en Venecia, estaba disgustado sobremanera del gusto artístico y por la desproporción del templo de Nazareth, y se empeñó en hacerla desaparecer. A su vuelta a Italia hizo un llamamiento a los devotos y bienhechores de Tierra Santa esparcidos por Europa, y consiguió la cantidad necesaria, comenzando la obra en 1877. Se prolongaron diez metros más las naves del templo, haciéndose la fachada de estilo original muy agradable a la vista, con piedra elegante y artísticamente tallada.

No contento con esto, envió dos altares de mármol de Carrara que ocupan dos laterales, dedicados uno a Santa Ana y otro a San José, que son dos preciosidades. El de San José está coronado por una estatua colosal del Santo Patriarca, teniendo en sus brazos al niño Jesús, niño de una hermosura incomparable que encanta y arrebató su contemplación. Hermosura e inspiración del artista tan admirable, que no sólo encanta y embelesa a los católicos, sino que arrebató e impresiona a los mismos musulmanes, tan enemigos de representaciones corpóreas humanas, que quedan como en éxtasis ante aquella inspirada obra de arte. Esta hermosa estatua ha sido donativo de los peregrinos franceses de la *Peregrinación de la Penitencia* en 1882.

El cuadro que adorna el altar de Santa Ana, es donativo de Francia y muy hermoso. Santa Ana parece comprender el tesoro que el cielo le ha concedido, y enseña a su hija con un amor mezclado de respeto. El pintor ha sabido dar a la niña María el tipo ideal de la que ha de ser Madre de Dios, y la ha exornado con el pintoresco traje de las mujeres de Nazareth. No es menos hermoso el altar de la Virgen el Rosario, cuya bella y hermosa estatua que la corona, fue regalo del Emperador de Austria Francisco José.

La prolongación de las naves hizo necesaria la construcción de un nuevo campanario, en el que se han colocado cinco hermosas campanas, cuyas hermosas vibraciones resonarán en los ecos de aquel encantado valle.

Al hacerse las obras, un día tropezó el azadón de un obrero con una antigua y magnífica columna procedente de la primitiva basílica construida por Santa Elena. Cinco metros mide de

longitud, y los franciscanos la han restituido a su antiguo pedestal, y sobre ella se ha colocado una estatua en bronce de nuestra Señora de Lourdes, regalo del cura de la Magdalena de París.

- V -

Réstanos ahora, tan sólo decir algo acerca del *Taller de San José*, que vulgarmente se cree que estaba en la misma casa en que habitaba el santo matrimonio, y no obstante la tradición señala e indica que estaba en otra casa distante unos ciento cuarenta pasos de aquélla. Sobre el lugar del taller del Santo Patriarca se ha levantado una iglesia de feo y pobre aspecto, sin condición alguna de edificio religioso, y que deja frío al que le visita. Este templo, dice Barcia en su *Viaje a Tierra Santa*, ocupa el lugar de la antigua iglesia de los Cruzados y desfigura los pocos restos que quedan de ella. La iglesia de los Cruzados probablemente destruiría y desfiguraría los restos de alguna otra construcción más antigua que había destruido y desfigurado a su vez uno de los lugares más dulcemente venerables de la tierra, el sitio en que Jesús niño y joven había trabajado en compañía de San José. ¡Triste condición de las cosas humanas!

Al hablar de esta modesta capilla, escribe Bourassé en su *Viaje a Nazareth* estas hermosas palabras:

«La visita de esta pobre capilla me ha conmovido hasta el punto de sentir correr mis lágrimas: en este sitio creció el Hombre Dios, ocupado en trabajos manuales bajo la dirección de su padre adoptivo; aquí donde manos divinas se ejercitaron en rudas tareas, donde Jesús manejó los instrumentos de penoso oficio, aquí fue ennoblecido el trabajo y santificado el sudor del pobre que gana con fatiga el pan de cada día. ¡Sublime enseñanza harto olvidada en un siglo en que domina a tantos hombres la pasión insaciable de la codicia!»

Saliendo de Nazareth en dirección al Thabor y a corta distancia del pueblo, se encuentra el viajero con otro monumento de perdurable memoria: la *Fuente de la Virgen*. Desde los más antiguos tiempos fue conocida con este nombre la única fuente que tiene la antigua ciudad, y a ella iba la Virgen como las demás mujeres para surtirse del necesario elemento de la vida. La construcción es antiquísima: fórmale un pequeño edificio con cubierta a dos aguas, y en el frente un arco de piedras no muy bien unidas en forma de bóveda, debajo de la cual y en el muro se abren seis caños que vierten en pequeño pilón en forma de abrevadero. Cuando por ella pasamos vimos muchas mujeres jóvenes y entradas en edad, que con clara y fresca charla llenaban los estrechos y altos cántaros. No tomando parte en aquella tertulia una mujer joven bien parecida, pues es raro hallar mujeres feas en Nazareth; esperaba sentada teniendo el brazo derecho apoyado sobre el reluciente cántaro de simpático color y un pequeño niño de unos tres años recostado sobre la falda de su madre. La cabecita hermosa y de finas facciones miraba como asombrado los trajes europeos, y su madre con benévola sonrisa nos miraba como riéndose del asombro del pequeñuelo. Era un grupo encantador embellecido por la luz del ocaso, y que nos hacía pensar en que algunas veces María y el divino Jesús habrían ocupado aquellas piedras en parecidas actitudes tan hermosas como sencillas esperando el poder llenar el cántaro con la límpida agua que había de apagar la sed del Redentor del mundo.

Capítulo VIII

RETRATO DE MARÍA. -SUS IMÁGENES SEGÚN LA PINTURA. -CUÁL ERA EL COLOR. -TRAJE DE MARÍA.

- I -

¿Poseemos retratos, copias del rostro de María de una manera cierta y positiva, datos que nos comprueben la autenticidad de los retratos de la Virgen que se dan y pretenden pasar por verdaderos? No.

El catolicismo no ha pretendido tener retrato de la Madre de Dios, si la tradición ha dado y la fe tomado por verdaderos, sin que para ello haya fundamento en que apoyar esta creencia, y a San Lucas se le han atribuido muchos de ellos, pero conócese entre éstos manos distintas y ejecución diversa, y más, que ningún parecido tienen entre sí, la Iglesia no los ha declarado como a tales, ni la crítica histórica y artística los ha adoptado como obra del santo Evangelista.

¿Cómo puede y debe representarse a María? La Iglesia, con su buen sentido artístico y concepto estético que ha formado de la que es todo belleza y hermosura, ha supuesto y representado siempre a la Virgen como modelo de hermosura física, a la que era prototipo de todas las bellezas espirituales, pero esta representación difiere en cuanto a las circunstancias y momentos de su vida en la que se le pretende representar.

- II -

Muy cierto es, que fuera de lo cierto y lógico andaría el pintor o escultor que pretendiera corporizar a la Madre del Redentor de igual manera al pintar la Concepción, que a la Madre desolada al pie del Cruz; María, representada en su huida a Egipto con el Niño Dios, no debe ser la María que contempla a su Hijo en las bodas de Canaán o al pie de la piedra de la predicación. En el primer momento, en que se pretenda representar a la Niña inmaculada, lo será por la edad, por la ingenua pureza de su adolescencia, y como a tal la representó Murillo en su incomparable cuadro, en que brilla la inocencia infantil con el dulce arrobamiento con que contempla la gloria que la rodea y la luz divina que la inunda. Aquel hermoso rostro de pura y añidadas facciones, aquel manto azul cual el cielo, aquella blanca nítida túnica, y la extendida rubia cabellera, que cual manto de oro cubre su cabeza y espaldas, es la verdadera representación del TOTA PULCHRA EST MARÍA. En aquel cuadro, Murillo, el pintor de la Sagrada Familia, el místico autor de tantos y tan hermosos cuadros de carácter religioso, y del en que poetizó los encantos de la Santa Familia, supo, cual pocos, interpretar el sentimiento católico de la Pura e Inmaculada Concepción.

Otro pintor no menos conocido, y cuyas obras de tan místico sabor son encanto del católico y del artista, Juan de Juanes, pintó también a María en el misterio de su Inmaculada Concepción; respira este cuadro, este retrato de la Virgen, mayor unción, si cabe, que el de Murillo. El artista valenciano, elévase más, si se quiere, en el concepto espiritual, y su retrato de María aparece tan bello como ideal pero de una belleza diferente de la de Murillo. Ya entre ambas obras no encontramos semejanza de un rostro con otro, es distinto su corte y facciones, y no obstante, uno y otro respiran el verdadero sentido estético, responden al fin humano del arte inspirado en las verdaderas fuentes, y uno y otro cumplen el precepto de aquél, embellecer lo bello.

Cuéntase, respecto de Juanes, una leyenda acerca de la pintura del retrato de María, como producto de una visión de un padre dominico, que dio detalles del aspecto del rostro de María, que ha visto en uno de sus éxtasis: y cuéntase, además, que Juanes comulgaba antes de tomar el pincel para adelantar su obra de la representación de la Madre de Dios. Así, pues, los retratos o pinturas que de María Santísima poseemos, no pueden pasar por retratos de la divina Señora, sino representaciones más o menos afortunadas de aquélla, según la inspiración o concepto formado en su mente de la representación más bella y sublime de María, según su ver en arte, sentimiento y fe.

A partir de esa base, vemos Inmaculadas rubias de dulces facciones y angelical mirada, como todas las ejecutadas por artistas españoles: con un tipo más marcadamente sajón, con los detalles de una hermosura de los países del Norte, vemos otras representaciones muy distintas de las que hemos hecho mérito, y no ha muchos años que en esta ciudad tuvo gran éxito y circulación asombrosa un cromo copia de una Concepción, que si hermosa y correcta, carecía de la unción y espíritu religioso que animó el pincel de los artistas españoles, y resultó, aun en medio de su innegable belleza, de su espiritual fisonomía, demasiado humana; véase más a la mujer que a la Virgen; véase más la belleza terrenal, que la hermosura espiritual que resplandece en aquellas otras obras.

Pero esta espiritualidad, esta pureza de la Niña, no resultará nunca la misma que debemos ver y comprendemos en el acto de su gloriosa Asunción en cuerpo y alma a los cielos y en el momento de su coronación como Reina de Cielo y tierra. En esta representación es el alma triunfante que asciende en busca de su Criador llena santa alegría, rodeada de inmensa gloria, y allí cabe perfectamente una nueva representación del bello rostro de María circundada de gloria con su hermoso ropaje recamado de flores, cual la vio David, con orlas de oro y preciadas labores, rodeada de esplendente fulgor, de luz suave, dulce, que en medio de su refulgencia no hiere, sino atrae, sirviéndole de corona doce centelleantes estrellas y descansando sus pies sobre la luna, mísero pedestal para su gloria, como la representa el Apocalipsis y en la gloria contemplaba el Evangelista Juan, en el capítulo 12, vers. I del Apocalipsis.

Así, pues, si contemplamos el inmenso caudal de retratos y representaciones del rostro de María, hallaremos tal variedad a partir de los frescos que la representan en las Catacumbas, del Ambón de Atenas, de las pinturas y esculturas bizantinas hasta nuestros días, ya con las obras de Bouter-Vekc, Van-Eych y otros de las escuelas alemanas para venir luego a las italianas y españolas, hallaremos la más inmensa variedad de tipos de belleza, según la del país en que ha sido representada.

Por esta razón dijimos al comenzar este capítulo que no poseíamos ningún retrato auténtico de María, como no lo poseemos José, de Joaquín, Ana, Moisés, Aarón, David ni Salomón, sino por meras descripciones que aquellos personajes se nos haya hecho, conste en libros. Mas no por esto la Iglesia ha dejado de admitir y autorizar la devoción y amor de los católicos a todas estas representaciones, que como bellas e inspiradas en el amor de María, son dignas de la estimación de la Iglesia, protectora siempre de las bellas artes, en todo en cuanto éstas han interpretado el amor, devoción y entusiasmo por María en sí y en sus innumerables advocaciones con que el amor a sus hijos ha hecho su abogada y amoroso amparo.

Por eso hemos dicho y repetimos con D. Vicente Lafuente: «El catolicismo no ha pretendido tener verdaderos retratos de la Virgen, y si algunos han pasado como hechos por San Lucas, ni éstos son parecidos entre sí, ni la Iglesia los ha declarado tales, ni la crítica católica ha callado sobre este punto».

La antigüedad de algunas imágenes y esculturas, podría darnos mayor fe por la aproximación a los tiempos de María, y las pinturas últimamente descubiertas en las Catacumbas de Roma, nos han da un antiguo trasunto del retrato de la Virgen, pero sin que en él podamos tomar de verídico del mismo más que la antigüedad.

- III -

Esta misma razón, la de lejanía en los siglos, ha sido causa que se haya pintado a María muy morena, y hasta se le haya querido pasar por de color negro, tomándolo del color de antiquísimas imágenes como sucede con la de Montserrat en Cataluña, y la de Campanar en Valencia. Pero este accidente puramente pictórico, no puede ser tomado en consideración mas que como una prueba de antigüedad por la materia del encarnado o estofado de las mismas. Estas imágenes, aun cuando antiguas, su antigüedad no pasa hasta hoy comprobada por la crítica histórica, más allá del siglo XI. Este colorido moreno, mejor dicho negro, reconoce por causa no hecho intencional ni concienzudo al encontrarlos de aquel color, sino la influencia atmosférica que obró sobre la pintura del rostro. Como se empleaba el minio o el bermellón para dar color al rostro mezclándolo con el blanco u óxido de zinc, estos metales, al oxidarse con la humedad, tanto más cuanto que estas esculturas, toscas en su mayor parte pertenecientes a la época visigoda, fueron ocultadas y enterradas por los cristianos al verificarse la invasión sarracena, con el fin de evitarlos de una profanación, hizo que esta permanencia en lugares en que la humedad obró sobre las pinturas metálicas se oxidaran y ennegrecieran por esta causa, notándose ese negro abrigantado de reflejo metálico: ennegrecimiento que no sólo se nota en el rostro, sino también en las partes del estofado en que entró el blanco de zinc.

Así es que la opinión que sustentaron algunos de que la Virgen fue de un moreno casi negro, lo ha sido apoyándose en varios pasajes del libro de los Cantares, en especial en aquel en que dice la esposa «negra soy, pero hermosa», dando por razón «que la ha tostado el sol», pero estas mismas palabras que siguen, ni son aplicables a la Virgen, ni las anteriores pueden tomarse literalmente acerca de que traten de María.

La crítica arqueológica cristiana ha demostrado la causa física del color de aquellas imágenes de María, lo propio que sucede con crucifijos de la misma época, en que resulta Jesús colorado con ese negro también por la misma causa citada, y nadie ha creído ni hallado elemento en que fundar aquella opinión.

- IV -

Réstanos ahora hablar del traje de María, del verdadero traje que usó y llevó durante su vida, que fue el de las mujeres de Nazareth: la pintura ha desfigurado a María vistiéndola con los trajes de la época en que ha sido pintada, y así la vemos ora con el traje romano, ya con el bizantino, ya con el traje de la época ojival, con el traje de la época flamenca y llegando a los tiempos del Renacimiento, y en especial de la dominación austriaca en nuestra patria, que se introdujo en las imágenes de María la forma acampanada del traje con las vestiduras de brocado, los mongiles, el miriñaque y las coronas imperiales.

Todos estos trajes son acomodaticios, son modas las distintas variaciones de la parte indumentaria. Quien vea las imágenes de la época bizantina con sus túnicas y mantos recamados de orlas de oro con ricos estofados, formaría la idea de una dama de fastuosa riqueza, y lo propio sucede con las de la época gótica, con su peinado de bandós, redecilla cuajada de perlas y con ricas pieles que bordan sus trajes, desvirtuado así el concepto de la humildad y modestia, pobreza y honestidad que debe resplandecer en la imagen de María.

La época del Renacimiento llega hasta a presentarla con descote en su traje, o con una realidad tan realista, como la presenta Rafael en su cuadro tan hermoso en su factura como lo es el de la Virgen de la Silla: en él, el traje es muy diferente, sujétase algo a la antigua indumentaria, pero no es el propio de las nazarenas, de cuya ropa basta hacer la enunciación para comprender de cuán distinta manera es la vestidura de María, según el que usaban y usan en la actualidad las mujeres de Nazareth.

Sabido es lo apegados que son a lo tradicional, a lo histórico los pueblos lo mismo en costumbres que en trajes, ceremonias y fiestas, y lo que lo son los pueblos orientales, tanto, que las ropas y modas, artefactos y construcciones, son hoy las mismas que en los tiempos de María y José.

Consiste el traje de las mujeres nazarenas en una túnica ceñida con un cinturón blanco, sobre los hombros una capa también blanca y cubre su cabeza una toca de igual color, plegada y arrolla en forma de turbante. El poeta Lamartine en su viaje a Oriente, manifiesta su sorpresa al encontrar a las mujeres de Nazareth vistiendo el sencillo y elegante traje azul y blanco que se remonta a los tiempos de los patriarcas. Posteriormente, los pintores, como hemos indicado, ya por estética, ya por capricho, invirtieron los términos determinando en sus pinturas la túnica blanca y manto azul como la vemos representada a María en muchos cuadros, pero con corte y forma distinta del traje propio de las nazarenas.

Durante la Edad Media se conservó el hecho indumentario de la capa blanca propia del país, y tanto era el influjo de esta verdad y conocimiento en la Edad Media, que muchos de los institutos religiosos como los Premostratenses, a cuyo fundador San Norberto dio hábito blanco la Virgen, y en nuestra patria, San Pedro Nolasco le dio también a sus religiosos de la Merced, a pesar de ser unos y otros, canónigos agustinianos, y alguna otra orden que no citamos por conocidas de nuestros lectores. Unos y otros la han usado como recuerdo de la blanca capa de María, como memoria del humilde traje que vistió la que había de ser Reina de los cielos, la Madre del Salvador. Vestido que expresa mucho mejor en el concepto de la Esposa de José el carpintero, que los fastuosos e impropios de época, estilo y carácter con que el arte por un lado y la piedad tan sencilla en su amor a la pura Señora han pretendido adornarla. Bueno sería que los artistas se inspiraran en sus obras en lo que la historia y la tradición admitida tácitamente por la Iglesia nos dicen acerca de este punto, devolviendo a María en su ingenua belleza la propiedad en sus vestiduras tan hermosas, artística e históricamente consideradas. Mucho ha hecho ya la Iglesia en este sentido rectificando errores nacidos de la imaginación popular y que pudieran ser nocivos a la pureza de la fe, y bueno fuera que aquéllos, los artistas, coadyuvaran con sus trabajos la noble empresa acometida por la Iglesia para depurar de errores el concepto artístico de María, pura fuente de toda hermosa y santa inspiración de belleza.

No es hoy por hoy la pintura religiosa la más favorecida por los artistas, y no lo es en nuestro concepto, porque no conocen la belleza que los pasajes de la vida de María encierran, y que de por sí son cuadros bellísimos que con poco esfuerzo podrían traducirse de la belleza escrita a la hermosura plástica.

Capítulo IX

VIAJE DEL SANTO MATRIMONIO A AÍN, RESIDENCIA DE ISABEL Y ZACARÍAS. - VISITA Y ESTANCIA DE MARÍA EN AÍN. -¿ASISTIÓ LA VIRGEN AL NACIMIENTO DE SAN JUAN? OPINIONES DE LOS AUTORES Y CREENCIA GENERAL EN LAS LETRAS Y EN LA PINTURA DE QUE MARÍA ESTUVO EN EL ACTO DEL NACIMIENTO DEL BAUTISTA. -EL LUGAR DE LA VISITACIÓN, LA FUENTE DE LA VIRGEN Y EL CONVENTO DE SAN JUAN DEL DESIERTO TAL CUAL HOY SE HALLAN.



- I -

Instruida María por el Ángel de la miraculosa preñez de Isabel, ofreció ir a saludar y dar su tierna felicitación a su prima. No era el deseo, como han dicho algunos herejes, de ver y confirmar por sus propios ojos aquel milagro, aquello que era contra las leyes de la naturaleza, no: María no podía dudar en manera alguna de la palabra de Dios anunciada por el Ángel, y por amor y reconocimiento a su parienta, que indudablemente la había protegido en su orfandad, y más aún por la caridad y amor a la anciana que en aquel estado se encontraba, deseaba visitarla.

Sigamos en este punto la narración que hace el Evangelista San Lucas, al que podemos llamar el biógrafo de María:

«Levantóse, pues, María pocos días después de la Anunciación, y echó a andar hacia las montañas con presteza para llegar a la ciudad de Judá, donde moraban sus parientes». Hasta aquí el Evangelista, a quien volveremos a encontrar más adelante cuando llegemos a la salutación de las dos santas parientas.

El embarazo de María no era aún conocido; tal vez no llevaba todavía una semana y San José lo ignoraba: es muy dudoso que la acompañara en aquel viaje: el Evangelio no le nombra. El señor Lafuente estima que no la acompañaría, pues si la acompañó oíría las palabras de Isabel, y entonces no se justifican los celos que padeció el santo esposo, y la necesidad de que el Ángel los desvaneciera, explicándole lo que ya había oído de boca de la prima de María. Quizá la acompañó hasta Jerusalem, a donde iría con motivo de las fiestas de Pascua para cumplir con aquel deber de que no se dispensaban los israelitas piadosos, como le vemos cumplirle más adelante cuando Jesús se perdió en el Templo. Llenados los deberes de la Pascua, parece lo probable que San José regresaría a Nazareth y la Virgen se dirigiría con algunas piadosas mujeres y parientes, sacerdotes de la casa de Aarón y Abdías, que regresaban a Aín, dos leguas próximamente de Jerusalem, y aun tal vez acompañada de Zacarías, a quien la mudez no excusaba el cumplimiento de sus deberes sacerdotales. Con la aprobación de San José, cuya pura alma iba tan al unísono con la de María, y ambos corazones no tenían más que un voluntad, el santo matrimonio partió en la estación de la Primavera, dirigiéndose a las montañas de la Judea en que el sacerdote Zacarías tenía su casa o granja en las cercanías de Aín. La Escritura, como hemos dicho, narra los sucesos, pero no cita detalles, y como ya hemos indicado, no nombra a San José como acompañando a la Virgen, pero no es esto decir como hemos indicado que no acompañara a María hasta Jerusalem, por cuanto que no es ni verosímil ni humano, ni menos creíble en el tierno corazón de José, que la dejará marchar sola en una marcha a través de las montañas y peligros de un viaje de cinco días hasta la ciudad, y nada tiene de inverosímil ni inhumano que las cortas leguas de aquella ciudad a Aín, fuera la Virgen acompañada por Zacarías que había acudido al templo en las Fiestas de la Pascua, y desde ella el casto Esposo volviera a Nazareth a sus habituales ocupaciones, cuando larga había de ser la estancia de María en casa de Isabel. La distancia de Nazareth a Jerusalem o Aín, dice Orsini, es de un viaje de cinco días o de veintisiete leguas, según otros autores; la marcha penosa por malos caminos, atravesando parte de Galilea, por Samaria, nada favorable a los galileos, y gran parte la tierra de Judá. Además de los inconvenientes y peligros de los habitantes, había que tener en cuenta los naturales de un país accidentado con torrentes y desiertos. Además, las noches había que pasarlas en algún albergue de caravanas entre gentes desconocidas, sin abrigo y abierto a

todos vientos aquellos míseros albergues, cual aún hoy día sucede en algunos *caravanseralls*, en que no hay más de comfortable que la techumbre.

Con caminos y albergues de esta índole, ¿es verosímil que José dejara partir sola a la joven María expuesta a cualesquier dolorosa contingencia, a una joven hermosa, delicada y criada en la vida tranquila y sedentaria del Templo? Por tanto, aun cuando el Evangelio a dice de José acompañando a María, esta suposición es contraria a las costumbres de los pueblos orientales, pues nunca una mujer judía se ponía en camino sin escolta o guardianes en un viaje de esta importancia.

El P. Croiset opina, que iría acompañada de algunas otras vecinas que en caravana fueran a Jerusalem con sus esposos, deudos o criados. Creemos más aceptable la opinión de Lafuente y Orsini en ese punto, y la de Rivadeneyra y la Venerable de Ágreda, que todos ellos creen a José acompañando a la Esposa cuando menos a Jerusalem, y que desde allí, con individuos de la familia de Isabel, iría la Virgen a Aín o Hebrón. La Venerable Ágreda opina, que fue a Hebrón donde vivía la anciana Isabel; Lafuente cree que era Aín: procuraremos dilucidar este punto en cuanto nuestros conocimientos alcancen y de acuerdo con lo admitido y aceptado por nuestra santa Iglesia.

El P. Rivadeneyra consigna: «dice el Evangelista San Lucas que se levantó (la Virgen) y se fue con gran priesa y diligencia a las montañas y a la ciudad de Judá que estaba en ellas...» Sor María de Ágreda, añade: «Prosiguiendo sus jornadas llegaron María Santísima y José, su esposo, al cuarto día a la ciudad de Judá, que era donde vivían Isabel y Zacarías». Y este era el nombre propio y particular de aquel lugar, donde a la sazón vivían los padres de San Juan, y así lo especificó el Evangelista San Lucas, llamándole *Judá*; aunque los expositores del Evangelio comúnmente han creído que este nombre era propio de la ciudad donde vivían Isabel y Zacarías, sino común de aquella provincia que se llamaba *Judá* o *Judea*, como también por eso se llamaban montañas de Judea aquellos montes que de la parte austral de Jerusalem, corre hacia el Mediodía. Pero lo que a mí se me ha manifestado, es que la ciudad se llamaba *Judá* y que el Evangelio la nombra por su propio nombre; aunque los doctores y expositores han entendido por el nombre de Judá la provincia a donde pertenecía. Y la razón de esto ha resultado de que aquella ciudad que se llamaba Judá, se arruinó dos años después de la muerte de Cristo Señor Nuestro, y como los expositores no alcanzaron la memoria de tal poblado entendieron que San Lucas, por el nombre Judá había dicho la provincia, y no el lugar; y de aquí ha resultado la variedad de opiniones sobre cuál era la ciudad donde sucedió la visitación de María Santísima a Santa Isabel.

«Distaba esta ciudad, veintisiete leguas de Nazareth y de Jerusalem dos leguas poco más o menos, hacia la parte donde tiene su principio el torrente Sorec en las montañas de Judea». Por último, Lafuente, en el capítulo de la Visitación, dice: «La casa de San Zacarías, que la tradición designa como tal, está a corta distancia del pueblecito de Aín, o sea de San Juan, en el fondo de un valle ameno, al cual fecunda la copiosa fuente llamada de Naftea, en tiempo de Josué, y ahora de *la Virgen*, por la tradición local de que allí solía ésta ir algunas veces a tomar agua, o solazarse en altas contemplaciones al dulce murmullo de sus cristalinas ondas, recreo principal y casi único de Aquélla, que siendo perfectísima, estaba de continuo en la presencia de Dios, y tenía por descanso el abismarse aún más en el amor de Aquél que es el único ser verdaderamente amable».

Ahora bien, ¿fue Judá o Aín el punto en que se encontraba Isabel cuando fue visitada por su parienta la Virgen Santísima? No hallamos tanto fundamento en el aserto de Sor María de Ágreda como en las razones de D. Vicente Lafuente y la tradición, los hechos y las construcciones, que como recordándolo se conservan aun cuando en ruinas, así lo comprueban.

Que en Aín vivía Santa Isabel cuando dio a luz al Precursor es un hecho, y el templo construido y arruinado indica que la tradición constante señalaba en aquel lugar la casa de

Isabel y Zacarías, y comprueba más el aserto, la devoción, cariño y entusiasmo que causó el Precursor, a quien llegaron a tener y creer por el prometido Mesías, razón por la cual, la tradición no podía equivocar el lugar del nacimiento del Bautista. Que allí pudo tener lugar la visita, el encuentro de las dos santas madres, no ofrece inconveniente alguno a tal presunción, confirmada en parte por la denominación que a la fuente de Naftea se le dio luego, conociéndosela con el nombre de *Fuente de la Virgen*, así pues, creemos que María se encaminó a Aín desde Jerusalem, y en dicho pueblecillo tuvo lugar el acto conmemorado en la devoción del Santo Rosario en el segundo misterio gozoso: la Visitación de María a su prima Santa Isabel.

[37](#)
[3739](#)
[39](#)



- II -

Nuestra Santa Iglesia ha dedicado una de sus principales festividades a este suceso tan lleno de misterio y de encanto en su misma belleza familiar, y coloca esta festividad como la segunda de las que dedica a María Santísima en su culto como misterio en los gozos del Santo Rosario. Verifícase esta solemnidad en el día 2 de julio; festividad que más bien parece que debiera haberse señalado los primeros de abril, pero este traslado tiene su justificación muy clara como veremos, y así se explica por la Iglesia la traslación de la conmemoración, poniendo la Anunciación en el día 25 de marzo, y calculando cinco días para el viaje de Nazareth a Jerusalem y de allí a Aín; pues que el viaje se hizo con presteza, resulta en este caso que la visita debió verificarse en los primeros días del siguiente mes. Pero como la Santa Iglesia en el orden de su liturgia destina los meses de abril y mayo a la conmemoración de los sublimes misterios de la Pasión, Resurrección, Ascensión, Pentecostés, Trinidad y la grandiosa del Santísimo Sacramento, Corpus Christi, pública y alegremente venerado, ya que la institución del Sagrado Cuerpo corresponde al Jueves Santo, día de su feliz y salvadora institución en la Santa Cena, festividad grandiosa y suprema que preside a todas, de aquí el traslado de aquélla.

Ahora bien; si la Anunciación tuvo lugar en el día 25 de marzo y el nacimiento del Bautista se pone a los tres meses cabales, o sea el 24 de junio, la fiesta de la Visitación siete días después, parece diferirla a los últimos días que pasó la Virgen en la compañía de su prima, y después de su alumbramiento y haber recobrado el habla Zacarías. Con todo, hay que tener en cuenta que la Iglesia explica más bien las palabras de Santa Isabel y la alegría profética del Bautista, que las palabras y actitud de la Virgen. Los comentarios del primer nocturno están tomados de los hermosos cánticos de Salomón, de San Juan Crisóstomo los del segundo, y de San Ambrosio los del tercero.

Es necesario leer y comprender lo magnífico y apropiado de esta lección primera, en aquel encantador y sublime rezo. Es necesario profundizar en su espíritu, para admirar la grandiosidad y oportunidad de aquellos sublimes conceptos con que la Iglesia coloca aquella poesía, que destila encanto y armonía entre el pensamiento y la palabra.

Véanse, con el fin de que pueda admirarse aquel encanto, los versículos que a continuación insertamos. ¡Son tantos los que los desconocen, y si los han leído no habrán apreciado su hermosura!

. «La Virgen María retirada en el modesto gabinete de su pobre y humilde casa en Nazareth, vive allí como la flor del campo, como el lirio de los remotos valles que embalsaman las florestas no frecuentadas por el hombre.

(Ego flos campi et lilium convallium. Sicut lillium inter spinas sic amica mea inter fillias.)

Como se comprende, la Iglesia no coloca nada en sus rezos y practicas al azar, y cuando los coloca al frente del rezo del día, sin darles aplicación a la festividad no los hubiera colocado. «Yo soy la flor del campo y lirio de los valles, estoy rodeada de espinas y no llegará a mí la mano del hombre, ni posará sobre mí una mirada impura, no llegará a mí el hierro, moriré sobre la tierra que me vio nacer, y al morir, mi cáliz, marchito sobre el tallo, todavía exhalará olor de suavidad y me buscarán para remediar los males, para dar salud a los enfermos y servir de medicina».

¡Qué hermosas y proféticas palabras tan llenas de poesía y encanto! A estas palabras de la pura María, la flor de los campos, el lirio entre espinas, responde el Espíritu Divino desde los altos cielos: «Como lirio guardado entre espinas, así es mi amiga entre las adolescentes»; a cuyas palabras responde la Virgen Nazarena: «Como manzana que envidiaría el oro, así brilla mi amado entre los mancebos. Sentéme a la sombra de aquel por quien anhela mi alma, y cuán dulce es para mi paladar su fruto sazonado». (*Sub umbra illius quem desideraveram sedi, et fructus ejus dulcis gutturi meo.*)

No es menos notable y hermosa la lección segunda, en la que María escucha la voz de la caridad que la impulsa a ir a visitar a su santa parienta: (*Vox dilecti mei, ecce iste venit saliens in montibus, transiliens colles: similis est dilectus meus caprae, hinnuloque cervorum.*)

«Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven, que ya ha pasado el invierno y está lejos la helada escarcha. Ya comienzan a brotar las flores y el tiempo de la poda se acerca, ya se escucha por la tierra el dulce arrullo de la tórtola».

Camina la Virgen por aldeas y sendas camino de Jerusalem y de Aín y al verla tan hermosa se dicen las gentes: ¿Quién será esa mujer tan hermosa, llena de hermosura? Y al penetrar en el Templo, sus compañeras la saludaron diciéndole: «Dichosa de ti», saludándola con la misma salutación del Ángel.

Hermosa y no menos admirable se deja oír la lección tercera, escuchase en ella la voz de Santa Isabel que llama a su prima:

«Levántate, amiga mía, hermosa mía, date prisa a venir, llega, paloma mía, que anidas en los agujeros de la montaña de Nazareth, en las quebradas de las rocas. (*Surge, amica mea, speciosa mea, et veni columba mea in foraminibus petrae*): sigue más adelante diciendo: Vea yo tu rostro, llegue ya tu voz a mis oídos, porque tu voz es dulce y melodiosa y tu rostro lleno de gracia y compostura. (*Ostende mihi faciem tuam, sonet vox tua in auribus meis; vox enim tua dulcis et facies tua decora*)».

A este cántico de dulce cariño, responde la púdica María a las palabras de su prima: «Mi amado es para mí y yo soy únicamente para Él: pues a los que amé los quiero en Él y por Él. Si soy lirio de los valles, también soy para el que se apacienta entre los lirios y voy a ser pura para él mientras dure la vida del Redentor que llevo en mi seno».

Concluye el rezo la Iglesia con las palabras de Santa Isabel bendiciendo a la Virgen; y en el segundo nocturno de esta festividad, San Juan Crisóstomo habla en nombre de la Iglesia oriental, y pone en boca del Bautista, entre otras, estas palabras:

«Voy a salir de este oscuro tabernáculo para proclamar el conocimiento abreviado de todas las maravillas. Puesto que soy señal, vengo a señalar el advenimiento de Cristo. Pues que soy el clarín, voy a pregonar la gracia de Dios Hijo encarnado. (*Video dominum qui naturae imposuit terminos, et non expecto tempus nascendi... Egrediar ex hoc tenebroso tabernaculo, rerum admirabilium compendiosam praedicabo cognitionem. Sum signum significabo Christi adventum. Sum tuba: proferam Filii Dei in carne dispensationem*)». (Lección 4ª. en los Maitines del día 2 de julio)

Así ensalza la Iglesia en esta festividad la dulce entrevista de las dos santas primas, y relatando el histórico hecho, pintaremos, en cuanto nos sea posible, esta hermosa escena. De Jerusalem encaminóse María a Aín, y de allí dirigióse a la quinta o casa de campo en que residía Santa Isabel. Informada ésta por las sirvientas de la llegada de su prima, corrió a las

barandillas de la azotea para descubrirla más prontamente. En cuanto la descubrió corrió a su encuentro.

María, en cuanto vio venir a sí a Isabel, apresuróse a saludarla, y poniendo su mano sobre el corazón le dijo:

-La paz sea contigo.

Isabel retrocedió por secreto impulso, una fuerza superior la invitaba al respeto más profundo y su rostro fue animándose, observando ella misma que algo portentoso, grande e inmenso la dominaba. Aquella dulce salutación, tan cariñosa y llena de generosidad y cariño, conmovió dulcemente a su parienta, impresionada con el hermoso aspecto de María, que la había dominado con su modestia.

Así es que, sobrecogida e impresionada por el impulso profético, no pudo dominar su lengua y abrazándola exclamó:

-*Tú eres bendita entre todas las mujeres y el fruto de tu vientre es bendito*, y ¿de dónde viéneme, Señor, la felicidad de que la Madre de mi Señor y dueño venga a visitarme? porque luego que tu voz ha sonado en mis oídos, cuando me has dirigido la salutación, mi hijo ha saltado de alegría en mis entrañas y dichosa eres porque has creído, porque lo que de parte del Señor te se ha dicho, cumplido será.

Hermosa salutación de Isabel, llena de cariño y profético espíritu, a la que contesta María con la altísima, profunda y hermosa cántiga del *Magnificat*, el primer cántico del Nuevo Testamento y el más elevado y poéticamente inspirado de las Santas Escrituras.

«Glorifica mi alma al Señor.

»Y mi espíritu está trasportado de gozo en el Dios Salvador mío.

»Porque ha puesto sus ojos en la baja de su esclava; por tanto ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones.

»Porque ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso, cuyo nombre es santo.

»Y cuya misericordia se extiende de generación en generación a todos los que le temen.

»Dio muestras grandes del sublime poder de su brazo; desbarató los proyectos que allá en su corazón meditaran los soberbios.

»Derribó del solio a los poderosos, y ensalzó a los humildes.

»Colmó de bienes a los menesterosos hambrientos, y a los ricos los despidió sin nada.

»Acogió a Israel su siervo, acordándose de su misericordia.

»Según lo prometió a nuestros padres, Abraham, y sus descendientes por los siglos de los siglos».

¡Cómo brilla en esta composición de verdadero vuelo poético la fe y la confianza puesta en Dios! Y cuál se manifiesta en ella el espíritu profético y la más consoladora esperanza en la bondad y justicia del Señor, que tales maravillas obró en la pura e inocente María; y cuya divina misericordia se extiende de generación en generación, y cómo igualmente se pinta en tan hermoso cántico la caridad divina colmando de bienes a los hambrientos de su santa misericordia en su sed de justicia.

Cántico es éste que no ha sido estimado en su gran belleza y que el cristiano debiera repetir diariamente como homenaje a Dios justo y acción de gracias por habernos dado a conocer su gran misterio y nacimiento como acto admirable del poder de Dios.

De esta suerte María entonó este cantar de gracias y alabanza a Dios nuestro Señor al abrazarse con su bienaventurada prima Santa Isabel.

He aquí cómo la citada Ágreda expresa y relata este venturoso encuentro y hospedaje de María en la casa de Isabel, la esposa del mudo sacerdote Zacarías:

«La Madre de la gracia saludó de nuevo a su deuda, y la dijo:

Dios te salve, prima y carísima mía, y su divina luz te comuniqué gracia y vida. Con esta voz de María Santísima quedó Santa Isabel llena del Espíritu Santo, y tan iluminado su interior, que en un instante conoció altísimos misterios y sacramentos. Estos efectos y los que sintió al

mismo tiempo el niño Juan en el vientre de su madre, resultaron de la presencia del Verbo humanado en el tálamo de María; donde sirviéndose de su voz como instrumento, comenzó a usar de la potestad que le dio el Padre Eterno, para salvar y justificar las almas como su reparador. Y como la ejecutaba como a hombre, estando en el mismo vientre virginal aquel cuerpecito de ocho días concebido (cosa maravillosa), se puso en forma y postura humilde de orar y pedir al Padre; y oró y pidió la justificación de su Precursor futuro, y la alcanzó de la Santísima Trinidad.

»Esto precedió a la salutación y voz de María Santísima. Y al pronunciar la divina Señora las palabras referidas, miró Dios al niño en el vientre de Santa Isabel, y le dio uso de razón perfectísimo, ilustrándole con especiales auxilios de la divina luz, para que se preparase, conociendo el bien que le hacían».

«Conoció Santa Isabel al mismo tiempo el misterio de la Encarnación, la encarnación de su hijo propio, y el fin y sacramentos de esta nueva maravilla. Conoció también la pureza virginal y dignidad de María Santísima. Y en aquella ocasión, estando la Reina toda absorta en la visión de estos misterios y de la divinidad que los obraba, quedó toda divinizada y llena de luz y claridad de los dotes que participaba; y Santa Isabel la vio con esta majestad; y como por viril purísimo vio al Verbo humanado en el tálamo virginal, como en una litera de encendido y purísimo cristal. De todos estos admirables efectos fue instrumento eficaz la voz de María Santísima, que entonó el cántico del *Magnificat* que refiere San Lucas».

Así fue como la Virgen vio por un esclarecimiento intensísimo de su espíritu, por medio de una luz sobrenatural, las antiguas profecías y su perfecto cumplimiento, mil veces más ilustrada Ella sola y más privilegiada que todos los Profetas juntos.

«En esta admirable entrevista y esta conversación profética, dice San Ambrosio, María y Elisabeth profetizaron ambas por la virtud del Espíritu Santo, de que estaban llenas, y por el mérito de sus hijos».

De propósito nos hemos entretenido en la descripción de este acto memorable para los cristianos, entusiastas y fervientes adoradores de María, porque nada como estas páginas del Libro Divino nos inicia en la vida espiritual de la Virgen, derramando sobre Ella una luminosa revelación, que nuestra piedad, aun la más filial, no hubiera sospechado nunca. Se habría juzgado muy mal la existencia de la Esposa de José, al confundirla con una de esas vidas vulgares que llaman la atención de la humanidad. Compréndese desde luego, que María alimentó constantemente su inteligencia, su imaginación, con los pasajes más sublimes de los Libros Santos; el recuerdo de las heroínas de la Ley antigua llena toda su alma, y he aquí por qué cuando los labios de la Virgen se abren para alabar a Dios, le ocurren espontáneamente aquellos pensamientos, aquellas frases que producían su encanto al leer el Divino Libro. Nada tiene de particular que las frases de María sean un himno, ya que el soplo de la inspiración superior llenaba su pecho. Por otra parte, la lengua hebrea se prestaba perfectamente a esta insensible transición del lenguaje vulgar a esta hermosa forma poética, a esas figuras que son, podemos decir, la forma sentenciosa de la lengua de los Profetas, y que tan bien se amolda al carácter sentencioso de sus conceptos.

El silencio, el aislamiento que había guardado María hasta entonces, con respecto a sus celestiales comunicaciones, la prepararon para una emoción más intensa, a una elocuente efusión para cuando llegara el momento oportuno de la revelación de aquel misterio obrado por el poder celestial. De aquí que la piedad, la gratitud, la abnegación y el gozo espiritual, todo a la vez hablase y se manifestase de una manera elocuente en Ella. Diríase que el espíritu de los más grandes justos del Antiguo Testamento ha pasado al suyo, puesto que aquellos ilustres servidores de Dios, nunca encontraron más bellos acentos ni formas más bellas, que las de María al profetizar con santo entusiasmo el portentoso cambio religioso que iba a realizarse, y el triunfo de los amigos de Dios; lo mismo que aquellos Patriarcas y Profetas,

María amaba a su pueblo, y la última frase de su cántico es un grito de patriotismo que nos conmueve.

[38](#)
[3840](#)
[40](#)



- III -

Larga fue la estancia de la Virgen en la casa de su prima, en la que permaneció tres meses, pasando esta larga temporada en el país de los hethcos, en la casa de campo en que vivían por largos espacios de tiempo los esposos. Tal vez la mudez padecida por Zacarías, les hizo retirarse al campo, cuya vida tranquila con los encantos de la hermosa naturaleza consolaría al ilustre sacerdote en su dolencia. Un valle fértil y umbrío que se descubría desde la casa, cuya situación era la más a propósito para la contemplación de aquel hermoso paisaje, a contar por las ruinas que se conservan y la tradición designa como restos de la casa del sacerdote y Santa Isabel, allí, en aquel hermoso valle, María, con su espíritu de profecía y dotada de una imaginación tan hermosa como su alma, podía contemplar el hermoso cielo anaranjado con cambiantes de turquesa durante el día, y las estrelladas noches en que brillan las constelaciones como chispas refulgentes de la pedrería del manto menos inmenso que la majestad y grandeza de Dios. Allí escucharía el plácido rumor de la arboleda al paso de la nocturna brisa, y hasta Ella llegarían los cadenciosos acordes del monótono rumor de las olas del lejano mar, cuando el viento traía aquéllos envueltos en las salinas emanaciones que tanto alegran el ánimo y exaltan la imaginación con sus efluvios y puro ambiente.

La contemplación de la naturaleza, tan sabia y armónicamente combinada en sus elementos de belleza, en la que todo es maravilloso para el hombre que contempla aquella obra hermosa de la mano de Dios, Supremo Creador de toda belleza, y en la que desde la flor, con sus corolas y colores en combinación con las irisadas alas de las mariposas que parecen pétalos voladores de ignotas flores, todo, como concierto de la naturaleza, que con sus brisas, flores, perfumes y colores, elevan un himno diario de respeto y cariño al Creador que con su voluntad sostiene la máquina del mundo, obra de sus manos y voluntad serían su encanto y recreo.

¡Cuán grande es, pensaba la Hija de los Profetas, cuán grande es Aquél que da sus órdenes a la estrella de la mañana que señala la llegada de la aurora y la proximidad del sol, que es el polvo que pisan sus pies, como dijo Arolas en su hermoso himno a la Divinidad; que manda al rayo y al trueno! ¡Cuán grande es El! ¡El que es quien ha puesto la inteligencia en el hombre y el instinto en los brutos: El es quien provee a las necesidades incesantes de todos los seres vivientes desde el hombre al microscópico insecto, que da calor para con él la vida al huevo del avestruz, entonces, a imitación del Salmista, la Santa Virgen convidaba a toda la naturaleza a bendecir con Ella al Criador de cielos y de tierra.

Allí, entre el perfume de la floresta, a través de aquellas azuladas montañas, Aquella a quien los autores y religiosos poetas denominan *Estrella del mar*, *Margarita de la tierra*, se complacería en contemplar aquellas sencillas flores del campo, estrellas del verde césped, a las cuales la compara Salomón en su misterioso cántico.

Un día, dicen los doctores de la Persia que han conservado la tradición, la siempre gloriosa Virgen María puso su mano sobre el tallo de una flor que los árabes llaman *arthenita*, y al contacto de su mano virginal comunicó a la planta una suave fragancia y el dulce perfume que ha conservado y conserva para recreo del que la aspira y es un embriagador aroma que hace recordar el perfume y la pureza de la pura María. La tradición de los cristianos de Oriente designa de la misma suerte también una fuente, hacia la cual dirigía sus paseos la Madre de Dios, por gustarle el plácido rumor de sus cristalinas aguas: esta fuente, llamada *Nefhoa* en

tiempo de Josué, lleva ahora el nombre de *Fuente de María*, tal vez desde que la vista de María, al fijarse en sus claras linfas, la hizo de renombre universal con el dulce de la Madre de Dios.

A espaldas de la casa de Santa Isabel, se extendía uno de esos jardines llamados *Paraísos* entre los persas, y cuyo trazado y disposición habían tomado los cautivos israelitas de los jardines de Ciro y de Semíramis. En él descollaban los bellos árboles de Palestina y destacaban los grupos de flores, perfumando el ambiente con sus emanaciones, con el penetrante del azahar y cinamomo. Allí, en aquel hermoso campo, era donde María hacía olvidar con frecuencia a Isabel sus temores sobre un suceso, cuya esperanza la colmaba de gozo, pero que su edad avanzada podía serle muy funesto. ¡Cuán graves y religiosas, por su confianza en Dios, debían ser sus conversaciones! María, joven, sencilla, pura e inocente como Eva al salir de manos del Criador, Isabel, cargada de años y enriquecida con una larga experiencia de las cosas de la vida, piadosas ambas y objeto de la complacencia de Jehová: la una llevando en su seno, por largo tiempo estéril, a un hijo que debía ser *profeta, y más que profeta*, y la otra a la semilla bendita del Altísimo, Jefe, Señor de Israel.

Durante las hermosas noches de verano, al claro resplandor de la luna que alumbraba las umbrías florestas, colocaban la mesa bajo el pomposo emparrado, en donde tenía lugar la cena de la familia, cena en la que, como hemos dicho, formaba la parte principal la carne del cordero, la miel y las frutas, los dátiles y el vino de Engaddi. María, frugal en sus comidas, aun en medio de la abundancia que reinaba en la casa del rico Zacarías, contentaríase con las hermosas frutas, la sabrosa miel, menos dulce que sus palabras, la leche y la límpida agua de la fuente de Nefthoa, tal vez traída por sus propias manos.

Cuidadosa con los que prodigaba a su amada prima Isabel, serían los de una joven para con una persona de mayor edad y en estado de cuidado; eran los de una hija para con su madre si el cielo se la hubiese conservado, y quién sabe si al prestar aquéllos, revivían en su memoria las personas de sus padres en aquella anciana pareja afectuosa y venerable que la amaban paternalmente, y le demostraban desde su llegada, un afecto en la que sus grandezas se revelaron de un modo prodigioso, con un sentimiento de admiración mezclado de respeto que María se esforzaba inútilmente en desviar, pero que no podía disipar.

Zacarías, que había dudado hasta de la palabra de un Ángel, no dudó un solo instante de la pureza de María, y si diéramos crédito a una tradición de Oriente, pero que ha sido adoptada por graves doctores, habría defendido algún tiempo después en el templo de Jerusalem la virginidad fecunda de María y sellado con su sangre este animoso testimonio.

Los Santos Padres dicen, que muchas bendiciones atrajo la visita de la Virgen sobre la familia de Zacarías que tan tiernamente la había acogido. Si el Señor bendijo a Obededón y a todo lo que le rodeaba hasta el punto de inspirar celos a un rey por haber guardado tres meses en su casa el Arca de la Alianza, ¿qué gracias de lo Alto no debían atraer sobre Zacarías y todos los suyos los tres meses que permaneció en aquélla la nueva y hermosa arca que guardaba el tesoro de Dios Hijo?

[39](#)
[3941](#)
[41](#)



- IV -

Llegó el momento del nacimiento del Precursor y no nos hemos de ocupar de este asunto por cuanto no incumbe a nuestra relación, pero existen dudas acerca de si María asistió o no al parto de Santa Isabel o si había dejado ya la casa de su prima regresando a Nazareth.

La narración de San Lucas parece indicar que no «María permaneció con Santa Isabel como unos tres meses y se volvió a su casa. Mas a Elisabeth le llegó el tiempo de parir y dio a luz a su hijo». Acto seguido refiere los prodigios que ocurrieron al nacimiento del Bautista, el haber recuperado el habla Zacarías, el precioso cántico del *Benedictus* y el pasmo que produjo en las montañas de Judea tal conjunto de maravillas.

Fundados en el contexto de la narración del Evangelista San Lucas, gran número de historiadores suponen que María no se hallaba en la casa de su prima cuando sobrevino el parto a la esposa de Zacarías.

Lo contrario parece más probable por lo que apuntaremos. Orígenes, San Ambrosio y otros muchos autores, así antiguos como modernos, se declaran por la afirmación de que sí se hallaba todavía en la casa de su prima la pura Señora, y esta opinión es la más verosímil. Esta opinión, además de lo que más adelante apuntaremos, se funda en una obra de caridad, pues no es verosímil que después de haber estado María tres meses en aquella casa, la abandonase justamente en el momento del mayor peligro y no existiendo un motivo razonable que justificara la partida. Un sentimiento conforme con el caritativo y magnánimo corazón de María, nos obliga así a creerlo además de las razones siguientes.

Los teólogos que han abrazado la opinión contraria a la de Orígenes y San Ambrosio, se apoyan principalmente en el citado pasaje de San Lucas que no habla del parto de Elisabeth, sino después de haber regresado la Virgen a Nazareth.

En nuestra opinión, creemos que no se ha examinado escrupulosamente el citado Evangelio: hemos procedido a un detenido estudio del mismo y nos ha convencido, salvando error, de que no es razón concluyente para negarlo. Hay que tener en cuenta, que San Lucas tiene el método en sus escritos de hacer transposiciones como observaremos, y de ellas podremos citar ejemplos del mismo estilo en su narración, entre ellas la que hace al hablar de la prisión de San Juan Bautista, y en el siguiente versículo nos relata el bautismo de Jesucristo, cuya prioridad a la prisión y muerte del Bautista no es dudosa. De la misma manera, al citar la adoración de los pastores, se extiende en la narración maravillosa que hicieron de su viaje a la gruta de Belén y del asombro que esa narración causó; después de esto vuelve sin transición a la suspendida escena de la adoración de los pastores, y había de su marcha del establo donde había nacido el Redentor.

Por estas transposiciones del Evangelista en su manera de narrar, nos ha hecho adoptar esta creencia que consignan y siguen Orsini y Lafuente, opiniones que creemos muy autorizadas y muy estimables en su fundamento.

Además del pasaje de San Lucas, los autores contrarios alegan razones de decoro para justificar la ausencia de María, por cuanto que las vírgenes no asistían a estas fiestas, lo cual no tiene nada de extraño, encontrándolo muy justificado y decoroso, pero como María a los ojos de sus parientes era casada y además estaba en cinta, la razón alegada por aquéllos cae por su base. La virginidad de Aquélla era un secreto y por tanto no podía servirle de excusa, y en cuanto que lo de las costumbres y hábitos retirados de María, la hicieran ir de casa de Santa Isabel por las fiestas que se habían de celebrar con motivo del nacimiento del Bautista, tampoco es una razón que justifique el abandono de su parienta en semejantes críticos momentos. Pudo conciliar su poca inclinación al mundo con aquel sentimiento exquisito de conveniencia que le atribuyen los Santos Padres, debió permanecer bajo el techo de la casa del Pontífice hasta que Isabel estuviese fuera de peligro, y en seguida, huyendo de la admiración que nunca dejaba de excitar, dejó las montañas de Judea después de haber abrazado y bendecido al nuevo Elías.

Para concluir este capítulo, diremos que la opinión de que María asistió al parto de su prima, está tan generalizada y admitida en España, que muy fácil sería citar el gran número de antiguas pinturas que se veneran en retablos de muchas iglesias representando el nacimiento de San Juan, y en todos ellos constantemente veremos puesta dichas composiciones en lugar

preeminente a María, recibiendo o teniendo en sus brazos al Precursor. Hemos dicho que en España, durante la Edad Media, así representan los artistas el nacimiento del santo niño y la presencia de su tía, sino que también en las miniaturas de códices y cuadros de escuelas extranjeras, la han pintado en tan alegre acto para la Santa Isabel. Entre otras miniaturas que conocemos, podemos citar la ejecutada por Jean Fouquet en el siglo XV, y que se ve en el libro de Horas de St. Chevalier; en él se ve pintada con indumentaria de la época del autor la estancia, el acto de envolver al recién nacido que tiene María en sus brazos, sentada en un escabel ante un baño en el que vierte agua una joven criada. Esto demuestra que no sólo ha sido creencia española sino generalizada en Europa desde el siglo XV, cuando los iluminadores representaban la escena según la creencia general, como reflejo de los de su época. En cuanto a nuestra pintura de épocas anteriores y posteriores, la presencia de María en el acto del nacimiento de San Juan, ha sido y es la común y general de artistas y de doctos.

[40](#)
[4042](#)
[42](#)



- V -

Réstanos tan sólo siguiendo en nuestro propósito, hacer la descripción del lugar de la casa de Zacarías e Isabel y la historia de estos lugares consagrados con la presencia del santo matrimonio, de María y de la existencia del Precursor de Jesús. Conócese este lugar con el nombre de San Juan del Desierto, según los árabes, o San Juan de la Montaña, según los latinos.

Llégase a él desde Emmaús por un camino cual lo son los de Palestina, peligroso y lleno de accidentes que le hacen sumamente penoso, el primer trozo cruza la carretera de Jerusalem a Jaffa por el valle del Terebinto y por huertas y olivares, después de pesada ascensión por rocosos caminos se llega al lugar en que asentaba la casa del Sacerdote Zacarías en medio del campo, como mística mansión agrícola con hermosas vistas y situación que domina uno de los más hermosos horizontes de Judea.

En este hermoso punto es en donde como hemos narrado, tuvo lugar el acto de la Visitación, del encuentro y abrazo de las dos primas, y en donde como hemos narrado, nació San Juan el Precursor de Cristo. Allí, en el fondo del valle está situado el pueblecillo agrupado de una manera artística en torno del convento latino, hermosa construcción con aspecto de fortaleza de la Edad Media, y que con sus altos muros, fosos y labradas piedras, más semeja morada temibles guerreros que pacífico albergue de monjes, de hijos de San Francisco. El aspecto exterior del Monasterio encanta al peregrino, pues su aspecto más que artístico resulta casi teatral, con sus saeteras, torreones, contrafuertes y puentes aéreos que comunican unos edificios con otros.

El hermoso y poético camino que desde él conduce, plegándose a los accidentes de la montaña, a la fuente de la Virgen de que hemos hablado y luego describiremos, es encantador, y de allí al lugar feliz de la Visitación. Junto a él, el jardín de que hemos hablado con sus hermosos cipreses que bordeando el camino llega hasta el convento de las Damas de Sión, forma todo ello un conjunto tan hermoso, tan poético, que con pesar se abandona lugar tan solitario, tan tranquilo, en el que el alma goza con tan santos recuerdos y dulces expansiones del alma.

Antes de llegar al pueblo viniendo de Jerusalem, encontramos Fuente de la Virgen (Aín-Kazim), y de la que hemos hecho mención de que a ella acudía la Virgen a elevar su espíritu con el murmullo de sus aguas. Aún hoy se conserva y es devotísima de ella la gente de Karem o San Juan del Desierto o de la Montaña, como se denomina al pueblecillo. Hoy la fuente

brota con caudal abundante por debajo de un arco de estructura ojival, un muro encajona en forma de estanque al manantial, y caen sus aguas en un pequeño remanso por una canal de piedra. Para llegar a ella hay que descender por una escalera de ocho gradas, saliendo de un recinto cubierto, abovedado con arcos ojivales, ruinas de construcción del tiempo de las Cruzadas.

Una distancia de veinticinco metros separa al convento, del que luego hablaremos, del lugar de la Visitación. Ocupa éste el mismo sitio de la casa de Zacarías y de Isabel, los cuales poseían una granja o casa de recreo en la otra colina, y en ella se encontraba la Santa madre del Bautista cuando la llegada de María. El Santuario de la Visitación está a cargo de uno de los franciscanos que allí permanece durante todo el día. Precede a la capilla un patio, y en el fondo de aquél se ve un pozo y otras edificaciones: es pequeña, y se halla adosada a la roca formando parte de la misma; en el fondo de aquélla se abre un corredor en el lado derecho que conduce a un hueco en forma de cripta, y en el testero se ve un altar con un cuadro de la escuela de Overbek pintado por el artista catalán Lorenzale, y regalado por los Reyes de España representando la Visitación; en un lado y detrás de una reja se ve un hueco en la peña que es el lugar en donde la tradición dice fue escondido San Juan cuando la persecución de Herodes. De los edificios levantados en aquel hermoso lugar de la Visitación, restan los siguientes: En el siglo XII los Cruzados levantaron o reedificaron la iglesia de la Visitación, y junto a ella un convento de religiosas, de éste sólo se conservan tristes ruinas, paredones con ventanas en forma de saeteras y algunos amenazadores arcos que se inclinan al suelo. Hace unos treinta años, el templo quedó reducido a una desmantelada capilla en la que celebraban los Padres tan sólo el día de la Visitación. En 1860, a causa de incesantes lluvias se desplomó casi por completo, y al emprender la reedificación, al separar los escombros, notóse que la peña sonaba a hueco, y entonces se descubrió una capilla formada por parte de la roca y que es la que hoy visitamos. Fue reedificada, descubriéndose al mismo tiempo el hueco en que fue ocultado el Precursor.

Junto a la capilla y entre las ruinas, se ve el pozo de Santa Isabel; junto a un arco y bóveda que debió corresponder al antiguo edificio y no muy separado de aquéllas, se contempla el nuevo edificio del Colegio de las Damas de Sión.

San Juan no vivió mucho tiempo en la casa de sus padres, retirándose a una cueva distante unos cuatro kilómetros al Oeste, y por cuya causa Karem es conocido por los católicos con el nombre de San Juan del Desierto. La cueva se halla conservada, y sobre el banco que sirvió de lecho a San Juan se ha puesto una tabla de mármol y levantado un altar: se penetra en ella por una estrecha abertura desde la que se domina el profundo valle del Terebinto: junto a la cueva mana otra fuente y sombréanla algunos algarrobos, con cuyo fruto se alimentaba el hijo de Santa Isabel y de Zacarías, por lo cual denominan los alemanes al algarrobo

Joannisbrodbaum (Árbol del pan de San Juan).

Volviendo al pueblo, llegaremos al convento de los Padres franciscanos construido sobre el mismo recinto de la casa de Zacarías. Las nuevas obras le han ensanchado, y es hermoso en su extensión, galerías, azoteas y jardines. La nueva iglesia consta de tres naves con hermoso pavimento y adornada con bastante gusto y sencillez. En el lado del Evangelio y junto al ábside, se ve la entrada a una cripta, revestida de mármol, con hermosos bajos relieves representando pasajes de la vida de San Juan; descendidos los siete escalones vemos la mesa del altar, y en ella un hueco que es el sitio en donde nació el Bautista, y como en Nazareth, rodeado de lamparitas de plata que arden constantemente, léese la inscripción HIC PRECURSOR DOMINI NATUS EST. En el altar vese un hermoso cuadro de escuela española representando el nacimiento de San Juan.

Los Padres visitan diariamente en procesión este santo lugar, costumbre que se practica en los principales santuarios de Tierra Santa.

[41](#)
[4143](#)
[43](#)



Capítulo X

CELOS DE SAN JOSÉ. -SU EXPLICACIÓN SEGÚN CATÓLICOS ESCRITORES.

[42](#)
[4244](#)
[44](#)



- I -

Comenzaremos este delicado capítulo, en que se habla de interioridades de la Santa Familia, apelando a lo que dice Don Vicente Lafuente acerca de punto tan espinoso. «No es San Lucas quien nos refiere el interesante episodio de los celos de San José, que bien pudiera omitirse sin faltar a la integridad de la narración evangélica, como lo omitió aquél, y más aún San Marcos, que principia su Evangelio con la predicación de San Juan Bautista, dejando a un lado todo lo relativo a los anuncios y nacimientos de Jesús y de su Precursor, referidos por los otros. Pero convenía mucho el dejar consignado este suceso, al parecer aislado y reducido a la vida privada de la Santa Familia, no solamente como lección saludable, y santificación de la pureza de los Santos Esposos, sino como prueba contundente de no ser cierta la pretendida obscuridad de la Santísima Virgen, cuando a tales pequeños y domésticos pormenores descende el Evangelio respecto de Ella». La candorosa relación de San Mateo con relación a este suceso, dice así: (Capítulo I, vers. 23 al 25).

«La generación de Jesús pasó de este modo: Estando desposada con Josef su madre María, hallóse embarazada por obra del Espíritu Santo sin concurso humano. Mas Josef, su marido, como quiera que fuese un hombre justo, no queriendo comprometerla con una vergonzosa denuncia, resolvió dejarla, marchándose ocultamente. Estando, pues, pensando en ello, se le apareció en sueños el Ángel del Señor diciéndole -«Josef, hijo de David, no tengas reparo en tomar a María por tu mujer, pues lo que en Ella ha nacido es obra del Espíritu Santo. Así que parirá un hijo al cual darás el nombre de Jesús; pues El será quien salvará su pueblo de los pecados de ellos. De modo que todo esto se ha verificado para que se cumpliera que anunció el Señor por medio de su Profeta al decir: -«He aquí la doncella quedará embarazada y parirá un hijo al cual llamarán EMMANUEL, que quiere decir Dios con nosotros». Despertando, pues, Josef de su sueño, se atuvo a lo que había mandado el Ángel del Señor y la tomó por mujer; y no la conoció hasta que parió a su primogénito, a quien llamó Jesús».

Tal es el texto de San Mateo traducido literalmente.

Ahora bien: las señales de la intervención celestial en las purísimas entrañas de María, habían de acabar por hacerse sensibles a los ojos de su cónyuge San José. Estas señales le cogieron de sorpresa, José no tuvo conocimiento de la visita del Ángel, ni su esposa le hizo tales confidencias. Ignorándolo todo, nada tiene de particular el que fuese grande su turbación ante la vista de María. Poner en duda la virtud de su Esposa, era un pensamiento terrible ante el pasado de una adolescencia incomparablemente pura e inocente; la mirada tranquila y serena a la que no empañaba la menor inquietud, era una prueba que le estaba gritando que una sospecha respecto de la pureza de su esposa era un crimen ante aquella angelical bondad y sosiego, y sin embargo, sus ojos ven la realidad bien terrible para él. Su alma luchaba agitada

por las apariencias del hecho físico, y verdad incontestable de aquella virtud de esposa de que cada hecho es una garantía.

¿Provocar una explicación? Había de ser para José un recurso harto penoso, comprendiendo como se comprende hasta qué punto había de lastimar a María la menor insinuación de duda. ¿Qué hacer? José está resuelto a seguir los consejos de su corazón tan recto y tan bueno. Inspirándose en la benignidad que constituye el fondo de carácter, se resuelve a proceder con los más prudentes miramientos, y su resolución está en armonía con la invencible repugnancia que siente en creer a su esposa culpable.

Secretamente, pues, sin escándalo alguno va a separarse de Ella.

No quiere que los hombres tengan nada que ver en este asunto. Por mucho que la ley le autorice para ello, José no ha de acudir a los tribunales humanos, desconfía de los magistrados de la tierra, y no creyéndose tampoco apto para fallar en asunto tan difícil, se echa en brazos de la Providencia, de Dios.

Compréndese muy bien que las sospechas de su esposo hubieron de ser conocidas de María, quien comenzó ya la serie de sufrimientos morales que habían de torturar toda su existencia. ¡Qué terrible golpe para Ella, el que José hubiese de abandonarla! La más pura de las vírgenes de Israel hubiese acabado por ser la más despreciada de las mujeres de Nazareth; y el mismo Hijo que traía en su seno vendría al mundo cargado con el peso de su deshonra. ¿Qué hacer? ¿Publicará el misterio de la Encarnación que sólo Ella conoce? ¿Y quién va a creer en una narración semejante? ¿Inclinará la cabeza a los golpes de la calumnia? De seguro que MARÍA no hubiese tenido inconveniente en inmolarsé, si esta terrible humillación no hubiese alcanzado más que a Ella, pero hay de por medio la honra del Verbo de Dios que va a venir a la tierra hecho hombre, y María no ha de poder resignarse a que la calumnia o la deshonra puedan manchar ni por un momento la cuna del Mesías prometido. Procede como su esposo; pone su inocencia en manos de Dios, cuya sabiduría atenderá debidamente a las necesidades de una obra que es un encadenamiento de milagros. Y sin saber cómo María tiene la íntima convicción de que el Hijo de Dios vendrá al mundo, sin que a deshonra pueda empañar su nacimiento.

Una noche en que José, agobiada su alma por pensamientos los más tristes, sentíase como anonadado en presencia de la lucha moral que estaba sosteniendo, se duerme y se le aparece el Ángel de Dios.

-José, hijo de David, le dice, no tengas recelo en recibir a María tu mujer en casa, porque lo que se ha engendrado en su vientre es obra del Santo Espíritu. Dará a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús; pues Él es el que ha de salvar a su pueblo de sus pecados. Estas palabras del enviado de Dios desvanecen y disipan aquellas nieblas de la duda que cubrían el espíritu de José. ¡Qué bálsamo de celestial consuelo derraman las dulces voces del Ángel en su espíritu! Terminaron las dudas, vuelve la clara luz de la verdad y de la inocencia de su esposa con aquella hermosa revelación de lo alto; tranquilo queda su espíritu y mírase en su amada y pura María como en límpido espejo en que se refleja la pureza de Aquélla y la tranquilidad del alma del esposo, después de aquella cruel lucha en que se ha torturado su corazón.

El Eterno, desde lo alto de su estrellado solio dirige una mirada complaciente sobre aquel varón justo, que Él había puesto a tan dura prueba antes de elevarle al honor inaudito de ser su representante en la paternidad de su Hijo sobre la tierra. Aquella lucha, aquel sufrimiento aquilataron su virtud y su prudencia, haciéndole acreedor más y más a ser el padre putativo del Mesías. Los ángeles, fija la mirada sobre la casa de Nazareth, esperaban con ansia el término de la lucha en el ánimo de José, lucha entre el deber y los más nobles sentimientos del alma del justo que estaban combatiendo.

- II -

He aquí cómo explica y describe Orsini el sufrimiento de José en tan cruda y dolorosa lucha: «En fin, el Patriarca se detuvo en una idea tan generosa que casi le coloca al nivel de la Reina de los Ángeles. Él resolvió sacrificar su honor, el aprecio que le había adquirido una vida sin mancha, los medios de existencia que le proporcionaban el pan cotidiano, y el aire de su país nativo tan bueno para respirar cuando uno se acerca al sepulcro, para salvar la reputación de una esposa que ni siquiera intentaba justificarse, y a quien las apariencias tan cruelmente acusaban. Un sólo medio había de dejar a María sin perderla, porque su familia hubiera provocado explicaciones que habrían tenido un fin funesto, y ese medio era expatriarse, el ir a morir lejos, en el país de su destierro y cargar sobre su propia cabeza todo lo odioso de semejante abandono. Hay resignaciones tan gloriosas como triunfos, dolores sufridos con paciencia, que el cielo premia con tanta munificencia como el martirio; y de este número fue el oculto sacrificio del esposo de la Virgen.

»Para conciliar su deber y su humanidad, aceptó de antemano las tristes calificaciones de esposo sin corazón, de padre sin entrañas, de hombre sin conciencia y sin fe; Él aceptó el desprecio de sus parientes, el odio mortal de los de María, y resolvió arrancar con su propia mano su corona de buena fama para arrojarla a los pies de Aquella a quien no quería afligir ni siquiera con una mirada, con una palabra de sospecha: ¡tan grande era el amor de padre que la tenía!»

San Juan Crisóstomo no se cansa de admirar la bella y noble conducta de San José.

«Era preciso, dice el gran Santo, que estando próxima la gracia del Salvador, apareciesen ya muchas señales de una perfección mayor que todo lo que se había creado más perfecto sobre la tierra. Como cuando va a nacer el sol, el Oriente se cubre de vivos resplandores aun antes que los primeros rayos del día hayan salido al horizonte, del mismo modo Jesucristo, inmediato a salir del seno de la Virgen, iluminaba ya al mundo antes de nacer. He aquí por qué aun antes de su divino nacimiento los Profetas han saltado de gozo en el seno de sus madres, las mujeres han profetizado, y José ha hecho muestra de una virtud sobrehumana». Esta es la opinión de San Juan Crisóstomo y la preferimos a la de San Bernardo, como lo hace Orsini y Lafuente; éste supone que José penetró por sí mismo el misterio de la Encarnación de Jesucristo, y que viendo a María en cinta no dudó, atendida la profunda veneración que le profesaba, de que fuese la Virgen milagrosa de Isaías.

«Él lo creyó (dice el Apóstol de las *Cruzadas*), y sólo por un sentimiento de humildad y respeto semejante al que obligó después a San Pedro a decir a Jesús: *Apartaos de mí, Señor, porque soy un pecador*. San José, que no era menos humilde que Pedro, pensó también en apartarse de la Virgen, no dudando de que estuviese en cinta del Salvador de los hombres». La interpretación es muy piadosa y digna de aquel que fue honrado con el título del *devoto capellán de María*, pero está más en las ideas ascéticas de la Edad Media que en las costumbres de los antiguos hebreos, y cae ante el detenido examen del texto. Efectivamente, las palabras del Evangelista son tan claras, que no necesitan trabajo alguno para entenderlas, comprenderlas y admirarlas. No es el temor ni el instintivo movimiento de religioso temor que nos hace permanecer distantes de un sagrado objeto que nos sugiere el de José, ante la idea de abandonar a María, es un pensamiento de compasión y del deber, la conciencia impide extender un manto de piedad, dice Orsini, sobre la falta digna de muerte de una mujer que fuese criminal; pero él es justo, bueno y compasivo, y no quiso deshonrarla.

Las palabras del Ángel no tienen sentido, o lo tienen falso, lo cual es imposible en la hipótesis de San Bernardo: «No temas, le dice el Embajador del Altísimo, guarda a esa Mujer en tu casa, porque ninguna mancha humana la ha deshonrado, pues lo que ha nacido de Ella es por obra del Espíritu Santo».

José se reprueba su indignidad en el momento en que adquiere la certeza de que María es inocente y que lleva en su seno al Autor de todo lo creado. ¿Expone al Ángel sus escrúpulos, que debían ser entonces más fuertes que nunca? ¿Pide que ese vaso de honor, que le presenta el celeste enviado, pase de él a un mortal más digno? Nada de esto hace; las borrascas de su alma se han aplacado ante aquella celestial visión, y tras ella sobreviene la calma, dulce, tranquila y reposada que sigue a las grandes tempestades.

«Añaden algunos que los oráculos mesiánicos le eran familiares a José como a todos los hebreos y que él debía saber que se acercaban los tiempos del Mesías, y que debió conocer, ateniéndose a la santidad de María, que ésta llevaba en su seno al Salvador del mundo. La inteligencia de las profecías que se ocupaban del misterio de la redención no era tan fácil de obtener como algunos opinan. Ora que las descripciones alegóricas del reino glorioso del EMMANUEL precedido por Isaías hubiesen inducido a creer en la Sinagoga, ora que el espíritu codicioso de los judíos no pudiese remontarse de encima de la tierra y todo lo redujesen a los bienes temporales, lo cierto es que el pueblo judío había entrado en un camino, no el más cierto, y no quería apartarse de él».

«El enviado por Dios, el deseado por las naciones, debía ser un legislador, un jefe guerrero, un monarca a la manera de Salomón, y nada esto de extraño encierra en sí, pues los mismos Apóstoles se equivocaron acerca de la misión de Jesús, del *Rey pobre que pasaba sin hacer ruido*».

«Si pues los Apóstoles, esos hombres santos que influídos por el Espíritu Santo, predicaron, extendieron y difundieron el cristianismo, costándoles desprenderse de las preocupaciones de la infancia, viviendo al lado de Jesús, presenciando sus milagros, ¿cómo José por sí mismo y sin el socorro del cielo lo hubiera hecho?»

¡Ah!, que el vestido grosero del artesano, del humilde obrero, tenía pocos partidarios y menos analogía con la púrpura de los reyes de Judá, y nada tiene de particular que no se esperase al Mesías nacido del pueblo y educado en un taller. Además, la Galilea era el último país en que pudiera pensarse. «Leed la Escritura, decían a los discípulos de Cristo los doctores de la Ley, y veréis que nada podemos esperar de la parte de Galilea. Y es cierto que los Profetas habían designado nominativamente a Belén de Judá, Belén, la *casa del pan*, como lugar del nacimiento de Jesús, y los comentadores rabinos decían hasta el barrio de la ciudad en que había de nacer. José era demasiado humilde y temeroso para creer que el modesto techado de su casa hubiera de abrigar la grandeza a que estaba destinado, y María nada tampoco le permitía conjeturar tal dicha».

«En cuanto al proyecto de restituir la Virgen a su familia, como pretenden los sabios teólogos que se adhieren a la opinión de San Bernardo, hubiera sido impracticable en una nación tan recelosa como lo era la judía en lo tocante al honor de las mujeres. María era huérfana, y por tanto dependía de sus parientes, que no eran todo lo pacíficos que pudiera desearse, según dice Orsini, y algunos de los cuales no habían aprobado tal vez la unión de su parienta con el oscuro nazareno José el carpintero. Es poco probable, añade el mencionado escritor, que se hubiesen contentado con las razones del marido, y hubiesen creído sin nuevos y mejores datos que la Virgen estaba en cinta del *Rey Mesías*. Por el contrario, todo induce la presunción de que ellos hubieran hecho comparecer al esposo ante el tribunal de los ancianos, para obligarle a producir las razones que motivaron su conducta; porque no se trataba sólo de un simple divorcio, sino también del hijo que llevaba en su seno María, mujer joven, de sangre ilustre y mal casada en cuanto a fortuna, si contamos los once que según San Jerónimo, se habían disputado el honor de enlazarse con la heredera de Joaquín».

Así se expresa el ilustre autor a quien aludimos en su *Vida de la Virgen* y al ocuparse de este delicado asunto.

«De esto, continúa el citado historiador, hubieran resultado dos hechos graves; o bien José habría guardado silencio, y entonces se le hubiera condenado a tomar por segunda vez a su mujer con prohibición de separarse jamás de ella, o bien hubiera afirmado, bajo juramento, que el hijo que llevaba María no era suyo, y entonces, ese hijo, no reconocido, quedaba inhábil a todos los cargos públicos: su nacimiento, manchado en su origen, le prohibía la entrada de las asambleas nacionales, de las escuelas del Estado, del templo y de las Sinagogas; su posteridad, heredera de su infamia, no habría sido admitida a gozar de los privilegios de los hebreos hasta la décima generación; finalmente, se hubiera convertido en un *paria*, sin asilo, sin derecho, sin patria, y la sentencia que hubiese deshonrado a su madre habría también marcado a la de sus hijos con el signo reprobador de Caín. Pero nada de esto hubiese sucedido: antes de consentir esa mancha sobre su genealogía, los orgullosos descendientes de David, hubieran inmolado quizás a la Virgen con sus propias manos. Tales ejemplos no son raros y se reproducen todavía en nuestros tiempos, así en la Judea como en Arabia».

«José era demasiado prudente y humano para colocarse en una u otra alternativa, y encontró, como siempre, que el partido más generoso era también el mejor. Resolvió, pues, dejar su pueblo y la esposa amada, aunque sospechosa, que le había proporcionado desde su casto himeneo una vida tan dulce y feliz».

Entonces tuvo, el prudente José el sueño en el que se le apareció el Ángel, y al despertarse, no pudo menos de adorar y reconocer los caminos inescrutables de la Providencia; la revelación del Ángel, con su luz resplandeciente, reflejo de la de Dios, había iluminado su espíritu y disipado todas sus dudas, y no viendo en María ya más que a la Madre del Redentor anunciado, no cupo ya duda en su mente, ni sospecha en el corazón y quedó en su compañía sin pensar en jamás ya separarse de Ella.

San Juan Crisóstomo se ha preguntado: ¿Por qué el Ángel de, Señor se apareció en sueños a José y no manifiestamente como a los pastores, a Zacarías y a la Virgen? Es porque -se responde- José tenía mucha fe y ninguna necesidad de una más clara revelación. En cuanto a la Virgen, como se le debían anunciar cosas más grandes y más increíbles que todo lo que se había dicho a Zacarías, era preciso que se le anunciaran antes de su ejecución y por medio de una manifestación revelada. También los pastores, como más groseros, tenían necesidad de una visión muy clara para que pudiesen comprenderlo. Mas José, habiendo ya advertido el preñado de María, *del que concibió amargas sospechas*, hallábase dispuesto a cambiar su dolor en gozo, si alguno se anticipaba a declararle el misterio, y así recibió con todo su corazón la revelación del Ángel.

«Esta conducta de la sabia Providencia lo fue infinitamente, puesto que sirvió para demostrar la excelencia de la virtud de José y hacer la historia evangélica más creíble, representándole agitado por los mismos movimientos de que cualquier hombre hubiera sido susceptible en lance semejante».

Mucho más pudiéramos añadir sobre un asunto tan importante en la vida de María: bien puede decirse que hasta entonces la vida de la Señora se había deslizado tranquila, sosegada y pacífica como corre el cristalino arroyuelo que cobijado por la arboleda y las flores de las orillas, se desliza tranquilo y murmurante sobre su lecho de menudas y coloridas guijas, irisando los rayos de la luz del sol con su descomposición en la cristalina superficie, para sufrir luego los choques con las peñas que cierran su camino, y luchando con ellas saltar convertido en blanca espuma saliendo del combate sus aguas más puras y transparentes cual el oro que se purifica y abriga en el crisol.

Así María, con este episodio de su vida, comenzaba una serie de dolores y sufrimientos que no habían de hacer sino enaltecerla más y más y purificar, si posible fuera más su pureza, su

inmaculada alma y excelso nombre y llevándola desde *Mater dolorosa a Regina Sanctorum omnium*, y al no menos dulce para los mortales de *Consuelo de los afligidos*.

Capítulo XI

TRANQUILA DICHA DEL SANTO MATRIMONIO. -EL EDICTO DE AUGUSTO. -
VIAJE A BETHLÉN. -NACIMIENTO DE JESÚS.



- I -

Disipadas cual nube estival con las palabras del Ángel que devolvió la calma y tranquilidad a José, las sospechas que aquél concibiera en vista del estado de su esposa, la dicha y la felicidad apenas turbadas, volvieron a imperar en la pobre casa del obrero de Nazareth. Ya aquella sosegada y placentera existencia cifrada en la esperanza que tan grande era en ambos esposos, transcurría silenciosa y sin envidias de sus convecinos, viendo constante tan hermosa dicha en el hogar de José.

Cubriendo las modestas necesidades de su esposa, labrando maderas en el modesto taller de que ya nos hemos ocupado, y entre los golpes del martillo y el asierre de los troncos, José bendecía el nombre de aquella esposa afortunada con la gracia del Señor, tan grande para Ella como misericordioso para con él, que le había devuelto la calma a su espíritu y abierto los ojos a la grandeza y poder de Dios.

Acercábase rápidamente la época del nacimiento del Hijo de Dios y María iba preparando en su pobreza las ropas necesarias para recibir al concebido por obra del Espíritu Santo: con sus manos cosía los modestos pañales y preparaba por sí abrigo necesario a aquel Niño que iba a venir al mundo en la más cruda estación del año. Dice la tradición, tan hermosa en este punto, pues demuestra con ella la laboriosidad y virtudes domésticas de que era tesoro inagotable María, que los pañales habían sido tejidos con el lino hilado por sus santas manos, como había aprendido en su educación en el Templo. Aquella santa familia fue un modelo de laboriosidad consagrando el trabajo con la práctica del santo precepto de Dios, y cimentando su dicha para modelo de los mortales en el trabajo, fuente de toda dicha y felicidad terrena, pues consagrado fue éste con la enseñanza que dieron José, María y luego el Niño Jesús ayudando a su padre con la labor de sus manos.

La pobre familia del carpintero de Nazareth preparaba la canastilla del Niño Dios, la esperanza de Israel, el Salvador del mundo, y he aquí cómo la tantas veces citada Sor María de Ágreda nos pinta este cuadro de feliz laboriosidad y previsión de la familia de José:

«Estaba ya muy adelante el divino preñado de la Madre del eterno Verbo, y para obrar en todo con plenitud de prudencia, aunque sabía que era preciso prevenir mantillas y lo demás necesario para el parto, nada quiso disponer sin la voluntad y orden del Señor y de su esposo para cumplir en todo con las leyes de sierva felicísima.

»Determinaron los dos esposos que en la esfera y estado de su pobreza, era razón hacer en obsequio del Niño Dios cuanto fuera posible, para que el sacramento del Rey estuviese oculto

en el velo de la humilde pobreza, y el encendido amor que tenían no quedase frustrado en lo que podían ejecutarlo. Luego San José, en recambio de algunas obras de sus manos, buscó dos telas de lana, como la divina esposa había dicho: una blanca y otra de color más morado que pardo, entrambas las mejores que pudo hallar; y de ellas cortó la Reina las primeras mantillas para su Hijo, y de la tela que Ella había hilado y tejido cortó las camisillas y sabanillas en que empañarle. Era esta tela muy delicada, como tales manos, y la comenzó desde el día que entró en su casa con San José, con intento de llevarla a ofrecer al Templo. Y aunque este deseo se conmutó tan mejorado; con todo eso, de lo que sobró, hechas las últimas alhajitas del Niño Dios, cumplió la ofrenda en el templo santo de Jerusalem. Todos estos aliños y ropa necesaria para el divino parto los hizo la gran Señora por sus manos, y los cosió y aderezó estando siempre de rodillas y con lágrimas de incomparable devoción. Previno San José flores y hierbas, las que pudo hallar, y otras cosas aromáticas, de que la diligente Madre hizo agua olorosa más que de Ángeles, y rociando los fajos consagrados para la hostia y sacrificio que esperaba, los dobló y aliñó y puso en una caja, en que después los llevó consigo a Belén».

De esta poética y sencilla manera es como la Venerable Ágreda describe los preparativos que en expectación de la venida del Niño Redentor del mundo hizo aquel ángel incomparable de bondad, María, la esposa del honrado y prudente José.

Mucha era la impaciencia del santo Patriarca y su esposa en poder disfrutar del momento en que contemplarían dentro de las redes de su propia casa, a un Dios Salvador, bajo las bellas apariencias de un niño que podrían sostenerle en sus brazos, estrecharle junto a su corazón, prodigarle sus caricias y ser la felicidad completa de aquella familia, modelo de afecto y paz.

El día del nacimiento se acercaba, todo daba a entender, bajo el punto de vista humano, que el hijo tan esperado nacería en Nazareth. Pero dispuesto estaba de otra manera por el Eterno Señor, y era menester que las profecías se cumpliesen y no pudiese abrigarse la menor duda del carácter divino de aquel niño, tan ardientemente esperado por el pueblo de Israel, que invocaba la venida del libertador prometido.

Para ello, Dios, en sus inescrutables juicios, se sirvió del enemigo del pueblo judío, de su dominador, el orgulloso romano, que había llegado al pináculo de la grandeza humana, para que desvanecido con la altura, caiga humillado años después ante la cruz que tanto había perseguido.

Los profetas antiguos del pueblo hebreo, especialmente Miqueas, tenían vaticinado que el Mesías había de nacer en Bethlén de Efrata no obstante María estaba muy cercana al término de su embarazo y continuaba viviendo en Nazareth, distante bastantes leguas de la hermosa ciudad de Efrata; pero como la voluntad de Dios es siempre infalible, y antes faltarán los cielos, los astros y la tierra, que dejar de cumplirse la palabra de Dios, lo profetizado se cumpliría, como se cumplió, valiéndose de un decreto del emperador romano para hacer salir de Nazareth al santo matrimonio y acudir a Bethlén, donde la voluntad del Señor y las profecías tendrían exacto cumplimiento.

▽△

En aquel tiempo los romanos imperaban en todo el mundo conocido y los límites del imperio eran los de las tierras conocidas y todos los humanos doblegaban la cerviz ante el poderío del pueblo romano, Judea era tributaria, y el mismo rey judío, intruso y advenedizo, no era sino un esclavo coronado de Roma. El mayor esplendor rodeaba aquel imperio que no tenía ya enemigos a quienes vencer, según los vaticinios de Balaám, y llegaba el cumplimiento de la antigua y famosa profecía de Jacob, y el cetro de Judá había salido ya de esta familia. Publicóse entonces en la Judea el edicto del César Augusto para proceder al censo de los pueblos sometidos y del número de sus habitantes. Este empadronamiento, mucho más completo que el que se había verificado en el consulado sexto del sobrino de julio César, comprendía, además de las personas, los bienes y las diferentes cualidades de las tierras, era la base que había de servir para la imposición de la servidumbre a que venían sujetos los descendientes de Josué, de David y Salomón.

Con el fin de evitar la confusión mandó el Emperador que fuese cada uno al lugar de su origen y se hiciese matricular en los registros públicos y se pagase por cabeza la capitación impuesta. Los gobernadores romanos fueron los encargados de cumplimentar el edicto imperial cada uno en su distrito. Una vez cumplimentadas las órdenes del César en las provincias romanas, como también en los reinos y tetrarquías dependientes de ella, al cabo de tres años de la fecha del decreto se llegó en fin a los de Bethlén, precisamente en la fecha de la expectación del nacimiento del Salvador. Dos fines movían al Emperador, la ambición y el orgullo de señor de la tierra, que quería contar las cabezas de esclavos sujetos al dominio de la desvanecida Roma. Pero Dios dispuso así las cosas para que precisados José y María a concurrir a Bethlén, viniese al mundo el Mesías y naciese en el lugar profetizado. Aunque el santo matrimonio tenía su asiento y morada en Nazareth, ciudad de la Galilea, no obstante eran descendientes de Judá y de la casa y sangre de David, y por haber nacido éste en Bethlén y criado en dicha ciudad, ésta era el tronco o solar de todos los descendientes y allí estaba conservado el nombre de la ciudad de David; por esta causa todos los descendientes de aquel santo rey debían registrarse en la matrícula de la ciudad según el mandato de Augusto.

En el *Breviarium* del imperio, escrito de puño de Augusto, según nos relata Tácito en sus *Annales*, se encuentran detalladas las rentas todas del imperio, la cifra de los ciudadanos, de los aliados que se amparaban bajo las águilas romanas, el número de las flotas de los reinos, provincias, tributos y rentas.

El reino de Herodes era de los llamados *regna reddita*, y que en el concepto de tal habían de someterse a la medida del empadronamiento como tributario de Roma desde la toma de Jerusalem por Pompeyo, en cuyo concepto cada judío estaba obligado a una contribución denominada *Capitación*, que se satisfacía como muestra de servidumbre.

El César mandaba, y Herodes, esclavo coronado como hemos dicho, cumplió lo mandado por su amo y señor. La inscripción se hacía por familias; José, que como hemos dicho, pertenecía a la familia de David, se vio obligado a ir a Bethlén, donde había nacido, a fin de dar su nombre y justificar su existencia. María, su esposa, no quiso abandonarle en este viaje, ya porque se reclamase su presencia, ya porque otros motivos laudables la impulsasen a acometerlo. La suprema razón que había para ello y que se sobreponía a todos los cálculos terrenales, era que la Providencia tenía resuelto llevar, a María a Bethlén, donde, según los Profetas, había de nacer el Redentor. De esta suerte encamina misteriosamente a sus fines Dios las cosas del mundo, aun cuando nos parezcan que son el resultado de circunstancias fortuitas o subordinadas a la voluntad del hombre.

- III -

Terminado había el otoño y el invierno era entrado con sus cortos y duros días: las nubes cubrían el horizonte a intervalos y la lluvia pesada, fría e insistente, hacía correr los secos torrentes con las rumorosas rojizas aguas que mezclaban sus ecos con los silbidos del viento que cruzaba las angosturas de los valles y las estrechas gargantas quebradas de las montañas del valle de Nazareth. El invierno, con su tristeza característica, envolvía la tierra con sus nieblas y sus heladas: las altas cumbres aparecían cubiertas con el blanco ropaje de la nieve y las manchas oscuras de los gigantescos cedros del Líbano presentaban a la alta cordillera con los efectos de la piel de la pantera: los árboles despojados de sus hojas que en ruidosos remolinos se agitaban y corrían por las calles de Nazareth a impulsos del vendaval y ostentaban sus negras y húmedas ramas cubiertas de enmohecido musgo. Cerrábanse las puertas, sus habitantes se refugiaban en las habitaciones subterráneas como puntos más abrigados contra las inclemencias del tiempo, y los vecinos de Nazareth atravesaban esa pesada y triste estación en los pueblos con sus largas noches y crueles vendavales.

Era una mañana triste y sombría de diciembre del año 748 de Roma: en la puerta de la casa del carpintero José veíase arrendado un pollino con su aparejada: el asno, con la cabeza inclinada y las orejas caldas, parecía presumir una larga jornada, y aplomado sobre sus remos, parecía descansar acumulando fuerza y resistencia para la marcha. La abierta puerta de la casa dio salida a José con unas mantas que colocó sobre el lomo del pollino, aseguró la cincha, y a poco María, envuelta la cabeza con el turbante característico de las nazarenas, y sobre los hombros la blanca capa y en sus manos un pequeño lío de ropas, salió de la casa, subió a un poyo, que junto a la puerta se hallaba, y con ayuda y cuidado de su esposo, montó sobre el lomo del paciente borriquillo. Colgó María del asiento el lío de ropas y en el opuesto lado una de esas cestas características de Palestina, tejida con hojas de palmera, que contenía algunos alimentos, despidióse con tranquila sonrisa de las mujeres convecinas, que se dolían de su viaje en semejante estado, miró a José que desataba el jumento y entregaba a María el roncal, y pacíficamente el animalejo emprendió el camino. Cerró la casa el esposo, tomó un báculo, echó sobre sus hombros un pequeño saco y el manto de pelo de cabra y despidióse de sus convecinos, que les deseaban un buen viaje.

Así atravesaron las estrechas calles de la ciudad, siendo despedidos por los vecinos, parientes y amigos que les decían *id en paz*, quedando fijos en las puertas compadeciendo a María por el estado en que se hallaba y obligada a un penoso viaje por seguir a su esposo en el cumplimiento del mandato del César imperante. Así dejaron su pueblo y casa aquel santo matrimonio descendiente de los príncipes de Judá, y que obedientes a los mandatos de un pagano, iban a inscribir sus nombres al lado de los más ilustres, por su fastuosidad, ya que no por sus méritos, de los magnates y señores del reino. ¡Ejemplo de obediencia y de humildad que debiéramos tener presente los que tenemos la dicha de pertenecer a la comunión de Jesucristo, cuando a disgusto cumplimos las órdenes de la autoridad en asuntos harto triviales, sin la fatiga y peligro que sufrieron los padres del Redentor! ¡Ellos que habían de tener la eterna dicha de ser los padres del Señor de cielos y de tierra, con mansedumbre y obediencia ciega se apresuraron a cumplir los mandatos del que había de estar bajo sus plantas! Viaje penosísimo y peligroso en un país como la Palestina, en medio de la estación más cruda del año y en una mañana oscura, nebulosa y en que el viento huracanado, tan común en esta

región, hacía gemir las ramas de los árboles y arrollar las ropas sobre las cabezas de los caminantes. Cuán penoso y lleno de fatigas debió ser para la inocente esposa en el estado en que se encontraba y con lo perverso de los caminos, sin embargo, María no se quejaba, y antes compadecía al pobre José, cargado, ceñidos los lomos para mejor llevar la marcha, caminando sobre los gujarros del camino a su lado y atendiendo más a los cuidados de María que a los peligros en que sus pies se hallaran. Pensativo caminaba el esposo, preocupado más con los sufrimientos de su esposa y meditando sobre las antiguas profecías que desde hacía cuatro mil años prometían la venida de un Salvador del mundo y recordaba la profecía de Miqueas: «Y tú, Bethlén, llamada Efrata, no eres pequeña entre las ciudades de Judá, y de ti saldrá AQUEL que debe reinar en Israel y cuya generación tuvo principio desde la eternidad». Y arrojando una mirada sobre su pobre equipaje y el de su modesta compañera, equipo acomodado a su condición, repasaba los oráculos y recordaba las palabras de Isaías: «El se elevará delante del Señor como un vástago que sale de la tierra», y tornaba sus ojos sobre María y creíala ver envuelta en misteriosa claridad, en dorada nube que tornaba más hermoso aquel rostro angelical y de pura niña, y caminaba lleno de fe y amor a su término y procurando evitar las incomodidades inherentes a tan cruda estación.

De esta suerte caminaría el matrimonio modelo de dicha conyugal, y es muy posible que José recitara en su interior el bello salmo de su ascendiente David, tan a propósito para confortar el alma por sus altísimos conceptos:

«El Señor me dirige, y nada me faltará: en sitio de pasto abundante me ha colocado.

»Agua me ha proporcionado para refrigerarme: volviómelo el alma al cuerpo.

»Llevóme a los senderos de la justicia por amor de su nombre.

»Pero aunque tuviera que andar por parajes sombríos y expuesto a morir, no temería los riesgos ni que me aconteciera mal alguno.

»Tu vara para dirigirme, tu báculo para apoyarme, a eso se ha reducido mi consuelo.

»Has preparado delante de mi mesa abundante, a despecho aquellos que me atribulan.

»Ungiste mi cabeza sudosa con óleo aromático, y ¡cuán excelente es el bendito cáliz con que me proporcionaste la santa embriaguez de tu amor!

»Tu misericordia me seguirá todos los días de mi vida, y de ese modo lograré al cabo habitar en la casa del Señor por muy dilatados días».

¡Hermoso salmo lleno de consoladoras esperanzas, cual dimanan siempre y llenan de consuelo el corazón de todo el que espera divina misericordia que nunca abandona al creyente, y le consuela las aflicciones que purifican y elevan el alma! Hemos preferido la traducción en paráfrasis que de él hizo D. Vicente Lafuente, porque las bellezas y consuelos del salmo se une la hermosura de la palabra y la nobleza y elevación de la lengua castellana, tan a propósito como decía Carlos I el emperador, para orar, para hablar con Dios nuestro Señor.

Cinco días duró el viaje con lentas jornadas, pues no más permitía el estado de la Virgen y el solícito cariño de su Esposo, atento a procurar la menor molestia a su Esposa en un viaje

emprendido por necesidad en la época peor del año, cuando los días son cortísimos, las noches larguísimas y el estado de los caminos, si tales podían llamarse aquéllos en la época, y cuando aún hoy después de diez y nueve siglos, difíciles y peligrosos son todavía de transitar.

Así cruzaron lentamente la Galilea, Samaria y las frías montañas de la Judea; sorprendíales la noche en medio de aquellos desiertos lugares, y acogidos al abrigo de algún peñasco o bajo la copa de algún terebinto, sufrieron las inclemencias de la más cruda de las estaciones, convirtiéndose aquel pesado viaje en un prólogo de las amarguras del más terrible de los viajes, del que había de hacer para salvarnos lleno de heridas y de insultos aquel inocente Niño que iba venir a la tierra para terminar su dolorosa misión en las alturas del Calvario. Cuenta una hermosa tradición llena del encanto, dulzura luz que rodea a todo cuanto a María se refiere, que en una de las jornadas, aterida por el frío y angustiada por el cansancio, desmontó del jumentillo y quiso descansar y pasar la noche bajo un terebinto inmediato al camino por el que caminaban. Colocó San José unas ropas y su manto sobre una piedra que bajo el árbol se vela, preparando un asiento cómodo a la fatigada Esposa, sentóse la Virgen reposando su cabeza sobre el tronco del árbol, y la tradición le ha señalado como que nunca perdió sus hojas ni envejeció jamás: hoy el terebinto no existe, quién sabe si las invasiones sarracenas en su odio al cristianismo segarían un tronco tan venerable para los hijos amantes de María y de cuanto a Ella se refiere.

Al quinto día descubrieron la ciudad de Bethlén, recostada en la colina en que despliega su caserío, y a la que lentamente iban acercándose los pobres viajeros. Era sábado y las cuatro horas de ella cuando llegaron a sus muros; ya el frío sol de invierno escondíase tras de los montes, iluminando apenas aquellos campos cubiertos de secas vides que presentaban sus secos sarmientos cual una red que cubría los retorcidos troncos de las plantas, y entre las cuales sonaban, con ruido seco y estridente, algunos remolinos de sus amarillas y secas hojas. Los olivos presentaban ese verde blanquecino característico del árbol fecundo de la paz, y los ramilletes pomposos de sus ramas se agitaban, produciendo manso ruido al moverlos el helado viento. Tropas de camellos montados por mujeres y niños, con purpúreos mantos y blancas tocas, tropas de ligeros caballos, con jóvenes jinetes lujosamente ataviados con los espléndidos colores de sus artísticos trajes, grupos de hermosos ancianos cuyas artísticas cabezas ornadas de blancas cabelleras semejando las de los Profetas, por todas partes llegaban caravanas de viajeros que se arremolinaban en las puertas de la ciudad con la prisa del descanso después de la jornada del día. Entre aquel revuelto gentío llegaron nuestros pobres viajeros, en los que ninguna mirada se fijaba y sólo tenían que apartarse con el modesto jumentillo de aquellos briosos corceles y gigantescos camellos, que amenazaban atropellarles a cada paso.

Fuera del recinto de la ciudad elevábase un edificio de grandes proporciones; era una de esas posadas o albergues que se hallan en Palestina llamadas *Caravaen-Seralls*, en los que el viajero sólo halla un techo y cuadras para las cabalgaduras y un sotejado en que pasar la noche resguardado de las inclemencias de la atmósfera. A él se dirigió San José, con deseo de ver si hallaba posada sin molestar a sus parientes y amigos. Penetró en el vasto zaguán, pero era inútil, todo estaba invadido, e imposible hallar un lugar en que malamente pudiera descansar su Esposa. Volvió al lado de su María pintada la tristeza en su semblante, conoció la santa Virgen y recibiólo sonriendo como para alentarle y no desmayar por no encontrar allí la posada que buscaban. Tomó el ronzal del jumento y penetró en las calles de Belén, y rendido de fatiga comenzó su peregrinación por calles y plazas en demanda de hospedaje, esperando encontrar algún belenita caritativo que se apiadara del estado de quebranto de la pobre María, su amada esposa.

De puerta en puerta fue demandando un cobertizo en que pudiera hallar descanso la inocente María; nadie se apiadaba de aquel santo matrimonio, veía cerrarse todas las puertas sin que llegara a corazón el aflictivo estado, ni la palidez de aquella fatigada y viajera ¡ay! más de una puerta que vio cerrarse a su ruego, al dolor y limosna de un asilo, vio abrirse acto continuo a viajeros mejor trajeados que ellos y en cuyas bolsas sonaba el dinero. Era necesario que el interés dominara el corazón de aquellas gentes para que éste no se moviera a compasión ante el estado de aquella pobre joven tan adelantada en su embarazo y aterida por el frío de aquella noche tan dura comenzaba.

Abrumado por el desconsuelo y dolorida su alma ante tamañas desatenciones y falta de caridad, José clavó su triste mirada en María lleno de tristeza; ¿qué hacer, qué determinación tomar, dónde guarecerse? Dirigióse al registro donde debía inscribir su nombre y pagar la capitación, hízolo así, y en tanto María, rebujada en su pobre manto, esperaba pacientemente la salida de su esposo y pedía conformidad y paciencia para José sin pensar en los sufrimientos y malestar que agobiaba su delicado cuerpo tras aquella larga jornada. Cumplido el deber impuesto por el romano, José pareció quedar más tranquilo; ¡cuán cierto es que el cumplimiento de nuestros deberes debe llevar la tranquilidad y el sosiego a nuestro espíritu, aun en medio las mayores aflicciones! ¡Dios nos da siempre consuelo, aun en medio de las penalidades que nos agobian, para purificar nuestra alma del pecado y hacernos agradables a los ojos de su divina bondad y justicia!

En vano era buscar nuevamente albergue, las puertas que antes se habían cerrado no iban a abrirse para socorrer con un techado a aquellos pobres nazarenos, era en vano buscar piedad ni conmiseración, y sin saber a dónde guiar sus pasos, José tomó nuevamente el ronzal del jumento y caminó a la ventura saliendo de Bethlén. La campiña oscura, helada, ningún abrigo podía ofrecerles, y el viento frío azotaba los secos árboles y traía entre sus ráfagas los aullidos de los chacales y lobos de las montañas, que olfateaban los ganados encerrados en los apriscos al cuidado de los vigilantes perros, que respondían con ladridos a aquellos gritos de combate y les prevenían como vigilantes centinelas.

En las vertientes de la montaña y en dirección a Norte, vio José algunas oquedades en las que podrían refugiarse, y a ellas enderezó sus pasos. Llegó a una de ellas y penetrando José en su recinto vio que iba angostándose hacia el fondo. Encontró en aquella cueva, refugio de pastores y ganados, un lugar seguro y resguardado de las inclemencias de la noche, y desmontando a María, penetraron en la cueva bendiciendo al Señor que tal abrigo les deparaba, cuando confiaban en pasar la noche al abrigo de algún árbol o muro de casa. Dolorida con el pesado viaje, María sentíase desfallecer, apoyada en el brazo de José, se dirigió a una peña que formaba una especie de asiento en el fondo de la cueva y sobre ella se sentó la Reina de los Cielos, dando un hondo suspiro de descanso y gratitud; suspiro que si no conmovió las peñas no debe extrañarse, pues eran insensibles, aun cuando no tanto como el corazón de aquellos que le negaron la hospitalidad, y aquéllos eran seres humanos más insensibles en aquella ocasión que las mismas rocas.

Recorrió José la cueva, encontrando en el fondo de ella otra más pequeña y abrigada del frío viento, en la que se veía un tosco pesebre formado con unas tablas. Quién sabe si David en su juventud cuando guardaba ganados había estado en ella alguna vez. Limpió José como pudo aquel antro para que en él descansase la Virgen y Señora, ya se acercaba la media noche, y José quería que su Esposa descansase del pesado viaje y de los desaires y desatenciones para con ellos tenidas por los belenitas. Tomó la Señora algún alimento, y José con las ropas que llevaban a prevención, en el desvencijado pesebre acomodó un lecho para que descansara

la pobre embarazada: hízolo así María, y José se retiró a la parte anterior para guardar la entrada de la cueva y descansar en el poyo de piedra que indicamos.

En aquella triste cueva, hasta entonces refugio de pastores, allí quiso nacer el Salvador del mundo y convertirla en trono de luz, en foco refulgente de esplendorosa claridad que había de iluminar al mundo entero, irradiando desde un humilde pesebre que había de ser alto que todos los solios de los monarcas. ¡Allí, abandonado del mundo, solo, sin más compañía humana que María y José, pero acompañado de legiones de ángeles y serafines y la mirada del Eterno Señor, vino al mundo terrenal el Verbo humanado, el Mesías prometido, libertador del hombre en el pecado por su purísima y fecunda sangre!

«Hasta las vulpejas tienen sus cuevas y las aves del cielo sus nidos, y el Hijo de la Virgen no tiene dónde reclinar su cabeza».

Fray Luis de Granada -dice D. Vicente Lafuente- traduce las palabras *Filius hominis non habet ubi relinquit caput*, diciendo: *El Hijo de la Virgen* y no *el Hijo del hombre*, y escuda su traducción en la del ilustre Fray Luis de Granada, a quien sigue y nosotros seguimos y respetamos:

«Acercábase la media noche -escribe el citado Lafuente- María en éxtasis sublime con el cuerpo en la tierra, con el alma en el cielo, nada veía ni oía. ¡Qué le hubiera importado entonces toda la riqueza, toda la magnificencia del palacio más grandioso de la tierra! ¿No era mucho mejor aquella soledad completa, aquel aislamiento absoluto, para su alma pura, santa y humilde, absorta en aquel sublime arrobamiento, que la compañía de los hombres, por santos, por buenos, por doctos que fuesen?... Buscan los rincones aquellas almas santas que reciben celestiales favores y quisieran no ser vistas ni aun de otros santos, ¿a qué, pues, la presencia de cortesanos y criados? He aquí por qué, dado su éxtasis y santo sueño, con el consiguiente abandono de la materia, insensibilidad y abstracción de todo lo terreno, lo mismo le era una humilde y oscura gruta, que el más espléndido palacio, y antes bien, aquélla para el caso, mejor que éste.

»Llegado el momento solemne previsto desde la eternidad, ofrecido por Dios, anunciado a los Profetas, esperado por los Santos Patriarcas, revelado a los Ángeles, acatado por San Miguel y los Ángeles buenos y humildes, protestado por Luzbel y los querubines malditos por su orgullo, la tierna doncella de Nazareth dio a luz a su Hijo, sin dolor, sin trabajo, sin esfuerzo, sin quebranto, sin impureza alguna, hermoso, limpio, perfecto, risueño, puro, inmaculado en el cuerpo y mucho más en su alma, saliendo del cuerpo de su Madre como pasa el rayo del sol por el cristal, sin romperlo ni mancharlo».

El Evangelista San Juan lo dice, expresa y manifiesta, de una manera tan sencilla como digna, elocuente y grandiosa, con sólo cuatro palabras que expresan más que cuanto queriendo sublimar el grandioso acto del nacimiento del Hijo de Dios pudiera concebir la mente y expresar la palabra más elocuente:

VERBUM CARO FACTUM EST

San Lucas, que es el verdadero historiador de María entre los Evangelistas y no la pierde de vista, y refiere el hecho como historiador, y nos dice:

ET PEPERIT FILIUM SUUM PRIMOGENITUM

Y la Iglesia lo incluye en el símbolo de los Apóstoles, y diariamente lo canta en sus oficios en los millones de templos elevados al Jesús nuestro Redentor diciendo:

ET INCARNATUS EST DE SPIRITU SANCTO EX MARIA VIRGINE ET HOMO
FACTUS EST

¡Quién al oír entonar estas palabras en las oraciones de la Iglesia, no cae de rodillas e inclina la cabeza anonadado ante el poder y bondad de Dios que nos hizo tanto bien, aún mayor que el de criar mundo en que vivimos y le adoramos!

También María se prosternó en el pavimento de la humilde cueva, dobló su frente y no se atrevió a mirar lo que tenía entre las manos. ¡Oh deslumbramiento santísimo el de María! ¡Cómo ver con los ojos del cuerpo al que venía viendo su alma desde mucho tiempo atrás! Gozo sin igual, dicha sin ejemplo, gloriosa concesión no otorgada a ningún mortal.

A Moisés le dijo el Señor: «No me verá el hombre mientras viva: no podrá vivir si llega a verme». Y María gozaba de aquel hermoso y adorable privilegio, tenía al Hijo de Dios en sus brazos y le miraba, contemplaba y adoraba con sus hermosos ojos azules, más puro que los serenos cielos, enaltecido con el rocío bienhechor de sus lágrimas de dicha y felicidad, contemplando el divino rostro del recién nacido.

El estado del éxtasis había pasado, había vuelto la sensibilidad y reanimado el cuerpo de la Virginal santa doncella y Madre, tenía nuevos deberes que cumplir, y la primera sonrisa de la Madre que se postraba para adorar a su Hijo, sin atreverse aún a tomar un ósculo tierno de sus benditos labios, absorta, atónita, embriagada de amor santo y de inefable dicha, correspondió la sonrisa del divino Infante, destinando después la segunda sonrisa al varón justo a quien tomaba por padre en la tierra.

Despertóse entonces en María el sentido de la maternidad con todos sus dulces y delicados instintos de la madre que la naturaleza, hija de la Providencia divina, deposita en el tierno corazón de la mujer. Quitóse entonces de su cabeza la modesta toca de blanco cendal y tibio con su propio calor, envolvió al niño en los pañales preparados y las mantillas cubriéndolo con aquélla para suministrarle más calor en tan fría hora y noche. El manto de José que había doblado en el pesebre para mayor descanso de María, sirvió sobre las pajas de aquél de humilde colchoncillo en que reposara el tierno cuerpo del recién nacido. ¡Pobre y humilde lecho que sirvió para el Redentor del mundo, lecho incomparable que sirvió de cuna para la redención del hombre, más grande y esplendente que todos los tronos de la tierra, y desde el cual envió sus primeras sonrisas al mundo sumido en triste noche, y aurora que Él había de ser de la verdad y dignidad del hombre! Y San Lucas no olvida al narrar este hecho, que tan grande es en su humildad cuando dice: *Et pannis eum involvit, et reclinavit eum in praesepio.*

La naturaleza, añade Lafuente, hizo su oficio, Dios no la violenta cuando hace milagros, aun cuando hace cosas que a ella no alcanza, porque son sobre ella. Las cosas imposibles para el reloj, son facilísimas para el relojero: lo mismo mueve la saeta hacia atrás que hacia adelante, aunque al reloj no le sea dado sino moverlas en aquella primera dirección. Y Dios hecho hombre lloró, y la Iglesia nos lo presenta llorando y ceñido de estrechas fajas, reclinado sobre la paja de un pesebre. Así nos lo cuenta Fortunato en su himno que se canta en las Vísperas del Domingo de Pasión y principia

*Pange lingua gloriosi
Lauream certaminis...*

San José, mudo de asombro, ilustrado por superiores luces interiores y exteriores, también se acerca al tierno infante reclinado en el pesebre, le contempla extático y absorto, le tributa su homenaje de respeto y de cariño a la vez, y recibe por premio de devoción humilde la segunda sonrisa del Dios niño, a quien el mundo llamará su hijo, y de quien será padre putativo para salvar el decoro de su Madre y cuidar del amparo y subsistencia de ellos, del mismo Dios hecho hombre, que a su vez sustenta a todos.

A la adoración de los padres siguió la de los Ángeles, y ¡con qué humildad, con qué respeto! El misterio, la palabra de Dios estaba cumplida: las profecías se habían realizado. El Niño Dios había nacido a la media noche al comenzar un nuevo día. Con la noche terminaba la noche de los siglos, terminaba la noche de las tinieblas comenzaba la luz clara, esplendente y brillante del Evangelio. En la noche del 24 de diciembre terminaba el imperio de Lucifer, concluía el imperio del error y amanecía el 25 de diciembre con la luz del sol, con el nacimiento del que había de ser el Redentor del mundo, aquella noche vacilaron en sus pedestales los ídolos al cántico de los Ángeles con el Gloria in excelsis, y el rugido del infierno al ser destronado del imperio del mundo su monarca Satanás demostró su ira.

El Evangelista San Juan pinta con enigmático lenguaje todo el suceso en el capítulo XII del Apocalipsis, en que describe la predestinación de María, el orgullo de Lucifer y su caída, vencido por San Miguel, la concepción y el parto de la Virgen, la adoración de los Ángeles buenos, el regocijo de los cielos y de los buenos y la preservación incólume e inmaculada de la Madre del Salvador.

«Luego apareció en el cielo una gran señal: era una mujer vestida del sol, teniendo la luna a sus pies y en la cabeza una diadema de doce estrellas.

»Y al verse en cinta clamaba para dar a luz y sufría al parir».

Entiéndese en sentido místico y elevado, pues sabido es que la Virgen no sufrió los dolores materiales a que están sujetas las mujeres.

«Viose también otra señal en el cielo: érase un dragón grande y rojo con siete cabezas y diez cuernos y siete diademas sobre sus siete cabezas. Y con su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo arrojándolas a la tierra.

»Paróse el dragón ante la Mujer que iba a parir, a fin de devorar a su Hijo así que pariese.

»Parió, pues, a su Hijo varón, el que ha de regir a todas las naciones con cetro de hierro. Mas este Hijo fue arrebatado a la presencia de Dios, y a su mismo Trono. Y por lo que hace a la Mujer, huyó a la soledad, en donde tenía un lugar preparado por Dios para que allí la sustentaran durante mil doscientos sesenta días.

»Y hubo un gran combate en el cielo: Miguel y sus ángeles peleaban con el dragón, y también éste y sus ángeles contra aquéllos; mas no pudieron prevalecer los malos ni quedó rastro de ellos en el cielo.

»Arrojado fue aquel gran dragón, la antigua serpiente (la del Paraíso), que se llama el diablo y Satanás, que seduce a todo el orbe. Mas éste cayó a tierra y sus ángeles fueron lanzados con él.

»Oí, pues, una gran voz en el cielo que decía: -Ahora queda ya verificada la salvación y triunfantes la virtud y el reino de Dios nuestro Señor, y el poderío de su CRISTO; porque ya queda expulsado el acusador de nuestros hermanos, que día y noche estaba censurándole ante la presencia de nuestro Dios.

»Ya le han derrotado ellos mismos mediante la sangre del Cordero, y no han hecho aprecio de sus almas (sus vidas) poniéndolas en trance de muerte.

»Por tanto, regocijáos, cielos, y los que habitáis en sus alturas».

La naturaleza en sus animales fue, después de José y María, la primera en adorar al divino recién nacido, y el buey que recogido estaba en la cueva y el manso jumento, fueron los primeros brutos que acompañaron al Hijo de Dios en la soledad del antro, en donde acaba de nacer abandonado de los hombres que habían negado un techo bajo el que cobijarse la viajera familia. Con el calor de sus cuerpos dieron calor al recién nacido, y cumplióse al pie de la letra como todas las profecías de Isaías: «Conoció el buey a su dueño, y el jumento al pesebre de su Señor y no lo conoció Israel, ni su pueblo tuvo inteligencia».

Y para terminar este capítulo de una manera digna del acto, del gran hecho del nacimiento de Jesús, de la inmensa transcendencia y del espanto que en el infierno produjo su derrota, copiaremos aquí las palabras del gran poeta Milton en su grandioso poema de El Paraíso Perdido: «Los oráculos enmudecen: ninguna voz, ningún murmullo siniestro hace ya resonar palabras falaces bajo las bóvedas de los templos. Apolo abandona desesperado la colina de Delfos sin acertar a predecir lo futuro. Ningún arrebató nocturno, ningún augurio secreto sale del antro misterioso que pueda inspirar sus vaticinios al sacerdote que

espantado abre sus ojos. Aléjanse los genios de las montañas y de las riberas de los ríos, gimen las ninfas y las dríadas al ver marchitarse las guirnaldas con que orlaba sus frentes la mitología pagana. Los Lares y Penates huyen de los hogares domésticos que presidían, y de las aves de los templos y de sus estatuas salen sonidos lúgubres que asustan a sus flámenes, y el mármol parece bañado en sudor frío al desaparecer la divinidad idolátrica donde se le daba maléfico culto».

Así pinta el espanto de la idolatría sostenida por el infierno y tambaleada al solo influjo de la luz que irradiaba de la cueva de Bethlén. En cambio, la naturaleza parece sentir a su modo un grato y superior influjo. Cesa el crudo frío de una noche de diciembre, las tinieblas se aclaran, se desvanecen las nubes, soplan suavemente las brisas de las montañas enviando sus gratos aromas, enviando sus perfumes: las olas de aquel mar latino baten suave y cadenciosamente las arenosas playas o bañan con alba espuma los acantilados de las rocas: la aurora parece querer adelantar su llegada con el ansia de bañar con sus rosados efluvios la tierra en donde acaba de realizarse el gran misterio, y las aves asombradas baten las alas a impulsos de secreto deseo y ante el canto enérgico y valiente del vigilante gallo. ¡Ah! noche feliz y misteriosa, cuyo recuerdo felizmente no se ha borrado en nuestras costumbres: en la Edad Media, después de la Misa del Gallo, era costumbre el avisar por los campos el nacimiento de Dios, al son de los rústicos instrumentos, y al atravesar por las campiñas decían a los arroyos, árboles y plantas: ¡alegráos, que ya nació el Señor!

¿Cómo se celebra hoy en las ciudades y... también en los pueblos, la Nochebuena, la noche alegre del nacimiento del Redentor? No es menester decirlo; no queremos compararla, por más que bien pudiéramos hacerlo por la forma, con las saturnales del paganismo. Nuestra libertad de pensar y de costumbres nos lleva a celebrar una función tan grande para el mundo, con una noche de licencia, cuando no de pecado. Pero aun en medio de tales costumbres, quedan almas puras y cristianas que celebran la más grande de las festividades de nuestra religión, con el patrón de los antiguos cristianos, con la fiesta santa de la familia consagrada en la mesa patriarcal, en la que se juntan tres generaciones, padres, hijos y nietos.

TRANQUILA DICHA DEL SANTO MATRIMONIO. -EL EDICTO DE AUGUSTO. -
VIAJE A BETHLÉN. -NACIMIENTO DE JESÚS.

▽△

- I -

Disipadas cual nube estival con las palabras del Ángel que devolvió la calma y tranquilidad a José, las sospechas que aquél concibiera en vista del estado de su esposa, la dicha y la felicidad apenas turbadas, volvieron a imperar en la pobre casa del obrero de Nazareth. Ya aquella sosegada y placentera existencia cifrada en la esperanza que tan grande era en ambos esposos, transcurría silenciosa y sin envidias de sus convecinos, viendo constante tan hermosa dicha en el hogar de José.

Cubriendo las modestas necesidades de su esposa, labrando maderas en el modesto taller de que ya nos hemos ocupado, y entre los golpes del martillo y el asierre de los troncos, José bendecía el nombre de aquella esposa afortunada con la gracia del Señor, tan grande para Ella

como misericordioso para con él, que le había devuelto la calma a su espíritu y abierto los ojos a la grandeza y poder de Dios.

Acercábase rápidamente la época del nacimiento del Hijo de Dios y María iba preparando en su pobreza las ropas necesarias para recibir al concebido por obra del Espíritu Santo: con sus manos cosía los modestos pañales y preparaba por sí abrigo necesario a aquel Niño que iba a venir al mundo en la más cruda estación del año. Dice la tradición, tan hermosa en este punto, pues demuestra con ella la laboriosidad y virtudes domésticas de que era tesoro inagotable María, que los pañales habían sido tejidos con el lino hilado por sus santas manos, como había aprendido en su educación en el Templo. Aquella santa familia fue un modelo de laboriosidad consagrando el trabajo con la práctica del santo precepto de Dios, y cimentando su dicha para modelo de los mortales en el trabajo, fuente de toda dicha y felicidad terrena, pues consagrado fue éste con la enseñanza que dieron José, María y luego el Niño Jesús ayudando a su padre con la labor de sus manos.

La pobre familia del carpintero de Nazareth preparaba la canastilla del Niño Dios, la esperanza de Israel, el Salvador del mundo, y he aquí cómo la tantas veces citada Sor María de Ágreda nos pinta este cuadro de feliz laboriosidad y previsión de la familia de José:

«Estaba ya muy adelante el divino preñado de la Madre del eterno Verbo, y para obrar en todo con plenitud de prudencia, aunque sabía que era preciso prevenir mantillas y lo demás necesario para el parto, nada quiso disponer sin la voluntad y orden del Señor y de su esposo para cumplir en todo con las leyes de sierva felicísima.

»Determinaron los dos esposos que en la esfera y estado de su pobreza, era razón hacer en obsequio del Niño Dios cuanto fuera posible, para que el sacramento del Rey estuviese oculto en el velo de la humilde pobreza, y el encendido amor que tenían no quedase frustrado en lo que podían ejecutarlo. Luego San José, en recambio de algunas obras de sus manos, buscó dos telas de lana, como la divina esposa había dicho: una blanca y otra de color más morado que pardo, entrambas las mejores que pudo hallar; y de ellas cortó la Reina las primeras mantillas para su Hijo, y de la tela que Ella había hilado y tejido cortó las camisillas y sabanillas en que empañarle. Era esta tela muy delicada, como tales manos, y la comenzó desde el día que entró en su casa con San José, con intento de llevarla a ofrecer al Templo. Y aunque este deseo se conmutó tan mejorado; con todo eso, de lo que sobró, hechas las últimas alhajitas del Niño Dios, cumplió la ofrenda en el templo santo de Jerusalem. Todos estos aliños y ropa necesaria para el divino parto los hizo la gran Señora por sus manos, y los cosió y aderezó estando siempre de rodillas y con lágrimas de incomparable devoción. Previno San José flores y hierbas, las que pudo hallar, y otras cosas aromáticas, de que la diligente Madre hizo agua olorosa más que de Ángeles, y rociando los fajos consagrados para la hostia y sacrificio que esperaba, los dobló y aliñó y puso en una caja, en que después los llevó consigo a Belén».

De esta poética y sencilla manera es como la Venerable Ágreda describe los preparativos que en expectación de la venida del Niño Redentor del mundo hizo aquel ángel incomparable de bondad, María, la esposa del honrado y prudente José.

Mucha era la impaciencia del santo Patriarca y su esposa en poder disfrutar del momento en que contemplarían dentro de las redes de su propia casa, a un Dios Salvador, bajo las bellas apariencias de un niño que podrían sostenerle en sus brazos, estrecharle junto a su corazón, prodigarle sus caricias y ser la felicidad completa de aquella familia, modelo de afecto y paz.

El día del nacimiento se acercaba, todo daba a entender, bajo el punto de vista humano, que el hijo tan esperado nacería en Nazareth. Pero dispuesto estaba de otra manera por el Eterno Señor, y era menester que las profecías se cumpliesen y no pudiese abrigarse la menor duda del carácter divino de aquel niño, tan ardientemente esperado por el pueblo de Israel, que invocaba la venida del libertador prometido.

Para ello, Dios, en sus inescrutables juicios, se sirvió del enemigo del pueblo judío, de su dominador, el orgulloso romano, que había llegado al pináculo de la grandeza humana, para que desvanecido con la altura, caiga humillado años después ante la cruz que tanto había perseguido.

Los profetas antiguos del pueblo hebreo, especialmente Miqueas, tenían vaticinado que el Mesías había de nacer en Bethlén de Efrata no obstante María estaba muy cercana al término de su embarazo y continuaba viviendo en Nazareth, distante bastantes leguas de la hermosa ciudad de Efrata; pero como la voluntad de Dios es siempre infalible, y antes faltarán los cielos, los astros y la tierra, que dejar de cumplirse la palabra de Dios, lo profetizado se cumpliría, como se cumplió, valiéndose de un decreto del emperador romano para hacer salir de Nazareth al santo matrimonio y acudir a Bethlén, donde la voluntad del Señor y las profecías tendrían exacto cumplimiento.



- II -

En aquel tiempo los romanos imperaban en todo el mundo conocido y los límites del imperio eran los de las tierras conocidas y todos los humanos doblegaban la cerviz ante el poderío del pueblo romano, Judea era tributaria, y el mismo rey judío, intruso y advenedizo, no era sino un esclavo coronado de Roma. El mayor esplendor rodeaba aquel imperio que no tenía ya enemigos a quienes vencer, según los vaticinios de Balaám, y llegaba el cumplimiento de la antigua y famosa profecía de Jacob, y el cetro de Judá había salido ya de esta familia. Publicóse entonces en la Judea el edicto del César Augusto para proceder al censo de los pueblos sometidos y del número de sus habitantes. Este empadronamiento, mucho más completo que el que se había verificado en el consulado sexto del sobrino de julio César, comprendía, además de las personas, los bienes y las diferentes cualidades de las tierras, era la base que había de servir para la imposición de la servidumbre a que venían sujetos los descendientes de Josué, de David y Salomón.

Con el fin de evitar la confusión mandó el Emperador que fuese cada uno al lugar de su origen y se hiciese matricular en los registros públicos y se pagase por cabeza la capitación impuesta. Los gobernadores romanos fueron los encargados de cumplimentar el edicto imperial cada uno en su distrito. Una vez cumplimentadas las órdenes del César en las provincias romanas, como también en los reinos y tetrarquías dependientes de ella, al cabo de tres años de la fecha del decreto se llegó en fin a los de Bethlén, precisamente en la fecha de la expectación del nacimiento del Salvador. Dos fines movían al Emperador, la ambición y el orgullo de señor de la tierra, que quería contar las cabezas de esclavos sujetos al dominio de la desvanecida Roma. Pero Dios dispuso así las cosas para que precisados José y María a concurrir a Bethlén, viniese al mundo el Mesías y naciese en el lugar profetizado. Aunque el santo matrimonio tenía su asiento y morada en Nazareth, ciudad de la Galilea, no obstante

eran descendientes de Judá y de la casa y sangre de David, y por haber nacido éste en Bethlén y criado en dicha ciudad, ésta era el tronco o solar de todos los descendientes y allí estaba conservado el nombre de la ciudad de David; por esta causa todos los descendientes de aquel santo rey debían registrarse en la matrícula de la ciudad según el mandato de Augusto.

En el *Breviarium* del imperio, escrito de puño de Augusto, según nos relata Tácito en sus *Annales*, se encuentran detalladas las rentas todas del imperio, la cifra de los ciudadanos, de los aliados que se amparaban bajo las águilas romanas, el número de las flotas de los reinos, provincias, tributos y rentas.

El reino de Herodes era de los llamados *regna reddita*, y que en el concepto de tal habían de someterse a la medida del empadronamiento como tributario de Roma desde la toma de Jerusalem por Pompeyo, en cuyo concepto cada judío estaba obligado a una contribución denominada *Capitación*, que se satisfacía como muestra de servidumbre.

El César mandaba, y Herodes, esclavo coronado como hemos dicho, cumplió lo mandado por su amo y señor. La inscripción se hacía por familias; José, que como hemos dicho, pertenecía a la familia de David, se vio obligado a ir a Bethlén, donde había nacido, a fin de dar su nombre y justificar su existencia. María, su esposa, no quiso abandonarle en este viaje, ya porque se reclamase su presencia, ya porque otros motivos laudables la impulsasen a acometerlo. La suprema razón que había para ello y que se sobreponía a todos los cálculos terrenales, era que la Providencia tenía resuelto llevar, a María a Bethlén, donde, según los Profetas, había de nacer el Redentor. De esta suerte encamina misteriosamente a sus fines Dios las cosas del mundo, aun cuando nos parezcan que son el resultado de circunstancias fortuitas o subordinadas a la voluntad del hombre.



- III -

Terminado había el otoño y el invierno era entrado con sus cortos y duros días: las nubes cubrían el horizonte a intervalos y la lluvia pesada, fría e insistente, hacía correr los secos torrentes con las rumorosas rojizas aguas que mezclaban sus ecos con los silbidos del viento que cruzaba las angosturas de los valles y las estrechas gargantas quebradas de las montañas del valle de Nazareth. El invierno, con su tristeza característica, envolvía la tierra con sus nieblas y sus heladas: las altas cumbres aparecían cubiertas con el blanco ropaje de la nieve y las manchas oscuras de los gigantescos cedros del Líbano presentaban a la alta cordillera con los efectos de la piel de la pantera: los árboles despojados de sus hojas que en ruidosos remolinos se agitaban y corrían por las calles de Nazareth a impulsos del vendaval y ostentaban sus negras y húmedas ramas cubiertas de enmohecido musgo. Cerrábanse las puertas, sus habitantes se refugiaban en las habitaciones subterráneas como puntos más abrigados contra las inclemencias del tiempo, y los vecinos de Nazareth atravesaban esa pesada y triste estación en los pueblos con sus largas noches y crueles vendavales.

Era una mañana triste y sombría de diciembre del año 748 de Roma: en la puerta de la casa del carpintero José veíase arrendado un pollino con su aparejadura: el asno, con la cabeza inclinada y las orejas caldas, parecía presumir una larga jornada, y aplomado sobre sus remos, parecía descansar acumulando fuerza y resistencia para la marcha. La abierta puerta de la casa

dio salida a José con unas mantas que colocó sobre el lomo del pollino, aseguró la cincha, y a poco María, envuelta la cabeza con el turbante característico de las nazarenas, y sobre los hombros la blanca capa y en sus manos un pequeño lío de ropas, salió de la casa, subió a un poyo, que junto a la puerta se hallaba, y con ayuda y cuidado de su esposo, montó sobre el lomo del paciente borriquillo. Colgó María del asiento el lío de ropas y en el opuesto lado una de esas cestas características de Palestina, tejida con hojas de palmera, que contenía algunos alimentos, despidióse con tranquila sonrisa de las mujeres convecinas, que se dolían de su viaje en semejante estado, miró a José que desataba el jumento y entregaba a María el ronzal, y pacíficamente el animalejo emprendió el camino. Cerró la casa el esposo, tomó un báculo, echó sobre sus hombros un pequeño saco y el manto de pelo de cabra y despidióse de sus convecinos, que les deseaban un buen viaje.

Así atravesaron las estrechas calles de la ciudad, siendo despedidos por los vecinos, parientes y amigos que les decían *id en paz*, quedando fijos en las puertas compadeciendo a María por el estado en que se hallaba y obligada a un penoso viaje por seguir a su esposo en el cumplimiento del mandato del César imperante. Así dejaron su pueblo y casa aquel santo matrimonio descendiente de los príncipes de Judá, y que obedientes a los mandatos de un pagano, iban a inscribir sus nombres al lado de los más ilustres, por su fastuosidad, ya que no por sus méritos, de los magnates y señores del reino. ¡Ejemplo de obediencia y de humildad que debiéramos tener presente los que tenemos la dicha de pertenecer a la comunión de Jesucristo, cuando a disgusto cumplimos las órdenes de la autoridad en asuntos harto triviales, sin la fatiga y peligro que sufrieron los padres del Redentor! ¡Ellos que habían de tener la eterna dicha de ser los padres del Señor de cielos y de tierra, con mansedumbre y obediencia ciega se apresuraron a cumplir los mandatos del que había de estar bajo sus plantas! Viaje penosísimo y peligroso en un país como la Palestina, en medio de la estación más cruda del año y en una mañana oscura, nebulosa y en que el viento huracanado, tan común en esta región, hacía gemir las ramas de los árboles y arrollar las ropas sobre las cabezas de los caminantes. Cuán penoso y lleno de fatigas debió ser para la inocente esposa en el estado en que se encontraba y con lo perverso de los caminos, sin embargo, María no se quejaba, y antes compadecía al pobre José, cargado, ceñidos los lomos para mejor llevar la marcha, caminando sobre los guijarros del camino a su lado y atendiendo más a los cuidados de María que a los peligros en que sus pies se hallaran. Pensativo caminaba el esposo, preocupado más con los sufrimientos de su esposa y meditando sobre las antiguas profecías que desde hacía cuatro mil años prometían la venida de un Salvador del mundo y recordaba la profecía de Miqueas: «Y tú, Bethlén, llamada Efrata, no eres pequeña entre las ciudades de Judá, y de ti saldrá AQUEL que debe reinar en Israel y cuya generación tuvo principio desde la eternidad». Y arrojando una mirada sobre su pobre equipaje y el de su modesta compañera, equipo acomodado a su condición, repasaba los oráculos y recordaba las palabras de Isaías: «El se elevará delante del Señor como un vástago que sale de la tierra», y tornaba sus ojos sobre María y creíala ver envuelta en misteriosa claridad, en dorada nube que tornaba más hermoso aquel rostro angelical y de pura niña, y caminaba lleno de fe y amor a su término y procurando evitar las incomodidades inherentes a tan cruda estación.

De esta suerte caminaría el matrimonio modelo de dicha conyugal, y es muy posible que José recitara en su interior el bello salmo de su ascendiente David, tan a propósito para confortar el alma por sus altísimos conceptos:

«El Señor me dirige, y nada me faltará: en sitio de pasto abundante me ha colocado.

»Agua me ha proporcionado para refrigerarme: volviómelo el alma al cuerpo.

»Llévome a los senderos de la justicia por amor de su nombre.

»Pero aunque tuviera que andar por parajes sombríos y expuesto a morir, no temería los riesgos ni que me aconteciera mal alguno.

»Tu vara para dirigirme, tu báculo para apoyarme, a eso se ha reducido mi consuelo.

»Has preparado delante de mi mesa abundante, a despecho aquellos que me atribulan.

»Ungiste mi cabeza sudosa con óleo aromático, y ¡cuán excelente es el bendito cáliz con que me proporcionaste la santa embriaguez de tu amor!

»Tu misericordia me seguirá todos los días de mi vida, y de ese modo lograré al cabo habitar en la casa del Señor por muy dilatados días».

¡Hermoso salmo lleno de consoladoras esperanzas, cual dimanan siempre y llenan de consuelo el corazón de todo el que espera divina misericordia que nunca abandona al creyente, y le consuela las aflicciones que purifican y elevan el alma! Hemos preferido la traducción en paráfrasis que de él hizo D. Vicente Lafuente, porque las bellezas y consuelos del salmo se une la hermosura de la palabra y la nobleza y elevación de la lengua castellana, tan a propósito como decía Carlos I el emperador, para orar, para hablar con Dios nuestro Señor.

Cinco días duró el viaje con lentas jornadas, pues no más permitía el estado de la Virgen y el solícito cariño de su Esposo, atento a procurar la menor molestia a su Esposa en un viaje emprendido por necesidad en la época peor del año, cuando los días son cortísimos, las noches larguísimas y el estado de los caminos, si tales podían llamarse aquéllos en la época, y cuando aún hoy después de diez y nueve siglos, difíciles y peligrosos son todavía de transitar.

Así cruzaron lentamente la Galilea, Samaria y las frías montañas de la Judea; sorprendíales la noche en medio de aquellos desiertos lugares, y acogidos al abrigo de algún peñasco o bajo la copa de algún terebinto, sufrieron las inclemencias de la más cruda de las estaciones, convirtiéndose aquel pesado viaje en un prólogo de las amarguras del más terrible de los viajes, del que había de hacer para salvarnos lleno de heridas y de insultos aquel inocente Niño que iba venir a la tierra para terminar su dolorosa misión en las alturas del Calvario. Cuenta una hermosa tradición llena del encanto, dulzura luz que rodea a todo cuanto a María se refiere, que en una de las jornadas, aterida por el frío y angustiada por el cansancio, desmontó del jumentillo y quiso descansar y pasar la noche bajo un terebinto inmediato al camino por el que caminaban. Colocó San José unas ropas y su manto sobre una piedra que bajo el árbol se vela, preparando un asiento cómodo a la fatigada Esposa, sentóse la Virgen reposando su cabeza sobre el tronco del árbol, y la tradición le ha señalado como que nunca perdió sus hojas ni envejeció jamás: hoy el terebinto no existe, quién sabe si las invasiones sarracenas en su odio al cristianismo segarían un tronco tan venerable para los hijos amantes de María y de cuanto a Ella se refiere.

Al quinto día descubrieron la ciudad de Bethlén, recostada en la colina en que despliega su caserío, y a la que lentamente iban acercándose los pobres viajeros. Era sábado y las cuatro horas de ella cuando llegaron a sus muros; ya el frío sol de invierno escondíase tras de los montes, iluminando apenas aquellos campos cubiertos de secas vides que presentaban sus secos sarmientos cual una red que cubría los retorcidos troncos de las plantas, y entre las

cuales sonaban, con ruido seco y estridente, algunos remolinos de sus amarillas y secas hojas. Los olivos presentaban ese verde blanquecino característico del árbol fecundo de la paz, y los ramilletes pomposos de sus ramas se agitaban, produciendo manso ruido al moverlos el helado viento. Tropas de camellos montados por mujeres y niños, con purpúreos mantos y blancas tocas, tropas de ligeros caballos, con jóvenes jinetes lujosamente ataviados con los espléndidos colores de sus artísticos trajes, grupos de hermosos ancianos cuyas artísticas cabezas ornadas de blancas cabelleras semejando las de los Profetas, por todas partes llegaban caravanas de viajeros que se arremolinaban en las puertas de la ciudad con la prisa del descanso después de la jornada del día. Entre aquel revuelto gentío llegaron nuestros pobres viajeros, en los que ninguna mirada se fijaba y sólo tenían que apartarse con el modesto jumentillo de aquellos briosos corceles y gigantescos camellos, que amenazaban atropellarles a cada paso.

Fuera del recinto de la ciudad elevábase un edificio de grandes proporciones; era una de esas posadas o albergues que se hallan en Palestina llamadas *Caravaen-Seralls*, en los que el viajero sólo halla un techo y cuadras para las cabalgaduras y un sotejado en que pasar la noche resguardado de las inclemencias de la atmósfera. A él se dirigió San José, con deseo de ver si hallaba posada sin molestar a sus parientes y amigos. Penetró en el vasto zaguán, pero era inútil, todo estaba invadido, e imposible hallar un lugar en que malamente pudiera descansar su Esposa. Volvió al lado de su María pintada la tristeza en su semblante, conoció la santa Virgen y recibiólo sonriendo como para alentarle y no desmayar por no encontrar allí la posada que buscaban. Tomó el ronزال del jumento y penetró en las calles de Belén, y rendido de fatiga comenzó su peregrinación por calles y plazas en demanda de hospedaje, esperando encontrar algún belenita caritativo que se apiadara del estado de quebranto de la pobre María, su amada esposa.

De puerta en puerta fue demandando un cobertizo en que pudiera hallar descanso la inocente María; nadie se apiadaba de aquel santo matrimonio, veía cerrarse todas las puertas sin que llegara a corazón el aflictivo estado, ni la palidez de aquella fatigada y viajera ¡ay! más de una puerta que vio cerrarse a su ruego, al dolor y limosna de un asilo, vio abrirse acto continuo a viajeros mejor trajeados que ellos y en cuyas bolsas sonaba el dinero. Era necesario que el interés dominara el corazón de aquellas gentes para que éste no se moviera a compasión ante el estado de aquella pobre joven tan adelantada en su embarazo y aterida por el frío de aquella noche tan dura comenzaba.

Abrumado por el desconsuelo y dolorida su alma ante tamañas desatenciones y falta de caridad, José clavó su triste mirada en María lleno de tristeza; ¿qué hacer, qué determinación tomar, dónde guarecerse? Dirigióse al registro donde debía inscribir su nombre y pagar la capitación, hízolo así, y en tanto María, rebujada en su pobre manto, esperaba pacientemente la salida de su esposo y pedía conformidad y paciencia para José sin pensar en los sufrimientos y malestar que agobiaba su delicado cuerpo tras aquella larga jornada. Cumplido el deber impuesto por el romano, José pareció quedar más tranquilo; ¡cuán cierto es que el cumplimiento de nuestros deberes debe llevar la tranquilidad y el sosiego a nuestro espíritu, aun en medio las mayores aflicciones! ¡Dios nos da siempre consuelo, aun en medio de las penalidades que nos agobian, para purificar nuestra alma del pecado y hacernos agradables a los ojos de su divina bondad y justicia!

En vano era buscar nuevamente albergue, las puertas que antes se habían cerrado no iban a abrirse para socorrer con un techado a aquellos pobres nazarenos, era en vano buscar piedad ni conmiseración, y sin saber a dónde guiar sus pasos, José tomó nuevamente el ronزال del

jumento y caminó a la ventura saliendo de Bethlén. La campiña oscura, helada, ningún abrigo podía ofrecerles, y el viento frío azotaba los secos árboles y traía entre sus ráfagas los aullidos de los chacales y lobos de las montañas, que olfateaban los ganados encerrados en los apriscos al cuidado de los vigilantes perros, que respondían con ladridos a aquellos gritos de combate y les prevenían como vigilantes centinelas.

En las vertientes de la montaña y en dirección a Norte, vio José algunas oquedades en las que podrían refugiarse, y a ellas enderezó sus pasos. Llegó a una de ellas y penetrando José en su recinto vio que iba angostándose hacia el fondo. Encontró en aquella cueva, refugio de pastores y ganados, un lugar seguro y resguardado de las inclemencias de la noche, y desmontando a María, penetraron en la cueva bendiciendo al Señor que tal abrigo les deparaba, cuando confiaban en pasar la noche al abrigo de algún árbol o muro de casa. Dolorida con el pesado viaje, María sentíase desfallecer, apoyada en el brazo de José, se dirigió a una peña que formaba una especie de asiento en el fondo de la cueva y sobre ella se sentó la Reina de los Cielos, dando un hondo suspiro de descanso y gratitud; suspiro que si no conmovió las peñas no debe extrañarse, pues eran insensibles, aun cuando no tanto como el corazón de aquellos que le negaron la hospitalidad, y aquéllos eran seres humanos más insensibles en aquella ocasión que las mismas rocas.

Recorrió José la cueva, encontrando en el fondo de ella otra más pequeña y abrigada del frío viento, en la que se veía un tosco pesebre formado con unas tablas. Quién sabe si David en su juventud cuando guardaba ganados había estado en ella alguna vez. Limpió José como pudo aquel antro para que en él descansase la Virgen y Señora, ya se acercaba la media noche, y José quería que su Esposa descansase del pesado viaje y de los desaires y desatenciones para con ellos tenidas por los belenitas. Tomó la Señora algún alimento, y José con las ropas que llevaban a prevención, en el desvencijado pesebre acomodó un lecho para que descansara la pobre embarazada: hízolo así María, y José se retiró a la parte anterior para guardar la entrada de la cueva y descansar en el poyo de piedra que indicamos.

En aquella triste cueva, hasta entonces refugio de pastores, allí quiso nacer el Salvador del mundo y convertirla en trono de luz, en foco refulgente de esplendorosa claridad que había de iluminar al mundo entero, irradiando desde un humilde pesebre que había de ser alto que todos los solios de los monarcas. ¡Allí, abandonado del mundo, solo, sin más compañía humana que María y José, pero acompañado de legiones de ángeles y serafines y la mirada del Eterno Señor, vino al mundo terrenal el Verbo humanado, el Mesías prometido, libertador del hombre en el pecado por su purísima y fecunda sangre!

«Hasta las vulpejas tienen sus cuevas y las aves del cielo sus nidos, y el Hijo de la Virgen no tiene dónde reclinar su cabeza».

Fray Luis de Granada -dice D. Vicente Lafuente- traduce las palabras *Filius hominis non habet ubi relinquit caput*, diciendo: *El Hijo de la Virgen* y no *el Hijo del hombre*, y escuda su traducción en la del ilustre Fray Luis de Granada, a quien sigue y nosotros seguimos y respetamos:

«Acercábase la media noche -escribe el citado Lafuente- María en éxtasis sublime con el cuerpo en la tierra, con el alma en el cielo, nada veía ni oía. ¡Qué le hubiera importado entonces toda la riqueza, toda la magnificencia del palacio más grandioso de la tierra! ¿No era mucho mejor aquella soledad completa, aquel aislamiento absoluto, para su alma pura, santa y humilde, absorta en aquel sublime arrobamiento, que la compañía de los hombres, por santos,

por buenos, por doctos que fuesen?... Buscan los rincones aquellas almas santas que reciben celestiales favores y quisieran no ser vistas ni aun de otros santos, ¿a qué, pues, la presencia de cortesanos y criados? He aquí por qué, dado su éxtasis y santo sueño, con el consiguiente abandono de la materia, insensibilidad y abstracción de todo lo terreno, lo mismo le era una humilde y obscura gruta, que el más espléndido palacio, y antes bien, aquélla para el caso, mejor que éste.

»Llegado el momento solemne previsto desde la eternidad, ofrecido por Dios, anunciado a los Profetas, esperado por los Santos Patriarcas, revelado a los Ángeles, acatado por San Miguel y los Ángeles buenos y humildes, protestado por Luzbel y los querubes malditos por su orgullo, la tierna doncella de Nazareth dio a luz a su Hijo, sin dolor, sin trabajo, sin esfuerzo, sin quebranto, sin impureza alguna, hermoso, limpio, perfecto, risueño, puro, inmaculado en el cuerpo y mucho más en su alma, saliendo del cuerpo de su Madre como pasa el rayo del sol por el cristal, sin romperlo ni mancharlo».

El Evangelista San Juan lo dice, expresa y manifiesta, de una manera tan sencilla como digna, elocuente y grandiosa, con sólo cuatro palabras que expresan más que cuanto queriendo sublimar el grandioso acto del nacimiento del Hijo de Dios pudiera concebir la mente y expresar la palabra más elocuente:

VERBUM CARO FACTUM EST

San Lucas, que es el verdadero historiador de María entre los Evangelistas y no la pierde de vista, y refiere el hecho como historiador, y nos dice:

ET PEPERIT FILIUM SUUM PRIMOGENITUM

Y la Iglesia lo incluye en el símbolo de los Apóstoles, y diariamente lo canta en sus oficios en los millones de templos elevados al Jesús nuestro Redentor diciendo:

ET INCARNATUS EST DE SPIRITU SANCTO EX MARIA VIRGINE ET HOMO FACTUS EST

¡Quién al oír entonar estas palabras en las oraciones de la Iglesia, no cae de rodillas e inclina la cabeza anonadado ante el poder y bondad de Dios que nos hizo tanto bien, aún mayor que el de criar mundo en que vivimos y le adoramos!

También María se prosternó en el pavimento de la humilde cueva, dobló su frente y no se atrevió a mirar lo que tenía entre las manos. ¡Oh deslumbramiento santísimo el de María! ¡Cómo ver con los ojos del cuerpo al que venía viendo su alma desde mucho tiempo atrás! Gozo sin igual, dicha sin ejemplo, gloriosa concesión no otorgada a ningún mortal.

A Moisés le dijo el Señor: «No me verá el hombre mientras viva: no podrá vivir si llega a verme». Y María gozaba de aquel hermoso y adorable privilegio, tenía al Hijo de Dios en sus brazos y le miraba, contemplaba y adoraba con sus hermosos ojos azules, más puro que los serenos cielos, enaltecido con el rocío bienhechor de sus lágrimas de dicha y felicidad, contemplando el divino rostro del recién nacido.

El estado del éxtasis había pasado, había vuelto la sensibilidad y reanimado el cuerpo de la Virginal santa doncella y Madre, tenía nuevos deberes que cumplir, y la primera sonrisa de la Madre que se postraba para adorar a su Hijo, sin atreverse aún a tomar un ósculo tierno de sus benditos labios, absorta, atónita, embriagada de amor santo y de inefable dicha, correspondió la sonrisa del divino Infante, destinando después la segunda sonrisa al varón justo a quien tomaba por padre en la tierra.

Despertóse entonces en María el sentido de la maternidad con todos sus dulces y delicados instintos de la madre que la naturaleza, hija de la Providencia divina, deposita en el tierno corazón de la mujer. Quitóse entonces de su cabeza la modesta toca de blanco cendal y tibio con su propio calor, envolvió al niño en los pañales preparados y las mantillas cubriéndolo con aquélla para suministrarle más calor en tan fría hora y noche. El manto de José que había doblado en el pesebre para mayor descanso de María, sirvió sobre las pajas de aquél de humilde colchoncillo en que reposara el tierno cuerpo del recién nacido. ¡Pobre y humilde lecho que sirvió para el Redentor del mundo, lecho incomparable que sirvió de cuna para la redención del hombre, más grande y esplendente que todos los tronos de la tierra, y desde el cual envió sus primeras sonrisas al mundo sumido en triste noche, y aurora que El había de ser de la verdad y dignidad del hombre! Y San Lucas no olvida al narrar este hecho, que tan grande es en su humildad cuando dice: *Et pannis eum involvit, et reclinavit eum in praesepio.*

La naturaleza, añade Lafuente, hizo su oficio, Dios no la violenta cuando hace milagros, aun cuando hace cosas que a ella no alcanza, porque son sobre ella. Las cosas imposibles para el reloj, son facilísimas para el relojero: lo mismo mueve la saeta hacia atrás que hacia adelante, aunque al reloj no le sea dado sino moverlas en aquella primera dirección. Y Dios hecho hombre lloró, y la Iglesia nos lo presenta llorando y ceñido de estrechas fajas, reclinado sobre la paja de un pesebre. Así nos lo cuenta Fortunato en su himno que se canta en las Vísperas del Domingo de Pasión y principia

*Pange lingua gloriosi
Lauream certaminis...*

San José, mudo de asombro, ilustrado por superiores luces interiores y exteriores, también se acerca al tierno infante reclinado en el pesebre, le contempla extático y absorto, le tributa su homenaje de respeto y de cariño a la vez, y recibe por premio de devoción humilde la segunda sonrisa del Dios niño, a quien el mundo llamará su hijo, y de quien será padre putativo para salvar el decoro de su Madre y cuidar del amparo y subsistencia de ellos, del mismo Dios hecho hombre, que a su vez sustenta a todos.

A la adoración de los padres siguió la de los Ángeles, y ¡con qué humildad, con qué respeto! El misterio, la palabra de Dios estaba cumplida: las profecías se habían realizado. El Niño Dios había nacido a la media noche al comenzar un nuevo día. Con la noche terminaba la noche de los siglos, terminaba la noche de las tinieblas comenzaba la luz clara, esplendente y brillante del Evangelio. En la noche del 24 de diciembre terminaba el imperio de Lucifer, concluía el imperio del error y amanecía el 25 de diciembre con la luz del sol, con el nacimiento del que había de ser el Redentor del mundo, aquella noche vacilaron en sus pedestales los ídolos al cántico de los Ángeles con el Gloria in excelsis, y el rugido del infierno al ser destronado del imperio del mundo su monarca Satanás demostró su ira.

El Evangelista San Juan pinta con enigmático lenguaje todo el suceso en el capítulo XII del Apocalipsis, en que describe la predestinación de María, el orgullo de Lucifer y su caída, vencido por San Miguel, la concepción y el parto de la Virgen, la adoración de los Ángeles buenos, el regocijo de los cielos y de los buenos y la preservación incólume e inmaculada de la Madre del Salvador.

«Luego apareció en el cielo una gran señal: era una mujer vestida del sol, teniendo la luna a sus pies y en la cabeza una diadema de doce estrellas.

»Y al verse en cinta clamaba para dar a luz y sufría al parir».

Entiéndese en sentido místico y elevado, pues sabido es que la Virgen no sufrió los dolores materiales a que están sujetas las mujeres.

«Viose también otra señal en el cielo: érase un dragón grande y rojo con siete cabezas y diez cuernos y siete diademas sobre sus siete cabezas. Y con su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo arrojándolas a la tierra.

»Paróse el dragón ante la Mujer que iba a parir, a fin de devorar a su Hijo así que pariese.

»Parió, pues, a su Hijo varón, el que ha de regir a todas las naciones con cetro de hierro. Mas este Hijo fue arrebatado a la presencia de Dios, y a su mismo Trono. Y por lo que hace a la Mujer, huyó a la soledad, en donde tenía un lugar preparado por Dios para que allí la sustentaran durante mil doscientos sesenta días.

»Y hubo un gran combate en el cielo: Miguel y sus ángeles peleaban con el dragón, y también éste y sus ángeles contra aquéllos; mas no pudieron prevalecer los malos ni quedó rastro de ellos en el cielo.

»Arrojado fue aquel gran dragón, la antigua serpiente (la del Paraíso), que se llama el diablo y Satanás, que seduce a todo el orbe. Mas éste cayó a tierra y sus ángeles fueron lanzados con él.

»Oí, pues, una gran voz en el cielo que decía: -Ahora queda ya verificada la salvación y triunfantes la virtud y el reino de Dios nuestro Señor, y el poderío de su CRISTO; porque ya queda expulsado el acusador de nuestros hermanos, que día y noche estaba censurándole ante la presencia de nuestro Dios.

»Ya le han derrotado ellos mismos mediante la sangre del Cordero, y no han hecho aprecio de sus almas (sus vidas) poniéndolas en trance de muerte.

»Por tanto, regocijáos, cielos, y los que habitáis en sus alturas».

La naturaleza en sus animales fue, después de José y María, la primera en adorar al divino recién nacido, y el buey que recogido estaba en la cueva y el manso jumento, fueron los primeros brutos que acompañaron al Hijo de Dios en la soledad del antro, en donde acaba de nacer abandonado de los hombres que habían negado un techo bajo el que cobijarse la viajera familia. Con el calor de sus cuerpos dieron calor al recién nacido, y cumplióse al pie de la letra como todas las profecías de Isaías: «Conoció el buey a su dueño, y el jumento al pesebre de su Señor y no lo conoció Israel, ni su pueblo tuvo inteligencia».

Y para terminar este capítulo de una manera digna del acto, del gran hecho del nacimiento de Jesús, de la inmensa transcendencia y del espanto que en el infierno produjo su derrota, copiaremos aquí las palabras del gran poeta Milton en su grandioso poema de El Paraíso Perdido: «Los oráculos enmudecen: ninguna voz, ningún murmullo siniestro hace ya resonar palabras falaces bajo las bóvedas de los templos. Apolo abandona desesperado la colina de Delfos sin acertar a predecir lo futuro. Ningún arrebató nocturno, ningún augurio secreto sale del antro misterioso que pueda inspirar sus vaticinios al sacerdote que espantado abre sus ojos. Aléjanse los genios de las montañas y de las riberas de los ríos, gimen las ninfas y las dríadas al ver marchitarse las guirnaldas con que orlaba sus frentes la mitología pagana. Los Lares y Penates huyen de los hogares domésticos que presidían, y de las aves de los templos y de sus estatuas salen sonidos lúgubres que asustan a sus flámenes, y el mármol parece bañado en sudor frío al desaparecer la divinidad idolátrica donde se le daba maléfico culto».

Así pinta el espanto de la idolatría sostenida por el infierno y tambaleada al solo influjo de la luz que irradiaba de la cueva de Bethlén. En cambio, la naturaleza parece sentir a su modo un grato y superior influjo. Cesa el crudo frío de una noche de diciembre, las tinieblas se aclaran, se desvanecen las nubes, soplan suavemente las brisas de las montañas enviando sus gratos aromas, enviando sus perfumes: las olas de aquel mar latino baten suave y cadenciosamente las arenosas playas o bañan con alba espuma los acantilados de las rocas: la aurora parece querer adelantar su llegada con el ansia de bañar con sus rosados efluvios la tierra en donde acaba de realizarse el gran misterio, y las aves asombradas baten las alas a impulsos de secreto deseo y ante el canto enérgico y valiente del vigilante gallo. ¡Ah! noche feliz y misteriosa, cuyo recuerdo felizmente no se ha borrado en nuestras costumbres: en la Edad Media, después de la Misa del Gallo, era costumbre el avisar por los campos el nacimiento de Dios, al son de los rústicos instrumentos, y al atravesar por las campiñas decían a los arroyos, árboles y plantas: ¡alegráos, que ya nació el Señor!

¿Cómo se celebra hoy en las ciudades y... también en los pueblos, la Nochebuena, la noche alegre del nacimiento del Redentor? No es menester decirlo; no queremos compararla, por más que bien pudiéramos hacerlo por la forma, con las saturnales del paganismo. Nuestra libertad de pensar y de costumbres nos lleva a celebrar una función tan grande para

el mundo, con una noche de licencia, cuando no de pecado. Pero aun en medio de tales costumbres, quedan almas puras y cristianas que celebran la más grande de las festividades de nuestra religión, con el patrón de los antiguos cristianos, con la fiesta santa de la familia consagrada en la mesa patriarcal, en la que se juntan tres generaciones, padres, hijos y nietos.

TRANQUILA DICHA DEL SANTO MATRIMONIO. -EL EDICTO DE AGUSTO. -
VIAJE A BETHLÉN. -NACIMIENTO DE JESÚS.



- I -

Disipadas cual nube estival con las palabras del Ángel que devolvió la calma y tranquilidad a José, las sospechas que aquél concibiera en vista del estado de su esposa, la dicha y la felicidad apenas turbadas, volvieron a imperar en la pobre casa del obrero de Nazareth. Ya aquella sosegada y placentera existencia cifrada en la esperanza que tan grande era en ambos esposos, transcurría silenciosa y sin envidias de sus convecinos, viendo constante tan hermosa dicha en el hogar de José.

Cubriendo las modestas necesidades de su esposa, labrando maderas en el modesto taller de que ya nos hemos ocupado, y entre los golpes del martillo y el asierre de los troncos, José bendecía el nombre de aquella esposa afortunada con la gracia del Señor, tan grande para Ella como misericordioso para con él, que le había devuelto la calma a su espíritu y abierto los ojos a la grandeza y poder de Dios.

Acercábase rápidamente la época del nacimiento del Hijo de Dios y María iba preparando en su pobreza las ropas necesarias para recibir al concebido por obra del Espíritu Santo: con sus manos cosía los modestos pañales y preparaba por sí abrigo necesario a aquel Niño que iba a venir al mundo en la más cruda estación del año. Dice la tradición, tan hermosa en este punto, pues demuestra con ella la laboriosidad y virtudes domésticas de que era tesoro inagotable María, que los pañales habían sido tejidos con el lino hilado por sus santas manos, como había aprendido en su educación en el Templo. Aquella santa familia fue un modelo de laboriosidad consagrando el trabajo con la práctica del santo precepto de Dios, y cimentando su dicha para modelo de los mortales en el trabajo, fuente de toda dicha y felicidad terrena, pues consagrado fue éste con la enseñanza que dieron José, María y luego el Niño Jesús ayudando a su padre con la labor de sus manos.

La pobre familia del carpintero de Nazareth preparaba la canastilla del Niño Dios, la esperanza de Israel, el Salvador del mundo, y he aquí cómo la tantas veces citada Sor María de Ágreda nos pinta este cuadro de feliz laboriosidad y previsión de la familia de José:

«Estaba ya muy adelante el divino preñado de la Madre del eterno Verbo, y para obrar en todo con plenitud de prudencia, aunque sabía que era preciso prevenir mantillas y lo demás necesario para el parto, nada quiso disponer sin la voluntad y orden del Señor y de su esposo para cumplir en todo con las leyes de sierva felicísima.

»Determinaron los dos esposos que en la esfera y estado de su pobreza, era razón hacer en obsequio del Niño Dios cuanto fuera posible, para que el sacramento del Rey estuviese oculto

en el velo de la humilde pobreza, y el encendido amor que tenían no quedase frustrado en lo que podían ejecutarlo. Luego San José, en recambio de algunas obras de sus manos, buscó dos telas de lana, como la divina esposa había dicho: una blanca y otra de color más morado que pardo, entrambas las mejores que pudo hallar; y de ellas cortó la Reina las primeras mantillas para su Hijo, y de la tela que Ella había hilado y tejido cortó las camisillas y sabanillas en que empañarle. Era esta tela muy delicada, como tales manos, y la comenzó desde el día que entró en su casa con San José, con intento de llevarla a ofrecer al Templo. Y aunque este deseo se conmutó tan mejorado; con todo eso, de lo que sobró, hechas las últimas alhajitas del Niño Dios, cumplió la ofrenda en el templo santo de Jerusalem. Todos estos aliños y ropa necesaria para el divino parto los hizo la gran Señora por sus manos, y los cosió y aderezó estando siempre de rodillas y con lágrimas de incomparable devoción. Previno San José flores y hierbas, las que pudo hallar, y otras cosas aromáticas, de que la diligente Madre hizo agua olorosa más que de Ángeles, y rociando los fajos consagrados para la hostia y sacrificio que esperaba, los dobló y aliñó y puso en una caja, en que después los llevó consigo a Belén».

De esta poética y sencilla manera es como la Venerable Ágreda describe los preparativos que en expectación de la venida del Niño Redentor del mundo hizo aquel ángel incomparable de bondad, María, la esposa del honrado y prudente José.

Mucha era la impaciencia del santo Patriarca y su esposa en poder disfrutar del momento en que contemplarían dentro de las redes de su propia casa, a un Dios Salvador, bajo las bellas apariencias de un niño que podrían sostenerle en sus brazos, estrecharle junto a su corazón, prodigarle sus caricias y ser la felicidad completa de aquella familia, modelo de afecto y paz.

El día del nacimiento se acercaba, todo daba a entender, bajo el punto de vista humano, que el hijo tan esperado nacería en Nazareth. Pero dispuesto estaba de otra manera por el Eterno Señor, y era menester que las profecías se cumpliesen y no pudiese abrigarse la menor duda del carácter divino de aquel niño, tan ardientemente esperado por el pueblo de Israel, que invocaba la venida del libertador prometido.

Para ello, Dios, en sus inescrutables juicios, se sirvió del enemigo del pueblo judío, de su dominador, el orgulloso romano, que había llegado al pináculo de la grandeza humana, para que desvanecido con la altura, caiga humillado años después ante la cruz que tanto había perseguido.

Los profetas antiguos del pueblo hebreo, especialmente Miqueas, tenían vaticinado que el Mesías había de nacer en Bethlén de Efrata no obstante María estaba muy cercana al término de su embarazo y continuaba viviendo en Nazareth, distante bastantes leguas de la hermosa ciudad de Efrata; pero como la voluntad de Dios es siempre infalible, y antes faltarán los cielos, los astros y la tierra, que dejar de cumplirse la palabra de Dios, lo profetizado se cumpliría, como se cumplió, valiéndose de un decreto del emperador romano para hacer salir de Nazareth al santo matrimonio y acudir a Bethlén, donde la voluntad del Señor y las profecías tendrían exacto cumplimiento.

▽△

En aquel tiempo los romanos imperaban en todo el mundo conocido y los límites del imperio eran los de las tierras conocidas y todos los humanos doblegaban la cerviz ante el poderío del pueblo romano, Judea era tributaria, y el mismo rey judío, intruso y advenedizo, no era sino un esclavo coronado de Roma. El mayor esplendor rodeaba aquel imperio que no tenía ya enemigos a quienes vencer, según los vaticinios de Balaám, y llegaba el cumplimiento de la antigua y famosa profecía de Jacob, y el cetro de Judá había salido ya de esta familia. Publicóse entonces en la Judea el edicto del César Augusto para proceder al censo de los pueblos sometidos y del número de sus habitantes. Este empadronamiento, mucho más completo que el que se había verificado en el consulado sexto del sobrino de julio César, comprendía, además de las personas, los bienes y las diferentes cualidades de las tierras, era la base que había de servir para la imposición de la servidumbre a que venían sujetos los descendientes de Josué, de David y Salomón.

Con el fin de evitar la confusión mandó el Emperador que fuese cada uno al lugar de su origen y se hiciese matricular en los registros públicos y se pagase por cabeza la capitación impuesta. Los gobernadores romanos fueron los encargados de cumplimentar el edicto imperial cada uno en su distrito. Una vez cumplimentadas las órdenes del César en las provincias romanas, como también en los reinos y tetrarquías dependientes de ella, al cabo de tres años de la fecha del decreto se llegó en fin a los de Bethlén, precisamente en la fecha de la expectación del nacimiento del Salvador. Dos fines movían al Emperador, la ambición y el orgullo de señor de la tierra, que quería contar las cabezas de esclavos sujetos al dominio de la desvanecida Roma. Pero Dios dispuso así las cosas para que precisados José y María a concurrir a Bethlén, viniese al mundo el Mesías y naciese en el lugar profetizado. Aunque el santo matrimonio tenía su asiento y morada en Nazareth, ciudad de la Galilea, no obstante eran descendientes de Judá y de la casa y sangre de David, y por haber nacido éste en Bethlén y criado en dicha ciudad, ésta era el tronco o solar de todos los descendientes y allí estaba conservado el nombre de la ciudad de David; por esta causa todos los descendientes de aquel santo rey debían registrarse en la matrícula de la ciudad según el mandato de Augusto.

En el *Breviarium* del imperio, escrito de puño de Augusto, según nos relata Tácito en sus *Annales*, se encuentran detalladas las rentas todas del imperio, la cifra de los ciudadanos, de los aliados que se amparaban bajo las águilas romanas, el número de las flotas de los reinos, provincias, tributos y rentas.

El reino de Herodes era de los llamados *regna reddita*, y que en el concepto de tal habían de someterse a la medida del empadronamiento como tributario de Roma desde la toma de Jerusalem por Pompeyo, en cuyo concepto cada judío estaba obligado a una contribución denominada *Capitación*, que se satisfacía como muestra de servidumbre.

El César mandaba, y Herodes, esclavo coronado como hemos dicho, cumplió lo mandado por su amo y señor. La inscripción se hacía por familias; José, que como hemos dicho, pertenecía a la familia de David, se vio obligado a ir a Bethlén, donde había nacido, a fin de dar su nombre y justificar su existencia. María, su esposa, no quiso abandonarle en este viaje, ya porque se reclamase su presencia, ya porque otros motivos laudables la impulsasen a acometerlo. La suprema razón que había para ello y que se sobreponía a todos los cálculos terrenales, era que la Providencia tenía resuelto llevar, a María a Bethlén, donde, según los Profetas, había de nacer el Redentor. De esta suerte encamina misteriosamente a sus fines Dios las cosas del mundo, aun cuando nos parezcan que son el resultado de circunstancias fortuitas o subordinadas a la voluntad del hombre.

- III -

Terminado había el otoño y el invierno era entrado con sus cortos y duros días: las nubes cubrían el horizonte a intervalos y la lluvia pesada, fría e insistente, hacía correr los secos torrentes con las rumorosas rojizas aguas que mezclaban sus ecos con los silbidos del viento que cruzaba las angosturas de los valles y las estrechas gargantas quebradas de las montañas del valle de Nazareth. El invierno, con su tristeza característica, envolvía la tierra con sus nieblas y sus heladas: las altas cumbres aparecían cubiertas con el blanco ropaje de la nieve y las manchas oscuras de los gigantescos cedros del Líbano presentaban a la alta cordillera con los efectos de la piel de la pantera: los árboles despojados de sus hojas que en ruidosos remolinos se agitaban y corrían por las calles de Nazareth a impulsos del vendaval y ostentaban sus negras y húmedas ramas cubiertas de enmohecido musgo. Cerrábanse las puertas, sus habitantes se refugiaban en las habitaciones subterráneas como puntos más abrigados contra las inclemencias del tiempo, y los vecinos de Nazareth atravesaban esa pesada y triste estación en los pueblos con sus largas noches y crueles vendavales.

Era una mañana triste y sombría de diciembre del año 748 de Roma: en la puerta de la casa del carpintero José veíase arrendado un pollino con su aparejada: el asno, con la cabeza inclinada y las orejas caldas, parecía presumir una larga jornada, y aplomado sobre sus remos, parecía descansar acumulando fuerza y resistencia para la marcha. La abierta puerta de la casa dio salida a José con unas mantas que colocó sobre el lomo del pollino, aseguró la cincha, y a poco María, envuelta la cabeza con el turbante característico de las nazarenas, y sobre los hombros la blanca capa y en sus manos un pequeño lío de ropas, salió de la casa, subió a un poyo, que junto a la puerta se hallaba, y con ayuda y cuidado de su esposo, montó sobre el lomo del paciente borriquillo. Colgó María del asiento el lío de ropas y en el opuesto lado una de esas cestas características de Palestina, tejida con hojas de palmera, que contenía algunos alimentos, despidióse con tranquila sonrisa de las mujeres convecinas, que se dolían de su viaje en semejante estado, miró a José que desataba el jumento y entregaba a María el ronzal, y pacíficamente el animalejo emprendió el camino. Cerró la casa el esposo, tomó un báculo, echó sobre sus hombros un pequeño saco y el manto de pelo de cabra y despidióse de sus convecinos, que les deseaban un buen viaje.

Así atravesaron las estrechas calles de la ciudad, siendo despedidos por los vecinos, parientes y amigos que les decían *id en paz*, quedando fijos en las puertas compadeciendo a María por el estado en que se hallaba y obligada a un penoso viaje por seguir a su esposo en el cumplimiento del mandato del César imperante. Así dejaron su pueblo y casa aquel santo matrimonio descendiente de los príncipes de Judá, y que obedientes a los mandatos de un pagano, iban a inscribir sus nombres al lado de los más ilustres, por su fastuosidad, ya que no por sus méritos, de los magnates y señores del reino. ¡Ejemplo de obediencia y de humildad que debiéramos tener presente los que tenemos la dicha de pertenecer a la comunión de Jesucristo, cuando a disgusto cumplimos las órdenes de la autoridad en asuntos harto triviales, sin la fatiga y peligro que sufrieron los padres del Redentor! ¡Ellos que habían de tener la eterna dicha de ser los padres del Señor de cielos y de tierra, con mansedumbre y obediencia ciega se apresuraron a cumplir los mandatos del que había de estar bajo sus plantas! Viaje penosísimo y peligroso en un país como la Palestina, en medio de la estación más cruda del año y en una mañana oscura, nebulosa y en que el viento huracanado, tan común en esta

región, hacía gemir las ramas de los árboles y arrollar las ropas sobre las cabezas de los caminantes. Cuán penoso y lleno de fatigas debió ser para la inocente esposa en el estado en que se encontraba y con lo perverso de los caminos, sin embargo, María no se quejaba, y antes compadecía al pobre José, cargado, ceñidos los lomos para mejor llevar la marcha, caminando sobre los gujarros del camino a su lado y atendiendo más a los cuidados de María que a los peligros en que sus pies se hallaran. Pensativo caminaba el esposo, preocupado más con los sufrimientos de su esposa y meditando sobre las antiguas profecías que desde hacía cuatro mil años prometían la venida de un Salvador del mundo y recordaba la profecía de Miqueas: «Y tú, Bethlén, llamada Efrata, no eres pequeña entre las ciudades de Judá, y de ti saldrá AQUEL que debe reinar en Israel y cuya generación tuvo principio desde la eternidad». Y arrojando una mirada sobre su pobre equipaje y el de su modesta compañera, equipo acomodado a su condición, repasaba los oráculos y recordaba las palabras de Isaías: «El se elevará delante del Señor como un vástago que sale de la tierra», y tornaba sus ojos sobre María y creíala ver envuelta en misteriosa claridad, en dorada nube que tornaba más hermoso aquel rostro angelical y de pura niña, y caminaba lleno de fe y amor a su término y procurando evitar las incomodidades inherentes a tan cruda estación.

De esta suerte caminaría el matrimonio modelo de dicha conyugal, y es muy posible que José recitara en su interior el bello salmo de su ascendiente David, tan a propósito para confortar el alma por sus altísimos conceptos:

«El Señor me dirige, y nada me faltará: en sitio de pasto abundante me ha colocado.

»Agua me ha proporcionado para refrigerarme: volviómelo el alma al cuerpo.

»Llevóme a los senderos de la justicia por amor de su nombre.

»Pero aunque tuviera que andar por parajes sombríos y expuesto a morir, no temería los riesgos ni que me aconteciera mal alguno.

»Tu vara para dirigirme, tu báculo para apoyarme, a eso se ha reducido mi consuelo.

»Has preparado delante de mi mesa abundante, a despecho aquellos que me atribulan.

»Ungiste mi cabeza sudosa con óleo aromático, y ¡cuán excelente es el bendito cáliz con que me proporcionaste la santa embriaguez de tu amor!

»Tu misericordia me seguirá todos los días de mi vida, y de ese modo lograré al cabo habitar en la casa del Señor por muy dilatados días».

¡Hermoso salmo lleno de consoladoras esperanzas, cual dimanan siempre y llenan de consuelo el corazón de todo el que espera divina misericordia que nunca abandona al creyente, y le consuela las aflicciones que purifican y elevan el alma! Hemos preferido la traducción en paráfrasis que de él hizo D. Vicente Lafuente, porque las bellezas y consuelos del salmo se une la hermosura de la palabra y la nobleza y elevación de la lengua castellana, tan a propósito como decía Carlos I el emperador, para orar, para hablar con Dios nuestro Señor.

Cinco días duró el viaje con lentas jornadas, pues no más permitía el estado de la Virgen y el solícito cariño de su Esposo, atento a procurar la menor molestia a su Esposa en un viaje

emprendido por necesidad en la época peor del año, cuando los días son cortísimos, las noches larguísimas y el estado de los caminos, si tales podían llamarse aquéllos en la época, y cuando aún hoy después de diez y nueve siglos, difíciles y peligrosos son todavía de transitar.

Así cruzaron lentamente la Galilea, Samaria y las frías montañas de la Judea; sorprendíales la noche en medio de aquellos desiertos lugares, y acogidos al abrigo de algún peñasco o bajo la copa de algún terebinto, sufrieron las inclemencias de la más cruda de las estaciones, convirtiéndose aquel pesado viaje en un prólogo de las amarguras del más terrible de los viajes, del que había de hacer para salvarnos lleno de heridas y de insultos aquel inocente Niño que iba venir a la tierra para terminar su dolorosa misión en las alturas del Calvario. Cuenta una hermosa tradición llena del encanto, dulzura luz que rodea a todo cuanto a María se refiere, que en una de las jornadas, aterida por el frío y angustiada por el cansancio, desmontó del jumentillo y quiso descansar y pasar la noche bajo un terebinto inmediato al camino por el que caminaban. Colocó San José unas ropas y su manto sobre una piedra que bajo el árbol se vela, preparando un asiento cómodo a la fatigada Esposa, sentóse la Virgen reposando su cabeza sobre el tronco del árbol, y la tradición le ha señalado como que nunca perdió sus hojas ni envejeció jamás: hoy el terebinto no existe, quién sabe si las invasiones sarracenas en su odio al cristianismo segarían un tronco tan venerable para los hijos amantes de María y de cuanto a Ella se refiere.

Al quinto día descubrieron la ciudad de Bethlén, recostada en la colina en que despliega su caserío, y a la que lentamente iban acercándose los pobres viajeros. Era sábado y las cuatro horas de ella cuando llegaron a sus muros; ya el frío sol de invierno escondíase tras de los montes, iluminando apenas aquellos campos cubiertos de secas vides que presentaban sus secos sarmientos cual una red que cubría los retorcidos troncos de las plantas, y entre las cuales sonaban, con ruido seco y estridente, algunos remolinos de sus amarillas y secas hojas. Los olivos presentaban ese verde blanquecino característico del árbol fecundo de la paz, y los ramilletes pomposos de sus ramas se agitaban, produciendo manso ruido al moverlos el helado viento. Tropas de camellos montados por mujeres y niños, con purpúreos mantos y blancas tocas, tropas de ligeros caballos, con jóvenes jinetes lujosamente ataviados con los espléndidos colores de sus artísticos trajes, grupos de hermosos ancianos cuyas artísticas cabezas ornadas de blancas cabelleras semejando las de los Profetas, por todas partes llegaban caravanas de viajeros que se arremolinaban en las puertas de la ciudad con la prisa del descanso después de la jornada del día. Entre aquel revuelto gentío llegaron nuestros pobres viajeros, en los que ninguna mirada se fijaba y sólo tenían que apartarse con el modesto jumentillo de aquellos briosos corceles y gigantescos camellos, que amenazaban atropellarles a cada paso.

Fuera del recinto de la ciudad elevábase un edificio de grandes proporciones; era una de esas posadas o albergues que se hallan en Palestina llamadas *Caravaen-Seralls*, en los que el viajero sólo halla un techo y cuadras para las cabalgaduras y un sotejado en que pasar la noche resguardado de las inclemencias de la atmósfera. A él se dirigió San José, con deseo de ver si hallaba posada sin molestar a sus parientes y amigos. Penetró en el vasto zaguán, pero era inútil, todo estaba invadido, e imposible hallar un lugar en que malamente pudiera descansar su Esposa. Volvió al lado de su María pintada la tristeza en su semblante, conoció la santa Virgen y recibiólo sonriendo como para alentarle y no desmayar por no encontrar allí la posada que buscaban. Tomó el ronzal del jumento y penetró en las calles de Belén, y rendido de fatiga comenzó su peregrinación por calles y plazas en demanda de hospedaje, esperando encontrar algún belenita caritativo que se apiadara del estado de quebranto de la pobre María, su amada esposa.

De puerta en puerta fue demandando un cobertizo en que pudiera hallar descanso la inocente María; nadie se apiadaba de aquel santo matrimonio, veía cerrarse todas las puertas sin que llegara a corazón el aflictivo estado, ni la palidez de aquella fatigada y viajera ¡ay! más de una puerta que vio cerrarse a su ruego, al dolor y limosna de un asilo, vio abrirse acto continuo a viajeros mejor trajeados que ellos y en cuyas bolsas sonaba el dinero. Era necesario que el interés dominara el corazón de aquellas gentes para que éste no se moviera a compasión ante el estado de aquella pobre joven tan adelantada en su embarazo y aterida por el frío de aquella noche tan dura comenzaba.

Abrumado por el desconsuelo y dolorida su alma ante tamañas desatenciones y falta de caridad, José clavó su triste mirada en María lleno de tristeza; ¿qué hacer, qué determinación tomar, dónde guarecerse? Dirigióse al registro donde debía inscribir su nombre y pagar la capitación, hízolo así, y en tanto María, rebujada en su pobre manto, esperaba pacientemente la salida de su esposo y pedía conformidad y paciencia para José sin pensar en los sufrimientos y malestar que agobiaba su delicado cuerpo tras aquella larga jornada. Cumplido el deber impuesto por el romano, José pareció quedar más tranquilo; ¡cuán cierto es que el cumplimiento de nuestros deberes debe llevar la tranquilidad y el sosiego a nuestro espíritu, aun en medio las mayores aflicciones! ¡Dios nos da siempre consuelo, aun en medio de las penalidades que nos agobian, para purificar nuestra alma del pecado y hacernos agradables a los ojos de su divina bondad y justicia!

En vano era buscar nuevamente albergue, las puertas que antes se habían cerrado no iban a abrirse para socorrer con un techado a aquellos pobres nazarenos, era en vano buscar piedad ni conmiseración, y sin saber a dónde guiar sus pasos, José tomó nuevamente el roncal del jumento y caminó a la ventura saliendo de Bethlén. La campiña oscura, helada, ningún abrigo podía ofrecerles, y el viento frío azotaba los secos árboles y traía entre sus ráfagas los aullidos de los chacales y lobos de las montañas, que olfateaban los ganados encerrados en los apriscos al cuidado de los vigilantes perros, que respondían con ladridos a aquellos gritos de combate y les prevenían como vigilantes centinelas.

En las vertientes de la montaña y en dirección a Norte, vio José algunas oquedades en las que podrían refugiarse, y a ellas enderezó sus pasos. Llegó a una de ellas y penetrando José en su recinto vio que iba angostándose hacia el fondo. Encontró en aquella cueva, refugio de pastores y ganados, un lugar seguro y resguardado de las inclemencias de la noche, y desmontando a María, penetraron en la cueva bendiciendo al Señor que tal abrigo les deparaba, cuando confiaban en pasar la noche al abrigo de algún árbol o muro de casa. Dolorida con el pesado viaje, María sentíase desfallecer, apoyada en el brazo de José, se dirigió a una peña que formaba una especie de asiento en el fondo de la cueva y sobre ella se sentó la Reina de los Cielos, dando un hondo suspiro de descanso y gratitud; suspiro que si no conmovió las peñas no debe extrañarse, pues eran insensibles, aun cuando no tanto como el corazón de aquellos que le negaron la hospitalidad, y aquéllos eran seres humanos más insensibles en aquella ocasión que las mismas rocas.

Recorrió José la cueva, encontrando en el fondo de ella otra más pequeña y abrigada del frío viento, en la que se veía un tosco pesebre formado con unas tablas. Quién sabe si David en su juventud cuando guardaba ganados había estado en ella alguna vez. Limpió José como pudo aquel antro para que en él descansase la Virgen y Señora, ya se acercaba la media noche, y José quería que su Esposa descansase del pesado viaje y de los desaires y desatenciones para con ellos tenidas por los belenitas. Tomó la Señora algún alimento, y José con las ropas que llevaban a prevención, en el desvencijado pesebre acomodó un lecho para que descansara

la pobre embarazada: hízolo así María, y José se retiró a la parte anterior para guardar la entrada de la cueva y descansar en el poyo de piedra que indicamos.

En aquella triste cueva, hasta entonces refugio de pastores, allí quiso nacer el Salvador del mundo y convertirla en trono de luz, en foco refulgente de esplendorosa claridad que había de iluminar al mundo entero, irradiando desde un humilde pesebre que había de ser alto que todos los solios de los monarcas. ¡Allí, abandonado del mundo, solo, sin más compañía humana que María y José, pero acompañado de legiones de ángeles y serafines y la mirada del Eterno Señor, vino al mundo terrenal el Verbo humanado, el Mesías prometido, libertador del hombre en el pecado por su purísima y fecunda sangre!

«Hasta las vulpejas tienen sus cuevas y las aves del cielo sus nidos, y el Hijo de la Virgen no tiene dónde reclinar su cabeza».

Fray Luis de Granada -dice D. Vicente Lafuente- traduce las palabras *Filius hominis non habet ubi relinquit caput*, diciendo: *El Hijo de la Virgen* y no *el Hijo del hombre*, y escuda su traducción en la del ilustre Fray Luis de Granada, a quien sigue y nosotros seguimos y respetamos:

«Acercábase la media noche -escribe el citado Lafuente- María en éxtasis sublime con el cuerpo en la tierra, con el alma en el cielo, nada veía ni oía. ¡Qué le hubiera importado entonces toda la riqueza, toda la magnificencia del palacio más grandioso de la tierra! ¿No era mucho mejor aquella soledad completa, aquel aislamiento absoluto, para su alma pura, santa y humilde, absorta en aquel sublime arrobamiento, que la compañía de los hombres, por santos, por buenos, por doctos que fuesen?... Buscan los rincones aquellas almas santas que reciben celestiales favores y quisieran no ser vistas ni aun de otros santos, ¿a qué, pues, la presencia de cortesanos y criados? He aquí por qué, dado su éxtasis y santo sueño, con el consiguiente abandono de la materia, insensibilidad y abstracción de todo lo terreno, lo mismo le era una humilde y oscura gruta, que el más espléndido palacio, y antes bien, aquélla para el caso, mejor que éste.

»Llegado el momento solemne previsto desde la eternidad, ofrecido por Dios, anunciado a los Profetas, esperado por los Santos Patriarcas, revelado a los Ángeles, acatado por San Miguel y los Ángeles buenos y humildes, protestado por Luzbel y los querubes malditos por su orgullo, la tierna doncella de Nazareth dio a luz a su Hijo, sin dolor, sin trabajo, sin esfuerzo, sin quebranto, sin impureza alguna, hermoso, limpio, perfecto, risueño, puro, inmaculado en el cuerpo y mucho más en su alma, saliendo del cuerpo de su Madre como pasa el rayo del sol por el cristal, sin romperlo ni mancharlo».

El Evangelista San Juan lo dice, expresa y manifiesta, de una manera tan sencilla como digna, elocuente y grandiosa, con sólo cuatro palabras que expresan más que cuanto queriendo sublimar el grandioso acto del nacimiento del Hijo de Dios pudiera concebir la mente y expresar la palabra más elocuente:

VERBUM CARO FACTUM EST

San Lucas, que es el verdadero historiador de María entre los Evangelistas y no la pierde de vista, y refiere el hecho como historiador, y nos dice:

ET PEPERIT FILIUM SUUM PRIMOGENITUM

Y la Iglesia lo incluye en el símbolo de los Apóstoles, y diariamente lo canta en sus oficios en los millones de templos elevados al Jesús nuestro Redentor diciendo:

ET INCARNATUS EST DE SPIRITU SANCTO EX MARIA VIRGINE ET HOMO
FACTUS EST

¡Quién al oír entonar estas palabras en las oraciones de la Iglesia, no cae de rodillas e inclina la cabeza anonadado ante el poder y bondad de Dios que nos hizo tanto bien, aún mayor que el de criar mundo en que vivimos y le adoramos!

También María se prosternó en el pavimento de la humilde cueva, dobló su frente y no se atrevió a mirar lo que tenía entre las manos. ¡Oh deslumbramiento santísimo el de María! ¡Cómo ver con los ojos del cuerpo al que venía viendo su alma desde mucho tiempo atrás! Gozo sin igual, dicha sin ejemplo, gloriosa concesión no otorgada a ningún mortal.

A Moisés le dijo el Señor: «No me verá el hombre mientras viva: no podrá vivir si llega a verme». Y María gozaba de aquel hermoso y adorable privilegio, tenía al Hijo de Dios en sus brazos y le miraba, contemplaba y adoraba con sus hermosos ojos azules, más puro que los serenos cielos, enaltecido con el rocío bienhechor de sus lágrimas de dicha y felicidad, contemplando el divino rostro del recién nacido.

El estado del éxtasis había pasado, había vuelto la sensibilidad y reanimado el cuerpo de la Virginal santa doncella y Madre, tenía nuevos deberes que cumplir, y la primera sonrisa de la Madre que se postraba para adorar a su Hijo, sin atreverse aún a tomar un ósculo tierno de sus benditos labios, absorta, atónita, embriagada de amor santo y de inefable dicha, correspondió la sonrisa del divino Infante, destinando después la segunda sonrisa al varón justo a quien tomaba por padre en la tierra.

Despertóse entonces en María el sentido de la maternidad con todos sus dulces y delicados instintos de la madre que la naturaleza, hija de la Providencia divina, deposita en el tierno corazón de la mujer. Quitóse entonces de su cabeza la modesta toca de blanco cendal y tibio con su propio calor, envolvió al niño en los pañales preparados y las mantillas cubriéndolo con aquélla para suministrarle más calor en tan fría hora y noche. El manto de José que había doblado en el pesebre para mayor descanso de María, sirvió sobre las pajas de aquél de humilde colchoncillo en que reposara el tierno cuerpo del recién nacido. ¡Pobre y humilde lecho que sirvió para el Redentor del mundo, lecho incomparable que sirvió de cuna para la redención del hombre, más grande y esplendente que todos los tronos de la tierra, y desde el cual envió sus primeras sonrisas al mundo sumido en triste noche, y aurora que Él había de ser de la verdad y dignidad del hombre! Y San Lucas no olvida al narrar este hecho, que tan grande es en su humildad cuando dice: *Et pannis eum involvit, et reclinavit eum in praesepio.*

La naturaleza, añade Lafuente, hizo su oficio, Dios no la violenta cuando hace milagros, aun cuando hace cosas que a ella no alcanza, porque son sobre ella. Las cosas imposibles para el reloj, son facilísimas para el relojero: lo mismo mueve la saeta hacia atrás que hacia adelante, aunque al reloj no le sea dado sino moverlas en aquella primera dirección. Y Dios hecho hombre lloró, y la Iglesia nos lo presenta llorando y ceñido de estrechas fajas, reclinado sobre la paja de un pesebre. Así nos lo cuenta Fortunato en su himno que se canta en las Vísperas del Domingo de Pasión y principia

*Pange lingua gloriosi
Lauream certaminis...*

San José, mudo de asombro, ilustrado por superiores luces interiores y exteriores, también se acerca al tierno infante reclinado en el pesebre, le contempla extático y absorto, le tributa su homenaje de respeto y de cariño a la vez, y recibe por premio de devoción humilde la segunda sonrisa del Dios niño, a quien el mundo llamará su hijo, y de quien será padre putativo para salvar el decoro de su Madre y cuidar del amparo y subsistencia de ellos, del mismo Dios hecho hombre, que a su vez sustenta a todos.

A la adoración de los padres siguió la de los Ángeles, y ¡con qué humildad, con qué respeto! El misterio, la palabra de Dios estaba cumplida: las profecías se habían realizado. El Niño Dios había nacido a la media noche al comenzar un nuevo día. Con la noche terminaba la noche de los siglos, terminaba la noche de las tinieblas comenzaba la luz clara, esplendente y brillante del Evangelio. En la noche del 24 de diciembre terminaba el imperio de Lucifer, concluía el imperio del error y amanecía el 25 de diciembre con la luz del sol, con el nacimiento del que había de ser el Redentor del mundo, aquella noche vacilaron en sus pedestales los ídolos al cántico de los Ángeles con el Gloria in excelsis, y el rugido del infierno al ser destronado del imperio del mundo su monarca Satanás demostró su ira.

El Evangelista San Juan pinta con enigmático lenguaje todo el suceso en el capítulo XII del Apocalipsis, en que describe la predestinación de María, el orgullo de Lucifer y su caída, vencido por San Miguel, la concepción y el parto de la Virgen, la adoración de los Ángeles buenos, el regocijo de los cielos y de los buenos y la preservación incólume e inmaculada de la Madre del Salvador.

«Luego apareció en el cielo una gran señal: era una mujer vestida del sol, teniendo la luna a sus pies y en la cabeza una diadema de doce estrellas.

»Y al verse en cinta clamaba para dar a luz y sufría al parir».

Entiéndese en sentido místico y elevado, pues sabido es que la Virgen no sufrió los dolores materiales a que están sujetas las mujeres.

«Viose también otra señal en el cielo: érase un dragón grande y rojo con siete cabezas y diez cuernos y siete diademas sobre sus siete cabezas. Y con su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo arrojándolas a la tierra.

»Paróse el dragón ante la Mujer que iba a parir, a fin de devorar a su Hijo así que pariese.

»Parió, pues, a su Hijo varón, el que ha de regir a todas las naciones con cetro de hierro. Mas este Hijo fue arrebatado a la presencia de Dios, y a su mismo Trono. Y por lo que hace a la Mujer, huyó a la soledad, en donde tenía un lugar preparado por Dios para que allí la sustentaran durante mil doscientos sesenta días.

»Y hubo un gran combate en el cielo: Miguel y sus ángeles peleaban con el dragón, y también éste y sus ángeles contra aquéllos; mas no pudieron prevalecer los malos ni quedó rastro de ellos en el cielo.

»Arrojado fue aquel gran dragón, la antigua serpiente (la del Paraíso), que se llama el diablo y Satanás, que seduce a todo el orbe. Mas éste cayó a tierra y sus ángeles fueron lanzados con él.

»Oí, pues, una gran voz en el cielo que decía: -Ahora queda ya verificada la salvación y triunfantes la virtud y el reino de Dios nuestro Señor, y el poderío de su CRISTO; porque ya queda expulsado el acusador de nuestros hermanos, que día y noche estaba censurándole ante la presencia de nuestro Dios.

»Ya le han derrotado ellos mismos mediante la sangre del Cordero, y no han hecho aprecio de sus almas (sus vidas) poniéndolas en trance de muerte.

»Por tanto, regocijáos, cielos, y los que habitáis en sus alturas».

La naturaleza en sus animales fue, después de José y María, la primera en adorar al divino recién nacido, y el buey que recogido estaba en la cueva y el manso jumento, fueron los primeros brutos que acompañaron al Hijo de Dios en la soledad del antro, en donde acaba de nacer abandonado de los hombres que habían negado un techo bajo el que cobijarse la viajera familia. Con el calor de sus cuerpos dieron calor al recién nacido, y cumpliósese al pie de la letra como todas las profecías de Isaías: «Conoció el buey a su dueño, y el jumento al pesebre de su Señor y no lo conoció Israel, ni su pueblo tuvo inteligencia».

Y para terminar este capítulo de una manera digna del acto, del gran hecho del nacimiento de Jesús, de la inmensa transcendencia y del espanto que en el infierno produjo su derrota, copiaremos aquí las palabras del gran poeta Milton en su grandioso poema de El Paraíso Perdido: «Los oráculos enmudecen: ninguna voz, ningún murmullo siniestro hace ya resonar palabras falaces bajo las bóvedas de los templos. Apolo abandona desesperado la colina de Delfos sin acertar a predecir lo futuro. Ningún arrebató nocturno, ningún augurio secreto sale del antro misterioso que pueda inspirar sus vaticinios al sacerdote que espantado abre sus ojos. Aléjanse los genios de las montañas y de las riberas de los ríos, gimen las ninfas y las

dríadas al ver marchitarse las guirnaldas con que orlaba sus frentes la mitología pagana. Los Lares y Penates huyen de los hogares domésticos que presidían, y de las aves de los templos y de sus estatuas salen sonidos lúgubres que asustan a sus flámines, y el mármol parece bañado en sudor frío al desaparecer la divinidad idolátrica donde se le daba maléfico culto».

Así pinta el espanto de la idolatría sostenida por el infierno y tambaleada al solo influjo de la luz que irradiaba de la cueva de Bethlén. En cambio, la naturaleza parece sentir a su modo un grato y superior influjo. Cesa el crudo frío de una noche de diciembre, las tinieblas se aclaran, se desvanecen las nubes, soplan suavemente las brisas de las montañas enviando sus gratos aromas, enviando sus perfumes: las olas de aquel mar latino baten suave y cadenciosamente las arenosas playas o bañan con alba espuma los acantilados de las rocas: la aurora parece querer adelantar su llegada con el ansia de bañar con sus rosados efluvios la tierra en donde acaba de realizarse el gran misterio, y las aves asombradas baten las alas a impulsos de secreto deseo y ante el canto enérgico y valiente del vigilante gallo. ¡Ah! noche feliz y misteriosa, cuyo recuerdo felizmente no se ha borrado en nuestras costumbres: en la Edad Media, después de la Misa del Gallo, era costumbre el avisar por los campos el nacimiento de Dios, al son de los rústicos instrumentos, y al atravesar por las campiñas decían a los arroyos, árboles y plantas: ¡alegráos, que ya nació el Señor!

¿Cómo se celebra hoy en las ciudades y... también en los pueblos, la Nochebuena, la noche alegre del nacimiento del Redentor? No es menester decirlo; no queremos compararla, por más que bien pudiéramos hacerlo por la forma, con las saturnales del paganismo. Nuestra libertad de pensar y de costumbres nos lleva a celebrar una función tan grande para el mundo, con una noche de licencia, cuando no de pecado. Pero aun en medio de tales costumbres, quedan almas puras y cristianas que celebran la más grande de las festividades de nuestra religión, con el patrón de los antiguos cristianos, con la fiesta santa de la familia consagrada en la mesa patriarcal, en la que se juntan tres generaciones, padres, hijos y nietos.

Capítulo XII

LA ADORACIÓN DE LOS PASTORES. -¿CUÁNTOS FUERON ÉSTOS Y CÓMO SE LLAMABAN?, SUS RESTOS ESTÁN EN ESPAÑA: LOS PASTORES DE LA SABINA EN ROMA EN VÍSPERAS DE NAVIDAD. -TEMPLO DE LOS PASTORES, SU ANTIGÜEDAD Y ESTADO ACTUAL. -LA CIRCUNCISIÓN DEL SEÑOR.

- I -

¡Qué poético cuadro, qué hermoso idilio el que vamos a narrar! Cuánta ternura, amor, sencillez y esperanza no revela la narración del Evangelista San Lucas, el *pintor de la Virgen*, el narrador ingenuo y gran poeta. Todo había de ser humilde y por tanto grande, pues no hay mayor grandeza ante el Soberano Señor de cielos y de tierra que la humildad. La humildad, que como la violeta, por escondida que esté, por oculta que el follaje pretenda tenerla, su perfume trasciende a través de aquél; no se la verá, pero su aroma, dulce, embriagador de felicidad, lleva el perfume a nuestro pecho, ensancha nuestros pulmones y encontramos en su

ambiente la grandeza de su valor, junto con la pequeñez de la forma. El humilde nacimiento del Hijo de Dios en la pobre cuna, sin más fausto ni acompañamiento que su purísima Madre y San José su padre, sin más calor en aquella abandonada cueva que el que con sus cuerpos suministraban la vaca y el jumentillo, y el incomparable del seno de María, aquellos humildes pañales con que fue envuelto, y sin más luz que el centelleo de las estrellas, cual si quisiera en noble pugilato acrecentarla para iluminar tan maravilloso acontecimiento, aquella adoración de los Ángeles a la que siguió la de los pobres pastores, los últimos de la sociedad, de aquellos hombres destinados a pasar su existencia acompañados tan sólo de animales, todo, todo ello es grande, sublime, majestuoso en su misma humildad y pobreza, comparada con la mentida grandeza de la tierra, del hombre en mentida y falsa sociedad con la que pretende levantar su orgullo.

Acto sublime de poesía incomparable, de encanto sobrenatural por su misma sencillez y humildad, pero cuyo encanto, belleza y sublime moral que en sí encierra, resulta grandioso y de inmensa excelencia como todas las obras de Dios que lo dispone y rige.

Pintar, describir el acto de la adoración de los pastores, querer narrar con galas poéticas y ornatos de la palabra un acto tan sencillo, tan inocente y hermoso, es imposible hacerlo por la dificultad que ofrece su misma sencillez imposible de pintar con su propia ingenuidad y hermosura: para ello necesitase la inspiración del Evangelista, su concisión y la mágica de aquel lenguaje hebraico.

«Había en aquella región, dice San Lucas, unos pastores que estaban despiertos y velando por turno para guardar su ganado, cuando he aquí que el Ángel del Señor se presentó junto a ellos, envolviéndolos en los resplandores de celeste luz, de modo que ellos quedaron muy sobrecogidos. Mas el Ángel les dijo: -No temáis, vengo para anunciaros una cosa que será de gran júbilo para todo el pueblo, pues que hoy os ha nacido en la ciudad de David el Salvador que es Cristo el Señor. Y la señal que os doy de ello, para buscarlo es, que lo encontraréis fajado como niño en unos pañales y colocado en un pesebre.

»Al acabar el Ángel de decir esto, reunióse a él una muchedumbre de la celestial milicia, loando a Dios y diciendo: Gloria a Dios en lo más encumbrado del cielo, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

»Así que los Ángeles se alejaron de ellos remontándose al cielo, comenzaron los pastores a decirse unos a otros: Vamos a llegarnos a Bethlén para ver ese gran acontecimiento de que se nos ha hablado, y que el Señor ha tenido a bien revelarnos.

»Y al punto echaron a andar, y en efecto encontraron a María y José, y al Niño colocado en el pesebre. Al ver esto reconocieron la verdad de lo que se les había dicho acerca de aquel Niño».

Asombrados, atónitos los pastores con aquella visión celestial, deslumbrados con el resplandor del Ángel y el cántico de los celestes coros entonando el Gloria a Dios en las alturas, quedaron como envueltos en aquella atmósfera de amor y de dicha, de alegre y dulce delirio con la presencia del Ángel y la nueva que les comunicaba.

Aquella celestía que en su alma se produjo los elevó en su humilde estado, sintiéndose inflamados con el amor, el deseo y la ventura de ver, adorar y contemplar al recién nacido, al Mesías prometido que era la creencia, la constante esperanza del pueblo de Israel, decimos mal, del mundo entero, pues desde el paganismo hasta la astrología, desde los livianos poetas latinos y los misteriosos druidas y soñadores indios, desde los egipcios hasta los íberos, todos esperaban el momento de la venida del *Dios desconocido* a que levantaron altares los griegos; todos esperaban y profetizaban al Hijo de la Virgen que había de parir. ¡La profecía universal estaba cumplida! y unos pobres pastores, unos infelices desterrados de la sociedad, habían de ser los primeros en adorarle, cumpliase en ellos la palabra santa de que los últimos serán los primeros.

Levantáronse los dos que descansando estaban cuando el tercero velaba, y abiertos los ojos de los que dormían ante la luz sobrenatural del emisario divino, quedaron estáticos ante la celeste visión, y se levantaron. Tomaron sus esportillas y cantarillas con leche y algunos panecillos de cebada, dejaron los ganados a la custodia de la mirada de Dios, y se encaminaron en busca del Dios recién nacido, del Mesías anunciado por los Profetas. Al dirigirse a la ciudad en donde ellos creían estaba el Niño Dios, pasaron por la boca de una de las cuevas que en la ladera servían de refugio a los ganados, y un movimiento sobrenatural los detuvo, e hizo entrar en la inmediata cueva en que el Salvador acababa de venir al mundo, encontrándole recostado en un pesebre cual el Ángel les había anunciado. En los lados del pesebre, una Mujer joven y sonriente su hermoso rostro, contemplaba al Niño, y tras ella un hombre con toda la varonil belleza de la plenitud de la edad, miraba lleno de amor y respeto a aquel bellísimo infante. Conocieron los pastores ser el lugar y el recién nacido anunciado, y éste es, se dijeron los tres pastores, y prosternándose le adoraron y ofrecieron los pequeños y pobres dones que llevaban, y que si pobres eran en su valor, grandes y magníficos lo fueron por la intención de amor y de respeto de aquéllos, los primeros mortales en adorar al Dios Redentor que traía en su venida la luz de la verdad para la salvación del hombre.

Terminada aquella ingenua adoración, contaron los pastores la aparición del Ángel, sus armoniosas palabras de esperanza para Israel. José las escuchaba admirando la manifestación divina, y María contemplaba silenciosamente al Niño, grabándose aquellas sencillas relaciones de los pastores en su corazón: retiráronse después de entregar sus presentes de leche, pan y manteca, y esto realizado, dice el Evangelista: «Por su parte, los pastores regresaron glorificando a Dios y alabándole por todo lo que habían visto y oído según se les había dicho». Habían visto cumplida la profecía que presentaba al Señor recién nacido cobijado en un pesebre y teniendo a su lado los dos animales que habían venido acompañando en el pesado viaje de sus padres. «Consideré Señor tus obras, y no pude menos de extremecerme al veros entre dos animales».

Hasta el momento de la adoración de los pastores, todo lo que ha pasado en el nacimiento del Salvador, nos lo ha mostrado como hombre e hijo del hombre. Un viaje del santo matrimonio de Nazareth a Bethlén para obedecer un mandato del César, el tiempo del parto de María que llega a su término en esta pequeña ciudad, el gentío del mesón que no les permite albergarse, la necesidad que les obliga a no encontrar más albergue que un establo ni otra cama que un pesebre, lo cual nos muestra al hombre en su mayor desnudez y desamparo, es decir, en lo que tiene de hombre. María especialmente envolviéndole en pañales humildes y reclinándole, testifica bien por sus cuidados, que el que los reclama es uno de nosotros.

Y no obstante, ese bendito Niño no es solamente hombre sino es también Dios, y tan Dios como hombre: y en medio de tanta miseria y desvalimiento, ¿qué nos dará testimonio de su divinidad? Un homenaje que ni los Césares con su inmenso poder y orgullo, en vano hubieran pedido a las bajas adulaciones del mundo humillado a sus pies: la proclamación del nacimiento de un hijo por medio de un Ángel. ¿Y qué prueba más luminosa ni más grande de que el humilde establo de Bethlén era elección de Aquel que así se le proclamaba?

Mas ¿por qué los primeros favorecidos con esta convocatoria celestial han de ser unos rústicos y sencillos pastores? El Ángel pudo llenar el mundo con la claridad de Dios, como emisario, y con igual facilidad que a aquellos sencillos custodios, y el mundo entero hubiera estado a los pies de Jesús. Pero Dios, que había hecho al hombre libre, quería que viniese a Él libremente, ayudado, sí, y atraído, pero no forzado, y para ello conducido por medios y agentes de aparente debilidad, ocultase por su empleo y manifestará por sus afectos la Omnipotencia del que los empleaba. Por esto, observa Grocio, así como después serán *pescadores*, ahora son *pastores* los escogidos para dar testimonio de Cristo, los más inocentes de los hombres. Y en este acto, en este testimonio de Hijo de Dios, María tiene la participación que como madre le correspondía y el Evangelista tiene empeño en

manifestarnos que entre todos los corazones hubo uno que se penetró de todas estas cosas divinas, las conservó y pesó en todo su valor, *Y María conservaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón*. Es decir que María, y sola María, entre todos los asistentes, estaba a la altura de estos misterios por su fidelidad en no perder nada de ellos y su aplicación a meditarlos. Este pasaje termina dignamente en el Evangelio, la relación de la misteriosa adoración de los Pastores: es como su moralidad, y parece decirnos que María, conservando de este modo para sí misma en su corazón todas estas cosas, las guardaba para nosotros, para la Iglesia, para el mundo, como digna depositaria de estos misterios de que más adelante había de ser testigo.

Al tornar al aprisco en que tenían sus ganados aquellos tres bienaventurados pastores, Jacob, Isaac y José, fueron comunicando a las gentes del campo la nueva del nacimiento del Mesías, y la noticia fue de unos en otros corriendo por los valles y entre sus habitantes, así que la cueva fue visitada por muchos otros en los siguientes días en que allí estuvo refugiada la Familia. Los tres pastores, felices por la dicha de haber sido los primeros en adorar a Dios, visitaron varias veces la cueva, acompañando a sus amigos y conocidos y llevando los alimentos de pan, leche y manteca, al matrimonio feliz de José y María. Circuló la noticia entre los habitantes de los campos como hemos dicho, y comentada sería la narración de los pastores hecha junto a las fuentes entre el rumor del agua y el paso del viento que quejumbroso parecía acompañar con sonidos de rústica arpa aquellas sencillas narraciones, en la que se pintaba la hermosura del Niño, del Mesías prometido, de su joven Madre y de la pobreza que rodeaba al santo matrimonio.

Debióse a esas relaciones hechas en el fondo de los bosques o en los quebrados barrancos, entre el descanso de la tribu viajera y las comidas hechas a la dudosa luz del crepúsculo, cuando la relación del nacimiento del divino Niño y de su Familia se narraba y comentaba con esa gravedad bíblica que tan hermoso color imprime a estas inefables escenas, se debe el que una tribu árabe esculpió en una columna de la Caaba la imagen de María, teniendo en sus brazos al Niño divinizado por su fe en las profecías y por el misterioso acontecimiento del nacimiento del Mesías esperado.

Allí permaneció la imagen divinizada de María y de su hijo hasta los tiempos de Mahoma. ¿Desapareció entonces esta primera adoración gráfica, material por su representación del amor y divinización por la fe de la Santa Señora y de su Hijo? No lo sabemos: de ello se ocupan algunos historiadores árabes, relatando el hecho que aquella tribu realizó como primer acto ostensible de piedad. Esta misma tribu, dice Orsini, después de la degollación de los inocentes niños, rugiendo en ira contra el asesino Herodes, se levantó contra él sin tener en cuenta el poder del tirano como protegido por las águilas imperiales.

La noticia, extendida rápidamente por los alrededores de Bethlén, atrajo multitud de gentes, llenando a la cueva durante todo el día, unos poseídos de fe y evangelizados con las palabras de los pastores y poseídos del espíritu de las profecías, otros atraídos por la curiosidad, llegaban y penetrando en la cueva no podían reprimir burlonas sonrisas de incredulidad. La Virgen, siempre al lado de su amado Hijo, cuando no lo tenía en sus brazos, escuchaba silenciosamente todo lo que acerca de aquel hermoso Niño se decía. Oía elogios de boca de los pastores, y también se regocijó con la rectitud de algunas almas, verdaderamente israelitas, que creyeron y adoraron; pero como hemos dicho, tuvo también el dolor de ver en muchos hijos de Bethlén señales inequívocas de incredulidad. La pobreza del establo los escandalizaba; no querían reconocer en este Niño, recostado en humildes pajas, al lado de padres sin riquezas ni consideración, al Salvador de Israel, al Rey de los siglos futuros, al dominador de las naciones a quien habían anunciado los profetas con tan magníficas palabras. Y esto tenía su explicación; los judíos esperaban un Mesías glorioso, conquistador, dominador y triunfador de los enemigos del pueblo israelita y que sometiese a su imperio todas las naciones. Este el sueño de su orgullo nacional, y esta engañosa esperanza se sostenía en

aquella época con tanta mayor exaltación, cuanto que acababan de ser sometidos los judíos al señorío de Roma, por unos gentiles a los que tanto horror y aversión profesaban. La independencia era su sueño, su esperanza en manos de un Mesías guerrero que los libertase de aquel oprobio, y con increíble ardor confiaban en una hora próxima de liberación. Pero ¡ay! que el nacimiento de aquel Mesías les desilusionaba, no era aquel pobre Niño, humildemente depositado sobre un pobre pesebre, no era el Mesías soñado por sus orientales fantasías. No puede explicarse de otro modo la indiferencia de Bethlén y de la Judea ante un suceso de tal importancia; y la explicación es tan exacta que Jesucristo hallará durante su vida esta constante objeción, el mismo obstáculo, la misma y constante oposición. Podrá hacer milagros, los jefes del pueblo no querrán ver jamás en el Jesús al prometido Mesías, en un profeta sin poder político, en un sabio que desprecia los bienes del mundo, y que sólo predica la práctica de las virtudes y no aspira a otra gloria que la de conseguir que los hombres se reformen y sean mejores. No comprendían una palabra del reino espiritual de Jesús: el corazón judío estaba empedernido y mejor entrarán sus doctrinas en el corazón de los paganos que en el suyo; éstos se contarán por millares en la grey universal que se llama Iglesia y encerrará en su vasta unidad todos los pueblos de la tierra sin destruir ni tocar las nacionalidades: y a millones entrarán en ella por la hermosa puerta de la victoria, del martirio, que tanto había de servir para aumentar las huestes de Jesucristo y extender su doctrina por todo el mundo antiguo.

El misterio, la palabra de Dios pronunciada en las puertas del Paraíso, estaba cumplida y la Virgen, que acababa de dar a luz al Verbo encarnado, había hundido en el polvo la cabeza de la serpiente y destruido el reino de Satanás sobre la tierra; el negro monarca de las tinieblas, acababa de ser vencido por el rayo de su luz y la pureza de su Madre, que le habían arrojado en lo profundo entre aullidos de rabia y desesperación. La obra de la redención ha comenzado a consumarse, el Hijo de Dios ha venido al mundo, la Virgen ha concebido y parido al Mesías, le adoran los pastores y las bestias se inclinan ante la hermosura del Niño Dios como anonadadas en su instinto por tan humilde grandeza. ¡Gloria a Dios en las alturas! han cantado los Ángeles, y ante su voz, las tinieblas materiales de la noche han comenzado a desvanecerse, termina un tiempo, llegan los nuevos alumbrados por la luz de la verdad, por la consumación de la palabra del Eterno que se ha cumplido en la media noche del 24 de diciembre, sábado, a los 748 años de la fundación de Roma.

Continuó la romería a la ya santa y sagrada cueva durante el día y los siguientes, y los tres mencionados pastores, José, Jacob e Isaac, continuaron, como hemos dicho, sus visitas y ellos fueron los principales propulsores de la buena nueva, del nacimiento del Hijo de Dios.

Y al llegar a este punto y tener que dejar de hablar ya de los pastores, recabaremos para España, para esta hoy infortunada nación, la hija de María, la nación predilecta que honró con su presencia en carne mortal, y víctima hoy del negro poder de la masonería que la ha llevado a la ruina y la miseria, para hundirla, llevarla al descreimiento por la desesperación, sin conseguirlo más que en parte, gloria y una posesión por nadie desmentida, aun cuando con risa volteriana sean recibidas por los filosofastros del racionalismo, muchas de esas creencias que ellos llaman fábulas, consejas o supersticiones, pero que cuando las teníamos fuimos grandes y poderosos hoy que el racionalismo impera, la masonería reina y la ilustración atea manda, somos vencidos, escarnecidos, humillados y pisoteados por un pueblo materialista, avaro, hipócrita y sanguinario, sin religión ni creencias otras que el dollar y las treinta monedas de Judas.

Tristes cambios, funestos errores a que el indiferentismo nos ha traído, mil veces más funesto que la más horrible de las negaciones.

A España hace años vinieron a parar los huesos de los tres santos pastores, y nada extraño tiene que a ella vinieran por intercesión a de María, tan afecta a España, que la honró con su presencia humana, que hiciera venir a esta nación católica por excelencia, y la primera que la

adoró en su Inmaculada Concepción, los restos de los tres pobres pastores, los primeros humanos que adoraron a su Santísimo Hijo en la noche de su bajada a la tierra.

He aquí cómo relata el Sr. Casabó esta traslación de los huesos de Jacob, José e Isaac:

«Por lo que honra a España, nos permitiremos trasladar aquí una página de una obra francesa. A poca distancia de Belén, dice aquélla, se ve una pobre aldea, compuesta de unas cuantas cabañas, y cuyo nombre árabe significa *Pueblo de los Pastores*. Según la tradición, eran de allí los pastores convidados por los ángeles para que fueran a la cuna del Salvador, en donde acudieron en número de tres, y representaron cerca del Mesías las tres familias descendientes de los tres hijos de Noé.

»Acerca de este punto están acordes las crónicas más antiguas, las piedras grabadas en las catacumbas, los bajo-relieves de los sepulcros, las viñetas de los manuscritos orientales de la más remota antigüedad, y las opiniones de los sabios. Según estos testimonios y de otros también, afirmamos con seguridad, dice Benedicto XIV, que no hubo más que tres pastores en la adoración.

»Perpetuada de edad en edad por los citados monumentos escritos o grabados, la tradición de los tres pastores resucita, por decirlo así, cada año en Roma, la ciudad por excelencia de las tradiciones.

»Al comenzar el Adviento, los *pifarari* o pastores de la Sabina, bajan de sus montañas, y con su pobre pero pintoresco traje de pastores italianos, van a anunciar por la Ciudad Eterna, al son de una música campestre, el próximo nacimiento del Niño en Belén. Aunque son muchos en número, van siempre de tres en tres; uno anciano, uno de mediana edad y un joven, que representan las tres épocas de la vida».

Y al llegar a este punto, aun cuando se nos pueda tachar de inmodestos y de querer intercalar impresiones propias, que si no ajenas a la vida de María, son secundarias, copiaré aquí lo que he dicho en mi diario de impresiones en la ciudad santa del Pontífice, en mi libro *Roma y los monumentos cristianos*.

Copio aquí lo que en aquel librito, hoy agotado, dije:

«Esta mañana me he despertado al eco de una cadenciosa cantinela acompañada de un instrumento parecido a nuestra gaita gallega en su tono dulce y quejumbroso. ¡Y cómo agrada aquel recuerdo de la música patria a tantas leguas de ella, en una mañana triste y silenciosa en la que desde mi cama veo el blanquecino cielo y el revolotear de los copos de nieve que venían a pegarse en los cristales de la ventana cual pequeñas y albas mariposas, infundía tristeza y añoranza de la patria y hacía pensar en la cercana Natividad del Señor que pasaría este año lejos de la familia! La melodiosa cantinela continuó largo rato, y fue lentamente alejándose.

»Al salir de Santa María la mayor, aun antes de poner los pies en el atrio, la melancólica cantinela de la mañana llegó de nuevo a mis oídos. Cuando puse los pies en la calle, vi no lejos de mí a los músicos y cantores, eran tres pastores de la Sabina, según me dijo mi compañero que lleva ya tres años de vecindad en Roma, iban vestidos con su traje artístico y pintoresco, con sus cónicos sombreros cruzados de encarnadas cintas, su corta capa parecida a nuestro antiguo ferreruero, la llevaban apretada al cuerpo y procuraban defender con ella su cuerpo aterido en aquella fría mañana; sus voces eran temblorosas, y al vernos el más viejo se quitó el sombrero, tendiéndolo en dirección a nuestras personas y dándonos la *buona festa*. La cabeza del viejo era hermosa, era un busto digno de un San Pablo o de un Elías, un joven de negros ojos de un negro que tiraba a azulado y de hermosas pero tristes facciones, y un hombre de mediana edad pero más anciano en su aspecto que el viejo, cuya blanca cabellera contrastaba más con la viveza de su mirada, formaban el trío con el anciano, dímosle una limosna, y en el Corso encontramos otros tres, al bajar las gradas de Santa Trinitá otros tres se nos presentaron, y aún no habíamos llegado a la puerta de la Embajada Española, cuando otros se interpusieron en nuestro camino. En la puerta de la Embajada encontramos a un

sacerdote español que lleva largos años de vivir en Roma, y preguntéle qué significaba aquello de tanto *pifarari*, pero siempre en grupos de tres y capitaneados por un viejo. Díjome que era producto de una tradición y una costumbre; la segunda originada de la primera que consiste en la de que los tres pastores que llamados por el Ángel fueron a visitar al Niño Dios en la cueva de Bethlén, fueron un viejo, un hombre de mediana edad y un joven. Estos fueron los que divulgaron entre los campesinos de las inmediaciones el fausto acontecimiento, y de aquí la costumbre de los pobres pastores de la Sabina de reunirse tres de las indicadas edades y bajar desde aquellas azules montañas que lejanas contemplábamos todas las tardes recordándonos hechos relativos a la fundación de Roma, a la ciudad eterna para anunciar por medio de romances y villancicos la venida del Mesías, al son de las dulces flautas dobles de un eco tan dulce y melancólico cual el de la melodiosa gaita de las umbrías de Galicia. Tradición hermosa llena de poesía, dulce recuerdo de la tierra de nuestros padres, de nuestra niñez, del *nacimiento o Belén* ante el cual cantábamos y bailábamos al son ronco de la zambomba, del rabel y de la pandereta, mientras contemplábamos la cueva con la vaca y el asno, la estrella de talco y las candelillas que iluminaban una cuna de dorada hojalata en que reposaba el Niño rodeado por María y San José. Los pastores, con calzón y montera castellana, y las zagalas, de ampulosas faldas de alcarreñas, y los borregos, en forma de blancas bellotas por los montecillos de corcho, y el Ángel anunciador volteando en el aire pendiente de un alambre forrado de algodón en rama. Todo aquello pasó como la visión iluminada por la luz de un relámpago, y aquel recuerdo en una mañana fría en que los copos de la nieve caían sobre nuestro rostro, y hacían a los pobres sabinos esconder las amoratadas manos bajo sus ferreruelos remendados y descoloridos, nos hacía pensar en la oscura cueva, en el frío de una noche cual la de pasado mañana, en María, en el Niño Dios... y una lágrima del recuerdo de pasados tiempos de nuestra niñez, de nuestros padres, de afecciones que ya se enfriaron cual el día de hoy que hace tiritar nuestro cuerpo y correr por nuestros huesos un frío de esos que no desaparecen con el calor del hogar, sino que necesitan el hogar del calor del cariño y de los seres amados, nos detenía y puso triste mi ánimo, retiréme al hotel, ¡tampoco allí haría calor! ¡Ah! el calor que necesitaba mi corazón estaba lejos, tenía un mar de por medio o una barrera de granito y nieve por tierra... busqué calor y solo le hallé con el recuerdo de que pasado mañana hace mil ochocientos ochenta y dos años sufrió frío y vino al mundo para llevar la cruz de nuestros pecados el Rey de cielo y tierra».

Y recobremos el hilo de cuanto a la historia de los santos pastores veníamos relatando. La Iglesia de Oriente y varias Iglesias particulares de Occidente, celebran la fiesta de los tres Santos Pastores del pesebre. Santa Elena construyó una hermosa iglesia en el sitio en donde estaba la torre de Ader, en honor de los santos ángeles y de los tres dichosos pastores, y allí descansaron sus cuerpos hasta mediados del siglo noveno en cuya época se arruinó la iglesia, de la que en la actualidad queda sólo la cripta, a la que se baja por diez escalones: los peregrinos que se encuentran en Bethlén el día de Navidad, se trasladan allí ceremoniosamente para cantar en el mismo lugar en donde por primera vez resonó el *Gloria in excelsis*.

El santuario que hoy se conserva es la cripta del templo construido por Santa Elena. Perteneció a los católicos hasta el año 1818, en que merced a sus malas artes y al dinero, se apoderaron de ella como de otros templos los cismáticos griegos, cuya iglesia tienen en medio del mayor abandono; es de forma rectangular de diez metros por seis, con columnas corintias, y en el iconostasio se ven algunas pinturas bizantinas sobre tablas bastante antiguas y de notable unción, sobresaliendo una Adoración de los Pastores, sumamente bella, y un Salvador que recuerda la escuela del inimitable Juanes.

«Después de arruinada la iglesia, los cuerpos de los Santos Pastores fueron trasladados a Jerusalén, en donde permanecieron hasta el año que, de donde fueron llevados a España y depositados en la iglesia de San Pedro de la villa de Ledesma, inmediata a Salamanca, siendo

muy veneradas y respetadas por los vecinos. Inocencio XI concedió muchas indulgencias a la cofradía de los Santos Pastores Jacob, Isaac y José, fundada en la capilla del Santo Cristo del Amparo en la iglesia de San Pedro.

»El 16 de julio de 1864, el obispo de Salamanca hizo trasladar las reliquias de los Santos Pastores de la iglesia de San Pedro a la de los Santos Pedro y Fernando de la misma ciudad. Fueron colocadas en el interior del altar mayor, dentro de una caja en forma de sepulcro, cerrada con llave. El interior está forrado de seda blanca, y contiene algunos huesos, tres cráneos, una pequeña pala, una cuchara de madera, unas tijeras de hierro, un pedazo de calzado de piel y varios fragmentos de zurrón de pastor. Hay, además, un rollo que contiene otras reliquias, que son fragmentos de huesos desprendidos de los que están en la caja, con un rótulo que dice: «De los gloriosos José, Isaac y Jacob, pastores de Belén, que merecieron ver y adorar los primeros a Cristo Dios y hombre nacido en un establo».

- II -

A los ocho días del nacimiento de Jesús tuvo lugar el cumplimiento de la ley Mosaica, la circuncisión. San Lucas dice: «Y después que llegó el día octavo en que debía ser circuncidado el Niño, se le puso el nombre de JESÚS, que es el que el Ángel le había dado antes de ser concebido en el vientre». Así pues, relaciona la Circuncisión de Jesús con el misterio de la Anunciación del Ángel y Encarnación del Verbo divino, en cuya solemne ocasión el Ángel San Gabriel dijo a María, según el mismo Evangelista: «Mira que vas a concebir en tu vientre y parirás un hijo a quien darás el nombre de Jesús».

Mandato era de Dios dado a Abraham al establecer Aquél su pacto con éste en favor de su descendencia. «Circuncidado será entre vosotros todo varón... a los ocho días será circuncidado el recién nacido. Este pacto conmigo lo llevaréis en vuestra carne como testimonio de alianza sempiterna».

Anterior era por tanto a la ley de Moisés. A éste le amenazó el Señor porque su hijo estaba sin circuncidar y Séfora le circuncidó a toda prisa. En aquellos países era esta ceremonia legal una gran conveniencia higiénica, como otros preceptos levíticos que después se dieron a Moisés. Jesús, que como Dios y segunda persona de la Trinidad, había hecho ese pacto con Abraham, ninguna necesidad tenía de someterse a él, ni el Ángel se aparecería a su santa Madre amenazándola, y con todo, el Verbo encarnado se somete a esa ignominia, sin ser su carne pecadora ni concebida en pecado, pudiendo hasta en esto decir en su día: -No vine a saltar o relajar la ley, sino a llenarla y cumplirla.

De todas maneras parece que la operación se practicó en la misma cueva. La Iglesia dedica la primera festividad del año común en el día primero de enero para celebrar la Circuncisión del Señor, ningún detalle, ningún pormenor da acerca de este acto, manifestando así la conveniencia de proceder en esta descripción con gran cautela y parsimonia.

Y pues la Iglesia no desciende a más pormenores sobre este pasaje de la venida de la vida de Jesús y de su santa Madre, imitemos también este pudoroso recato, tanto más cuanto que de la vida de María nos ocupamos y no de la de su santo Hijo, nuestro Señor Jesucristo.

Capítulo XIII

LA ADORACIÓN DE LOS SANTOS REYES. -LAS PROFECÍAS. -LA FESTIVIDAD DE LA VENIDA DE LOS REYES. -LA ADORACIÓN DE LOS REYES EN LA PINTURA. -

CONSIDERACIÓN SOBRE LA ADORACIÓN Y PALABRAS DEL EVANGELISTA SAN MATHEO.

- I -

En el tiempo del nacimiento de Jesucristo, unos Magos de la Caldea, hábiles en el conocimiento de la marcha de los astros como ciencia muy común y estudiada en su país, divisaron una noche en el horizonte una nueva estrella de primera magnitud, a la que reconocieron por su rápida marcha y extraordinario brillo deslumbrador, por la *estrella de Jacob*, largos años antes vaticinada por Balaam, y que según su profecía, vendría a presentarse deslumbrante en el cielo en el momento del alumbramiento de *la Virgen*. Las antiguas tradiciones del Irán fueron recogidas por Abulfarage Zerdscht, que como sabido es fue en antiguos tiempos el restaurador del magismo; era hombre de mucha ciencia, grande astrónomo, pues que estos conocimientos eran la base de sus creencias y además había estudiado y conocía en mucho la teología de los hebreos, anunció durante el reinado de los sucesores de Ciro, y poco tiempo después del restablecimiento del templo, profecías que tuvieron su realización. Que un Niño divino nacería de una Virgen pura e inmaculada en la región más occidental del Asia, y que una estrella desconocida en su horizonte señalaría este notable suceso, y que a su aparición los magos deberían por sí mismos llevar presentes a este joven Rey.

La magia, la interpretación sobrenatural de las cosas naturales, el comentario misterioso puesto a las cosas vulgarísimas y corrientes, extendíase por tal extremo, que había razas y reyes magos. Con la magia unían las viejas tradiciones astrológicas, intérpretes más o menos seguros, pero intérpretes, al fin, del movimiento y curso de los astros. Así es que en medio del ansia y esperanza de la venida del Redentor que había de nacer de una Virgen, la aparición de aquella espléndida estrella de hermosa luz y rápida marcha debía anunciarles un grande acontecimiento, grande y maravilloso, y éste no podía ser otro sino el anuncio del Mesías y que sus deslumbradores centelleos los guiaría a la cueva de Bethlén. Y en verdad, cuanto sucedía en aquellas horas del génesis de la Redención de nuestra alma, de la esperanza cristiana, realizaba las profecías dichas por unas y otras edades en continua sucesión hasta este momento tan esperado y deseado. No hay sino abrir los sagrados libros, especialmente el maravilloso de los Números, y ver en él de una manera clara y evidente lo que anuncian profetas ajenos, como Balaam, a las creencias de Israel. Llamado por Balac para que maldiga con altos acentos a los israelitas, los aclama y bendice al impulso y mandato de Jehová que ilumina su espíritu. Y entonces, no sólo los bendice, sino que profetiza la extensión que debía dar a los ideales de Israel su prometido Mesías. Cerráronse sus ojos al error, cegaron los de su cuerpo, y entonces abriéronse intensamente a la luz los ojos de su alma.

Entonces, ante aquella clara videncia de su espíritu, contempló hermosas las tiendas de Jacob y hermosos los pueblos de Israel, y los compara con claros riachuelos, con vergeles bordando las márgenes del Jordán, con bosques de perfumados áloes plantados por la mano de Dios, con erguidos y hermosos cedros nacidos en los altos del Líbano. «Y como Dios sacó a los israelitas del cautiverio egipcio, les dará las fuerzas del unicornio para que devoren a sus enemigos y rompan sus huesos de éstos y ericen de saetas sus cuerpos. Fuerte como un león, se acostará, fiado en sus fuerzas, Israel. ¿Quién de sus enemigos se atreverá a despertarlo? Así una estrella saldrá de Jacob y levantará el cetro de Israel en tales términos que caerán los cantones de Moab y morirán los hijos de Seth».

El mayor entre todos los profetas hebreos, el grande y sublime Isaías, anuncia también los milagros del Mesías, y la aparición de estrella maravillosa convocará reyes de las más

apartadas regiones para que conduzcan a los lugares del rey David, a los jardines de Salomón, el oro, el incienso de Sawa, camellos de Madian, dromedarios de Elfa, los marfiles de la negra y misteriosa Etiopía, mirra de la Arabia y presentes de cien y cien pueblos. Y lo mismo anuncia David en el salmo cuarenta y cinco cuando dice «cuánto se ha hermoñado el prometido a causa de verter Dios la gracia en sus labios y amar él la justicia y aborrecer la maldad, por lo cual ungiéronle con óleo de gozo y mirra, y áloe y casia exhalaban sus vestidos y recibió el oro de Offir, los brocados de Tiro, las perlas de Tarsis y el incienso de la Arabia». Hay que reconocer que la estrella mística de espléndida luz guió a los reyes de Oriente hasta el nacimiento del Hijo de Dios en Bethlén. La tradición señala a Tarsis, Arabia y Ethiopia como los países respectivos en que imperaban estos tres reyes magos. La Ethiopia en aquellos tiempos como un misterio impenetrable y a Arabia como un aromoso pebetero. Desde aquella tierra, abrasada por el sol y renegrida por su luz cegadora, de hermosa y fuerte raza, tiene poblada de santuarios y viejos templos tallados en el negro y brillante ébano y marfil, venían las mágicas creencias, en tanto que de la perfumada Arabia venían las más ricas y preciadas esencias, que embriagaban con sus perfumes y cuajaban la mente de embriagadores sueños que difundían en la atmósfera y sostenían el ambiente de misterio y profecía.

De aquí que la fe, generada por tantos y tantos inspirados profetas por la luz divina, alma y esperanza de las generaciones, animó todas estas hermosas figuras vistas en el pesebre de Belén, dándoles la hermosura de la verdad creadora de la ley divinal y que se acatan y reverencian en las páginas de la fe y las de la historia.

Los Evangelios no dan nombre a los tres reyes, pero la tradición católica les ha dado, y de labio en labio, de siglo en siglo, han llegado hasta nosotros: y esta denomina al uno Balthassar, que significa el rey del *alba y de la aurora*. Melchor, que significa el rey de la *plena luz*, y Gaspar, que representa la idea de *diadema de la obscura* Ethiopia. ¡La celebración de la Fiesta de los Santos Reyes! ¡Fiestas incomparables en las creencias del alma católica, fiestas sin igual calentadas con el sagrado del santuario de la familia cristiana, en cuyo seno viven, alientan y palpitan, llenando el corazón de los padres con esa pura alegría que hace asomar las lágrimas a los ojos como muestra de una pura y santa dicha! Las fiestas del 23 de junio, la del 24 de diciembre, los nacimientos de San Juan y de Jesús, las dos fiestas de la familia se completan con la no menos santa y hermosa, la noche de Reyes.

Con qué alegría no se esperan esas noches, la víspera de Juan, la noche hermosa de junio, cálida, llena de gratos rumores la brisa veraniega produce en las verdes y pomposas arboledas, el claro sonar de las fuentes, el perfume de las flores que embalsa una noche tibia y misteriosa, noche de santas alegrías en que gritos de ¡San Juan! ¡San Juan! resuenan por las calles y paseos de los pueblos, las encendidas hogueras cuyas chispas suben en brillantes, ramilletes cual miríadas de constelaciones que desaparecen en un cielo azul intenso y misterioso que parece con suaves entonaciones y titilar de las estrellas celebrar la venida del Precursor de la buena nueva que ha de tener lugar a los seis meses cabales en el día más corto del año, en la más cruda estación. La fiesta de Navidad, fiesta alegre y santa que conmemora la venida de Jesús al mundo, y con la entrada de la nueva vida, la venida del Redentor. Y qué diferencia entre ambas fiestas, la primera en el campo, abiertas las puertas pequeñas para dar expansión a la expansión de alegría y vida, la segunda la fiesta del hogar, entre el chisporroteo de los troncos y los copos de nieve que caen por el cañón de la chimenea, frío, concentración de vida en torno del abrigo de los muros, congregación de todos los individuos de la familia en torno de la mesa patriarcal que presiden los ancianos, y en santa reunión entonan cánticos a la venida del Mesías, los niños que se extasían ante las figuritas del Nacimiento que representa para ellos un mundo desconocido con visiones de fantástica ilusión. Y la tercera, festividad grande para la Iglesia de Cristo, la adoración de los Santos Reyes, la adoración de los grandes de la tierra rindiendo homenaje y depositando sus ofrendas, humilladas sus testas coronadas ante un Niño nacido bajo la bóveda de una cueva, albergue de ganados, y dormido

sobre el humilde pesebre de unos irracionales. ¡Divino misterio que la grandeza del Omnipotente coloca ante los ojos de los mortales, para que humillen su orgullo ante sus altos destinos! Festividad grande que la Iglesia celebra tan fausto día y a la que precede la misteriosa y soñada noche de venida de los Reyes.

Noche de ilusión para los inocentes niños, que todos, en dichosa edad, hemos esperado con ansia, con zozobra, con sueño intranquilo, creyendo oír por la calle el paso de los altos camellos y el rumor de los criados colocando los obsequios de los Reyes en los balcones y ventanas, y recogiendo los modestos presentes de la paja, la cebada y la algarroba, con que creíamos obsequiar a las cabalgaduras de los fantásticos monarcas.

Todos los hemos visto en sueños, pasar a caballo de los camellos y dromedarios, con sus altos y dorados turbantes relucientes en rica pedrería, las capas de armiño y púrpura sobre los hombros y los cálices de oro que encerraban la mirra y el incienso, que dejaban perfumes resinosos que embriagaban nuestros sentidos. Les veíamos sonreír mirando nuestros balcones y ágiles criados con blanquísimas y anchas túnicas, trepar por doradas escaleras a nuestros balcones, depositando los juguetes que nuestra ilusión deseaba y sacaban de grandes cestos que pendían de las espaldas de los camellos y entregaban a los trepadores negros niños que acompañaban al rey negro, al Gaspar, cuyos blancos dientes al sonreír tenían reflejos del nácar o cual si interna luz iluminara aquella boca.

¡Ah, qué noche de recuerdos para los que dejamos hace años las dulces e inocentes ilusiones de una juventud que ya pasó! ¡Ah, qué víspera del día grande para la Iglesia de Cristo en el que conmemora la adoración de los Reyes al Rey de cielo y tierra, al Redentor cuyo reinado no tiene fin, pero cuyo trono fue la pobreza y la humildad como flor la más preciada en el jardín de la Sabiduría Omnipotente!

Qué fuente de inspiración para el artista en estos dos actos tan grandes, tan sublimemente poéticos y artísticos, el Nacimiento y la Adoración de los Reyes: pocos asuntos habrán sido tratados por mayor número de grandes artistas y todos, todos ellos han brillado en el concepto puro de esta composición inspirada por la más grande de las fuentes de belleza, la sencillez y encanto que en sí ofrece tan hermosa escena.

Desde las miniaturas de los códices, hasta los frescos de los templos, desde las tablas bizantinas hasta los lienzos, la escena de la adoración de los Santos Reyes ha sido pintada y reproducida de mil maneras, pero brillando en todas, no sólo la ingenuidad, sino el mayor deseo de reproducir con exactitud la escena.

Uno de los cuadros más hermosos y que demuestran cuanto llevamos dicho, es el de un pintor cuyo nombre no es de los que con solo pronunciarle se resume su fama: Gentile es el artista a quien aludimos, y en el museo de Florencia puede contemplarse esta hermosa obra de tan sentida inspiración. Hay que tener presente que en éste, como en otros muchos cuadros de aquellas épocas, la verdad y propiedad indumentaria no es la más acertada, y trasládase la escena y los personajes a la época en que se pintó el cuadro, y así vemos pajes, damas y caballeros del siglo XIV y XV adorando al Señor, acompañando a Santa Isabel en el nacimiento de María, a soldados con armaduras de dichos siglos escoltando o guardando al prisionero Jesús en su dolorosa vía del Calvario. Pero, aparte de esas inexactitudes históricas, fijémonos en el sentimiento, en el espíritu del artista, que sintiendo aquel grandioso acto, supo trasladarle al lienzo con verdad y dulzura. En el cuadro del citado Gentile forma el fondo de una composición arquitectónica de tres arcos, bajo los cuales se ve un conjunto bien estudiado de pajes, heraldos y cortesanos como acompañamiento de los reyes venidos en caballos de hermosa estampa y ricamente paramentados. La figura de la Virgen, muy sencilla, muy primitiva en sus líneas, casi temerosa baja la amplia frente en busca del Niño que tiene sentado sobre sus rodillas. Este es hermoso, ingenuo en su dibujo, y sonriente pone su manecita sobre la calva frente de uno de los monarcas casi tendido a sus pies, que ha dejado en suelo la corona, que es magnífica, deponiendo y adorando la pobreza y humildad ante el

Niño Dios sus riquezas y poder, según le acusan los brocados y pedrerías. La cabeza del monarca es hermosa y la coloración del cuadro es simpática y dulce la luz difundida en todo él. No obstante la belleza de esta pintura en que tan bien se expresa la adoración de las grandezas humanas a la humildad y modestia del Rey de cielos y tierra, en la que el artista supo tan acertadamente combinar todos estos pensamientos, dándole forma tangible que impresione por la vista al que la contempla, Poselino, en su cuadro, la realiza de una manera más natural y sencilla, menos grandiosa por el decorado, pero más grande por esa misma verdad y realismo poético con que está traducida en la obra de arte.

En el lado izquierdo del cuadro vense dos caballos fuertes y pesados, de verdadera raza del Norte, a los que sigue una muchedumbre de cazadores que expresan su alegría soltando los rapaces halcones que elevan su vuelo. En el centro los reyes con su espléndida corte, vestida toda ella con los lujosos trajes del renacimiento florentino y en el lado derecho bajo el portal de Bethlén, construcción puramente medioeval, se ve a la Virgen sentada humildemente con su Hijo en el regazo, contemplando sonriente las ofrendas que aquéllos presentan al Niño. La escena varía en su presentación con el cuadro de que hemos hecho mérito. Pero en superior belleza nuestro Museo de Madrid encierra dos obras notabilísimas, sumamente apartadas la una de la otra: la una es de Velázquez, la otra de Rubens. Entre ambas, como hemos dicho, el punto de vista de la grandiosa escena no puede ser, como hemos apuntado, más distinto. Velázquez ha pintado la realidad con demasiado prosaísmo, el flamenco la ha tomado por el lado contrario, lo artificioso, convencional y de aspecto teatral. Velázquez pinta las figuras reales arrancadas de lo humano, son copia de personas que se mueven en el escenario de la vida, no son creaciones de la imaginación, son seres vivientes arrancados de la prosa de la vida. No hay riquezas, trajes deslumbrantes ni pedrería, no, no hay convencionalismos contrarios a la verdad histórica que desfiguran un hecho, tanto más grandioso y sublime cuanto mayor es su sencillez y pobreza. La Virgen está sentada sobre unas piedras labradas de cantería, cual restos de una construcción antigua desplomados sobre la tierra, viste túnica de color rosa pálido, algo descolorido, manto de oscuro azul y blanca toca muy rebozada en la cabeza: con sus manos sostiene a su divino Hijo, fajado humildemente, y con amor presentado a la adoración de los Reyes, los cuales, arrodillados, y en pie el tercero, acompañado de un paje, que mira con curiosidad a la Santa Familia, como no dándose cuenta de una adoración de sus reales señores a tan humildes gentes: un cielo puro como la mirada de María y un paisaje que denota conocimiento del país, terminan esta escena tan real como sencilla, tan pura como sentida en su humildad y grandeza a la par.

En el cuadro de Rubens, por lo contrario, el estudio, la composición, la afectación y el conjunto, los efectos teatrales predominan en la obra. Brocados, terciopelos, oro, estofados, tisús, arquillas cinceladas, jarrones de oro, cálices, copas, pebeteros, caballos, camellos, dromedarios, pajes vestidos con refulgentes dalmáticas, reyes cargados con toda la riqueza del vestido, coronas, cetros, arreos militares y las preseas y cadenas, usuales en las cortes de España y Francia, aparecen correctamente trazadas con los deslumbrantes efectos de una luz intensa, viva, que se descompone y centellea con los cambiantes del iris al quebrarse en las mil facetas de tanta pedrería, oro y plata, colores brillantes, con reflejos que ciegan y deslumbran. Todo ello reunido en corto espacio y limitado por la superficie del lienzo, a través del cual se ven horizontes extensos en que se adivina el campo de Italia más que el sereno y melancólico de Palestina. Aquel conjunto parece vibrar a impulsos de tanta luz, de tal estrepitosa animación, y la vista cree oír gritos de alegría, voces de entusiasmo y ese murmullo que el asombro produce en las multitudes ante algo que las anima y entusiasma. La Virgen resulta aquí una de aquellas reposadas damas flamencas, rubias, pálidas por la excesiva transparencia de un cutis bajo el cual se adivinan las azules líneas de las venas, el Niño hermoso, con más apariencia de sajón que un niño de la fina raza de Palestina, de enérgicas líneas y escaso de linfática grosura, forman, como hemos dicho, un conjunto, que si

artístico, maravilloso en su dibujo, rico en el color, magnífico en la ejecución y perfecto en la transcripción de las humanas fisonomías, no tiene, en medio de su maravilloso conjunto, la verdad, la hermosura y la bíblica realidad y encanto de la obra de Velázquez, que si gusta, atrae y encanta, en cambio no conmueve, no llega al corazón como la obra incomparable del pintor español.

La escuela valenciana no dejó de representar un acto tan grandioso para la vida de Jesús y de María principalmente, que es la que como Madre pudo llenar en aquel momento su corazón de puro gozo al ver adorado y obsequiado su Hijo por los potentados de la tierra, que de lejanas venían a presentar sus ofrendas al Mesías anunciado por los profetas. De Juan de Juanes conocemos también una Adoración de los Reyes de no gran tamaño, y en cuya representación el famoso pintor de la Inmaculada reprodujo con verdad y la pulcritud característica de sus obras el acto de la ofrenda; también los detalles arquitectónicos carecen de verdad, pues que acomodó a los detalles de la época la representación: unas ruinas de portal, el horizonte con paisaje, cielo azul en el que brilla la misteriosa estrella, unos reyes modelos de ejecución en sus hermosas cabezas y fina ejecución de unas barbas y cabelleras que oscurecen la realidad, trajes ricos pero sin ostentación, presentan, arrodillados ante el Niño, sus dones, cuya escena contempla María con plácida sonrisa; un Niño Dios, que es un modelo de belleza infantil, al que rodea una atmósfera de divina luz, y cuya mirada penetrante, clavada en las hermosas cabezas de los reyes, parece comunicarles su celestial luz. El rostro de María es de una plácida hermosura tan poco terrenal, que eleva el espíritu a la contemplación de la pureza de la Santa Madre del Redentor: San José contempla aquella escena, se apoya en un cayado, descansando su blanca barba sobre las manos, de una ejecución admirable, sonrío al ver alargar las manecitas al Niño. Es uno de los cuadros menos conocidos del inmortal pintor, y del que poca mención han hecho los historiadores del concepto pictórico, y es uno de los que más se ajustan a la verdad evangélica y la inspiración del verdadero pintor cristiano. En él se reasume la veracidad y realidad del hecho con la majestad que debe imprimirse a acto tan grande para la vida de María, de Jesús y de la Iglesia Católica, que desde los más antiguos tiempos ha procurado representar la solemne adoración. Antes que la pintura saliera de los estrechos límites de las iluminaciones de los códices, ya en ellos encontramos representada la Adoración en muchos de los siglos XIV y XV, ejecutada con más exactitud que en los tiempos posteriores en que la fantasía quiso idealizar por medio del lujo la grandiosidad del hecho.

Y dejando este punto en que hemos procurado dar a conocer la presentación de este hermoso pasaje, para que se comprenda cómo el arte ha procurado enaltecerle para dar idea por la vista de este notable y providencial hecho profetizado por los inspirados por Dios, continuaremos la narración de la celebración por la Iglesia de la festividad de la Epifanía.

No es ya San Lucas quien narra este interesante pasaje de la adoración de Jesús por los Magos con la visita a María, cuyo nombre no omite San Mateo, a quien somos deudores de esta relación tan curiosa e interesante y en la que aparece el nombre de la Señora a pesar de la pretendida obscuridad a que han querido relegarla los que en su frío racionalismo y fe sin caridad cual los protestantes, quieren y han querido rebajarla del pedestal hermoso en que Dios Omnipotente la quiso colocar para la veneración de los discípulos de la pura doctrina y salvadora misericordia de su Hijo.

Mas, a la narración clara, sencilla y hermosa del Evangelio, hay que añadir algunos antecedentes que demuestran la verdad, la majestad de un hecho tan hermoso y profetizado y reconocido por los paganos y sus escritores e historiadores. El misterio de la Adoración de los Reyes se completa con la de los Pastores en el divino misterio del nacimiento de Jesús. La lección y enseñanza que de este acto se desprende, es una repetición, pero de mayor enseñanza. Es Jesús niño adorado en los brazos de María: no parece sino que Jesucristo gusta tanto de aparecer niño en el regazo de María, que nada de cuanto a ello conduce quiere pase

en silencio. En ningún tiempo de su vida apareció tan hombre, ni fue reconocido tan Dios, y como de María, quiere sacar el testimonio más sensible de su debilidad humana, y sobre la pura Virgen refleja el resplandor más vivo de su divinidad.

De aquí que para este alto fin no bastaba la adoración de los pastores, de los sencillos e ignorantes, de los judíos, necesitábase más la adoración de los gentiles, de los grandes coronados y extranjeros al pueblo de Israel. Era la adoración por parte de los que no habían escuchado la voz de los profetas.

Como comprobante de cuanto vamos relatando, diremos que el celestial prodigio de la estrella que atrajo a los Magos del Oriente a la humilde cueva de Bethlén es un hecho, recordaremos la gran circunstancia histórica en que se manifestó y que era su preparación, a saber, que era *opinión antigua y acreditada en todo Oriente, fundada en antiguos oráculos, que en aquel tiempo debía salir de la Judea un Poder que regeneraría el Universo*. Los historiadores, Tácito Suetonio y Josefo, refieren este rumor en términos muy semejantes, que demuestran ser ecos de aquél. Cicerón y Virgilio, el primero en su tratado de *Adivinación*, y el segundo en la cuarta *Égloga*, demuestran que ésta era la gran preocupación de su época, preocupación que Vespasiano y Herodes trataron de aplicársela en su provecho. Y Josefo y el Evangelio dan voz de alerta y San Matheo dice (XXIV. 23 y 24): «Si alguno os dijere: el Cristo está aquí, o está allí, no le creáis; porque aparecerán falsos Cristos, que harán grandes señales y prodigios; de suerte que a los escogidos, si fuere posible, caerían en error».

Es opinión general que los Magos venían de la Arabia y así lo indican sus presentes; eran de importancia, así como Emires, que juntaban entre sí los tres caracteres de la Ciencia, la Religión y la Soberanía. Su religión era el Sabeísmo o culto de los astros, representando por este culto una de las fases del error en que estaba sumido el gentilismo, y en esto se manifiesta la Providencia, atrayéndolos a los pies de la cuna de Jesús, haciéndolos como comisionados de lo porvenir, señalándolos como las primicias de la conversión del gentil al Cristianismo. Esclárese más este designio cuando se le compara con la adoración de los pastores. Estos representaban al pueblo judío, y como la doctrina del Mesías debía reunir a los dos pueblos, al judío y al gentil, su cuna recibe las adoraciones de ambos. Hay no obstante una aclaración que hacer en este punto, y es que el judío es hijo de la primera alianza, de cuya ley ha huido el gentil, y por esto los pastores son los llamados por los Ángeles como por hermanos e iguales. Mas los gentiles tienen sólo el espectáculo de la naturaleza, la luz exterior del sol y de las estrellas que han convertido en sus dioses, y por ello la Providencia se sirve de esa causa de su extravío religioso para hacerla instrumento de su conversión a la luz verdadera, al astro divino que acaba de nacer.

Una estrella los indica, los señala, los atrae y conduce a Bethlén, una estrella milagrosa, una estrella inteligente, mejor dicho, un destello de la sabiduría divina concentrado en tan hermosa estrella. Y esto mismo dan ellos a entender cuando dicen *Hemos visto su estrella*, la estrella anunciada, aquella hermosa constelación que no hacía sino asomar y centellear deslumbrante, apareciendo y ocultándose a la vista de los asombrados Magos.

Hay motivos fundadísimos para creer, que esa estrella, además del interior atractivo que ejercía Jesús en el corazón de los Magos, hallaba un auxiliar muy poderoso en la preocupación general que volvía todas las miradas del Oriente y Occidente a la Judea, al lugar misterioso en que debía cumplirse la profecía de *La Estrella se levantará de Jacob, de Jacob saldrá el dominador*.

Que esta era la creencia general, lo demuestra el discurso de la divina relación, según San Matheo:

«Habiendo pues nacido Jesús en Bethlén de Judá en los días del rey Herodes, vinieron del Oriente a Jerusalem unos Magos.

»Diciendo: ¿dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Porque vimos en Oriente su estrella, y hemos venido a adorarle.

»Y oyendo esto el rey Herodes, se turbó, y todo Jerusalem con él.
»Y juntando todos los príncipes de los sacerdotes y los escribas del pueblo, les preguntaba dónde debía nacer el Cristo.
»Y ellos le dijeron en Bethlén de Judá, porque así está escrito por el profeta.
»Y tú, Bethlén, tierra de Judá, de ningún modo eres la más pequeña entre las ciudades de Judá, porque de ti saldrá el capitán que gobierne mi pueblo de Israel.
»Y entonces Herodes, llamando ocultamente a los Magos, averiguó cuidadosamente de ellos el tiempo en que les había aparecido la estrella.
»Y los envió a Bethlén diciendo: id y preguntad con disimulo por el Niño, y en hallándole dadme noticia para ir yo también a adorarlo.
»Los Magos habiendo oído al rey, marcharon. Y he aquí que iba delante de ellos la estrella que hablan visto en el Oriente, hasta que llegando se paró encima de donde estaba el Niño.
»Y viendo los Magos la estrella se llenaron de una alegría muy grande.
»Y entrando en la casa, encontraron al Niño con su Madre María, y postrándose, le adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron dones, oro, incienso y mirra.
»Y habiendo recibido en sueños aviso de que no volvieran a Herodes, se volvieron a su país por otro camino».

Con tanta hermosura y sencillez bíblica relata el Evangelio la llegada y visita de los Magos a la cuna del Redentor, y nada decimos en confirmación de este grandioso hecho mas que las consideraciones que sobre la adoración se desprenden y consignamos, terminando este pasaje con las sublimes palabras del Evangelista.

Hemos hablado del hecho admirable del nacimiento del Hijo de Dios, de la adoración de los Pastores y de los Reyes Magos, de un hecho tan grandioso para la Iglesia en la solemne fiesta de la Epifanía y por la narración del Evangelista hemos visto la participación que en el hecho tuvo María, como prueba irrecusable de su coparticipación y prueba evidente en contra de los anticatólicos, que ha pretendido dar una obscuridad a la vida de la Señora que correspondiese a los fines propuestos por los racionalistas y filósofos. Véase, pues, de una manera clara y evidente, que María tuvo la participación correspondiente que el cielo la había señalado, y su nombre aparece, figura y participa en todo cuanto es necesario a los fines señalados por Dios y para la armonía de tan memorable hecho.

Capítulo XIV

BETHLÉN; SU TRADUCCIÓN AL CASTELLANO, SU SITUACIÓN, SU HISTORIA. -
TEMPLO DE LA NATIVIDAD, SU HISTORIA, LA SANTA, GRUTA, SU ESTADO
ACTUAL, ALTAR Y CRIPTA DE SAN JOSÉ Y DE LOS SANTOS INOCENTES.

- I -

Cuantos han visitado a Bethlén, dicen que un contento especial se experimenta en sus campos, peñas, horizontes y hermosos celajes, tan puros, de luz transparente, tan diáfana como encantadora; la alegría impera en aquel hermoso valle, así como contrasta su verdura, su hermoso panorama, tan cubierto de variada vegetación y flora, con los tintes y melancólicos alrededores de Jerusalén, tan llenos de ruinas y de tristes recuerdos. El trayecto que media entre ambas ciudades es corto, en dos o tres horas a caballo se recorre la distancia que separa a las dos conocidas ciudades que podemos denominar la cuna y el sepulcro, nombres que

llevan en sí ideas tan distintas, la vida y la muerte, y aquí que la naturaleza, en sus aspectos, responde con su conjunto a ideas tan diferentes. Viniendo de Jerusalén el viajero ha de pasar por el sitio en que estuvieron y se ostentaban los célebres jardines de Salomón. Aquellos encantados vergeles han desaparecido y las hordas de los ejércitos, que sólo siembran desolación y tristeza, saqueo y destrucción, llantos y maldiciones, que es la gloria militar, no ha dejado más que el nombre y ni un vestigio ha quedado de aquellos vergeles.

¡La campiña de Bethlén cuántos puntos de semejanza con nuestras campiñas orientales de España! como en ellas, como en esas hermosas riberas del Mediterráneo, sin igual en el mundo, ni aun en la misma Italia, el nopal retuerce sus carnosas ramas, sus anchas hojas semejan palas que esperan el rojizo fruto azucarado, de su seno, para rebotarlo cual espinosa pelota, el áloe, con su fantástico aspecto, el blanquecino y honrado olivo, con sus sazonados frutos que destilan el bálsamo de la luz que ilumina el templo y la antigua lámpara del doméstico hogar, el fuerte y laborioso algarrobo con sus hojas de brillante verde y sus negros frutos destilando miel y nutritivo alimento para el ganado y para el hombre, pues por algo se le denomina *pan de San Juan*, por haberle servido de alimento en desierto; la higuera, tan pomposa, con su lujuriente verdura y tan falsa en su madera como lo es su indigesto fruto, el amarillento albaricoquero, el ciruelo y el bíblico cinamomo se alinean en los ribazos delimitando las heredades y formando un hermoso cuadriculado que encierra fecundos campos en que amarillea el dorado trigo, el ruidoso maizal y la enana judía, forman un inmenso tablero en el que se destacan como grandes punzones que sujetaran aquel hermoso tapiz las erguidas palmeras, mecidas y adormidas en su polen embriagador, cimbreadas a los impulsos de la suave brisa. A lo lejos, los montes de Moab, con su tono violáceo, dulcificado por la distancia, cierran un horizonte tan bello y encantador que el viajero se siente con alegre deseo de pisar aquella tierra, desmontar y arrancar las flores que bordean las sendas que recorre su caballo, antes de llegar a aquel pueblo que blanquea, dominado por imponentes cúpulas que coronan aquella agrupación de edificios y que sólo parece accesible por la parte que recorreremos viniendo de Jerusalén, y en la que penetraremos por la misma puerta que entraron José y María cuando a ella llegaron en demanda de hospitalidad.

Tal es el aspecto de la antigua Efrata, viniendo por la parte de Jerusalem, por la que llegamos a la dichosa Bethlén, la *casa del pan*, cuya es la significación castellana de Bethlén. Los hijos de esta ciudad son apuestos y de bella configuración, se llega entre ellos a edad muy avanzada. Las mujeres descuellan sobre todas las de Palestina por su hermosura, y sólo admiten como rivales a las de Nazareth. Ambas se distinguen por sus hermosos y artísticos trajes. Visten túnica azul con mangas perdidas, adornada con hermosos recamados, capa o manto rojo (*mendir*), y a la cabeza la ligera y blanquísima toca, con el casquete (*salna*) adornado de menudas monedas y medallas de plata y oro graciosamente combinadas, y cuya especie de mitra realza su hermosa estatura y escultóricas proporciones. Su calzado consiste en sandalias las pobres y zapatos con tacón las de las clases más ricas, y cuyos colores varían del amarillo, rojo o negro: las de clase inferior usan también el gorro y el manto blanco como las nazarenas, y la túnica azul pero lisa, sin estofado ni bordados.

Los hombres son robustos, de rostro agraciado, negra barba que tiende a azulado como sus ojos, son apuestos y gallardos. Pasan por valerosos y turbulentos, pero lo desmiente su trato franco y amable, que hace borrar esta fama. Visten el elegante traje del país con sus sacos o gabanes en forma de jaique listados de vivos colores, y cubren su cabeza con el característico gorro.

Antes de entrar en Bethlén, se encuentra una antiquísima construcción que denominan la Tumba de Raquel, y de la que luego cuando visitemos los monumentos de nuestra fe hablaremos de ella y de su importancia. A la derecha del camino sobre una colina se ve el pueblecillo de Beit-Djalet, y entre sus modestos edificios descuella el Seminario que ha construido el Patriarca latino. Lentamente nos hemos ido acercando a la ciudad de la alegría, a

la ciudad cuna del Salvador, circunstancia que la embellece más y más a nuestros ojos. Sus jardines en que crece la anémona encarnada de brillante y espléndido color, las pimpinelas amarillas y azules, los numerosos jacintos y un hermoso clavel silvestre que no conocíamos, forman como una guirnalda en torno de aquella ciudad tan hermosa, tan simpática con la especial construcción de sus hermosas y artísticas casitas, tanto, que el ánimo desea penetrar en ellas, penetrar en las alegres casas tan llenas de macetas con variadas flores, y subir aquellas escaleras al aire libre con rústicas barandillas de madera, y que desde aquí contemplamos en una hermosa tarde de primavera en que una brisa tibia y perfumada con el aroma de las flores y del heno de sus campos, parece elevar un himno de luz y de perfumes a la Divinidad que la eligió por cuna de su Hijo amado.

Bethlén reúne aún mayor encanto para el viajero que llega a sus puertas, el encanto de la proverbial amabilidad y cariño de los belemitas, que en número de más de dos mil quinientos de sus habitantes son católicos, mil quinientos griegos, unos cuatrocientos armenios y seiscientos los musulmanes: tal número de católicos y cristianos consuela el alma, y decimos: Bethlén está en Palestina dominada por el islam, pero es una ciudad católica; sus hermanas, muertas de consunción; y esto tranquiliza el ánimo y alegra el alma.

La ciudad se encuentra encerrada en sus antiguos límites, no porque murallas limiten su recinto e impidan su expansión, no, es la misma naturaleza, es la misma situación topográfica la que le impide, extenderse.

Una grata impresión produce la entrada en la ciudad, sus calles algo más cuidadas y limpias, con la blancura de aquellas especiales construcciones, produce efectos de bienestar, de trabajo y de vida laboriosa, pues Bethlén, además del cultivo de sus campos, tiene vida industrial dedicada a trabajar el nácar, rosarios, cruces y otros mil objetos piadosos que de aquella llegan a nuestras ciudades.

Diremos ahora cuatro palabras de su antigua historia y visitaremos los inestimables templos de nuestra fe, la cuna del Redentor, en la que oraremos y besaremos las venerandas reliquias de los objetos que el Salvador consagró con su cuerpo o con su presencia.

Efrata, que en lengua hebrea significa *feracidad, riqueza agrícola*, fue el antiguo nombre de Bethlén: dicese que Abraham, al visitarla, la llamó Beth-Lehem o *casa del pan*, de donde tomó el nombre con que hoy es conocida. Asienta sobre dos colinas oriental y occidental, rodeadas por Norte, Este y Sur, por los hermosos valles que hemos descrito: está sobre el Mediterráneo a una altura de ochocientos cuarenta metros. En ella nació y vivió David, siendo allí mismo ungido por Samuel; en tiempo de las Cruzadas Tancredo se apoderó de ella, clavando su estandarte de la cruz sobre la iglesia del Nacimiento, en la misma hora en que nació el Redentor del mundo. Bethlén ha sufrido, como todas ciudades de Palestina, los reveses de la guerra, y ha visto incendiados y devastados sus templos, saqueadas sus casas y perseguidos sus habitantes católicos. Hoy goza de una mayor tranquilidad y sus pacíficos habitantes pueden dedicarse a las industrias sin temores de nuevos atropellos, pues la media luna no anda tan creciente que su menguante no se manifieste de una manera ostensible.

Excusamos extendernos en más detalles históricos, pues lo que interesa a nuestra narración son los grandiosos hechos de la vida de María, relacionados al par con los de su Hijo, y dar a conocer las memorias que los católicos veneramos en aquella tierra consagrada por el Salvador y su Santísima Madre: así, pues, basta con lo enunciado, y encaminemos como peregrinos nuestros pasos a la iglesia de Santa Catalina y bajemos a la santa cueva en que nació Jesús.

- II -

Subiendo por aquellas angostas calles, que baña un sol espléndido, deslumbrador, que ciega con la reverberación de tanta blancura, llegaremos a una gran plaza, y al entrar en ella, antes de que nuestra pluma presente las impresiones personales que en nuestro corazón produce la avenida, atrio o compás que precede al templo, dejaremos que antiguos peregrinos nos la describan, pinten y nos trasladen sus emociones ante aquel sagrado recinto, que haría latir su corazón como latía el nuestro al ver próximo a la realización tan noble y deseado momento de visitar la cuna del Redentor del mundo.

Fray Antonio del Castillo, que escribió en 1620, dice en su obra *El Devoto Peregrino*: «Antes de entrar en la iglesia hay una plaza muy grande toda cubierta de piedras blancas muy lindas, tres cisternas se ven en ella, y a la parte que mira al Occidente existe un edificio el cual llaman el estudio o escuela de San Jerónimo por ser aquí donde el Santo enseñaba a sus discípulos; mas hoy está hecha caballeriza y allí meten sus caballos los turcos que van y vienen a Hebrón. Tiene la iglesia cinco naves, sustentadas sobre cincuenta y dos columnas de pórfido, que no tienen precio ni hay otras en el mundo. Las paredes están cubiertas de medio arriba de mosaico, con muchas historias del *Testamento Viejo y Nuevo*, apropiadas al misterio de la Natividad del infante Jesús; de medio abajo lo están de jaspes blancos, negros y rojos, cosa que vista causa maravilla. Todas las maderas y vigas son de cedro. La portada es grandiosa y tiene tres puertas; las dos están tapiadas, y la de enmedio también casi toda, de modo que no hay más que una puertecita muy pequeña por donde se entra medio inclinados. La razón es porque no se entren los turcos con sus caballos a estar allá dentro, que lo hacen; y así todas las puertas de los cristianos están de igual manera, porque en viniendo los turcos, luego se entran a aposentar con los caballos en lo mejor de la casa. Toda la iglesia está cubierta de plomo, y tiene un maravilloso ventanaje, con hermosísimas flores y labores de mosaico, que causa maravillosa y agradable vista».

Aquilante Rocheta, que visitó en 1599 la basílica, dice que la cubierta de plomo fue colocada en el mismo año de la toma de Granada y que a esta obra contribuyeron los Reyes Católicos, y por último, Chateaubriand, cuando hizo su viaje a Tierra Santa, dice:

«El convento de Belén está unido al templo por un patio de elevados muros. Lo atravesamos, y por una puertecita lateral penetramos en la iglesia. Data ésta, sin duda alguna, de remota antigüedad, y aunque varias veces reparada, conserva visibles muestras de su origen griego: tiene forma de cruz, y adornan la nave cuarenta y ocho columnas de orden corintio, dispuestas en cuatro líneas, columnas que miden dos pies y seis pulgadas de diámetro junto a la base, y diez y ocho pies de altura, contando la base y el capitel. No tiene la nave bóveda, así es que las columnas sólo tienen un friso de madera, el cual sustituye al arquitrave y a la cornisa; en las paredes se apoya una armadura de madera de cedro, pero esto es un error. En los muros, que en otro tiempo estuvieron adornados con cuadros de mosaico y con pasajes del Evangelio escritos con caracteres griegos y latinos, de los que se observan aún vestigios, ábrense grandes ventanales. Los restos de mosaico y algunas tablas que existen aún en diferentes puntos, son muy interesantes para la historia del arte; por lo general presentan las figuras de frente rectas, tiesas, sin movimiento y sin sombra; pero su efecto es majestoso y severo, como noble su carácter».

Otro viajeros modernos describen esta monumental basílica, tan digna de estudio y de veneración para el católico: muchos son los que acerca de ella han escrito, y después de citarlos y dar sus impresiones personales, daremos las nuestras ante lugar tan maravilloso para la fe, del lugar cuna del Salvador y punto de donde arrancó la poderosa luz del Evangelio que había de iluminar al mundo e imperar en los corazones como ley de la redención y de la esperanza.

D. Ángel Barcia, en su citado viaje a Tierra Santa, dice: «Seguimos, primero, una calle ancha, desde la que se descubre el panorama de la ciudad, los conventos de la Basílica y las

vertientes que bajan al valle; otra más estrecha después en que está el bazar, y al fin de ésta nos encontramos en una gran plaza, o más bien una inmensa explanada, descubierta por la izquierda, por donde el terreno, lleno de losas sepulcrales, desciende en rápidas pendientes. Al frente, con un aspecto, teatral, se alzan los muros medioevales, cortados en planos y líneas grandiosas, de los tres conventos latino, griego y armenio, que rodean la soberbia basílica constantiniana que cubre la gruta de la Natividad, *el portal de Belén*. Nada más hermoso que esta plaza. Es una decoración admirable. La falta completa de simétrica monotonía que hace la delicia de los civilizados alineadores de casas, junto con un grandioso estético y libre, presta a aquel montón de edificios algo de lo que tiene la naturaleza no estropeada por el hombre, y hace que la obra de éste se una perfectamente con la obra de aquélla; entre aquel magnífico extremo de la ciudad de David y las colinas sobre que asienta con sus hermosos fondos de la sierra de Moab, puede decirse que hay cierta *unidad de factura*».

Y en verdad que es necesario contemplar a la espléndida luz meridional aquella desierta plaza, aquel vasto terreno, cerrado en parte por las románticas paredes de ennegrecidos sillares, en medio de un silencio interrumpido tan sólo por el claro y armonioso piar de las golondrinas, tan numerosas y alegres, que recuerdan la soledad silenciosa de los campos de nuestra España en algunas regiones, como en la de Valencia, donde no se oye el canto de pajarillo alguno, pues en su afán de destrucción los naturales de aquel país, ni aun dejan vivir al inocente pajarillo, alegría del campo, y que con insensatez suma aniquilan a la inocente golondrina, tan respetada y querida por los mismos beduinos. Por aquella desierta plaza cruzaban con rápido vuelo, semejante a vertiginosa caída, para remontarse a posar en lo alto de los tan vetustos paredones que encierran la basílica constantiniana y la cuna del Señor, siendo ellas como sus guardianes y cantores. El aspecto de aquel vasto compás con sus desiguales construcciones, sus quebradas líneas, todo sellado con la patina de los años, con ese color de oro viejo que la luz abrasadora del sol comunica a la piedra dándole tonos tan suaves como atractivos, nos encantaba y largo rato permanecemos contemplando aquel hermoso conjunto y el panorama que por el lado que deja franco el horizonte se admiraba, llegando nuestra vista hasta los límites que cierran los montes de Moab con sus atractivas líneas. No hubiéramos abandonado tan pronto aquel hermoso mirador, si el ansia y el deseo de penetrar en la iglesia y descender a la cripta de la Natividad no impulsara nuestro ánimo con vehementes deseos, con ansia de humillar nuestra frente ante la piedra en que descansó el santo pesebre, cuna de un Dios, ¡cuna del Verbo humanado al descender de los cielos!

Contemplemos por última vez por hoy este hermoso agrupamiento de edificios, el convento latino, la basílica de Santa Elena y la iglesia de Santa Catalina, todo ello circuido de los recios muros y grandes sillares, con los macizos contrafuertes y las torres almenadas que le dan aspecto de inexpugnable fortaleza. El lado Norte le ocupa el convento latino: el del Oeste se alza sobre el terreno que en tiempos pasados fue el espacioso atrio rectangular de la basílica con pórticos elevados y aljibes, y en el Sur el convento armenio por donde tiene la entrada en el convento griego. Al Sureste una grande extensión junto al presbiterio adornado por un jardincillo y en la parte Noreste, que como hemos dicho, deja libre el valle, se descubre el horizonte de que hemos hecho mención.

Tal es el conjunto de este incomparable y grandioso escenario que prepara el ánimo para más gratas impresiones, avancemos, entremos en el vasto claustro.

Penetramos a través de humilde puerta y nos encontramos el claustro, construcción de los Cruzados: claustro de desnudas y sencillas ojivas que hacen pensar en aquella edad de hierro, de fe y de constancia para acometer empresas cual las legendarias Cruzadas, inspiración de toda poesía, poema de grandeza y de heroísmos, para venir a comparar aquella edad con nuestra prosaica, fría, calculadora y egoísta edad en que no hay más interés ni móvil que el interés utilitario de la esfera de los sentimientos y goces materiales. Aquellos muros que fueron blancos y hoy conservan un tinte agrisado que acusa su antigüedad, aquellos arcos

tapiados con viejas paredes en la parte que da al patio, respiran un ambiente de sufrimiento y convulsiones de luchas y profanaciones, que llenan el corazón de tristeza y de esa melancólica poesía de las ruinas.

Por una puertecilla que comunica con el templo, penetramos en él, pero al contemplar desde ella parte del interior de aquél, la vista percibe un ambiente de luz azulada, de una luz dulce y misteriosa que contrasta con la intensa, difusa y deslumbradora que reina en el patio.

Penetramos en la iglesia y el ánimo se sobrecoge ante aquella dulce calma, la vista reposa descansada con aquella luz suave que produce en la retina una sensación de frescura y bienestar. La vista se explaya entonces con la contemplación de la basílica más hermosa del mundo. No conocemos nada que iguale a este templo en majestad, sencillez, gusto y sentimiento religioso. Las primitivas basílicas del arte latino, esos templos tan sencillos, tan llenos de unción cristiana como Santa María de Naranco, Santa Cristina y San Lino, tienen para mí más encanto, más belleza y espíritu cristiano que esas catedrales góticas, tan admiradas, tan espirituales y llenas de encanto y delicado arte. Bellas son, sí, no hay que negarlo; aquellos rosetones calados con vidrieras de colores que tamizan la luz en torrentes de topacios, turquesas y esmeraldas, y a través de las cuales parece entreverse la luz del paraíso, son hermosas, incomparables muestras de un arte que siente y traduce las aspiraciones a la felicidad eterna del Cristianismo. Pero bellas y tanto más lo son para mí esas basílicas de redondos arcos, de techos alfarjiados, o de robustas bóvedas, de estrechos ventanales y monolíticas columnas, parecen encerrar en sí algo de la catacumba, algo de los tiempos de la persecución cuando las virtudes y la fe se aquilatan en el crisol del sufrimiento y del martirio, templos en que entra por mucho la elevación y el triunfo de Jesucristo, pero fortalezas al exterior para resistir todavía el empuje del enemigo: templos en los que se combina con aquellas columnas el rumor de las pesadas armas, el camisote de malla con el relucir de la *Franciska* de doble filo. Aquella sencilla majestad, que sin acudir a lo aparatoso, resulta grande en su misma sencillez, armoniza mejor en nuestro concepto con el Evangelio, con el espíritu católico en su severa grandeza y bondad.

Así pues, no os extrañe que al contemplar aquella iglesia tan grande y tan pobre en su despojo, tan grandiosa en su primitiva sencillez, mi admiración y entusiasmo me hicieran enmudecer y contemplar con la mirada hundida en aquel bosque de rojas columnas de pórfito veteadas de azul y se elevara mi espíritu en medio de aquel caos de color que giraba ante mis ojos iluminado por una luz tan suave como misteriosa. Ante aquel templo, tan genuinamente latino, ante aquel augusto monumento, que califico como el más antiguo y el más propio y verídico, auténtico y fehaciente del cristianismo, mis rodillas se doblaron y humillado contemplara aquel espacio de mundo encerrado por muros y cubierto por sencilla techumbre, todo ello evocado por el genio del arte inspirado en la santa idea del catolicismo que sobre su cuna se levantó para cubrirla como digno fanal de tan inapreciable joya.

Cuando la imaginación y el sentimiento artístico rebajó sus vuelos, cuando el goce estético dio lugar a la razón, al examen de tanta belleza, entonces comenzamos a ver, principiamos a reconocer el mérito y el valor de aquella joya arquitectónica, tan singular, tan hermosa, que no tememos en creerla superior -en el concepto del sentimiento católico- al mismo San Pedro de Roma, a todos los templos modernos en que la belleza estriba en el conjunto matemático de la potencia y de la resistencia.

Entonces es cuando podremos dar, como lo vamos a hacer, la descripción de tan hermosa e inspiradora Basílica, aun cuando la despojáramos de grandiosa idea, del gran joyel sobre que descansa, y prepara el ánimo para las dulces, gratas e inspiradoras alegrías y dichas que nos esperan en las criptas del templo.

Este notable monumento fue construido sobre el terreno adyacente al en que se halla la santa cuna de la Natividad del Señor, por la emperatriz Elena en los años de 327 del nacimiento de Jesús. La planta es la de cruz latina y sus proporciones son majestuosas. Tiene de Oeste a

Este, pues esta es su orientación, cincuenta y seis metros y treinta y cinco y ochenta centímetros de anchura en transepto, y la de las naves es de veintiocho con treinta centímetros. Hoy la nave no se ostenta en toda su majestad y proporciones merced a una pared que la estupidez y barbarie de los cismáticos griegos han levantado, cerrando el templo en su longitud y dejando la parte inferior como un atrio o vestíbulo, que se halla en el mayor estado de abandono e incuria, sirviendo de patio para que jueguen y hagan otros excesos los muchachos y sirva ¡brutos! de campo de ejercicio a los soldados turcos. ¡Y la Europa católica, las naciones que se llaman civilizadas... tan tranquilas! Tratárase de una sospecha de ofensa al criado de cualquier embajada, para que esto produjera una nota o quizá una guerra por el prestigio de la bandera nacional, pero que los griegos se apoderen de lo que no es suyo, despojen a los latinos de lo que de derecho les corresponde, y conviertan en pocilga la basílica de la Natividad del Señor, que insulten y apaleen a los cristianos... eso qué importa; si se tratara de haberse apoderado de unos fardos de telas o cargas de algodón... ¡ah! entonces sería otra cosa; ante semejante hecho se conmovería ese mito o ridícula farsa de lo que se llama derecho internacional y tendríamos un conflicto; pero que los griegos nos roben lo que de derecho corresponde a los latinos, que nos quiten la cuna del Salvador del mundo... eso qué importa; ¿qué riqueza representa ni qué valor tiene en el mercado ese templo ni esa reliquia? Y hago punto en este punto, pues no quedaría muy bien parado el catolicismo de algunas naciones, ni en buen lugar nuestra decantada y materialista civilización.

Destrozado y maltrecho, aún esta parte del templo resulta hermosa, sin vidrieras las ventanas, llenas de polvo y otras porquerías, con desconchadas paredes que conservan en lo alto borrosos rastros de las antiguas pinturas donde no ha podido llegar la bárbara mano del musulmán ni la astuta y traicionera del cismático, preferimos es resto del profanado templo, pues en medio de su destrucción resulta más grandioso y como anonadando a sus verdugos con su majestad y grandeza. Como hemos dicho, aquel estado de abandono, aquel pavimento destrozado, aquellas hermosas columnas monolíticas de roja piedra veteada de azul que aplastan con su majestad y que con sus colores, demuestran el enojo y la vergüenza que tiñen a la insensible piedra; colores que cual al rostro, suben con la palidez del enojo el azul y con el rojo la vergüenza, representan la triste situación a que ha venido a parar el templo que debiera ser no de una nación, sino de la cristiandad entera.

Ahora bien: entre el estado de pobreza y de incuria en que hoy se halla esta parte del templo, la prefiero a la otra tan ridícula y abigarradamente adornada, tan llena de parches y mamarrachos como los griegos en su mal gusto han pretendido adornarla.

En cinco naves se divide el templo, formadas por las cuarenta y ocho hermosas columnas de que hemos hecho mérito y que se implantan en cuatro filas. La nave central es más ancha, y el crucero tiene las mismas dimensiones, terminando las naves con dos ábsides de iguales dimensiones que el central. La techumbre de madera cedro es relativamente moderna en comparación con el templo, y es un modelo de elegancia y buen gusto en el dibujo y ejecución. El pavimento de ricos mármoles desapareció robado por los musulmanes para adornar la mezquita de Omar. Los restos de los mosaicos que cubrían las paredes, van desapareciendo lo mismo que las pinturas del tiempo de las cruzadas; nada queda, nada adorna esta parte del templo mas que las lámparas que se ostentan en la nave central, y otras más pequeñas en las laterales adornadas con huevos de avestruz, según costumbre oriental.

Atravesando el muro que como cartel de ignominia y perversión de gusto y profanación allí tortura la hermosa basílica, comienza la iglesia actual con el coro griego en el centro y el altar armenio en el ábside del Evangelio, y una vez en este recinto, el gusto, el sentimiento estético, protesta de tanta profanación artística ante aquel escaparate de quincallería y prendería. ¡Dios perdone a los griegos los crímenes cometidos contra el arte en su santo templo!

Inmediatas al ingreso hay dos puertecitas, la del Norte comunica con el convento de los PP. Franciscanos, los verdaderos y antiguos dueños del santuario. Atravesada la puerta se penetra

en lo que hoy es verdaderamente el templo, que con el corte de las naves queda en forma de cruz griega. Los tres ábsides de que hemos hablado no tienen cubierta de madera sino bóveda, y el central, mucho mayor, se halla elevado setenta centímetros sobre el nivel del pavimento de la iglesia. En la parte del Evangelio se abre una puertecita bizantina que conduce descendiendo por una escalera a la cripta del Nacimiento. Hoy los griegos y armenios son los dueños de la iglesia merced al despojo que de ella han hecho a los latinos, el ábside central lo ocupan ellos para sus ceremonias y culto, y el del lado del Evangelio los armenios; los latinos sólo tienen derecho al paso por el templo; ¡quién sabe si el día de mañana se les será privado si así se les antoja a los disidentes!

Antes de descender al más grande de los santuarios, echemos una mirada sobre la iglesia, desfigurada hoy con parches y altares llenos de oro y pintarrajeados de pinturas más o menos antiguas y no siempre buenas. Miles de colgajos de telas, huevos de avestruz que la convierten en un gabinete de historia natural, en prendería de cintajos y telas, ramos y cachivaches que le dan todo el aspecto de esos ridículos adornos con que exornan con mal gusto las gentes de los pueblos sus iglesias llenándolas de flores inverosímiles de trapo, con rabiosos colores y hojas de una naturaleza imaginaria. Al contemplar aquellos adefesios de tan mal gusto, suspirábamos casi por la desnudez grandiosa y majestad de la parte profanada, allí cuando menos no campea, reina ni impera el mal gusto que predomina en la iglesia griega. Hoy, merced al estado de enemistad en que se encuentran los tres conventos, hace que nada se restaure, pues ninguno consiente que se ponga la mano en el templo para que no se puedan alegar derechos de propiedad el día de mañana; tanto, que si un cristal se rompe, ya no se repone, pues si uno lo pusiese el otro lo quitaría para evitar la apropiación, y así el templo va perdiendo y perdiendo cada día. ¿Cuándo terminará esta situación? Dios lo sabe; tal vez cuando concluya el indiferentismo de las naciones europeas, y éste no lleva aspecto de terminar por ahora.

Los tres altares que ocupan los ábsides contienen el recuerdo de la Natividad y se levantan sobre el punto que ocupa la cueva, el del Sur representa la Circuncisión, pues dice la tradición que allí es el punto en que fue circuncidado el Niño, y el del Norte encierra la adoración de los Reyes, pues se levanta en el punto en que desmontaron aquéllos para entrar en la cueva. Al pie del altar y en el pavimento vemos una estrella de mármol que determina el punto del cielo en que se paró la milagrosa estrella que los guiaba.

En ambos lados del altar mayor se abren dos puertecillas bizantinas con verja de bronce que conducen a la cripta o cueva en que nació el Salvador del mundo en la noche del 24 de diciembre del año 4004, según el sentir e interpretar de los cronólogos, y 752 de la fundación de Roma.

Acerquémonos a la puertecilla del lado Norte que es la antigua entrada, a la constantemente admirada, venerada y santificada cueva en que tuvo lugar el grandioso acontecimiento de la humanidad; nuestro corazón se impresiona gratamente y nuestros pasos, al mismo tiempo que nos aproximan al lugar del misterio con un respeto y temor que no nos explicamos, parece que aquél nos paraliza, al mismo tiempo que el corazón late apresurado, y como deseando llenarse de la santa alegría de visitar el santo recinto del nacimiento de Jesús. Avanzamos y nuestra vista se hundió en la media obscuridad que reina en la escalera que veo descender. Un estremecimiento, cual si un frío interior corriera por mis huesos y cual el respeto que infunde lugar tan santo, me hizo casi desvanecer, me dominaba, era un temor y respeto parecido al que experimenté al acercarme por vez primera al santo Pilar de Zaragoza. El hecho, lo grandioso del acto, diez y nueve siglos de existencia de la luz de Jesucristo, los millones de mártires, las Catacumbas, el Coliseo, Constantino, Santa Elena, las Cruzadas y toda la historia maravillosa del Cristianismo se presentó en mi imaginación, alumbrada por la vivísima y clara luz que despedía un hermoso Niño tendido en humilde pesebre. ¡Ah, qué emoción más dulce y

arrebatadora! Mis rodillas, antes de llegar al santo lugar temblaban ya y deseaban doblarse ante tan sagrado lugar.

Algo más repuesto, avancé, penetré en el hueco de la escalera y emprendí lentamente el descenso de los quince escalones que por ella conducen. El hueco de la escalera tuerce hacia la derecha y sus paredes están cubiertas de rica y hermosa tela, no sé por qué, pero hubiera deseado el muro desnudo de toda tela, tanto más, cuanto que ésta era la entrada que tenía la gruta cuando el nacimiento del Señor: aquel muro desnudo, viva la roca, hablaría más al corazón que aquella ostentosa tela.

Entramos en la cueva; enfrente de la escalera por la que habíamos descendido, se ve otra que baja también desde la iglesia, más moderna, abierta posteriormente. Entre ambas se ve un hueco, una especie de nicho, lleno de luz, iluminado de una manera y de un resplandor que llenan la vista, deslumbra y conmueve.

¡He ahí el lugar en donde nació Jesús! Caímos de rodillas, y nuestra cabeza se inclinó, nos humillamos hasta besar el suelo del mármol del pavimento, y en esta actitud permanecemos unos momentos ¡Qué menos puede ni debe hacer el católico, el amante de Jesús, su esclavo, ante el lugar santo, venerable y grandioso en que vino al mundo el Salvador de la humanidad! Hay humillaciones que alegran, que llenan el alma de inmenso placer, y en aquel momento en que las lágrimas asomaban a mis ojos, me sentía tan feliz, tan lleno de santa y hermosa caridad, que hubiera querido tener en aquel momento a mi lado a cuantos seres amé y quiero en este mundo, para que fueran partícipes de mi dicha, de mi santa alegría. Hubiera querido tener a mi lado a cuantos me han querido mal, no me atrevo a llamarles enemigos, pues no me creo tan grande que pueda causar la envidia ni el rencor de nadie, para besar sus manos ante aquel altar de la más alta, de la más grande humildad en que el Dios de cielos y tierra quiso posar su planta en este mísero mundo.

Así permanecí unos minutos; nada veía, nada se fijaba en mis ojos de una manera concreta, sólo veía un núcleo de lucecitas cual corona de estrellas que iluminaban un hueco de la peña, un mármol deslumbrante y unas letras que me parecían de refulgente luz que se clavaban en mis ojos, que las veía resplandecientes con los tonos de la que despiden el diamante, irisadas de azul, rosa, oro y nácar, que me decían, me hablaban en dulce y amoroso coloquio con las armonías del arpa:

HIC DE VIRGINE MARIA JESVS CHRISTVS NATVS EST

Un silencio embelesador reinaba en la cripta y sólo era interrumpido por los latidos del corazón, por las vibraciones de nuestros nervios que repercutían sonoros golpes de la sangre corriendo por nuestras venas con inusitada fuerza de la emoción. Vi atravesar como sombras algunos peregrinos que entraban y salían silenciosamente; el fraile que nos había acompañado, atizaba las lamparitas que tanto me habían deslumbrado y añadía aceite a algunas de ellas.

Cuando ya más repuesto de la emoción, cuando hube orado por todos mis hermanos en el mundo, cuando hube pedido por mis padres y cuantos seres comparten conmigo su cariño y existencia, pude darme cuenta del lugar en que me hallaba, quise ya examinar, ver y conocer aquel santo lugar, aquel templo augusto de la cristiandad, saturar mi alma con su impresión religiosa y artística.

Comencé por levantar mi vista para reconocer la cripta: tendrá esta cueva unos dos metros a tres de altura y su bóveda no es la abierta en la piedra calcárea, hízose para asegurar su firmeza, pero en ésta como en otras obras ejecutadas, se ha quitado la inocencia y verdad de la

techumbre del santuario, aquella ya no es la bóveda de la cueva, la verdadera queda oculta por la nueva que la ha separado. El espacio de la cueva es irregular, teniendo unos diez metros de longitud por unos cinco de anchura. El pavimento tampoco es el primitivo y se halla cubierto de mármoles riquísimos, como las paredes. De ellas penden antiguas colgaduras de deteriorado tisú de oro, en el que se ven los blasones de España, de ¡España, la nación católica por excelencia, de la nación que tanto ha hecho por los Santos Lugares, despojada hoy de sus derechos por el abandono de las naciones católicas! Los griegos impiden la renovación de estos venerandos restos, un nuevo pretexto para despojarnos de nuestra propiedad, y... quién sabe si este obstáculo tenemos que agradecerseles; son más venerables aquellos girones de nuestra piedad y grandeza, que unas modernas telas sin historia pero con riqueza: serían mejores y más ricas, pero no tendrían nobleza, semejarían a esa aristocracia moderna que funda su excelencia en fajos de billetes y pilas de monedas, de *treinta monedas de plata* como algunas de las que nos había el Evangelio; en medio de su deterioro las preferimos a las otras. Entre las dos escaleras hay un hueco irregular, especie de nicho u hornacina, en que la roca se conserva intacta en ella, un tablero de mármol blanco sirve de mesa de altar, y debajo de ella, colgadas, arden quince lamparitas propiedad cuatro de los latinos, cinco de los armenios y seis de los griegos, multitud de lamparitas que forman un foco de dulce y suave luz: el resto de la cueva esta alumbrada por treinta y dos lámparas de plata propiedad de España, Austria, Francia y Nápoles. Debajo de la mesa del altar de la hornacina, vese resplandecer en el suelo una brillante estrella de plata que en su centro, abierto, deja ver el mármol y grabada en ella se ve la inscripción de que hemos hecho mérito:

HIC DE VIRGINE MARIA
JESVS CHRISTVS NATVS EST.

Esta estrella, que por su inscripción latina consagra los derechos que los latinos tienen al santuario, fue robada en 1847 por los griegos ¡siempre los griegos! y transportada al monasterio de San Sabas, pretendiendo de esta suerte robar a los católicos un título irrevocable de su derecho y propiedad: siguiéronse largas negociaciones con el gobierno turco por parte de Francia y Rusia, sosteniendo Francia los derechos de los católicos y apoyando Rusia a los griegos cismáticos como era natural, y el sultán Abdul-Medjid resolvió la cuestión mandando poner en dicho lugar otra estrella exactamente igual con idéntica inscripción latina, quedando burlada de esta suerte la estratagema de los griegos; pero a pesar de este reconocimiento, contra todo derecho, contra toda ley, razón y evidencia, el santuario continúa en poder de los griegos, verdad es que estamos en una época en que impera ya, gracias a nuestro estado de civilización tan adelantada, en que ya no estamos en aquellos períodos de la Edad Media, de la época de barbarie, y hoy impera y domina al mundo el derecho, la santa sanción del derecho de... la fuerza, los latinos no pueden celebrar misa, pero sí los armenios y los griegos.

Aquel arco rebajado que forma el altar de la Natividad, aquella brillante estrella fulgurante a la luz de las lámparas, parece y simula como el arco del pórtico del que salió la luz que había de iluminar al mundo con la mirada de aquel Niño divino que allí nació. Enfrente de este altar se ve un hueco en la peña y al lado de él otro hueco al que se baja por dos escalones, su altura es escasa, y en aquel rincón estuvo el santo pesebre en que fue depositado el Niño; es un cavidad de unos dos metros y medio y decorada desde tiempos antiguos con tres columnas que parecen sostener la bóveda aquí natural, como las paredes en que se ve y besa con veneración la roca desnuda de todo adorno: a tres metros de ella se ve el banco que sostenía el pesebre, que fue trasladado a Roma en tiempo de Sixto V y se conserva en Santa María la

mayor: a esta cavidad se descende por dos gradas; reviste el banco un tablero de mármol algo cóncavo y sobre el cual arden cinco lámparas, pertenecientes sólo a los católicos: sobre éstas un hermoso cuadro de Maello con marco de plata representa la adoración de los Pastores; en la noche de la Natividad y durante la misa del Gallo se levanta la losa de mármol y se expone a la veneración de los cristianos la desnuda roca sobre que descansó el pesebre.

A dos metros de este lugar al frente, se levanta otro altar sobre el sitio en que estuvo la Virgen y el Niño durante la Adoración de los Reyes Magos, semejante al anterior y coronado por una estrella campea otro hermoso cuadro de Maello.

En la cripta principal se me olvidaba decir que en medio de ella se ven tres grandes candeleros pertenecientes a las tres comuniones y un detalle que me impresionó desagradablemente, como no puede menos de repugnar a todo buen católico el ver custodiando la santa cueva a aquel centinela turco que silencioso y pegado al muro se pasa las horas.

¿Qué hace allí el soldado turco? ¿Qué le interesa a él tan santo lugar? Nada; nada le importa, ni nuestra devoción ni respeto a aquel santo lugar. Está allí como mudo padrón de vergüenza para las naciones católicas, que consienten y han consentido que los lugares sagrados de nuestra redención sean propiedad o dominio de los mahometanos. ¿Hubiera sucedido otro tanto si el sepulcro de Mahoma estuviese en dominios cristianos? No lo sabemos.

El centinela puesto allí es una garantía para el orden, pues no sería la primera ni la segunda vez que los griegos han promovido cuestiones contra los latinos, y como la paciencia tiene sus límites, han llegado a las manos, se han repartido palos y han tenido que entrar las tropas turcas repartiendo palos para poner en paz a los contendientes. ¡Triste verdad y realidad del hecho!

Sigamos la peregrinación por estos santos lugares, saliendo por la parte Oeste de la cueva, y de paso diremos que la primitiva entrada de la cueva, por la parte del campo, fue cerrada para evitar las profanaciones y atropellos de los turcos; siguiendo el pasadizo se encuentra otra cueva en la que se ve un altar de San José. En esta cueva, dice y venera la tradición, como el lugar a donde se retiró el Santo Patriarca durante el alumbramiento de María, y recibió del Ángel el mandato de huir a Egipto. A continuación de ésta y distanciada por el estrecho pasillo, se encuentra otra cueva denominada de los Santos Inocentes, por ser el lugar donde la tradición señala se refugiaron varias mujeres con sus hijos para salvarlos de la persecución y matanza decretada por Herodes. En ella fueron descubiertas y asesinados sus infantes que enterraron en otra cavidad detrás de ésta, en donde se dice se guardaron sus restos. Hoy está vacía.

Síguense otros santuarios, pero éstos no tienen ya relación con los hechos ni la vida de María, y por tanto no los describiremos por no hacer más larga la relación. Pero sí repetiremos lo que hemos apuntado, que es lástima que el afán de hermohear y modernizar estos santuarios, les haga despojarse de su verdadero carácter, de su sencillez e inocencia primitiva que habla más al alma, al sentimiento católico, que algunas nada acertadas restauraciones, mejor dicho, transformaciones que se han realizado. ¡Cuánto más hermoso, más grande, más sublime, no hubiera sido dejar la santa gruta en el mismo estado en que se hallaba en los primeros siglos del Cristianismo, con su pobreza, su roca al natural, mucho más preciosa por el santo recuerdo, por haber estado en contacto con la Sagrada Familia, que el más rico,preciado y valioso mármol, o el más esplendente metal! Las innovaciones de escaleras y puertas hechas para comodidad y conveniencia, podrán tener su apoyo en aquellas razones, pero nunca lo tendrán en cuanto al arte cristiano, a la estética santa de lo bello, que se pierde con aquellos altarcitos barrocos y cuadros italianos que da el aspecto de una vulgar ermita al santuario de los santuarios nuestra fe.

La santa gruta, tal cual estaba en el momento del nacimiento del Señor, con una sencilla mesa de altar como en las catacumbas o basílicas cristianas de los primeros tiempos, lámparas de estilo de las halladas en los asilos y refugios subterráneos de los perseguidos fieles, recuerdos

sobre el lugar del nacimiento, del trasladado pesebre y de la adoración de los Reyes, el pavimento térreo y la verdad respeto consagrado por la veneración, ¿no sería todo ello más grande, más sublime e inspirador del santo misterio que aquellas lámparas de gusto moderno, aquellos altares barrocos con sus escarolados de oro y sus amanerados cuadros? Creemos que sí y bueno fuera que no se pusiera mano sobre restos tan venerandos en afán de lo que no puede hermosearse más, por ser el sumum de la belleza católico-religiosa.

Inspírense las restauraciones y modificaciones en la grandiosidad del sublime misterio, y téngase en cuenta que no hay que confundir lo bello con lo ostentoso, ni lo amanerado con lo inspirador fuente tan grande de belleza como lo es el santo misterio del nacimiento del Hijo de Dios.

Capítulo XV

LA PURIFICACIÓN DE MARÍA Y PRESENTACIÓN DE JESÚS AL TEMPLO. -LA PROFECÍA DE SIMEÓN

- I -

Iban ya a cumplirse los cuarenta días que la ley mosaica prescribía de aislamiento y reposo después del parto a la mujer israelita, prescripción sabia consignada en el Levítico, y que demuestra el concepto de sus acertadas disposiciones, aun en el terreno de la higiene.

Urgía abandonar aquella bendita cueva, solio bendito de tanta sublime humildad y gloria, y la Familia, una vez cumplidos los preceptos de la ley, había de tornar a su modesta y pobre casa de Nazareth. Se habían cumplido las profecías y los Magos regresado a su país por distinto camino que el que llevaron, en virtud del aviso de un Ángel del Señor que les prescribió no tornaran a Jerusalem ni a visitar a Herodes. Obedeciendo el mandato del Señor, por distintos caminos volvieron a sus tierras burlando la pretensión de Herodes de conocer el sitio en que había nacido Jesús y adorarle. Sus deseos, perversos como sus actos, no pudieron realizarse por el momento, y quedó burlado en los propósitos que el infierno le inspirara.

Otro Ángel, a poco de la partida de los Reyes Magos, había avisado en sueños a José que huyeran a Egipto toda la Familia, un nuevo peligro, así nos lo dice San Mateo en su narración, les amenazaba. Pero este aviso no podía ponerse en práctica sin antes cumplir con el precepto legal de la purificación de la Madre y la presentación del Niño en el templo, y así José determinó marchar directamente a Jerusalem para que María cumpliera con los preceptos de la ley mosaica, y por tanto dejaron la bendita cueva que se había hecho ya objeto de la pública expectación de los belemitas.

Habían pasado más de veintisiete días desde la adoración de los Magos, y María, que se juzgaba en la misma situación que las demás mujeres, deseaba cumplir con la ley y con la otra del Éxodo que mandaba el Señor que le santificasen y ofreciesen todos los primogénitos, y de conformidad con José, no menos cumplidor con los preceptos de la ley, acordaron pasar como hemos dicho a Jerusalem. En la observancia de estas leyes no sólo no tuvo reparo María, sino deseo en cumplirlas, y en cuanto a sujetarse a su reconocimiento, era un deseo no sólo de obediencia, sino de humillarse, deseo siempre constante en su corazón.

Trató María con José de la jornada que habían de verificar, ordenáronla para estar en Jerusalén en el día determinado por la ley; previnieron lo necesario y después de besar el suelo de la ya santificada cueva, entregó María a José el Niño Dios y le pidió la bendición

para la jornada y suplicó a José que se le permitiera hacer a pie y descalza, pues que en sus brazos había de llevar la hostia que se había de ofrecer al Eterno Padre.

No creyó prudente José el consentir con el deseo de María, pues dado el estado de su salud y el tiempo o estación por que atravesaban, era peligroso semejante propósito, que Dios lo aceptaría por su intención aun cuando no lo realizara por la causa expresada. Obediente como siempre María, atendió los consejos prudentes de su esposo y no realizó su deseo materialmente.

La narración de estos hechos se completa mutuamente entre San Mateo y San Lucas: omite el primero la presentación de Jesús en el Templo, y en cambio el segundo la relata minuciosamente; narra éste, como hemos visto, la adoración de los Reyes, y la huida a Egipto, y el otro la omite. Cada uno sigue el hilo de su relación, según el plan y propósito: la presentación del Niño Jesús en el Templo por su santa Madre y la ofrenda de la Purificación, son minuciosamente explicadas por San Lucas, a pesar de la pretendida obscuridad con que se le ha querido señalar por algunos escritores protestantes.

Dice así:

«Y pasados los días de su purificación, según la ley de Moisés, le llevaron (a Jesús) a Jerusalem para presentarle al Señor, conforme a lo que está escrito en la ley del Señor, que todo varón primogénito será consagrado al Señor, y para ofrecer en sacrificio, según lo que está mandado en la ley del Señor, dos tórtolas o pichones».

Emprendieron el viaje, primero que hacía completa la Santa Familia y en el paciente jumento, humilde compañero en las fatigas y dolores que había de experimentar aquel Santo Matrimonio, tomaron el camino de Jerusalem, llevando María en sus brazos al divino Niño Dios, que obediente a los preceptos de la ley de su Padre, iba a cumplirla para ejemplo y enseñanza de los hombres.

Caminaban ya en demanda de Jerusalem, y sucedió entonces, que Simeón, Sumo Sacerdote, fue ilustrado por el Santo Espíritu de cómo el Verbo humanado iba a presentarse en el Templo en brazos de su Madre.

Revelación que igualmente tuvo la santa viuda Ana la profetisa, hija de Fanuel, y de la pobreza y miseria en que iba a llegar aquella piadosa y santa Familia. Llamaron al mayordomo del Templo que cuidaba de lo temporal, y dándole las señas de los caminantes, saliese a la puerta del camino de Bethlén y los hospedase en su casa. Así lo hizo, y encontrando a María, al Niño y José, llevólos a su casa, en donde los hospedó decentemente.

He aquí cómo el Evangelista Lucas relata el hecho con la minuciosidad que hemos notado:

«Y he aquí que había en Jerusalem un hombre justo y timorato llamado Simeón, que esperaba el consuelo de Israel, y el Espíritu Santo estaba en él.

«Había tenido revelación del Espíritu Santo de que no había de morir hasta ver el Cristo del Señor. Y movido del Espíritu Santo, vino al Templo, y cuando los Padres del Niño Jesús le llevaban para dar por Él lo que era costumbre según ley, él le tomó entre sus brazos, y bendijo a Dios diciendo: Ahora es, Señor, cuando ya vas a dejar morir en paz a tu siervo, según tu palabra. Porque al cabo han visto mis ojos al Salvador que nos habíais ofrecido y que habéis preparado a la faz de todos los pueblos como luz que ha de guiar a las gentes y ser gloria de Israel tu pueblo escogido.

«Así es que el Padre y la Madre de Jesús estaban asombrados de las cosas que se iban diciendo acerca de Él. Mas Simeón la bendijo, y dirigiéndose a María Madre de Jesús, díjole: Ve aquí que este ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel y como blanco para los tiros de la contradicción. Y aun tu alma misma será atravesada por un cuchillo de dolor para que se descubran los pensamientos de muchos corazones.

«Había también una profetisa llamada Ana hija de Fanuel, de la tribu de Aser, la cual era ya de edad avanzada y había vivido siete años con su marido con quien casó siendo doncella, y había perseverado viuda hasta la edad de ochenta y cuatro años sin salir del Templo donde

estaba sirviendo de noche y de día, ayunando y orando. Habiendo pues llegado ésta a la hora, alababa al Señor y hablaba de Él a todos los que esperaban la redención de Israel». Hasta aquí el sagrado texto del Evangelista.

La misma tarde de la llegada y antes de recogerse en su hospedaje, acordó el matrimonio lo que debía hacerse. Llevaron del mismo por mano de José los dones ofrecidos por los Magos al templo, y compró las tórtolas que al siguiente día habían de ofrecerse públicamente con el Niño Jesús. Como forastero y apenas conocido José, hizo entrega de los regalos de los Magos, procurando no se advirtiese quién hacía tan gran donativo.

Llegó la mañana siguiente, el 2 de febrero, y prevenidas las tórtolas y las dos velas, tomó María al Niño, y encamináronse al Templo.

En llegando a su puerta, María sintió un estremecimiento, hijo de afectos interiores. ¡Cuántos y grandes acontecimientos habían pasado en pocos meses! Poco tiempo hacía que había salido virgen del Templo para casarse con un varón tan justo y casto como José, y ahora volvía a entrar en el Templo virgen también y con un hijo en sus brazos. ¡Cuán grande es el Señor en sus altísimos misterios!

Pero, ¿a qué iba María al Templo? A adorar y agradecer al Señor tantas bondades, pues iba sobre todo a cumplir, a humillarse y sujetar a su Hijo a una ley que propia y verdaderamente no le correspondía. María pudo haber excusado la humillante ceremonia de la purificación, siendo, como era, Madre de toda pureza, pero esto sólo lo sabía Ella y su esposo José y nadie más; causa era bastante para tranquilizar su conciencia, mas no para evitar el escándalo que pudiera producir la infracción de la ley. Además, María era enemiga de privilegios y de singularizarse y que encubría la santidad más eminente bajo las más vulgares apariencias; ¿había de llamar la atención eximiéndose de cumplir la ley? ¿Su Hijo Dios se había sometido a la ley de la circuncisión, más dolorosa y humillante, y Ella había de querer exceptuarse del precepto de la purificación después del parto? ¿Había de querer privar a Dios del homenaje de presentarle a su Primogénito, siquiera éste fuera Dios, y al Templo santo de sus rentas y tributos? Creo que estas razones que a nosotros nos ocurren, ni siquiera pasaron por la mente de María, pues que en su humildad altísima, ni aun se le ocurriría que pudiera quedar exceptuada de la ley común.

«La Iglesia, dice D. Vicente Lafuente, en el oficio de este día no añade noticia alguna a las del Evangelista San Lucas. En sus primeras lecciones recuerda los capítulos del Éxodo y del Levítico que imponían en él la presentación a Dios de todos los Primogénitos y hasta la ofrenda de los animales primogénitos a título de primicias; este otro (cap. XII) a la mujer el retiro de la purificación y la ofrenda y rito consiguientes para terminar aquél y conseguir ésta. Las tres lecciones tomadas del sermón 13 de San Agustín (*de Tempore*), nada tampoco añaden al texto evangélico. A Simeón le llama *anciano famoso* (es decir, de buena fama y gran reputación), *de muchos años probado y coronado*. En láminas y cuadros suele representarsele revestido de paramentos pontificales, como Sumo Sacerdote. ¿Dónde consta que ni siquiera fuese sacerdote, cuando ni el Evangelio lo dice ni la Iglesia lo consiente?»

Tomó Simeón al Niño y ofreciólo al Señor y profetizó aquel dolor de que hemos hecho mérito al citar el texto evangélico. En medio de la gran satisfacción de María en tan solemne acto de su purificación, de su vuelta al Templo que le recordaba los días hermosos y tranquilos de su niñez, el encuentro de Ana la viuda a quien recordaba de los tiempos de su estancia en aquél, el reconocimiento de Simeón y su melancólico canto de profecía que debió herir lo hondo del alma pura de María, la volvieron a la realidad del mundo y a la de un porvenir sombrío y anublado de dolores.

Simeón ha dicho que aquel Niño que tiene en sus manos, es el Salvador del mundo que Dios envía, es el ofrecido a nuestros pecadores padres en el momento de su expulsión del Paraíso, es el esperado durante cuatro mil años por los pueblos y generaciones y que viene ahora a predicar la buena nueva, la luz del Evangelio, la luz verdadera de filosofía a todas las gentes,

naciones, razas y colores, y completar la promesa hecha a Abraham y su descendencia que había de tener la gloria de que el Mesías naciese de ella.

Lleno de ternura y de gratitud es el cántico del anciano que se despide del mundo sin mirar más que a su Dios que nace y es el último canto de los cánticos e himnos de la Biblia: cántico de despedida, epílogo de esa incomparable poesía bíblica y que mirando a lo pasado, ve cumplidas las profecías y pronuncia un ¡todo está consumado! como treinta y tres años más tarde lo pronunciará aquel desde la cruz redimiendo con su sangre y martirio al mundo y donando a sus verdugos.

Al ver en el patio del templo Simeón al Niño Jesús, sus años, su conocimiento de la humanidad, le ha hecho recorrer de una mirada la historia de los cuatro mil años de vida de la humanidad. Lo que Dios ofreció, cumplido está: pero al ver a María la noche del porvenir rásgase ante su mirada, y ve la trabajosa y penosa vida de este inocente Niño y de su pura Madre, los crueles dolores que les esperan. Entonces Simeón habla y profetiza desgracias: el que ha nacido en una cueva, morirá en un monte; al que han adorado los sabios monarcas guiados por una estrella, lo verá su Madre atravesada del más terrible dolor, ¡el dolor de Madre! morir en un patíbulo, escarnecido e injuriado, martirizado y herido por las maldiciones de la aristocracia de su nación y la hez del pueblo. ¡Ah, dulce María, que el sitio de la muerte de ese inocente Niño no está lejos, desde los patios, del Templo puede verse! Una estrella guió a los Magos; luz brillante cual la alegría proclamaban los astros por el nacimiento de este hermoso Niño, y esos mismos astros se esconderán y apagarán sus luces por no verle morir. Y entonces esta luz, aún niña, esta madre hermosa, pura y con los encantos de la juventud, teme, y no obstante, luego matrona llena de majestad, le verá morir y no se apartará del patíbulo; allí le verá emitir su espíritu al Padre, y abrazada al instrumento del martirio de su Hijo, a la santa, en aquel momento infamante cruz, resistirá dolorosamente prueba tan dura, tan cruel, y aterrada verá temblar de espanto y convulsionarse la tierra y los elementos ante la muerte del justo. ¡Pobre María! El profeta es el órgano por el que habla Dios, mueve sus labios, y el anciano sólo abre su boca para pronunciar palabras tristes y fatídicas que taladran el corazón de María para hacerla vislumbrar allí cerca, en el Gólgota, un terrible sacrificio para su Hijo y su corazón. ¡Terrible redención de la pecadora humanidad que ha de necesitar de la sangre del Hijo de Dios para que se laven sus culpas!

Y José, el casto y honesto esposo de la Virgen, también logra entrever algo de ese triste y sombrío porvenir para el inocente Niño, para aquel hermoso infante que había venido a ser la alegría y el consuelo de su corazón, endulzado por el consuelo del Ángel cuando su lucha terrible en la duda de la pureza y honestidad de María. Aquellas palabras de Simeón han herido su alma, han traspasado también su tierno corazón. Toma al Niño en sus brazos y pasa con él al patio de los sacrificios donde no llegan las mujeres, y por tanto María no entra con él. La escena relativa a la profecía de Simeón, como hemos dicho, tuvo lugar antes de entrar en el Templo, según la relata San Lucas, y antes de la ofrenda señalada y prescrita por la ley de Moisés.

Entonces José entrega los siclos de plata a los sacerdotes de turno en aquel día, y cuyas monedas eran el rescate del primogénito que pasaba ante los ojos del mundo por hijo suyo, y las dos tórtolas ofrenda de los pobres.

Ya sabemos que los Magos ofrecieron oro al Niño en la cueva de Bethlén, y con aquel dinero pudo ofrecer un cordero, como era la ofrenda de los ricos y de los nobles cual a él le correspondía como descendiente de David, pero como en esto pudiera interpretarse a orgullo, y el santo matrimonio tenía por nobleza la humildad, no quisieron dar lugar a suposiciones de los hombres. En tanto la ofrenda del niño se verificaba, María introdujo modestamente en el arca de las limosnas el oro regalo de los Magos a su Hijo, y... cuando los sacerdotes abrieron el arca y hallaron el oro de la Arabia, ¿cómo habían de presumir que aquel oro, aquellas monedas venían de mano de María, de la esposa del pobre carpintero de Nazareth? ¡Ah, y

cuántas veces los cálculos y presunciones del hombre se equivoca en sus juicios creyendo que las grandes limosnas vienen de los grandes ricos y son obra de la pobreza! Ricos eran los Magos, pero su oro no viene al Templo por su mano, sino por las de unos pobres. ¡Cuán feliz debe ser el rico que si no está en contacto con el pobre, busca, sin embargo, al humilde, para que sus limosnas lleguen a aquél por mano del último, tan grande a los ojos de Dios!

El acto de la purificación de María y de la ofrenda del Hijo a Dios había terminado: la ley estaba cumplida por la Madre y el Salvador del mundo, y el puro matrimonio se retiró del Templo. Determinaron pasar nueve días en Jerusalem, presentándose María con el Niño, visitando la casa del Dios de Jehová. Así lo cumplían, pero al quinto día el Señor dijo a María mientras oraba en el Templo, que sus deseos le eran gratos, pero que no podía proseguir cumpliendo su promesa, pues es necesario que para salvar la vida de tu Hijo, pases con tu esposo a Egipto, en donde estaréis hasta que os ordene volver, porque Herodes intenta dar muerte al Niño.

María, llorosa, salió del Templo regresando a su posada y sin manifestar a José la causa de su dolor. Turbóse el santo patriarca ante el dolor de su esposa y ante aquellos ojos anublados por las lágrimas, pero nada le preguntó: quedó turbado y confuso sin saber a qué atribuir aquella pena. Esta turbación y estado de duda fue causa para que Dios, por boca del Ángel, le hablara en sueños mientras descansaba.

-Levántate, le dijo, y con el Niño y su Madre huye a Egipto, y allí estarás hasta que yo vuelva a darte otro aviso; pues Herodes ha de buscar al Niño para quitarle la vida.

Levantóse José lleno de angustia y de temor por María y el inocente Jesús, y comunicó a María el aviso del Ángel del Señor. Acordado el cumplimiento del mandato del Señor, dispusieron la marcha inmediata, y llegándose a donde Jesús dormía, le tomaron en su brazos y cogiendo el jumentillo salieron a media noche de Jerusalem tomando la dirección de Egipto. Al llegar a este punto y dejando a los pobres viajeros en su precipitada marcha, réstanos, para terminar este capítulo, hacer algunas aclaraciones sobre la interpretación que se da para concordar a los Evangelistas en sus narraciones que aparecen disconformes según algunos autores. Y en efecto, no hay tal disconformidad ni desacuerdo, basta sólo leer lo que acerca de este punto dice la venerable Ágreda, para ver de qué manera tan natural, clara y verdadera, esta santa escritora demuestra como por inspiración divina la íntima unión y verdad de los Evangelistas en su narración.

Dicen algunos que San Mateo no habla de los maravillosos sucesos de la presentación en el Templo, con San Lucas que nada dice del degüello de los Inocentes y de la huida a Egipto, San Juan Crisóstomo dice: «¿Qué diremos nosotros para conciliar estos dos Evangelistas, sino es que el regreso a Nazareth precedió a la huida a Egipto? Porque Dios no mandó a José y a María el huir a Egipto antes de la Purificación a fin de que la ley no fuese en nada violada. Pero llenado este deber, ellos volvieron espontáneamente a Nazareth, donde recibieron la orden de huir a Egipto».

María de Ágreda, como hemos dicho, nos resolverá esta duda. Dice la respetada y respetable escritora:

«Y para concluir este (capítulo), se me ha dado a entender la concordia de los dos Evangelistas, San Mateo y San Lucas, sobre este misterio. Porque como escribieron todos con la asistencia y luz del Espíritu Santo, con ella misma conocía cada uno lo que escribía los otros tres y lo que dejaban de decir. Y de aquí es, que por la divina voluntad escribieron todos cuatro algunas mismas cosas y sucesos de la vida de Cristo Señor Nuestro, y de la historia evangélica: y en otras cosas escribieron unos lo que omitieron otros; como consta del Evangelio de San Juan y de los demás. San Mateo escribió la adoración de los Reyes y la fuga a Egipto, y no la escribió San Lucas. Y éste escribió la circuncisión, la presentación y purificación, que omitió San Mateo. Y así como San Mateo, en refiriendo la despedida de los Reyes Magos entra luego contando que el Ángel habló a San José para que huyese a Egipto,

sin hablar de la presentación; y no por esto se sigue que no presentaron primero al Niño Dios, porque es cierto que se hizo después de pasados los Reyes y antes de salir de Egipto, como lo cuenta San Lucas, tras de la presentación y purificación, escribe que se fueron a Nazareth, no por eso se sigue que no fueron primero a Egipto; porque sin duda fueron como lo escribe San Mateo. Y fue inmediatamente después de la presentación, sin que María Santísima y José volvieran primero a Nazareth. Y no habiendo de escribir San Lucas esta jornada, era forzoso, para continuar el hilo de su historia, que tras la presentación escribiera la vuelta a Nazareth. Y decir, que acabado lo que mandaba la ley se volvieron a Galilea, no fue negar que fueron a Egipto, sino continuar la narración, dejando de contar la huida de Herodes. Y del mismo texto de San Lucas se colige que la ida a Nazareth fue después que volvieron de Egipto: porque dice que el Niño crecía y era confortado con sabiduría y se conocía en él la gracia; lo cual no podía ser antes de los años cumplidos de la infancia, que era después de la venida de Egipto, y cuando en los niños se descubre el principio del uso de la razón».

He aquí pues, de qué manera más clara la ilustre escritora demuestra la conformidad de los Evangelios y la trabazón que entre ellos existe en la unidad histórica diciendo unos lo que otros no han dicho y completándose en un conjunto todo de unidad, verdad y belleza que demuestra el divino espíritu que los inspiró y realizó como admirable obra del talento humano dirigido por la voluntad y sabiduría del Omnipotente.

¿No tuvo Dios otros fines en el destierro a Egipto de la santa familia y del Verbo humanado que libertarle de la ira de Herodes? No, fue un medio que tomó el Señor para obrar allí las maravillas que acompañaron a su estancia y de que hablaron los antiguos profetas Oseas y Ezequiel y en especial Isaías, cuando dijo que el Señor subiría sobre una nube ligera y entraría en Egipto y se moverían los simulacros delante de su cara, y se turbaría el corazón de los egipcios en medio de ellos, y demás acontecimientos que sucedieron al tiempo del nacimiento del esperado Jesús.

Capítulo XVI

DEGOLLACIÓN DE LOS NIÑOS INOCENTES. -HUIDA A EGIPTO POR ORDEN DE DIOS, SU VIAJE POR GALILEA, PELIGROS Y TRADICIONES ACERCA DE ESTA MARCHA. -EL DESIERTO, SU LLEGADA EGIPTO.

- I -

Dejemos a la Santa Familia por unos momentos en su viaje de huida en demanda de la tierra de Egipto para salvar la vida del inocente Jesús, perseguido ya en la cuna por la perfidia de Herodes, a quien habían puesto en recelo y en cobarde temor, como sucede al sanguinario y cruel, las palabras de los Magos. Ya el usurpador monarca temblaba creyéndose destronado por un inocente niño, y en sus noches de angustia y de temor, se creía; atado, perseguido y su infame cabeza junto al tajo sobre el que el vencedor había de separar su cabeza del cuerpo. Como cruel y sanguinario, no soñaba más que con la sangre, y era el precursor de aquellos monarcas romanos que quisieron ahogar en sangre la doctrina de Jesucristo, que les había de ahogar a ellos en inmensa florecencia producida por la fecunda semilla que con aquélla hicieron fructificar los mártires.

- Herodes creía poder aniquilar a aquel incógnito destronador mandando matar a todos los niños de su reino; creyó, en una disposición general, ahogar al niño revolucionario que temía y veía aparecérselo en sus sueños de cobardía, y así, su mandato cruel y sanguinario hizo exclamar a Augusto, el romano emperador, al tener noticia de aquella bárbara matanza de inocentes niños: «Preferible es ser cerdo a ser el hijo de Herodes»; pues el bárbaro monarca, en su cobarde crueldad, ni aun exceptuaba a su hijo, temiendo que aquél pudiera ser su destronador. ¡A tan cobarde y cruel barbarie, llegó su temor y orgullo en tener que ceder a otro el trono que como criado de Roma ocupaba, siendo su esclavo coronado!

Los racionalistas han querido sacar partido del silencio de los Evangelistas, excepción de San Mateo, del que nada dicen de este hecho bárbaro, ni le nombran Josefo, ni Tácito, ni Suetonio, para defender a Herodes. Y es natural por su parte la defensa de aquel tirano; obrar de otra suerte no sería portarse como amigos; pero no citan en cambio, además de San Mateo, a un texto de Macrobio que no admite dudas y que dice así: «Sabedor Augusto de que había Herodes, rey de los judíos, ordenado la degollación en Siria de numerosos niños comprendidos en la edad de dos años abajo, sin excepción de su propio hijo, exclamó: *«Preferible es ser cerdo a ser hijo de Herodes».*

Este párrafo les parece a los modernos racionalistas una falsedad, pues que Antipater, hijo de Herodes, no tenía la edad que le atribuye Macrobio (sin duda estos críticos poseen la partida de fecha del registro civil del nacimiento del hijo del sanguinario monarca); pero a pesar de ello, a pesar de que los historiadores protestantes reconocen la verdad del hecho, a pesar del texto de Macrobio, queda el Evangelio de San Mateo, que tiene la fuerza de la verdad como inspiración divina, superior a cuanto los sabios críticos pueden interpretar y suponer en su magna ciencia.

Dejemos el hecho como de sagrada historia, de veracidad indudable e indiscutible, como hija del Evangelio; dejemos la fuente sagrada de la que debemos tomar la relación como obra del Evangelista, y acudamos a las fuentes humanas, a la historia del hombre, como producto de su inteligencia y relación de los hechos y apreciación, humana de los actos, y veremos cómo opinan, juzgan y califican al tirano y sanguinario Herodes, y si dados otros hechos de su vida pudiera aparecer dudoso aquel acto. Para los judíos siempre fue Herodes un tirano pecaminoso, y por consecuencia, los hechos que se le atribuyen por tradición humana, no ya religiosa solamente, concuerdan mucho con la impresión profunda de su triste renombre y su recuerdo en la conciencia y en la historia. La arbitrariedad y cruel conducta que observó con los judíos que protestaron del atropello de respeto al Templo cuando mandó poner el águila imperial sobre pórticos de aquél, señalan su cobarde y adúladora conducta al profanar el santuario de Dios y del pueblo judío. Como a la protesta siguió el arrancar el símbolo imperial, ante aquel insulto, Herodes cogió a cuarenta de los celosos y dignos judíos que no consintieron tal profanación, y los mandó quemar vivos en los jardines de su palacio de Jericó. ¿Se podrá dudar, después de este hecho histórico, de la degollación de los inocentes niños por quien de tal manera procedió?

Herodes era idumeo, y en la tierra de Judá nunca el idumeo fue bien visto ni olió a justo ni humano: eran repugnantes a los hijos de la tierra prometida, a los descendientes de David y de Salomón, y de aquí que viviera aquél más en Jericó, pues conocía las ningunas simpatías que conseguía de los judíos. El acto de feroz crueldad se ejecutó y los inocentes niños fueron sacrificados en aras del sanguinario Herodes, burlado en sus esperanzas de que los Magos le hubieran indicado a su regreso el punto y señales en donde se encontraba y quién era el recién nacido.

Ahora bien; véase lo que Lafuente dice al ocuparse de este hecho:

«En el carácter astuto y violento de Herodes el viejo (que en el momento de la degollación se hallaba en Jericó enfermo), no es probable que tardase un mes en mandar matar a los niños inocentes, y si tardaron los padres de Jesús veinte o veinticinco días en salir de Belén, después

de la adoración de los Magos, tuvo tiempo más que suficiente, para convencerse de la vuelta de aquéllos sin contar con él, dar la orden para aquellos asesinatos y principiar a cumplirla así que salió Jesús de aquel pueblo. Y como los prodigios vistos por los pastores y la adoración de los Magos, acontecimiento ruidoso en un pueblo pequeño como Belén, había hecho fijar la atención sobre aquellos humildes nazarenos a quienes Dios distinguía de tal modo, y que ahora eran causa ocasional de la matanza de sus hijos, era muy fácil a los sablistas de Herodes seguirlos a Jerusalem y después buscarlos en Nazareth, por lo cual, respetando mucho el pensar de San Juan Crisóstomo y los que opinan que la Santa Familia marchó de Jerusalem a Nazareth y de aquí a Egipto, parece lo más probable que marchase a este punto desde Jerusalem sin demora. Y que urgía la fuga y no admitía dilación, lo explican las palabras mismas de San Mateo en medio de su gran sobriedad: «Levántase, coge al Niño y a la Madre de noche y se fue a Egipto». Todo esto indica prisa, premura, terror y ¿cabe esto con la calmosa vuelta a Nazareth?»

Creemos acertado el juicio de este católico escritor, tanto más, cuanto que conociendo la situación topográfica de ambas ciudades, la vuelta a Nazareth, después del aviso del Ángel, era un retraso para deshacer el camino hecho y encaminarse a Egipto.

- II -

Llegamos a uno de los puntos más hermosos de la historia de María y de la sacra Familia, no por los sufrimientos y padeceres que experimentó en su largo y penoso viaje a través de arenales, desiertos, y del peligro inminente de las fieras y seres venenosos, del hambre y sed que padecieron, sino porque todos estos tormentos han sido embellecidos por la leyenda poética, tierna y sentida como hija del amor, veneración y encanto con que la poesía ha rodeado, junto con la fe a la errante Familia y los sufrimientos de aquellos pobres y perseguidos nazarenos, como providencial manifestación de la protección divina que los sacaba incólumes de la perversidad de los hombres e inclemencia de los elementos.

Así es, que las tradiciones populares, inspiradas en estos sentimientos, han revestido la fuga con leyendas más o menos románticas como la del bandido que con su cuadrilla sale a robar a los pobres viajeros y en vez de hacerlo así, los ampara, acompaña y da alimentos. Otra es la de Dimas el buen ladrón, que les sale al camino y al caer en sus manos los acompaña hasta dejarlos en las fronteras de la Arabia: leyenda que aprovechó D. Juan E. Hartzembusch en su drama *El mal Apóstol y el Buen ladrón*.

Ya es la del baño del hijo del bandido que estaba enfermo con el agua en que la Virgen había lavado los pañales del niño Jesús y la curación maravillosa de aquél: ya también la de la Virgen devolviendo la vista a un ciego que en recompensa les da naranjas para aplacar la sed y la de los sembrados anticipando su sazón al paso de la Virgen y de Jesús.

Orsini, en su estilo pintoresco y casi novelesco en algunos Pasajes, después de citar uno de San Buenaventura, recapitula estas leyendas diciendo:

«La tradición calla sobre una gran parte de ese interesante y peligroso itinerario. Sin duda los santos viajeros hicieron marchas largas y penosas a través de las montañas aprovechando las primeras horas del día y aguardando también con frecuencia para partir a la salida de la luna. Mientras que atravesaron la Galilea, las grutas profundas que hay en ella, llenas de sinuosidades desconocidas, en que es muy fácil ocultarse a todas las miradas, les ofrecieron un lugar de reposo y abrigo; pero también estas cuevas, con sus huecos o cavernas, tenían sus peligros, porque bandas numerosas de ladrones, que largo tiempo tuvieron ocupadas todas las fuerzas del reino, y a quienes la enfermedad de Herodes animaba a comparecer de nuevo, las escogían o preferían para plazas de seguridad: el temor de penetrar sin saberlo en una de estas

guaridas de asesinos, debió más de una vez hacer vacilar a José en la entrada protectora de esas retiradas cavernas».

¿Cuál fue el itinerario que la perseguida Familia llevó hasta unirse a alguna caravana de las que se formaban en las ciudades marítimas de los Filisteos para atravesar el desierto? Si se consultan los cálculos de los eruditos cronologistas que no admiten intervalos en este viaje, los santos Esposos debieron encontrar una caravana que estaba de partida en las costas de Siria. Esto es tanto más verosímil cuanto que estaba cerca del equinoccio de primavera (del 3 de febrero en que emprendieron la huida al 21 de marzo, faltaba mes y medio), y cada uno quería anticiparse a la estación en que el *Simoun* ejerce su imperio en el desierto y revuelve su mar de arenas tan pérfidas como las mismas olas.

No tenemos noticias ciertas y precisas de la marcha, ruta o itinerario que llevarían María y José, las condiciones de su viaje eran tan especiales como su huida, cual propiamente lo era de la persecución de Herodes, que evitarían cual es consiguiente la comunicación con los del país a fin de evitar una delación que los pusiera en manos de su enemigo.

Sabemos, sí, que estuvieron en Ramla y en Gaza, y es indudable, históricamente, que se unirían, como hemos dicho, a alguna de las caravanas para atravesar el desierto, que de otra suerte les era imposible franquear solos aislados y sin quien pudiera socorrerlos en caso de necesidad.

Partiendo de Gaza, cuyas torres medio arruinadas, resonaban sordamente al estrellarse contra sus piedras las rumorosas olas que producían una tristeza y melancolías profundas, sobre todo durante la noche, en que su rumor aumenta, los pobres padres de Jesús pasarían noches de angustias y de insomnio creyendo oír llegar a cada momento los soldados de Herodes.

Partieron de aquella triste ciudad incorporados a la caravana, y ya ante su vista no hallaron sino la inmensa sábana del desierto, vasta soledad de arena y cielo, sin un árbol que prestara su benéfica sombra a aquel sol abrasador, rojizo en su luz y que envolvía en nubes de fuego aquellas llanuras desoladas, sin más accidentes que los movedizos montículos de arena que arrebatava el viento del desierto trasladándolos con su hálito abrasador y mortífero. Secos matorrales abrasados y quemados por aquella luz de fuego, sin una gota de agua, ni un manantial en que poder refrescar los abrasados labios y un horizonte sin límites que se unía con la cúpula de un cielo apagado en su azul, y en el que no se manifestaba la más tenue ni ligera nubecilla, he ahí el cuadro, el paisaje por el que durante algunos días hablan de viajar nuestros peregrinos nazarenos.

Después de algunas marchas, después de sufrimientos sin relato, la caravana solía encontrar algún pequeño manantial perdido en el vasto desierto de arena, y que apenas brotaba su salobre agua, era absorbida por la sedienta arena; entonces, qué gozo para la caravana, qué alegría para María, que podía llevar a sus secos labios agua, agua que refrescara sus abrasadas fauces, aquella agua que ya quedaba turbia después de haber sido removida por los ricos mercaderes, señores de la caravana, era recogida por José, que como pobres seguían comitiva, sin que los poderosos hiciesen caso de ellos, ¡qué rico presente en tal necesidad! ¡qué alegría para María que con ella podía refrescar el abrasado rostro de su querido Jesús!

Así se caminaba días y días en medio de aquel tormento inconcebible: cuanto más iban alejándose de la Siria más escasas eran las fuentes y más cruel y desolante el inmenso desierto. Ya durante la marcha preséntase el fenómeno del espejismo, de esa engañosa ilusión de la vista en medio de aquellos terribles arenales. Allá a lo lejos descubríase un lago azul y transparente, cercado de palmeras, aspecto de una ciudad encantadora, entonces, entonces el ánimo se reanimaba, la esperanza de un lago en que poder beber y bañarse, devolviendo agilidad al cuerpo enardecido, se presentaba animando a la caravana y haciendo apresurar el paso a los camellos y viajeros. Pero ¡ah! que aquella mentida dicha era solo ilusión de los sentidos, avanzábase, se creía llegar ya a las orillas de aquel lago y sentir el contacto bienhechor de sus aguas, y aquel encanto, aquella ilusión desaparecía cual muchas de las que

en el mundo existen, y se borran, desaparecen y anulan, cuando creemos tocarlas, cogerlas con nuestras manos.

Ante aquella engañosa ilusión, María, reanimada con las palabras de José, levantaba la desfallecida cabeza, abría los secos y abrasados labios y contemplaba sonriente al Niño Dios cobijado del ardiente sol bajo el amparo de su pobre manto. Dirigía su hermosa mirada a aquel consolador espectáculo que en lontananza se presentaba, cuando de repente aquella fresca esperanza de agua y sombra desaparecía y sólo se hallaba la triste realidad de una atmósfera de fuego, de un sol deslumbrador y las angustias y sufrimientos de una sed imposible de apagar en aquellos momentos. Y así trascurrían los días en continua, penosa y fatigosa marcha a través de aquel océano de arena, no menos terrible en sus oleadas de arena que las salobres del mar embravecido.

Tras un penoso día de marcha, la llegada de la noche era un consuelo para los pobres viajeros: a la llegada de ésta la caravana se detenía y acampaba: descargábanse los camellos: atábanse éstos en torno de los viajeros que comían sus raciones de dátiles, leche de las camellas, y cobijados por sus tiendas de cuero descansaban esperando la salida de la luna para continuar la pesada marcha.

En otro lado los criados, los esclavos, los viajeros pobres que se unían a las caravanas para contar con su compañía y auxilio en el desierto, formaban otro campamento sin más techumbre que los resguardara de la humedad de la noche que sus mantos y capas. Allí, tendidos sobre esterillas de junco, descansaban de las fatigas del día gozando en parte con el fresco húmedo de la noche que devolvía algún consuelo a sus abrasados miembros. Entre aquellos pobres y míseros esclavos, desheredados de la fortuna y nacidos para la servidumbre, sin patria, hogar ni familia, descansaban y comían su pobre ración José, María y el Hijo de Dios, aquel Jesús rey de cielos y tierra, que venía al mundo para establecer la verdadera libertad del hombre y sentar la doctrina de la igualdad ante Dios, sellando con su sangre la redención del hombre, la liberación de la esclavitud del pecado.

Y Aquel poderoso Señor, quedaba relegado a descansar entre los esclavos, separado de los ricos y sufría con sus santos padres los sufrimientos de la miseria. El creador de los elementos, sufría sus inclemencias, y allí, en brazos de su pura Madre, acompañado del justo varón José su padre, contemplaría desde el regazo de María la estrellada bóveda de los espacios infinitos en que asienta su trono entre el fulgor de los millares de astros que le iluminan y son jeroglíficos que escriben con signos de radiante luz su grandeza incomparable, tan grande como su misericordia. En aquel inmenso arenal, camino penoso, sin horizontes, camino cual el de la vida, lleno de peligros y asechanzas, de ataques y de sufrimientos, descansaban puestos los ojos en las brillantes constelaciones que temblaban en su insensibilidad material ante los sufrimientos de su Creador, bajo la mirada de aquellas estrellas, luna y sol que habían de temblar y anublarse de espanto y consternación el día de la muerte de aquel Niño que hoy contemplaban hermoso y sonriente y como encantado con el espléndido cuadro de una noche serena y de un cielo azul intenso oscuro, profundo, tachonado de brillantes constelaciones, pasaban en grato reposo hasta que se daba la voz de marcha para emprender un nuevo avance en la soledad del desierto la santa Familia, el Hijo de Dios.

¡Quién había de decir a aquellos pobres esclavos que fatigados dormían llevando sobre sus hombros la pesada carga de la vida, sin libertad, goces, familia ni afecciones, verdaderas bestias humanas al lado de sus señores, que aquel Niño que junto a ellos dormía, que aquel hijo de tan pobres padres era su Salvador, el que había venido para romper sus cadenas y proclamar su hermandad para con demás hombres!

Y así pasaban la noche los pobres viajeros hasta que la voz del jefe disponía y mandaba emprender nuevamente la marcha; pero siempre la tranquilidad reinaba, en el campamento en medio de soledad del desierto, en donde el silencio es tan inmenso cual su extensión; en

donde nada se oye, nada se escucha si no es el latir apresurado del corazón, temeroso de ignotos peligros. Noches había que cuando mayor era si cabe el silencio, un grito de alarma del vigilante que guardaba el campo hacía levantarse precipitadamente; ya era el rugido del león o del tigre que olían carnífera presa rondando el campamento para caer sobre él; entonces el espanto, la alarma, sucedían al silencio, al reposo, y todos se preparaban para la defensa.

Ya en otras noches, no era el peligro de las fieras carníferas, era el peligro de la fiera humana, era la cuadrilla de árabes errantes, ladrones del desierto, que rondaban el campamento para caer sobre él y saquearlo, apresar a los viajeros y venderlos como esclavos. Entonces el espanto era mayor, no era ya el animal feroz quien atacaba, era la fiera humana, cien veces más terrible y más cruel y sanguinaria que el león y el tigre. Entonces, entre ayes y voces de temor, el campamento se levantaba, las flechas cruzaban el espacio y la caravana emprendía la marcha sosteniendo una retirada ante el ataque de los ladrones.

¡Qué espanto, qué temores y sobresaltos para la inocente María y el pacífico José, en medio de aquellos peligros, y temerosos más por la vida de Jesús que por la suya! Por la vida de Aquél que habían anunciado y adorado los Ángeles, reyes y pastores, expuesto a traidora flecha. Renunciamos a pintar lo que por el corazón de María pasaría en aquellos momentos, pues no hay pluma que con verdad, fuego y calor pueda reproducir el espanto y el terror de una madre ante los peligros y sufrimientos de un hijo.

A estos temores sucedíanse noches de calma, tranquilas y sosegadas, en que el descanso no era interrumpido: la caravana gozaba entonces con el fresco de la noche, tanto cuanto el sol abrasador y el seco calor del día arrollaba los cuerpos con su caldeado soplo. La brisa nocturna corría entonces sobre aquel mar de arena sin ruido, silenciosa, sin un matorral ni un árbol en que producir armonías con sus hojas, brisas que corrían por aquel blanco suelo como correrían por la inmensidad de los espacios sin límites, sin murmullo y muy majestuosamente solemnes cual la inmensidad de su Creador.

Vislumbrábase claridad en la unión de cielo y arena, es la luna que va a aparecer en el horizonte y entonces la caravana levanta las tiendas y emprende la marcha al amparo de la luz del astro de la noche. ¡Y así un día y otro día, noche tras noche, siempre avanzando en aquel océano de arena, sin límites al parecer, y repitiéndose los peligros, temores y asechanzas de alimañas y de los hombres!

Y así atravesó la errante familia el desierto, sufriendo hambre, sed y el espantoso calor y el reflejo y reverberación de aquella inmensa soledad, los ataques de las fieras y los aún más temibles de los hombres, llegando a vislumbrar las riberas del Nilo y sus bosques de papiros, lo cual debió ser de una inmensa alegría la vista de agua y vegetación a los fatigados viajeros, tostados y abrasados por el ambiente desolador del desierto.

No queremos privar a nuestros lectores de la descripción que del viaje hace la venerable Ágreda, a quien tenemos que seguir en muchos puntos, no sólo por su doctrina, sino también por lo sentido de la composición y color que sabe imprimir a sus descripciones:

«Salieron de Jerusalem a su destierro nuestros peregrinos divinos, encubiertos con el silencio y obscuridad de la noche, pero llenos del cuidado que se debía a la prenda del cielo que consigo llevaban a tierra extraña y para ellos no conocida. Sabía la Reina del cielo el intento de Herodes para degollar los niños, aunque no le manifestó entonces.

»En la ciudad de Gaza descansaron dos días por haberse fatigado algo San José y el jumentillo en que iba la Reina. El día tercero, después que nuestros peregrinos llegaron a Gaza, partieron de aquella ciudad para Egipto. Y dejando luego los poblados de Palestina, se metieron en los desiertos arenosos que llaman de Betsabé, encaminándose por espacio de sesenta leguas y más de despoblados, para llegar a tomar asiento en la ciudad de Heliópolis, que ahora se llama el Cairo de Egipto. En este desierto peregrinaron algunos días; porque las

jornadas eran cortas, así por la descomodidad del camino tan arenoso, como por el trabajo que padecieron con la de abrigo y de sustento.

»Era forzoso en aquel desierto pasar las noches al sereno y sin abrigo en todas las sesenta leguas de despoblado; y esto en tiempo de invierno, porque la jornada sucedió en el mes de febrero, comenzándola seis días después de la Purificación. La primera noche que se hallaron solos en aquellos campos, se arrimaron a la falda de un montecillo, que fue sólo el refugio que tuvieron. Y la Reina del cielo, con su Niño en los brazos, se asentó en la tierra y allí tomaron algún alimento y cenaron de lo que llevaban desde Gaza. La Emperatriz del cielo dio el pecho a su infante Jesús, y su Majestad, con semblante apacible, consoló a la Madre y su esposo: cuya diligencia, con su propia capa y unos palos, formó un tabernáculo o pabellón para que el Verbo Divino y María Santísima se defendiesen algo del sereno, abrigándoles con aquella tienda de campo tan estrecha y humilde.

»Prosiguieron al día siguiente su camino, y luego les faltó en el viaje la prevención de pan y algunas frutas que llevaban, con que la Señora de cielo y tierra y su santo esposo llegaron a padecer grande y extrema necesidad, y a sentir el hambre. Y aunque la padeció mayor San José, pero entrambos la sintieron con harta aflicción. Un día sucedió que, a las primeras jornadas, que pasaron hasta las nueve de la noche sin haber cenado cosa alguna de sustento, aun de aquel pobre y grosero mantenimiento que comían, después del trabajo y molestias del camino, cuando necesitaba más la naturaleza de ser refrigerada».

La tradición llena de milagros y hechos asombrosos la llegada a Egipto de los pobres desterrados, hundimiento de templos y de ídolos, sacudidas de alegría en los montes, y multitud de leyendas fantásticas creadas por la imaginación popular, que llena muchas veces de aberraciones y absurdos los más sencillos y hermosos hechos en los asuntos de nuestra religión. Absurdos que nadie se ha tomado cuidado de corregir, ya que no sea posible el desterrarlos, encauzándolos en un sentido estéticamente poético.

Augusto Nicolás, con su criterio tan superior, fustiga duramente estas tradiciones, que califica de invenciones pueriles. «El Evangelio desdeña tales invenciones para atenerse a lo verdadero, que es mucho más sublime».

Es verdad, el Evangelio calla, pero no desdeña; el mismo San Juan nos dice al concluir el suyo, que no cabrían en el mundo los libros en que se escribiese todo lo que hizo Jesucristo si hubiese de escribirse. Creemos lo del Evangelio como cierto e indudable, y dejamos correr las tradiciones populares sin afirmarlas ni negarlas, ni ponerlas al nivel de los textos indudables. Hay que tener en cuenta que la imaginación y sus obras poéticas tienen un fin alto, cual es la belleza, y como la belleza suprema es Dios, de aquí, que cuanto tienda a la verdadera representación de aquélla, es un tributo presentado a la omnipotencia de Dios. Con lo que desechan los críticos hacen los poetas hermosos castillos que encantan deleitando, dice Lafuente, y si llevan las almas a Dios, ¿por qué los hemos de demoler?

Los Evangelios apócrifos están llenos de estas leyendas y tradiciones acerca de María y de Jesús; Evangelios denominados así, por no constar su autenticidad, y la Iglesia desde antiguo no los admitió como libros sagrados, sino como elementos histórico-poéticos; de ellos proceden estas leyendas, puras en su tradición unas, adulteradas por el pueblo otras. Así vemos con respecto a la entrada de los desterrados en Egipto, la tradición de que hemos hecho mérito antes, el ídolo egipcio reduce a polvo en cuanto vislumbra la Santa Familia que se acerca. El habitante de aquellas regiones, dispuesto a vivir y enterrarse con sus antiguas creencias, huye así que ve hundirse en el polvo sus tradicionales altares.

María y Jesús con el bondadoso José, no saben sino hacer bien; hay allí un muchacho endemoniado a quien atosigan y martirizan los espíritus malos, y su madre se procura un pañal de aquel niño extranjero, Jesús, y con solo ceñírselo a la cabeza a modo de turbante, los demonios huyen, y queda sano y libre de sus enemigos.

En vano los esbirros de Herodes quieren perseguir a la Santa Familia, y en caballos ligeros como el viento del desierto, en dromedarios de largo paso y sostenida marcha, persiguen a Jesús y María montados en el pesado borriquillo de lento paso y escasa resistencia, y son perseguidos por aquellos bien montados jinetes. Ya casi los ven, ya los van en su alcance, próximos los perseguidores a darles ya un rosal, ya un jazmín o tamarindo, abren sus ramas, envuelven entre ellas, librando a la Santa Familia de sus perseguidores.

Ya también, la hermosa, de la necesidad del hambre que acosa a los fugitivos sin recurso de comida cuando una palmera cargada del nutritivo y dulce fruto se presenta a su vista, ¿mas cómo llegar a la altura en que se cimbrean aquellos dorados racimos? El Niño Jesús tiende a ellos sus manos, y entonces la palmera doblega su erguido tronco, hasta con sus ramas formar una verde y fresca tienda en que descansen los fatigados y hambrientos viajeros, poniendo al alcance de sus manos los preciados tesoros de sus frutos.

Y si fuéramos a seguir el inmenso número de tradiciones que, en la región egipcia y especialmente entre los cristianos coptos y al abisinios se conservan, formaríamos un hermoso volumen de estos hechos del viaje de la desterrada Familia, de su estancia en la región. del Nilo y de la infancia y juventud de Jesús. Basta con lo indicado para que se comprenda cuán hermosa es la tradición cuando se cimenta en hechos tan hermosos, embellecidos por tan poéticas como tiernas creaciones. Allí son numerosísimas, y allí entre ellos, según testimonio de algunos autores, allí nació la devoción a San José, cuya fiesta celebran los coptos en el día 26 de julio. Pero, Variot, sabio doctor francés que tanto ha escrito sobre los Evangelios apócrifos, cree nacida en Occidente esta devoción, y su promotor a Jerson, alma del Concilio de Constanza.

Dejemos descansar unos momentos a la Familia Santa ya en tierra de Egipto libre de la persecución de Herodes, tranquila María de enemigos que pudieran atentar contra la vida de su precioso Hijo y dedicarse ya su Esposo a los trabajos necesarios para la sustentación de la Familia en los de su oficio de carpintería.

Capítulo XVII

ESTANCIA EN EGIPTO DE LA SAGRADA FAMILIA. -POBLACIÓN EN QUE RESIDIERON. -TRADICIONES Y RELACIONES POPULARES Y DERIVADAS DE LOS EVANGELIOS APÓCRIFOS. -OPINIONES DE ORSINI, SOR MARÍA DE ÁGREDA Y CASABÓ.

- I -

Llegaron nuestros viajeros al Egipto, a la tierra misteriosa de una civilización grandiosa, cuyos restos en sus obras admiramos, en su magnificencia el poder de los Faraones, restos que aún hoy, en medio de ruinas y desolación, víctimas de la barbarie de las razas que por el fértil valle del Nilo, del gran río, de misterioso e ignorado origen hasta nuestros días, fue una de las más hermosas regiones del mundo antiguo, con sus libros sagrados y su culto, con sus momias y sus pirámides, con sus jeroglíficos y comercio, son objeto hoy de detenido estudio que cada día da nuevos y fructíferos trabajos acerca de un país tan digno de llamar la atención de los historiadores y artistas.

Allí, en aquella estrecha faja de ricas tierras, lecho temporal del poderoso Nilo, que periódicamente las fecunda y abona, siendo sus campos modelo de rica producción,

encerrando a este vasto granero en que el trigo y el arroz se dan en fabulosas cantidades, y en cuyas riberas crece el *Papyrus*, el árbol que es el padre de la escritura, puesto que sus tallos suministraron la primera materia escriptórica, suave, dúctil y manejable, en que el hombre consignó sus pensamientos para hacerlos atravesar los siglos, conservarse y perpetuarse a través de las generaciones. Allí, allí tuvo su refugio y seguro puerto durante algunos años la perseguida Familia, el inocente Jesús, que comenzó por gozar seguridad en medio de sus enemigos, para venir a sufrir el martirio y la muerte por parte de sus hermanos de nacionalidad, de los mismos judíos, del pueblo escogido por Dios para el nacimiento de su Hijo, redentor de la pecadora humanidad.

A Heliópolis dicen los historiadores que encaminaron sus pasos los desterrados Jesús, María y José; otros opinan que fue Lentópolis, y véase el misterio y relación que guardan entre sí los hechos, y cuando la mano de Dios dispone con su suprema sabiduría, los ordena y manda. Tierra extranjera para la Santa Familia era la tierra de Egipto, pero no obstante José no ignoraba, y aun también María, las benévolas relaciones que de en tiempo de los Patriarcas tuvieron egipcios con los judíos, y si luego en tiempos de Moisés vinieron los odios, cuando este gran legislador sacó por mandato de Dios a su pueblo, habían renacido otra vez aquellas pacíficas relaciones que existieron entre dos naciones que se estimaban, especialmente desde después del cautiverio de Babilonia, de suerte que en Lentópolis puede decirse que se había reunido una colonia de judíos, cuyo estado próspero le permitió levantar un templo a Jehová y su Biblia, el templo de Lentópolis y la Biblia de los setenta.

Esto, como se comprende, debió ser un gran consuelo para los pobres María y José, pues que en cierta manera les sería un gran consuelo encontrar allí recuerdos de la patria, templo y libro, su Dios, su ley y costumbres, todo en tierra extranjera. ¡Qué consuelo no sería para los desterrados el encontrar todo esto tan solo al entrar en la extraña tierra a los que venían a buscar hospitalidad!

¡Consuelo grande, alivio inmenso para la pena y zozobra que producen extranjeras tierras cuando a ellas se llega fugitivo y perseguido! He aquí, como hemos dicho, lo providencial del hecho, el llegar los desterrados a una ciudad en la que bien podían decirse que no eran extranjeros, y templar sus impresiones con la hospitalidad que tan grata les había de ser después de tan penosa y cruel marcha. En esta ciudad aposentaron por algún tiempo, y de allí partieron a la que se señala como la en que residieron durante su destierro María y José. De la soberbia ciudad de Lentópolis, como de otras muchas famosas, no queda sino su recuerdo; desapareció, hundióse su templo, desaparecieron sus palacios y monumentos, todo pasó. Sólo como solitario mojón, piedra miliar que señala un término, un lugar, queda un antiquísimo obelisco levantado más de tres mil años antes de la venida de Jesús al mundo, y en torno de él restos de algunas esfinges. ¡De la ciudad, de sus templos, palacios y jardines, sólo el recuerdo que perpetúa y conserva aquel dedo de granito rojo que se levanta solitario en medio del campo, como diciendo: ¿buscáis a Lentópolis? No existe, fue barrida por el huracán de los siglos; sólo resto yo, solitario monolito, como para dar testimonio de lo que fue, de que en su recinto se albergó María y el Verbo humanado, y con mi dureza perpetúo la grandiosidad de un hecho que antes me doblaré sobre mi base y hundiré mi cabeza en la arena, que el dulce nombre de María y de Jesús bendito desaparecerán del corazón de los buenos. Él es inmutable, perpetuo; yo soy polvo, que algún día arrastrarán los abrasados alientos del Simoun, que tal vez lleven mis átomos en suspensión a las heladas regiones del Norte, después de haberme abrasado por miles de años la deslumbrante y caliginosa luz del sol de los desiertos!

Cuál fue la causa de su marcha de Lentópolis al pueblo de Matarea, hoy Matarick, lo ignoramos, tanto más, cuanto como hemos dicho, nada indican ni señalan los Evangelios, y sólo en la tradición y en los conocidos como apócrifos, hallamos datos, indicaciones y tradiciones de la estancia de la Santa Familia en su destierro en Egipto.

Este pueblecillo de Matarea, hállese citado en los controvertidos libros, como tranquila y sosegada villa, en que su existencia estaría más en relación con la sosegada y pacífica de Nazareth a que la Sagrada Familia estaba más habituada, y más escondida y retirada por temor a un espionaje que aun allí pudiera el sanguinario Herodes ejercer, llevado en su afán y temor de ser destronado por Aquel que fueron a adorar los Magos.

Los ya citados libros y la tradición nos lo señalan como el lugar de su residencia, y allí, entre aquella fecunda vegetación, entre los hermosos rosales casi arbustos, entre bosques de jazmines, por entre tan hermosos y perfumados bosquecillos, nos lleva nuestra imaginación y nuestro amor a contemplar en los hermosos días de la niñez a Jesús discurriendo y correteando entre tan perfumadoras y hermosas plantas que habían de ofrecer doblemente sus perfumes a su Dios, al Hijo encarnado de su Creador, que las hermoseaba con su mirada y perfumaba más y más con sus manos.

Alejada unas siete leguas de la antigua Hermópolis, hoy la animada y comercial ciudad del Cairo, encuéntrase la antigua Matarea, hoy Matarick: allí nuevamente la tradición nos señala los recuerdos de la estancia de María y de Jesús. Pietro Della Valle, sentido literato italiano, nos recuerda y relata, nos pinta y describe la inmanencia de la tradición en estos lugares, y el nombre dulce y sentido de María en todos los detalles y recuerdos de aquellos desterrados. Caminando por un lado del lago de pequeñas dimensiones, filtraciones del sagrado río, y por el otro limitado el camino por una acequia o canal de riego, se llega a una aldea sombreada por copudos árboles, hermosos sicomoros y trepadores rosales, se descubre la pobre villa, oculto lugar de la vida infantil de Jesús y de su familia.

Como hemos dicho, no se camina por esta pobre aldea sin que el recuerdo de los ilustres y santos desterrados no se os presente de continuo. Véase el corpulento sicomoro y que el pueblo de Matarick conserva con religioso respeto por haber hallado grato descanso a su sombra la Sagrada Familia a su llegada a Egipto. Abbas-Pachá, musulmán, respetando la tradición y deseoso de conservar aquel tradicional recuerdo de la tan hermosa y poética para el Egipto y en especial para la pobre aldea, mandó construir en derredor del mismo un jardín, con grandes macizos de rosales y jazmines que embalsaman con su penetrante y embriagador perfume la atmósfera, que llenan de consuelo el alma con sus efluvios, no tan gratos en sus aromas como la belleza de la tradición.

Otro ilustre viajero, que a principios del siglo XVI visitó estos lugares, nos dice: «Al llegar al Cairo, pedí a la escolta del Sultán, y que para mí guarda me diera, que me acompañaran al sitio donde se ocultó Jesús cuando Herodes lo buscaba en Jerusalem para hacerlo matar, tanto para reverenciar aquel lugar santo, como porque había oído que en el mismo sitio habían crecido los arbustos del bálsamo, y deseaba mucho ver en qué consistían... Aquel sitio tiene hoy el nombre de Matarea. Aquellos arbustos estaban dentro de un jardín de unos doscientos pasos de largo. Mientras yo iba en busca esto, debajo de una choza vecina, donde la Virgen María, escondida, daba de mamar a su hijo Jesús, se arregló un altar para celebrar en él la misa, que dijo el guardián del convento de San Francisco del Monte Sión...

»En esta choza hay abierta en la pared una especie de ventanilla o pequeño armario, donde la Santísima Virgen acostumbraba a poner muy curiosamente a su Hijo cuando le convenía salir fuera para procurarse alimentos, y allí tienen los moros una lámpara continuamente encendida. Otra lámpara tienen igualmente pendiente del árbol que la tradición dice se abrió y encerró en su seno a Jesús cuando por allí pasó. Los moros le tienen en gran reverencia, y éste es una higuera a la que ellos llaman árbol de Faraón, y nosotros denominamos sicomoro, y muy peculiar en el país».

Los moros, los islamitas, respetan mucho estos lugares por el recuerdo del *profeta Jesús*, y allí en la pobre aldea encontraréis a cada paso recuerdos de la estancia de los santos desterrados, del nombre santo de María, de Jesús y de José, con la tradición de la vieja Hermópolis de sus

arboledas que se inclinaron ante la presencia del Salvador, doblegando sus fuertes ramas hasta besar con sus puntas la tierra bendecida por las pisadas de Jesús y su Santa Madre.

Llena de recuerdos está la misteriosa comarca; la fuente en la que la Virgen recogía el agua, donde lavaba las ropas del Niño Jesús, el árbol a cuya sombra corretearía el Niño y cobijaba a la Madre en sus labores domésticas del cuidado de la Familia. Aquellas tradiciones cuales hemos narrado, aquella alegría del espíritu que debía comunicar la vista del hermoso Niño en los albores de una niñez, de una infancia perseguida en su inocencia, aquel renuevo de hermoso rostro, puro y perfumado como los rosales que le cobijaban con su sombra en medio de aquella vetusta civilización, arrugada y decrépita por los siglos, aquellos monumentos sólidos, pesados, representación de lo inmutable y perenne en la esfera de la materia, aquellos altares de Menfis, con sus templos de pesadas columnatas rematadas con la simbólica flor del loto, húmeda, de hojas carnosas y pálidos colores como representación de una naturaleza y de unas ideas, de una religión y de un culto inmóvil, sin avances ni retrocesos, con un patrón hierático desde la columna al templo, desde la estatua al escrito sagrado, con sus momias y sus artes, con su lujo oriental y sus tradiciones, sus pirámides y subterráneos, todo, todo había de conmovirse y derroscarse ante la palabra poderosa, ante la idea omnipotente, regeneradora y salvadora de aquel Niño oscuro, ignorado, ante la sabiduría de sus sacerdotes que había de cambiar la faz del mundo derrocando ante Dios los prestigios y diferencias, las castas y privilegios ante la santa libertad de las creencias de su fraternal doctrina. Ha sonado la hora de la renovación, resuena la hora nueva del espíritu, y aparece en las alturas del cielo como un nuevo sol encendido para esclarecer la oscuridad del mundo, una revelación divina guardadora de un Dios creador y su incomunicable Verbo. En esta transformación hay algo del poema en su fuente de bella inspiración, y ante la grandeza de las civilizaciones, ante el palacio, el templo, ante la estatua de Isis envuelta en su ceñida y blanca túnica, reflejo de pálidos rayos de la incomparable luna de las noches egipcias, con sus misteriosas procesiones, sus cánticos y perfumes, sus colores y refulgencia de metales y pedrerías, de sus flores y gasas, de sus músicas y bailes, todo cede, cae y se derrumba ante la pobre majestad, ante el humilde cántico de pastores, ante la luz irradiada por la cueva de Bethlén, la mirada dulce de una mujer, ante la modestia de un pobre artesano la sonrisa de un recién nacido, que con sus dulces ojos y llanto derroca civilizaciones, conmueve a la misma naturaleza y derriba con su debilidad de niño la obra potente de los siglos bajo el dominio error, del privilegio y de la esclavitud.

Ante la sencillez pastoril, ante la poesía de los campos, vienen a tierra orgullo, ciencia y preocupaciones, de asirios y persas, de griegos y egipcios, y hundirase en el polvo la acumulación de estas civilizaciones concentradas en manos de los romanos, señores materiales del mundo conocido, ante la voz de un nazareno que predica la igualdad ante Dios y la fraternidad entre los humanos, y que sella con su sangre haciendo igual al gentil, al idólatra y al fetichista.

Por eso decimos que la parte hermosa de la sublime poesía que encierra la redención del género humano, tiene en sí el carácter que le presta la poesía, el sentimiento y la belleza, el de la más grande de las obras, como hija de Dios, comparada con el más inmenso de los poemas que atesora la humanidad en el génesis de la belleza y sublimidad en el arte.

Ha sonado la hora en el reloj de los tiempos, y cae y desaparece el dios naturaleza, el dios casta, el dios fatalidad, el dios esclavitud, el dios faraónico de cruel tiranía, el dios de la política que encadena los pueblos; ha sonado la hora, y destronados caen ante el Dios verdadero, ante el Dios hombre, el Verbo encarnado, revelador y libertador del hombre, para quien ha de conquistar su libertad y respeto con la sangre comunicada a sus venas de la purísima y santa Virgen María, su Madre, corredentora del mundo, al que ha de librar con sus dolores, sus penas, sus lágrimas y pesares.

¡Dichosa, dichosa tierra de Egipto, que por siete años tuviste la felicidad de aposentar a la Santa Familia que consagró tu antigua tierra, y te hizo más notable que por tu civilización, por tu hospitalaria caridad y amparo a los perseguidos por el sanguinario Herodes!

Y para terminar este capítulo, en el que sólo la tradición y los apócrifos Evangelios nos dan noticias de la estancia de María y su Familia en la tierra de Egipto, copiaremos lo que acerca de ello nos dice, relata y cuenta la venerable escritora Sor María de Ágreda:

«Pero no es necesario hacer ahora mención de ellas (de las tradiciones), porque su principal asistencia, mientras estuvieron en Egipto, fue la ciudad de Heliópolis, que no sin misterio se llama ciudad del Sol, y ahora la dicen el gran Cairo.

«Llegaron a Heliópolis, y allí tomaron su asiento; porque los santos ángeles que los guiaban, dijeron a la Divina Reina y a San José, que en aquella ciudad habían de parar.

»Con este aviso tomaron allí posada común, y luego salió San José a buscarla, ofreciendo el pago que fuera justo; y el Señor dispuso que hallase una casa humilde y pobre, pero capaz para su habitación, y retirada un poco de la ciudad.

»Los tres días primeros que llegaron a Heliópolis (como tampoco en otros lugares de Egipto), no tuvo la Reina del cielo para sí y su Unigénito más alimentos de los que pidió de limosna su padre putativo José, hasta que con su trabajo comenzó a ganar algún socorro. Y con él hizo una tarima desnuda en que se reclinaba la Madre, y una cuna para el Hijo, porque el santo esposo no tenía otra cama más que la tierra pura, y la casa sin alhajas, hasta que con su propio sudor pudo adquirir algunas de las inexcusables para vivir todos tres».

Dejemos ahora en Egipto al Infante Jesús con su Madre Santísima y San José santificando aquel reino con su presencia y beneficios que mereció Judea...

Y con esto podemos dar por terminado este capítulo, copiando las palabras de Orsini que nos relata algunos otros detalles de la vida de los desterrados, con su lenguaje más poético que el que emplea Ágreda en su ascética relación:

«María, en Nazareth, había llevado una vida humilde y laboriosa; pero no había padecido ni vigiliias, ni el temor horrible, ni las duras y terribles privaciones que arrastra consigo la indigencia: en Heliópolis pasó por el crisol de la pobreza (Orsini, como Ágreda, dan a Heliópolis por la estancia constante de la desterrada Familia) y experimentó la miseria bajo todos sus aspectos. El oro de los persas estaba agotado; fue preciso crearse recursos, cosa difícil lejos de su patria y en un pueblo dividido en corporaciones nacionales y hereditarias (castas quiere decir), que miraba con desprecio a los extranjeros. (En esto exagera o desconocía Orsini el carácter de los egipcios y sus relaciones con los judíos.) El hijo de David y de Zorobabel se hizo simple jornalero, y la hija de los reyes trabajaba una parte de las noches para suplir al corto jornal de su esposo. Como eran pobres, observa San Basilio, es evidente que debieron entregarse a penosos trabajos para procurarse lo necesario... ¿Pero este necesario lo tenían siempre? Con frecuencia dice Landolfo de Sajonia: el Niño Jesús, acosado por el hambre, pidió pan a su Madre, que podía darle otra cosa que sus lágrimas».

Triste situación la de los pobres desterrados, inescrutables juicios de Dios que sujetaba a su Hijo, al Verbo encarnado, a los sufrimientos, necesidades y miseria de los humanos, que tanto templaba el corazón, que tanto eleva el espíritu al reconocimiento de las bondades divinas y a la dicha de la gloria por el sufrimiento en esta vida que libra nuestra alma de la esclavitud del demonio.

Hermoso cuadro de humildad y de pobreza, que si nuestro ánimo estudia y comprende en su grandeza y sabiduría, ha de servirnos de espejo clarísimo en que refleje nuestra alma para templarla en la enseñanza de humildad y de pobreza que nos da Dios en la existencia terrenal de su Hijo; ¡de su Hijo que sufrió hambre, sed, y padeció y murió por nosotros!

Y concluimos con las palabras de Casabó en su *Vida de la Virgen*, comprobando lo mismo que hemos dicho:

«La permanencia de la Sagrada Familia en Egipto, es modelo de virtudes a las familias cristianas, y enseña a cada una de éstas que lo sea para las demás. Muy dura es la vida de un pobre desterrado en país extranjero. Pasa desconocido entre gentes desconocidas; no oye ya el idioma nativo que endulzaba los afanes del alma. Montes, valles, ríos y pueblos, todo es nuevo para él; ¡pobre desterrado! Y si a esto se añade las costumbres también diversas, y a más una religión falsa o idólatra, ¿quién podrá explicar la amargura de su vida? No poder gozar de las fiestas religiosas, cuyo único lenguaje es el que se hace oír en el destierro. He aquí la triste condición de la Sagrada Familia en Egipto. Es la única que entre los egipcios conoce, posee y adora al verdadero Dios. Y sin embargo, todos pasan y nadie les hace caso. Si la tratan por breves instantes, admiran su bondad, santidad y dulzura, pero luego vuelven a las falsas adoraciones de los ídolos. José y María viven, sí, aislados, pero contentos; porque de su casa hacen un templo, de sus rodillas una cátedra al divino maestro Jesús, dándoles motivo de la ciega idolatría de los egipcios de venerar con más afecto vivo al Dios verdadero que habita en medio de ellos».

Sucede quizás que una familia cristiana se encuentre en países lejanos y viva desconocida entre extraños. ¿De dónde tomará aliento en la desolación que la rodea? Si como la Sagrada Familia, lleva consigo el santo temor de Dios, de la celestial Jerusalem, de nuestra verdadera patria, el cielo bastará para dulcificar sus amarguras del destierro sobre la tierra. Aun cuando una familia cristiana no salga jamás de su país natal, puede muy bien asemejarse a la Familia Nazarena. Si rara y única era la Familia de José en Egipto, muy raras son también en el Cristianismo ahora las familias verdaderamente buenas y cristianas. Todo el mundo es un Egipto, una nueva idolatría reina en él. El temor santo de Dios es desconocido en casi todas las casas; mucho conviene que haya familias modeladas en la Sagrada Familia, que saquen al mundo de la idolatría a que se ha entregado. Padres e hijos cristianos, volved vuestras miradas a Jesús, María y José, y a imitación suya santificad el Egipto, evangelizad al mundo y libertadlo de su ruina.

En medio de nuestras desventuras, ¡cuánto consuelo deben llevar a nuestras almas estas palabras tan llenas de esperanza!

Capítulo XVIII

REGRESO DE LA SAGRADA FAMILIA A JUDEA. -SU RESIDENCIA EN NAZARETH, SU ANTIGUA CASA. -VIDA DE MARÍA Y EDUCACIÓN DE SU HIJO JESÚS. -LA EDUCACIÓN POR LOS OFICIOS ENTRE LOS JUDÍOS. -SU OFICIO FUE EL DE CARPINTERO, COMO JOSÉ, SU PADRE.

- I -

Nada tampoco nos dice el Evangelio del tiempo de la estancia en Egipto de la Santa Familia; pero hay una opinión, que es la más comúnmente recibida, y que no encierra en sí ninguna contradicción que pueda hacer dudosa o controvertible aquélla. La fuente la admite como la más general y comúnmente recibida, siete años, es el tiempo que éste marca, señala o determina. También Orsini y la Venerable Ágreda la admiten, y así nosotros no hemos de oponer reparo ni tenemos datos algunos que pudieran hacer controvertible cronológicamente este punto.

Como hemos indicado y repetimos, el Evangelio sólo se expresa en estos términos:

«Y muerto Herodes, he aquí que el Ángel del Señor se apareció en sueños a Josef en el Egipto diciendo: -«Levántate y toma el Niño y su Madre y vuelve a tierra de Israel, pues que ya han muerto los que buscaban al Niño para quitarle la vida». Levantóse Josef, y tomando al Niño y a su Madre, regresó a su país de Israel. Mas oyendo que Arquelaos reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, temió ir allí mismo, y avisado en sueños, se retiró a tierra de Galilea, y desde que llegó allí habitó en la ciudad que se llama Nazareth, para que se cumpliera lo que dijeron los Profetas: -Que sería llamado *Nazareno*».

La narración del regreso a la patria es tan sencilla como el relato conciso de la ida, sigue en sencillez y laconismo el mismo orden. Adviértese aquí lo que ya hemos hecho notar anteriormente: no es María la que recibe órdenes del cielo por medio de un Ángel, no, es su esposo, su marido, quien por derecho divino es el jefe y superior de la familia, y el cielo mismo le reconoce ese derecho y obra conforme a él. Si el Ángel se aparece una vez a María en forma visible, es que por entonces el asunto de la Encarnación parece ser peculiar de María, y Dios dispone que por algún tiempo esté oculto a los ojos de José.

En cuanto a lo demás, los asuntos de la Santa Familia están referidos en el Evangelio con tal sobriedad, como hemos dicho, con tan encantadora sencillez, que no encontramos detalle que huelgue ni falte en su laconismo y poético lenguaje. Vese, por ello, que la Providencia es quien lo dispone y arregla con una majestuosa sencillez, con una dulzura encantadora y humanamente suave, conmovedora y sencilla. Obra fuerte y enérgicamente hacia el fin señalado en su omnipotente sabiduría, pero la disposición y marcha es suave, sin peligros ni contingencias, cual supera la sabiduría a la previsión.

Cuatro veces avisa el Ángel a José en lo concerniente a asuntos de su Familia, pero siempre en sueños, nunca en forma visible. «Por esta causa, dice D. Vicente Lafuente, todas esas leyendas de los Ángeles, apareciéndose a cada paso a la Virgen para traerle golosinas al Colegio, para venir a saludarla formados en escuadrones, como tropa que pasa revista, y para darle guardia de honor a preservarla de cualquier peligro, me parecen fantasías de imaginaciones demasiado vivas, que siendo ellas humildes, humildísimas (líbreme Dios de rebajarlas en un ápice), no han llegado a comprender la *grandeza de la pequeñez*, pues el amor de Dios que abrasaba sus almas (y esto les honra), les hacía sublevarse contra todo lo que les pareciese rebajar a la divinidad de Jesucristo aun en lo humano. No rebajemos, no, a esas almas puras y santas, porque su amor puro y acendrado, les haya hecho casi sublevarse, por decirlo así, contra las humillaciones voluntarias y espontáneas de Jesús, como se quejan a veces a Él con doloridas frases de los ultrajes que contra su divinidad consiente pudiendo evitarlos. ¡Ay! esa exaltación santa, ¿no es preferible mil veces a los ojos de Dios a este frío glacial de la crítica con que nosotros discurrimos? No debe ser nuestro ánimo rebajar esas narraciones de almas puras, que suponen a la Santa Familia en contacto continuo con Ángeles en forma visible, pues si no las aceptamos tampoco las debemos negar, ni mucho menos condenar al desprecio, puesto que otros mucho más santos y más sabios las han aceptado». Obedece José la voz del Ángel bien conocida para él, y no vacila un momento en disponer la partida, de la misma suerte que no vaciló para tomar el camino huyendo de los sicarios de Herodes. Por de pronto debemos decir, que las penalidades del regreso debieron ser las mismas, pues el mismo camino era y las mismas contrariedades debían sufrirse en ambos viajes.

Y aquí entra de nuevo la tradición que es la que de nuevo narra, cuenta y relaciona este nuevo sufrimiento de la Familia Sagrada al retornar a tierras de Israel y nuevamente refugiarse en Nazareth, de donde salieron para cumplir las órdenes del César y a donde vuelven de orden de Dios comunicada por el Ángel. En nuestra patria la tradición lo ha conservado, no sólo por el hecho sino también por la poesía popular, que en sus sencillos y rudos romances ha transmitido los hechos de la Santa Familia, de la misma suerte que el romancero ha conservado los hechos legendarios de nuestra historia y ha sido el elemento filosófico de nuestro génesis histórico en

los tiempos de la reconquista, en la lucha de nuestros antepasados contra los enemigos de la fe, en la fe de sus luchas, empresas y gestas tan hermosas como sencillas y popularmente contadas por esos Homeros desconocidos que en rudos y sencillos versos comunicaron y cantaron sus impresiones en las grandiosas luchas de nuestra historia. Copiaremos alguno de ellos, uno de esos que todavía se cantan y con los que las madres de los pueblos y las niñeras arrullan y duermen acompañando el sueño de los niños mecidos en sus regazos al compás de sencilla música de lánguida melopea:

Caminitos, caminitos,
Los que van a Nazaret,
Como el calor era mucho,
El Niño tenía sed.
-No pidas agua, mi Niño,
No pidas agua, mi bien,
Que los ríos bajan turbios
Y no hay agua que beber.
Allá abajo, no muy lejos,
Hay un verde naranjel,
Naranjel que guarda un ciego
Que es el dueño del vergel.
-Ciego, dame una naranja,
Que mi Niño tiene sed;
Coja, coja la Señora
Cuantas tenga a bien coger.
Ella coge de una en una,
Y ellas brotan tres a tres:
Cuantas más naranjas coge,
Aun más lleva el naranjel.
Ya se marchan con su Niño,
Y el ciego comienza a ver:
-¿Quién es aquella Señora
Que me ha hecho tanto bien?
Una joven con un Niño
Que vuelve hacia Nazaret:
-¡La Virgen María ha sido,
Con Jesús y San José!

Y si fuéramos a citar todos cuantos romances la Musa popular ha inventado, creado y se cantan por las diversas comarcas de España, pudiendo formarse un riquísimo y abundante caudal, un copioso Folklore de la vida, hechos y milagrosas obras de la Santa Familia, cantados y relatados en las diferentes regiones de nuestra patria, tarea pesada fuera y que ocuparía algunos volúmenes.

Volvamos a nuestra narración y dejaremos para el fin de esta obra la inserción de aquellos romances populares que con relación a María hallamos como más sentidos y hermosos en su inspiración popular. Tomemos, después de siete años de destierro en egipciaca tierra, el camino del regreso a las tierras nativas, a la patria, a la tierra madre en que se abrieron los ojos a la luz del día y a la luz sobrenatural de nuestra religión, a esa tierra amada y bien querida que llamamos patria, en que duermen el sueño de la muerte nuestros padres, y en la que transcurrieron los primeros años de la niñez, esos años en que las impresiones son tan fuertemente grabadas en nuestra inteligencia, que nunca se olvidan y sólo desaparecen con la muerte.

Despidióse el Santo Matrimonio de sus vecinos y de los conocidos que con ellos se relacionarían durante aquellos siete años: tomarían nueva cabalgadura para emprender el viaje de retorno; emprendieron el camino, y por los mismos pasos regresaron a Israel y a tierra de Judea, a Nazareth, entrando en la casa que durante siete años había estado cerrada, sirviendo de comentario y de hablilla a los vecinos que los vieron marchar a Bethlén y nada habían sabido ya de ellos, tal vez presumirían muerta a María a consecuencia de su estado en las penalidades del viaje o en su alumbramiento, y a José emigrado a otra población, a Jerusalem quizá, donde le sería más productivo su oficio de carpintero.

Casabó relata e historia el hecho de la siguiente manera: «Porque el Niño debía llamarse *Nazareno*, pasaron a Nazareth, su patria, donde hallaron su antigua y pobre casa en poder de aquella mujer santa y parienta de José en tercer grado, que había acudido a servir cuando la Virgen estuvo ausente en casa de su prima Isabel.

»Todo lo hallaron bien guardado, y a su parienta que los recibió con gran consuelo por el gran amor que tenía a la Virgen, aunque entonces no sabía su dignidad».

En cambio, Orsini, siguiendo en este punto los vuelos de su fantasía, y exagerando en muchos puntos, no según nuestra opinión, sino según el parecer de escritores respetables, nos pinta un cuadro de desolación y de lástima, de abandono, que contrasta con la que hace Casabó. Véase cómo se expresa el citado Orsini:

«Después de una ausencia tan larga, la Santa Familia volvió a entrar en su humilde hogar en medio de las felicitaciones, del pasmo de las preguntas atropelladas de sus parientes, que todos a competencia la obsequiaron. Pero la desolación y los amargos recuerdos se hicieron bien pronto lugar a través de toda esa alegría. La casa abandonada de la pobre Familia, era apenas habitable; el techo medio arruinado y roto en algunos puntos, se había cubierto a trechos de altas yerbas y había dejado penetrar libremente en el interior el viento de invierno, y las lluvias deshechas de los equinoccios: el aposento bajo era frío, húmedo y verdecido; unas palomas silvestres hacían sus nidos en la celdita misteriosa y santificada en que el Verbo se hizo carne; las zarzas extendían por el pequeño patio sus guirnaldas morenas y espinosas; todo, finalmente, en esta antigua casa, envejecida ya por los años, había tomado aquel aspecto ruinoso que se advierte en los edificios abandonados como el sello de la ausencia de su dueño. Fue preciso ocuparse de esas urgentes reparaciones; fue preciso reemplazar los enseres y muebles inservibles o desaparecidos, fue preciso desempeñar tal vez un empréstito contraído en Egipto para la vuelta. Sin duda, entonces se vendieron hasta el jubileo, los campos que formaban la herencia paterna. De todo lo que poseían José y María antes de su largo viaje, no les quedó otra cosa que la arruinada casa de Nazareth, el taller de José y sus brazos».

La relación de Orsini, como se ve, no puede ser más fantástica e hija de una fogosa imaginación, pero cuyos detalles difieren bastante de la realidad, y si no, véase cómo concluye este ilustre escritor este punto:

«Pero Jesús estaba allí, joven aún (*de siete años*), Jesús tomó el hacha y siguió a su anciano padre (¿dónde y de dónde le constaba a Orsini la ancianidad de José en aquel entonces?) por los pueblos en que se les ofrecía ocupación; el trabajo proporcionado a su edad y fuerzas nunca faltó a su Madre. El bienestar había desaparecido por largo tiempo; pero a fuerza de privaciones, de vigiliias y esfuerzos, se proveyó a las urgencias de primera necesidad. Jesús, María y José se entregaron a duros trabajos, y estos nobles corazones, que podían mandar a legiones de Ángeles, nunca pidieron a Dios otra cosa que el pan cotidiano».

Como se ve, la descripción no puede ser más poética y llena de sentida impresión, pero la fantasía ha desvirtuado en mucho la realidad de las cosas y de los hechos. Orsini, llevado del calor, luz y hermosura de la tierra en que escribía su *Vida de la Virgen*, le llevó a fantasear de una manera tan sentida, como hemos visto, pero esta mismas galas le apartaron de la realidad de los hechos, como hemos dicho, y tanto más cuando esta descripción de Orsini no concuerda con las condiciones de la casa de Loreto que vemos y conocemos. Mal pudieran

haberse criado zarzas en el patio de la casa, cuando ésta no lo tenía ni vestigios se conservan de que lo hubiera tenido. Respecto de los muebles, harto sabemos que éstos eran muy escasos aun entre los que hoy llamaríamos clase media, artesanos acomodados, y su deterioro no podía ser grande en muebles, sobrado pobres, sencillos, fuertes y nada lujosos, y no tardaría José con su robusto brazo en reponerlos, hallándose, como se encontraba, en la plenitud de sus fuerzas, en plena varonil edad.

Respecto de su estancia, tan pobre como la quiere pintar Orsini, siempre sería mejor que en Egipto; aquí tenían casa de su propiedad y la hacienda de sus padres, pues aun cuando la empeñasen, volvía a sus dueños en el tiempo del jubileo, y el trabajo manual de José y el de María con sus bordados y costuras, produciría para el sustento de la Familia, dada la sobriedad de las razas orientales.

¿Queréis ver un cuadro de realista hermosura representando a la Santa Familia en su tranquila, sosegada y pobre feliz vida después de la vuelta de Egipto cuando el Niño Jesús con sus gracias infantiles había de ser la alegría de aquella bendita casa? Tended la vista sobre ese cuadro; apoteosis de la vida de familia, de nuestro incomparable Murillo; contemplad aquella plácida y santa alegría que representan aquellos benditos seres, *trinidad humana*, representación en la tierra de la Santísima Trinidad. Contemplad, recread vuestra vista y vuestro espíritu en ese hermoso lienzo que debiera cobijarse en el sagrado del hogar de toda familia cristiana. Ved a San José, de semblante varonil, no anciano, ni decrepito como otros le pintan, sino vigoroso, fuerte, enérgico en su edad de cuarenta años, descansa un momento de su rudo trabajo, teniendo en un lado el mazo y los útiles de carpintería que deja descansar un momento mientras contempla sentado en un cabezo de madera y teniéndole entre sus rodillas a Jesús, de unos ocho años de edad, con su rizada y rubia cabellera, vestido con alba túnica que contempla entre sus manecitas un jilguero. A sus pies en actitud de saltar para coger el pajarillo, un perrillo faldero de blancas lanas espera el momento de coger la presa que el Niño Dios sostiene con la mano levantada para que no corra peligro la inocente avecilla.

La mirada tierna, cariñosa y penetrante de Jesús, demuestra la alegría que encierra su actitud, pues en Jesús, hasta los juegos nos sirven de enseñanza. «Esta avecilla que tengo sujeta en mi mano, si ahora está cautiva por algunos momentos, recobrará luego su libertad, que Yo el autor de la Naturaleza di la libertad, no sólo al hombre sino a los seres irracionales, que de ella se aprovechan para vivir, y no es justo se les prive de tal don mientras no abusan, o las necesidades lo exigen o imponen». María, en tanto, con semblante risueño contemplando el grupo de José y el Niño, sonriente y tranquila, devana una madeja de hilo gozándose y trabajando con pura y santa alegría, la tranquilidad del cumplimiento del deber consagrado por aquella divisa que debe ser la de todo cristiano:

ORA ET LABORA.

Ruega y trabaja: lo contrario de lo que generalmente se desea, es decir, el no trabajar, bello ideal al que encaminan sus propósitos los que se creen católicos, no considerando al trabajo como un ennoblecimiento del hombre sino como una degradación o envilecimiento de los que se estiman en su nobleza o posición. Este cuadro, es un poema que habla al alma sin ruidos ni palabras huecas de sentido, enseñando y convenciendo con el ejemplo de tan virtuosa Familia, pero como hemos dicho, ¡son pocos los que saben leerlo en su pensamiento y enseñanza! Este idilio sagrado representa, con toda su dulce poesía, la vida tranquila y escondida de Jesús en Nazareth durante los años de su niñez en la compañía de sus padres, sin que el doloroso episodio de su pérdida en Jerusalem cuando las fiestas, a que acudió con sus padres: episodio doloroso y que por cuarenta horas turbó el tranquilo y sosegado transcurso de la retirada vida de la Santa Familia.

A pocos días de su vuelta a Nazareth, puede decirse que entró en el orden habitual de su vida María y la Santa Familia, y determinó el Señor ejercitar a la Madre del Verbo al modo como lo hizo en la niñez de Aquélla. Como verdadero maestro del espíritu, quiso formar una

discípula tan sabia y excelente, que después fuese maestra y ejemplar vivo de la doctrina del Maestro. No la abandonó el Señor, pero estando con Ella y en Ella por inefable gracia y modo, se le ocultó su vista y suspendió los efectos dulcísimos que con Ella tenía, ignorando la Virgen el modo y la causa, porque nada le manifestó el Señor. Además, el Niño-Dios, sin darle a entender otra cosa, se le mostró más severo que solía, y estaba menos con Ella corporalmente, porque se retiraba muchas veces y la hablaba pocas palabras, y aquéllas con grande entereza y majestad.

«Esta conducta del Hijo sirvió de crisol en que se renovó y subió de quilates el oro purísimo del amor de María, que hacía heroicos actos de todas las virtudes; humillábase más que el polvo, reverenciaba a su Hijo santísimo con profunda adoración; bendecía al Padre y le daba gracias por sus admirables obras y beneficios, conformándose con su divina disposición y beneplácito; buscaba la voluntad santa y perfecta para cumplirlo en todo; encendíase en amor, en fe y en esperanza, y en todas las obras y sucesos aquel nardo de fragancia, despedía olor de suavidad para el Rey de los Reyes que descansaba en el corazón de la Virgen como en su lecho y tálamo florido y oloroso. Perseveraba en continuas peticiones con lágrimas, con gemidos y con repetidos suspiros de lo íntimo del corazón; derramaba su oración en la presencia del Señor y pronunciaba su tribulación ante el divino acatamiento».

De esta suerte señala Casabó el estado de María en su nuevo y tranquilo retiro de su vuelta a Nazareth. En cuanto a su vida y la de Jesús, veamos como también la relata el mencionado escritor:

«Tenía la Virgen prevenida por manos de José una tarima, y sobre ella una sola manta para que en ella descansara y durmiera el Niño Jesús, porque desde que salió de la cuna, ni más abrigo ni más cama quiso admitir para su descanso.

»Como Jesús deseaba restituirla a sus delicias, respondió a sus peticiones con sumo agrado estas palabras: «Madre mía, levantaos». Como esta palabra era pronunciada del mismo modo que esa palabra de Dios, del Eterno Padre, tuvo tanta eficacia, que con ella, instantáneamente quedó la divina Madre toda trasformada y elevada en altísimo éxtasis en que vio a la Divinidad abstractivamente. En esta visión la recibió el Señor con dulcísimos abrazos, con que pasó de las lágrimas en júbilo, de pena en gozo y de amargura en suavísima dulzura. A este misterio corresponde todo lo que la divina Virgen dijo de sí misma y leemos en el capítulo XXIV del Eclesiástico. No por esto faltaba María jamás a las obras que le tocaban en su servicio corporal y cuidado de su vida y la de su Esposo; porque a todo acudía sin mengua ni defecto, dándoles la comida y sirviéndoles, y a su Hijo siempre hincadas las rodillas con incomparable reverencia. Cuidaba también de que el Niño Jesús asistiese al consuelo de su Padre putativo como si fuera natural, y el Niño obedecía a su Madre en todo esto y asistía muchos ratos con José en su trabajo corporal, en que era continuo éste para sustentar con el sudor de su cara al Hijo de Dios y a su Madre. Cuando el Niño Jesús fue creciendo, ayudaba algunas veces a José en lo que parecía posible a la edad...»

Así transcurrieron los primeros años que sucedieron al retorno a Nazareth: años que si durante ellos la vida de María no nos presenta ningún hecho ni acontecimiento de esos que llaman poderosamente la atención, no por eso, esa que algunos llaman obscuridad, no fue sino preparación para los grandes hechos de su Hijo, y en los que María una parte tan importante había de representar en el grandioso poema de la redención del hombre.

Durante esta época en que si no hallamos estos grandes hechos, en cambio la vida transcurre pacífica y sosegada, como la marcha de un caudaloso río que sin los ruidos ni espumas de una corriente estrepitosa, labra la dicha y la riqueza de sus riberas con sus fecundas aguas. De esta manera pasan los años de la niñez de Jesús, de su educación en la que parte tan importante tomó la Virgen María, como la tiene toda madre amante de sus hijos, y que ella es la que pone las primeras piedras del edificio de la educación de aquellos en quienes siembra esos primeros gérmenes que después han de ser la base de la dicha, felicidad y alegría de los hijos, o de

desventura y de infelicidad, si aquella primera y materna educación, si aquellas primeras oraciones que la madre enseña a sus hijos, no han sido acertadas e inspiradas en el verdadero sentimiento maternal, que es el que encamina o tuerce con una equivocada inteligencia estos primeros pasos de la vida de los hijos.

María, durante estos años, consagraríase a la educación de su Hijo, comunicándole cuanto Ella podía comunicar a un niño, lo que en su educación en el Templo había aprendido, y de esta suerte arrojó en aquel hermoso corazón y clara inteligencia los primeros gérmenes de una enseñanza que como humano necesitaba desenvolver como niño, hasta que se manifieste su ciencia en el momento oportuno en que ha de dar principio a su misión de Salvador, de Maestro, de Redentor y Salvador de los humanos con su palabra, su doctrina, y sellar la obra con su sangre y su martirio.

«Jesús, que era el Señor y la fuente de todas las ciencias, dice Orsini, no tenía la menor necesidad de la enseñanza humana; pero como le placía ocultar sus resplandecientes luces bajo su corteza terrestre, y mostrarse en todo semejante a los demás hombres, no desdeñó en su primera infancia las lecciones de su piadosa Madre. Créese, en efecto, generalmente, que la primera educación de Jesucristo fue obra de María, y algunos teólogos pretenden que Él no recibió jamás otra. Los judíos que no siguen esta opinión, sostienen, por el contrario, que un rabino célebre que enseñaba entonces en Nazareth, continuó lo que la Santa Virgen había empezado. Pero la educación de Jesús, a pesar de lo que afirman los judíos, no fue la obra de los rabinos; sábese que no era celador ni tradicionalista y que desaprobaba altamente las miras estrechas del egoísmo y de las argucias que formaban el espíritu degenerado de la Sinagoga. San Juan, por otra parte, resuelve la cuestión diciendo en su Evangelio, que los judíos miraban a Jesús como a un joven sin estudios».

Las investigaciones, crítica y estudio de las instituciones sabias como prudentes del pueblo judío, nos dan elementos para comprender el estado de la enseñanza, derivados del estudio del Talmud. No se ve allí nada que relacione con la instrucción de Grecia y Roma con la religiosa Palestina. Según la historia, Gamala, hijo del Sumo Pontífice, fue quien dictó disposiciones relativas a la enseñanza, en las que se determinan las reglas de instrucción pública, y en las que constan el organismo de la que debe darse en las escuelas y el número de las que deben existir en cada población, obligada a tener una en cada Sinagoga. Para todo cuanto se refiere a la materia de la enseñanza, hay que atenerse, como hemos dicho, al sabio código del Talmud, pues en él se compilan los usos, leyes, costumbres, tradiciones, ceremonias litúrgicas y organización de Israel. La escuela judía proviene de la Sinagoga, como la escuela moderna, aun cuando pese a los enemigos, proviene de la Iglesia, del Convento.

De las muchas investigaciones hechas por los historiadores cristianos en averiguación de los medios de instrucción que pudiera ofrecer Nazareth a Jesús durante su edad infantil, veremos que Sabatier en su *Enciclopedia de Ciencias religiosas*, y lo mismo Stapfer en su libro sobre *Palestina*, dan noticias emanadas todas de un cálculo de probabilidades, pero no de un conocimiento cierto en la materia. Por los monumentos históricos que poseemos, sólo probabilidades podemos presentar para la solución del problema. Sólo podemos si acaso presentar la probabilidad de que Jesús asistiría, acomodándose sus Padres a un uso y costumbre extendida, en la fiesta del Sábado, a lo que entonces se denominaba la catequización, institución muy parecida a nuestras escuelas dominicales católicas.

En muchas páginas del Talmud se encuentran descripciones de maestros. a quienes se llama *Azanes*, los cuales dependían de la Sinagoga, y están encargados de la enseñanza, cumpliendo de esta suerte la misión encomendada a nuestros sacerdotes en la de la doctrina cristiana. Por otro lado ya lo hemos dicho: María, hubiera escuelas o no en Palestina, debió como hermosa y Madre ejemplar, ser la encargada de la enseñanza de su Hijo, como lo hacía toda madre israelita, como lo hace toda madre amante de sus hijos, pues a ella le está encomendada la enseñanza del regazo cuando el niño apenas puede balbucear las primeras oraciones, y

ellas, ellas son las primeras que nos enseñan a pronunciar los dulces y consoladores nombres de Jesús y María, de nuestro Dios y su santa Madre, nombres que pronuncia el niño envuelto todavía sus labios con la leche del pecho de su madre, y cuyos dulces nombres y su consuelo son los últimos que pronuncia el hombre al dejar el mundo y terminar su existencia terrenal. Y cual aprenden las avecillas en el nido escuchando el cántico de aquellos alados seres a quienes había infundido vida, con el espectáculo majestuoso de la naturaleza, y los gorjeos de una música que no era sino un cántico a Dios creador, Jesús aprendería entre aquel concierto y las enseñanzas de María a conocer la bondad y sabiduría del Padre que había distinguido siempre a aquel pueblo de Israel, con su pródigo auxilio en las penas del mismo.

María debió tener, como era vieja y tradicional costumbre, conservados los rollos del Thorá, como llamaban a sus leyes, y en ellos Jesús, por ley natural sujeto en cuanto a hombre a las instituciones y leyes de su pueblo, aprendería los principios de la teología de su pueblo y los cánones de su religión. Y cumplidor de las leyes debió conocer muy pronto el *schema*, o sea la fórmula de la oración diaria citándola en voz alta y guardándola en su memoria como todos niños de su edad. El *schema* se componía de alabanzas a Jehová, de bendiciones a su nombre y aspiraciones al cumplimiento de los Mandamientos, recitarlos al dormirse y al despertar, cuyos preceptos llevaban hasta bordados en las franjas de sus vestiduras como recuerdo de su observancia. Y como de paso recordaremos y como un recuerdo a nuestra madre, veremos en nuestra mente a María enseñando y haciendo repetir el *schema* a Jesús, como aquella santa mujer nos enseñaba y hacía rezar el rosario, la santa oración cotidiana de la familia, ora en las serenas y hermosas veladas de las poéticas noches del verano, o en las lluviosas del invierno cuando la lluvia azotaba los cristales de nuestros balcones, y el viento helado gemía entre las rendijas de las puertas, haciéndonos pensar en los pobres sin albergue, en los caminantes y marinos que sufrían a aquellas horas las inclemencias de las frías noches invernales.

No puede prescindirse del tiempo que Jesús estuvo bajo el amparo de María y José, del tiempo que media entre la vuelta de Egipto y la hora en que, educado e instruido en la ley de amor por su santa Madre y José, inicia su predicación: los Evangelistas, como hemos dicho, hablan de todo esto con extrema sobriedad, a lo más encontramos en San Lucas, en el capítulo segundo, versículos 40, 41 y 42: «Y el Niño crecía y fortalecía y llenaba de ciencia, y la gracia de Dios era con Él, e iba con sus padres todos los años por pascuas a Jerusalem».

La instrucción, pues, de Jesús, según dice Lafuente, se había completado con la dada por su Madre María Santísima: «Jesús había llegado a la edad de doce años; sus fuerzas no eran todavía suficientes para emprender rudas fatigas, a fin de ganar el necesario sustento en unión de su padre putativo, cuyo humilde oficio aprendía. Pero estaba en la época en que las buenas madres cuidan de la educación de sus hijos, cuando acabada la niñez y al iniciarse la adolescencia, comienza el período de la instrucción. La educación, pues, de Jesús, corría a cargo de su Virgen Madre, y ¿qué maestro mejor en lo humano? Jesús se desenvuelve en ese concepto. Es la omnipotencia y se muestra débil; es la omnisciencia, la Sabiduría eterna, y aparece necesitado de aprender, así como siendo Hijo del Eterno Padre, le tienen los de Nazareth por hijo del carpintero.

»Su Madre le enseña el *alef-beth*, el abecedario hebreo; con Ella deletrea el *Bresith* y demás libros de Moisés; aprende a escribir, y más adelante decora la historia de su patria y del pueblo Israelita en esos mismos libros de Moisés y de Josué, los Jueces y los Reyes. Aprende también el derecho político, religioso y social en el Levítico, y en esos mismos libros en que se consigna el desarrollo social y político, interno y externo de su pueblo, bajo la forma teocrática y democrática a la vez, y su transición de éstas a la monarquía. Su Madre Santísima, que conocía la Sagrada Escritura, mejor y más a fondo que todos los doctores antiguos y modernos, y que los doctores mismos de la Iglesia, enseña a su Hijo, de talento precoz y privilegiado, eso mismo que tan perfectamente sabe y lo confía al entendimiento humano de su Hijo, pues si como Dios no tiene memoria, como hombre, la tiene».

Además, como demostración de lo perfecto de la educación judía, en la que viene a completarse en la educación moderna, como el sumo de la perfección educativa actual de unir lo intelectual con lo físico, diremos que en aquel tiempo y entre aquellos hombres difícilmente solían exentarse las más altas personas de un oficio manual. Aun los entregados al cultivo de las ideas y al empleo de las altísimas facultades intelectuales, tenían algo de menestral; nosotros apenas podemos comprender que fueran los duchos en saberes y ciencias diestros artesanos. En nuestra educación y dado, en nuestra patria especialmente, el desequilibrio que guardamos entre la educación física e intelectual, los modernos no hemos aún apreciado lo justo y racional de esta mutua educación que nivela lo intelectual con lo físico, o conocimiento de algunas labores mecánicas.

Véase, si no, lo que ocurre en el extranjero y entre algunos eminentes hombres de ciencia o de Estado, que han sido y son hábiles artesanos o mecánicos: el emperador de Austria, es hábil carpintero; Gladstone, era un poderoso leñador, y entreteníase en sus descansos parlamentarios en derribar árboles; el gran presidente de los Estados Unidos, Lincoln, fue también cortador de maderas, y muchos entre muchos podrían citarse; pero esta costumbre, esta educación todavía no ha entrado en nuestro país, infatuado con recuerdos de pasada grandeza, de dorada miseria, de aquellos hidalgos de correcto traje que se alimentaban con duelos y quebrantos, esperando un corregimiento que los llevara a Ultramar a satisfacer hambre atrasada y sembrar las tristes cosechas que hemos recolectado en aquellas perdidas regiones por nuestra incuria, desmoralización y errado camino de desarrollos de riqueza, que hubieran podido engrandecernos en vez de ser nuestra ruina, y lo que es más triste, nuestro desprestigio ante las naciones que, titulándose civilizadas, han entronizado el imperio de la fuerza pisoteando el derecho y la razón, que en su día dará los frutos necesarios como consecuencia de tales principios y componendas.

Entre los judíos sucedía en aquellos tiempos lo contrario que todavía acontece en nuestros días, ya fuera para ejercitar las fuerzas físicas, ya también para adquirir el pan cotidiano con la honra del trabajo, todos a una, con raras excepciones, industriábanse con los oficios desde la infancia en las artes útiles y mecánicas.

Así es que Jesús, por indicación de María y José, tuvo el mismo oficio que su padre putativo; fue carpintero, y así le llama San Mateo en el cap. XIII, versículo LV, y nada más nos indica; pero los ya citados Evangelios apócrifos nos dan más detalles y nos dicen, y a fuer de ilustración los citamos, que Jesús construyó carretas, yugos, cribas, arcas, mesas, puertas y hasta un trono. El proto-evangelio de Santiago le supone maestro de obras, pero no cabe dudar de que el oficio ejercido por Jesús fue el de carpintero: recuérdese lo que decían los Evangelistas cuando las gentes de Nazareth se alarmaban oyendo hablar a Jesús, y se preguntaban cómo podía hablar y decir tales cosas el hijo del carpintero José.

Ejerció pues el divino Jesús el oficio de su padre, enseñándonos de esta suerte a ganar el sustento con nuestra labor, y de aquí que entre los judíos en la antigüedad y entre las naciones de raza anglosajona hoy, sea costumbre general el conocimiento de un oficio mecánico a más de los intelectuales de la profesión habitual de aquéllos por sus carreras científicas. Rabí Judá, dice, Stapfer dijo: «Quien a su hijo no enseña un oficio, lo hace bandido». Las clases acomodadas huían de dos oficios que no entraban en sus costumbres apegadas al terruño y como labriegos poco aficionados al movimiento y cambio activo de vida, así es que el de arriero o viajante y el de marino, no les parecían dignos y huían de ellos, pero en cambio los demás les eran bien aceptos, y así vemos que Hiel, era aserrador, Juanán, zapatero, Nanacha, herrero, San Pedro pescador y tejedor San Pablo.

Y con estas aclaraciones, terminaremos este capítulo de la educación e instrucción de Jesús por su Madre María Santísima, y veremos la condición humilde en que durante su segunda residencia en Nazareth, en que viviría la Sagrada Familia, desenvolviendo en el retiro, la tranquilidad y el trabajo la humana personalidad de Jesús, del Hijo de Dios como obra de la

purísima María Santísima, auxiliada de la virtud y laboriosidad de José, modelo de esposos y de padres cuidadosos de la honrada y santa educación de los hijos, santificada por la laboriosidad de que eran ejemplo constante el santo y ejemplar matrimonio, envidia de humilde felicidad de los habitantes todos de Nazareth.

Capítulo XIX

LAS FIESTAS DE PASCUA. -VIAJE DEL SANTO MATRIMONIO A JERUSALEM. - PÉRDIDA DEL NIÑO JESÚS A LA PARTIDA DE LA CIUDAD. -SU ENCUENTRO EN EL TEMPLO DISCUTIENDO CON LOS DOCTORES. -CONSIDERACIÓN SOBRE LAS PALABRAS DE JESÚS A SU MADRE MARÍA SANTÍSIMA. -VUELTA DE LA FAMILIA A NAZARETH.

- I -

«Y sus padres iban todos los años a Jerusalem en el día solemne de la Pascua», dice el Evangelio al relatar lo que podremos llamar la primera manifestación de Jesús, y el primer dolor de la vida de María.

Las fiestas de la Pascua se celebraban todos los años, y a estas solemnidades del Templo acudían de todas partes los devotos israelitas cumplidores de los preceptos de su ley. Duraban estas fiestas una semana. Estas solemnidades en que iban los israelitas al Templo, eran una la de los Tabernáculos; otra la de las Hebdomadas, que es por tiempo de Pentecostés, y la tercera la de los Ázimos, en la Pascua de Parasceve; esta era la principal y a la que mayor número de peregrinos asistía y duraban también estas fiestas siete días.

En estos días los caminos que conducían a Jerusalem se llenaban de caravanas de romeros, y las puertas de la ciudad daban entrada continuamente a pintorescos grupos, ora en paramentados camellos, ligeros caballos y pacientes y tardos borriquillos, tan humildes como sufridos, conduciendo sobre sus lomos a mujeres y niños con sus vistosos trajes de vivos colores, en que se destacaban el rojo y el azul, las blancas capas de las nazarenas, las altas y brillantes mitras fulgurantes en metales de las betlemitas y las listadas túnicas de sus hermanos y esposos con las plegadas fajas y elegantes *tarbuks*. En medio de la mayor alegría, en son de fiesta reuniríanse los habitantes de los pueblos para juntos, como hoy aún sucede en las fiestas de los lugares convecinos, se reúnen y acuden en numerosas cuadrillas. Así de Nazareth acudirían a Jerusalem sus habitantes y reunidos caminarían formando parte de aquéllas María con el Niño Jesús y su esposo José.

Este viaje ¡cuán alegre debía resultar a María después de aquel terrible en demanda del Egipto, esquivando el encuentro de viajeros y hundiéndose por los más agrestes caminos y solitarios valles, huyendo de la persecución de los sicarios de Herodes, siempre temerosos y con la inquieta mirada registrando el horizonte! Ahora, viaje alegre en son de fiesta en cumplimiento de preceptos litúrgicos, a la luz del día, entre el alegre gorjeo de las aves y el no menos locuaz y canoro de los niños que formaban la parte más bulliciosa e inquieta de la caravana.

María y José, llevando a su lado al hermoso Niño Jesús, que como hombre y niño seguiría los juegos y carreras de sus amigos de Nazareth, y con ellos correría, subiría a las márgenes de las huertas y perseguiría las pintadas mariposas. ¡Qué dicha resplandecería en los rostros del

santo Matrimonio contemplando la belleza, inocencia y juventud de su Hijo Jesús! Y así llegarían a Jerusalem y penetrarían por sus puertas, sin que nadie se fijase en la Sagrada Familia, ni en aquel hermoso Niño que cogido de la mano de los padres penetraba en aquellas calles, en aquellas calles en las que entraría triunfante para regarlas a pocos días con su sangre y dar su vida en el patíbulo de la cruz sobre aquel Gólgota, cuya redonda y pelada cumbre se contemplaba desde las puertas del Templo.

Así habían venido desde Nazareth aquel numeroso grupo de los nazarenos; «alrededor de la Virgen acompañándola iba María Cleofás, hermana de José, dice Orsini al relatar este viaje; otra María designada en el Evangelio, bajo el nombre de *altera Maria*; Salomé, la mujer de Zebedeo, venida de Betsaida con sus hijos y su esposo; Juana, mujer de Chus, y una multitud de nazarenos de su vecindario y parentesco. José la seguía a alguna distancia discurrendo gravemente con Zebedeo el pescador y los ancianos de su tribu. Jesús marchaba en medio de los jóvenes galileos que el Evangelio, según el espíritu de la lengua hebrea, ha llamado sus *hermanos*, y que eran sus parientes inmediatos.

»Entre ese grupo de jóvenes que iba delante de los demás, distinguíanse los dos hijos del Zebedeo, Santiago, impetuoso como el lago Tiberiades en un día de tempestad, Juan, más joven aún que Jesús, y cuya dulce fisonomía, puesta al lado de su hermano, parecía personificar el cordero de Isaías viviendo en paz con el león del Jordán. Al lado de los pescadores de Betsaida, que Jesús denominó más adelante con el sobrenombre de *Boanerges* (hijos del trueno), iban los cuatro hijos de Alfeo... y Jesús nada afectaba, ni la devoción, ni la austeridad, ni la prudencia, ni la sabiduría, porque poseía la plenitud de todas las cosas, y ordinariamente sólo se afecta lo que no se tiene.

»Al verle vestido sencillamente como un esenio, sus largos cabellos de color de bronce antiguo, separados de su frente morena y cayendo con gracia sobre sus hombros, se le hubiera tomado por un David en el momento en que el profeta Samuel le vio venir pequeño, tímido y en traje de simple pastor, para recibir la unción santa. Había, sin embargo, en los ojos garzos y sombríos de Jesucristo alguna cosa más que en el ojo lleno de poesía y de inspiración de su gran abuelo, y descubríase algo de penetrante y de divino que profundizaba en el pensamiento y sondeaba los pliegues internos del alma, pero Jesús templaba entonces el resplandor y viveza de sus miradas, como Moisés su frente radiosa cuando salía del tabernáculo».

Las fiestas se celebraron, y la Sagrada Familia se reunió terminadas las ceremonias religiosas, para comer el cordero pascual, los panes ázimos y las lechugas amargas, todo lo cual constituía la comida de esta festividad y ceremonias.

Concluidas las fiestas, reuniéronse los parientes y amigos para regresar a su casa. «Había, pues, cumplido los doce años (Jesús), dice el Evangelio, cuando aconteció que, habiendo Ellos (sus padres) subido a Jerusalem, según acostumbraban en tiempo de fiesta y acabados los días de ésta, al regreso, el Niño Jesús se quedó en Jerusalem sin que lo advirtiesen sus padres».

«Así que pensando estaría entre los de la comitiva, caminaron toda una jornada, añade Lafuente, y al terminarla anduvieron buscándole entre los parientes y conocidos, pero como no lo encontrasen, volvieron a Jerusalem en busca de Él».

¡Qué horas de angustia para María y José hallarse solos, haber perdido aquel tesoro confiado a su cuidado por Dios, y perderle, quedar tal vez en Jerusalem, expuesto a caer en manos de algunos bandoleros o de los soldados de Arquelao! ¡Qué horas de angustia para María, cuál se torturaría su corazón con aquella pérdida de su Hijo bien amado, del tesoro que Dios pone a su cuidado maternal!

Mas, ¿cómo había sucedido aquella pérdida? Como en las Sinagogas, entonces como ahora, las mujeres tienen por prescripción legal el estar separadas de los hombres, María debió ir por un lado con sus convecinas de Nazareth al sitio designado para las mujeres, y José al señalado para los hombres. Debieron creer mutuamente que con uno de ellos iba Jesús, lo cierto es que

a la salida del Templo, saliendo cada sexo por puertas diferentes, se reunían las familias en sitio ya bastante apartado de Jerusalem; reuniéronse los esposos, y hallaron, que con ninguno de ambos estaba Jesús, como habían creído, Entonces es cuando el llanto, la tristeza se apodera de María, y José lleno de asombro no sabe qué hacer; llora su Esposa, retuércese las manos, grita llamando a su Hijo y su Hijo no aparece, sus convecinas no le han visto, y María, la Madre angustiada, emprende con su Esposo, desalada, el camino de la ciudad.

Terrible, larga y angustiada noche la que pasaron los Santos Esposos en el pueblecillo en donde pernoctaron a unas cuatro leguas de Jerusalem. Los ojos no lograron el sueño reparador, sólo la oración y el llanto aliviarían sus penas. No bien apuntó el alba, tomaron nuevamente el camino de Jerusalem, y observándole e investigando por si acaso el Niño se hubiera extraviado en alguna senda o atajo. El ansia de hallarle ponía alas a sus pies con el deseo de llegar pronto a Jerusalem: el sol mediaba su carrera y principiaba a declinar al ocaso, cuando entraban en la ciudad, dirigiéndose a la casa donde se habían hospedado durante los días de la Pascua. ¡Amargo desengaño! Jesús no estaba allí, los dueños ignoraban su paradero y no le habían visto. Tristes y llorosos recorrieron las calles, bañadas ya por la escasa luz del crepúsculo. Las bocinas del Templo llamaban a la oración de la tarde, y los levitas en el Templo verificaban los preparativos del sacrificio vespertino. Allá fueron los tristes esposos, y aunque Jesús estaba en él, sus padres no le vieron, ni convenía que le viesan, dice Lafuente, por entonces; aún no había llegado la hora de que terminase aquella tribulación, que los había de hacer amar más el bien perdido: que el bien, la salud y la felicidad nunca se aprecian más que cuando se pierden, y si se las recupera se las tiene en mayor estimación. Veía Jesús la angustia de su Madre, pero ésta debía durar tres días. ¡Ay qué otros tres días de mayor angustia le esperaban en aquella ciudad para dentro de veinte años y con mayor quebranto! Siguióles otra noche de angustia, de insomnio, de cruel fatiga: aún no había amanecido, cuando el atribulado Matrimonio nuevamente recorría calles y plazas de la ciudad, recordando el principio del capítulo tercero de los Cantares:

«Durante la noche anduve buscando en mi lecho el modo de hallar al que quiere mi alma entrañablemente, mas no pude dar con él. Con esta ansia voy a levantarme y recorrer la ciudad. Por las plazas y las encrucijadas buscaré al querido de mi vida. ¡Ay de mí que ando buscándole y no le encuentro!

»Halláronme las patrullas que rondan por la ciudad y les pregunté: ¿Habéis visto al que ama mi alma? ¿Habéis visto por ventura a un Niño que anda perdido, luz de mis ojos, vida de mi vida? ¡Quizá en estos momentos llora buscándome, llamando a su Madre!»

-¿Y cómo es ese niño, Señora? No hemos visto ninguno que ande perdido por la calle.

-El Hijo de mi vida, mi Hijo es blanco, rubio y candoroso, lindo más que el oro acendrado elegido entre millares.

Y... vana esperanza, nadie le había visto, nadie da razón de Él, por ningún punto se le ve, ni se escucha su llanto; las madres que la contemplan lloran desoladas, participando de la pena de aquella desventurada Madre.

Y pasan las horas, la angustia crece, y el Niño no parece ni nadie da noticias de él; los medios humanos están agotados para encontrar a Jesús, no resta más que pedir y esperar en Dios. Las trompetas del Templo vuelven a sonar llamando los levitas al Templo a los fieles para el sacrificio de la mañana, y a estos sonidos acude al Templo el Matrimonio, triste y confiado a la voluntad de Dios. La oración trascurría silenciosa, triste, y los Esposos no se atrevían ni aun a girar su vista inquiriendo dónde pudiera hallarse Jesús.

Avanzaba ya el día tercero de la cruel prueba de María y de dolor para José, tampoco en el sepulcro después había de estar separado tres días completos del lado de su Madre.

Nuevamente iban a emprender sus padres las diligencias en busca del Hijo amado, la oración había devuelto alguna tranquilidad al corazón de María, tal es la eficacia de ella cuando con fe y convicción se ora y pide a Dios, y parecíale encontrar a su Hijo.

Salían del Templo, y al cruzar por uno de sus pórticos, vieron una porción de gente grave, de ancianos y doctores que escuchaban lo que pasaba en un círculo interior al grupo que los rodeaba y oían que se discutía sobre asuntos y pasajes de los libros santos, teniendo los sabios doctores pergaminos arrollados en cilindros de cedro y que de libros formaban entonces lo que hoy conocemos con el nombre de libros. Del centro de aquel grupo salían exclamaciones de aprobación y de asombro, y sobre aquel sordo murmullo sobresalía una voz juvenil, clara, argentina y penetrante, briosa y valiente, al mismo tiempo que llena de dulzura y convicción, que hirió los oídos del angustiado Matrimonio.

¡Aquella voz era la de Jesús! ¡Qué alegría debió manifestarse en el corazón de María y en el de su angustiado Padre! Allí estaba Jesús en pie, dominando con su estatura de doce años a aquel concurso de ancianos, y hablando, imponiéndose con su claro razonamiento cuando contesta a las preguntas que le dirigen, y cuando refuta a los que le acosan con sus argumentos, nadie le replica. ¡Qué momento de dicha, de alegría, hallar a Jesús, y de qué modo, discutiendo con los maestros y dominando al auditorio con su infantil palabra, con su claro razonar que no tiene réplica!

Ve a su Madre, a su Padre, y comprende la tribulación de que han sido víctimas y avanza hacia Ellos modesta y tranquilamente. Los doctores felicitan a sus Padres por tal Hijo, y este portento de claro entendimiento, de inteligencia poderosa, es de Galilea, del país agreste, de gente ruda e ignorante: es hijo de aquel país que decía Natanael al apóstol San Felipe tiempo después, cuando éste, como anteriormente dijimos al principio de este libro, al hablar de Nazareth le decía que había hallado al Mesías. «Pues qué, ¿puede venir algo bueno de Nazareth?» Pues bien; aquel Niño que acababa de asombrar a los doctores, era hijo de aquellos pobres galileos, era hijo de Nazareth, pero no obstante, el mundo le ha oído y no ha llegado a comprender quién es, y... «tampoco éste reconoce a su excelsa Madre, dice Lafuente, y ¿quién reconoce en aquella hermosa Matrona, algún tanto morena por el sol de Egipto, a la antigua perla del Templo, la bella *halma* que veinte años antes era el embeleso de los sabios, de los sacerdotes y levitas?»

La escena cambia por completo en el momento de reunirse la Madre y el Hijo; en vez de las demostraciones de mutuo regocijo, abrazos y ósculos de cariño, aparecen los personajes de ella con cierta especie de seriedad y reserva, sin alegría, sin expansión, casi con cierta dureza. La Madre reprende al Hijo cariñosamente.

-Hijo mío, ¿por qué has hecho esto? ¡Tu padre y yo andábamos buscándote afligidos!

-¿Por qué me buscáis? ¿No sabíais que debo ocuparme de las cosas que miran al servicio de mi Padre? respondió Jesús a las quejas de María, su angustiada Madre.

María tuvo un derecho innegable para hablar así. Aun cuando no lo dijera el Evangelio, podía conjeturarse que habría dirigido a su Hijo querido esta dulce y paternal reconvención; en tono de queja, como lo hizo, no de reconvención.

El citado escritor Sr. Lafuente, nos explica de la siguiente manera este admirable hecho:

«Era Madre, según la naturaleza, y además por la gracia y el milagro, tenía todos los derechos que le daban la ley divina por la naturaleza, o sea el derecho natural y la ley revelada, o sean los preceptos del Decálogo, que son la base del derecho divino positivo. El cuarto mandamiento del Decálogo que manda honrar padre y madre, obligaba a Jesús como hombre. Él mismo lo dijo: -No he venido a soltar o infringir la ley, sino a llenarla y a cumplirla;- y ese mandamiento como los otros nueve, están en nuestra ley como en la antigua, y obligan al cristiano como al israelita. Tenía pues derecho a dirigir a su Hijo esa queja o suave reconvención, ¿y qué menos podía hacer? ¿A quién se le niega el derecho de quejarse?

«Jesús no aprobó su aflicción, aun cuando ésta fuera muy natural, pues sabiendo como sabían que era Hijo de Dios, no tenían que apurarse por su ausencia. Jesús conocía su porvenir, pero sus Padres no lo sabían. Jesús en su estancia en el Templo principiaba a obrar a lo divino, sus Padres obraban y debían obrar según la prudencia humana. Dentro de diez y ocho años Jesús

abandonaría su pueblo, casa y familia, para ocuparse ya exclusivamente de las cosas del servicio de su Eterno Padre, pero sus Padres en la tierra no lo sabían ni aún quiso Jesús revelárselo entonces, porque no había necesidad de ello. Por eso dice el Evangelio, que no llegaron a entender lo que les decía; -Jesús iba a satisfacer una mera curiosidad. María lo comprendió más adelante en la tierra, su Padre putativo sólo pudo verlo desde el seno de Abraham.

»Para los católicos que no se contentan con creer, sino que practican lo que creen, este pasaje de la vida de Jesús y de María, tiene una alta y doctrinal significación, y es ésta, que cuando se pierde a Jesús por nuestra culpa o nuestra debilidad, descuido o pecado, debemos buscarlo en el templo donde le hallaron sus padres, y que para no perderle, lo mejor es formar en el interior de nuestro corazón un *templo vivo* donde se esté de continuo en la presencia de Dios y de Jesús, el cual aprecia más estos templos vivos, que todos los que con piedra y otros materiales construyen los hombres a fuerza de tiempo, afanes y gastos».

Así termina el ilustre escritor católico sus consideraciones altamente consoladoras para el alma cristiana y verdaderamente creyente. La Iglesia celebra en el primer domingo después de la Epifanía o Adoración de los Reyes, esta festividad del Niño perdido y hallado entre los sabios doctores, y en la Misa lee y comenta en el oficio divino este hermoso pasaje del Evangelio de San Lucas. Los comentarios en el tercer nocturno están tomados de una hermosa homilía de San Ambrosio. Allí distingue las dos generaciones, una paterna y otra materna. «Las cosas, dice, que son superiores a la naturaleza, a la edad y a las costumbres en Cristo, no lo hemos de referir a las virtudes humanas, sino a los poderes divinos de que está investido. En unos puntos la Madre obliga a Jesús a cumplir su ministerio en otros se arguye por Éste a su Madre por tratar de exigir como lo que era meramente humano». (Lec. 2.^a del 3.^{er} nocturno.)

Vuelto Jesús al seno de su Familia y tranquila ésta ya de haber recobrado al perdido bien, volvieron a Nazareth, al escondido retiro y hogar en que el trabajo era la santificación de su dicha, y como dice el texto sagrado:

«Y su Madre guardaba todas estas cosas en su corazón», y miraba a su Hijo con otros ojos, pues en Él veía al Hombre-Dios iba a padecer, y se asociaba anticipadamente a todos sus dolores.

Capítulo XX

LA SANTA FAMILIA EN NAZARETH. -SU VIDA EN EL HOGAR, TRABAJOS DE JESÚS EN EL OFICIO CON SU PADRE. -ENFERMEDAD DE JOSÉ.

- I -

Imposible e inútil sería querer arrancar del misterio los años transcurridos para la Santa Familia desde el hecho del Templo hasta la predicación de Jesús: esos diez y ocho años pasan, como hemos dicho, en un misterio no fácil de desvanecer, y en el que fuera temerario escribir una historia que ignoramos. Un solo hecho llena verdaderamente este total espacio, y es el silencio. El Evangelio no debía hablarnos más de la Sagrada Familia, porque todo su objeto se encierra en la vida y en la misión de Jesucristo, y ya por esto no había tampoco de María, por más que fuese su verdadera Madre, después de mencionar las relaciones que era necesario consignar.

Mucho más fácil es imaginar que explicar, dicen los Santos Padres, las eminentes virtudes que la Santísima Virgen practicó en aquel período de los citados diez y ocho años, escondida con su Hijo y en la sosegada y laboriosa vida del artesano con la que tenían que vivir; pero esta pobreza y esta existencia ignota no envilecía, como no envilece nunca el trabajo sino que ennoblece, obscurecía en parte el lustre y esplendor de la Santa Familia.

La Virgen Santísima pasó este tiempo de que nos estamos ocupando en profunda y tranquila soledad, la cual se la hacía tan deliciosa con la presencia visible de Jesucristo, como es la que gozan los espíritus bienaventurados en el cielo. José con su trabajo procuraba proveer las necesidades de la familia, haciendo más dulce, como resulta siempre, el pan amasado con el trabajo, fuente de toda virtud, auxiliado de su Hijo Jesús, que con él compartía los trabajos del taller. Por otro lado María, modelo de la mujer hacendosa y cuidadosa de su casa, cuidaba de aquel pobre y feliz hogar y del modesto ajuar, y sin perder de vista a su querido Hijo, era la representación más perfecta de la familia cristiana, y jamás se vio familia más santa, dichosa ni más digna de los homenajes y admiración de los humanos, en medio de aquella hermosa obscuridad.

De la Santa Familia debemos aprender, y en este silencio de ella hemos de hallar, que la verdadera grandeza de nuestra vida consiste en creer virtuosamente en la presencia de Dios que debe ser el término de todas nuestras acciones, ya que aquí en la tierra todo es como sombra sin duración ni consistencia, y sólo en Dios y a Dios debemos la vida terrenal, cuyo complemento será el día en que ajusten nuestras acciones por la práctica de la virtud.

Por ello vemos que María fue la primera y única discípula de su Hijo amado, y escogida entre todas las criaturas para imagen y espejo en que se representasen y reflejasen la nueva ley del Evangelio y de su Autor, y sirviese como de luminoso faro en su Iglesia, a cuya imitación se formasen los Santos y debiéramos imitar en los efectos de la redención humana. Es muy cierto que la virtud y beatitud los Santos fue y es obra del amor de Cristo y de sus merecimientos y obra perfecta de sus manos, pero comparadas con la grandeza María Santísima, pequeñas parecen al parangonarlas, y pobres, pues todos los Santos tuvieron sus imperfecciones si se les compara con Ella. Solo María, imagen viva del Unigénito, no tuvo ninguna de aquéllas, pues fue creada perfecta. Y por el modo como el Padre formó a María en su excelsa santidad, se vio aunque lejanamente su sabiduría al formarla, pues que había de ser el fundamento de su Iglesia, llamar a los Apóstoles, predicar a su pueblo y establecer la ley del Evangelio, bastando para ello la predicación de tres años en que super abundantemente cumplió esta grandiosa obra que le encomendó su Eterno Padre, justificó y santificó con su amor todos los creyentes, para estampar en su beatísima Madre la imagen de toda su santidad echando en Ella incesantemente la fuerza de su amor.

Fijémonos en la vida de la Santa Familia como modelo provechoso de enseñanza de las familias cristianas en el modo y manera de emplear bien el tiempo; veremos el trascurso del día en el santo hogar de Nazareth, y al mismo tiempo que aprendemos, meditemos sobre vida tan retirada, laboriosa y ejemplar y ésta enseña a las familias cristianas cómo se consagra a Dios la mañana. Pasemos con la imaginación un día entero entre aquellos modelos de trabajo y de virtud, examinemos todos los instantes de las horas del día para deducir de ellas provechosa enseñanza para nuestra felicidad terrena, tomando el ejemplo de una morada en la que no había momento ocioso, de la ociosidad, nuestra enemiga del espíritu tan combatida por la Santa Familia.

De la misma suerte que al abrirse las puertas al día, a la luz se abren nuestros ojos, y libres de la pesadez del sueño que repone nuestras fuerzas físicas, se despierta también nuestro entendimiento, de la misma suerte debe abrirse nuestra inteligencia y nuestro corazón en acción de gracias a Dios nuestro Señor, y en verdad ¡cuán claros y luminosos deben ser nuestros pensamientos al elevarlos al cielo, a la Divinidad, en aquellos momentos en que la pura luz del alba parece también purificar nuestros labios! Elevaban su oración de la mañana,

pronunciábase el obligado *schema* y sólo pensaban en el cotidiano trabajo, sustento que nos da el pan nuestro de cada día, y Jesús con José dirigíanse al taller para labrar la madera, la madera que había de ser el lecho de muerte de aquel hermoso joven, que con sus miradas intensas, profundas cual las aguas del mar, animaban con su luz a su venerable padre, haciéndole más llevadera la fatiga del trabajo, la santificación de la actividad humana. María en el telar, con el huso y las ocupaciones domésticas, no daba descanso a la mañana hasta que la llegada del inmediato taller reunía la Familia para la reposición de las fuerzas corporales. La Sagrada Familia nos da ejemplo vivo y permanente de cómo se ha de consagrar a Dios: es la hora de suspender la fatiga del trabajo para reanimar los cansados miembros de la rudeza del violento ejercicio. Reunida la Familia, dan gracias a Dios por el beneficio de aquel alimento que van a tomar, consagrado y santificado por el cumplimiento de la ley del trabajo. Jesús ora y bendice la comida como bendijo todos los elementos en los días de la creación: con aquella bendición de Jesús, los alimentos ¡cuán gratos y sanos no han de ser para quien con fe y devoción los recibe para restaurar sus fuerzas!

Después de la comida, ¡qué dulces coloquios no pasarían entre la Santa Familia, cómo se comentarían los trabajos realizados y los que pendientes quedaban en el taller, como en toda familia cristiana ese coloquio de sobremesa representa el amor y el afecto reunido ante el modesto altar de la refacción, y con la consideración de los esfuerzos de la mañana el adelanto de los trabajos realizados y anima el espíritu, para los trabajos que esperan para la tarde! Y ésta se comenzaba con la continuación de las obras emprendidas, y llenos de fe, como todo cristiano debe hacer, las continuaban hasta que la dulce luz de un día que se despide para hundirse en el insondable del pasado, en la eternidad, les hacía suspender los trabajos y cerrar el taller, aquel templo de la laboriosidad, que nosotros tomamos por martirizador calabozo en que consumimos las horas del día y consideramos, no como templo de nuestra purificación por el cumplimiento de la ley divina, sino presidio a que nos condena nuestra pobreza y al que deseamos olvidar, relegar y maldecir el día en que la suerte nos proporciona la dicha de la holganza, la esclavitud del pecado de la ociosidad, que es el ideal de los humanos, huir del trabajo, separarse de lo que se estima como una maldición, ¡tener que trabajar! humillación que consideramos como depresivo estado para la dignidad del orgullo humano. ¡Y nos llamamos católicos, hijos de la doctrina de Jesús, que ennobleció y santificó el trabajo, no sólo el intelectual, sino que ensalzó y honró al trabajo manual, al más mísero de los trabajos, sirviéndole y ocupando sus divinas manos en los más vulgares y sencillos artefactos de la carpintería! Y no obstante, ¡nos avergonzamos de ser trabajadores los que nos llamamos sus discípulos, los que en Él comulgamos, creemos y adoramos, con el humilde Hijo del carpintero y oficial laborioso de su padre!

Llegaba la noche, y... ¿por qué no decirlo así, cuando nada nos lo contraría ni con ello ofendemos a la Santa Familia? Entonces José y Jesús tornaban a su casa, y hallándola sola bajarían los dos hacia la fuente que hemos dicho se denomina de la Virgen, y única en el pueblo de Nazareth, a donde María había ido con el grato fresco la tarde a recoger el agua necesaria para la familia, y que allí, a esa poética fuente que es necesario contemplar animada con el grupo de nazarenas que a ella acuden al crepúsculo de la tarde, cuando la naturaleza parece adormecerse con el encanto de la dudosa luz y el perfume de las flores y de los campos con su penetrante aroma, allí reunidos los tres felices y dichosos seres, ayudarían a María a llenar el pesado cántaro, cuya forma aún hoy conservan las nazarenas, y juntos y en dulce coloquio subirían la cuesta del pueblo para regresar a su modesta y pobre casita.

Nuevamente se reunían en torno de la pobre mesa, preparada por María, y la noche, esa hora tan grata para las familias cristianas en que terminada la labor del día se reúnen, y la santa velada se consagra a los afectos de la familia, de la oración y de la comunicación de los afectos, cuán gratas, cuán dulces son esas horas para los corazones amantes de los placeres

honestos en el santo hogar cristiano, alumbrado por esa lámpara, que no sólo da luz, sino calor a los corazones allí reunidos y consagrados por el afecto y el amor.

Allí, alumbrados por la clara luna de Palestina, contemplando aquella naturaleza tan poética como soñadora, obra de sus manos, vemos en nuestra imaginación a la Santa Familia sentada, bendiciendo a Dios nuestro Señor y disfrutando con las noches de primavera y de verano, del fresco y perfume de las inmediatas huertas y jardines, menos gratos y dulces que el aroma de beatitud y felicidad que se desprendía de aquella santa casa y bendita Familia.

La oración de la noche, el *schema* y la decoración de los Mandamientos como precepto que debían cumplir los israelitas, la consagración de los últimos pensamientos del día a Dios nuestro Señor, buscar el descanso del cuerpo para reponer las fatigas del día, esos serían los últimos momentos de la velada de aquella Familia, modelo y ejemplo de las cristianas.

Todavía en el mundo existen familias semejantes en la imitación de aquel modelo, todavía entre nosotros se advierte en el interior de las casas y se ve resplandecer a través de los cristales de los balcones la luz de la lámpara santa del hogar que representa una familia congregada a su calor, ora en el trabajo, ora en la lectura, en tanto que la deslumbrante de los cafés y otros centros atraen como a la mariposa a quemarse en su espléndida brillantez. ¡Ah! ¡y cómo consuela durante las noches frías y lluviosas del invierno, cuando al hogar se retira el padre que en aquel momento termina sus ocupaciones del día, ver arder con modesto reflejo la lámpara que con su luz modesta irradia un bienestar y dicha que aquella habitación se respira, y cuán grato es su calor, cuando mojados y ateridos por el frío se penetra en aquellas modestas habitaciones en que al par de sanas lecturas, de labores y estudio, de conversación y del rosario familiar, dan un calor al corazón que no comunican ni las más encendidas chimeneas, ni alumbran el corazón espléndidos lucernarios, porque allí existe el calor de la familia, el calor del amor de padres e hijos, de ese calor que sólo comunica el santo temor de Dios!

Así suponemos, como hemos dicho, viviría la Santa Familia, modelo de las familias cristianas, modelo que hemos de tener presente para nuestra enseñanza y esperanza de felicidad, cumpliendo con los preceptos del Evangelio, única fuente de dicha que hemos de conseguir durante nuestra marcha en la existencia terrenal.

Pero aquella dicha, aquella tranquila felicidad que gozaba la Santa Familia después de su regreso de Egipto, felicidad y dicha que había de ser tanto mayor cuanto era el disfrute de la tierra, de la patria perdida durante siete años; y si no compárese lo que en nuestro pecho ocurre, cuando volvemos al hogar perdido, qué dulce tranquilidad, sosiego y bienestar al tornar a vivir entre los pasados que nos son familiares, dentro de aquellos muros en que se han desenvuelto días de dicha, de penas y de dolores, y en donde se conserva el santo recuerdo de los padres, de los que nos precedieron y dieron vida y educación cristiana.

Así transcurrieron felices los días para la Sagrada Familia, viendo crecer a Jesús, cada día más hermoso, y llegando a los límites de la juventud, ayudando y siendo el sostén de José, de su padre terrenal, quebrantado más que por los años por las fatigas de una vida accidentada de viajes y sobresaltos, penas y temores por la preciosa existencia de aquel tesoro confiado a su cuidado.

José se hallaba enfermizo, no por la edad, y cuando la Virgen había cumplido los treinta y tres años, las enfermedades y dolores le impedían en muchas ocasiones dedicarse a sus habituales trabajos, teniendo no solo que interrumpirlos, sino en muchas ocasiones suspenderlos por algunos días.

Desde esta hora en adelante José tuvo que ceder a las instancias de María, que le rogaba dejase ya aquel trabajo con el que no podía por el estado de su salud, teniendo al fin que ceder a los ruegos de María, y convencido de su imposibilidad física, abandonó el trabajo del que Jesús no podía aún encargarse por sus pocos años y falta de experiencia para sustituirle en aquel oficio.

He aquí cómo expresa Casabó en su obra citada, el nuevo estado de la Sagrada Familia después que José tuvo que dejar el trabajo de la carpintería, con el cual cubría las escasas necesidades de aquélla:

«Desde esta hora en adelante, cediendo a las instancias de la Virgen, cesó en el trabajo corporal de sus manos, aunque ganaba la comida para todos tres, y dieron de limosna los instrumentos de su oficio de carpintero, para que nada estuviese ocioso y superfluo en aquella casa y familia. Desde entonces tomó María por su cuenta sustentar con su trabajo a su Hijo y a su Esposo, hilando y tejiendo hilo y lana, más de lo que hasta entonces había hecho. A pesar de su mucho trabajo, guardaba siempre la Virgen la soledad y retiro, y por esto la acudía aquella dichosísima mujer, su vecina, y llevaba las labores que hacía y le traía lo necesario. Ni la Virgen ni su Hijo comían carne; su sustento era sólo de pescados, frutas y yerbas y aún con admirable templanza y abstinencia. Para José aderezaba comida de carne, y aunque en todo resplandecía necesidad y pobreza, suplíalo todo el aliño y sazón que le daba María y agrado con que lo suministraba. Dormía poco la diligente Virgen y gastaba algunas veces en el trabajo mucha parte de la noche. Sucedió a veces que no alcanzaba el trabajo y la labor para conmutarla en todo lo necesario, porque José necesitaba más regalo que en lo restante de su vida y vestido, entonces entraba el poder de Jesús, quien multiplicaba las cosas que tenían en casa...

»Puesta de rodillas servía la Virgen la comida a su Esposo, y cuando estaba más impedido y trabajado, le descalzaba en la misma postura, y en su flaqueza le ayudaba llevándole del brazo. En los últimos tres años de la vida de José, cuando se agravaron más sus enfermedades, asistíale la Virgen de día y de noche, y sólo faltaba en lo que se ocupaba sirviendo y administrando a su Hijo, aunque también el mismo Jesús la acompañaba y ayudaba a servir al Santo Esposo».

Capítulo XXI

MUERTE DE JOSÉ. -VIUDEZ DE MARÍA. -NUEVA VIDA SANTA FAMILIA. -JESÚS SE PREPARA PARA SU ALTA MISIÓN. -MARÍA LE ACOMPAÑA EN SUS PRIMERAS PREDICACIONES. -BAUTISMO DE JESÚS. -BODAS DE CANÁ, Y PRIMERA MANIFESTACIÓN DEL PODER DE JESÚS.

- I -

Llegamos al momento de la separación terrenal de José y de María: la muerte del varón justo y santo llamaba a las puertas de la casa de Nazareth, y éste se hallaba agobiado más por los sufrimientos que por los años, pues que tan sólo contaba unos sesenta y cinco. Dejamos gustosos la pluma para cederla una vez más a la mística escritora Sor María de Ágreda, quien con su claridad de inteligencia y estilo tan ameno como elevado, nos relata el hecho del tránsito de San José, muerte tan dichosa como correspondía al hombre modelo, al varón justo y santo, que tuvo la dicha de ser conocido como padre putativo del Hijo de Dios.

«Corrían ya ocho años que las enfermedades y dolencias del más que dichoso San José le ejercitaban, purificando cada día más su generoso espíritu en el crisol de la paciencia y del amor divino; y creciendo también los años con los accidentes, se iban debilitando sus flacas fuerzas, desfalleciendo el cuerpo y acercándose al término inexcusable de la vida, en que se paga el común estipendio de la muerte debemos todos los hijos de Adán.

«Un día antes que muriese sucedió que, inflamado todo con el divino amor, tuvo un éxtasis altísimo que le duró veinticuatro horas; y en este grandioso raptó vio claramente la divina esencia, y en ella se le manifestó sin velo ni rebozo lo que por la fe había creído, así de la divinidad incomprensible, como del misterio de la Encarnación y Redención humana. Volvió San José de este raptó lleno su rostro de admirable resplandor y hermosura, y su mente toda deificada de la vista del ser de Dios. Expiró el santo y felicísimo José, y María le cerró los ojos.

«Llegó todo el curso de la vida de San José a sesenta años y algunos días más; porque de treinta y tres se desposó con María Santísima, y cuando murió el santo Esposo, quedó la gran Señora de edad de cuarenta y un años, y entrada casi medio año en cuarenta y dos: porque a los catorce fue desposada con San José, y los veintisiete que vivieron juntos, hacen cuarenta y uno y más lo que corrió de 8 de septiembre hasta la dichosa muerte del Santísimo Esposo. En esta edad se halló la Reina del Cielo en la misma disposición y perfección natural que consiguió a los treinta y tres años, porque ni retrocedió, ni se envejeció, ni desfalleció de aquel perfectísimo estado. Tuvo natural sentimiento y dolor de la muerte de San José, porque le amaba como a esposo, como a santo y como amparo y bienhechor suyo».

Fue enterrado San José, acompañando al cadáver su Hijo Jesús y los parientes, cumpliéndose el ritual prevenido por la Ley del pueblo israelita. Los funerales, pues, fueron humildes; María derramó lágrimas sobre el lecho fúnebre, y el Hijo de Dios presidió la ceremonia del entierro de su padre en la tierra. Nada dice la tradición del punto y sepultura de José, ni del paradero de los restos mortales del descendiente de David, y hoy ignoramos el lugar de su sepultura y de sus restos mortales.

Augusto Nicolás, en el cap. XV de su obra *La Virgen María*, ocupándose de San José, de su modestia y humildad en su papel tan importante de la redención, dice:

«Parécenos la tal figura maravillosamente adecuada a su objeto, que era ocultar al Hijo de Dios y en cierto modo obscurecerlo...

«Jesús llega con poco aparato a realizar sus grandes designios, ocultándolos a la sombra de José, a quien se le cree su Padre y que ahuyenta o desvanece las sospechas.

«Como las nubes cuya parte invisible alumbra el sol, siendo tanto más luminosas por la parte que mira al cielo, cuanto más oscuras se presentan a la tierra, la gloria de José resplandece a los ojos y de los Ángeles en proporción de la obscuridad para los ojos de los hombres».

José había cumplido su misión providencial, y su espíritu voló al seno de Dios; María quedaba sola, y acompañada de su Hijo debía continuar su vida, para dentro de pocos años quedar sola, sola en el mundo con el corazón transido por el dolor con la muerte de su Hijo, sufrir aquellos terribles dolores de Madre amantísima, para gozar a los pocos días de su muerte, del gozo de verle resucitado y lleno de gloria ascender entre nubes de pureza al solio del Eterno Padre, quedando nuevamente sola y con la esperanza de reunirse con su adorado Hijo.

Viuda ya la Santísima Virgen, cuando se halló sola y abandonada de la compañía de su Esposo, ordenó nuevamente su vida para ocuparse en el solo ministerio del amor interior. Los más altos e inefables sacramentos y venerables misterios sucedieron entre Jesús y María en los cuatro años que vivieron juntos y solos en su casa de Nazareth después de la beatífica muerte de San José y hasta la predicación de Cristo. Ante los profundos secretos que la Virgen conocía, acompañaba a su Hijo en las congojas y ponderación con que su sabiduría hacía, y a esto se juntaba la compasión dolorosa de Madre, viendo al fruto de su virginal seno tan profundamente afligido, de suerte que muchas veces llegó María a derramar amargas lágrimas traspasada de incomparable dolor.

Este período de la vida de María es uno de los menos conocidos, y que más se ha prestado a los escritores ascéticos e historiadores de la vida de la Madre de Jesucristo. Es un período de preparación, si así podemos llamarlo, en que tanto María como Jesús, se disponen para el

cumplimiento de su altísima misión, y en el silencio y pobreza de la santa casa, espiritualizáanse más y más sus existencias terrenales para hacer más alto y mártir su cometido con la divina obra de la redención humana.

En el ínterin Jesús había cumplido los veintinueve años, la edad de la perfección había llegado, y con ella la de comenzar su alta misión, y ésta no podía detenerse en el ímpetu de su amor y deseo de adelantarse a la obediencia del cumplimiento de los mandatos de su Eterno Padre en salvar del pecado a los hombres. Hacía sus salidas conversando con los hombres, comenzando a arrojar granos de su fecunda semilla y pasando muchas noches fuera de la compañía de su Madre orando en los montes. Estas ausencias comenzaban a hacer sentir a María las penas y trabajos que se iban acercando, y veía herida su alma y su corazón con el profético cuchillo de que le había hablado el anciano Simeón. Postrábase de rodillas cuando Jesús volvía a la casa de su Madre, le adoraba y daba gracias por los beneficios que iba derramando entre los pecadores.

Exhortada María por Jesús a causa del heroico ofrecimiento de acompañarle y seguirle en sus jornadas, desde entonces dicen los historiadores que en casi todas las salidas que hacía Jesús le acompañaba su Madre. Esta compañía y estas obras duraron tres años antes de empezar la predicación y recibir y ordenar el bautismo, y acompañado de María hizo muchos viajes por los lugares comarcanos a Nazareth y hacia la parte de Neftalí. Conversando con los hombres comenzó a darles noticias de la venida del Mesías, asegurando estaba ya en el mundo y en el reino de Israel, pero de manera que sin manifestar el mismo Unigénito su dignidad en particular, empezaba a dar noticia de ella en general por modo de relación de lo que sabía con certeza.

Los milagros que debía obrar no habían llegado todavía su hora, enseñaba, y con interiores inspiraciones demostraba y derramaba en los corazones de los que le escuchaban enseñanzas y testimonios que facilitarían poco después su obra. Acompañaba estas conversaciones y lecciones con las obras de caridad y de misericordia más tierna, consolando a los tristes, visitaba a los enfermos y animaba a los débiles, enseñaba a los ignorantes y auxiliaba en su agonía a los moribundos, remediaba las necesidades y enseñaba las sendas de vida y de verdadera paz. A todas estas obras y enseñanzas acompañábale María, y como testigo y coadjutora que era de la obra de la redención, le animaba con la alegría de su hermoso rostro en la práctica de aquellas tan hermosas obras de las que era testigo y se alegraba como Madre. Como todo le era patente, a todo cooperaba y lo agradecía en nombre de las mismas criaturas a quienes beneficiaba con la misericordia divina, y ella misma exhortaba, aconsejaba y aportaba a muchos a la doctrina de su Hijo y les daba noticias de la venida del Mesías prometido, enseñanza y adoctrinación que María realizaba más entre las mujeres, y con ellas ejercitaba las obras de misericordia de su Hijo.

En estos primeros años pocas personas acompañaban y seguía a Jesús y a María, no eran llegados todavía los tiempos; no obstante, se aproximaba, ya Jesús cumplió los treinta años, y con ellos el abandono de la pobre casa de Nazareth y con ella la vida oculta y común con su Madre para ir a comenzar su misión. Pero no por esto abandonó enteramente a María, aun cuando ésta experimentó crueles sufrimientos cuando éste sin provisión alguna la abandonó para marchar al desierto, para entregarse a la penitencia, al ayuno, preparación de su alta misión en el mundo. Marchaba en busca de su primo Juan que se hallaba en las riberas del Jordán, quien al pronto no conoció a su pariente, que modesto y humilde entraba en el río para recibir el bautismo de penitencia: preciso fue que el cielo con sobrenaturales voces y aparición del Espíritu Santo se lo revelara.

Marchó al desierto, y cumplidos los cuarenta días de ayuno y preparación, volvió a las riberas del Jordán, y entonces es cuando su primo el Bautista le apellidó al verle:

«Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo».

A la vista del testimonio de Juan que reconocía la divinidad de Jesucristo y superioridad de su doctrina, varios discípulos de aquél siguieron a Éste. Jesús volvió con ellos a Galilea y a las inmediaciones de su patria después de una ausencia de dos meses, demasiado largos para el cariño de su Madre. Venían con Él Andrés y Pedro, venía también Felipe, su paisano, pues todos tres eran de Betsaida, pequeño pueblecillo cercano de Nazareth. Aun cuando Jesús había sido proclamado por el cielo en el Jordán después de dejarse bautizar humildemente, todavía no había hecho milagro alguno que revelase su divina misión: llegaba el momento de como hemos dicho hiciera Jesús su entrada en el mundo como su Redentor y verificara el primer milagro, y ese fue a instancias de su Madre, con su intervención y acto primero en el que se manifestó públicamente la divinidad de su Hijo.

He aquí cómo el Evangelista nos narra y cuenta este primer milagro del Hijo de María, del Hijo de José el carpintero:

«Y tres días después se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y la Madre de Jesús estaba en ellas. Y fue también convidado a estas bodas Jesús con sus discípulos; pero faltando el vino, la Madre de Jesús le dijo: -No tienen vino.

»Contestóle Jesús diciendo: -Mujer, ¿qué nos importa eso a ti y a mí?

»Su Madre dijo a los que servían: -Haced lo que Él os diga.

»Había allí seis tinajas de piedra para las purificaciones de los judíos, en cada una de las cuales cabía dos o tres metretas (venían a ser nueve arrobas castellanas). Díjoles Jesús: -Llenad de agua las tinajas; y las llenaron hasta arriba. En seguida añadió: -Sacad ahora y llevad al maestre-sala. Hicieronlo así; mas luego que el maestre-sala probó el agua convertida en vino, ignorando de dónde éste procedía, pues no se lo habían dicho aún los sirvientes que lo sabían por haber echado el agua en las tinajas, llamó al novio y le dijo: -Todo hombre en estos casos hace poner primero el mejor vino, y después que la gente comienza a sentir los efectos de haber bebido bien, saca otro inferior, pero tú lo has hecho al revés, porque has guardado para lo último el mejor vino.

»Este fue el primero de los milagros, y lo hizo Jesús en Caná de Galilea, con el cual manifestó su gloria, de modo que sus discípulos creyeron en Él».

Pero qué intervención tuvo María en dicho milagro, es lo que vamos a ver expresando nuestra opinión según lo que dice Lafuente:

«Hay autores que suponen que el novio era precisamente San Juan Evangelista, el cual en vista de este milagro dejó a su mujer y familia, para seguir a Jesucristo. Por respetables que sean los autores que han seguido esta opinión, parece poco conforme con las ideas de los Israelitas, y con lo que prescribía la ley con respecto a los recién casados. Lo que se hace notable en el Evangelio de San Juan es que sólo había de María dos veces, una en el pasaje citado y otra al fin, al describir la muerte de Jesús. En uno y otro caso ni aun la nombra: llámala solamente la *Madre de Jesús*; en uno y otro caso parece poner en boca de Jesús palabras de despego, llamándola a secas *mujer*, negándole el dulce título de *Madre*. ¿Será esto por desdén o falta de aprecio? Ridículo fuera y hasta mal sonante. María fue su Madre, y él la acompañó y sirvió en los últimos años de su vida: ¿habría ingratitud en ese desdén? Parece pues calculado el silencio de San Juan para no dejarse llevar del afecto demasiado, del que había profesado a María, su sagrada Madre. Su Evangelio es el que más *diviniza* a Jesús, por decirlo así, por eso es el *águila* de los Evangelistas, que más se remonta sobre las nubes, que mira hito a hito al sol de la luz increada. Deja para esto a un lado todos los afectos de la tierra y de la familia, no habla de genealogía, de padres, de nacimiento, de nada de lo que hablan los otros Evangelistas, que le habían precedido. Si habla del Bautista, es porque anuncia la divinidad de Jesucristo, y por este preuncio comienza su Evangelio. Ni aun dice quiénes eran los padres de San Juan, ni el parentesco de éste con Jesús. Si no tuviéramos más que el Evangelio de San Juan, negaríamos que el Bautista fuese pariente de Jesucristo. ¿Cómo habrían de ser primos si al ir a bautizarle San Juan no conoce a Jesús; *et ego nesciebam Eum?*

Así pues, el silencio de San Juan con respecto a María, es calculado y misterioso, como lo es la preterición de todo lo relativo a su nacimiento, familia y vida privada de que hablan los otros Evangelistas.

»Por lo que hace a la pretendida dureza de las palabras de Jesús a su Madre cuando ésta le expone la cuita de los recién casados, volvemos a los argumentos del pretendido desdén con que Jesús acoge a su Madre al hallarle en el Templo con los doctores de la ley. Volvemos también el argumento con que respondimos a este argumento. Jesús tenía obligación de respetar a su Madre. «Honra a tu padre y a tu madre», había dicho Él mismo a Moisés en el Decálogo, y Él «no se eximía de esta ley, que había venido a cumplir y no a relajar; Jesús pues, ¡blasfemia sería asegurarle como un aserto! falta a su deber. Expliquen esa blasfemia los protestantes, pues que la lleva implícita su argumento.

»Augusto Nicolás, dice con pensamiento muy acordado y claro: Además de ser textual, concuerda mejor esta versión última (de las palabras de Jesús) con la segunda parte de la respuesta del Salvador en que expresa el motivo.

-»Todavía no ha llegado mi hora.

»Este motivo no es absoluto, es relativo, por tanto quita a la primera parte de su respuesta su carácter absoluto, carácter que tendrían en ese caso las palabras de la traducción que no admite Lafuente, ni tampoco nosotros de

-»Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo? -Y concuerdan mejor aquellas de

-»¿Qué nos va en eso a TI y a MÍ? -Estas son relativas a las circunstancias en que ambos se hallaban; porque si entre Jesús y María no hay nada común, esto debe ser de siempre, y no se comprende entonces a qué viene el decir, que no había llegado la hora de Él; al paso que se comprende muy bien lo que quiere decir con eso si el sentido es de que no habiendo llegado la hora de servirse de su poder para los fines de su misericordia, todavía no era oportuno invocarle con tal objeto».

Y así lo entendemos nosotros: María no se dio por desairada, y lejos de eso, vemos de qué manera dice a los sirvientes hagan lo que Él les mande.

Lafuente termina este pasaje con las siguientes palabras: «Para nuestro propósito hay otra observación que es la más práctica, y por tanto la que sirve de final a este asunto. Niegan los protestantes y sus afines importancia a la Madre del Salvador y su mediación para con Dios, alegando que no necesitamos mediador con Dios. Por eso combaten el culto de María, y procuran rebajar su importancia. Claro que podemos acudir a Dios directamente, pero eso no quita que acudamos a Jesús por conducto de su Madre, como por conducto de Jesús acudimos a su Eterno Padre en el concepto que tenemos de la Trinidad Santísima... Si Jesús en Caná atendió al ruego de su Madre, ¿atenderá menos ahora en el cielo?»

Capítulo XXII

MARÍA ACOMPAÑANDO A SU HIJO EN LA PREDICACIÓN. -BAUTISMO DE MARÍA. -SU IDA A CAFARNAUM. -SU PELIGRO EN NAZARETH. -LA ACOMPAÑAN UNAS DEVOTAS MUJERES EN SU VIAJE CON JESÚS. LA MADRE DE LOS HIJOS DE ZEBEDEO. -EL MONTE DEL PRECIPICIO EN NAZARETH, IGLESIA A MARÍA EN EL SITIO DEL «TREMOR» O DEL «TERROR».

Hemos narrado ya algunos de los hechos de María acompañando a su Hijo en esas primeras peregrinaciones en las que iba sembrando su salvadora doctrina, y hémosla visto acompañando a su amantísimo Hijo, sufriendo las mismas penalidades y trabajos que Aquél

en sumisión por los pueblos comarcanos a Nazareth. Y esta compañía se ha de hacer más clara y visible cuando abandonando la casa de Nazareth, entrégase ya Jesús al pleno de su predicación; entonces María no le deja un momento de su mirada y va acompañada de una porción de mujeres evangelizadas por la doctrina de Jesús y aleccionadas por María, a la cual siguen y acompañan, como Ella siguió los pasos de su Hijo no dejándole ni en su pasión, ni en su martirio, muerte y sepulcro. María y algunas de las buenas mujeres, discípulas de la enseñanza de Jesús, no la dejan; y aunque en corto número la siguen, guardan y con Ella lloran y sienten sus penas en la vía dolorosa, la siguen al Calvario, donde presencian la muerte del Justo, y con María lloran y consuelan en tan cruel angustia y tremendo sufrir de Madre amantísima. María Cleofás, Magdala, la poderosa castellana del de Magdalo, convertida por la palabra de Cristo, acompaña a María y al pie de la Cruz llora, y con sus cabellos enjuga la sangre de los pies del divino Maestro, interesantes figuras cuya belleza y hermosura sirven para realzar más y más en aquel doloroso acto la belleza moral y encanto de la Santísima María, nuestra Madre y consuelo en los momentos de dolor, y nuestra alegría y bendición en la de la santa y tranquila de los goces de la familia cristiana, bajo cuyo amparo vivimos y creemos los que en Ella nuestra esperanza tenemos puesta.

La gran misión de María aparece más y más hermosa cuanto más la estudiamos, consideramos y meditamos. María acompañando a Jesús su Hijo, compartiendo con Él los dolores y trabajos, los desprecios del mundo que no quería ver la luz; María acongojada en Nazareth cuando ve en peligro la vida de su Hijo por predicar la verdad, e increpar de una noble y justa manera la conducta dura y nada caritativa de sus paisanos, se eleva de tal suerte ante nuestra consideración, que aún encontramos pequeña su grandeza para lo que nuestro pecho debe desear, y desea, para el santo nombre de la grande e incomparable María, corredentora de la obra de su Hijo, madre del amor hermoso por la salvación de la humanidad y consuelo de nuestras penas, de ellas madre, que las sufrió tantas y tan inmensas, que corazón humano no podría soportar, y hoy es desde los consuelo de nuestras penas, salud de los enfermos y consuelo de los tristes, que con su amparo y protección hallan salud, alegría y dicha con solo pronunciar su dulcísimo nombre.

María pues, no abandonó a Jesús en su celestial obra, acompañóle en sus predicaciones, y humillada a sus pies a su regreso del desierto y del Jordán, purificado con su presencia al recibir de manos del Precursor el bautismo, quiso Ella también participar de la gracia regeneradora de las aguas y pidió a su Hijo aquella nueva purificación. ¡Ella la Madre de toda pureza! pidió a su Hijo la regeneración por medio del agua del bautismo, por medio del sacramento que acababa de instituir.

Jesús accedió a la petición de su Madre, y María recibió de manos de su Hijo el Sacramento salvador, oyéndose entonces como en Jordán las palabras pronunciadas por Jesús:

-Esta es mi Madre muy amada, a quien yo elegí y me asistirá en todas mis obras.

El cielo resplandeció a aquella invocación y el Santo Espíritu desde lo alto dijo:

-Esta es mi Esposa, escogida entre millares.

María recibió en muestra de humildad las aguas regeneradoras del bautismo, y entonó cántico de gracias por aquel beneficio recibido de manos de su Hijo amado.

María, fuente de pureza, había dado una nueva prueba de humildad y respeto a su Hacedor, después del cumplimiento de la ley Mosaica de la Purificación, el Sacramento del Bautismo y la regeneración por el agua salvadora.

Este acto cambió en algo ya la manera de vida de María, dejó las costumbres solitarias y aislamiento, para seguir a Jesús en sus viajes de predicación por Israel. Comenzaba la vida de acción de Jesús, y María, copartícipe en aquella grandiosa obra, debía tomar la parte señalada por el Eterno Padre que la había escogido entre millares. Dejaba de ser la casta paloma enriscada en lo alto de una peña cuidadora de sus hijos, donde contemplaba el mundo y los pueblos, valles y ríos tendidos a sus pies, para convertirse en la mujer fuerte por excelencia,

templada por el dolor y el sufrimiento. María había criado y educado a su Hijo, había trabajado y llorado por Él, y ahora tenía que seguirle, siendo su sombra cariñosa, ejemplo vivo de los trabajos de su Hijo que venía a salvar a los hombres y mujeres de la esclavitud del pecado, y a María le incumbía la participación de aquella salvación, siendo la evangelizadora de la mujer, la fecundadora de la doctrina predicada, enseñada y demostrada por su Hijo. Tenía que acompañarle por el mundo, siendo su consuelo ante la ingratitude que esperaba de los hombres; sería un consuelo cuando con los ojos llenos de lágrimas se encontraran en la vía Dolorosa, sería la que desde el pie de la cruz con sus doloridas miradas enjugara el sudor angustioso del rostro de su Hijo, era la que debía recibir su cuerpo al desclavarse del santificado Leño y depositarlo en el sepulcro, era la que debía recibir la santa e inmensurable alegría de madre al contemplarle resucitado, lleno de vida y transfigurado con la majestad del mártir, vencedor de sus verdugos.

A Cafarnaum, después de las bodas de Caná, en donde tuvo lugar por intercesión de María, el primer milagro obrado por Jesús en su divino poder, dirigieron Jesús, sus primos y discípulos, acompañados de la Purísima Señora. Estaba asentada la ciudad en las orillas del lago Genevarat o de Tiberiades, llamado todavía mar de Galilea.

Este hermoso sitio, tan perfectamente descrito por los peregrinos viajeros, es uno de los puntos y panoramas más hermosos de Galilea. Lamartine, Chateaubriand, Sonlcy y otros cien viajeros, y entre los españoles, Ibo Alfaro y Barcia, describen este encantador paisaje con los más vivos colores, y aun cuando fuere atrevimiento, consignamos, como lo hemos hecho, nuestras pobres impresiones ante cuadro tan hermoso.

«Es necesario contemplar este paisaje bajo dos puntos de vista, a cual más inspirador y dulce para el alma, bajo el del sentimiento religioso y el de la poesía, de la belleza. Y como ésta, como fuente de inspiración, nace de los sentimientos que aquélla inspira como obra majestuosa de Dios, fuente de toda belleza, de aquí que tan íntimamente unidas anden ambas fuentes de religión y de belleza, que no pueden separarse sin dejar incompletas una y otra. Esto pensaba cuando bajábamos las últimas cuestas de los montes que encierran el seno o valle en que se asienta el hermoso e inspirador mar de Tiberiades. Las montañas que le rodean, el verde campo que en sus riberas se extiende, y Cafarnaum que claro y distinto en su artístico conjunto desde aquí distinguimos, reflejándose vagamente en las transparentes aguas en calma de este hermoso y deslumbrante lago, que reverbera con chispazos de luz que ciega y deslumbra, como llena de luz deslumbrante la del Evangelio, no puede ser cuadro más espléndido ni maravilloso. La vista encantada se fija en aquel mar en cuyas aguas se retratan las blancas nubes primaverales que cruzan un cielo azul, limpio e intenso, más puro y transparente por la lluvia de anoche, que hace exhalar a las selváticas plantas que pisa nuestro caballo, penetrantes perfumes que se unen con el aire húmedo y saturado con las emanaciones del lago y del heno de las huertas; pero si la vista se extasía ante la contemplación de belleza tanta, el corazón no mira a la tierra, pero con sus ilusorios ojos mira al cielo como queriendo preguntar a Dios, a Dios nuestro Padre, si ese cielo, si esas aguas, si esas nubes, si esos campos, si ese pueblo y si esas barcas son todos, todos los mismos objetos que contempló la mirada de Jesús, y si esos ecos son los mismos que repitieron sus palabras, y de eco en eco, de repercusión en repercusión han sido oídas, escuchadas, entendidas y cumplidas por el mundo entero, por la humanidad que en Dios cree, en Él espera y en la doctrina de Jesús comulga.

»Lentamente vamos descendiendo a la llanura y achicándose el horizonte y la extensión de aquel lago incomparable, que fecunda el Jordán con sus sagradas aguas. Inmenso, hermoso e inspirador silencio nos rodea, sólo el canto de los pájaros que se esconden entre los árboles del *pan de San Juan*, los algarrobos, interrumpen tan hermoso silencio. Los ruidos del pueblo no llegan hasta nosotros, tan débil es la voz humana comparada con la inmensidad del silencio que ahoga aquellos débiles ruidos de la vida del hombre, tan orgulloso como pequeño ante la grandeza de la obra del mundo, débil muestra del poder de Dios.

»Allá abajo vese distintamente Cafarnaum y en la orilla del lago amarradas unas barquillas, y entonces recuerdo el sermón de Jesús, el sermón que tuvo por cátedra un barquichuelo y por auditorio un pueblo de pobres pescadores. Desde aquel movedizo púlpito Jesús habló y predicó a la muchedumbre, y aquel barquichuelo, aquella canoa, vive y vivirá, es la barca de Pedro, es la barca combatida por las tormentas en que Pedro y los suyos temen perecer entre las encrespadas olas de aquel hasta entonces tranquilo mar y que Jesús con su mirada, con su palabra, apacigua y tranquiliza. ¡Ah! y diez y nueve siglos que esa barquilla lucha con las tormentas del mundo, y diez y nueve siglos de bogar por ese proceloso mar no la han envejecido, y sus cuadernas permanecen sólidas, perfectamente calafateadas, no hacen ni harán agua, no zozobrarán volcada por la fuerza de las olas, ni se romperá su timón regido por la mano de Pedro, y seguirá bogando y navegando hasta la consumación de los siglos.

»En ese pobre y mezquino pueblecillo, albergue de pobres pescadores, se aposentó Jesús, María y los discípulos del Maestro. En sus míseros techos halló albergue el Redentor del mundo, y el nombre del humilde pueblecillo vive y vivirá cual no han vivido y han desaparecido del haz de la tierra ciudades importantes, Nínive, Babilonia y cien, que son hoy morada de tigres y serpientes sus tristes y abandonadas ruinas.

»Ya percibimos el monótono ritmo de las mansas olas que vienen a morir rizosas en la arenosa ribera, ya distinguimos los aparejos y velas remendadas tendidas al sol para enjugarse de la pasada lluvia, ya vemos algunos míseros pescadores remendando aquellos artefactos de su trabajo, cual encontraría Jesús a Pedro en lejanos siglos, antes de que Jesús le hiciera dejar las redes para pescar almas y hombres para la doctrina salvadora del Evangelio.

»Dentro de media hora estaremos en Cafarnaum, y después de descansar en él, tomaremos la barca que ha de conducirnos por el histórico lago...

»Jesús le había escogido admirablemente, como era propio de su divina esencia, para ejercer su misión de Salvador del mundo; por Cafarnaum pasaba la vía que era el camino de unión de Siria con el misterioso Egipto, y en él se cruzaba, comunicaba y descansaba el comercio del extremo Oriente. Allí se juntaban extrañas caravanas, y allí, árabes y fenicios, sirios y egipcios, se entrecruzaban y establecían sus mutuas relaciones y se confraternizaban los pueblos por ese lazo poderoso de unión que es el comercio. Las relaciones guerreras, las armas jamás unen ni unirán los pueblos, las armas llevan odio, destrucción, muerte, horrores, maldiciones, lágrimas y desolación. Por donde pasa un ejército le sigue la ruina, la peste, incendio, el llanto; por eso los ejércitos buscan y hacen sonar instrumentos ruidosos que apaguen los ayes, las maldiciones que los acompañan necesitan vestir metales relumbrantes, colores vivos, plumajes, colas de caballos que cubran las cabezas de los soldados, para que con ellos, con estos adornos, no se vea la imagen de la muerte que representan, y como el huracán pasan devastando, llevando barbarie sobre barbarie, separando a los hermanos por la ley del odio, por la violación del derecho, por la brutal ley de las fieras, la fuerza; por eso nunca los ejércitos han unido a los pueblos, y como aquél, no dejan de su paso más que tristeza y luto.

»En cambio, el comercio, cambiando productos, llevando, transportando elementos de vida, siendo producto del trabajo acumulado y como a tal santificado por Dios, con el sudor de tu rostro ganarás el pan, ha sido el lazo que ha unido a los pueblos, ha creado relaciones de paz y de riqueza, sin estruendos ni aparatos, sin más armas que las del trabajo ni más adornos que la verdadera riqueza, es, ha sido y será el complemento más relacionado con la doctrina de Jesús, amaos como hermanos: Fenicia comercial, Egipto comercial y científico, Cartago en sus primeros tiempos, son más grandes que Roma militar, odiada y aborrecida por todos los pueblos. Los nombres de Colón, de Magallanes, de Parmentier y de Edisson, serán siempre bendecidos y conocidos de la humanidad. Fernando VI, en nuestra patria, será siempre bendecido y será más grande que Carlos I, y Napoleón y Federico de Prusia serán

considerados como verdugos de la humanidad y el nombre de aquél será pronunciado con simpatía.

»Cafarnaum gozó de este privilegio de ser en su insignificancia, y lo fue lazo de unión comercial entre lejanos pueblos, que al reunirse allí se trataban como hermanos por la ley de solidaridad santa del trabajo. Allí estableció Jesús su cátedra en donde poder difundir su doctrina de humanidad y redención entre gentes que ya se amaban, por la ley del cambio, de la santificación del trabajo, y por esto se le denominó la *Galilea de las naciones*. Allí predicaba Jesús a su pueblo y al mismo tiempo a las naciones, pues las caravanas, al partir, habían de llevar a remotas tierras su doctrina, y por eso dice San Mateo: «Dejando la ciudad de Nazareth (Jesús) fue a morar en Cafarnaum, ciudad marítima en los confines de Zabulón y de Neftalí, con lo que vino a cumplirse lo que dijo el profeta Isaías». El país de Zabulón y el país de Neftalí, por donde se va al mar de Tiberiades, a la otra parte del Jordán, la *Galilea de los gentiles*, este pueblo que yacía en tinieblas, ha visto una grande luz que ha venido a iluminar a los que habitaban en la región de las sombras de la muerte».

Y sigamos ahora en la narración de la vida de María, que en este punto está tan íntimamente ligada con la de su Hijo, que es imposible prescindir del primero para ocuparnos tan sólo de la segunda: la íntima unión de Madre e Hijo, hace que tenga que hablarse de Jesús al ocuparnos de María y de la Señora al escribir los hechos maravillosos de la vida del Redentor de los hombres. Su residencia en los primeros tiempos fue en casa de Pedro el pescador y allí la Virgen María se aleccionaba más y más en la doctrina de su Hijo, no perdiendo una palabra ni una mirada de Jesús y comenzaba a vivir en la compañía de los Apóstoles de su Hijo.

Partieron de ella a poco tiempo, pues se aproximaba la Pascua. Jesús se fue acercando a Jerusalem para celebrarla en los catorce de la luna de marzo, y fue ya acompañado de su Madre. A la santa Señora acompañábanla algunas mujeres desde Galilea, por haberlo así disputado la divina sabiduría de Jesús, entre otros fines para que María tuviese compañía con ellas y con mayor decoro la hiciesen guarda y estimación. De ellas tenía cuidado la Pura Señora y congregaba y enseñaba llevándolas a los sermones y enseñanzas de su Hijo. Estas devotas mujeres no comunicaban con Él sino por medio de María, en quien posaban los cuidados de Madre de familia.

Volvió a Galilea, en Cafarnaum, y de allí a Nazareth. Entró en la Sinagoga el día de sábado, según acostumbraba, y se levantó para leer. Habiéndole entregado el libro del Profeta Isaías, así que lo desenrolló halló el pasaje en que está escrito: «El espíritu del Señor sobre mí; por eso me consagró ungiéndome al enviarme a predicar a los pobres y curar los que de corazón estén contritos; para anunciar su libertad a los cautivos, dar vista a los ciegos, aliviar a los oprimidos, publicar el año de las gracias del Señor, y el día de la retribución».

«Luego que hubo rollado el libro lo dio al ministro, tomó asiento, todos los que estaban en la Sinagoga fijaron en Él sus miradas, y Él empezó a decirles: -Hoy se cumple esta sentencia de la Escritura que acabáis de oír. Y todos le daban testimonio y se admiraban con las palabras de gracia que salían de su boca, y decían: -Pues qué, ¿no es éste el hijo de Josef? Y Él dijo: Sin duda que vosotros diréis: -Médico, cúrate a ti mismo; haz, pues, aquí esas maravillas que has hecho en Cafarnaum. Y añadió: En verdad os digo que ningún profeta es bien recibido en su patria. Y también os digo asimismo: cuando el cielo estuvo tres años y seis meses cerrado sin llover y hubo gran hambre en toda la tierra, había en Israel muchas viudas, mas a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una pobre viuda de Sarepta, en tierra de Sidón.

»También había muchos leprosos en Israel en tiempo de Elías, y ninguno de ellos fue curado sino Naaman, que era de la Siria.

»Al oír esto los de la Sinagoga se llenaron todos de ira, y levantándose contra Él, lo echaron fuera del pueblo y lo llevaron hasta la cima del monte sobre que está edificada su ciudad, para precipitarle de allí. Mas Él se retiró pasando por entre medio de ellos».

Este pasaje de la vida de Jesús se relaciona con la vida de María únicamente por el espanto y terror que causó en María el hecho de querer los de Nazareth despeñar a Jesús del monte que desde entonces se llamó del Tremor o del Terror, el tajo o precipicio de que hemos hablado anteriormente. Sobre este monte se ha construido un santuario para perpetuar el recuerdo, y en otro altozano inmediato los griegos han construido otro templo, diciendo ser aquél el lugar en donde tuvo lugar el hecho que relatamos: al terminar este capítulo describiremos el templo católico tal cual hoy se encuentra.

Este hecho del conato de despeñamiento debió tener lugar poco después de la boda de Caná, pues San Lucas, el gran narrador de la vida de María, es quien más detalles da acerca de este hecho, que tanto temor produjo en la Santa Señora, y este hecho debió influir en la resolución de María en abandonar el pueblo y seguir a Jesús en sus peregrinaciones en Galilea, y otro pasaje del Evangelista San Mateo nos lo indica así.

Estaba predicando Jesús contra varios pecados y en especial contra el de la obstinación, cuando llegaron su Madre y algunas parientas que deseaban hablar con Él.

«Mas he aquí que, cuando aún estaba hablando al pueblo, su Madre y sus hermanos estaban fuera buscando cómo hablarle, y le dijo uno: -Mira que tu Madre y tus hermanos están ahí fuera buscándote. Pero Él respondió al que lo decía: -¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo la mano hacia sus discípulos dijo: -¡He aquí mi Madre y mis hermanos! Porque cualquiera que hiciese la voluntad de mi Padre en los cielos, es mi hermano y mi madre».

Debemos aclarar este punto para que si por ignorancia o sencillez no se entienden en su verdadero sentido. Sabemos quiénes eran los parientes o primos de Jesús, *hermanos*, en costumbre del país; los mismos de Nazareth los habían enumerado al oírle predicar en la Sinagoga, diciendo:

«-¿Pues qué no se llama su Madre María y sus hermanos Santiago, y José, y Simeón y Judas? Y sus hermanos ¿no están todos con nosotros?» Ahora, consta por el mismo San Mateo, cap. IV, v. 21, «que Santiago y San Juan eran hijos de Zebedeo. Su madre María Salomé, los presenta con orgullo al Salvador, para que sean sus privados en su Reino celestial». (Cap. XX, v. 24.) En el orgullo de esta presentación está a juicio de D. Vicente Lafuente y en el nuestro muy acertadamente, la clave de la respuesta misteriosa de Jesús. Conocía éste que sus parientes se lisonjaban de verle aplaudido, tenían vanidad y aspiraban a obtener medros personales.

«Entonces se llegó a Él la mujer de Zebedeo con sus hijos adorándole y pidiéndole una gracia. Él le dijo: -¿Qué quieres? Respondió ella: -Di que estos dos mis hijos se sienten uno a tu diestra y otro a tu izquierda en tu reino». (Cap. XX, v. 20. S. Marcos, capítulo X, v 35.)

Preciso era abatir este orgullo de sus parientes con tal inoportunidad que lastimaba a los discípulos y rebajaba su misión divina, y si Jesús hubiera accedido a las pretensiones de sus parientes para hacer un negocio con su doctrina, se hacía un hombre vulgar como cualquier otro.

Ya por lo visto, sucedía entonces lo que ocurre ahora con nuestros hombres políticos de baja ralea, predicar autoridad, selección y pureza, para cuando se llega a la altura deseada convertirse en lo mismo contra lo que desde la oposición habían tronado y censurado. Ya como vemos, comenzaban los gérmenes familiares a intentar aprovecharse del encumbramiento de un pariente del que hasta entonces no se habían acordado ni reconocido como a tal por su pobreza o por su obscuridad. Siempre el mundo ha sido lo mismo, y vemos que la mujer de Zebedeo en esta ocasión, era una verdadera pretendiente al establecimiento de las bases de nuestra actual primocracia, yernocracia y demás graduaciones en parentela como títulos para el disfrute de los beneficios del poder.

El Evangelio, hablando de la pretensión orgullosa de la mujer de Zebedeo, perfecto recuerdo de una ministra de nuestros tiempos, dice que los discípulos llevaron a mal semejante orgullo.

«Y oyendo los diez, se indignaron contra los dos hermanos».

Por eso respondió Jesús como lo hizo a sus Padres cuando le hallaron en el Templo, y cómo contestó después al mismo Pilatos, que Él estaba en el mundo para hacer la voluntad de mi Padre la mía.

«El que os sentéis a mi derecha o a mi izquierda, no me toca a mí concedéroslo, sino que es para aquellos a quienes así lo tiene preparado mi Padre».

Con esta contestación despidió a los ambiciosos parientes, per esta respuesta no alcanza ni puede alcanzar a María, personificación de la humildad. No podían dirigirse estas palabras a la cantora *Magnificat*, no se reprende al que no yerra. Durante su vida buscó la obscuridad de la existencia, escondida y oculta a los ojos del mundo y de los hombres. María sigue acompañando a Jesús, con Él sube a Jerusalem, su corazón de madre prevé, no como quiera el riesgo, sino la desgracia. Jesús la tiene anunciada a sus discípulos, que ni la han comprendido ni la quieren creer.

Orsini termina este punto de la existencia de María antes comenzar su penosa calle de amargura con los sufrimientos de Hijo: «En medio de las agitaciones de una vida llena de turbación y de alarmas, la Virgen fue admirable como siempre, amando a Jesús más que madre alguna amó nunca a su hijo, y pudiendo sola llevar ese amor extremado hasta los últimos límites de la adoración, jamás, le impuso su presencia para ocupar en provecho de su ternura maternal los momentos cortos y preciosos de la misión del Salvador; jamás le habló de sus fatigas, de sus temores, de sus previsiones siniestras, ni de sus necesidades personales». Así explica en su poético lenguaje el estado de María, sus temores y sobresaltos, y como dijimos, pasaremos ahora a describir como hemos dicho el templo de la montaña del Trémor, del Temblor o del Terror de la pura y Santa Señora.

Según una antigua tradición, el monte desde el cual los nazarenos quisieron despeñar a Jesús por lo que había dicho en la Sinagoga es el conocido hoy con el nombre de Djebel-el-Kafzeh, o sea el salto o precipicio.

Dista unos cuatro kilómetros de la ciudad, y le rodean espantosos despeñaderos; está situado al Mediodía de Nazareth, y en mitad de este camino y junto a un collado hay una iglesia que se denomina del Pasma de la Virgen; por aquí fue donde encontró a las gentes que le dijeron lo que querían hacer con su Hijo y corrió en su busca, hallándolo en este punto cuando ya había escapado de manos de sus enemigos.

Esto decía en mediados del siglo XVII el devoto Peregrino en su tan conocida obra, pero en este siglo se han practicado allí varias excavaciones, que han dado el resultado de encontrar los PP. Franciscanos los restos de una iglesia y vestigios del monasterio de monjas benedictinas que de antiguo existía en aquel punto con el nombre de *Santa María del Tremore*, haciendo con ello alusión al espanto que se apoderó de María al tener noticia del crimen que se intentaba, y ver a su amado Jesús perseguido por las turbas.

He aquí cómo el artista viajero y peregrino D. Ángel Barcia, describe este lugar y templo: «Subimos a una de las cimas que dominan a Nazareth y entramos en la capilla del *Tremor*, levantada en el sitio en que la tradición latina dice que la Virgen se detuvo extremada el día que los de Nazareth quisieron despeñar a Jesús por el precipicio. Su capilla, de mejores proporciones que la de *Mensa Cristi*, es también moderna, sin valor arquitectónico y pintada de colorines desentonados como la otra...

»La tradición del *Tremor* de María conserva la memoria de un hecho tan natural y verosímil, que es imposible dudar de él; pero no puede decirse otro tanto del sitio en que se verificó. Por dos caminos se va igualmente desde Nazareth al *Precipicio*». Los latinos tienen aquí su capilla, y enfrente tienen los griegos la suya, harto mejor que la de los occidentales.

Capítulo XXIII

María en Jerusalem

MARÍA EN LA ENTRADA DE SU HIJO EN LA CIUDAD. -ESTANCIA DE MARÍA EN BETHONIA EN CASA DE LOS HERMANOS DE LÁZARO. -DESPEDIDA DE JESÚS Y DE SU MADRE PARA IR AL SACRIFICIO. -MARÍA EN LA NOCHE DE LA CENA.

Mirad que vamos a Jerusalem, y allí el Hijo de la Virgen será víctima de una traición para ser crucificado. Así había dicho Jesús a sus discípulos al ir a terminar su misión evangélica, y al emprender su último viaje a la Ciudad Santa, acompañado de sus Apóstoles y discípulos y de las piadosas mujeres, parientas en su mayor parte, que le acompañaban y servían en sus viajes.

Llegamos a los momentos más terribles de la vida de María, se acercaba el tiempo del cumplimiento de las profecías, y en el que el Hijo de Dios había de sufrir muerte por la redención humana. María lo sabía, sabía que el cumplimiento de la palabra de Dios no podía dejar de ser; pero su corazón de Madre y de mujer, sufría terribles congojas ante un sufrimiento que creía superior a sus fuerzas. Miraba a su Hijo, contemplábase tan lleno de perfecciones, que se aumentaban al mirarle con ojos de Madre, y entonces mayor era el dolor, más grande la pena, que invadía su corazón, cuando al mismo tiempo le veía seguido de multitudes que escuchaban llenas de fe su conmovedora palabra, su sencilla elocuencia que llenaba el ánimo y de esperanza inundaba las almas. Le había visto Hijo de Dios en las bodas de Caná, le había contemplado Hijo de Dios en aquel primer milagro en que manifestó su poder, le veía de continuo seguido de la multitud, ansiosa de escuchar su palabra, le había visto transfigurado en su hermosura sentado al pie de un árbol explicando su doctrina rodeado de las gentes que embebecidas recibían sus lecciones, le había visto rodeado de niños que con sus inocentes miradas le adoraban y amaban, y Él pasando su mano sobre aquellas cabecitas decía: «dejad que los niños vengan a mí». Le escuchaba predicar ley de amor con el «amaos los unos a los otros, y no espere perdón, quien no perdone a sus enemigos». Veía a sus pies a la mujer adúltera retorcerse ante el terror del castigo que iba a imponérsele por su crimen, y veía una a una caer de las manos de sus ejecutores las piedras ante la palabra de aquel Jesús que decía: «Arroje la primera piedra quien esté libre de culpa». Y ante aquella dulce mirada de misericordia para la culpable, y aquella mirada de recto juez que inquiría la conciencia de los acusadores, de aquella mirada con la que arroja del Templo a los mercaderes y usureros que convierten la casa de Jehová en infame centro de criminal contratación, no de lícito comercio, y veíales huir ante aquel látigo terrible que fustiga a los criminales con dura mano, para dejar caer el látigo y tenderla llena de caridad para levantar al caído y resucitar al muerto. Veía a Lázaro, a la hija de Jairo levantarse ésta del lecho de muerte, y salir aquél del sepulcro después de algunos días de muerto, y por último, veía en Jesús, la representación de la fe en su doctrina proclamada por el Centurión, por las sencillas mujeres, por todos aquellos a quienes la fe en su Hijo, en sus promesas, había curado del pecado, de la muerte, y con la luz de su palabra y de sus obras devuelto la luz a sus nublados ojos. Contemplaba tanta humilde grandeza en la sencillez y hermosura de sus actos y palabras, y temblaba, sí, temblaba ante el momento supremo de la redención que iba a verificarse, siendo la hostia su Hijo, su amado y querido Jesús, el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, como lo dijo y saludó el Precursor al recibirle en el Jordán.

¡Momentos de alegría para la Virgen Madre, pero ¡ay! que aquella alegría había de trocarse dentro de poco en horas de cruento y terrible dolor que habían de destrozar aquel corazón tan puro y candoroso!

El tiempo se aproximaba, y Jesús llegaba a las puertas de Jerusalem, a la ciudad que esperaba la víctima propiciatoria, y en el seno de la cual se fraguaba traicionera conspiración contra

Aquél que era la bondad y mansedumbre, el amor y la caridad para con el prójimo, nacida, fomentada y preparada por uno de sus discípulos, instrumento de la hipocresía y del orgullo de los escribas y sacerdotes que veían derrumbarse su orgullo y predominio ante las palabras de aquel Jesús que desenmascaraba sus oscuros rostros y conducta. Temían la luz y querían apagarla, ya que no podían superarla en brillantez y claridad: ¡siempre el error y la perversión atacando por la espalda y fraguando sus planes en la obscuridad alumbrada tan solo por la cárdena luz de la traición!

Y Jesús llegó a Jerusalem, y María también acompañada de aquellas santas mujeres; nadie hay que nos pruebe ni nos niegue que María se hallaba en la Ciudad Santa el día de la entrada triunfal de su Hijo, ni que dejara de presenciar aquel acto de amor y entusiasmo por el Apóstol de la doctrina del amor y de la caridad. Es muy posible, y ya hemos dicho que ninguna prueba conocemos en contrario, que María y sus compañeras presenciasen la entrada, oyesen los vítores y aclamaciones que el pueblo jerosolimita tributaba, en su mayor parte forasteros que habían acudido a la fiesta de la Pascua, gentes de los pueblos que conocían más a Jesús por sus predicaciones por el campo que de los ciudadanos de aquélla que veían en Jesús un enemigo, según las palabras de los temerosos y celosos individuos del Sanedrín, que veían en Jesús un enemigo de su poder y al que estimaban como un revolucionario, que venía a arrancarles el monopolio de su influencia, como había arrojado del Templo a los que le profanaban.

María, como hemos dicho, debió presenciar la entrada triunfal de su Hijo en Jerusalem; el entusiasmo de las gentes campesinas y aquellas palmas y ramos con que festejaban a su Hijo y el Hosanna entusiasta con que vitoreaban a aquel Monarca de la paz, que montado en humilde pollina y sin más corte que aquellos discípulos que le acompañaban, sonarían en sus oídos y herirían su vista haciéndole pensar en el sacrificio, viendo en su Hijo la víctima que entre cánticos y flores caminaba al altar del sacrificio.

María debió seguir la triunfal comitiva en medio de una alegría y temor de los enemigos que sabía conspiraban contra su Hijo, contra aquel ser inocente que decía que no era de este mundo su reino, y solo paz y amor predicaba a los hombres, asistía a los enfermos y socorría en su pobreza la miseria de los necesitados. En lo íntimo de su corazón comprendía que no habían de perdonarle sus enemigos y temía por Jesús encerrado entre los muros de Jerusalem, cercado de adustas paredes en la compañía de gentes aviesas, y de la presencia de los soldados romanos. Semejábanle aquellas moles de edificios obscura y fuerte prisión a quien como ellos hablan vivido en el campo, con horizontes abiertos, cielo inmenso y brisas y perfumes de la naturaleza que ensanchan el pecho y hacen comprender la inmensidad del poder de Dios, y comparaba ambas existencias en aquel momento con la angustia del que ve cerradas las puertas acostumbrado a la libertad de vastos horizontes y hermosos paisajes.

Pero Dios en su inmenso poder lo tenía así dispuesto: tras los hermosos valles de Galilea, tras los encantos del campo de Belén y de Nazareth, tras Cafarnaum y el lago Tiberiades, tras el desierto y el Tabor, lugares todos en donde se predica la doctrina de la verdad ante la inmensidad de la naturaleza que tanto habla a los corazones y a la inteligencia como elocuente muestra del divino poder, después de aquel hermoso período de la sementera de la doctrina del Evangelio, el epílogo entre los muros de la ciudad, el fin de aquella epopeya la más grandiosa, el Calvario, los dolores, el pago infame de los beneficiados, la traición y la muerte en la ignominiosa cruz, en el patíbulo de los esclavos por el que venía a hundir la esclavitud de sus hermanos. Todo esto se presentaría a los ojos de María arrasándolos en lágrimas del más intenso dolor, dolor que cruzando en su pecho no comprenderían, ni adivinarían aquellas piadosas mujeres que la seguían y acompañaban por las estrechas y sombrías calles de Jerusalem cerradas por arcos, con sus cubiertos pasadizos tétricos y fúnebres cual convenía al cuadro en que iba a desarrollarse el crimen espantoso del pueblo deicida.

Fijemos si no nuestra atención por unos momentos en Jerusalem en la ciudad sobre la que lloró Jesús, aun antes de comenzar su martirio, prediciendo su desolación y la ruina que le esperaba en tiempos venideros. Fijemos nuestra consideración en ella tal cual estaba en los momentos grandiosos y solemnes de la pasión de Jesús, del inocente Cordero, del Hijo de la más pura de las mujeres, para que comprendamos el marco, el teatro en que iba a tener lugar el sacrificio del Inocente.

A los hermosos valles de Nazareth y de Belén, al encantado panorama de Cafarnaum, sucede ahora un torrente seco, de color ceniciento y que no ha de arrastrar vivificantes aguas, sino el caudal de lágrimas que de aquellos muros que le cierran han de caer durante siglos de los ojos de los deicidas. Muros elevados de doradas piedras quemadas por el calor del sol y por el fuego del odio que arde en la ciudad contra el Galileo que va a morir en el Calvario, y sobre cuyos andenes brillan las lanzas del extranjero romano que presidía la ciudad. Como aterradas y asustadas ante el porvenir que les espera, agrúpanse las casas, más semejantes a inmensos cubos blanqueados, especie de sepulcros o moles de cisternas y que escalan o descienden por las colinas, sin jardines ni flores, sin esos seres vegetales que son la alegría del alma y consuelo del corazón; nunca en la morada del usurero crecen las plantas ni florecen, pues las flores son la gracia de un espíritu tranquilo y su aroma el perfume del corazón honrado y caritativo. Dos edificios gigantescos, dos inmensas mazas que parecen querer aplastar a aquel rebaño de temerosas casas, se levantan dominándola. El uno representa el templo de Jehová convertido en casa del fariseísmo y del odio en sus envidiosos sacerdotes, el otro representa la monarquía pagana dominando al que fue el pueblo escogido por Dios, el palacio del monarca pordiosero de un poder concedido por el dominador, el palacio de Herodes, el paganismo imperando sobre la ley de Dios.

La reunión de edificios que forman la Sinagoga, palacio, fortaleza, templo, santuario y tabernáculo, componen entre sí una ciudad sagrada, litúrgica, que domina y achica la ciudad civil.

Muros inmensos la rodean a gran altura con inmensos sillares de almohadilladas piedras, pórticos innumerables en la parte del Norte le dan el aspecto de un palacio de inmensa grandeza y le dan un carácter hierático, cuyas agujas de oro le presentan con el aspecto de oriental corona de pérsica ornamentación, cual la que llevan los babilónicos edificios, y como dominando a todos aquellos colosos, cual imponiéndose con su pesantez y tétrica majestad y lúgubre aspecto, se yergue la torre Antonia, abrumador cubo de rojiza piedra.

Murallas y más murallas, unas tras otras, recinto cerrando aquéllas y profundos fosos, torreones en número de sesenta, centinelas distribuidos para guardar aquel recinto, vigilar aquel templo sospechoso para los dominadores, para evitar sublevaciones y tempestades religiosas entre el paganismo, la ley y religión de aquel pueblo monoteísta. Abovedadas puertas, reforzadas y fortificadas con aspecto de poternas de feudales castillos, rematan su tétrico conjunto.

El Calvario, si hemos de dar crédito a los geógrafos historiadores, hallábase dentro del recinto de la ciudad entre el primero y segundo espacio de las murallas, monte de poca altura, ríscoso, árido, con solo algún huerto y cuevas que eran sepulcros, y no lejos para subir al monte de los olivos la puerta denominada de los Rebaños, por la que Jesús salió para ir a orar al otro lado del seco y abrasado torrente. Tal era el aspecto de aquel montón de edificios, de aquella ciudad de triste aspecto, comparada con los alegres campos de Nazareth, con aquella luz intensa, profunda, deslumbradora al parangonarla con la pesada y cansada en las estrechas calles de Jerusalem con grandes sombras, esbatimientos de luz de artístico efecto en aquellos pasadizos cortados por bóvedas y arcos, más que vías amplias de comunicación por las que aparecía y desaparecía en sus fantásticos ángulos y salientes de edificios, el manso jumento o el desgarrado camello o dromedario de largo paso y cadenciosos movimientos, como los del barco que cruza tranquilo mar con suave cabeceo. Allí en ese oscuro recinto, en esa ciudad

sobre la que pesaba una especie de tristeza y abatimiento, cual si presagiara el delito y la tremenda expiación de su horrendo crimen, allí se habían encerrado Jesús y María, en aquella ciudad por cuya destrucción ya su Hijo había derramado lágrimas y sentido pesar, allí en aquel antro en que la envidia y el fariseísmo tenía su morada, allí donde se fraguaban conspiraciones contra la vida de Jesús, allí entre aquellos muros, en aquella santa vía para lo sucesivo habían de hacer expiación los más grandes dolores, los más espantosos sufrimientos por dos inocentes corderos, por su inocencia y amor a la cruel humanidad.

En Jerusalem había de terminar la epopeya más grandiosa de la historia con el sacrificio del Dios hombre y comenzarse desde el pie de aquella cruz redentora otro poema de fe, de martirio y victoria, de la verdad contra el error, del uno contra mil, de las palmas de la victoria de Jesucristo sobre el mundo pagano, que al verse vencido se retuerce, y en sus convulsiones quiere ahogar al que le perdona y llama hermano.

Un período de dolor, de prueba, espera a María, y su corazón Madre ha de sufrir en breves horas el más espantoso de aquellos acerbos dolores que matan sin morir, pero que dejan el corazón destrozado para mayor sufrimiento. Veamos pues, como hemos dicho, a María en estos breves días que mediaron hasta el viernes, en que su Hijo, el Hijo de Dios, había de exclamar desde lo alto de la cruz: «Perdónalos, Padre mío, que no saben lo que se hacen». Antes de la entrada de Jesús en Jerusalem, tuvo lugar en Bethania el grande acto del poder de Dios con la resurrección de Lázaro; llamado por las hermanas de éste acudió Jesús, y ante aquéllas y numeroso concurso, Jesús obró con su divino poder el milagro de la resurrección de aquél, que hacía unos días había muerto. Este hecho, cuya fama recorrió no solo a Bethania sino que llegó al inmediato Jerusalem, no aclaró las tinieblas del error en que Satán tenía sumidos a los enemigos de Jesús, y sólo hizo que se abrasaran más en el deseo de la venganza, en la desaparición de aquel que con su doctrina, su mansedumbre y caridad, derrocaba el orgullo y perversidad de los que bastardeaban la luz de Dios.

Había llegado la hora de que imperasen por completo las tinieblas del error, era necesario la gran obscuridad para que con mayor brillo fulgurase la clara y brillante luz de la doctrina de Jesús, y en vez de esconderse, en vez de procurar ponerse a salvo de aquella inicua persecución, Jesús vuelve a Jerusalem, y entonces entra en él en triunfo, siendo como hemos dicho más aclamado por los forasteros que por los habitantes de la ciudad.

Pasó Jesús además del domingo, el lunes y martes explicando y adoctrinando al pueblo, pero retirándose por la noche al inmediato Bethania en casa de Marta y María, las hermanas de Lázaro, en donde se hallaba su Madre; allí habíanles acogido con cariño y amor, con fe en su poderío y majestad, pues ellas, ambas hermanas, al verle llegar, llenas de fe exclamaron: «Señor, si tú hubieses estado, Lázaro no hubiera muerto». Sencilla y tierna exclamación de aquellas mujeres en quienes la fe era tan grande, que por ella y de ella Jesús obró aquel estupendo milagro. En aquella casa, templo de la más grande fe de aquellas pobres mujeres, quedaron Jesús y María; pues nadie en Jerusalem había tenido valor suficiente para hospedarle, temiendo malquistarse con los sacerdotes y los fariseos, que abiertamente condenaban la doctrina de Jesús.

En Bethania, como hemos dicho, se encontraba María, y a este poblado se retiraba su Hijo cuando volvía de Jerusalem de evangelizar con su palabra, ensanchando con ella el hoyo en que el odio y la traición querían sepultarle, hundirle, ayudados por el demonio apoderado del alma de Judas, instrumento vil de las maquinaciones de aquellos perversos. La ola de envidia, de rencor, crecía, subía y no tardaría el momento en que desplomándose sobre Jesús quisiera hundirle con una doctrina que no era sino la condenación de sus enemigos.

Quedóse el miércoles en Bethania, cuyo día pasó en la oración; llegó la noche y con ella retiróse al huerto de los Olivos, su lugar favorito para la elevación de su espíritu por la oración, y templando su pecho para la tremenda batalla que iba a librar contra el error, contra

el demonio, y cuando el sol aparecía en el horizonte hallóle de vuelta a Bethania para despedirse de su Santísima Madre, pedirle permiso para morir y encaminarse a Jerusalem. ¡Qué escena más terrible para la amantísima María, qué frío cuchillo atravesaría su tierno corazón ante aquellas dulces y terribles palabras de su Hijo! Si el dolor humano, si el dolor que hiere el corazón no es fácil de pintar ni hacer sentir en su verdad por medio de la palabra, ¿cómo podríamos narrar ni menos describir la escena de sentimiento, de dolor, de sacrificio por la humanidad en que iban a destrozarse dos corazones tan puros y amantes como los de Jesús y María por salvar a la pecadora humanidad?

Postrada en tierra María, llena de dolor, adoró a su Hijo, y arrasados sus ojos en amargas lágrimas, se preparó para recibir aquel amargo cáliz, escuchando con pena y sufrimiento inconcebible las palabras de su Hijo:

-«Madre mía, con Vos estaré en la tribulación: hágase la voluntad de mi Eterno Padre y la salud de los hombres».

Escúchale María lleno su corazón, inflamado de ardiente caridad por los pecadores, y besando las manos de su Hijo, preparó su alma para los crueles tormentos que la esperaban, retiróse a un aposento de la casa de las buenas Marta y María, en donde se hallaba alojada, y vio partir a Jesús encaminando su paso seguro y sin temor en dirección de la ciudad deicida, a Jerusalem, que en aquel momento aparecía envuelta en cárdena luz que le daba fúnebre aspecto y cual si la mole de aquella, las piedras de las casas, templos, torres y murallas palidieceran de temor ante el espectáculo que en su recinto se iba a dar en la batalla de la verdad contra el error.

Acompañado de sus discípulos marchó a Jerusalem, a la ciudad de la que no quedaría piedra sobre piedra, a la ciudad que le recibió con palmas y honores y albergaba en su seno la traición que le había de llevar de las palmas a la cruz, de la gloria al patíbulo, y durante aquel día continuó su predicación, que fue la gota que hizo rebosar el vaso. Los fariseos no podían esperar más; su odio estallaba y no había ya fuerzas que lo contuvieran, y Judas, halagado, tenía abierta a sus pies la sima de la traición en que debía hundirse.

Casabó participa de la creencia de que Jesús se despidió de su Madre antes de partir para Jerusalem; Lafuente no es de esta opinión, fundándose en la creencia de que nada se dice de esta despedida y dice: «Jesús, según la creencia más común no se despidió de su Madre al marchar al sitio donde iba a comenzar su pasión dolorosa. Quiso ahorrarle este dolor, ya que tantos iba a tener. El egoísmo busca el medio de aliviar el dolor comunicándolo, la naturaleza misma nos impulsa a este desahogo; pero el que bien quiere prefiere sufrir doble, con tal que no lo sepa ni padezca tanto como un átomo el sujeto amado, Jesús sabía que no había de morir sin despedirse de su Madre.

»Bien pronto llegó a oídos de Ésta la fatal noticia; quizá fue San Juan, su sobrino y confidente, quien la trajo a casa. Juan ya sabía de antemano la traición y el nombre del traidor».

Sor María de Ágreda es también de opinión de que Jesús se despidió de María, y la misma es la del P. Rivadeneyra, y Orsini nada dice, inclinando este silencio, en nuestro concepto, su opinión, la que francamente demuestra Lafuente de que Jesús nada dijo a María, y las razones en que se apoya son tan hermosas como grandes. En verdad que quien bien quiere, procura ahorrar sufrimientos al objeto amado: en tanto que quien en su amor no está dispuesto al sacrificio, hace partícipe de sus dolores a los que le rodean. Se dirá que esto es un egoísmo, sí, lo afirmamos, es el egoísmo del sufrimiento, es una grandeza de ánimo de que no todos participan; querer sufrir solo, padecer sin hacer sufrir a los que amamos, quererlos partícipes de la alegría y del bien, y reservarse para sí el dolor y la pena, es propio sólo de corazones nobles dispuestos al sacrificio en bien de los demás, y así comprendemos y hallamos como una prueba más de la magnanimidad del divino Corazón de Jesús, que no se despidiera de su Madre, que en su inmensa bondad quisiera ahorrar aquella inmensa pena, cuando le restaban

otras que no podía conjurarlas y destrozarían aquel corazón tan puro, tan sencillo y lleno de amoroso sentimiento.

Hemos citado la opinión de autorizados escritores, y no diciendo nada el Evangelio, nuestra opinión sigue la de Lafuente, a la que consideramos como un rasgo más del divino amor del Hijo para con la Madre, como una prueba más de la grandeza de Aquél que venía a redimir al mundo con su sangre, con su martirio y el sufrimiento de la más santa y pura de las mujeres madres, de María bendita. Jesús había ahorrado sufrimientos a su adorada Madre, y en cuanto de Él dependió no desobedeciendo la voluntad de su Eterno Padre, evitó, ahorró y quitó cuantos sufrimientos pudo a María su querida Madre.

Y con esto llegamos a otro hermosísimo punto de la vida de María, a la noche santa del jueves, de la institución de la Eucaristía, a la noche de ese admirable y grandioso hecho de la bondad Divina de hacernos copartícipes de su sagrado cuerpo.

María, acompañada de las santas mujeres, había llegado también a Jerusalem, siguiendo a Jesús como le había seguido en todas sus predicaciones, en su vida pública, y siendo la oveja que seguía al Divino Cordero. Augusto Nicolás lo explica de un modo hermosísimo:

«...sólo se menciona a María, durante la vida pública de Jesús, diciendo que le seguía en todas sus marchas evangélicas, y esto mismo tiene un sentido glorioso para María. Leemos en el Apocalipsis, que en los esplendores de la Jerusalem celestial «los que son Vírgenes siguen al Cordero por donde quiera que va». (Apocalipsis, cap. XIV, v. 4.) De este modo la Virgen de las vírgenes hacía en la tierra y en la prueba, lo que debía continuar en el cielo: la Oveja virgen seguía al Cordero sin mancha: le seguía en todas sus fatigas, en todos sus afanes, en todas sus humillaciones; pero lo siguió sobre todo hasta la inmolación, hasta el sacrificio: y aquí es donde va a aparecérsenos y donde debemos contemplarla...».

Y en verdad que representación más dulce y tierna que la de María en estos terribles momentos de dolor y espantosos sufrimientos, es imposible hallarla no siendo fortalecida como lo fue la Señora por la Divina voluntad, resistiendo aquellas duras pruebas del amor maternal, del desgarramiento de las fibras más dolorosas del corazón humano y en las que la Sabiduría Eterna la llevó hasta presenciar la terrible ejecución de su Hijo, que de Ella se despidió desde el afrentoso patíbulo a que su amor por la humanidad le llevó a morir.

Y como hemos dicho, llegamos a los momentos más duros de la vida de la Madre del Verbo humanado, a la apoteosis del dolor y del sufrimiento, y en la noche de la Cena veamos cómo Lafuente explica esta situación y la participación que María tuvo en la institución del sagrado misterio de la Eucaristía:

«Es muy probable también que en la noche terrible de la última Cena participase del banquete Eucarístico, siquiera no presenciase su institución (La Venerable Ágreda supone que en efecto San Juan llevó a la Virgen la Sagrada Eucaristía; bien necesitaba, añade el ilustre escritor, ser confortada con el sagrado manjar en las terribles angustias que iba a sufrir); según el Evangelio, solamente asistieron a ésta los doce Apóstoles. Pero estando la Santísima Virgen en la misma casa, ¿podría dejar de recibir una muestra de cariño de Aquel que había llevado en sus entrañas durante nueve meses?»

Conformes estamos con la opinión de D. Vicente Lafuente, opinión que, como él mismo dice, señala la Venerable Ágreda diciendo, como ella expresa en su *Vida de María*, la opinión de que María recibió el Cuerpo sagrado de su Hijo en el misterio augustísimo que acaba de instituir. Casabó, en su citada obra, dice: «También vio la Virgen Madre cómo se recibía su Hijo a sí mismo sacramentado, y cómo estuvo en su pecho divino el mismo que se recibía. Partió en seguida Jesucristo otra partícula de pan consagrado y la entregó al arcángel San Gabriel, para que la llevase y comulgase a María Santísima. Esperaba la Virgen con abundantes lágrimas el favor de la Sagrada Comunión cuando llegó San Gabriel con otros innumerables Ángeles, y de manos del santo Príncipe la recibió la primera después de su Hijo, imitándole en la humillación, reverencia y temor santo. Quedó depositado el Sacramento en el pecho de María,

y sobre el corazón, como legítimo sagrario y tabernáculo del Altísimo, durando este depósito del sacramento de la Eucaristía todo el tiempo que pasó desde aquella noche hasta después de la Resurrección, cuando consagró San Pedro y dijo la primera misa. Así lo había dispuesto el Señor para consuelo de la Virgen, y también para cumplir obediente la voluntad, órdenes y mandato de su Eterno Padre.

»El prólogo del terrible sacrificio estaba consumado, el infierno temblaba y conocía que llegaba la hora del vencimiento, del destronamiento del error, del lavatorio del pecado por la inocente sangre de Jesús, y trémulo y azorado el espíritu del mal, vencido y lanzado del mundo, procuraba esconderse tras la figura del traidor Judas que con él hablan de rodar a lo profundo.

»El momento era llegado y con él temblarían y sufrirían hasta los seres insensibles, destrozándose y partiendo con espanto, terror y miedo, ante aquel grandioso acto de emitir su espíritu el Hijo de Dios en terrible y espantoso sufrimiento. ¡Ah! La naturaleza había de tener más corazón en su insensibilidad que aquellos malos hijos de Dios que contra Él se rebelan y le asesinan con fría tranquilidad: la humanidad fue tan desconocida en aquellos momentos como lo son los colores para las tinieblas, como lo es el amor en los corazones egoístas y materializados, a los que no hay que pedir acción noble ni generosa, pues que ninguno de estos dignos estímulos los solicitaba.

La noche del Jueves tuvo lugar la Santa Cena en la que Jesús instituye el Sacramento de la Eucaristía, y en ella tuvieron lugar las maravillas del Señor en tan sublime y grandioso acto, consagrando las especies sacramentales de que hizo partícipes no sólo a los Apóstoles sino también a su Santísima Madre.

»Acto tiernísimo de bondad y de amor en Jesús, que nos da una idea grande de su amor a la humanidad, por la que iba a sacrificarse, dejándonos como prueba indeleble de su magnanimidad su Cuerpo, su Cuerpo consagrado para nosotros con sus benditas manos, haciendo partícipe, mejor dicho, depositaria a la purísima Virgen su Madre, en cuyo pecho se encierra como tabernáculo santo su Cuerpo.

»Quedó depositado el sacramento en el pecho de María y sobre el corazón, como legítimo sagrario y tabernáculo del Altísimo. durando este depósito del Sacramento de la Eucaristía todo el tiempo que pasó desde aquella noche hasta después de la resurrección, cuando consagró San Pedro y dijo la primera Misa. Así lo había dispuesto el Señor para consuelo de la Virgen y también para cumplir de antemano por este medio la promesa hecha después a su Iglesia, que estaría con los hombres hasta el fin del siglo. En María estuvo depositado este maná verdadero como en arca viva, con toda la luz Evangélica, como ante las figuras en el arca de Moisés. Todo el tiempo que pasó hasta la nueva consagración no se consumieron ni alteraron las especies sacramentales en el pecho de la Virgen».

Concuerdan substancialmente ambas opiniones con la de D. Vicente Lafuente, y a ellas todas inclinamos la nuestra, harto humilde y pobre, pero que llena de fe y amor a la Santísima Virgen, estimamos como obra de amor y de cariño del Hijo de Dios a su Santísima Madre. Por ello la consignamos, y si nada válida por sí, es por la íntima convicción de nuestras creencias y reconocimiento en la bondad y misericordia inmensa de Aquél que murió en la Cruz por la redención y perdón de nuestros pecados.

Terminada la Cena, Jesús partió para el huerto acompañado de sus discípulos, y María quedó en la casa con las piadosas Marías, en oración también, pidiendo por el inocente Cordero que en aquellos momentos se encaminaba al sacrificio, y a cumplir su noble y desinteresada misión.

¡Ah María! Cuán grande sería tu dolor al ver ultrajado y escarnecido aquel pedazo de tu bendito corazón, a aquel ser inocente que muere por salvar a sus verdugos: obra inmensa, para la que se necesitó de tu pureza y amor como arca en que se encierra el cuerpo del Hijo de Dios en su misteriosa y mística transformación por la voluntad divina.

Capítulo XXIV

MARÍA EN LA PASIÓN DE SU HIJO. -EN EL PRETORIO, LOS AZOTES AL ECCE-HOMO. -EN LA CALLE DE AMARGURA. -EN EL CALVARIO.

Ya lo hemos dicho, María conocía la traición de Judas, y Casabó expresa del siguiente modo esta lucha: «Durante todo el día hizo la Virgen esfuerzos extraordinarios para trocar el corazón de Judas, cuya traición conocía, y seguía paso a paso. Mientras tanto Judas había cerrado ya su trato inicuo con los enemigos de Jesús, y con fingimiento y disimulaciones, pretendía paliar su alevosía hipócritamente. Preguntaba e inquiría el pérfido discípulo para disponer mejor la entrega de su Maestro, que tenía ya contratada con los príncipes de los fariseos. A tanto se atrevió que no titubeó en preguntar a la misma Virgen a dónde determinaba ir su Hijo santísimo para la Pascua. Ella, con increíble mansedumbre y celestial sabiduría, dióle esta sublime respuesta que, en su obcecación, no supo comprender Judas: «¿Quién podrá entender los juicios y secretos del Altísimo?» Desde entonces dejóle de amonestar y exhortar para que se retractase de su pecado, aunque siempre lo sufrieron y toleraron Jesús y María, hasta que él mismo desesperó del remedio y salud eterna». Lafuente indica también que «San Juan sabía ya de antemano la traición y el nombre del traidor».

Jesús a las preguntas del Cenáculo indica quién es el traidor que le ha de entregar, y cúmplase lo dispuesto por el Altísimo. Jesús es entregado en la obscuridad de la noche, menos lóbrega y oscura que el corazón de Judas, y el acto de cobardía es cometido en la obscuridad, pues nunca la traición y el crimen apetecieron la luz, si el imperio de Satán, las tinieblas, la obscuridad de su reino, la negrura de sus alas, las tinieblas de su alma.

Juan, después de presenciar el hecho de encerrar en inmunda cárcel a su Divino Maestro, regresa al Cenáculo, apenado y dolorido su hermosísimo corazón, y solo y triste llega a comunicar a María, a su madre, a sus parientas y demás piadosas mujeres, la noticia de que Jesús está preso y condenado a muerte, no por el conquistador romano, señor de la Judea, sino por los sacerdotes y sus mismos paisanos.

¡Horribles momentos de angustia por los que pasaría el corazón de María con la infausta nueva comunicada por el discípulo predilecto de Jesús! Qué hacer; María levanta los ojos al cielo, a ese cielo al que miramos y contemplamos, al que levantamos nuestras miradas en los momentos de dicha, de alegría, de tristeza y de dolor, a ese cielo al que elevamos nuestros ojos siempre con lágrimas de alegría o de dolor, como inconsciente movimiento de nuestra alma que tiende a mirar, a agradecer y a sentir hacia él, como fuente de dicha, como consuelo de aflicción, en el que está escrito el nombre de Dios con letras de astros, líneas de constelaciones y palabras de consuelo y de esperanza.

María sale de su casa, traspasada de dolor lánzase a la calle acompañada de Juan y de las piadosas mujeres que no la abandonan, su dolor tan inmenso no puede encerrarse entre las paredes; es un dolor tan inmenso, que son pequeños los límites del espacio, si los tuviera, para encerrar su pena, su congoja, la amargura de su pecho abierto en terrible prueba. Lánzase a la calle, la luz del alba temblorosa parece no atreverse a caer sobre la ciudad criminal espantada de tanto crimen, parece no querer, ni aun la luz, autorizar ni presenciar el delito horrendo que se prepara, resístese penosamente al cumplimiento de su regular marcha; el rocío, llanto de la noche que ha tenido que autorizar entre sus sombras el hecho inaudito de la prisión y de la traición, baña con sus lágrimas las piedras, las losas de las calles, y lloran los tallos de las

plantas, las hojas y las flores, la infausta suerte de bañar la tierra en el día del sacrificio del Creador; sólo el hombre permanece insensible, grita y atruena las calles persiguiendo y ultrajando a su Dios, a su Creador, llevado y traído como un feroz criminal, contra quien la sociedad tiene que defenderse de su crueldad y ferocidad.

María recorre en compañía de Juan las calles, cruzándose con atropelladas multitudes que vociferan: -Por ahí va, por ahí llevan preso al embaucador Jesús; ha venido a parar en lo que se merecía por sus doctrinas. -Ahora lo llevan a casa del Pretor.

¡Pobre María, Madre nuestra! qué dolor, qué cuchillo no atravesaría tu pecho al tener que escuchar aquellas voces, oír tales insultos, atender a tales blasfemias de aquellos seres a quienes venía a salvar y libertar el que calificaban de embaucador. Cómo llegarían a su hermoso corazón aquellas voces que la herirían en su amor de Madre, en el dolor que experimentarían su Hijo, maltratado por las feroces turbas que le perseguían, insultaban y golpeaban.

Allá a lo lejos, bañadas por los primeros rayos del sol, brillan energuidas las torres del templo y a su vista tiene baja la hermosa cabeza la Madre del Redentor. No necesitaba ver aquella inmensa construcción, aquel templo bastardeado, para recordar las fatídicas palabras de Simeón; el cuchillo que el anciano clavó en el pecho de María, tiene que penetrar más hondo, ¡ah! tiene que desgarrar más y más el corazón magnánimo de aquella Madre dolorida.

Jesús, en tanto, de casa de Herodes vuelve al Pretorio vestido con la blanca túnica de los locos, con el traje que se acostumbraba a vestir a la locura, ¡y de loco han vestido al que es la Sabiduría, la Inteligencia suprema!

La noche autorizó la iniquidad, cubriéndose con la máscara de la justicia, la luz del día iluminando el escarnio con apariencias de discreción, y el sol del medio día llenando con su luz la ferocidad, aparentando el respeto. ¡Horrendo espectáculo, cruel escarnio de la justicia y de la consideración humana!

Y María, en tanto, divagando por las calles, siguiendo la turba que atosiga a su Hijo, recibiendo escarnios de los verdugos. Llega al Pretorio, y... la pluma y el corazón se resisten a escribir tan dolorosas y crueles escenas, y María... ¡ah! la pobre Madre, ¡presencia los azotes de su Hijo! La tradición y los escritores católicos así lo estiman y creen y suponen. ¡María, María, la Madre presenciando el tormento de su Hijo! Horrendo espectáculo que eriza los pelos de nuestra carne al consignarlo, como dijo Job. Pero... ¿qué era este tormento con lo que aún le restaba presenciar a María? ¿Qué era este cuchillo comparado con los que aún se habían de clavar en su corazón? ¿De dónde sacaría fuerzas aquella dolorida Madre para resistir pruebas tan duras y crueles? Ah, no lo preguntéis, no, no preguntéis a una madre de dónde saca fuerzas para resistir los dolores de una conformidad y de la muerte de un hijo entre nosotros. El corazón de una madre no tiene resistencias para el cariño, pero es el de un león en cuanto ve atacar o herir a sus hijos, es de acero para resistir las penas, cuando por lo débil de su naturaleza parece deba rendirse primero al sufrimiento, y no es así, lo mismo que es grande para el cariño es resistente para el dolor el corazón de la mujer.

Los azotes descargados sobre las puras e inocentes espaldas de Jesús, ¡cómo caerían sobre el corazón de su Madre amantísima! ¡Horror da pensar cómo resonarían aquellos golpes en el pecho de María! ¡Cómo se gozaría el infierno con su dolor, cómo se complacería en ver sufrir con aquel martirio a la que había hundido su poder, quebrantando su cabeza y que vencido por su Hijo en la tentación, le había arrojado más y más en lo profundo, triturando su cetro y desbaratando su imperio de maldad y de perfidia. En su desesperación azuza todas las últimas fuerzas de que puede disponer, desencadena las furias infernales, y contra la inocente víctima acumula toda la furia de la desesperación. Sopla en los fermentados corazones de aristocracia y del pueblo, de los fanáticos y de los hipócritas, de los malos y prostituidos sacerdotes, de los sabios infatuados con su sofisma y ciencia errónea, todo su veneno, toda su asquerosa baba del pecado contra Jesús y su Madre, el poder todo del infierno en masa lo concita contra ellos

para que griten, maldigan y vociferen: ¡Crucifícale, crucifícale y caiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos!

Y sobre ellos y sus hijos cayó con risa sarcástica del infierno, que se gozó en su miseria, esclavitud, desesperación y muerte, cuando los muros de la ciudad y la ciudad entera quedó sin piedra sobre piedra, y la sangre de los reptiles vino a unirse en sus venas como castigo de Dios a un pueblo deícida que pidió a gritos la maldición del cielo; y cumplióse la predicción de Jesús a las mujeres compasivas, ¡llorad por vosotras y vuestros hijos, entregados por la voluntad de los padres al señorío del infierno!, porque os van a venir tiempos en que se diga: ¡Dichosas las estériles y dichosos los vientres que no engendraron y los pechos que no dieron de mamar! Entonces sí que empezarán a decir a los montes: ¡caed encima de nosotros! y gritarán a los collados para que los cubran. Porque si esto se hace con el leño verde, ¿qué será con el seco? (San Juan, cap. XXIII, v. 27.)

¡Cuál sería el dolor de María al ver a su Hijo enseñado al pueblo desde la galería del Pretorio, hecho rey de burlas, escarnecido y apedreado! Un viejo harapo de púrpura cubre sus hombros y se pega a sus ensangrentadas espaldas: una corona de espinas cubre su cabeza taladrándola y cayendo gotas de su sangre sobre aquel sudoroso y angustiado rostro: sus manos amarradas con fuertes cordeles, amoratadas, hinchadas, sostienen una rota caña en vez de cetro y áspera sogas rodea su garganta en vez de cadena de oro. ¡Irrisión espantosa, y el pueblo recibe con aullidos de alegría, de feroz entusiasmo a aquel hombre, cuya sola vista inspira compasión, lástima y conmiseración por el estado de tormento y humillación en que se le ha puesto, y no obstante, aquellos corazones no sienten a su vista más que odio, encono, rabia y furor ante aquella inocente víctima. ¡Pobre María! Y aquel ser desfigurado, herido, lleno de polvo y sangre, aquella hermosa faz descompuesta por el dolor, aquellas manos ferozmente atadas, aquella hermosa cabeza destilando sangre por su hermosa cabellera, es su Hijo, es su Jesús, aquel hermoso hombre que sentado al pie del sicomoro predicaba paz y amor a sus semejantes. ¿Aquel que pedía pureza para castigar a la adúltera en el templo, el que resucitaba a Lázaro y la hija de Jairo, el que multiplicaba los panes y los peces y proclamaba la fraternidad de los hombres como hijos de Dios, aquel bienhechor de los pobres, aquel Hijo de María, era él víctima desfigurado por el dolor y los sufrimientos, maltratado y considerado peor que el bandido Barrabás, que libre salía por aclamación del pueblo, por otro lado del Pretorio, entre entusiastas gritos y muestras de afecto del pueblo? ¡Ah! El dolor que María debió experimentar ante aquel espectáculo, no es para descrito, ni hay pincel, colores ni palabras, inteligencia ni sentimiento, para poder pintar ni describir aquellas terribles angustias por las que debió pasar el corazón de María en semejantes crueles momentos. ¡Qué espectáculo para una madre!

Momentos de angustia, de cruel ansiedad; a Jesús le han vuelto a entrar en el Pretorio; ¡qué nuevo tormento estarán dando al hijo de sus entrañas! Y salen del palacio de Pilatos dos bandidos llevando sobre sus hombros el palo en que han de ser ajusticiados, y tras ellos Jesús, lívido, desencajado, su hermoso rostro lleno de sangre y lodo que le arroja el populacho ebrio de sangre, bramando de ferocidad, instigado en su bárbaro salvajismo por los fariseos y los hipócritas, cargado con la cruz en que ha de morir, desfalleciendo y cayendo abrumado por el peso del leño sobre sus azotadas y llagadas espaldas.

María le ve, comprende que ha sido condenado a muerte y lanza un gemido de cruel angustia, cayendo desmayada entre sus primas y mujeres que la acompañan; repónese, y lanzando doloridos gemidos, acompañada del llanto de las mujeres y piadosas doncellas de Jerusalem, cuyo corazón encierra aún sensibilidad ante aquel dolor, ven marchar la fúnebre comitiva, llegando hasta ellas los alaridos de rabia feroz de las fieras humanadas que le acompañan en su camino del patíbulo.

Aléjanse de aquel triste sitio y caminan en busca de Jesús, del inocente Cordero que marcha al sacrificio, salen al encuentro de la turba infame y en la *vía dolorosa* señalase el sitio en que

María se encontró de nuevo con su Hijo; verle, clavar en aquel desfigurado rostro una intensa mirada de dolor que se cruza con la dolorida y resignada de la víctima, es un momento cruel, espantoso para ambos, ¿es posible comprender lo que pasaría en aquel momento por el corazón de María? No, únicamente la que es madre podrá apreciar la intensidad, la crueldad de ese encuentro, la fuerza y dolor de aquella mirada, el cuchillo que nuevamente se clavaría en aquel instante en el pecho de María, ¡en el pecho de una madre, de una santa, pero que no por serlo dejaba de ser madre! madre que es la palabra que encierra la expresión de amor y de dolor juntamente con la idea de sacrificio.

No podemos prescindir de copiar íntegra la hermosísima descripción de este pasaje que hace del doloroso encuentro nuestro incomparable maestro Fray Luis de Granada:

«Camina pues la Virgen en busca del Hijo, dándole el deseo de verle, fuerzas que el dolor le quitaba. Oye desde lejos el ruido de las armas y el tropel de la gente, y el clamor de las pregones con que le iban pregonando. Ve luego el resplandecer de los hierros de las lanzas y alabardas que asoman por lo alto: halla en el camino las gotas y el rastro de la sangre, que bastaban para mostrarle los pasos del Hijo y guiarla sin otra guía. Acércase más y más a su amado Hijo y tiende sus ojos oscurecidos por el dolor, para ver si pudiese ver al que amaba su ánima. ¡Oh amor y temor del corazón de María! Por una parte deseaba verle, por otra rehusaba ver tan lastimosa figura. Finalmente, llegada ya donde pudiese ver, uniéronse aquellas dos lumbreras del cielo una a otra, y atraviésanse los corazones con los ojos, y hieren con la vista sus ánimas lastimadas. Las lenguas estaban enmudecidas para hablar, mas al corazón de la Virgen hablaba el afecto natural del Hijo dulcísimo, y le decía: -¿Para qué viniste aquí, paloma mía, querida mía y Madre mía? Tu dolor acrecienta el mío y tus tormentos atormentan a mí. Vuélvete, Madre mía, vuélvete a tu posada, que no pertenece a tu pureza virginal, compañía de homicidas y ladrones. Si lo quisieras así hacer templarse ha el dolor de ambos, y quedaré yo para ser sacrificado por el mundo; pues a ti no pertenece este oficio, y tu inocencia no merece este tormento. Vuélvete pues, oh paloma mía, al Arca, hasta que cesen las aguas del diluvio, pues aquí no hallarás donde descanses tus pies. Allí vacarás a la oración y contemplación acostumbrada, y allí levantada sobre ti misma pasarás como pudieras ese dolor.

»Pues al corazón del Hijo respondería el de la Santa Madre y le diría: -¿Por qué me mandas eso, Hijo mío? ¿Por qué me mandas alejar de este lugar? Tú sabes, Señor mío, y Dios mío, que en presencia tuya todo me es lícito, y no hay otro oratorio sino donde quiera que tú estés. ¿Cómo puedo yo partirme de ti sin partirme de mí. De tal manera tiene ocupado mi corazón este dolor, que fuera de él ninguna cosa puedo pensar; a ninguna parte puedo ir sin ti, y de ninguna pido ni puedo recibir consolación. En ti está todo mi corazón y dentro del tuyo tengo hecha mi morada, y mi vida toda pende de ti. Y pues tú por espacio de nueve meses tuvistes mis entrañas por morada ¿por qué no tendré yo estos tres días por morada las tuyas?...

«Tales palabras en su corazón iría diciendo la Virgen, y de esta manera se andaba aquel trabajoso camino hasta llegar al lugar del sacrificio».

María sigue fatigosamente, temblando de espanto y de dolor, a la fúnebre comitiva. No le precede, sigue las huellas y los pasos de su Hijo y quisiera ayudarle a llevar la Cruz, aquel leño que pesaba sobre su corazón tanto como sobre las doloridas y llagadas espaldas de su Hijo. Quiere acercarse a enjugar aquel empañado rostro, pero los soldados con sus lanzas la rechazan; ¡aliviar a aquel delincuente, si fuera para lanzarle algún puñetazo, algún palo o escupirle, pase; pero llevarle consuelo... atrás, atrás, mujer!

-Es la madre del condenado, gritan algunas de aquellas fieras que rodean a Jesús.

-Fuera, matarla, apedrearla, aúllan otras. ¡Ah! El odio criminal a la víctima refluye en la madre del que va a ser víctima de la *justicia humana*.

¡Horrible blasfemia llamar así al asesinato, justicia! Pero... el infierno prosigue su obra, llena el pecho de aquellas fieras y éstas cumplen los propósitos del mal que anida en sus corazones,

desahogan su odio y venganza sobre Aquél que con ojos bañados en el llanto del amor, del cariño, los mira y compadece, y en su alma, en su interior, pide perdón para aquellos desgraciados instrumentos de la desesperación del infierno.

Y María, desfallecida, atravesado su corazón con un nuevo cuchillo, sostenida por las piadosas mujeres y consolada por Juan, que no la abandona un momento, sigue la vía dolorosa, sigue aquel tormento de su Hijo arrastrado por las turbas sedientas de su sangre, el camino del Calvario, en donde ha de terminar aquel espantoso cuadro de sufrimientos. María siguió a lo lejos a la turba, al pueblo encanallado que gritaba en torno de la víctima y se complacía con aquel espectáculo, llegando al Calvario con Juan, María, la rica del castillo de Magdalo, de corazón ferviente y entusiasta por Jesús, de María Cleofás y María Salomé, la madre de Juan, la antes tan orgullosa y hoy tan humilde y amante de Jesús. Las piadosas mujeres de Nazareth y de Jerusalem no la dejaban y se colocaban delante de la dolorida Madre para que viese menos, óyese menos los insultos y voces del populacho, para evitar de esta suerte mayores sufrimientos a la pobre María, a la dolorida Madre de Aquél que iba a ser levantado sobre la Cruz.

María no vio, pues la caridad de estas mujeres se lo impidió, extender a Jesús sobre la Cruz, sujetar sus manos con los clavos, pues aquéllas y Juan la tenían algo apartada del lugar de la ejecución según San Mateo en el cap. XXVII, ver. 55. Pero este alejamiento del lugar del sacrificio parece que pugnaría con la relación de San que las pone al pie de la Cruz, y no hay tal contradicción, como quisieran hallar algunos y quieren manifestar, sino que en el acto del Calvario hay que distinguir dos tiempos, dos períodos en el terrible sacrificio: durante el primero estuvieron alejadas del lugar en donde se martirizaba al Hijo de Dios y del cual, para evitar un atropello de las turbas feroces, entonces, tanto lo mismo que hoy, que acuden a las ejecuciones con el mismo entusiasmo por matar a un hombre que a los toros, con tal de gozar con la muerte del hombre o del animal, con tal de ver correr sangre que embriague la brutalidad de sus instintos de fiera, y el segundo cuando habiéndose marchado ya gran número del populacho para circular por Jerusalem la nueva y detalles de la ejecución, cuando aterrados muchos por el aspecto del cielo huyen dejando casi solo el Calvario, entonces es cuando María, acompaña de los citados, se acercó a la Cruz, recibiendo las palabras de despedida y mandato a Juan y a su Madre.

Entonces es cuando al pie de la Cruz, María levantó sus arrasados ojos en lágrimas, clavándolos llenos de aflicción en su desfigurado y desangrado Hijo. Entonces es cuando Jesús dice aquellas palabras que son como el complemento de las que pronunció en Caná de: -Mujer, ¿que nos va a ti y a mí? no ha llegado aún mi hora,-y transcurridos los años, Jesús, desde el santo instrumento de su martirio, concluye aquella profunda frase: -¡Mujer, ve ahí tu hijo; y a Juan, -he ahí tu Madre!

«Y estaban cerca de la cruz de Jesús su Madre y la hermana (prima) de su Madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Y habiendo visto Jesús a su Madre y al discípulo a quien bien amaba que estaba también allí, dijo a su Madre: -Mujer, ve ahí a tu hijo. Después dijo al discípulo: -Ve ahí a tu Madre. Y desde aquella hora la recibió el discípulo por suya». De este modo refiere Juan esta tristísima escena, triste, lúgubre y tierno pasaje, que pone de manifiesto la grandeza del Mártir del Calvario cuando como Hijo de Dios se manifiesta en el cumplimiento de los mandatos de su Padre Soberano, despojado del carácter de Hijo, pronuncia las palabras de:

-Mujer, ve ahí a tu hijo.

Plumas elocuentísimas han pintado y querido representar el dolor de María, de la angustiada Madre, pero... ¿dónde hay plumas ni frases en el lenguaje para expresar aquel sufrimiento, aquel intenso, profundo y desgarrador sentimiento doloroso y amargo para el corazón de María? En vano sería querer expresarle, vacías de sentido, huecas y frías son las frases para expresar el sentimiento de la aflicción de una madre ante el lecho de muerte en que yace un

hijo, por la voluntad divina presa de mortal enfermedad; no, es imposible, y sin embargo, aquella madre es cristiana, es católica, reconoce, acata y respeta la voluntad de Dios que nos da los hijos y nos los quita según su sabia voluntad, y no obstante, aquella madre que en Dios cree, en Dios comulga, en Dios espera, se retuerce presa de dolor, presa del cariño hacia aquel pedazo de su ser que la abandona, y no halla consuelo a su pena, cuando aquel mal, aquella muerte es por disposición superior de Dios infinito y misericordioso, y sólo las lágrimas y elevar la mirada al cielo, de donde nos viene todo consuelo, mitiga su pena. ¿Qué dolor, pues, no destrozaría el corazón de la Santa Virgen viendo morir a su Hijo por la crueldad de los hombres, por su ferocidad y venganza contra un inocente, contra su Hijo que predicaba paz y amor, y por este delito era escarnecido, azotado, atormentado y crucificado entre las maldiciones y escarnio, pedradas y golpes de un pueblo feroz, al que había querido salvar de su ruina?

¡Ah, comprenda el corazón humano, si le es posible, el dolor que aquella Madre experimentarían ante tan horrendo espectáculo, ante aquella muestra de la ferocidad humana que asistía y aplaudía el tormento y el escarnio de un ser inocente! ¿De dónde sacó fuerzas María para soportar y resistir tan horrible martirio? ¡Ah! es que no comprendemos la fuerza, la resistencia para el dolor en el corazón una madre: no, no puede comprenderse sino viéndolas días y noches consecutivas, sin descanso, al lado de la cama del hijo enfermo, valerosas acudir sin rendirse a esa batalla del dolor que el hombre apenas puede resistir, y entonces, viendo a esas madres, víctimas de su amor, luchar a brazo partido con la muerte que quiere arrebatársela aquel pedazo de su corazón, afrontar el peligro y resistir con heroico valor la contienda. Viendo esa pena, comprendiendo esa resistencia vigorosa contra el sufrimiento y el cansancio, es como podremos comprender en parte el dolor intenso, el mortal sufrimiento de María ante aquella prueba del martirio de su amado Hijo. Sólo así, sólo comparando el dolor de una madre, podremos formar parte del concepto que el sufrimiento y la pena desharía el corazón de María. Ver a su Hijo clavado en una infamante cruz, coronado de espinas, ensangrentado, preso de la angustiada sed de la fiebre producida por tantas y tantas heridas, enardecida la boca, seca y abrasada, pidiendo agua que mitigara aquella sed, apagara aquel fuego que devoraba su pecho anhelante en las agonías de una muerte horrible, pendiente su cuerpo de las destrozadas manos que con el peso se iban rasgando lentamente; ver aquellos ojos clavados en el espacio como buscando a su Eterno Padre, oyendo a sus pies la gritería del infame populacho, que aún ruge ante la angustia de su víctima y como deseando prolongar su martirio, insultándole con soeces carcajadas e invitándole a que baje de la cruz, no respetando ni el dolor de la pobre Madre que separa algún tanto del instrumento del martirio, no se atreve a llegar a él, para que su presencia no determine algún nuevo insulto o un nuevo tormento para el Hijo amado...; es un cuadro de sufrimiento que debía abrir nuestros ojos y considerar el dolor inmenso de la Madre y el martirio del Hijo por redimirnos del pecado, librarnos de la esclavitud del demonio apoderado de la humanidad desde la expulsión del paraíso, de una libertad del hombre rebelde que necesita la sangre de un Dios para lavar su culpa y expiar un inocente el delito de la humanidad rebelada. Delito que necesitó el sufrimiento de la más pura de las mujeres, de María, de una Madre tierna, y como Madre, amante y enamorada de su Hijo; delito deicidio y martirio de una Virgen que la humanidad entera con su sangre no podía lavar si la hubiera lavado la misericordia de un Dios amante de los pecadores y atraído con su amor, bondad y doctrina.

Pero las horas pasan, la tarde ha comenzado, estamos en la hora sexta, el cielo ha empezado a entristecerse, el sol viene apagando su luz, ennegrecese el cielo sin causa ostensible, calma de muerte reina, calma semejante a la que precede a la tormenta, el populacho gira la vista como aterrado, ¿qué va a suceder? Una voz interna les grita: ¡Deicidas, pueblo infame en quien deposité mi ley, teme, que mi castigo será inmenso como mi poder! ¿Qué habéis hecho de mi Hijo? Míranse algunos como asustados, el temor les hace enmudecer, ya no aúllan

cobardemente para insultar a la víctima de su furia sanguinaria y rabiosa, callan, y algunos, contemplando aquel sol que no calienta, aquella luz amarillenta, aquella luna enrojecida que aparece por el otro lado del horizonte, aquel cielo negro, sin nubes, pero que parece querer desplomarse sobre la tierra para anonadarla, les hace crujir con frío de espanto sus dientes, temen, temen y cobardes huyen, abandonan el monte y bajan a la ciudad temerosos y mirando con recelo a la cumbre sobre la que se levanta sobre el fondo negro del cielo, la blanca figura del cuerpo de Jesús.

Huyen cobardes de su víctima, como huye el cobarde que hiere a traición, huyen a esconder su vergonzosa cobardía aquellos que cuando el sol abrasaba las calles y secaba la sangre mezclada con el sudor y la angustia en la frente de Jesús, se mostraban valientes dándole patadas y tirando de las cuerdas para martirizar a la inocente víctima. Pero en este momento el cielo oscurecido les infunde terror, y huyen a esconder su cobardía en los oscuros antros de la ciudad, abandonando a la víctima inocente de su ferocidad y odio.

Jesús en las angustias de la muerte quedó solo, y entonces aproxímanse al pie de la cruz María, Juan y la piadosa doncella de Magdalo; entonces no hay temor de la turba inicua, y María puede llegar para recibir las últimas palabras de su Hijo, contemplarle de cerca, desgarrar por más espantosa realidad su pobre corazón atravesado de tantas espinas y crueles cuchillos. Jesús, entre las ansias de la emisión de su espíritu, entre las angustias de su tormento, en medio de la obscuridad que les rodea a las tres de la tarde, ve a su Madre, y con voz clara, pero ahogada por el dolor, exclama:

-Mujer, he ahí tu Hijo; dice, y clavando sus ojos en el rostro hermoso y atribulado de Juan: - He ahí tu Madre.

Eleva sus ojos al cielo y exclama: Padre, ¿por qué me has abandonado? ¡Perdónalos, Señor, que no saben lo que se hacen! Lanza hondo suspiro, llevan a sus labios la esponja con hiel y vinagre, y lanzando una gran voz, superior al estado de agonía, voz poderosa de Dios que escucha la humanidad aterrada:

-¡Todo está consumado!

Dóblase su cabeza sobre el pecho, y su espíritu sale de aquel dolorido cuerpo en medio del más espantoso de los cataclismos lógicos. Ocúltase la luz del sol como aterrada ante aquel espantoso crimen, suena el rumor del trueno, el rayo cae buscando a los criminales deicidas, rásgase el cielo en encendida ira, y las espadas flamígeras del Ángel exterminador se blanden y refulgen sobre la ciudad deicida. La tierra tiembla, rájanse las peñas de inconcebible manera, chocan entre sí las piedras, ábranse los sepulcros, aparecen espantadas figuras de los que dormían el sueño de la muerte, y horrorizadas caen sobre los mismos sepulcros. La naturaleza entera se ha conmovido, y a su manera, expresa su dolor y el espanto de la muerte del Hijo de Dios, espanto que se ha perpetuado hasta hoy como muestra patente y clara para la ciencia, de que aquel espanto no fue un fenómeno geológico ordinario, sino un hecho extraordinario que en diez y nueve siglos no se ha repetido, a pesar de innumerables y tremendas convulsiones de esta pobre tierra, que en aquella muerte fue más sensible la roca que el corazón de los judíos.

Pero si aquella convulsión aterró a los cobardes, a los asesinos, haciéndoles abandonar presa de terror el monte, teatro de su feroz cobarde hazaña, de su crimen, que no habían de tardar en expiar de una manera terrible, en cambio los corazones santos, justos y buenos, no huyen, no temen castigo, pues sus corazones están puros y tienen el amparo de la víctima que les cubre con sus extendidos brazos. María recibe con el último suspiro de su Hijo el más tremendo de los golpes, no hay duda, ya no hay esperanza. Jesús ha muerto, Jesús ha dejado la tierra, y en ella a su Madre, confiada al cuidado de Juan, del discípulo amado. Ya nada le resta a María mas que llanto, si queda en sus ojos para derramarlo, como su Hijo sobre los verdugos del *inocente Cordero*. Pero no: aún le resta un último golpe duro y cruel para una Madre, aún le resta ver al Centurión llegar, y con su lanza atravesar el pecho del cuerpo muerto, que se

bamboleó en la cruz con aquel espantoso lanzazo que debió atravesar el pecho de María. ¡Bárbaros; ni aun el cuerpo difunto merecía respeto, era necesaria aquella última profanación, aquel postrimer insulto!

Gemido de dolor, de espanto y de terror, llenaría el corazón de la Señora, que sostenida por María Cleofás y Juan, derribada en el suelo contemplaba el cuerpo de aquel su hermoso Hijo, y recordaría a Belén, con la adoración, a Egipto y Nazareth, con aquellos días en que el Niño alegre jugueteaba entre flores y pájaros lleno de alegría, y aquel su amado Hijo, era aquel que pendiente y desplomado cuerpo contemplaba en aquella cruz, sola, abandonada del mundo, sin más compañía que su amado Juan y las tres débiles mujeres, pues los hombres todos, todos, hasta sus discípulos, le habían abandonado. ¡Pobre y dolorida María! si la humanidad recapacitara sobre tus sufrimientos, tus dolores, tus penas y tus angustias, ¿cómo no debiera amarte, bendecirte y ensalzarte como amorosa Madre, que tanto sufriste por tus ingratos hijos? ¿Cómo la humanidad podrá pagarte, si no es con un amor inmenso, tus sufrimientos por nosotros, por lavar con tu dolor nuestras culpas?

Considere nuestro corazón a María al pie de la cruz contemplando el cadáver de su Hijo, abandonada de todos, menos de aquellos tres amantes de Jesús y de su Madre. Solos, allá en lo alto del monte, sumidos en la obscuridad que envuelve la tierra, entre el fragor de la convulsión de la naturaleza aterrada ante la muerte de su Creador, abrazados al santo leño, contrarrestando la furia del huracán que parece querer arrancar de su asiento a la ciudad criminal, y humanamente pongamos en el lugar de María, de Juan y de las pobres mujeres en medio de tan terrible cataclismo, y si nuestra alma no es presa del terror, del sublime terror que domina el alma en medio de esa grandeza de lucha de los elementos que proclaman tan alto el poder de Dios creador; entonces confesemos que nuestro corazón está seco, muerto a la grandeza y majestad de las impresiones que tan alto hablan del poder de Dios...

Cálmense aquellas convulsiones, acláranse las nubes y el sol poniente ilumina al reaparecer con cárdena luz el terrible cuadro: más espantoso en su sublime grandeza que en medio de la obscuridad que le envolvía, y entonces vemos subir, seguido de amigos y de criados, a un noble caballero que, conseguido el permiso del Pretor, va a recoger el cadáver de Jesús, para darle sepultura en un sepulcro de su propiedad. Va a llevar consuelo y tristeza de la separación por un lado, va a llevar consuelo a María demostrando que aún quedan corazones que se acuerdan del inocente Ajusticiado y cumplen con un deber sagrado de la ley de Dios, la caridad, hija del amor y de la grandeza del alma. Y María, ¡con qué agradecimiento debió ver llegar a aquel varón justo que tanto amó a Jesús y que ahora venía a descolgarle del afrentoso patíbulo!

Quedábale el dolor a María de recibir en sus brazos aquel torturado cuerpo, el cuerpo de su amado Hijo, ¡de aquel Hijo tan hermoso y tan desfigurado ahora por las manos de los hombres!

Veamos ahora cómo se expresa San Basilio: «La Virgen María excedió en sufrimiento a todos los mártires, cuanto excede el sol a los demás astros». San Anselmo añade: «Todas las crueldades que se hicieron con los cuerpos de los mártires, son cosa liviana, y casi nada en comparación de lo que pasasteis Vos en la pasión de Jesús, ¡oh Virgen María!» Y añade a esto Lafuente: «Y la razón es obvia: en proporción, que una persona es inocente, pura y discreta, sus sentimientos son también más finos, a la manera que el cuchillo agudo penetra más que el embotado. Los sentimientos y aficiones carnales y mundanas embotan el espíritu; la pureza, la discreción y la inocencia los afinan. ¿Cuáles debían ser, por tanto, los de aquella Virgen Purísima y sin mancilla, ni venial ni original, inocente hasta ser impecable, discreta y sabia sobre todos los doctores? Y perdía un Hijo que era Dios a la vez, y moría asesinado jurídicamente, blasfemado, escarnecido y el martirio de Él era el de la Madre, y al gritar el moribundo con voz vibrante ¡Se acabó! (*Consumatum est*), pudo también decir Ella con lánguido suspiro: -¡Sí, ya se acabó! ¡También para mí se acabó la dicha!

«Faltaba a María otro dolor, de esos dolores que llevan consigo algún consuelo, pero en los cuales se duda si mitigan el dolor o lo exacerban. La madre que ve morir a su hijo querido de una de esas enfermedades en que falta la respiración, oprimida la garganta, como si la mano de la muerte inexorable fuera agarrotando lentamente al niño que se ahoga, que se agita y lanza apenas un silbido angustioso de agonía, llega a desear la muerte de su hijo una vez perdida la esperanza. María había podido abrigar alguna de que su Hijo no muriese. Los de Nazareth habían querido asesinarle, y le habían llevado a la cúspide del monte, pero Él había pasado por medio de ellos, y el asesinato no se consumó. Otra vez en Jerusalem quisieron apedrearle por blasfemo. Quizá fuese ahora lo mismo, y aunque preso, azotado y escarnecido, pudiera ser que no estuviese decretado que llegase a sufrir la última ignominia humana, la muerte, y la muerte en afrentoso patíbulo. Mas esa esperanza se había desvanecido, y al ver los horribles sufrimientos de que era víctima, si no llegó a desear la muerte de su Hijo, porque no podía desearla, por lo menos padeció menos al ver que había espirado. Ya Jesús no sufría; Ella sufriría por los dos. ¡Triste consuelo!»

Capítulo XXV

MARÍA AL PIE DE LA CRUZ. DOLOR DE MARÍA. -EL DESCENDIMIENTO DEL CUERPO DE JESÚS. -SU ENTIERRO.

Sola, acompañada tan sólo de Juan, el discípulo amado, convertido en hijo de María por las palabras del Maestro a su Madre y al discípulo, de Magdalena y María, quedaron al pie de la cruz en medio del abandono de todos, de los verdugos, que despavoridos huyeron en el momento de la convulsión de la materia, aterrada ante la muerte de su Creador, temblor, espanto y convulsión que hizo cambiarla de aspecto en lejanas regiones; a tal punto llegó el pasmo de la naturaleza, aun más apartada del lugar del espantoso crimen.

María quedó al pie de la cruz siendo modelo del amor entrañable a su Hijo, que señaló con su valor maravilloso, como sostenido por la fe y la voluntad de Dios que allí la puso como modelo del afecto, del sufrimiento y de resignación en el cumplimiento de la voluntad de quien la hizo Madre de tan inestimable tesoro.

«La presencia de María al pie de la cruz, dice Augusto Nicolás, brilla especialmente en fidelidad y heroísmo, considerándola en oposición con su ausencia en todas las escenas de gloria y de amor en que su divino Hijo se había revelado y dado a sus discípulos. Estos habían adquirido en ellas un entusiasmo de adhesión que se desvaneció muy pronto ante el peligro y la desgracia».

«El Evangelio nos dice que estaban con Ella su hermana María de Cleofás, María Magdalena y San Juan. Pero del contexto mismo de esta narración resulta que sólo estaban allí como el séquito de María que las sostenía con su propia firmeza. Y aún puede con verdad decirse que no estaban allí con el espíritu con que estaba María, con espíritu de fe; como lo mostró claramente su duda y su pasmo en las escenas de la Resurrección. La ausencia de María en estas últimas escenas ilumina también con una luz sobrenatural su presencia al pie de la cruz y la hacen aparecer única».

El ilustre autor de Athalia nos pinta este hecho con una hermosa descripción: «La Santísima Virgen estaba en pie, y no desmayada como la pintan los pintores. Acordábase de las palabras del Ángel y sabía la divinidad de su Hijo. Y ni en el capítulo siguiente, ni en ningún Evangelista, se la nombra entre las santas mujeres que fueron al sepulcro; porque tenía seguridad de que no estaba allí Jesucristo».

En verdad en verdad que en la resignación y el dolor tranquilo de María sin demostraciones vanas de dolor, de angustia, ni sentimiento, se ven claramente patentizadas en aquella triste conformidad con la voluntad de Dios, voluntad que al cumplirse acata María, pero dejando arrancar silenciosa y dolorosamente las fibras de la sensibilidad maternal de su tierno y amante corazón.

Nicole, en sus *Ensayos de Moral*, dice: «El mayor espectáculo que hubo jamás, que llenó de admiración a todos los Ángeles del cielo y asombrará a todos los Santos en toda la eternidad; este misterio inefable por el cual fueron vencidos los demonios y reconciliados los hombres con Dios; en fin, este prodigio pasmoso de un Dios padeciendo por sus esclavos y sus enemigos, sólo tuvo por testigo entonces a la Santísima Virgen, Los judíos y los paganos sólo vieron allí un hombre a quien odiaban, o a quien despreciaban, clavado en la cruz; las mujeres de Galilea sólo vieron a un justo a quien se hacía morir cruelmente. Sólo María, representando a toda la Iglesia, vio allí un Dios padeciendo por los hombres».

¡Ah! María sola al pie de la cruz, sin más testigos de aquel inmenso dolor que aquellos seres bien amados de Jesús, compadecía estos divinos padecimientos y participó de su infinitud.

Así el profeta, después de buscar en toda la naturaleza algo grande, inmenso, con que comparar el dolor, la pena, el sufrimiento de María, no encuentra más que el mar, grande, inmenso, cuya extensión y amargura es el único término de comparación que se asemeja a la extensión del dolor del corazón de María en estos duros y crueles trances.

Y este término no es porque el mar pueda servir de medida, sino que como dice Hugo de San Víctor, «porque así como la mar excede incomparablemente a las demás aguas en profundidad y extensión, así los dolores de María sobrepujan a todos los dolores». Así lo publica Ella misma al pie de la cruz por medio de estas patéticas y penetrantes palabras que el mismo profeta pone en sus labios: *¡Oh todos vosotros los que pasáis por el camino: considerad y ved si hay dolor semejante al mío!*, y así lo ha ratificado la humanidad entera llamando a María con los grandes nombres de *Madre de los Dolores*, *Madre de la Piedad*, *Consuelo de los Afligidos* y yendo a llevar al pie de los altares para sobrellevarlos y temprarlos con su ejemplo, los dolores más agudos del pobre corazón humano, que sin Ella no tendrían modelo los que sufrimos en los seres más queridos de nuestra alma, los dolores del luto, de la simpatía y de la compasión.

María era Madre, y es tal la fuerza de este sentimiento, que las lleva al mayor de los sacrificios. ¡Era Madre! pero ¡qué Madre y qué Hijo! La Madre más perfecta, la más pura, más fiel, tierna y cariñosa, del Hijo más perfecto, más bello, más amable, más Hijo. ¿Quién puede comprender la riqueza de tal corazón en el que se multiplican las cosas más contrarias para formar el supremo amor?

Era Madre del Redentor, de la Victoria, de nuestra salvación, y por tanto, Madre corredentora y compasiva, en vista del sacrificio de su Hijo. No pudiendo el Hijo de Dios padecer y morir en su naturaleza divina, había debido adaptarse un cuerpo, una naturaleza pasible, una aptitud de víctima. Y esta aptitud la tomó en María, y de María: de María, a la que pudo decir como a su Padre, *Corpus aptasti mihi*. Pero María, también predestinada para este divino ministerio de la misericordia, había recibido previamente de Él, como Dios, esta naturaleza compasiva que debía Él sacar después de sus entrañas como hombre; de tal suerte, que bajo este respecto, existía entre María y Jesús una prodigiosa simpatía de complexión, de temperamento, de costumbres, que hacía del corazón las entrañas y la carne de María; de María, predestinada por Dios al mismo fin que inclinó a Dios a ser su Hijo, a un fin de inmolación y de sacrificio, la que la hizo Madre de Dios, la hizo al mismo tiempo Madre de compasión y de dolor; de tal suerte, que todo cuanto había en Ella de amor, de gloria y de grandeza con relación a Jesús solo, se le concedió con tal largueza para hacerla más apta para sufrir con Jesús con los mismos padecimientos; para ponerla al pie de la Cruz, como el centro de todas las miserias y de todas las calamidades que le es dado soportar a una criatura.

María sufre allí todos los dolores de la naturaleza como la Madre más tierna, viendo espirar entre los más crueles dolores e ignominiosos padecimientos al Hijo más digno de ser amado. Siendo su dolor proporcionado a su amor, no hay ningún dolor comparable al suyo, por la razón de que no hay ningún amor que pueda compararse con el de aquella angustiada Madre. Pero además de los dolores de la naturaleza, María experimentó dolores aún más profundos, los dolores de la gracia; con los cuales, elevando y enriqueciendo su pura naturaleza, le da más delicadeza y energía para el sufrimiento. Este es el dolor del corazón cristiano.

Bossuet lo dice elocuentemente:

«Acontece con este Hijo y esta Madre como con dos espejos opuestos, que enviándose mutuamente por una especie de emulación todo cuanto reciben, multiplican los objetos hasta lo infinito. Así se acrecienta sin medida su dolor, mientras que las olas que levanta se sobrepone unas a otras por una especie de flujo y reflujo».

Pero, no obstante, en lo más terrible de esta tempestad, en la sangre y las lágrimas del suplicio, las blasfemias e imprecaciones de los verdugos, los insultos del populacho, la pavora de los discípulos, las quejas y lamentos de las sensibles mujeres, las últimas palabras y la gran voz de la víctima, la conmoción y espanto de la naturaleza aterrada, María, superior a su sexo, superior al hombre superior a la humanidad entera, sola con la Divinidad, inmóvil permanece en pie: *Stabat*. «No representéis a María desmayada, dice San Ambrosio, ni aun sollozando; yo leo en el Evangelio que estaba en pie, no leo que llorase. Esta Madre afligida miraba con compasión las llagas de este Hijo que sabía que debía ser la Redención del mundo.

Permanecía en pie, con un valor que no degeneraba del que tenía a la vista, sin temor de perder la vida». Tal era el dolor, el peso de aquel inmenso sufrimiento, que puede decirse con San Bernardino de Sena, que si hubiera estado repartido entre todas las criaturas, no hubiera habido ninguna que no hubiese sucumbido a él, siendo un dolor divino e infinito, el dolor mismo del Hijo de Dios. Y si María resistía, es porque el mismo Espíritu, la misma Virtud, que había hecho a María Madre de Dios, le daba fuerzas para soportarlo. Esta divina Maternidad, fuente de dolor, era al mismo tiempo de su valor.

Por eso el dolor de la mujer tiene su representación más alta más noble y espiritual en María, en la Virgen al pie de la Cruz, en la Virgen sosteniendo entre sus brazos a su Hijo adorado, el cuerpo de la víctima sagrada de la redención del hombre y a la que llamamos e invocamos con los nombres de María de la Soledad, la Madre de los Dolores. Por Ella y con Ella sienten todas las madres horror a la para ellas más terrible de las desgracias, la muerte de sus hijos. No hay familia católica que no encierre en el santuario del hogar, en el templo de su familia, la Imagen de María en alguna de aquellas invocaciones, presidiendo y amparando a aquellos seres, que se ponen bajo su protección en los dolores y trances de la vida. El ardiente en caridad y amor, el corazón de María, atravesado de las siete litúrgicas y simbólicas espadas, presenta a los corazones sensibles un simbolismo de los crueles dolores de la Madre de Jesús. Y ese corazón de María le hemos visto reproducido desde el mármol al lienzo, de éste al papel y a la tela, desde el más rico estofado de preciosas telas al humilde azulejo que enclavado en poste de ladrillos, se presenta en medio de la soledad de los caminos al viajante, a quien sorprende en la revuelta de la senda al atravesar el umbroso bosque y cobijada bajo el espeso ramaje de la encina o la desmayada cabellera del fúnebre sauce, para recordarle una oración a la que fue Madre de los Dolores por nuestra salvación. ¡Y cuál impresiona en medio de la soledad del campo, del rumor del bosque aquel dolorido rostro trazado por inexperta mano, y aquel pecho atravesado por las agudas espadas que le destrozan! ¡Ah! la pasión de Cristo, en medio de su grandeza, en medio de lo sublime de su tortura, se agranda y se hace inmensurable en sí por el océano de lágrimas y de dolor que vertió María en semejantes momentos. No, no podemos apartar de nuestra mente la pasión y el martirio del Hijo, sin caer en el insondable y amargo mar del sufrimiento de la Madre.

Por eso, por esa causa el dolor de María pesa tanto en nuestro corazón, que no nos podemos apartar de él, no podemos separarlo de nuestro corazón y sobre él le llevamos como recuerdo material, bordado o estampado en el escapulario que desde niños nos pusieron nuestras madres como broquel de fuerza inrompible contra las tentaciones del demonio, como egida impenetrable a los dardos de la indiferencia, como ardiente hornillo que encendiera en nuestro pecho el fuego del amor a María, del amor a sus dolores, que habían de ser nuestro amparo en los que la humanidad nos tenía reservados en el camino espinoso y duro de la existencia. Dolores acerbos para María, dolores que en las desgracias son bálsamo para los nuestros, y doloroso poema que el arte católico ha querido reproducir en multitud de hermosos lienzos, pues no encontraréis escuela inspirada en la fe católica que no haya reproducido aquel poema de tristura, de llanto y penas de la Madre del Salvador. La dolorosa Virgen vive y ha vivido siempre unida al nombre de la pasión de su Hijo, y su imagen reproducida y pintada, sentida y transmitida por los artistas, nace en las Catacumbas y llega a nuestros días, imperando y reinando con amor y afecto desde el solitario cipo de los caminos a las espléndidas catedrales. Pero para pintar a María en su amargo dolor, necesitase una inspiración sentidamente católica, necesitase la espiritualización del dolor, y esto sólo ha sido dable a genios como Murillo, que es sólo quien ha traducido en la verdad e idealismo de sus colores la triste y dolorosa realidad del hecho, Tiziano con la mágica de sus colores y dibujo, ni la escuela véneta, ni la alemana con Rembrandt han sabido dar la verdad de aquel inmenso y divino dolor, no, unas y otras escuelas han pintado más a la mujer dolorida, que a María, la Madre Inmaculada; en unas y otras hase visto más el dolor humano, pero no aquel dolor más inmenso y amargo que el mar, únicamente Murillo es quien ha acertado a traducir por la magia del pincel y del color el ambiente y tristeza de María en el acto de su soledad y de su pena. Solamente Murillo y Fra-Angélico, han sido quienes se han aproximado a la representación del dolor de María, los dos en quienes la inspiración artística ha sonado al unísono del concepto, del sentimiento cristiano, sin los resabios ni influencias del Renacimiento, traduciendo el hecho por la inspiración clásica. Para el sentimiento artístico católico, se necesita una inspiración verdaderamente religiosa del acto traducible, y de aquí que ni en la pintura de la Mater Dolorosa, ni en la apoteosis sangrienta del Calvario, hayan marchado al unísono, como decimos, el sentimiento, con la inspiración, y que la ejecución primorosa haya querido borrar en muchas ocasiones la falta de aquéllas por la magia del color o lo dramático del cuadro, por sus importantes detalles de majestad y de tener como elementos integrantes del concepto del sublime.

Y dejando estos juicios del carácter e inspiración pictórica, vengamos a encontrar a María, a quien dejamos al pie de la Cruz cuando muerto su Hijo, los elementos calman su furor, mejor dicho, su espanto, y caen en ese dolor, en ese terror mudo, silencioso, más temible aún que el choque tremendo de aquéllos en titánica lucha.

Sola al pie de la Cruz y acompañada tan únicamente de Juan y las mujeres queda María. Del Calvario han huido los verdugos asustados de su obra, y en la obscuridad y silencio que los rodea, ven ascender a la meseta a unos caballeros acompañados de esclavos, cargados con frascos y pebeteros y blancos lienzos. ¿Quiénes son aquellos que acuden cuando todos han huido?

Son Nicodemus, caballero, discípulo de Jesús, y José de Arimatea, que conseguido permiso de Pilatos para descolgar el cuerpo de Jesús y darle sepultura, subían al Calvario llevando aromas y sudario con que ungirle y dar sepultura.

Triste acto, en el que los golpes del martillo quitando el remache de los clavos, resonarían en el pecho de María con dolorosos sonidos; golpes que caerían sobre su corazón dolorido en medio del silencio que rodeaba el Calvario, en medio de la soledad que circuía a aquellos piadosos varones y santas mujeres.

Descolgado el cuerpo de Jesús, María recibió en sus brazos aquel llagado y herido cuerpo de su amado y adorado Hijo.

«Pues cuando la Virgen le tuvo en sus brazos, ¿qué lengua podrá explicar lo que sintió? ¡Oh ángeles de paz! llorad con esta sagrada Virgen, llorad cielos, llorad estrellas del cielo y todas las criaturas del mundo, acompañad el llanto de María! Abrázase la Madre con el cuerpo despedazado, apriétalo fuertemente contra su pecho, mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza, júntase rostro con rostro, tiñese la cara de la Madre con la sangre del Hijo y riégase la del Hijo con las lágrimas de la Madre. ¡Oh dulce Madre! ¿Es ese por ventura vuestro dulcísimo Hijo? ¿Es ese el que concebisteis con tanta gloria y paristeis con tanta alegría? ¿Pues qué se hicieron vuestros gozos pasados?

»Hijo, antes de ahora descanso mío y ahora cuchillo de mi dolor, ¿qué hicistes para que los judíos te crucificaran? ¿Qué causa hubo para darte muerte? ¿Estas son las gracias de tus buenas obras? ¿Es este el premio que se da a la virtud? ¿Esta es la paga de tanta doctrina?

»Oh dulcísimo Hijo, ¿qué haré sin Ti?

»¡Tú eras mi Hijo, mi Padre, mi Esposo, mi Maestro y toda mi compañía! María quedó como huérfana sin Padre, viuda sin Esposo, y sola sin tal Maestro y tan dulce compañía. Ya no te veré más entrar por mis puertas cansado de los discursos y predicaciones del Evangelio. Ya no limpiaré más el sudor de tu rostro asoleado y fatigado de los caminos y trabajos. Ya no te veré más asentado a esa y dando de comer a mi ánima con tu divina presencia.

»Fenecida es ya mi gloria, mas se acaba mi alegría y comienza mi soledad».

Así expresa con sentido tan hermoso la soledad y tristeza de María en el doloroso trance, el clásico de nuestros clásicos, el elocuente Fray Luis de Granada, en el libro de la *oración y meditación* en el capítulo para el sábado por la mañana. De esta tierna manera, de este sentido concepto del dolor de María, expresado con tal belleza, encanto y pureza del estilo, descríbese el inmenso dolor de aquella pobre Madre dolorida, al recibir el ultrajado cuerpo de su Hijo tan amado, de aquel Jesús padre del amor, padre de la caridad y bondadoso para el que en fe ardía su corazón, tanto como justiciero con los hipócritas y fariseos.

María recibe en sus brazos el desfigurado cuerpo de quien la belleza humana, de Aquel llagado, herido y destrozado por la perfidia de los hombres imbuídos y cegados por Satán en su inconcebible furia y encono contra Jesús, al que no había podido vencer a pesar de sus armas, ni con la maldad de los hombres, sus instrumentos.

Véase cómo relata el triste hecho del descenso de la Cruz la venerable escritora a quien tantas veces hemos citado, Sor María de Ágreda.

«Corría ya la tarde de aquel día de Parasceve, y la Madre no tenía aún certeza de lo que deseaba, que era la sepultura para su difunto Hijo; porque Su Majestad daba lugar a que la tribulación de su Madre se aliviase por medios que su providencia tenía dispuestos, moviendo el corazón de Arimatea y Nicodemus, para que solicitasen la sepultura y entierro de su Maestro. Eran ambos discípulos del Señor y justos, aunque no del número de los setenta y dos; porque eran ocultos por el temor de los judíos, que aborrecían como sospechosos y enemigos a todos cuantos seguían la doctrina de Cristo, y le reconocían por Maestro...

«Llegaron a la presencia de María, que con dolor incomparable asistía al pie de la Cruz, acompañada de San Juan y las Marías. Y en vez de saludarla, con la vista del divino y lamentable espectáculo, se renovó en todos el dolor con tanta fuerza y amargura, que por algún espacio de tiempo estuvieron José y Nicodemus postrados a los pies de la Reina, y todos al de la Cruz, sin contener las lágrimas y suspiros, sin hablar palabra. Lloraban todos con clamores y lamentos de amargura, hasta que la Reina los levantó de la tierra, los animó y confortó, y entonces la saludaron con humilde compasión. La Madre les agradeció su piedad, y el obsequio que hacían a su Maestro, en darle sepultura a su cuerpo difunto, en cuyo nombre les ofreció el premio de aquella obra. Luego se quitaron los mantos o capas que tenían, y por sus manos José y Nicodemus arrimaron las escalas a la Cruz y subieron a desenclavar el

Sagrado Cuerpo, estando la gloriosa Madre muy cerca, y San Juan con la Magdalena asistiéndola...

»Pasado algún espacio que la dolorosa Madre tuvo en su seno al difunto Jesús, la suplicaron San Juan y José diese lugar para el entierro de su Hijo. Permitiólo; y sobre la misma sábana fue ungido el sagrado cuerpo con las especias y unguentos aromáticos que trajo Nicodemus, gastando en este obsequio todas las cien libras que se habían comprado. Y así ungido, fue colocado el cuerpo en el féretro (La venerable Ágreda da como existente entre los hebreos la costumbre de ataúd o féretro) para llevarle al sepulcro. Levantaron el Cuerpo Sagrado, San Juan, José, Nicodemus y el Centurión que asistió a la muerte. Seguían la Madre acompañada de Magdalena, de las Marías y otras piadosas mujeres... Todos así ordenados caminaron con silencio y lágrimas a un huerto que estaba cerca, donde José tenía labrado un sepulcro nuevo, en el cual nadie se había depositado ni enterrado».

Solitario quedó el Calvario: solo la Cruz de Jesucristo erguida y como abrazando a la tierra, quedó alumbrada por las últimas luces de un triste y melancólico crepúsculo. En occidente, luchaban los últimos rayos del sol hundido tras los montes, y luz amarillenta, pálida envolvía a las amoratadas nubes que empañaban el cielo. La Cruz destacándose clara sobre el anaranjado del horizonte, semejaba flotar en un nimbo de apagado fuego, y negra, centelleante, parecía una amenazadora y ardiente espada que amenazaba a la Jerusalem deicida, a la ciudad, sumida en un aterrador silencio, como atemorizada del acto que en su seno y a su vista se había realizado, parecía temerosa del castigo que la esperaba, y que aquella profecía de la víctima de su furor fuese ya a realizarse, como si viera ya sobre sí la espada de fuego que había de aniquilarla, y el incendio estallando en las ricas maderas del Templo, abrasara ya a sus homicidas habitantes.

¡Ah Jerusalem! No, no temas aún, tus horas están contadas; no ha llegado todavía el momento en que tus hijos, seres malditos, huyan despavoridos por la tierra, sin lograr reunirse, formar nacionalidad, ni abrigarse en su pecho una acción noble, ni un pensamiento, una idea de regeneración. No temas todavía, aún han de pasar algunos años para que los hijos paguen las culpas de los padres y se cumpla lo que en el paroxismo de odio y de furor contra Jesús, pedisteis en aquella mañana, la sangre y la condenación caerá sobre vosotros y vuestros hijos y vuestro deseo será cumplido, seréis seres malditos perseguidos por la tierra, en la que viviréis errantes, sin hogar propio, sin sol ni sombra que sea vuestra, sin patria, sin hogar, sin bandera ni porvenir. Viviréis perseguidos como alimañas feroces, las naciones os perseguirán y expulsarán de sus tierras, el pueblo os asesinará y escupirá como raza vil y maldita, no podréis ni os permitirán ejercer ningún oficio noble, honrado, ni aun el de verdugos, y no tendréis más ocupación que la que os proporcionará el monarca de las tinieblas, Satanás; sólo podréis manejar el instrumento de la perdición de los seres humanos, el dinero, y así sólo podréis vivir menospreciados, siendo usureros prestamistas, siendo judíos, como el lenguaje universal se ha hecho sinónimas las palabras de prestamista y usurero, con las de judío. Ese es el porvenir que espera, Jerusalem, a tus hijos, fruto recogido por tu maldad, por tu perfidia, y como última afrenta, como último escarnio al nombre del pueblo deicida, vendréis a sufrir la esclavitud bárbara del mahometano que te despreciará como todos los pueblos y todas las razas, sirviéndole humillado y siervo del imperio de la media luna que te escupirá también y temerá tu contacto, haciéndote huir y encerrar en tus miserables covachas con tus dineros, para que no manches sus fiestas con tu presencia.

Sí; aquella Cruz solitaria envuelta en la dudosa luz del crepúsculo ha de ser tu condenación, y su sombra inmensa cayendo sobre la ciudad maldita, hará que venga a imperar en ella el paganismo que tanto te horrorizaba y del que serás esclavo mañana, como lo serás más tarde de pueblos civilizados. El cielo ni aun te reservará el consuelo de ser esclavo de pueblos ilustrados, dignos y cultos; ante la enormidad del crimen, corresponde la magnitud de la pena, el castigo a la ingratitud.

Enterrado Jesús, volvió al Calvario la fúnebre comitiva, y María, sola, sola en el mundo, sin más compañía que su hijo Juan, así designado por Jesús, besaron y recogieron los improperios de la pasión, y en medio de la obscuridad de la noche regresaron al seno de la ciudad deicida, a la casa del Cenáculo, aquella casa convertida en el más grande de los templos, pues que en ella se verificó la institución de la Eucaristía, y allí albergados con las santas mujeres, que no la abandonaban, pasó en medio de la mayor tristeza la primera noche de la soledad de la Madre de Dios, de la tierna invocación que tanto ha llenado de niños nuestra alma de sentida compasión, y de hombres de pena y aflicción nuestro pecho, cuando como padres hemos sufrido pérdidas como la de arrancarse de la vida pedazos de nuestra alma, hijos a quienes amábamos y eran nuestra esperanza en el amor y la de nuestras aspiraciones.

«Retirada ya la Virgen, dice Casabó, en el aposento donde se celebraron las dos cenas, acompañada de San Juan, de las Marías y otras mujeres santas que seguían al Señor desde Galilea, háblales a todos, dándoles las gracias con profunda humildad y lágrimas por la perseverancia con que hasta entonces la habían acompañado en la pasión de su amantísimo Hijo, en cuyo nombre les ofrecía el premio de su constante piedad y afecto con que la habían seguido, y así mismo se ofrecía por sierva y amiga de aquellas santas mujeres. Reconocieron este gran favor y le besaron la mano, pidiéndola su bendición. Suplicáronla descansase un poco, y recibiese alguna corporal refacción, a lo que respondió:

»-Mi descanso y mi aliento ha de ser ver a mi Hijo y Señor resucitado. Vosotros, carísimos, satisfaced a vuestra necesidad como conviene, mientras yo me retiro a solas con mi Hijo.

»En quedando a solas en su retiro, se entregó a sus afectos dolorosos, y toda se dejó poseer interior y exteriormente de la amargura de su alma, renovando todas las especies de todos los misterios y afrentosa muerte de su Hijo, en cuya ponderación pasó toda aquella noche llorando, suspirando, alabando y engrandeciendo las obras de su Hijo, su pasión, sus juicios ocultísimos y otros altísimos misterios».

Miles de páginas podrían llenarse tan sólo copiando las inspiradas palabras de los escritores católicos al considerar y estudiar la hermosa figura de María en tan doloroso como sublime acto de su penosa soledad, de sus sufrimientos y lágrimas en tan crueles horas, como las sufridas por la Reina y Señora en la terrible pasión de su Hijo, pero aun cuando todas ellas inspiradas en el más grande y santo amor a María, en la contemplación de su dolor ante los misterios de su Hijo, la pluma y el sentimiento humano son impotentes para pintarlos y describirlos: sólo allá en el fondo de nuestro pecho, cuando las desgracias y el dolor nos rodean, entonces es cuando el alma, el corazón, el pensamiento pueden comprender algo de aquel dolor divino, inmenso, que atenaceó el tierno corazón de la más pura, inocente y amante de las mujeres. Sólo así, sólo en estos momentos es cuando podremos comprender el dolor y el sufrir de María en los momentos de la pasión y muerte de su Hijo Jesús, nuestro Salvador y Redentor con su sangre y misterio de nuestra esclavitud del pecado, dolor que es imposible sentirlo en la pequeñez de nuestro corazón, creyendo en lo humano no haberlo semejante al que en momentos de pena y aflicción hieren dolorosamente las fibras del sentimiento, y dolor que siempre, aun en las almas más justas, lleva en sí el carácter de expiación. Pero el dolor de María llenando un alma y corazón tan puro, tiene en sí la grandiosidad de lo inmenso, de lo grande, como obra de Dios.

Si la expresión sensible de este dolor, de esta pena y sufrimiento, de cuantos escritores la han pretendido expresar y traducir en hermosos conceptos, fuera dable reunirlos, vacías de expresión quedarían, frías y sin vida aquellas manifestaciones, ante la magnitud inmensa del dolor de María en aquellos terribles momentos.

Capítulo XXVI

Soledad de María LA NOCHE DEL PARASCEVE EN JERUSALEM.

Ya cerrada la noche, la fúnebre y silenciosa comitiva que bajaba del Calvario entra silenciosa, sola, por la puerta judiciaria. Las calles están desiertas y triste y misteriosa la *vía dolorosa*, por la que horas antes ha atravesado Jesús con la pesada carga de la que ha de ser el instrumento de su martirio y patíbulo de su muerte. Sola y sin que grupo alguno de curiosos y desocupados ocupe aquella, ya sagrada vía, María y Juan con las piadosas mujeres, Nicodemus y José se dirigen como hemos dicho a la casa del Cenáculo.

¡Qué sombrío aspecto presenta la ciudad! Quién dijera que se hallaba en la fiesta de la Pascua, del Parasceve: no se oyen cánticos, no se escuchan los ecos de las arpas, ni se percibe ese ambiente fresco y grato que envuelve la atmósfera haciendo respirar fiesta, alegría, dicha y bienestar. Nada, nada de eso, silencio, silencio de muerte reina en las calles y en el interior de las casas. Parece que al paroxismo de furor, de odio, de venganza, a los alaridos de rabia, de ira, a aquel estridente rechinar del odio concentrado al calor del improperio, a la sed de sangre, a la furia de la matanza ha sucedido la calma del terror, del susto, del miedo; el horror al espantoso cataclismo de la muerte de aquel Jesús perseguido, de aquel embaucador, cuya muerte ha conmovido la tierra y los astros, los tiene llenos de miedo, de pavor, de espanto, y no se atreven a salir a la calle temiendo encontrarse con los muertos que han salido de los sepulcros y han venido a Jerusalem.

El temor, el horror supersticioso que llena su alma, que reconocen criminal, les tiene escondidos en las casas, sin atreverse ni aun a hablar por temor de dar a conocer su interno terror. ¡El velo de Templo se ha rasgado! Por sí, sin que agente alguno extraño le haya tocado, el velo se ha rajado de arriba abajo. Los sacerdotes, llenos de pavor, como sucede siempre al criminal, han huido a esconderse de la vista del Tabernáculo; temen, y temen con razón, ellos han sido los inspiradores del populacho, quienes han encendido la hoguera y atizado el fuego del odio contra Jesús, y por tanto, temen. La muerte de aquel embaucador, como ellos le llamaban, les ha llenado de miedo: no sin motivo se conmueven las esferas por la muerte de un hombre, y no obstante el sol, la luna y los astros se han obscurecido de una manera nueva, inusitada; aquel fenómeno no era regular ni previsto por la ciencia. El calvario ha temblado y las rocas se han abierto contra toda ley de física: los sepulcros se han abierto y los muertos salido y hablado con algunos de Jerusalem: una noche insólita ha reinado al espirar el que hacía salir a Lázaro del sepulcro y levantar con vida a la hija de Jairo... ¿Quién es ese embaucador que así conmueve al mundo y con su muerte, el velo del Templo se parte por sí con estridente ruido?

El temor es grande entre los Escribas y los Sacerdotes: ¿qué hacer, cómo devolver la alegría de la Pascua al pueblo, asustado, temeroso y presa del remordimiento? ¡Triste es aquella Pascua! ¡La venganza engendra el recelo, y la alegría de la satisfacción de aquella no aparece! Ni cómo; nunca la venganza engendra nada noble, y la alegría es la manifestación de un corazón tranquilo, de una conciencia satisfecha; así es que metidos en sus casas, escondidos en el rincón del hogar, temen ver aparecer al Ángel exterminador que concluya con los asesinos del Hombre justo sacrificado en aras del odio y de la venganza criminal de los expulsos del Templo.

Retirados, temen, no se hablan y la Pascua se convierte en noche de terror, y se recuerdan aquellas palabras del Mártir de su ira a las piadosas mujeres: ¡llorad por vosotras y por vuestros hijos! ¿Qué va a suceder? El terror embarga los ánimos y quedan desiertas, solitarias, abandonadas las calles de la ciudad, y María, Juan y sus piadosos compañeros recorren solos,

sin testigos, la vía de Amargura, renovándose el intenso dolor en el pecho de María y sus acompañantes.

La Madre recorre sola y llorosa, la senda, el camino de dolor que ha recorrido su Hijo, y aquella visión material de suelo, casas y accidentes, le hablan del dolor y sufrimiento de su querido Hijo que descansa entre las piedras del Calvario, que le acogen y guardan más cariñosas que el corazón del hombre que no tuvo una palabra de compasión para aquel Jesús que caía y se arrastraba entre las piedras desfallecido y desangrado. El Pretorio, silencioso, y Pilatos encerrado en él, temeroso y cobarde más que en la mañana, cuando por debilidad accedió a las exigencias del pueblo amotinado, consideraría su infame conducta, su cobardía ante el aviso de su esposa, y allá, allá en lo profundo de su conciencia le roería el silencioso y perforador gusano del remordimiento, le acusaría y proclamaría como magistrado infame y cobarde, que posponiendo el principio de la justicia, la santidad de su misión de juez, se entregaba al deseo y ciega voluntad del pueblo ebrio y estúpido. ¡Qué noche también para él, para él, cómplice y coautor de aquel asesinato jurídico, que con voces tremendas por los elementos había proclamado lo injusto y tremendo de aquel acto criminal!

Y así María siguió recorriendo aquel camino de sangre, de martirio, de dolor y con el corazón destrozado llegó al Cenáculo, al lugar santo de la consagración del Cuerpo de Jesús, hostia de paz y salvación del mundo con su bendito Cuerpo.

Sola, sola se encontró en el retiro de aquella santa casa: allí en medio del silencio que la rodeaba, quién la consolaría, se reconcentraría en su ánimo, en su dolor, la soledad en momentos de intenso dolor consuela más que las palabras y la compañía, hay consuelos que desconsuelan, agradece el ánimo los conatos para mitigar el dolor, pero estos no consuelan, no borran la huella que la pena ha grabado en nuestra alma. Para que desaparezcan éstas sólo el tiempo es el que las borra sin hacerlas desaparecer.

En medio de aquel silencio, de aquella soledad, ¡cómo retrotraería la dolorida Madre sus recuerdos a otras épocas! ¡Cómo se presentaría entonces su pobre casita de Nazareth hoy cerrada, frío el hogar, en donde ni aun la ceniza conservaría el calor de aquellos corazones que en su pobre hogar se reunieron! ¡Cómo se presentarían ante sus ojos aquellos hermosos horizontes, llenos de luz, de vida, de calor, de bellos colores, de murmurantes riachuelos y perfumadas flores, cuando aquel hermoso Niño, venido de Egipto, jugueteaba entre flores y mariposas y con sus manos débiles y finas pretendía levantar las pesadas herramientas del carpintero José, su padre! ¡Cómo no había de pensar en aquella fuente a la que en las hermosas puestas del sol bajaba María para recoger el agua y esperaba la llegada del Padre y del Hijo que venían del inmediato taller y subían entre ambos la pesada ánfora, regresando los tres llenos de santa alegría y calma al modesto albergue! ¡Cómo se presentarían ante sus ojos aquellas noches de espléndida luna en que sentados bajo el amparo de sus rayos disfrutaban el fresco de la noche y los perfumes de la rosa y del cinamomo!

¡Y aun en medio del destierro, cómo se presentarían amparándolas con tanta soledad, pena, dolor y llanto, las hermosas y espléndidas noches del Egipto con sus misteriosos encantos y brillantes constelaciones, disfrutando en medio del destierro una calma y sosiego que hoy encontraba más y más hermoso comparándolo con la tristeza del presente, la soledad y quebranto de su corazón ante las ideas de aquel crimen que la privaba de la compañía de su Hijo, del hermoso y cariñoso Jesús, su amparo, su consuelo y su dicha, dicha arrancada por la perversidad de los hombres que le habían privado de su dulce compañía.

Entonces, sí, entonces como cuando la sed abrasa nuestras fauces, cuando como en el desierto ante sus inmensos arenales y luz rojiza deslumbrante y abrasadora, la sed, el sueño del agua llena nuestra imaginación, y nos hace pensar en las frescas riberas, en el murmurio del agua en sus cristales y su fresco incomparable para la abrasada boca, así María recordaría aquellos días felices de su vida escondida en el pobre Nazareth, recordaría la dicha, alegría y placer de la cueva de Bethlén con su hermoso Hijo adorado de los pastores, adorado de los magos, que

a sus pies se postraron llenando de dones a su hermoso Jesús. Comparaba la alegría y la dicha de aquella infancia para compararla con la tristeza del presente, con aquella noche lóbrega y terrorífica para los jerosolimitanos, y aquel silencio, aquel pavor y espanto le hacía más daño en aquellos momentos que la gárrula gritería, los insultos y aullidos de aquella funesta mañana.

Pobre María, humanamente considerada, qué soledad más triste la rodeaba: José, su amparo, su protección, había muerto, se hallaba en el seno de Abraham: Jesús, asesinado por la ferocidad del populacho, excitado por la maldad y la perfidia tan traidora como cobarde de los sacerdotes, de la aristocracia venal y enemiga de una doctrina que con sus palabras les arrancaba la vestidura que encubría su miseria y podredumbre, y que había llevado su odio, su encono, hasta hacer que Jesús apareciese como un criminal que atacaba a la sociedad y al poder constituido como revolucionario demoledor y demagogo, por más que hubiere dicho que su reino no era de este mundo. No, aquellas palabras llenas de amor, de caridad y misericordia, hacíanles más daño que si Jesús se hubiera presentado ante ellos con armas y gentes para arrancarles el imperio y el dominio del pueblo: sí; entonces, ojo por ojo, diente por diente contra Él lucharán y en su orgullo pretendieran vencerle; pero ante sus doctrinas, sus palabras, su mirada, su mansedumbre y su pobreza, sentíanse desarmados y vencidos, impotentes para luchar por su sucia conciencia, bajaban sus ojos ante la serena mirada de los hermosos ojos del revolucionario conmovedor de Judea, y temblaban ante las manchas de su alma que Jesús descubría y señalaba sin citarlos. No, aquello era una amenaza continua contra su poder, sus vicios y su maldad, era preciso destruir a aquel hombre, matar su doctrina antes que hiciera más prosélitos, ¿pero cómo? La lucha noble y leal era imposible, las armas les caían de las manos ante su imponente presencia, ante su hermosa y aparente debilidad, no podía lucharse frente a frente con el Nazareno, contra el Hijo de María, contra el Hijo de la antigua *halma* de aquel Templo que la había educado, para que luego diera vida a aquel Hijo que era el terror de los malos y pervertidos sacerdotes, era preciso valerse de medios reprobados por todo corazón noble y de sentimientos elevados, y sólo la traición, la cobardía, la falsedad y la mentira, eran las armas que el infierno les proporcionaba para poder combatir, para poder procurar vencer aquella fuerza incontrastable de la palabra que minaba el pedestal de su falsa ciencia, de su orgullo, de su ambición y sed de dominar al embrutecido pueblo, al que no querían dejar iniciativas ni propósitos nobles que pudieran levantarle de la abyección en que se hallaba. Era preciso aniquilar cobarde y traidoramente al Hijo de María, y para ello uniéronse y el perverso sentir de aquéllos, crucificó a Jesús y dejó a María en el desamparo y la soledad, en el vacío de que nadie la defendería y temería ponerse del lado de la Madre del Ajusticiado, de aquel peligroso hombre que quería derribar el Templo.

Y el infierno había logrado por unos momentos su propósito: Jesús había muerto, pero la que quebrantó la cabeza de la serpiente vivía, y en medio de su dolor de Madre, en medio de su soledad, María seguía con su pie triturando la cabeza de aquélla, y no vencería el mal inoculado a nuestros padres en el Paraíso, no prevalecería el poder del infierno, lograría sus propósitos de vencer a quien le atormentaba, pues también el Hijo de Dios quiso ser tentado por el diablo, pero sería aquella muerte para vencerle una vez más y hundirle más hondo en los profundos senos su negro poder; no prevalecerá la puerta del infierno, no; María está sola, muerto su Hijo, su Esposo, nadie que la defienda resta; no, no, María está sola con su dolor, con su pena de afligida Madre, pero fuerte y decidida a luchar contra el infierno junto y segura de vencerle si intenta nueva lucha; pero no, no lo intentará, no ha podido ni tan sólo hacer dudar un momento a Jesús ni a María, el cáliz de la amargura ha pasado por los labios de ambos; la pasión del Hijo y el dolor de la Madre han sido su más terrible y eterno vencimiento. Ya el infierno no prevalecerá, ha sido derrocado su poder y cumplidas las palabras del Eterno Padre al maldecir la serpiente causa de nuestros males, espíritu de la desobediencia revelada contra su Creador.

Todo está consumado, había dicho Jesús al espirar en el cruel tálamo del leño de la Cruz, y en verdad, todo estaba consumado, el Hijo de Dios morirá sin tener donde reclinar la cabeza, y todo se consumó, cual estaba anunciado por los profetas, todo pasa, todo desaparecerá menos la palabra del que creó el orbe y los planetas, y el cáliz de la amargura, la hiel y el vinagre ofrecido al Mártir que espiraba entre horribles agonías, bañó los labios de Aquél y cayó sobre el corazón de su amantísima Madre, que desde el pie de la Cruz participaba de sus dolores, de las penas y angustias del Mártir, como sufre la madre las penas, las angustias y dolores de un hijo con tan intensidad como el que las padece y sufre.

Y María, copartícipe de la redención, sufrió aquella terrible pasión y quedó sola en el mundo, sola con su dolor, con el pesar y tormento de un vacío en su derredor y en su incomparable y purísima alma: con el dolor de enterrar el ultrajado Cuerpo de su Hijo salvado de la voracidad de las aves de rapiña por la caridad y amor de Nicodemo y de Arimatea. Jesús pobre, Jesús dando lo que tiene de humana riqueza a los pobres, Jesús con el caudal inapreciable de su caridad, de su doctrina, de su amor y misericordia para con el hambriento, no sólo del pan material sino del pan del alma, no tiene donde reclinar su cabeza transida de espinas, de dolor, y es enterrado por la generosidad, por la caridad que Dios había hecho germinar en el corazón de aquellos discípulos como cosecha criada por la doctrina de su Hijo; y ellos mismos no dejan a María por momento y acompañanla al Cenáculo y retíranse para no interrumpir con su presencia la explosión de pena y de angustia que llenaría el pecho de Aquélla después de un día de tan terrible prueba para su puro y virginal, amante y tierno corazón.

Todo se acabó, menos el dolor; acabó el tormento de mi Hijo, pero no el mío, diría la angustiada Madre: y hablando con el Hijo, con el que era Dios y Hombre y lo es aunque muerto su cuerpo, le decía, no con la boca, sino hablándole desde el fondo de su corazón: «-¡Oh Hijo y Rey mío! tened por bien que sea este el último martirio, si esa es vuestra santa voluntad, y si no hágase en esto como en todo vuestra altísima voluntad. Ya terminaron los martirios, y el mío, considerando el vuestro, se renueva. Mandad a la muerte que vuelva por los despojos que dejó y me lleve con mi Hijo amado a la sepultura. Sí, sepultura dichosa que has sucedido en mi oficio, y la corona que a mí me quitan a ti la dan, pues encerrarás dentro de ti, al que yo tuve encerrado en mis entrañas. Mis huesos se alegrarían si allí se viesan y allí sería de verdad mi vida en la sepultura. El corazón y ánima que yo puedo, yo los sepultaré, mas Vos también, Señor mío, el cuerpo que yo no puedo sin Vos. ¡Oh muerte! ¿por qué eres tan cruel que me apartas de Aquel en cuya vida estaba la mía? Más cruel eres tú a las veces en perdonar que en matar. Piadosa fueras para mí si nos llevaras a entrambos; mas ahora fuiste cruel en matar al Hijo, y más cruel en perdonar a la Madre». Así expresa Fray Luis de Granada el dolor, la tristeza de María en estos tristes momentos de su soledad, de su pena y abandono del mundo cruel que la había perseguido con su saña y su malicia.

.....

Y aquella noche cruel de angustia y primera de su soledad, pasa y llega el día y con él el sol brilla de nuevo sobre el horizonte, y viene a besarla amorosamente en su triste aposento. Las trompetas del Templo suenan con estridente sonido anunciando la solemnidad del Sábado. Las preces, las súplicas de María no se dirigen allá, sus doloridos suspiros no se encaminan al Templo, no, esa religión acabó con el deicidio, ha terminado su misión con el asesinato jurídico del Hijo de Dios. Si antes era mortal, hoy es ya muerta y dentro de poco será mortífera, su hálito envenenará como sus hijos malditos.

El Templo de María está en el Calvario, sobre él y en una de sus vertientes, y allí, allí encamina sus suspiros y su llanto, su pena, su dolor.

Suenan nuevamente las trompetas; corred, sí, corred al templo de Salomón, al templo restaurado por Herodes; corred, corred a postraros ante Dios los asesinos de ayer, los que ayer, ardiendo en odio y azuzados por el infierno, asesinasteis al Hombre-Dios: sacrificad animales, derramad sangre de las víctimas los que ayer hicisteis correr la sangre inocente de

Jesús, del hombre Justo. Sí, derramad sangre de las víctimas y preparad la vuestra, pues los soldados romanos están afilando sus espadas para derramar la vuestra en ese mismo recinto, como lo pedíais ayer; preparaos para ser degollados como hoy hacéis con los animales ante ese altar, y no humearán vuestros cuerpos sobre las aras, sino sepultados entre los escombros del abrasado Templo, que se derrumbará sobre vosotros para sepultaros como raza maldita entre sus ruinas. -Caiga la sangre de Jesús sobre nosotros y nuestros hijos, y la sangre caerá, raza maldita, y andarás, como Caín, errante sobre la tierra como raza criminal, arrojada como perro leproso de todo punto donde existan corazones honrados y almas nobles: anda, pueblo maldito, a morar entre las serpientes del desierto, si no temen aquéllas tu contacto y se separan y huyen de la tierra que tú pises, raza espúrea que llevas sobre ti la condenación de Dios.

«Y un día, frente a ese templo, barrido de la superficie de la tierra al soplo de la indignación divina, que disipará sus cenizas mezcladas con las del polvo de vuestros cuerpos, en ese monte frontero se alzará otro templo, a donde vendrán a postrarse de todos los confines de la tierra los discípulos de ese Galileo que habéis crucificado, de cuyo sepulcro salen misteriosos resplandores que revelan su gloria venidera y la gloria sempiterna del que momentáneamente yace en él. Predicho está que ha de ser glorioso su sepulcro». (Isaías, capítulo XI, vers. 10.) Sí, seréis vencidos, y el auxilio del infierno para nada os valdrá; esperad, esperad el castigo que habéis pedido, no tardará, y el cuchillo del romano llenará la misión de ser la cuchilla del sacrificador, y seréis inmolados, pero no todos; ¡ah! no esperéis la dicha de que vuestro pueblo desaparezca por completo, no, se os reserva a los sobrevivientes al gran cataclismo, la esclavitud, la persecución, el odio y el desprecio, el asco, la repugnancia de vuestro contacto y vuestra condición será como vuestro corazón, la de las bestias feroces, a quienes todos persiguen y procuran aniquilar; pero no, no seréis aniquilados, ni aun en esa persecución; necesitáis vivir como ejemplares que Dios reservará en el mundo de una raza infame, de unos seres malditos, para que llevéis el odio y la maldición por todos los siglos.

Sí, decidle a ese Pretor cobarde que se prestó o asustó ante vuestros aullidos de humanas fieras, que ese Nazareno que él consintió que vosotros asesinaseis, que resucitará, o que digan sus discípulos que ha resucitado. Poned guardias en su sepultura, pero no soldados romanos, pues éstos no se prestarán a ese servicio, pues son dignos y no quieren vuestro contacto por el desprecio que les inspiráis, y menos se prestarán a secundar vuestros propósitos.

Poned allí esa cohorte de esbirros que sirven a los sacerdotes y os ayudan en vuestras maldades. Sí, poned guardias, guardad el sepulcro del Galileo, del embaucador, del blasfemo, no sea que resucite, pues vuestra conciencia no está tranquila, ni ¿cómo ha de estarlo? Teméis y hacéis bien, pues ese temor queréis cohonestarlo con el temor de la superchería de que roben su cuerpo y digan luego que Jesús ha resucitado.

Siempre el mal, la conciencia torcida, juzgando por sí a la de los demás. La vuestra os dice que va a resucitar en breve, y aun en el Sábado, en el día del Sábado, vuestra conciencia no reposa, el temor os asalta, el miedo os hace prudentes y el remordimiento quiere apagarse con aparatos de fuerza. Sí, hacéis bien, poned guardias en el sepulcro de Cristo, ¿pero quién pone guardias a vuestra conciencia para que el remordimiento no resucite y os grite ¡deicidas, deicidas! Sellad la piedra del sepulcro, enviad vuestros escribas, enviad a vuestros sacerdotes, colocad pues piedras inmensas sobre su sepulcro, sí, pero ponedlas al mismo tiempo sobre vuestra conciencia, pues el remordimiento levanta la cabeza, la levantará y de entre aquellas piedras la voz terrible del juez inexorable os gritará como a Caín: ¿qué has hecho de tu hermano? ¿Qué has hecho de mi Hijo? pueblo infame, cruel, deicida eres y maldito serás sobre la haz de la tierra.

Teme, sí, teme, pues nunca dejó de temer y temblar el criminal, teme, que el día de la resurrección de tu víctima será el de tu muerte. Y vigila, sí, vigila a la pobre Madre a quien has destrozado su corazón con tus ferocidades, vigila a la pobre María en su soledad, no

promueva contra ti alguna algarada en defensa de la memoria de su Hijo, y secunde la superchería de sus discípulos diciendo que ha resucitado Jesús, que ha vuelto a la vida humana la víctima de tu maldad.

Teme, sí, pero no temas a María, la pura paloma que no tiene más que lágrimas para consolar su soledad, su dolor, su acerba pena y confiar en El que la hizo Madre siendo Virgen y la ha dado valor para tan crueles sufrimientos, pero teme a tu conciencia, teme por tu porvenir, pueblo ingrato e infame.

Capítulo XXVII

La resurrección de Jesús

MARÍA EN LA RESURRECCIÓN DE SU HIJO. -PRIMERA ENTREVISTA EN LA CASA DE MARÍA.

Llegó el domingo en que se cumplían los tres días de la muerte de Jesús, y el sol al asomar por el horizonte de Palestina, ofuscóse su luz ante un resplandor insólito, una luz más viva y más brillante que se levantaba de la cumbre del Calvario. Un seno de luz esplendente, hermosa, deslumbradora, sin herir ni cegar llenaba las pupilas de quienes tuvieron la dicha de contemplarla; aquella mañana revestía una hermosura sin igual, aquella luz no era la de las hermosas mañanas de Judea en que la luz agota todos los colores y cambiantes tonos de la escala de las tintas, no, aquella luz y aquel ambiente eran más puros, más diáfanos que aun en los más hermosos días, era que la naturaleza entera se vestía de gala para festejar el misterio, el gran hecho de la resurrección de su Creador, la gloriosa salida del arca santa que por tres días encerró el cuerpo del Cordero de Dios, del Hijo de María, después de su cruenta pasión y del sufrimiento de su pura Madre.

¡Jesús ha resucitado según dijo! Su cuerpo, curado de las llagas de la pasión, ha salido lleno de luz y de gloria del sepulcro, pero en sus manos, pies y costado se conservan como hermosas señales las heridas de los clavos, de la lanza del Centurión, de aquel golpe horrendo con el que al abrir el costado del Señor se abrieron sus ojos a la luz de la verdad y lloró la herida causada con su lanza.

La luz del alba iluminaba vagamente los contornos del ya desde entonces sagrado monte Calvario, y unas piadosas mujeres encaminábanse al sepulcro de Jesús para llevar unguentos con que conservar el cuerpo de Jesús, cuando al herir una luz deslumbrante, que la del sol, sus ojos, vieron en la puerta del sepulcro a un ángel resplandeciente que les dijo que Jesús había resucitado, vieron vacío el sepulcro, levantada la losa y huídos los esbirros de los fariseos que lo custodiaban, y entonces volvieron a Jerusalem a comunicar la fausta nueva y tal vez comunicarla a María, que con ansia esperaba el momento. Creen algunos que Jesús no vio a su Madre una vez resucitado. Estaba María con los Apóstoles... Véase lo que dice Lafuente acerca de este punto:

«¿Estaba con ellos la Virgen María? Yo creo que no; sobre esto la tradición supone y Orsini se hace eco de ello, que María fue al Calvario con las santas mujeres, todo lo contrario supone la tradición. El existir en la capilla del Santo Sepulcro un cuadro que representa la aparición de Jesús a María, ha hecho suponer que el encuentro de Madre e Hijo tuvo lugar en aquel punto. Pero, sin combatir aquella tradición, suponemos que cuando las piadosas mujeres llegaron al sepulcro, el Señor ya había visitado a su pura y santa Madre. Sobre que el Evangelio nada nos dice, hay razones muy poderosas para creer lo contrario. No podía la Madre de Jesús adolecer de la incredulidad de los Apóstoles y de las santas mujeres. El dolor

de María era distinto del de las santas mujeres, reconocía otras causas. Van a unguir a Jesús, porque quieren ver sus restos mortales otra vez con cariño, pero con femenil curiosidad, despedirse de Él y dejarlo allí para siempre. ¿Puede María dejarse llevar de ese amor humano e imperfecto, con incierta fe y vacilante esperanza dadas sus eminentes virtudes, su sólida fe y la grandeza de su alma? Yo creo rebajado su carácter poniendo su amor al lado del amor de Magdalena y de María Cleofás. El dolor de María es de la clase del que padecen esas almas puras y santas que, al meditar en la pasión de Jesús y en su dolorosa muerte, agonizan de pena, padecen deliquios y fuertes desmayos y vierten torrentes de lágrimas, que apenas pueden mitigar su dolor ni las ansias del corazón dolorido. Preguntad a esas almas puras y benditas por qué lloran si saben que Jesús ha resucitado y que está en los cielos. La respuesta que os den, es la respuesta acerca del dolor intenso que padecía la Madre del Salvador, cuando éste, como buen Hijo, vino a visitar a su Madre con su primera aparición, con su primera visita. No había amor a Jesús, ni lo ha habido, ni lo habrá como el de María. ¿Qué vale el amor de la Magdalena, pecadora arrepentida, con el amor de la Virgen inmaculada y pura, y por añadidura, Madre? Y si ese era el amor de la Madre, ¿cuál debía ser el de Jesús? No puedo ni aun concebir que Jesús dejara de hacer a su Madre la primera visita después de su resurrección, y creo que no habrá madre ni buen hijo que no opine conmigo.

»Sobre todo esto, tengo para opinarlo así el testimonio para mí irrecusable, de Santa Teresa de Jesús, que expone la aparición con frases tan sencillas y tan sentidas como ella sólo sabía escribirlas...

»Después de referir los favores celestiales que recibió de Jesús, un día en habiendo comulgado, añade: -«Díjome que en resucitando había visto a Nuestra Señora, porque estaba ya en grande necesidad, que la pena la tenía tan traspasada, que aún no tornaba luego en sí para gozar de aquel gozo. Porque aquí entendí estotro traspasamiento bien diferente: Mas ¿cuál debió ser el de la Virgen? Que había estado mucho con Ella, porque había sido menester harto consolarla».

»La frase sencilla y enérgica de Santa Teresa en esta revelación es digna de estudio: *en resucitando*, equivale a decir, luego que resucitó. Que aún no tornaba en sí... de modo que su desfallecimiento y desmayos eran tales, que estaba casi privada de sentidos; luego ni su cuerpo ni su alma estaban en disposición de ir al sepulcro con las santas mujeres, a las que vulgarmente se suele llamar *las tres Marías*. Que había estado mucho con Ella, así se comprende en el gran cariño del Hijo a la Madre y de la Madre al Hijo, y añade la razón de que para reponer sus fuerzas físicas y morales, profundamente abatidas y desfallecidas, había sido menester harto consolarla. Creo que después de llamar la atención sobre esta revelación de Santa Teresa de Jesús, cuyo testimonio es hoy acatadísimo en la Iglesia, cuya veracidad nadie duda, como tampoco de la autenticidad de sus escritos y revelaciones, no habrá ningún católico que dude ya de la aparición de Jesús a su Santa Madre en el Cenáculo, y haciéndole su primera aparición en el retiro de su aposento, y al punto de su resurrección».

De tal manera clara, convincente y robusta, expresa Lafuente su sentir en el punto del encuentro de María y de su Hijo en el sagrado del Cenáculo, y comprobada por las palabras de la mística y Santa escritora la entrevista de la Madre y del Hijo. Ni la fe, ni la razón pueden poner en duda hecho tan claro, tan hermoso como hijo del amor del Hijo a la Madre, que todas cuantas razones, argumentos y pruebas quisieran aducirse caerían ante la razón hermosa, el argumento incontrastable del mutuo amor de Madre e Hijo, ante esta suprema luz, frío resultaría cuanto se dijere, vacío de luz, calor y sentimiento cuanto no tenga por base el amor materno y filial de Jesús y de María.

¡Qué dicha más inmensa! ¡Qué placer más grato para el alma que el hallar al Hijo querido como vivo y lleno de su propia hermosura! ¡Ah! inútil es querer ni intentar siquiera pintar el goce, la alegría de María ante la presencia de su divino Hijo que llegaba desde el sepulcro para visitarla. Pensemos tan sólo en la alegría humana de la madre que viera llegar a su

presencia al hijo que enterrara tres días antes, pensemos en la explosión de sentimiento que aquel encuentro produciría en el pecho de aquella. ¿Quién sería capaz de pintar, describir ni narrar con todo su calor, fuego y sentimiento, aquella escena en que a raudales brotaría del pecho de aquella madre la alegría, la dicha, las bendiciones al cielo, que tal beneficio y felicidad la dispensaban?

Pues si esta dicha, alegría y felicidad humana nos consideramos impotentes para pintarla ni narrarla, ¿cómo nos atreveríamos a hacerlo con la dicha y alegría de la Madre de Dios, de Marta, pura e inmaculada, y la de su divino Hijo? Sintámosla en el corazón, pero no intentemos con la palabra hacerla sentir, pues aquella es vana y hueca para narrar tanta grandeza, dicha y felicidad después de tantas angustias y sufrimientos.

Casabó expresa el estado de María después de la resurrección de Jesús: «El estado en que puso a María el poder divino después de la Resurrección del Redentor, fue nuevo y más levantado que antes; las obras fueron más ocultas, los favores proporcionados a su eminentísima santidad y a la voluntad ocultísima del que los obraba. Entre los júbilos de que gozaba no se olvidaba de la miseria y pobreza de los hijos de Eva y desterrados de la gloria; antes, como Madre de misericordia, recordando el estado de los mortales, hizo por todos oración ferventísima. Pidió al Eterno Padre dilatase la nueva ley de gracia por todo el mundo; multiplicase los hijos de la Iglesia, la defendiese y amparase, y que el valor de la Redención fuese eficaz para todos; y aunque esta petición la regulaba en el efecto por los eternos decretos de la voluntad y sabiduría divina, pero en cuanto al afecto de la amantísima Madre, a todos se extendía cuanto al fruto de la Redención, deseándoles vida eterna. Fuera de esta petición general, la hizo particular por los Apóstoles, y entre ellos señaladamente por San Juan y San Pedro; porque el uno tenía por hijo y al otro por cabeza de la Iglesia. Pidió así mismo por la Magdalena y las Marías...»

María permaneció en Jerusalem habitando en la casa del Cenáculo con las santas mujeres que la acompañaron en sus crueles padecimientos, sin abandonarla un momento. Los Apóstoles regresaron a Galilea, su presencia en Jerusalem era un peligro, una amenaza a sus vidas pues eran los discípulos del embaucador, del falsario, que dijo que resucitaría, y a ellos se culpaba haber robado el cuerpo de su Maestro del sepulcro, para hacer creer a las gentes en su resurrección. Retiráronse prudentemente hasta tanto se olvidase y apaciguase, el encono contra la memoria de Jesús y contra sus discípulos.

María quedó en Jerusalem por entonces. ¿Qué iba a hacer Ella en Nazareth, del que nada gratos recuerdos conservaba? ¿Debía volver allá donde habían querido asesinar a su Hijo? ¿A la patria en que Jesús fue escarnecido y calumniado al decir que nadie es profeta en su patria? No, María no quería volver a Nazareth; no, el recuerdo era asaz duro y doloroso para aquella Madre que había visto en peligro la vida de su Hijo, allí donde le habían casi aborrecido, y no podía volver a una ciudad cuyo recuerdo, cuyas paredes, casas y campo le recordaban días de mayor dicha en la niñez de Jesús, con la compañía de José. No, allá nada la esperaba, ningún auxilio ni consuelo le habían dado, sino motivos de sobresalto, de pena y de espanto.

Así es que María se retiró con las santas y piadosas Marías a Bethania, Magdalena era rica, y a su casa llevó a la Madre del Salvador para gozar de su compañía y de su hermoso afecto a aquella entusiasta discípula de su amado Hijo.

Juan acompañó a María, y luego con los nueve Apóstoles, se retiró al lago Tiberiades, viviendo de la pesca con San Pedro. Pero pasan los días y María y las santas mujeres vemos de nuevo congregadas en Jerusalem, en el lugar del Cenáculo, y allí tiene lugar otro de los grandes misterios de nuestra religión, en el que participa María de los dones y gracia del Espíritu Santo.

Que María se encontraba en Jerusalem con los discípulos de su hijo lo acredita el hecho del descenso del Santo Espíritu sobre los discípulos.

Dúdase y afirmase por algunos que María asistió a la gloriosa Ascensión de Jesús, de su Hijo, desde el monte Olivete; no nos lo dicen los sagrados textos, pero... ¿puede dudarse? He aquí cómo afirma Lafuente esta presencia de María en el grandioso acto de la Ascensión del Señor:

«¿No había de ser testigo de su Ascensión al cielo la que había sido testigo de su dolorosa y humilde elevación en la Cruz? Y aun así, este triunfo glorioso de la Humanidad santísima y visible de su Hijo, ¿no era para Ella un nuevo dolor? pues no volvería a verle en la tierra, en la forma corporal y material visible que antes de su muerte. Santa Teresa en el pasaje de la revelación citada, dice estas palabras muy notables: 'En algunas cosas que me dijo entendí, que después que subió a los cielos nunca bajó a la tierra, sino en el Santísimo Sacramento, a comunicarse con nadie'».

La poesía sagrada en boca de Fray Luís de León en su conocida, hermosa y nunca bastante admirada poesía *A la Ascensión del Señor*, pone en boca de los Apóstoles aquellas conocidas estrofas:

«¡Y dejas, Pastor Santo,
tu grey en este valle hondo, obscuro,
de soledad y llanto...»

Cuan bien, y de la misma hermosa manera podían ponerse en boca de María, de la Madre del Salvador, una paráfrasi: ¿Y dejas, Hijo querido, a tu pobre viuda y desamparada Madre en este valle de lágrimas, de miseria y en el que no habrá ya para mí sino soledad y obscuridad, pues me faltará la luz de tu mirada que alumbró siempre mis ojos? ¡Oh dicha inmensa, eras demasiado grande, inmensa, para que pudiese ser duradera tanta felicidad en este
valle hondo, obscuro
de soledad y llanto...

Quedaré nuevamente sola, triste y afligida con la compañía de los Apóstoles y discípulos educados por tu santa doctrina, y si yo te crié a mis pechos, ¿cuánto más lloraré por tu ausencia y abandono, en que quedo en mi soledad?

Así María expresaba su sentimiento al tener que separarse nuevamente de su amado Hijo y quedar sola en el mundo, sola, ¡la que había vivido tantos años al lado de Aquel su Hijo tan querido y por quien tanto su corazón se había engrandecido en su grandeza por el sufrimiento y el temor, el pesar y el más terrible de los dolores!

«Durante aquellos cuarenta días que mediaron desde la resurrección del Señor a su admirable Ascensión a los cielos, dice Casabó, obró grandes favores y maravillas con su Madre, sin pasar ningún día en que no se mostrase poderoso y santo en algún singular beneficio, como queriéndola enriquecer de nuevo antes de su partida para los cielos. Cumpliéndose ya el tiempo determinado por el mismo Dios para volverse a los cielos, habiéndose manifestado su resurrección con evidentes apariciones y otras pruebas, determinó Jesús, determinó últimamente Jesús aparecer y manifestarse de nuevo a toda aquella congregación de Apóstoles, discípulos y discípulas, estando todos juntos, que eran ciento veinte personas. Fue esta aparición en el Cenáculo el mismo día de la Ascensión. Estando los once Apóstoles juntos y reclinados para comer, entró el Señor y comió con ellos con admirable dignación y afabilidad, templando los resplandores brillantes y hermosos de su gloria para dejarse ver de todos... Acabada la comida les habló con majestad severa y agradable:

»Hijos míos dulcísimos, yo me subo a mi Padre, de cuyo seno descendí para salvar y redimir a los hombres. Por amparo, Madre consoladora y Abogada vuestra, os dejo en mi lugar a mi Madre, a quien habéis de oír y obedecer en todo. Y así como os tengo dicho que quien a mi me viere verá a mi Padre, y el que me conoce le conocerá también a Él, ahora os aseguro, que quien conociere a mi Madre, me conocerá a mí, y me ofenderá quien la ofendiere y me honrará quien la honrare a Ella. Todos vosotros la honraréis por Madre, por superior y cabeza, y también en vuestros sucesores. Ella responderá a vuestras dudas, disolverá vuestras

dificultades, y en Ella me hallaréis siempre que me buscaréis, porque estaré en Ella hasta el fin del mundo, y ahora lo estoy, aunque el modo es oculto para vosotros».

Así, Jesús antes de ascender a los cielos, recomendaba a sus discípulos el amor, profundo respeto y veneración que debían y debemos a María, su Madre y nuestra Madre de consuelo en nuestras tribulaciones y amargas, en nuestras dichas y pesares, como Amparadora de los pecadores, a quienes tanto amó su divino Hijo y nos dejaba recomendados a su protección. Amparo, protección y apoyo que de Ella esperamos siempre puesta nuestra fe y confianza en la que es, ha sido y será, bálsamo de nuestro consuelo, y refugio en nuestros dolores y naufragios en esta vida pobre y desierta, sin el faro que lo es su santo nombre y puerto de esperanza, de dicha y de alegría, su nombre tan bendecido como adorado. El nombre dulce de María, a quien Dios desde los cielos había de llenar de gracias y de favores para que Ella los reparta entre sus hijos muy amados y devotos de su santo y puro nombre.

Capítulo XXVIII

EXISTENCIA DE MARÍA DESPUÉS DE LA ASCENSIÓN DE JESÚS. -EN EL CENÁCULO. -VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO. -MARÍA COMO INSPIRADORA DE LOS EVANGELISTAS.

La ascensión del Señor se había verificado; Dios-Hombre había dejado el mundo, al que descendió para derramar su sangre por la redención humana; la obra, la palabra de Dios estaba cumplida y dejaba en la tierra su doctrina, la Verdad encarnada en la ley del amor, de la caridad y de la esperanza en su santa palabra, en la promesa sagrada de su ley, que había de ser la de nuestra salvación.

Los Apóstoles le han visto ascender a los espacios, desaparecer su hermosa figura en los espléndidos cielos vestidos de gala, con sus más hermosas tintas y espléndidas, blancas, puras, rosadas nubes, que han sido el escabel en que se han apoyado sus pies al remontarse al Padre, y los discípulos, atónitos, hundidas sus frentes en el suelo por el respeto y veneración, le han visto subir al inmensurable espacio, lleno de majestad y gloria.

Solos quedan en el mundo, solos, pero fortalecidos con su espíritu, con su doctrina, y dispuestos a difundirla por la tierra, para ser los nuncios de la buena nueva, como lo fueron los ángeles en la noche de su nacimiento. Dispuestos para proclamar Gloria a Dios en las alturas y paz entre los hombres de buena voluntad, vuelven a la casa del Cenáculo para esperar la promesa de su Maestro de agraciarlos con el don del fuego del Santo Espíritu. Con el regreso de los Apóstoles desde el monte de los Olivos, corre unida la noticia de la estancia de María en el Cenáculo en unión de otras santas mujeres y aceptar como punto de fe la estancia de la Señora en Jerusalem, en el Cenáculo y con los Apóstoles.

La Escritura nos presenta a María orando en aquel lugar con los Apóstoles y las citadas santas mujeres.

«Volvieron a Jerusalem desde el monte llamado Olivete, que dista de aquella ciudad los mil pasos que se pueden andar el sábado. Y habiendo entrado en el Cenáculo, subieron al paraje donde solían estar Pedro y Juan, Diego y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Jacobo de Alfeo, Simón el celador y Judas de Diego. Todos estaban allí perseverantes de consuno en la oración, juntamente con las santas mujeres, y María, la Madre de Jesús y sus parientes».
(Cap. I de los Hechos de los Apóstoles, por San Lucas.)

Allí reunidos esperaban la promesa de Jesús, la venida del Paraclyto, o Consolador que les había ofrecido enviarles, y cumplían el mandato de no separarse de allí, sino esperar fortalecidos por la oración, la venida del Espíritu Santo que sobre ellos había de descender. Allí estaba, allí quedó María acompañada de las devotas mujeres, de los Apóstoles y en especial de Juan su hijo, según la voluntad de Cristo en la Cruz, y allí llena de fe, inflamada con el santo amor en la promesa de su Hijo, esperaba María la venida prometida del Espíritu de Dios que les ofrecían antes de su gloriosa Ascensión.

María, como Madre del Maestro, como Señora modelo de amor y de dolor, gozaba cual no podía menos serlo, del respeto, consideración, amor y veneración de los Apóstoles, y así vemos que la pintura, el arte, ha traducido siempre este respeto y consideración a la Señora, colocándola en los cuadros y pinturas presidiendo a los Apóstoles en el Cenáculo, sobre todo en la representación de la venida del Espíritu Santo sobre el colegio apostólico de los discípulos de su Hijo. Y no sólo la pintura, sino la palabra, los discursos nos han transmitido esta creencia y muy lógica presunción, como el corazón, el respeto y el amor que María inspiraría entre aquéllos, como nos lo hace presumir y acertar. ¿Quién sino la Madre de Jesús, la que le llevó en su seno, la que sufrió, como no es posible imaginar en la pasión de su Hijo, la que llena de dolor le acompañó en todos sus dolorosos trances, cuando todos, todos, incluso sus discípulos, le habían abandonado, y es más, hasta negado? A María, a Ella más que a nadie le correspondía tal preeminencia, a nadie más que Ella le incumbía ser la que quedaba en el lugar honroso y necesario de su Hijo después de ascender a los altos cielos.

Aun cuando el Evangelio no nos lo dijera, como nos lo dice, pudiéramos muy bien conjeturar que María estaría con los Apóstoles en el momento de la venida del Espíritu Santo; pero vale más que el Evangelio nos lo diga, que conste como consta por medio de las sagradas letras, de un modo y manera indudable. De esto de la presencia de María Santísima, deducimos su ulterior presencia al lado de los Apóstoles, su asistencia especial en medio de la Iglesia naciente y la asistencia especial de un Apóstol, el predilecto de Jesús, el joven Juan su pariente, para el cuidado especial de su Santa Tía convertida en Madre.

«La tradición supone a San Juan desempeñando este santo ministerio y dándole diariamente la comunión eucarística, único consuelo de su alma amante y pura. Si las almas santas que diariamente se acercan a la Sagrada Mesa no pueden pasar un día sin el Pan de Vida y padecen mortales ansias cuando se les priva de él, ¿qué sucedería a María, a la Santa Madre del Salvador? ¿Ha tenido ninguna de ellas a Jesús el cariño santo, puro y ardiente de María? ¿Ha tenido ninguna de ellas la pureza y las virtudes de la Virgen sin mancilla? Pues ¿cómo podría Ésta dejar de recibir diariamente el cuerpo y sangre de su Hijo, renovando en sí el suceso más grande de su vida y el acontecimiento más glorioso e importante para el género humano, el de la Encarnación?»

Después de citadas las palabras de San Lucas, últimas que la revelación nos da acerca de María, vuelve a quedar Ésta envuelta en la profunda y sabia obscuridad de su vida, pero no tanto, oculta, privada o escondida en bendición que en ella fundaba su anhelo y su delicia: la santa obscuridad en el Templo, en Nazareth, en Egipto, en el taller de su Esposo, obscuridad santa a que han aspirado y aspiran siempre las almas puras y modestas, que cual la de María viven sumergidas en las luces celestiales de la gracia y del divino amor, alejadas de los placeres y consuelos de la tierra que les da hastío.

Ascetismo es éste que no es egoísta ni indolente, hace sentir el bien que lo hace, y como la violeta, planta humilde, modesta y escondida, pero que aun cuando no se la ve, en cambio penetra en nuestros sentidos su dulce embriagador perfume, al visitar al Rey de los Reyes en el aposento místico de la Virgen.

María, la Inmaculada Madre del Cordero, es la Evangelista de los Evangelistas, pues Ella fue la inspiradora de muchos de los misterios de aquéllos; si no ¿de dónde sabe San Juan algunos de los más altos misterios que en lo relativo a Jesús, narra, comenta e historia el gran teólogo

de la Iglesia, el filosófico Juan? ¿De dónde sabe Lucas, sino de María, su historiador, cuanto nos narra y cuenta de Ella, y sobre todo los tiernísimos pormenores acerca del gran misterio de los misterios, la Encarnación? María era la única que podía saberlos, contarlos y relatarlos, y que de hecho debió manifestarlos, sin perjuicio de la reconocida e innegable inspiración del Espíritu Santo.

Y véase si no en un sencillo y lacónico juicio y examen de los Evangelistas, su espíritu y carácter en cada uno de los cuatro que reconoce y admite la Iglesia. San Mateo nos cuenta lo que ha visto como testigo presencial, como uno de los escogidos. San Marcos es un compendiador de San Mateo y relata otras cosas como testigo presencial, y que el primero no nos dice. Pero San Lucas es el verdadero historiador de María, él nos narra con especialidad cuanto se refiere a María, a la pura Virgen Madre, en los hechos y actos de su vida. ¿De dónde podía saber el Evangelista lo que había sucedido en el acto de la Encarnación del Verbo, y el diálogo entre María y el Ángel, si Aquélla no lo hubiera referido al Evangelista en honor de Aquél? Razón inmensa, frase grande y verdadera es la de nuestro gran padre de la Iglesia y compatriota San Ildefonso, al llamar a María «*La Evangelista de Dios*», bajo cuya dirección fue educado el infante Dios. (*Sermón de la Asunción.*)

Y tengamos en cuenta que la inspiración divina y la superior enseñanza de la revelación directa del Espíritu Santo excluye los medios humanos y la tradición, aun cuando sea la de la Virgen.

«Esto, dice Lafuente, no es cierto; no está en la economía divina, que si obra hacia el fin con energía, lo dispone todo suavemente, y aun al obrar a lo divino no excluye el medio humano. Por boca de Isaías habla a lo cortesano y erudito, por boca de Baruch habla a lo pastor y rudo, y con todo en uno y otro caso es el Espíritu Santo el que había a la manera que el viento que sale por las trompas de un órgano, suena agudo o grave, según el cañón por donde sale, siendo igual en uno que en el otro. Los mismos Apóstoles, y sobre todo San Pedro y San Juan, testifican siempre lo que han visto. Os anunciamos la palabra de vida que hemos visto por nuestros ojos y tocado con nuestras manos. ¿Qué extraño es si el mismo Jesucristo les había dicho que habían de ser testigos suyos en lo que habían visto?

»Pero San Lucas no habla como testigo presencial, sino de referencia y de escrupulosa investigación humana. Expresa que cuando él escribía habían escrito ya otros muchos, pero con todo, añade: -Me ha parecido a mí también escribírtelo por su orden, o bien, Teófilo, tal como pasaron desde el principio hasta el fin, después de haberme informado escrupulosamente.

«¿Quién le había contado a San Lucas ni le podía contar el misterioso acontecimiento de la Anunciación? Y los Apóstoles mismos, incluso San Juan, ¿qué sabían acerca de los primeros treinta años de la vida de Jesús? Ellos podían hablar de los tres años últimos de la vida del Salvador, pero nada de aquellos que sólo eran conocidos de María, pues San José había muerto».

Y es en verdad muy razonable y claro lo que indica, apunta y señala el católico historiador, y Augusto Nicolás dice a este propósito:

«Claramente se ve que es la Santísima Virgen María, Madre de Jesús, a la que el historiador sagrado nos muestra en el Cenáculo, en unión con los Apóstoles perseverando en la oración, mención tanto más expresiva cuanto que el que lo dice es San Lucas, el cual quiere expresar de ese modo que ese testimonio procede de María, de la cual nos dice en su Evangelio hablando de la niñez de Jesús, que conservaba en su corazón todas las cosas relativas a Éste. San Anselmo no duda de ello, llegando a decir: 'Aunque descendió el Espíritu Santo sobre los Apóstoles, muchos grandes misterios se les revelaron por medio de María'.

»Dios, que según hemos dicho, aprovecha para sus altos fines cuanto bueno existe en los medios humanos, que empleaba el testimonio de los Apóstoles después de haberlo depurado

de su nativa rudeza, no hubiera suprimido seguramente el testimonio de la más santa de las criaturas, la mejor informada y la más fiel».

Tales son el parecer de estos ilustres expositores acerca de María en cuanto a inspiradora de los grandes misterios, y por último citaremos al Abad Ruperto, que dice: «Tu voz ¡oh María! fue para los Apóstoles la voz del Espíritu Santo, pues que de tu segura religiosa boca escucharon todo lo que era necesario suplir o atestiguar en confirmación de aquellos sentidos de cada uno que del Espíritu Santo mismo habían aprendido». (*In Cantic.*)

La tantas veces citada Sor María de Ágreda, hablando e historiando acerca de este punto de la vida de María, añade: «En compañía de la Reina del Cielo perseveraban alegres los doce Apóstoles con los demás discípulos y fieles aguardando en el Cenáculo la promesa del Salvador confirmada por la Madre, de que les enviaría de las alturas al Espíritu consolador, que les enseñaría y administraría todas las cosas que en su doctrina habían oído. Estaban todos unánimes y tan conformes en la caridad, que en todos aquellos días ninguno tuvo pensamiento, afecto ni ademán contrario de los otros.

»María Santísima, con la plenitud de la sabiduría y gracia, conoció el tiempo y la hora determinada por la divina voluntad para enviar al Espíritu Santo sobre el colegio apostólico». La promesa hecha por Jesús a los Apóstoles tenía que cumplirse y cumplirse plenamente; el Espíritu Santo vino sobre ellos y sobre María cuando se cumplían los días de Pentecostés. En dicho día hallándose reunidos en oración en el lugar santo del Cenáculo los Apóstoles con María, oyóse el estruendo de un viento cual el huracán que conmueve la casa hasta los cimientos, acompañado de un rumor como de lejano y terrible trueno.

En aquella mañana, María había prevenido a los Apóstoles y a los demás discípulos, así como también a las santas mujeres que la acompañaban, sumando un total de ciento veinte personas, para que se entregasen a la oración y esperasen con fervor, porque muy pronto serían visitados, como lo había prometido su Divino Hijo, por el Santo Espíritu. Y estando como decimos reunidos en el Cenáculo y a la hora de tercia, escuchóse el rumor del citado viento, llenóse la casa de resplandor insólito que no era la luz del relámpago, sino tan intensa como aquélla, pero dulce, sin cegar ni deslumbrar como la citada y que llenaba todo el Cenáculo. El rumor, como de lejano trueno seguía sonando, y entonces, aquel resplandor se torna en blancas, puras y hermosas llamas de clara y refulgente luz que aparecen visibles, brillantes y determinadas sobre las cabezas de todos los reunidos, llenando aquella luz del Santo Espíritu a todos y a cada uno de ellos de las divinas influencias y dones soberanos, causando a un mismo tiempo muy diferentes y contrarios efectos en el Cenáculo y en todo Jerusalem, según la diversidad de afectos.

El espíritu de Dios había venido sobre ellos, y Jerusalem entera sintió los efectos de aquella venida sobre la ciudad, a la que conmovió con aquel huracán que de los cielos bajó sobre los Apóstoles y María, llenándolos de la gracia y de la fe en la predicación de la doctrina de Jesús; tanto, que según dice Casabó, pidieron permiso a la Señora para salir a predicar, a difundir la doctrina de su Maestro, ya que las calles de Jerusalem estaban llenas de extrañas gentes que habían acudido a ella con motivo de las fiestas.

«Los que hasta entonces habían estado encogidos y retirados salieron con tan impensado esfuerzo, que siendo sus palabras rayo de luz y fuego, dice Casabó, que penetraban los oyentes, quedaron todos atónitos. Fueron casi tres mil los que aquel día admitieron la doctrina de Jesucristo», y a los que predicaron en las lenguas de sus países con la misma facilidad que si hablaran en el hebreo, la lengua que les era común; por eso aquellas palabras de Jesús: «Y será predicado el Evangelio del reino por todo el mundo, en testimonio a todas las gentes».

«Bienaventurados los oídos bastante puros para escucharlo y los de corazón recto para seguirlo».

María no ignoraba, ni cómo, llena del Espíritu Santo cual estaba, de cuanto pasaba en el ínterin los Apóstoles estaban fuera. Postrada, oraba pidiendo con lágrimas en sus hermosos ojos elevados al cielo, por la conversión de todos los que se redujesen a la fe y doctrina de Jesús. Cuando regresaron con aquellas primicias de la predicación, fueron recibidos con increíble alegría, amor y cariño fraternal.

Los convertidos que Pedro presentó a la Madre del Salvador, llenos de fe y amor en la pura Madre de Jesús, la veneraban y procuraban obsequiarla, a más de su cariño con presentes que hacía distribuir entre los pobres, no tomando nada para sí, en medio de su gran humildad y pobreza, siendo el ejemplo vivo de la doctrina de paz y caridad de su Hijo, y permaneciendo en la casa de Jerusalem en la compañía de aquellos benditos dueños de la casa del Cenáculo, y en la de los Apóstoles, hasta su dispersión por el mundo, cuando Dios estimó prudente su marcha para la predicación entre los pueblos bárbaros, es decir, extraños, en el sentido en que los romanos tomaban la palabra bárbaro por la de extranjero.

Veintitrés años vivió María sobre la tierra después de la muerte y pasión de su Hijo, y durante ellos alcanzó a ver cumplidas algunas de las profecías y el principio de las guerras que asolaron a la Palestina y el comienzo del castigo providencial de la ciudad deicida y aquella gente que había de llevar por los siglos de los siglos la condenación y el estigma de raza maldita castigada por la inexorable mano de Dios en principios de la justicia. La ruina de Jerusalem, el castigo del pueblo judío, habían sido profetizados por Jesús a sus discípulos, bañando sus ojos las lágrimas amargas de la compasión, y a sus hijos, a sus amados discípulos, advertido con tiempo que huyesen, como así lo hicieron en cumplimiento del mandato de su amado Maestro,

Esta fue la causa de su separación, de su dispersión por la tierra para predicar el Evangelio por el mundo, librándoles el Señor de la ruina de su patria y los horrores y destrucción del asedio y toma de Jerusalem, de la ciudad maldita que había de pasar por los más espantosos horrores, las más terribles contingencias, como cumplimiento de la profecía de la palabra de Dios.

Capítulo XXIX

ÚLTIMOS AÑOS DE LA VIDA DE MARÍA. -SU VIDA EN ÉFESO. -SU REGRESO A JERUSALEM. -OPINIONES Y RELATOS DE SU VIAJE A ÉFESO SEGÚN LOS HISTORIADORES. -SU MUERTE RELATADA POR LOS VARONES APOSTÓLICOS Y ESCRITORES DE NUESTROS TIEMPOS.

No resulta de una manera evidente y clara la residencia de la Virgen Santísima durante los veintitrés años que sobrevivió a la Ascensión gloriosa de su amantísimo Hijo, nuestro muy amado Señor Jesucristo. La tradición es la que nos señala esta residencia de María en Éfeso, y a ello nada hay que objetar que pueda contradecir esta opinión histórico-tradicional. Que regresó a Jerusalem, en donde murió, es un hecho comprobado, claro y evidente, reconocido, acatado y venerado, testimoniado además de los relatos sagrados por los hechos materiales del sepulcro de la Virgen, la casa en que habitó y demás accidentales que determinan el hecho en su concepto histórico y en el de la creencia religiosa fundada en las virtudes y excelencias de la Purísima Señora.

Por tanto, aceptamos la traslación de María Santísima con San Juan a Éfeso, su estancia en aquella ciudad y su vida tranquila y retirada, sin que acontecimiento alguno de aquélla trascendiera al mundo de la historia o de la tradición, y su regreso a Jerusalem cuando la edad ya avanzada de María la aproximaba, humanamente hablando, al sepulcro, avecinándose con

la muerte. Como ni el Evangelio nos habla ya de María, y sólo por relación de eminentes Padres de la Iglesia y escritores católicos se relacionan los hechos y la muerte de la Pura Virgen María, a ellos, como égida segura, como faro de sagrada y mística luz, nos acogemos y a sus opiniones nos inclinamos como hijas de una fe acendrada y de un conocimiento e interpretación de los hechos superior a nuestras fuerzas y muy en armonía en nuestro sentir con aquéllos, por su fundamento y su piedad.

El P. Rivadeneyra se expresa en este punto de una manera clara, como convincente lo es su sabio razonamiento:

«También estuvo un poco de tiempo la Santísima Virgen en la ciudad de Éfeso, en la provincia de Asia, juntamente con San Juan Evangelista, como se saca del Concilio Efesino en una epístola escrita al clero de Constantinopla, derramando en todas partes su resplandores, y dando salud espiritual y vida a todos aquellos con quienes trataba.

»Habiendo pues pasado con este temor de vida muchos años, y guardándola Dios para consuelo y bien de toda la Iglesia; siendo ya de anciana edad, viendo extendida por el mundo la fe y el nombre de su Hijo, encendida de amor y derretida de deseos de verle, le suplicó afectuosamente que la librase de las miserias de esta vida y la llevase a gozar de su bienaventurada presencia. Oyó los piadosos ruegos el Hijo de la Madre, a quien siempre oye, y envióle un ángel con la alegre nueva de su muerte, la cual Ella recibió con gran júbilo de su espíritu y descubrió a su querido hijo Juan Evangelista».

Tal es la manera como el docto Padre Rivadeneyra expresa y señala su parecer respecto de los últimos años de la existencia terrenal de nuestra Santa Madre la Virgen María. Como de paso, cual hemos visto, había de el poco de tiempo que María vivió en Éfeso con San Juan Evangelista.

Sor María de Ágreda se expresa acerca de este punto con la elocuencia y hermoso estilo que le son propios, y con la claridad de inteligencia y alto sentido filosófico que se manifiesta en su hermosa obra acerca de María Santísima:

«Llegó María a la edad de sesenta y siete años sin haber interrumpido la carrera ni detenido el vuelo, ni mitigado el incendio de su amor y merecimientos, desde el primer instante de su Inmaculada Concepción; pero habiendo crecido todo esto en todos los momentos de su vida, los inefables dones, beneficios y favores del Señor, la tenían toda deificada y espiritualizada; los afectos, los ardores y deseos de su corazón no la dejaban descansar fuera del centro de su amor; las prisiones de la carne le eran violentas, y la misma tierra, indignada por los pecados de los mortales de tener en sí al tesoro de los cielos, no podía ya conservarle más sin restituirle a su verdadero dueño».

Como se ve, la virtuosa escritora nada nos dice ni apunta acerca del traslado de María desde Jerusalem a Éfeso, y ni aun nos dice que por ningún motivo saliera de la ciudad deicida, y sí que en ella residía y en ella murió como más adelante lo expresa y narra con un colorido y encanto del glorioso tránsito de María, que resulta un tan hermoso como sentido idilio en vez de una elegía. En cambio, Casabó, admite el viaje a Éfeso, que relata con riqueza de detalles, y aun algún tanto de carácter dramático.

«Interin San Juan prevenía la jornada y la embarcación para Éfeso, continuaba la Virgen como siempre en pedir con gran fervor por la defensa y aumento de la Santa Iglesia. Pasados cuatro días, que era el quinto de enero del año cuarenta, avisóla San Juan que era hora de partir, porque había embarcación y estaba dispuesto todo para el viaje. Sin réplica ni dilación se puso de rodillas la gran Maestra de la obediencia, y pidió licencia al Señor para salir del Cenáculo y de Jerusalem. En seguida se fue a despedir del dueño de la casa y de sus moradores, que estaban inconsolables por la pérdida que iban a experimentar, y así, todos querían seguirla y acompañarla. Agradecida la gran Señora, templó su dolor con la promesa de su vuelta. Previa licencia que pidió a San Juan, visitó los Lugares Santos, y en compañía del Apóstol hizo aquellas sagradas estaciones con mucha devoción, lágrimas y reverencia.

Pidió después la bendición a San Juan, puesta de rodillas, para caminar como lo hacía antes con su Hijo. Muchos de los fieles de Jerusalem le ofrecieron dinero, joyas y carruajes hasta el mar y lo necesario para el viaje, pero con su prudencia, satisfizo a todos sin admitir cosa alguna. Para las jornadas hasta el mar sirvióla un jumentillo en que hizo el camino como reina de los pobres.

»Llegados al puerto, embarcáronse en un buque con otros pasajeros. Vivían en Éfeso algunos fieles, aunque pocos, procedentes de Jerusalem y Palestina, y al saber la llegada de la Virgen, acudieron a visitarla y a ofrecerle sus posadas y haciendas; pero Ella eligió para su morada la casa de unas mujeres recogidas, retiradas y no ricas, que vivían solas sin compañía de varones. En esta posada vivió mientras estuvo en Éfeso.

»En Éfeso recibió la Virgen la visita de Santiago, quien embarcado en las costas de Cataluña se dirigió a Italia, y de allí pasa cuenta a María de su predicación en España, y postrado en tierra demostróle su agradecimiento por haberle visitado personalmente en Zaragoza.

»Quedó en Éfeso la Virgen, después de despedido Santiago, atenta a todo lo que sucedía a éste y a los demás Apóstoles, sin perderlos de su vista interior, y sin cesar en las peticiones y oraciones por ellos y por todos los fieles de la Iglesia.

»Así que San Juan estuvo en Éfeso con la Virgen Santísima, comenzó a predicar en la ciudad, bautizando a los que convertía...»

Relata después, que en virtud de una carta de San Pedro pidiendo su vuelta a Jerusalem, determinó a María Santísima a tornar a la ciudad natal, y añade:

«Salió San Juan a buscar embarcación para Palestina y prevenir lo necesario para disponer con brevedad la partida. Ínterin llamó la Virgen a las mujeres que tenía en Éfeso por conocidas discípulas, para despedirse de ellas y dejarlas informadas de lo que debían hacer para conservar la fe. Eran éstas en número de setenta y tres, vírgenes muchas de ellas, especialmente nueve, que por disposición divina se libraron de la muerte cuando la ruina del templo de Diana...»

»Dos años y medio permaneció la Virgen en Éfeso. Llegado el día de partir, pidió la bendición a San Juan antes de embarcarse. El viaje fue muy tempestuoso, pero la que es Estrella del Mar cuidó de llevar la nave a puerto, desembarcando a los quince días de navegación...»

Tal es la manera, como hemos dicho, sumamente poética y llena de detalles minuciosos, nos cuenta el citado historiador de *Vida de María*, este episodio de la vida de la Señora en su viaje y estancia en Éfeso. Narración hermosa, llena de encantos y poesía, pero que no vemos relatada con tal riqueza de color y accidentes como la cuenta y reseña el ilustre y notable historiador Sr. Casabó.

Con poético estilo que le es propio, con frase verdaderamente meridional, llena de fuego y encanto, dominando el estro artístico en toda su obra, muchas veces no del todo ajustado a la índole de tan serio asunto y siguiendo más en algunos puntos el tono de poeta que de historiador, el tantas veces citado Orsini en su conocida obra de la *Vida de María*, dice:

«La Santa Virgen permaneció en Jerusalem hasta tanto que la terrible persecución que estalló contra los cristianos en el año cuarenta y cuatro de Jesucristo, la obligó a salir de allí con los Apóstoles. Su hijo adoptivo la condujo entonces a Éfeso, a donde Magdalena quiso seguirla. Esos nobles corazones se habían enlazado al pie de la Cruz con cadenas de diamante que sólo la muerte pudo romper y que se han vuelto a anudar en el cielo».

Ninguna noticia nos ha quedado de la permanencia de María en Éfeso, y esta falta se explica fácilmente por las circunstancias de aquella época. Después de la resurrección del Salvador, los Apóstoles, únicamente ocupados en la propagación de la fe, pusieron en la clase de cosas secundarias todo lo que no entraba de un modo directo y notorio en un interés que absorbía lo demás...

«Que la Madre de Jesús haya seguido la suerte de los Apóstoles, es fácil concebirlo. Habiendo pasado los últimos años de su vida lejos de Jerusalem en un país extranjero, en que su permanencia no se señaló con ningún hecho notable, no ofrece otra cosa que una superficie plana que no ha dejado vestigio durable en la memoria fugitiva de los hombres; sin embargo, el estado floreciente de la Iglesia en Éfeso, y los elogios que San Pablo tributa a su piedad, indican bastantemente los cuidados saludables de la Virgen...

»Durante su permanencia en Éfeso fue cuando María perdió la fiel compañera, que a imitación de Ruth había abandonado su país y su pueblo para seguirla más allá de los mares; Magdalena murió, y María la lloró como Jesús había llorado a Lázaro.

»Llegando a Jerusalem, retiróse la Virgen a la montaña de Sión, a una corta distancia del palacio arruinado de los príncipes de su linaje, y en la casa que había sido santificada por el descenso del Espíritu Santo. San Juan la dejó para ir a participar a Santiago, primer obispo de Jerusalem, y a los fieles que componían su iglesia, ya numerosa, que la Madre de Jesús volvía entre ellos para morir».

Como se ve y vamos relacionando estos autores entre sí, Orsini es más parco en detalles que Casabó, aun cuando ambos se dejan dominar demasiado, en nuestra opinión, por elemento poético; pero éstos, con María de Ágreda, aceptan y relatan el viaje y estancia de María en Éfeso.

No obstante lo antes escrito, repetimos que la opinión en este punto de otros no menos respetables y críticos historiadores, es la de no aceptar tan sólo como tradición la estancia de la Virgen María en Éfeso, y nosotros, sin negar la autenticidad de la tradición, ni afirmarla, pues que sólo en la fe, en la creencia se funda y en nada, empero, contradice ni dificulta el concepto general evangélico acerca de María, las hemos consignado para conocimiento y para ilustración de los últimos años de la vida de la Señora, transcurridos en medio de una tan hermosa como plácida obscuridad, hija de su modestia y del modelo de virtudes, como lo era la pura Madre de Dios.

Réstanos ahora ocuparnos llenos de fe y amor en Nuestra Santa Madre, de su muerte, de su glorioso tránsito de este mundo, del que tanto deseaba salir María para gozar de la presencia de su muy amado Hijo, y relatar este último y grandioso hecho de la vida terrenal del Espejo de las Virtudes, de la Reina de los cielos, nuestra amante abogada, como Consuelo de los Afligidos y Madre de los Desamparados.

Para ello consignaremos de la misma manera el relato que de su gloriosa muerte hacen los citados historiadores, para referirla luego con nuestra pobre pluma este relato, esta narración, que en el fuego del amor a su santo Nombre, pretendemos hacer, como oración entusiasta y llena de esperanza en sus misericordias, y que elevamos a su trono para que sea acepta como acto de amor y veneración a nuestra Madre amparadora en las desgracias, y Consuelo inmenso en nuestras desgracias.

El acto grandioso del tránsito de María, es un hecho en el que la pluma, impulsada por el amor y la veneración de los que lo han descrito, ha hecho por la misma grandiosidad, tierna y amorosa del acto, que sea pintada, narrada, con un colorido de luz, un ambiente de plácida coloración que suena con la misma dulzura que la música de un arpa, como el canto de los Ángeles bendiciendo a su Reina y Señora: hecho es que no hay escritor, que al relatarlo, no se vea en su descripción movido su pecho, elevado su espíritu por ese lazo de amor y de cariño que nos une con María, la santa Madre del Cordero, la protectora y amparadora de los desterrados hijos del pecado en este mundo, que Ella llena con su mirada y su amor.

La noticia de su muerte comunicada a San Juan, dice el P. Rivadeneyra relatándola:

«Él lo dijo a los fieles que estaban en Jerusalem, y luego se derramó por los otros cristianos que estaban en toda aquella comarca, y vinieron muchos a Jerusalem y se juntaron en el monte de Sión, en la casa donde Cristo cenó con sus discípulos e instituyó aquella mesa real de su Sagrado Cuerpo para sustento de toda su Iglesia, y el Espíritu Santo había venido en

lenguas de fuego. Trajeron los fieles muchas velas, ungüentos y especies aromáticas, como tenían de costumbre, y muchos himnos compuestos para cantar en su glorioso tránsito; y para mayor gozo de la Virgen y consuelo de los Apóstoles, de varias partes y provincias del mundo, en que andaban predicando, todos los que vivían entonces fueron traídos milagrosamente a su presencia; halláronse también otros varones apostólicos, Hieroteo, Timoteo y Dionisio Areopagita y otros muchos, que con grande instancia habían pedido al Señor que les hiciese dignos de ver aquel dichoso espectáculo. Cuando la Virgen purísima vio aquella santa y bienaventurada compañía, se gozó con un gozo inefable e hizo gracia a su bendito Hijo por aquel incomparable beneficio que le había hecho, y con rostro grave y sereno les dijo: que los espíritus celestiales habían mucho deseado su partida de esta tierra y que Ella también lo había suplicado a Dios, y Él se lo había otorgado, y que así presto se cumpliría. Recostóse en una humilde cama, y mirando a todos, que ya tenían candelas encendidas en las manos, con un aspecto más divino que humano, les mandó que se acercasen para darles su bendición...

»En diciendo esto se reclinó en la cama y se compuso decentemente y levantando las manos en alto, llena de increíble gozo por ver a su Hijo que la llamaba y convidaba a la eterna felicidad, le dijo: 'Cúmplase en Mí tu palabra', y con esto y como quien se echa a dormir, sin dolor alguno ni pesadumbre, dio su alma a aquel Señor, a quien Ella había dado su carne, la noche del día antes del quince de agosto, cincuenta y siete años después que parió a Cristo y a los veintitrés de su pasión, siendo de edad de setenta y dos años menos veinticuatro días, según la más probable y verdadera opinión, porque algunos no le dan sino cincuenta y nueve, otros sesenta y dos a sesenta y tres y otros menos. Pero supuesta la verdad tan testificada de tantos y tan graves autores, que los sagrados Apóstoles se hallaron a la muerte de la Virgen Santísima, y que San Dionisio Areopagita, como él dice, estuvo presente a ella, necesariamente hemos de dar más larga edad; pues él no se convirtió a Cristo hasta que San Pablo vino a Atenas, que fue el año del Señor de cincuenta y dos, y a los sesenta y siete de la Virgen».

De esta manera tan reverente, solemne y tierna al mismo tiempo nos relata el sabio padre Rivadeneyra el glorioso tránsito de la santa y purísima Señora. La venerable Sor María de Ágreda, puede decirse que concuerda con la relación del sabio jesuita.

«Acercábase ya el día determinado por la Divina Voluntad en que la verdadera y viva Arca del Testamento, había de ser colocada en el Templo de la celestial Jerusalem con mayor gloria y júbilo que su figura fue colocada por Salomón en el santuario debajo de las alas de los querubines. Y tres días antes del tránsito felicísimo de la Gran Señora se hallaron congregados los Apóstoles y discípulos en Jerusalem y casa del Cenáculo.

»Fueron todos con San Pedro al oratorio de la Reina y halláronla de rodillas sobre una tarimilla que tenía para reclinarse cuando descansaba un poco.

»Al entonar los Ángeles música, se reclinó María en su tarima o lecho, quedándole la túnica como unida al sagrado Cuerpo, puestas las manos juntas y toda enardecida en la llama de su divino amor. Y cuando los Ángeles llegaron a cantar aquellos versos del capítulo segundo de los Cantares: *Surge, propera, amica mea*, etc., que quiere decir: Levántate y date prisa, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven, que ya pasó el invierno, etc.; en estas palabras pronunció Ella las que su Hijo en la Cruz: *En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu*. Cerró los virginales ojos y espiró.

»Sucedió este glorioso tránsito el viernes a las tres de la tarde, a la misma hora que el de su Hijo, el día 13 de agosto, en que murió, hasta el 8 de septiembre, que nació y cumpliera los setenta años. Después de la muerte de Cristo, sobrevivió la Madre en el mundo veintiún años, cuatro meses y diez y nueve días y de su virgíneo parto era el año cincuenta y cinco».

Casabó sigue literalmente a Sor Ágreda, no añadiendo a nuevo y copiando lo que acerca del glorioso tránsito de María dice aquella sagrada escritora y Orsini, nos relata esta conmovedora escena con la viveza de la descripción y la mágica de su estilo en los siguientes párrafos:

«Era el día y había llegado la hora. Los santos de Jerusalem vieron otra vez a la hija de David siempre pobre, siempre humilde, siempre hermosa, porque se hubiera dicho que esta santa y admirable criatura se libraba de la acción destructora del tiempo, y que predestinada desde su nacimiento a una completa y gloriosa inmortalidad, nada en Ella debía perecer. Grave, pues, pero no enferma, María recibió a los Apóstoles y discípulos recostada en un pequeño lecho de pobre apariencia, acomodado a su traje de mujer de pueblo que nunca había dejado. Brillaba en su aspecto, lleno de nobleza y de modestia, alguna cosa tan majestuosa y patética, que toda la asamblea se deshizo en lágrimas. Sólo María permaneció en calma en este vasto y elevado salón, en que se habían agolpado una multitud de antiguos discípulos y de nuevos cristianos igualmente deseosos de contemplarla.

»Era ya de noche y unas lámparas con varios mecheros suspendidas del techo con cadenillas de bronce arrojaban aquí y allí manojos de rayos de color rojizo sobre la reunión silenciosa, que parecía recibir con ellos un nuevo grado de solemnidad. Los Apóstoles, vivamente conmovidos, estaban de pie en torno del lecho fúnebre. San Pedro, que tanto había amado al Hijo de Dios durante su vida, contemplaba a la Virgen con un sentimiento de dolor, y su mirada eficaz parecía decir al obispo de Jerusalem: ¡Cuánto se asemeja a Jesucristo! En efecto, la semejanza era admirable; y la actitud inclinada de María, que recordaba la del Salvador durante la cena, acababa de completarla. Santiago, que había recibido de los mismos judíos el renombre de *justo*, y que sabía dominar sus emociones, devoraba las lágrimas que se amasaban lentamente al borde de sus párpados. El Príncipe de los Apóstoles, hombre de franqueza y de primer movimiento, hallábase profundamente conmovido y no lo cubría: San Juan tenía envuelto el rostro con un lienzo de su manto griego, pero sus sollozos lo descubrían. No había en toda la asamblea un corazón que no estuviese partido de dolor, ni ojo del que no manasen lágrimas. Después de haberse recogido un momento, María fijó sus miradas sobre esos fieles servidores que estaban todos unidos en el amor de Jesucristo, y que debían probarlo de allí a algún tiempo en medio de los tormentos; empezó a hablarles, y su voz llena de melodía, tomó una expresión tan tierna, tan hondamente afectuosa, y a la vez tan consoladora, que todos los dolores se calmaron por algún tiempo. Ella les dijo que la afeción filial que le demostraban le hacía solamente echar de menos la vida, que había deseado con ardor ese día, que iba a reunirse a su Hijo por toda la eternidad, y que bendecía a Dios de haber abreviado el tiempo de su triste peregrinación. Después de haberles prometido que les sería siempre favorable, que no olvidaría jamás en medio de los goces celestiales, que Ella había sido Hija de los hombres, les mostró la tierra vista desde las alturas del cielo; y se elevó gradualmente a consideraciones tan elevadas y a reflexiones tan sublimes, que cada uno olvidaba en medio de su asombro que el cisne cantaba para morir. Pero aproximábase la hora fatal: María extendió sus manos protectoras sobre los hijos que iban a quedar huérfanos, y alzando sus bellos ojos hacia los astros que brillaban en el firmamento, con una majestad serena, vio el cielo abierto y al Hijo del Hombre que bajaba sobre una nube luminosa para recibirla en los confines de la eternidad. A esa vista un color sonrosado se apareció por su semblante, sus ojos pintaron todo lo que el amor maternal, el júbilo, llevado hasta el arrobamiento y la adoración infinita pueden expresar, y su alma, dejando sin esfuerzo su cubierta mortal, cayó dulcemente en el seno de Dios».

Tal es la manera dulce, poética y sentida con que pintan y narran la muerte de María los ya citados escritores, y a estos relatos hemos de consignar, como fuente de sagrada tradición que admite la Iglesia en sus rezos, la narración que del glorioso tránsito de María Santísima nos ha hecho San Juan Damasceno en su sermón *de Dormitione Deiparae*:

«Por una antigua tradición, dice, ha llegado hasta nosotros la noticia de que al tiempo de su glorioso tránsito todos los santos Apóstoles que andaban por el mundo trabajando para la salvación de las almas, se reunieron al punto, llevados milagrosamente a *Jerusalem*. Estando pues, allí, gozaron de una visión angélica, oyeron un celestial concierto, y de este modo entregada en manos de Dios su ánima santa, henchida de soberana gloria. Su cuerpo, que había recibido a Dios de una manera inefable, fue enterrado en un nicho allí en Gethsemaní, mezclándose en el entierro los himnos de los Apóstoles con las armonías de celestes coros. Durante tres días se oyeron allí cantos angélicos que cesaron al cabo del tercero día. Llegando entonces el Apóstol Santo Tomás, único que faltaba, y deseando adorar aquel Cuerpo que había tenido a Dios encarnado, abrieron el túmulo, mas ya no encontraron allí el sagrado Cuerpo, sino solamente aquellos objetos con que había sido sepultada, los cuales despedían suavísima, fragancia: en vista de esto volvieron a cerrar el modesto túmulo. Asombrados en presencia de este misterioso milagro, no pudieron menos de pensar en Aquel a quien plugo encarnarse en las entrañas de la Virgen María para hacerse hombre y nacer como tal, siendo Dios, el Verbo y Señor de la gloria, y que preservó incólume su virginidad a pesar del parto: quiso también honrar su Cuerpo inmaculado en seguida de su muerte, conservándolo sin corrupción alguna y concediéndole el que fuese trasladado al cielo antes de la general resurrección del género humano.

»Cuando esto aconteció estaban con los Apóstoles el muy santo varón Timoteo, primer obispo de Éfeso y San Dionisio Areopagita, según atestigua él mismo, en lo que escribió acerca del bienaventurado Hierateo, que también se hallaba allí, diciendo: -Entre los mismos santos preladados, inspirados por Dios, se convino en celebrar con himnos como cada cual pudiese, la infinita bondad del poder divino, acerca del sagrado Cuerpo de la Virgen, cuando nos reunimos con muchos de nuestros santos hermanos, como ya te acordarás, para ver aquel Cuerpo de donde la vida tuvo principio, y que engendró al mismo Dios; estando también allí Santiago, pariente del Señor, y Pedro, autoridad suprema y la más antigua entre los teólogos». Esta es la tradición de la Iglesia sobre el tránsito y Asunción de la Virgen Santísima a los cielos desde los primeros tiempos del Cristianismo, según refiere un padre tan discreto y tan eminente como el Damasceno, y la ha aceptado la Iglesia consignándola en su rezo, diga lo que quiera la crítica contra ello.

San Juan Damasceno vivía en el siglo VIII, y aun cuando hay mucha distancia desde este siglo al primero en que murió la Santísima Virgen, y de aquí al 754 o 757 en que murió aquel santo padre, su autoridad es muy grande para afianzar una tradición que duraba y sosteníase en su tiempo; no obstante es un poco débil: para afianzar la exactitud histórica, dice Lafuente. No faltan críticos que apoyándose, no sabemos en qué fundamentos, no se avienen a que la Santísima Virgen muriese en Jerusalem sino en Éfeso, y el hecho o razón en que se apoyan es de que habiendo de ser aquélla arrasada y abrasada por los romanos, diez años después, no quería María morir en la ciudad en que fue muerto su Hijo.

Y como en estos asuntos de crítica y de crítica histórico-religiosa lo mejor es no negar ni aceptar de ligero juicios y opiniones, copiaremos lo que acerca de este punto dice un piadoso y eruditísimo Padre de la Compañía de Jesús, el P. Centucci en la «Vida de Santa Pulquería». «Para mejor inteligencia de este punto, dice, conviene aquí lo que Nicéforo refiere en otro lugar, y es, que deseando la Santa (Pulquería), obtener el cuerpo de la Madre de Dios⁽²⁾ para enriquecer con él su iglesia, y pidiendo con instancia esta gracia a Juvenal, Patriarca de Jerusalem, el cual después del Concilio se había quedado en la corte, con motivo de una sedición, le respondió el patriarca que el sepulcro de la Virgen estaba efectivamente en Jerusalem, pero que según una tradición, no menos antigua que verdadera, habiendo abierto los Apóstoles el sepulcro de la Virgen, tres días después de su muerte, para mostrar el Cuerpo a Santo Tomás que no había asistido como ellos a la muerte y sepultura de la misma, no hallaron en él otra cosa más que las fajas y los lienzos sepulcrales, quedando todos

persuadidos de que el sagrado Cuerpo de la Virgen había sido llevado al cielo juntamente con el ánima por el especial favor de su divino Hijo. Oyendo esto, añade Nicéforo, ya que no podía obtener otra cosa, pidió que le diesen a lo menos el sepulcro con los lienzos que en él habían quedado, en lo cual le complació Juvenal, enviándole después de su regreso a Jerusalem todo cuanto deseaba,

»Esta relación (dice el sabio padre jesuita Centucci), tiene tantas dificultades en todos sus pormenores que, exceptuando la Asunción de la Santísima Virgen, muchos escritores modernos no ven en ella más que una voz popular, transformada en punto histórico sin pruebas suficientes, o una invención, sea de Juvenal, sea de cualquier otro de devoción poco discreta e infundada. No es este lugar de examinarla críticamente; pero limitándonos únicamente a lo que pertenece a nuestra Santa, si la Asunción de la Santísima Virgen era, según dice Juvenal, una tradición antiquísima y por consiguiente notoria, ¿cómo podía ignorarla Pulquería, mujer no menos docta que piadosa, hasta el punto de pedir con instancia el Sagrado Cuerpo? ¿Y cómo podía obtener el sepulcro, cuando de los escritores vecinos a aquellos tiempos se colige la incertidumbre que entonces había y aún dura al presente, del lugar donde vivía la Virgen y de la ciudad donde murió, si fue en Jerusalem o en Éfeso? Pero cualquiera que fuese este sepulcro, que entre los judíos solía abrirse en la pena viva, ya fuese caja fúnebre, si es que tal cosa existía en el pueblo hebreo, o féretro para transportar los cadáveres, que por lo mismo no suele encerrarse en la tumba, como aquí debiera suponerse, cualquiera, repito, que fuese este pretendido sepulcro, es lo cierto que la santa no pudo colocarle en su templo, porque Juvenal volvió a Jerusalem en julio, o poco antes de que Pulquería pasara a mejor vida, o más probablemente en agosto, cuando ya había muerto, como lo confiesa el mismo Nicéforo, poco concorde consigo mismo, cuando sin hacer mención de la Santa dice que fueron llevadas a Constantinopla aquellas reliquias en tiempo de Marciano, que sobrevivió a su esposa.

»Si en tal incertidumbre pudiesen dar alguna luz las conjeturas, yo creería (dice el P. Centucci) que hay en ello alguna equivocación originada de lo que sucedió, según dicen, en tiempo de León. Pretenden algunos que, habiéndose hallado en poder de una piadosa mujer de Palestina ciertos vestidos que había usado la Virgen, fueron colocados por aquel Emperador en la iglesia de Blancherna, con la misma caja en que antes se conservaban. No hay cosa más fácil que, por haber venido de Jerusalem, creyese el vulgo que fuese aquélla la caja sepulcral y los vestidos los mismos que quedaron en el sepulcro después de la Asunción de la Santísima Virgen, y tomando los historiadores sucesivos como un hecho positivo lo que no era más que una voz popular, se llegase a formar una relación, no menos extravagante por el anacronismo, que por las circunstancias con las cuales quisieron adornarla y hacerla más admirable».

De este modo es como se expresa el P. Centucci respecto de estas tradiciones.

Por su parte los escritores, agustinianos principalmente, que se ocupan de la fiesta de la Correa que ceñía la Virgen María, suponen que entre los lienzos y demás objetos de su mortaja que en el sepulcro quedaron, estaba la correa con que la Virgen María ceñía su túnica a la cintura, y otros añaden que esto fue lo que regaló Juvenal a Santa Pulquería. Pero hay que tener presente que el mismo Nicéforo no habla de correa, ni aun siquiera de ceñidor, ni cíngulo, sino de *fajas* para amortajar (*sepulcrales fasciis*) o sean las largas tiras de lienzo con que los judíos, como los egipcios, envolvían y ceñían los cadáveres, y así nos lo describe el Evangelio cuando nos habla de la resurrección de Lázaro.

Nosotros nada decimos acerca de este punto, pero tenemos, y en ella nos apoyamos, una autoridad muy respetable, cual es la del español Fray Antonio del Castillo, o sea el autor del libro «*El Devoto Peregrino*», tan conocido por los amantes de la historia y las personas piadosas, cuando nos habla del sepulcro de la Virgen como existente en Jerusalem La hermosura y sencillez del estilo de este viajero y buen fraile español, que allá estuvo y celebró

más de doscientas misas en la iglesia del sepulcro de María, son la prueba más fehaciente, en nuestro entender, acerca de aquella, respetada y admitida por la Iglesia, piadosa tradición. Dice el P. Antonio del Castillo: «Entramos en el huerto de Gethsemaní, y luego fuimos al sepulcro de la Virgen Santísima. Es una iglesia grande y hermosa, de maravillosa fábrica y arquitectura; la mayor parte de esta iglesia está debajo de tierra, de modo que tanta máquina como tiene, no se viene a descubrir por arriba mas que fábrica cuadrada por de fuera, y toda ella no parece sino una casa muy pequeña.

»Bájase a esta iglesia por cincuenta escalones muy anchos espaciosos; son todos de jaspe blanco. A poco más de la escalera, como se va bajando a la mano izquierda, está el sepulcro de San José, esposo de la Virgen, en una capilla muy pequeña, y en la misma capilla está también el sepulcro de Simeón el justo, el que tuvo al Niño Jesús en sus brazos, cuando le presentó la Virgen en el templo. A la mano derecha en frente de esta capilla hay otra en la cual están los sepulcros de San Joaquín y Santa Ana, padres de la Virgen.

»En bajando a la iglesia, en medio de ella está el sepulcro de la Virgen Santísima. Está todo hecho de una piedra y cubierto de mármol fino muy blanco. Aquí decimos misa los sacerdotes latinos solamente. (Esto fue en su tiempo, pues hoy se han apoderado los cismáticos, consiguiendo con sus rapiñas despojar a los latinos.)

»En saliendo de este santísimo sepulcro, como treinta pasos, se entra en la cueva en donde Cristo oró y sudó sangre la noche de su Pasión».

Como se ve por lo expresado por Castillo, es muy difícil aceptar las tradiciones griegas acerca de la muerte de la Santísima Virgen en Éfeso, y al efecto examinaremos lo que los principales viajeros católicos dicen y opinan acerca de la veracidad y fundamento de la muerte de María en Jerusalem como la acepta, y reza la Iglesia católica, cuya decisión y autoridad es concluyente y sin disputa.

Pues que la Iglesia de Jerusalem conserva la tradición citada y la memoria del sitio y sepulcro de María, que la Iglesia acepta, admite y reza en su oficio el relato de San Juan Damasceno; lo más seguro es aceptar lo que la Iglesia acepta, cree y estima, confirmándose con ello y con lo que la piedad ha ido trasmitiendo desde Jerusalem hace diez y nueve siglos, tradición, creencia y fe, que como hemos dicho consignan y creen, estiman y aprecian, cuantos escritores católicos han tratado de este punto, y cuyos escritos y palabras copiaremos para afirmación mayor de esta sagrada tradición.

Casabó se expresa en estos términos al tratar del entierro de Santa Virgen, aceptando su muerte en Jerusalem.

«Los Apóstoles, a quienes principalmente tocaba este cuidado, trataron luego de que se le diese sepultura, señalándole en el valle de Josafat un sepulcro nuevo que allí estaba prevenido misteriosamente por la providencia de su Hijo.

»Levantaron los Apóstoles el Sagrado Cuerpo, llevándole ellos sobre sus hombros, y con ordenada procesión partieron del Cenáculo para salir de la ciudad al valle de Josafat...»

Orsini dice:

«Terminados los preparativos del duelo, colocóse a la Madre de Dios en un lecho portátil lleno de substancias aromáticas; cubrióse la con un velo suntuoso, y los Apóstoles reclamaron el honor de llevarla sobre sus hombros hasta el huerto de Gethsemaní...

»Llegado al lugar de la sepultura paróse el lúgubre acompañamiento.

»Un Apóstol que volvía de un país lejano, y que no se había hallado presente a la muerte de la Virgen, llegó en este intermedio a Gethsemaní; era Tomás, aquel que había puesto su mano en las llagas de su Maestro resucitado. Corría para echar una última mirada sobre los fríos despojos de la mujer privilegiada que había llevado en sus castas entrañas al Dueño Soberano de la naturaleza. Vencidos por sus instancias y sus lágrimas, quitaron los Apóstoles el trozo de piedra que cerraba la entrada del sepulcro, pero no encontraron más que las flores apenas

marchitas, sobre las cuales había descansado el cuerpo de María, y su blanco sudario de precioso lino de Egipto, que exhalaba un olor celestial...»

Barcia, en su libro *Palestina*, dice en su visita a la iglesia del sepulcro de María lo siguiente, sin determinar una opinión concreta:

«La autenticidad del sepulcro de la Virgen es discutible. La opinión que afirma haber muerto María en Jerusalem y haber sido enterrada allí, data de los primeros siglos, pues que en el IV se aisló el sepulcro de la roca, dejándolo en la forma que hoy tiene; pero en la misma época se afirmaba por otros haber muerto en Éfeso y existir allí su verdadero sepulcro. Así lo declaró el tercer Concilio general que se celebró en esta ciudad, el año 341».

Ibo Alfaro, en su obra *Jerusalem*, dice respecto del sepulcro de la Virgen Santísima:

«Esta *Basílica*, cuya fachada la adornan multitud de columnas y archivoltas ojivales, encierra en su seno los sepulcros de San Joaquín y Santa Ana, el de San José y sobre todo en el lugar preferente el en que descansó tres días el Cuerpo de María. Una ancha escalera de cuarenta y ocho peldaños (el P. Livinio en su guía tantas veces citada, dice cuarenta y cuatro), conduce al fondo de la capilla, que forma una cruz latina y que es espaciosa, pues mide próximamente unos treinta metros de largo por ocho de ancho. En el séptimo escalón se encuentra a la derecha una abertura en el muro y se sospecha sea esto el sepulcro de Melisenda, esposa de Fulco, rey de Jerusalem en tiempo de las Cruzadas. Quince peldaños más abajo, o sea veintidós, a contar desde la puerta de entrada, se abren dos grutas a derecha e izquierda de la escalera, frente la una de la otra; estas dos grutas, que los frailes nombran *capillas*, contienen la de la izquierda los sepulcros de San Joaquín y Santa Ana y el de la derecha el de San José. Cuando ya se ha llegado al fondo de aquel templo, donde arden multitud de lámparas, y donde se respira una plácida calma que templó el corazón cansado de las agitaciones del mundo, se encuentra a la derecha una pequeña capilla cuadrangular, cuyas paredes de roca viva ocultan flotantes tapices de seda; en aquella misteriosa capilla se alza adherida al muro una banqueta de piedra revestida de planchas de mármol, un altar hueco del que penden veintiséis lámparas se levanta sobre aquel banco de piedra y junto a aquel banco de piedra se arrodilla el viajero, que impelido por el fervor religioso llega de lejanos países, porque aquel banco de piedra es el *sepulcro de María*. Allí reposó tres días la Madre de Cristo, la mujer más santa y más pura de la tierra, la flor de Jericó, la estrella de los mares, el refugio de los pecadores, el consuelo de los afligidos. Yo he visto la casa en que nació, allí junto al templo de Jehová, yo he visto el lugar en que su alma fue ahogada por la más honda pena, allá... en la cima del Calvario, yo he visto el lugar en que después de muerta permaneció su cadáver algún tiempo, allá pasado el torrente Cedrón, en el valle de Josefát, al comenzar el monte Olivete...; y hoy en que aún enfermo, consigno en estas páginas mis recuerdos e impresiones de aquellos Santos Lugares, experimenta mi alma una tierna y suavísima afección.

»En el fondo de la basílica, no lejos del sepulcro de María, se ve un altar perteneciente a los armenios no unidos; cerca de éste otro perteneciente a los griegos no católicos, y cerca de los dos un pequeño ábside donde oran los musulmanes, que también los musulmanes de Oriente veneran a Cristo, a quien llaman el *espíritu de Dios*; y a la Virgen, a quien proclaman la *más grande y mejor de las mujeres*...»

Don José María Fernández y D. José Freire y Banero, hacen acerca del sepulcro de la Virgen, parecida descripción a la anterior, y respecto al lugar del tránsito de María y a la consiguiente autenticidad de estos santuarios, dicen lo siguiente:

«Respecto a la muerte de la Santísima Virgen, no está enteramente evidenciado que haya sucedido en Jerusalem, aunque es la opinión más probable, casi segura. No faltan, sin embargo, quienes creen que el tránsito dichosísimo acaeció en la ciudad de Éfeso. Fúndanse en el pasaje de la carta dirigida por los PP. del Concilio Efesino al clero y pueblo de Constantinopla (431): 'Nestorio fue condenado en Éfeso, donde Juan el Teólogo y la Santa Virgen María, Madre de Dios...' No acaba la oración, que algunos completan diciendo:

'descansan o murieron'; pero la generalidad de los críticos opinan que el pasaje completo debía decir así: 'Nestorio fue condenado en Éfeso, donde el teólogo Juan y la Santa Virgen María, Madre de Dios, vivían, o tienen iglesia, o son honrados con culto particular'.

»Otra razón alegan los que sostienen que la Virgen Santísima murió en Éfeso, es a saber: que aquella iglesia le estaba dedicada, según consta en las actas de dicho Concilio. La fuerza de este argumento estriba en que, a decir de los que le emplean, no se erigía iglesia alguna a un santo, sino cuando se poseían reliquias, o en el sitio en que había sufrido el martirio. Pero además de que no era esta práctica invariable, pues consta que las reliquias de los santos solían distribuirse entre diferentes pueblos que las solicitaban por su especial devoción, y que se erigían altares e iglesias a un mismo santo en varias ciudades a la vez, sábese positivamente que apenas Constantino dio la paz a la Iglesia, fueron consagrados muchos templos con la advocación de la Madre de Dios.

»Por otra parte, nadie ha pretendido jamás que la iglesia de Éfeso, ni ninguna otra, poseyese las reliquias de la Santísima Virgen María, lo cual valdría tanto como negar su ascensión gloriosa a los cielos.

»Hay un argumento negativo de mucho peso, en nuestra opinión, contra los que afirman que Nuestra Señora murió en Éfeso. Al enumerar Polícrates en su carta al Papa Víctor los privilegios de la iglesia Efesina, no hace mención de este suceso, que de haber acaecido allí, habría contado como el primero y más glorioso.

»Muchas más razones militan en favor de Jerusalem Prescindiendo de la tradición inmemorial, sabemos que desde los primeros días del Cristianismo se levantaron templos en honor de la Virgen Santísima, en este lugar y el de su sepulcro. Juvenal, obispo de Jerusalem, que asistió al citado Concilio de Éfeso, en carta dirigida a la emperatriz Santa Pulquería y al emperador Marciano, les dice, contestando a los piadosos esposos, que le pedían reliquias de la Virgen, que en el Gethsemaní se enseñaba el sepulcro vacío *bienaventurada Señora*. San Arcadio, San Wilibaldo y otros peregrinos del siglo VII y VIII, visitaron en el monte Sión el lugar en que murió la Virgen, y en el valle de Josafat su sepulcro benditísimo.

»La tradición griega está en un todo conforme con la latina; son muy notables y explícitas las palabras de Andrés, arzobispo de Creta, que vivía en los citados siglos VII y VIII.

»Dice aquel prelado en su sermón sobre el tránsito de la Virgen Santísima, 'que la bienaventurada Señora había vivido en el monten Sión, en el mismo sitio en que se enseñaba su casa, convertida en iglesia, en la cual se veían los vestigios de sus rodillas en el lugar donde hacía oración; que allí también murió, rodeada de los Apóstoles, de los setenta discípulos y de gran número de santos, quienes transportaron al valle de Gethsemaní su cuerpo, que no conoció corrupción; que resucitó y subió al cielo, y finalmente, que el sepulcro de María es honrado por el concurso de fieles, que con este objeto van a Jerusalem de todos los pueblos de la tierra'; y San Juan Damasceno, que nació en el siglo VII y murió a mediados del siglo VIII, en el convento de San Sabas, cerca de Jerusalem, dice en otro sermón sobre el mismo asunto, 'que la Madre de Cristo murió en el monte Sión, y fue sepultada en el valle de Gethsemaní por los Apóstoles; que también se hallaban presentes a su muerte gloriosa los Ángeles, los patriarcas y profetas; que su cuerpo resucitó glorioso y fue transportado al cielo; que los mismos Ángeles reverencian el sepulcro vacío; que los fieles acuden allí de todas partes en gran número, le visitan con devoción y riegan con sus lágrimas, y finalmente, que Dios obra en él muchos milagros'. San Germán, arzobispo de Constantinopla, contemporáneo de San Juan Damasceno dice que la Virgen Santísima sufrió la ley común de la muerte, que su cuerpo no experimentó corrupción, sino que fue llevado al cielo por ministerio de Ángeles...

»Las iglesias de Oriente están conformes con la latina y la griega, en colocar en Jerusalem la muerte y sepultura de la Santísima Virgen María. Y al decir iglesias, no intentamos excluir a las herejes. Los nestorianos, que aunque niegan la divina maternidad de la Virgen Santísima, profesan a la Señora gran veneración; tanto, que algunos autores aseguran que ofrecen en su

honor un pan, que dan en forma de comunión, pretendiendo que es el cuerpo de la Santa Virgen; creen que la Madre de Cristo fue transportada desde Jerusalem al Paraíso en cuerpo y alma. Abeyesu, escritor sirio, consigna la común creencia de los nestorianos a este propósito: 'Después de la muerte del Salvador, dice, San Juan Evangelista se hizo cargo de la Santísima Virgen, sirviéndola como a Madre suya. Muerta a la edad de sesenta y un años, su cuerpo fue transportado por ministerio de Ángeles al Paraíso terrenal. Todos los Apóstoles se habían reunido en Jerusalem, antes del tránsito glorioso de la Señora'.

»Consignemos, por último, el testimonio de un escritor árabe, Abu-Batrik, según el cual, Teodosio el Grande edificó en Gethsemaní, en el sepulcro de la Virgen, una iglesia que Cosroes destruyó en la toma de Jerusalem».

Y por último, como confirmación de cuanto llevamos dicho de los anteriores católicos viajeros y peregrinos, veamos lo que acerca del lugar de la muerte de María Santísima y de su sepulcro dice don Narciso Pérez Royo, en su interesante *Viaje a Egipto y Palestina*, en el tomo 32, página 39. Después de describir la iglesia de la Asunción, dice:

«He dicho que la autenticidad del sepulcro de la Virgen descansa sólo en la tradición. Es ésta tan antigua y constante; reviste tan marcado carácter de verosimilitud; hállase sancionada por el sentimiento unánime de tan opuestas razas y creencias, que avasalla la mente, disipa la duda y conmueve el corazón. En el retiro silencioso y plácido de este Santuario venerable, cuya indecisa luz parece agigantar las sombras de sus ámbitos, respira el alma indefinible paz, y henchida de místico entusiasmo, cree, medita, ora, elévase enajenada al estrellado trono de la Madre purísima del Verbo, mientras besan los labios y las lágrimas riegan la consagrada tumba, probable último punto de la tierra que santificó su presencia maternal».

Como vemos, tales son las opiniones de los citados escritores, admitiendo todos la antiquísima tradición consagrada, aceptada y exaltada por la Iglesia, no faltando para ser dogma de fe mas que la declaración de quien puede hacerlo por su indiscutible autoridad en la materia.

María terminó su existencia terrenal cuando la voluntad de Dios su Hijo plugo a sus inescrutables juicios. Dejó la existencia terrenal y al Empíreo fue ascendida por la Trinidad Santísima, dejándonos a los hijos de Eva en este destierro, bajo su dulce amparo, siendo nuestra esperanza, nuestro consuelo y puerto en nuestras desgracias, que nos acoge siempre benévola cuando la fe y las lágrimas de nuestro corazón herido brotan de nuestros ojos, siendo el consuelo de los afligidos, la eterna salud de los enfermos que a Ella imploran, Reina y Señora de nuestros corazones y auxilio del alma cristiana en los naufragios de la vida y esperanza nuestra a la que encaminamos nuestras oraciones y ponemos por intercesora de su divino Hijo.

Pero si ascendió a los cielos, dejó para nuestro consuelo el perfume de su pura existencia, que seguirá reinando y embriagando de dulce amor y ardiente caridad a nuestras almas, en las que reina y reinará como eterna verdad, confesada por el amor de su Hijo, que la puso por Madre e intercesora entre los hijos de Adán, lavados de la culpa por su santísima sangre. Y María seguirá reinando en nuestras almas, y con el dulce nombre de Madre la invocaremos como Madre de nuestras almas, y como Madre la han invocado e invocan nuestras madres en sus momentos de dolor, de pena, de angustia y llanto, así como en lo terreno en nuestra niñez la invocamos y también en la juventud, cuando hieren nuestros corazones los primeros dolores y desengaños de la vida.

Ascendió a los cielos después de su glorioso tránsito, y allí, gozando de la presencia de su Santísimo Hijo, goza del premio de su pureza inmaculada, la que fue arca santa que encerró el cuerpo de Dios al descender a la tierra, siendo hermoso tabernáculo que gozó del privilegio incomparable de dar la existencia humana al Hijo de Dios.

¡ María, nuestro amparo y Madre! acoge nuestro trabajo, llevado a cabo lleno de fe y esperanza en tu santa misericordia y que en tu honor y gloria te ofrecemos como ofrenda

pobre, mezquina y. pequeña de nuestro amor, y que a tus pies deponemos. Acoge nuestra ofrenda, hija del corazón, y ruega por nosotros a tu Santísimo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, nuestro Redentor y Salvador del pecado.

Capítulo XXX

LA REPRESENTACIÓN DE MARÍA SEGÚN LAS ARTES PLÁSTICAS. -LOS RETRATOS DE MARÍA ATRIBUIDOS A SAN LUCAS SON APÓCRIFOS. -SAN LUCAS NO FUE PINTOR. -NO POSEEMOS UN RETRATO INDUBITABLE DE MARÍA. -SUS IMÁGENES DESDE LOS ANTIGUOS TIEMPOS. -EDAD DE MARÍA CON QUE DEBE SER REPRESENTADA EN DISTINTOS PASAJES DE SU VIDA. -REPRESENTACIÓN PICTÓRICA DE LA ASUNCIÓN DE LA MADRE DE DIOS.

La pintura y la escultura no dejaron desde los antiguos tiempos de poner a contribución sus elementos para representar, de la manera más hermosa en lo humano, la irreproducible belleza de la Madre del Salvador. Así es que desde los más antiguos tiempos, tal vez desde los primeros siglos del cristianismo, María ha sido representada ya por la pintura primero, y por la escultura después, viniendo desde la corte bizantina hacia Occidente.

Interesante es la iconografía de la pura Virgen en las distintas representaciones de su Presentación en el Templo, en los Desposorios, la Anunciación, la Natividad, Adoración de los pastores y reyes; en la Presentación del Niño-Dios al templo, o sea en la Purificación; en la calle de la Amargura, en el Calvario, en el entierro de Cristo y en la más dolorosa representación de su vida, la Soledad, y por último, en los dos más grandes y apoteóticos actos de su vida, la Inmaculada y en su Asunción a los cielos. Representaciones todas en las que el pincel cristiano, el buril y el grabado han procurado llevar a sus obras toda la inspiración más alta, más pura, noble e ideal que ha sido posible a la mente y al concepto humano en la representación de tanta y tan hermosa y pura grandeza de la Madre de Dios. Así, pues, de consuno, las artes inspiradas en la fe y en el amor a María, esforzaronse desde los primitivos tiempos del cristianismo, en hallar, buscar y representar de la manera más ideal a la Virgen pura y sin mancha, ya en su Inmaculada representación, ya como Madre del Salvador en los distintos estados de su vida.

Pero lo que el arte ha hecho y la tradición ha conservado aun desde los tiempos más antiguos del cristianismo, no ha sido lo suficiente para conservarnos un retrato verdadero auténtico del rostro de María, de suerte, que las imágenes atribuidas a San Lucas no han hallado base sólida en que asentarse, y sólo han tenido por fundamento una piedad y devoción que no ha podido dar una base sólida, firme en que pudiera cimentarse aquella creencia.

Ya desde el siglo V por lo menos se veneraba en Constantinopla una imagen de María que se decía pintada por San Lucas, la cual se veneraba en la iglesia de los *Odegos* (los guías); esta iglesia fue restaurada por Santa Pulcheria, la que puso en aquélla una efigie de María que le regaló la emperatriz Eudoxia y era atribuida al Santo Evangelista Lucas. Pero a esto hay que hacer una observación, y era que según San Jerónimo, el Evangelista no era pintor, sino médico, opinión que hoy se puede decir que es la que siguen todos los críticos piadosos. Pero como para formar un juicio crítico imparcial y seguro se necesitan bases sólidas, los pintores cristianos que han examinado estas pinturas, han encontrado en ellas estilo y procedimientos pictóricos que no son de la época del Evangelista, sino de épocas muy posteriores.

Hoy día los críticos, por tanto, no admiten ya como de San Lucas estas pinturas, ni que fuera pintor, y por lo tanto, que no son de su mano las imágenes veneradas como a tales. Hay que

tener en cuenta que del simbolismo de la palabra se tomó como hecho real lo que propiamente fue un estilo figurado. Por lo mucho que San Lucas habló, pintó con la palabra y describió en su Evangelio a la Santísima Virgen, más que ninguno de los otros Evangelistas, los primeros cristianos le denominaron el *pintor de la Virgen*, y vino por el sentido figurado a tomarse como real y material lo de pintor de la Virgen, pasando al vulgo y entrando en sus dominios la idea de ser San Lucas pintor real y verdaderamente.

La tradición dice que tres fueron las principales imágenes de Virgen que pintó San Lucas, y a éstas hay que añadir otras muchas; en Roma, por de pronto, sin salir de ella, se citan ya tres, que son:

La de Santa María la mayor en la capilla de Paulo V.

La del Álamo (*del Populo*) en la vía Flaminia. Téngase en cuenta que el pópulo procede del latín *populus* que significa *álamo* y que en uno se apareció esta imagen que en castellano debiera llamarse del Álamo, y representación de ésta hay en muchas iglesias de España, denominándose también con el nombre del pópulo, que traductores ignorantes traducen por *del pueblo*.

Esta pintura que hemos citado es bizantina pura en su dibujo y estofado y muy parecida a la del Socorro que se venera en la iglesia de los PP. Redentoristas de San Alfonso Ligorio.

Otra de las tres es la de Aracoeli, que supone la tradición que es la que se trajo de Antioquía y regaló a Santa Pulcheria la Emperatriz Eudoxia.

Ninguna de las tres se parece a la otra, ni están dibujadas por una misma mano, siendo distinto, dibujo, estilo, colorido y procedimiento.

A fines del siglo XIV el monarca francés Carlos VI dijo que había adquirido la efigie de la Virgen pintada por San Lucas y que había pertenecido a Santa Pulcheria y de ella envió copias a varios monarcas, entre ellos D. Martín de Aragón.

Además de las citadas imágenes se atribuyen también a San Lucas, otra que se conserva en el cerro de la Guardia junto a Bolonia en un convento de dominicas dedicado a San Lucas, otra en Santa María la mayor en Nápoles, además una en la Anunziata en Trapani, y por último en un pueblo de Baviera otra que se dice traída de Creta.

Tenemos por tanto un total de nueve imágenes retratos de María atribuidas a San Lucas y todas ellas distintas, viniendo todavía a aumentar esta confusión de imágenes de María, otra de San Lucas como pintor, la de hacerlo también escultor y atribuyéndole las esculturas de las Vírgenes de la Almudena y de Atocha que se veneran en Madrid.

Después de estas obras atribuidas al Evangelista, vienen luego un número considerable de representaciones de María atribuidas por la piedad a obra y manufactura de los ángeles, tanto en pintura como en escultura y de las cuales numerosos ejemplares tenemos de aparición y ejecución milagrosa.

Que María fue representada por el arte desde los primeros tiempos del cristianismo, es un hecho indudable, como lo comprueban numerosísimos ejemplares de imágenes de la Madre de Dios, desde los frescos de las Catacumbas, las esculturas y pinturas bizantinas, ojivales, y de las diversas escuelas en tiempos posteriores, representaciones de la pura Virgen que llevan impreso en sí el sello característico de épocas y escuelas y aun de los etnográficos de raza según los pueblos en donde era representada, y puede citarse como la escultura más antigua de María el bajo relieve que la representa con el niño en los brazos, hallado en las ruinas de Cartago poco ha, y parece obra del siglo IV. La Virgen del Coral de Sevilla y la del Puig en Navarra, todas ellas de la época visigoda.

Ya dijimos algo acerca del color de María, hermosura y disposiciones exteriores: suponen algunos que su belleza era sorprendente tomando al pie de la letra el Libro de los Cantares, pero téngase en cuenta que la belleza corporal nada significa ante los ojos de Dios. María fue sencilla y amante del retiro y del recato y estas bellezas son de más estimación y aprecio que la natural del cuerpo.

Respecto de la hermosura de María, Santa Teresa de Jesús nos ha dejado datos interesantísimos de la Madre de Dios, en su relato de la Visión que tuvo de la Señora un día de la Asunción en el convento de Santo Tomás de Avila respecto de su aspecto exterior. «Era grandísima, dice la santa, la hermosura que vi en Nuestra Señora, aunque por figuras no determinó ninguna particular, sino toda junta la hechura del rostro, vestida de blanco con grandísimo resplandor, no que deslumbra, sino suave. Al glorioso San José no vi tan claro, aunque vi que estaba allí, como las visiones que dicho, que no se ven, parecióme Nuestra Señora muy *niña*».

Los protestantes pretenden que debe pintársela anciana, lo cual es una novedad tan ridícula como muchas de sus extravagancias. Para fundamentar esta pretensión necesítase conocer la época de los acontecimientos con relación a la edad de María. Los principales acontecimientos de la vida de la Señora tuvieron lugar en el período de los veinte años, casi una niña como hemos visto: sus desposorios, la Encarnación, la visita a Santa Isabel, el Nacimiento de Jesús, la huida a Egipto, son hechos que ocurren en los tiernos años de María; así pues, ¿cuándo la hemos de representar como anciana, cual aquellos pretenden? Es muy cierto que representarla, como han hecho algunos pintores, al pie del Calvario casi una joven, si no niña, es un error lo sería tanto como el pintarla anciana; entonces tenía más de cincuenta años, y bajo esta consideración de edad hay que representarla; pero de los cincuenta años, a la ancianidad, todavía restan algunos que atravesar, para la pretensión de esta manera con que se la quiere corporizar por aquéllos; pero sí debe pintársela *niña y de grandísima hermosura*, como dice Santa Teresa, cuando el cristiano y pintor religioso quiera representarla en los hechos principales de su vida que hemos señalado e historiado anteriormente.

Como hemos dicho anteriormente y ahora repetimos, no poseemos una imagen indudable como representación pictórica del rostro de María; cuantas imágenes hemos citado como obra de San Lucas, que sabemos que ni era pintor, ni escultor, como se ha pretendido, son apócrifas, y hasta la fecha las más antiguas representaciones de María son las encontradas en las pinturas de las Catacumbas, imágenes simbólicas que indudablemente ningún parecido tendrían con el rostro de María, aun cuando la fe y amor que guiaba el pincel de aquellos primeros artistas era mucho mayor, mucho más poderosa que los recursos artísticos y conocimientos del arte que guiaba aquellas manos, movidas por el amor, la fe y devoción en la Madre del Dios de las bondades, del Jesús definidor de una doctrina de paz y de esperanza entre aquellos pobres esclavos que servían a los señores del mundo.

Las pinturas de las Catacumbas, como hemos dicho, nos suministran datos muy interesantes respecto de las primeras representaciones iconográficas de las personas, cosas e ideas de la perseguida religión de Jesucristo, y a esos restos venerandos y sagrados hemos de recurrir para obtener un completo juicio de las artes pictóricas y de las representaciones de Jesús, de María y del Eterno Padre. Allí, y en los inapreciables trabajos de Rossi, hemos de buscar y hallar las ideas y conceptos que sirvieron a los artistas bizantinos en sus pinturas e imágenes, las más antiguas representaciones de María por medio de la escultura y de la pintura.

No hace muchos meses que en los trabajos que se están realizando en las Catacumbas o cementerios, se ha encontrado una pintura que hasta hoy, si descubrimientos posteriores no la hacen pasar a otro lugar, representando a María, es la más antigua; no hemos podido obtener una reproducción de aquella pintura trazada en la bóveda de un arcosolium, y por tanto no podemos decir más sino que la Virgen está representada sin el Niño Dios, como otras muchas de remota antigüedad; que la indumentaria tiene más carácter romano que judío y los colores son el blanco y el rojo con la túnica azul, conservando el recuerdo de la antigua y aún hoy usada capa de las nazarenas.

Como prueba y datos concluyentes del culto de las imágenes, tenemos algunos que podremos citar como corroboración de nuestro aserto, y como hecho consignado perteneciente al siglo IV. San Basilio el Grande nos habla de una imagen de la Virgen ante la cual se complacía en

hacer oración, y a este dato es al que se refiere San Juan Damasceno cuando en su «*de imagin. orat. I.*» que la institución de las imágenes fue antigua y no moderna, conocida y usada entre los santos e ilustres Padres, he aquí la prueba... También podremos hacer mención de lo que San Gregorio Magno advirtió a Januario para que retirase de una Sinagoga, en la que con culto y veneración se custodiaba una imagen de la Virgen y una cruz. Anastasio el Bibliotecario, que vivió en el siglo IX, nos hace referencia de una conferencia de San Máximo con Teodosio, obispo de Cesárea, en la que dice que los Padres que a ella asistieron, saludaron con genuflexiones las imágenes del Salvador y de la Virgen María.

Vemos, por tanto, que la representación de María por medio las imágenes es muy antigua y venerada en representaciones plásticas, según consignación de los citados cristianos escritores. En las antiguas representaciones de los personajes más culminantes de nuestra religión, resultan algo de sabor pagano en las que de el Buen Pastor, Jesús dominando con el arpa a las fieras, etc., se conservan, se comprende la idea estaba representada por el simbolismo, pues de esta suerte no se hacían sospechosas a los paganos y se evitaban las consiguientes profanaciones, pinturas todas ellas que se remontan al siglo de Augusto y época de Adriano.

Cuando el cristianismo triunfante en los tiempos de Constantino sale de las Catacumbas y se esparce sobre Roma y el imperio, se apodera el arte de las paredes de las basílicas decorándolas con las pinturas sagradas, enriqueciendo los muros exornados entonces con el lujo con que los romanos habían embellecido los muros de sus casas con las obras del arte pictórico. Las imágenes de Jesucristo y de María y de los Apóstoles, sufrieron una determinación bajo la influencia del arte antiguo.

No obstante, la representación artística no pudo precisar por entonces, dado lo primitivo del arte, representaciones en acción, porque estos asuntos como hijos de un arte más perfecto no se trataron hasta el siglo VII, época en que el arte antiguo se había perdido ya completamente, y como no se habían hallado tradiciones en estos puntos ni fórmulas antiguas que corregir, de aquí que el arte se produzca como hijo de la fe y de los Evangelios, hablando a todos por la acción pictórica un lenguaje a todos comprensible. Las pinturas que hallamos en las Catacumbas, como la representación del martirio de la virgen Salomé, puede asegurarse con Rossi, que son de época muy posterior.

La irrupción de los pueblos bárbaros hizo que, huyendo los cristianos de aquéllos, se refugiaran en Bizancio o Constantinópolis, y allí, aquel arte rudo, embrionario, comienza a desarrollarse, y entonces aparecen obras plásticas de un gran sentimiento, de una gran inspiración notable por la misma efusión religiosa que las inspiraba, y cuyas obras hoy admiramos y contemplamos con un tranquilo placer, con un dulce encanto, semejante al que nos produce la contemplación de aquellas ingenuas y sencillas obras.

Las persecuciones de los iconoclastas son un elemento de progreso en las mismas artes, la persecución aquilata el sentimiento, llena las imaginaciones de pensamiento e inspiración artística, y produce el resultado contrario de lo que se propusieron los perseguidores de las imágenes. Entonces los refugiados en Bizancio, los artistas y creyentes huyen de aquélla, de tales nuevos enemigos, y refúgiansen en Italia, enemiga declarada de los propósitos e ideas de aquel emperador, y entonces Italia se convierte en una patria para el arte, que halla en esta tierra un terreno abonado para el desarrollo de aquél y adelantamiento y perfección en las artes plásticas, por las especiales condiciones de los italianos para el cultivo y adelanto de aquéllas, siendo el factor más importante para aquel desarrollo, progreso y adelanto, la decidida protección, apoyo valiosísimo del Pontificado, que ha sido siempre el Mecenas más poderoso para el adelanto y protección de las bellas artes.

Bien es cierto que el arte bizantino influyó con sus reglas y prescripciones de una manera poderosa, señalando con sus reglas y preceptos a las que debían acomodarse las representaciones, llegando la Iglesia a fijar los tipos de las imágenes, tal vez como causa de

las alteraciones que introducían los iconoclastas, y así vino a sujetarse aquel arte a condiciones de carácter, indumentaria y orfebrería que tan abundante se muestra en las imágenes de aquella escuela o estilo; prescripciones tan fielmente observadas y cumplidas que ha llegado hasta nuestros días con la escuela y obras del artista ruso Souzdal, representante de la tradición bizantina.

La transición a Italia se dejó sentir por modificaciones que sin alterar el canon a que se sujetaba y venía determinada la pintura, no obstante, ambas escuelas se diferencian señalando las dos escuelas contemporáneas y coetáneas de la bizantina y la bizantino-italiana, naciendo una nueva escuela, puede decirse, en Pisa y en Siena con obras tan aceptadas, consideradas como los Cristos Pisanos y las Madonas Sienesas, escuelas que nacen a la par y tienen, puede decirse, su concentración en las escuelas Florentinas. Siena hállase en esta época en su esplendor (siglo XIII), y el mosaico constituye una de sus primeras glorias artísticas, como lo comprueba el incomparable mosaico del pavimento de su catedral, que no pudimos ver sin admiración, ni contemplar sin encanto en sus hermosas y correctas composiciones.

En Cimabué, con su hermosa pintura de la Virgen que conserva en Santa María Novella, se ve y contempla el genio y pensamiento de la escuela Sienesa, y en ella admiramos perfectamente combinados todo el rigor preceptivo de que hemos hablado, junto con la dulzura, majestad y elevación de la escuela tan característica circunstancia, sin duda, a la que debió este cuadro su gran celebridad y la devoción y entusiasmo con que se contempla, admira y venera. Este pintor puede decirse que, es el último representante de la escuela bizantina, siguiéndole Giotto, que no llegó a dar a sus imágenes de María el tipo tradicional conservado por la escuela bizantina, no supo dar esa vida espiritual alejada de la materia, que señalaron las escuelas anteriores, y aunque no vulgares y hermosas aquellas cabezas de la Madre de Dios, sin embargo se presentaron con demasiado realismo, denotan más a la mujer madre que a la pura doncella Madre de Dios Hombre.

Fra Angélico es el reverso, y sus Madonas son modelo de una inspiración tan espiritual, tan alejada de la materia, que bien podemos decir que en ellas es tan inmaterial la obra como la pronunciación de nombre tan dulce de María. En sus imágenes de la Madre de Dios, en sus ángeles, constituyen escuela; respírase tanto misticismo, tranquilidad y reposo, que vese en ellas un bizantinismo tan correcto y tan espiritual, que pudiéramos considerarlas como el *sumum* del arte nacido en las riberas del Bósforo.

El estilo ojival no pudo menos de influir también de una manera poderosa en la pintura y en el arte, reproduciendo, si bien con más corrección que el bizantinismo, las imágenes de María, ganan éstas mucho más en expresión y algún mayor movimiento y elegancia medio de la plácida beatitud que respiran en todas estas representaciones. De aquí esa impresión tan agradable, tan hermosa e inspiradora que nos producen la contemplación de las imágenes que de aquella época conservamos cuando las comparamos con las de aquella época del barroquismo, tan poco inspiradoras por su representación, como repulsivas por sus antiestéticas formas en que las ropas sustituyen a los elegantes plegados, mantos y túnicas majestuosas, sustituidas por trajes de tela de formas, colores, cortes y colocaciones tan inverosímiles como de mal gusto.

La comparación entre ambas escuelas determina el gusto, la elegancia y la majestad en esas hermosas esculturas de la época ojival, y el mal gusto, la falta del sentimiento de belleza que nos acusan esas representaciones de María, ataviadas con pesados hábitos de terciopelo cuajados de bordados inverosímiles y de pedrería, con un aspecto de lujo oriental que contrasta de una manera notable con la humildad y pureza de Aquélla.

De esta oscilación entre las tendencias idealistas y las materialistas fue necesario un equilibrio especial que diera al misticismo cristiano lo que le correspondía, sin quitar al arte sus legítimas y propias aspiraciones de realizar la belleza por medio de las obras. Y esto vino a verificarse durante los pontificados de Sixto IV al de julio II, en cuyas épocas, ambas

tendencias tuvieron su legítima representación en los trabajos de Miguel Ángel y Rafael Sarti. La tendencia al paganismo se muestra aún y de aquí la representación de una belleza pagana en muchos casos y un espíritu que desvirtúa las composiciones, como puede verse en los ángeles de Fra Angélico y de Ribera; misticismo y naturalismo que contrasta notablemente con la idea de la pintura cristiana.

En los tiempos actuales se ha modificado algún tanto el sentimiento estético de las representaciones de María, sustituyendo con un arte quizá también algo amanerado por la afeminación de las escuelas francesas las representaciones barrocas de María en forma de embudos con mantos y ropajes tan antiartísticos como feos, con detalles del mal gusto característico de la casa de Austria durante su triste imperio tan fatal para nuestra patria. *Neque novimusfaciem Virginis Mariae*, exclama San Agustín; desde la época en que floreció este Santo Padre de la Iglesia, fines del siglo IV y principios del V, no se tenía, como hemos dicho, noción ni conocimiento de un retrato auténtico de María. Como hemos dicho, la persecución de los iconoclastas dispersó de Constantinopla a multitud de artistas que huyeron a Italia llevando representaciones de María que se reprodujeron como el tipo tradicional hasta el siglo XII, atribuyéndolas como hemos indicado a San Lucas como pintor, confundiéndole con un Lucas pintor que vivió en Italia por el siglo XI.

El tipo adoptado por los bizantinos fue el de la matrona romana, aunque algún tanto espiritualizado de la material belleza de aquellas ostentosas y carnudas mujeres, y de aquí que en la basílica de Santa Sofía se ha podido ver el tipo admitido por los bizantinos en aquella época, lo cual viene a confirmar la opinión de un tipo mixto admitido a la sazón por los mismos en la representación de María.

Esta opinión ha sido confirmada por los trabajos de Rossi, habiéndose visto aseverado este parecer por las representaciones de la Virgen María en la adoración de los Magos, que se conservan en las Catacumbas de Domitilla y San Calixto, las que según la crítica histórico-pictórica se hacen datar del siglo II de la Iglesia. Después del célebre Concilio de Éfeso (431) con mayor razón adoptó la representación de María como Madre de Dios con el Niño Jesús en brazos, separadamente de la adoración de los Magos, en los demás conceptos de su representación, reconociendo a María como Madre de Dios, contra la herejía de Nestorio. Mas a pesar de lo dicho, no debe creerse que antes del citado Concilio no hubiese sido representada María como Madre de Dios y con el Niño Jesús, porque hay ejemplos que prueban lo contrario. Al siglo II hace también subir el P. Marchi la representación María con el Niño Dios en la falda, los brazos abiertos como en invocación, con túnica amarilla, manto azul y velo blanco; y en cripta de Santa Magdalena existe, aun cuando sin interés estético, bajo relieve en actitud orante y otras pinturas entre los apóstoles San Pedro y San Pablo confirma lo dicho.

En estas pinturas María aparece representada como joven y al concordante con la edad que debía tener dada la niñez del Hijo de Dios.

La representación de María como *Mater Dolorosa*, es el tipo anexo a la representación de los primeros crucifijos y al pie de la cruz, siendo sus representaciones primeras del siglo VI, aun cuando no coincidiendo la representación con la edad que debía tener María cuando se realizó el sacrificio del Calvario.

Pero a partir del tipo bizantino, se presenta bien distinto del que ofrece la imagen citada de Santa Sofía y aunque más determinado no por esto deja de llenar en el fondo del cuadro la simbólica inscripción del M P - O O Y. En cambio la iconografía griega varió mucho la representación de la Virgen, aun cuando la latina tampoco ha quedado atrás en este punto, y así, desde la representación de María en las catacumbas, hasta la Virgen de Rafael y las representaciones de Overbck, siempre la inocencia y pureza de María ha brillado en todas las representaciones de la Señora, llenando las aspiraciones cristianas de amor y ternura de madre con el amor divino, y las pura y sentidas concepciones estéticas del arte cristiano.

Ya al ocuparnos de la edad de María indicamos algo cuando hablamos de los distintos acontecimientos de su santa vida, pero al hacerlo así llevábamos la idea de extendernos acerca de este punto que en tan poco han estimado los pintores, incurriendo por tanto en anacronismos tan notables como les ha sucedido en cuanto a la parte de indumentaria o sea el traje de la Virgen.

La edad en que debe representársela debe ser la propia a los distintos estados de su vida, de aquí que únicamente Joanes en su incomparable Concepción y Murillo en su hermosa e inspirada composición de la pureza de María, han sido los que han estado acertados en la representación de la edad de la pura Señora. La han representado como una niña en la entrada de la pubertad y se comprende que así sea la pura Concepción de María; se refiere a un estado de pureza incomparable, a una inocencia celestial, y ninguna edad la más propia que la de la entrada en la edad adulta, en la que siendo esposa y madre, había de ser virgen antes y después del parto. Así es que tanto Joanes como Murillo la han representado en el misterio de la Inmaculada Concepción como una niña con los atractivos de la segunda edad y la pureza positiva de la niñez, pureza e inocencia que nunca la abandonó por la gracia del Padre que la había destinado a ser el arca santa que encerrara el cuerpo del Unigénito en su misteriosa Encarnación obrada por el Espíritu Santo.

Pero no cabe igualmente representarla en tal juventud cuando la hallamos como madre en la adoración de los Pastores y los Magos, ni de la misma edad y aspecto juvenil al regreso de Egipto y cuando recorre el templo y Jerusalem en busca del perdido niño, del Hijo de Dios confiado a su cuidado. No, entonces ha de existir la diferencia de edad, el lapso de siete años, de siete años de penalidades y sufrimientos en el destierro, y con penosos viajes de ida a Egipto y de regreso, cuando el Ángel les ordenó la vuelta a Nazareth, en donde había de comenzar la predicación del Hijo de Dios, ni cuando queramos representarla corriendo despavorida en busca de Jesús, hombre de mayor edad, cuando quisieron sus paisanos despeñarle del tajo del precipicio. Entonces ya es María la mujer próxima a entrar en la vejez, pues el tiempo no pasó en vano sobre aquella naturaleza llena de gracia, pero humana en cuanto a la existencia, y llena, por tanto, de penalidades y sufrimientos que envejecen y van agotando los encantos de la vida en las naturalezas sujetas a las leyes ordinarias de la vida. De aquí, pues, que no anduvieron desacertados los bizantinos al representarla con el Niño Dios en sus brazos, como una matrona del tipo romano llena de los encantos que proporciona la naturaleza al penetrar en el ocaso de la vida. No era ya la niña concebida sin pecado original, no era la madre que por su edad llegaba a los cincuenta y más años al partir con su hijo para Jerusalem a terminar su vida de predicación y enseñanza en el patíbulo de la cruz, cumplidos los treinta y tres años de su existencia, debiendo suponérsele entonces a María, en sus dolorosas representaciones, de una edad que no bajaría de los cincuenta y tres años. Considérese además el clima de Palestina, en el que el crecimiento es rápido, la mujer lo es a los doce años, y compréndase que cuando la naturaleza tiene crecimientos tan rápidos, con la misma prontitud se envejece, y no debe, por tanto, representarse a María en la calle de la Amargura, ni en el Calvario al pie de la Cruz, como una mujer de veinticinco a treinta años, llena de juventud y de humana hermosura, sino como una mujer de cincuenta y cuatro años, en cuya cabeza los sufrimientos y dolores habían hecho asomar ya más de un hilo de plata que surcaron aquella hermosa cabeza. Aquí en estos dolorosos trances para la pura Madre, no debe el pintor recordar a la pura Concepción, sino reproducir en su mente la belleza de la mujer que ya ha cumplido los cincuenta años de existencia y es madre, llena de dolores por el sufrimiento alimentados y que laceran el corazón más empedernido y menos sensible, al dolor de una madre virgen y de un hijo de edad viril que muere ajusticiado por el populacho en medio de sufrimientos que el alma no concibe, la inteligencia no comprende, ni el pecho humano entiende sin que las lágrimas asomen a los ojos como manifestación externa del dolor y pena que embarga nuestro ánimo ante espectáculo tan cruento y sufrimientos tan atroces.

Por tanto, el aspecto de María al pie de la Cruz ha de representar a la mujer madre, a la madre de un hijo de treinta y tres años, apenada por el dolor, y cuyos cabellos comenzarían a blanquear, como externa manifestación de tantos y penosos sufrimientos.

Ahora bien; ¿qué representación había que dar a María en cuanto a la edad respecto del acto de su Asunción a los cielos? Téngase en cuenta lo que hemos dicho respecto a los años que sobrevivió a su Hijo Jesús, y añadiendo estos años a los que contaba cuando la muerte de Jesús, su representación en el acto de la muerte ha de ser de una edad mayor a la con que debe representársela en la cumbre del Calvario, y por tanto es ya una anciana la que deja el mundo terrenal para volar al cielo su alma pura y sin mancha, que va a recibir de manos del Altísimo la coronación de la gracia.

Pero, si pretendemos representarla en el glorioso acto de su Asunción a los cielos, no ya la anciana de cuerpo es quien asciende llena de gloria al Empíreo, no, es ya la pura joven del acto de su Inmaculada Concepción, es el alma pura y virginal que entre nubes de luz y rodeada de los espíritus celestiales sube a los pies del trono de la Suprema Majestad a recibir la corona de la gloria por sus virtudes y gracia con que fue adornada por el Creador desde el instante de su pura Concepción. De aquí, pues, que Juanes ha acertado en la representación mística del acto de la Asunción de María, elevada por los Ángeles, rodeada de luz y llena de santa y pura unción sube a los cielos, con modesta mirada que no atreve a levantarse al cielo en que ha de ser coronada como Reina y Señora. Así, bajo el aspecto juvenil, la juventud de su alma pura la vemos representada en este acto en el famoso y sentido mosaico de la Basílica de San Clemente, y en ella se advierten los trazos de un rasgo juvenil y de una hermosura tan inocente como angelical.

Comparando estos cuadros con la Concepción de Murillo, no la tan reproducida por la oleografía y el grabado, se ven los accidentes de una belleza incomparable, junto con un realismo tan hermoso como cristiano. Villareal, en su *Historia del arte*, dice con referencia a Murillo: «Los antiguos críticos han querido desvirtuar las desigualdades que se advierten en las obras de Murillo, pretendiendo señalar tres estilos o maneras, *frío, cálido y vaporoso*, incluyendo en el primero sus cuadros realistas y en el segundo sus cuadros religiosos, menos las Anunciaciones y las Asumpciones que pertenecen según el tercero. Esto es un error; Murillo, que es realista, de los que no perdonan rasgo cuando tratan de representar la verdad, es idealista hasta el éxtasis, y por un raro prodigio del genio, sabe unir cualidades tan apartadas, como puede observarse en el famoso de Santa Isabel».

Por esta razón hemos apuntado que Murillo y Juanes son quienes más y mejor han acertado a representar la belleza de María en los dos hermosos actos de su vida, la Concepción y la Asunción a los cielos, perfectamente representada en toda su celestial belleza y pureza inmaculada, transcribiendo el pensamiento en su elevación por el concepto estético de la pintura de acto tan grandioso como lleno de belleza inspiradora en el sentimiento católico. Hoy, como hemos dicho, la pintura más ilustrada, llena las aspiraciones del sentido crítico-histórico, que encuentra en estas obras llenada la aspiración del sentimiento religioso con la satisfacción de los altos vuelos del arte en sus genuinas aspiraciones. Véase, si no, la hermosa cabeza de María debida al pincel de Saxoferrato que se conserva en la Basílica valenciana, y en ella hallaremos confirmado cuanto llevamos dicho respecto del ideal del arte, viéndose unidas la parte indumentaria muy completa y verdadera, junto con una hermosura y corrección de líneas que aleja de la mente la belleza humana, para elevar el espíritu a la contemplación de la superior belleza descendida de las regiones celestiales.

Y con esto terminamos este punto, materia tan llena de en y en cuyo estudio tanto se eleva la mente a la contemplación de belleza dimanada de la suprema idealidad del concepto estético nace y fomenta el dulce nombre de María.

Capítulo XXXI

MARÍA VENERADA DESDE EL NACIMIENTO DEL CRISTIANISMO. -LAS CATACUMBAS. -TEMPLOS A MARÍA EN ORIENTE. -CULTO DE MARÍA EN LA IGLESIA VISIGODA. -IMÁGENES DE MARÍA DESDE EL SIGLO VII. -NO SE LLEVABAN IMÁGENES EN LAS PROCESIONES.

Culto, devoción y amor a María, pueden decirse que nacieron simultáneos con la adoración al Crucificado, extendida por el mundo su redentora doctrina. Desde los primeros tiempos del Cristianismo, María ha sido adorada y venerada como 'llena de gracia entre todas las mujeres', amparo y consuelo celestial de nuestra alma al invocar su dulce y santo nombre. La devoción a María, el culto a su pureza, el amor de todos los corazones, ha sido tan grande como antiquísimo, pudiendo casi decirse que nació con el arcángel Gabriel, que fue quien primero tributó culto al saludarla con la frase de 'llena de gracia tú que la has hallado ante los ojos del Señor', reduciendo este culto a lo práctico, real y admirable como descendido del cielo.

Que es antiquísimo su culto, lo demuestran la historia y la tradición, entre ellas la veneranda del Carmelo, por la que vemos tributarse culto a María durante su santa vida.

Si la historia necesitara confirmación, la hallaríamos en las mismas leyendas y en los hechos de su misma vida. La semilla arrojada en el seno de fecunda tierra fructifica, y así el culto a María fructificó oportunamente, resultando el culto de María que ha ido aumentando con el transcurso de los tiempos y de los siglos y haciendo de la idea y nombre de María la base de un culto universal a la pura Señora y Madre.

La tradición nos señala la capilla levantada sobre el sepulcro de María a poco de la resurrección de la misma, en donde los discípulos y fieles iban a orar y tributar culto, por cuya causa algunos de ellos sufrieron el martirio, cual si el culto de María y la doctrina de Jesús hubiesen de inaugurarse y cimentarse sobre la sangre de los mártires.

De los sepulcros, de la puerta por donde se entra a la nueva vida, a la eternidad, nació aquél, y en el silencio y la obscuridad de aquéllos germinó, como en las Catacumbas, el culto y veneración, de donde Jesús y María salieron triunfantes para ascender al solio imperial con la protección de Constantino y su virtuosa y santa madre Elena. Allí, como hemos dicho, se encuentra la imagen al culto de aquellos primeros cristianos, representando la protección y amparo de los creyentes presentada con los brazos extendidos y levantados en actitud de orar, y como derramando por sus manos las gracias que los pecadores le piden en tierno ruego y súplica.

En otras la hallamos representada entre los apóstoles Pedro y Pablo, o también en una arboleda con dos palomas aleteando cerca de su cabeza, y en el cementerio o catacumba de Santa Inés vemos una de las más hermosas representaciones de María sobre un ara o sepulcro, siendo de admirar su hermosura, expresión de dulzura y cariño en aquella encantadora representación pictórica de la Madre del Salvador del mundo. Pero lo más sorprendente, la representación más hermosa de María es, según los arqueólogos cristianos, la de que hemos hablado y la verdad en el traje, la dulce actitud en que se muestra, aquellas manos extendidas y aquella boca entreabierta por la oración, son indudablemente la representación más antigua y el retrato más coetáneo de María Santísima, y al mismo tiempo señala la antigüedad del culto y veneración tributada a María desde los primeros siglos del Cristianismo.

La misma liturgia, tanto ortodoxa como heterodoxa, testifica la prueba de la antigüedad del culto a la pura Señora como expresión de la veneración profesada a María: la liturgia de los Nestorianos dice: «Madre de Jesucristo, rogad por mí al Hijo único que nació de Vos, para que me perdone mis pecados y reciba de mis manos pecadoras el sacrificio que mi flaqueza ofrece sobre este altar, por vuestra intercesión a favor mío, Madre santa».

Estas palabras en una herejía que negaba a María la Maternidad divina, prueban cuán encarnada estaría en las costumbres y en el alma de los cristianos la devoción y veneración a María.

Después del Concilio de Éfeso y la condenación de los Nestorianos, el emperador Constantino consagró la nueva capital a la Reina del cielo, a María Santísima, y Teodosio el Grande hizo construir una iglesia sobre el sepulcro de la Virgen. Pulcheria, la hija de Teodosio, hizo construir tres iglesias bajo la advocación de María en el mismo Constantinopla; y si Oriente reclama el honor de haber instituido las primeras fiestas a la Virgen, los emperadores de Constantinopla pueden gloriarse de haber cubierto los campos de Palestina de monumentos religiosos en honor de María, y las costas del mar Caspio abundan en santuarios no menos espléndidos en honor de Aquélla.

Y con esto llegamos a la milagrosa traslación de la casa de María desde Nazareth, poco después de la pérdida de Tolemaida por los cristianos terminando la gran epopeya de las Cruzadas. De esta traslación milagrosa de la casa de María nos ocuparemos en el capítulo siguiente extensa y detenidamente de tan notable y milagroso hecho.

Pasaremos ahora a ocuparnos del culto de María durante la época visigoda y de sus imágenes, cuyo punto dejamos iniciado en el capítulo anterior, para llegar al misterio de la Inmaculada Concepción.

Hemos dicho que las representaciones de Jesús y de María en las Catacumbas, son las pinturas murales y no hemos hallado ni se encuentran de dicha época representaciones esculturales. Hemos indicado también que estas pinturas son ideológicas, que llevan de una manera envuelta o simbólica la idea cristiana que querían representar para evitar profanaciones por parte de los paganos caso de penetrar en aquellos santuarios. Las persecuciones los obligaban a proceder con gran cautela, y de aquí el que procuraran darles un aspecto de representación pagana para ponerlas a cubierto de cualesquiera profanación que pudiera herir sus sentimientos, en el encono con que eran castigados cuantos profesaban la religión del Nazareno, que consideraban como revolucionaria contra el orden establecido y considerándolos casi como reos de Estado.

Nada diremos de las imágenes de talla de que ya nos hemos ocupado, pero sí diremos que resulta anacrónico el que se quiera remontar a los tiempos apostólicos el culto a las imágenes de talla, y tanto más anacrónico el suponerlos de aquella época los vestidos con telas ricas, costumbre casi muy moderna, pues data sólo de la Edad Media en España: uso introducido con el fin de ocultar las imperfecciones y fealdades de una escultura tan tosca como grosera por la inexperiencia de los artistas. En vano era que el pintor quisiese dar rico estofado a las imágenes con brillantes colores y abundante dorado, no desvirtuábase con aquellos ricos adornos. No hay más que examinar esculturas pertenecientes a aquella época, para convencerse de la inexperiencia de aquellos pobres artistas; las cabezas, son unas esferas propiamente en las que se colocan los ojos, las manos desproporcionadas, más parecen paletas, y en la cabeza un pesado bonete sustituye a la corona que no sabían labrar. Por esto más adelante vinieron los trajes de tela a cubrir aquellas imperfecciones y disimular lo tosco de la labor artística, con gran perjuicio del arte por otro concepto.

Así es que las imágenes de aquellos tiempos que el arte se hallaba muy en mantillas a consecuencia de las pérdidas y trastornos la invasión, casi más que a la época visigoda pueden atribuirse a mozárabe y cuando más al siglo X.

El culto de María, como hemos dicho, es antiquísimo en la Iglesia goda española, pues ya San Isidoro llega a decir que María es jefe de las doncellas cristianas, como Cristo de los varones cristianos que logran salvar su virginidad. La Iglesia visigoda celebra principalmente la fiesta de la Anunciación y Asunción de María, como se ve de los oficios góticos, a los cuales añadió después la de la Natividad. Las iglesias consagradas al culto de María, aun durante la dominación arriana, debieron ser muchas, pues lo eran varias catedrales. Véase si no, en

Mérida, que además de la Basílica de Santa Eulalia en siglo VI existían, según Lafuente, dos iglesias dedicadas al culto de María Santísima, denominada la una la *Santa Jerusalem*, y la otra, distante de aquélla, *Santa Quintiliana*.

Convertido Recaredo al Catolicismo, verificase la consagración de la Catedral de Toledo en 13 de abril de 387, bajo la advocación de Santa María, como lo señala la columna que se conserva en el patio y que dice: «En nombre de Dios fue consagrada la *iglesia Santa María*», con lo cual se la distingue de otra que se titulaba *la Real* por ser de la Ciudad regia o Corte, a la que acudían los mismos reyes a pesar de tener su capilla pretorial en palacio bajo la advocación de San Pedro.

Lafuente, en su historia de la Virgen, dice: «El descubrimiento reciente de una pequeña parte del tesoro escondido en Guarrazar al tiempo de la invasión musulmana en Toledo, nos da noticias de otras iglesias dedicadas a la Virgen María en aquella ciudad, y que obligó al arcediano Gudila a firmar en el Concilio XI de Toledo, como de la iglesia de Santa María de la Sede Real, para distinguirla de otras. Entre las cruces, coronas y demás ex-votos que se han logrado salvar y conservar, hay una ofrenda o presentalla, que consiste en una cruz sencilla de oro, en la cual se lee la inscripción *In nomine Domini offeret Sonnica Sanctae Mariae in Sarbaces*. Por esta inscripción se viene en conocimiento de que además de la Catedral e Iglesia Real de Santa María, consagrada en tiempo de Recaredo, había otra en el paraje llamado *Sarbaces*, que algunos han creído estuviese debajo del alcázar (*cuasi sub-arca*), o por lo menos que hubiera altar y efigie de ella en algún templo de aquel nombre».

Queda ahora el punto de si los católicos acostumbraban ya a poner imágenes en los altares en el siglo VII. ¿Serían de la Virgen estas efigies? Hay que tener en cuenta lo que la tradición nos relata respecto de considerar como del tiempo de los visigodos esas imágenes rudas de talla y sentadas, que contemplaron en algunos templos. Así parece acreditarlo la tradición, sin que haya pruebas en contrario. Las escasas noticias que acerca de este punto nos han conservado los escritores de aquella época, hacen creer e inducen casi a asegurar, que si en el siglo VII se ponían imágenes en los altares, lo eran con gran cautela y parsimonia. En ellos estaba, sí, la Cruz, pero en ésta apenas se ponía la figura corporal de Cristo, poníanse las reliquias de los mártires, pero no se halla vestigio de que se pusieran sus imágenes, aun cuando se pintaban en los muros de las iglesias para enseñanza y devoción.

Además de lo dicho, los visigodos en las procesiones llevaban la Cruz, pero sin imagen, y en ellas llevaban procesionalmente también el Evangelio con gran aparato de luces y de incienso. Lo mismo hacían con las reliquias de los mártires, y un canon de aquel tiempo prohíbe que los obispos se hagan llevar en sillas por los diáconos a pretexto de llevar al cuello colgadas reliquias de los citados mártires; pero no hallamos que en ellas se llevasen efigies del Salvador, y compréndese fácilmente que no llevándolas de Cristo nuestro Redentor, no llevarían de su Madre.

Los descubrimientos hechos en las recientes excavaciones en Toledo, Mérida, Córdoba y Valeria, nos han puesto de manifiesto los restos de antiguas basílicas y en ellos hemos encontrado lápidas, columnas e inscripciones y objetos de devoción por representaciones simbólicas, y si bien se han hallado el crismón, el pavón, la paloma con el ramo de oliva y otras, nada se ha puesto al descubierto de imágenes ni de representaciones de Jesús ni de María, y esto confirma lo dicho por S. Braulio (Epístola XIV del tomo XXX de la *España Sagrada*) al hablar del Sábado Santo al descorrerse los velos, habla del adorno de los altares, pero nada dice respecto de imágenes. Pero, la comunicación con los cristianos de Constantinopla era frecuente, y éstos acostumbraron desde muy antiguo a poner las imágenes; no es aventurado suponer que desde el siglo VI introdujeran los visigodos esta costumbre y que la persecución de los iconoclastas, lejos de extinguir esta devoción de las representaciones corpóreas, lo que hizo fue afirmarla más y más, afianzarla sin que esta persecución, favoreciera sus propósitos.

.....

¿Cuándo se introdujo en España la moda de vestir completamente las imágenes?

Al hablar de las antiguas imágenes aparecidas milagrosamente, suelen autores tan nombrados como Camós, Villafañé y Facci hablar de los costosos trajes y valiosas preesas con que son vestidas y adornadas las imágenes, y se ocupan de ellas cual si estas telas y alhajas fueran antiguas y coetáneas de las imágenes de María tan veneradas como estimadas. El último de los citados autores, clama contra el reconocimiento de la escultura cual si esto fuera un atentado contra el pudor de las imágenes. ¿Qué puede haber de ofensivo, preguntamos nosotros, en que la escultura sea admirada y venerada tal cual el artista la hizo y con el respeto que guiaría su cincel al esculpir la imagen? ¿Además, estas imágenes no estuvieron muchos siglos expuestas a la veneración sin aquellos aditamentos? ¿No es peor, dice Lafuente, andar manoseándolas y poniéndolas trapos y alfileres y acomodándolas a la moda imperante?

Recuérdanos esto el hecho de haber visto en las solemnidades de Semana Santa en una población importante, a una preciosa imagen de María dolorosa, vestida con un rico traje de seda, de la moda, en corte y hechura, del año 1872, con cuerpo cerrado y adornos de azabache, gran cola cortesana, puesta de guantes negros y llevando en sus manos rico rosario de ámbar y devocionario encuadernado en nácar; ¿cabe aberración más estupenda, lo mismo que cubrir su hermosa cabeza, obra de uno de nuestros más eximios escultores, con mantilla de rica blonda, prendida en el pecho con un corazón de Jesús de brillantes?

«¡Cuántos y cuántos abusos, añade Lafuente, irreverencias y gastos enormes y locos dispendios ha traído el abuso de vestir las efigies destinadas al culto y principalmente las de los Santos! Con razón y gran talento prohibió San Francisco de Sales a sus religiosos de la Visitación tener en sus iglesias ni en sus conventos efigies de Jesús, de la Virgen y de los Ángeles y Santos vestidas: conocía bien los abusos e inconvenientes de esta moda y sobre todo entre mujeres, y estaba por lo serio y más reverente de la antigua disciplina».

Así se explica escritor tan católico y eminente, cual todos le reputan y consideran, y según su sentir y opinión, la moda de vestir, con telas a las imágenes, no se introdujo hasta el siglo XV, época de gran decadencia y corrupción, y por esto bien puede denominarse moda el vestir completamente, pues el colocar y adornarlas con alhajas, es mucho más antiguo.

Como ya hemos indicado y la crítica histórico-arqueológica lo demuestra, durante los siete primeros siglos de la Iglesia, apenas se usó poner imágenes o efigies de Dios, de la Virgen ni de los santos en los altares, pero esto sin negar que hubiera algunas en algún altar. Sabemos también que en las iglesias catedrales no se ponía retablo sobre la sagrada mesa, y que en éstos hasta el siglo XII no se introdujo el ponerlos, pero separados de la mesa del altar; que éstos eran sencillos, poco elevados y en forma de dípticos, es decir, en forma de almarío con dos hojas que se abrían y cerraban, siendo también de muy poca elevación. En el siglo XIII es cuando comienza la construcción de esos grandiosos y hermosos retablos en forma de artesón, de los que nos restan algún hermoso ejemplar en la catedral vieja de Salamanca, Zaragoza y Calatayud, siendo de notar que los más antiguos son los de Santo Domingo de Silos y San Miguel *In Excelsis*, que pueden remontarse al siglo décimo y que la arqueología cristiana no admite como cierto las efigies de los siglos primeros de la Iglesia.

En ningún documento antiguo se hace mención ni se da noticia de imagen alguna vestida, ni en los inventarios de las iglesias de aquellos tiempos, donde constan los ornamentos, cálices, vasos sagrados, etc., se hace mención de vestiduras de Jesús, la Virgen y los santos. Los trajes ricos y valiosos se remontan, cuando más, al siglo XV, y todavía son muy raros y dudosos los de esta época, sin que pueda alegarse que el tiempo los ha destruido; pues objetos tan frágiles y deleznable más antiguos se han conservado y conservan.

Hay otra razón también de mucho peso y es que las efigies de las Vírgenes que se suponen aparecidas hasta el siglo XIV, son todas como de talla, siendo muy raras las que desde dicha época han aparecido con vestiduras.

Las efigies más antiguas, y como tales reconocidas hoy por la arqueología cristiana, de María, son de los siglos X al XI, y éstas presentan a la Virgen sentada, teniendo al Niño Jesús en pie sobre las rodillas, y éste en acción de bendecir, alzando los dos dedos su diestra y plegados los otros tres sobre la palma: es decir, bendiciendo a la antigua manera latina.

Siguen a éstas luego las imágenes también sentadas, pero con el Niño en pie sobre la rodilla izquierda, y más tarde en pie sobre ambas rodillas, descansando sobre el brazo izquierdo o en el regazo, con el pajarito entre sus manos y enseñándole la Virgen el globo la simbólica manzana.

Pero a partir del siglo XII, ya aparece la Virgen algunas veces en pie: el adelanto artístico y más diestros los escultores, comienzan a tallar en mármol y dominar el alabastro, y nacen las imágenes de mayor tamaño y belleza, pero por regla general conservan los vestigios y cánones del arte de los tres siglos anteriores: en este siglo de adelantamiento de las artes, los artistas ya rompen los antiguos moldes; pero no se hallará una imagen vestida con telas, ni aun casi adornada con joyas postizas, que el artista no pensó ni creyó prudente el poner. De la materia de estas esculturas, ya en mármol, ya en alabastro, ya en madera, nacieron las denominaciones de Santa María Blanca, Santa María la Antigua y otras que coinciden con la época de la introducción de los retablos de las catedrales, y por entonces más bien aún en el siglo XIV, principian a fundirse imágenes de María en plata y también a cubrirlas con chapas de este metal y pedrería, como se chapeó la de Roncesvalles, o se las platea como la mayor de Sigüenza.

Pero como hemos dicho, al cubrirse los altares de rica pedrería y metales en el siglo XV, es cuando comienza la costumbre de vestir a las imágenes de María, sin que dejen de existir causas a que obedeció esta moda como llevamos dicho, y estas conviene apuntarlas.

Las justas medidas adoptadas por preladados haciendo restaurar algunas antiguas imágenes, nada recomendables por su hermosura, fue causa originaria de la introducción de esta moda. Otras imágenes se habían apolillado por lo malo de la madera en que estaban talladas y se substituyó el cuerpo con otro nuevo mejor tallado, con amplios ropajes mejor esculpidos, dejando la sequedad y lo escueto del estilo gótico, pero conservando rostro y manos de las primitivas y colocando al Niño Dios en posición más graciosa y natural. Otras veces para encubrir lo disforme del tallado se apeló a cubrir la imagen con amplio manto, y a este vino a añadirse la túnica, la toca, y otros aditamentos femeninos sin guardar época y vistiéndolas a la moda del día en que se hacían aquellas reformas.

Esta idea de vestir las imágenes de María en ricas telas trajo en cambio un gran perjuicio para la escultura, cual fue la invención de las imágenes de *devanadera*, *bastidor*, *tumbilla* o *alcuza*, que todos estos nombres reciben estos armazones, a los que se ponen manos y cabeza, y se cubre con telas más o menos costosas simulando un cuerpo sin líneas, llenándolas hasta con el *miriñaque* que les da el aspecto de embudo, campana o *alcuza*, de donde les viene el nombre, que aun cuando no muy respetuoso, es exacto en cuanto a su propiedad.

Reasumiendo lo apuntado acerca de este punto, diremos con Lafuente, que las imágenes de María no fueron conocidas en los siglos primeros de la Iglesia y que hasta el siglo XV nada hay que nos lo compruebe, ni los casos aislados que puedan presentarse sirven de regla para la determinación antes indicada. Que hoy, gracias a un sentimiento artístico más depurado, va desapareciendo el mal gusto de las imágenes de devanadora y los trajes ostentosos de carácter oriental, dando, con el respeto debido al así decirlo, a las imágenes de María un aspecto de maniquís de ricos trajes y escaparate de ostentosa platería, con un aspecto de sultana engalanada, cuando no sucede que nada diga al alma ni al corazón aquella riqueza indigesta y de tan depurado como anacrónico mal gusto.

Hoy, como decimos, no tenemos más que ver, aun sin examen del mérito de las obras, los escaparates de las tiendas de objetos de devoción religiosa, y no veremos ya aquellas imágenes enriquecidas con trajes de terciopelos, sederías y bordados pañuelos con ricos

rosarios, y sortijas, alfileres y prendidos, que eran el encanto y devoción de las gentes ignorantes, que no creían ni consideraban a la imagen de María como la Madre de Dios y nuestro amparo y celestial consuelo, si no la veían llena de topacios, diamantes, sederías, cordones y bordados de oro y plata. Afortunadamente hoy, como hemos dicho, el buen gusto y el concepto estético en la imagen por la inspiración artística se va sobreponiendo, y la dulce impresión que en el corazón produce el nombre y la inspirada imagen de la Madre del Salvador, se va elevando, y el artista cristiano halla, como ha encontrado siempre en la religión, fuente inspiradora de grandes concepciones, con solo la contemplación y elevación de la majestad de la idea en el fecundo campo del arte.

La historia eclesiástica y artística nos señala de una manera evidente y clara los pasos de aquél desde los primeros tiempos de la Iglesia, desde que María, Jesús y los sublimes misterios de nuestra religión, fueron fuente inspiradora de los nobles impulsos del alma. Seguir los pasos de aquel arte desde el fondo de las Catacumbas, conocer aquellos rudos pero ingenuos dibujos, aspiraciones noble del alma, a querer hacer con la imaginación y con la mano lo que ésta no podía corresponder ni acordar con aquélla por ignorancia del bujo; llegar luego a esas rudas pero ingenuas esculturas, en que si falta belleza y encanto, en cambio resplandecen la bondad y la buena fe de aquellos pobres artistas, para llegar luego a tiempos más modernos y encontrar imágenes tan bellas de María, como el dominio del cincel y la inspiración de consuno ejecutan, son todo elementos tan nobles, tan grandiosos, tan elocuentes del sentimiento religioso, que no deben desaparecer, sino conservarse en los museos arqueológicos de las Diócesis, para enseñanza de la historia del arte, para elocuente demostración del espíritu que inspiraba a aquellos pobres artistas y servir de comprobación aquella inocencia, pureza e ingenuidad como de parangón con el mal gusto y corrupción artística introducida en el siglo XV, convirtiendo a las imágenes de la Pura Señora en maniquís que vestir con arreglo a la moda imperante, cuando no con anacronismos tan ridículos y extemporáneos como el que citamos haber visto y encontrar convertida a María Santísima en su doloroso trance de la Soledad en una señora que asiste de gala a una función religiosa por los años de 1872.

Afortunadamente, como decimos, esto va desapareciendo gracias a dos concausas, el conocimiento de la ciencia arqueológica, del arte y de su historia, que son hoy del dominio de nuestro celoso y estudioso clero, y al superior conocimiento artístico en la masa general de las gentes como base de una educación e ilustración más esmerada, a las publicaciones ilustradas de carácter católico y al mayor sentimiento religioso de la mayor parte de nuestros artistas, que buscan la verdadera fuente de inspiración en los sentimientos de lo verdaderamente bello, es decir, en la fuente de verdad, de bondad y de belleza en que tanto abunda y es su base nuestra santa religión católica.

Por eso lo hemos dicho y lo repetimos, en medio de la corrupción general y del descreimiento, en medio de esa lucha entablada entre el agonizante protestantismo y la desesperada masonería que se revuelve entre las ansias de la muerte, escupiendo todavía asquerosa baba sobre lo más santo y respetable, el sentimiento católico se sobrepone, avanza, y si numerosas y respetables por ser de personas de ciencia, nobleza y posición, son las conversiones al Catolicismo, ¡cuán exiguas serán e insignificantes las que se verifiquen a aquellas sectas! Ante la sequedad del protestantismo, ante las ideas de la Masonería, ante la frialdad de los racionalistas y materialistas, está el calor, la vida, la luz y la verdad de la luz del Crucificado, que cual la del sol apaga, desvanece y borra las sombras que la débil luz de la razón cálculo y de la mentira, quieran imponerse ante aquélla.

Ni el protestantismo ni la filosofía racionalista, han producido arte, ni sus genios han llegado a los Murillo, Juanes, ni aun a los Rafaeles, ¿por qué? porque les faltaba la idea religiosa, les faltaba la fe que animó los pinceles y los cinceles de aquellos que eran movidos por la poderosa palanca de «toda fuente de belleza es Dios», fuente inspiradora de la bondad y

grandeza, de la más santa y pura de las religiones, como obra de Dios Hijo y Mártir de la redención del hombre a quien con su sangre libertó de la esclavitud del demonio.

Capítulo XXXII

RELACIÓN DE ALGUNAS IMÁGENES DE MARÍA APARECIDAS A PASTORES EN ESPAÑA DESDE EL SIGLO X AL XV.

Son tan numerosas, tan inmenso el caudal de apariciones de María Santísima a gente campesina, a pastores de todas las comarcas de la Península, que sería tarea imposible y penosa, a más de fatigosa, el relatarlas todas, el dar cuenta de ellas, cuando virtualmente coinciden todas en sus circunstancias y detalles, sin más que accidentales diferencias. Pero no por ser muy semejantes en sus detalles, hemos de dejar de referir los más notables por sus circunstancias y porque estos casos avivan la fe, harto amortiguada por las enseñanzas perniciosas del racionalismo, que por tanto tiempo se han apoderado de nuestra juventud. ¿Porque sean parecidos muchísimos el número de ellos, se han de negar todos? ¿Dejó de resucitar Jesucristo a Lázaro porque antes había resucitado al hijo de la viuda de Naim? Además, aun en nuestros días, en medio de esta época burlona y que aún conserva en su corazón algo de la insana crítica y diabólica intención de las doctrinas del feroz Voltaire, ¿no se han realizado apariciones, comprobadas por la crítica más exigente, por la más fría razón? ¿Quién niega hoy la aparición de María en Lourdes ni en los Alpes a sencillos pastores? En nuestra patria, sangriento teatro de heroicas luchas entre el Cristianismo y los sectarios de Mahoma, ¿cuántas apariciones de imágenes de María escondidas en las fugas de los cristianos ante las persecuciones de los islamitas? Y en estos notables hechos, ¿cuántos sacrificios, martirios y crueldades por parte de los enemigos del doctrina de Jesús? ¿Cuánta sangre derramada en aras de Jesús y de María en campos, ciudades y monasterios, fuertes murallas y torres aisladas como centinelas contra los enemigos perseguidores? Los monjes de Cardeña son degollados en un rincón del claustro por los musulmanes; el caso del convento de la *Madre dolorosa*, de ser la priora la que desfigura el rostro de sus monjas para evitar ser llevadas al serrallo sus hijas en religión, se repite más de una vez; y si en medio de tantas persecuciones, de infamias y profanaciones se ocultaban las imágenes, ¿qué extraño es el suponer que estas apariciones tuvieran luego lugar por la intervención providencial? ¿Acaso, dice Fray Luis de Granada en un inspirado arranque, acaso porque haga un milagro queda encogido el brazo para hacer otro igual? ¿Qué de extraño es el que fueran, hayan sido y sean pastores los que hallen y hayan hallado imágenes de María y a ellos se haya aparecido? ¿No fueron pastores los primeros que adoraron a Jesús en brazos de su santa Madre? «Ángeles, dice Lafuente, son los primeros que vienen a darles la buena nueva y vienen destellando vivos resplandores y pueblan los aires sus célicas melodías. ¿Por qué, pues, extrañar las apariciones de los ángeles a los pastores en España desde el siglo X en adelante; los celestiales fulgores, las angélicas melodías que vienen también a poblar de virtudes y devoción nuestras montañas y nuestros valles? ¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!... Los ecos de Belén llegan a Montserrat y al Pirineo en el siglo noveno, como la hendidura insondable que todavía se ve en el Santo Sepulcro, y se abrió en el Calvario al morir Jesús, vino a aserrar la montaña de Estorcil. »Por razones geográficas, las apariciones de María van siguiendo gradualmente los pasos sangrientos de la Reconquista, siendo las más antiguas las de Roncesvalles, en Monserrat y en Usua y en otros puntos del Norte. Llega el siglo XII, comienzan las apariciones a ser célebres en Castilla la Nueva y en Aragón, y asegurada la reconquista de Extremadura y Murcia, por

las armas de San Fernando en Andalucía, y comienzan las apariciones en los puntos de Extremadura y meridionales de Castilla en el siglo XIII, que es la época principal del *ciclo de los pastores*».

Ya lo hemos dicho y lo repetimos; el siglo XIII es el siglo en que llega a su apogeo el culto de María, y es la época de la reforma y del embellecimiento de las imágenes. En Castilla, por regla general, las imágenes son de madera y muy raras las de piedra: en cambio, en Aragón, en donde abundan las canteras de alabastro, son muchas las efigies de esta materia, aun entre las que se dicen aparecidas, y que indudablemente son muy antiguas.

Viniendo ya a hablar y relatar, como nos hemos propuesto, las apariciones de las imágenes de María, además de las citadas y conocidas de Montserrat y Roncesvalles, debemos citar la del Viñedo, en Castilsabás, cerca de Huesca, aparecida a un pastorcillo llamado Matías de Guevara, por los años 1180.

La de los Llanos, en Alcarria, cerca del pueblo de Hontova, por el año 1100.

La del Pueyo, aparecida al pastor San Balandrán, cerca de Barbastro, en el año 1100.

La de las Ermitas, que se apareció a unos vaqueros en Galicia, en el siglo XII, sin fecha cierta.

La de la Sierra en Villarroja, no lejos de Calatayud, aparecida a un vaquero poco después de la reconquista; lo propio que las imágenes de Jaraba y Cigüela, que se aparecieron en dos cuevas en aquel terreno a varios pastores durante el tiempo de la reconquista de la tierra.

La de Aya, en el Moncayo, cerca de Zaragoza, aparecida a otro pastor por la misma época que las anteriores. A esta sigue la de Foncalda, la de Lagunas, junto a Carimeña, la de los Pueyos, cerca de Alcañiz.

La de Montserrat, junto a Fornoles. La de Dos Aguas, junto a Nonaspe; la del Pueyo, junto a Villamayor; la de Monlora, no lejos de Luna; la de la Fuente, junto a Peñarroya; la de Bonastre, junto a Quinto; la de la Peña, junto a Verge, y la de los Arcos en Albacete.

Del mismo siglo XII y en Aragón, se cuentan la de la Estrella en Moreruela; la del Molino, junto a Santa Eulalia; la del Espino en Alcalá de la Selva, en la provincia de Teruel, y más conocida con el nombre de la Vega; la del Tremedal en Orihuela, cerca de Albarracín, y la famosa de Sixona, cuya aparición, tan poética como hermosa leyenda, se coloca por el año 1182.

Además de las citadas tenemos otras seis imágenes de María pertenecientes a los dichos años y que se aparecieron en Aragón a varias pastoras: son estas la del Romeral junto al Puy de Cinca, que parece ser la más antigua; la de Gracia en Juaneda; la del Prado en Vivel de la Sierra, inmediato a Calatayud; la de la Aliaga en Cortes, y la del Campo en Villafranca de Daroca. Todavía se citan como del siglo XII la del Cid en la Iglesuela, la del Campo en Camarillas y la de la Zarza en Aliaga, y del mismo siglo se supone la de la Hoz, en las inmediaciones de Molina.

Pero entra el siglo XIII y disminuyen las apariciones de imágenes en Aragón y comienzan en cambio en Castilla, siendo las más notables la de la Alconada en 1219 y la de Valverde en 1242; por estos años se refiere la del Olivar, cerca de Estercuel en Aragón en 1250 y la de Magallón, huida de dicho pueblo por causa de un feroz sacrilegio y aparecida en Leciñena en 1263. Como hemos dicho, en Castilla siguen la del Risco en Ávila en 1350, la de Guadalupe en 1326, la de la Oliva en 1330, la de Henar en 1380, la de Texada en 1395, la de Nieva en 1399, y cierran este siglo la de Aránzazu en 1469, la de Villaviciosa (Córdoba), que también se la supone aparecida en fines del siglo XV.

Como notable y perteneciente al siglo XVI (1504) tenemos la de la Sierra de Herrera, aparecida a un carbonero junto a Daroca, según Ustarroz, aun cuando puede asegurarse que su fecha es más antigua.

Muchas más apariciones de imágenes podríamos citar, pero sólo lo hacemos de aquellas cuya aparición viene comprobada de una manera clara, evidente y cierta por la Iglesia y la sana crítica histórica, y para terminar haremos el examen artístico y representativo de todas estas imágenes y por él comprenderemos su antigüedad y la manera representativa de María y Jesús en las distintas épocas, conforme hemos apuntado anteriormente.

La citada de Ibdes, aparecida al pastor Daniel, que alcanzó el prenotado de santo y con este nombre se conoce la imagen de María, la *Virgen de San Daniel*, sólo tiene 27 centímetros de altura, y el Niño unido al pecho de la Señora.

La del Prado, en Vivel de la Sierra, tiene próximamente la misma altura, está sentada y el Niño sobre las rodillas.

La del Viñedo, que se la supone una antigüedad del año 1086, está sentada igualmente y el Niño en la rodilla izquierda y ya en actitud de bendecir.

Entre las muchas citadas por el P. Facci, casi todas ellas están sentadas y tienen al Niño Jesús sobre ambas rodillas y algunas en el brazo izquierdo. Entre otras que le tienen sobre ambas rodillas y mirando al frente, podemos citar:

La de Guayente, en el valle de Benasque, aparecida en el siglo XI a un caballero de la casa de Azcon.

La de Arcos, junto a Albalate; esta tiene al Niño con la manzana simbólica.

La del Horcajo, junto a Villarroya; esta es de tamaño natural y lleva el Jesús la consabida manzana.

La del Pueyo (Villamayor), el Niño está en actitud de bendecir.

Debemos citar como rareza la de las Fuentes, junto a Sariñena, la cual está sentada, teniendo el Niño sobre el brazo derecho en actitud de bendecir; pero como esta imagen tuvo la desgracia de sufrir la moda de las vestiduras, no podemos formar un concepto artístico de su antigüedad, pues los devotos al vestir muchas de las imágenes citadas han colocado el Niño a su capricho.

Relataremos ahora las que se conocen sentadas con el Niño a la izquierda, y todas ellas pertenecientes a Aragón.

La de Concillo, en Murillo, hallada bajo una campana.

La de la Peña, en Calatayud.

La de Dulcis, en Alquezar, ciento doce centímetros de alta.

La del Remedio, junto a Lierta, esta lleva toca blanca.

La del Olivar, junto a Arasque, el Niño en actitud de bendecir.

La de la Fuente, en Peñarroya, el Niño como la anterior.

La de las Lagunas en Cariñena.

La de los Pueyos en Alcañiz, un metro de altura y el Niño con globo en la mano.

La de la Zarza en Aliaga: en actitud de bendecir el Niño.

La del Carrascal en Planas: el Niño con el pajarito alegórico del alma.

La de la Misericordia, de Borja: el Niño reclinado sobre el pecho de la Virgen.

Dada la antigüedad supuesta, es posible que algunas, según las reglas antiguas, tuviesen el Niño sobre las rodillas, según la antigua iconografía; pero como en casi todas ellas se dio en la manía de vestir las con telas, es posible que aquellas gentes colocaran el Niño Dios a su capricho y tanto más si les estorbaba para las vestiduras y telas con que ocultaban los tesoros artísticos de aquellas imágenes.

Como dijimos, en las de Aragón figuran en alabastro muchas de ellas y podemos citar la de Piedra en el hermoso monasterio tan conocido de los artistas y admiradores de las bellezas de esta pobre nación.

La de Hinoges, colocada sobre un pilar de unos treinta y cinco centímetros; ésta lleva el Niño sobre el brazo derecho.

La de la Xarea, junto a Sessa, de tres cuartas de alta y presenta a Jesús con el pajarito y el manto de María con perfiles dorados flores de lis.

La de Nonaspe, aparecida a un pastor igual que la de Villavieja junto a Teruel, y la que se supone venida de Francia.

La de Rodanas, junto a Epila, también con flores de lis en el manto y de unos setenta centímetros de altura: ambas están de pie.

Muchas más, como hemos dicho, podríamos citar, pero como nuestro objeto no es hacer un estudio iconográfico de las imágenes, pues esto nos llevaría muy lejos de nuestro propósito y necesitaríamos formar un diccionario después de lo mucho que escribió y publicó el P. Facci, nos contentamos con citar las principales y aquellas que puedan dar un conocimiento de la historia de las imágenes de María desde los primeros tiempos del Cristianismo hasta nuestros días, en que el arte ha comenzado una nueva época de regeneración, como puede comprenderse por las hermosas y poéticas imágenes de María en sus representaciones tan hermosas como sentidas e inspiradoras de la Salette y de Lourdes, y con ello corregirse el espíritu de clasicismo o paganismo que el siglo XV había introducido en nuestras costumbres, en el arte y sobre todo en las imágenes.

Fue notable, como ya hemos dicho más anteriormente, el siglo XV por la corrupción de la disciplina eclesiástica, como demuestra D. Vicente Lafuente en su *Historia eclesiástica de España*, por el rebajamiento social de los caracteres y una especie de retroceso moral en todos órdenes. De aquel espíritu puro en sus inspiraciones del arte del período ojival, de aquel arte místico y lleno de unción, que movió los pinceles, los cinceles y la paleta en pintura, escultura y arquitectura, de las obras de aquellos beatíficos pintores, como Fra Angélico y Juan de Juanes, que confesaban y comulgaban antes de poner los pinceles sobre el lienzo en, que se había de pintar, y procurar elevando el espíritu reproducir la belleza pura y angélica de María, vino a caerse en el extremo contrario, es decir, en un paganismo catolizado, si así podemos denominarlo, que produjo una materialización del espíritu cristiano que llevó a una especie de voluptuosidad a las representaciones religiosas tan llenas de unción y de espíritu católico. Compárense, como hemos dicho antes, los ángeles de Fra Angélico y de Juanes, tan llenos de santa unción, de espíritu tan elevado y religioso, con los ángeles de Miguel Ángel, desnudos, llenos de fuerza muscular y más digna representación de Apolos y de Cupidos que de representaciones celestiales: desnudos miembros, arrebatados y escasos ropajes, actitudes verdaderamente humanas, sustituyen a las blancas y rozagantes túnicas de aquellos diáconos angélicos, verdaderos ministros de Dios.

Al mismo tiempo, los templos comienzan igualmente a materializarse, si así podemos llamar al gusto imperante de las reglas de los arquitectos romanos, y el afán de imitar, de hacer *escorialillos*, copiando a Herrera en su famoso monasterio, hace de los templos de Jesucristo templos que están pidiendo a voces las estatuas de Júpiter o de Minerva, y en los que la Cruz se despega y parece querer retirarse de aquellas frías construcciones de matemática combinación. Al cristiano y severo, espiritual e inspirador estilo ojival, con sus ligeros haces de columnas que suben al techo entrecruzándose en hermosas palmas, como se anudan y entrelazan en místico conjunto las oraciones de los fieles que entrevén la luz de la eternidad en el encendido foco de mil colores, entre la nube de incienso irisado por las pintadas vidrieras, que simulan con aquel ritmo de colores la majestad del trono de Dios; a aquel arte románico de los primeros tiempos, a aquellas inspiradoras iglesias de Santa María de Naranco, de Santa Cristina de Lena y San Miguel de Lino, sustituyen la arquitectura clásica, fría, matemática y calculadora que había a la razón, pero nada dice al espíritu. Esta influencia, como se comprende, había de llegar a las imágenes, había de dejar sentir su influencia fría, racionalista, si así podemos llamarla, y cambiar por completo cuanta inspiración santa y dulce había dejado traducida en sus obras el arte cristiano de la Edad Media en sus pinturas y obras. Compárese la catedral vieja de Salamanca, la de León y otras, la de la Cartuja de Miraflores y

Veruela con la del Escorial, y dígasenos dónde se eleva más el espíritu, dónde se comprende y conoce mejor a Dios con su santa doctrina de amor y de paz, si en los primeros o en el segundo término de nuestra comparación.

Así, pues, aquel espíritu realista llega a la pintura, y a aquellas místicas Vírgenes, a aquellos Niños Jesús, suceden representaciones tan humanas como los modelos de que se valen los pintores para dar sus Marías, como la de la Silla de Rafael, que es la verdadera representación de una vulgar mujer con un niño en sus brazos. ¿Es esto negar el valor de aquella pintura, su mérito ni estimación artística? No, nada de eso, pero sí en aquel famoso cuadro veremos más la presentación, el retrato de la famosa *Fornarina*, que la imagen de la Madre de Dios ni de su Hijo. Faltaba la unción religiosa; la falta de fe hace obras acabadas pictóricamente, pero no tocadas ni dibujadas con espíritu cristiano, ni unción ni fe religiosa; hablarán aquellas obras al arte, pero nunca al sentimiento cristiano ni religioso que pretenden representar.

En esta época introdúcese también la costumbre de pintar al Niño Jesús desnudo, en actitudes nada honestas, y que más pronto representan chiquillos pícaros, que la bondad e inocencia del Salvador.

Este espíritu innovador hizo que con poco miramiento y menos conocimiento, se acometieran restauraciones de imágenes que quedaron desfiguradas en su prístino estilo, pero conservando en la memoria su antigüedad, quedó aquella desvirtuada por inconscientes restauraciones, que han sido causa luego de negaciones de su antigüedad por el modernizamiento que se les había dado.

«Y, por tales tengo, dice Lafuente, el destrozo hecho en las efigies aparecidas para ponerles coronas y otros adornos que las han mutilado bárbaramente, destruyendo las cabezas con escoplos y martillos para colocarles esas pesadas coronas con los armatostes de rayos y estrellas que las desfiguran, hasta el punto de no verse apenas el rostro aplastado por la pesada balumba que lo domina. ¡Cuánto más sencilla y bella era la modesta diadema que les daba el inspirado y piadoso artista en carácter con el ropaje, con el tiempo, con la actitud, con el gusto de la época en que se hacían!»

Y a este propósito relataremos lo ocurrido con la imagen de la Almudena en Madrid, en tiempo de Felipe IV, en 1652.

Mandó entonces el monarca fuese cepillada la espalda; ¿con qué objeto, con qué propósito? Pues con el sencillo e inconcebible de corregir la obra del artista, algo más entendido que el monarca austriaco que tal desatino y profanación mandó ejecutar. Su talle, pliegues del manto y demás, estorbaban para la colocación del manto de trapos de que tan ridículamente va cubierta la hermosa talla, y como quiera que la obra del artista incomodaba para aquel aditamento, resultando jorobada la imagen al ponerle aquella cobertera, se mandó por el católico monarca *acepillar* (¡!) las espaldas de la imagen, dejándolas lisas. ¡Qué alto concepto del arte tendrían monarca y cortesanos de aquel tiempo! Lafuente, en una nota, añade:

«Fácilmente puede conjeturarse que el destrozo se hizo para que los pliegues de la escultura no estorbasen la colocación de los mantos de la Virgen, que en otro caso aparecería deforme y jorobada al sacarla en procesión. Por eso fue sacrificada la talla a los trapos con que tan ridículamente está vestida».

Con profanaciones tales se han desfigurado millares de imágenes, que con semejantes crímenes artístico-religiosos, han quedado de tal suerte, que no son ni románicas, ni bizantinas, ni góticas, ni del Renacimiento, quedando verdaderos jeroglíficos artísticos que nada pueden resolver, y hablan tan sólo de la impericia, ignorancia y estultez de sus profanadores.

De otras muchas crueldades antiartísticas pudiéramos ocuparnos, pero como nuestro objeto sólo es citar el mal gusto que dominó, llevando hasta la profanación el estúpido deseo de modernizar y vestir con trapos y costosos morriones a imágenes bellísimas artística y arqueológicamente consideradas, si de todas de cuantas tenemos noticia y hemos comprobado

sobre las imágenes fuéramos a relatar ¡qué triste padrón de vergüenza para sus autores y consentidores podríamos formar!; pero terminaremos este capítulo con las palabras que a Don Vicente Lafuente le sugieren estas profanaciones, transformaciones y hasta disfraces, y permítasenos la frase, aun cuando pudiera aparecer irreverente, que nunca lo sería tanto como los actos que a título de devoción y entusiasmo se perpetraron.

«Consecuencias fueron estas alteraciones de la manía de vestir las efigies de talla, destrozándolas sacrílegamente y enmendando la plana a los ángeles y a San Lucas, pues como quedaba cubierto el Niño Jesús, le arrancaban y ponían el mismo modificado u otro nuevo; y de paso se entretenían las beatas en colocar al Niño en posturas nuevas y desusadas, jugando aquellas viejas supersticiosas con las efigies de la Virgen como las niñas con sus muñecas». Y con las palabras del ilustre escritor católico, terminamos este capítulo en que tanto podría decirse acerca del mal gusto de aquellas épocas, y la restauración que hoy está verificándose en el buen gusto, gracias a la ilustración siempre creciente de nuestro clero, y al amor y conocimiento del arte y de la ciencia arqueológica en la masa general de la sociedad, el mal se ha corregido y se va estimando, considerando y apreciando en cuanto valen y representan monumentos, altares e imágenes, que en no lejanos tiempos eran denominadas *antiguallas*, vendidas en precios denigrantes para ir a enriquecer museos extranjeros que se han aumentado con nuestra ignorancia y las rapiñas de la desamortización, verdadero país de promisión para miles de pelafustanes, que se enriquecieron con aquellas dilapidaciones y saqueos, tan vergonzosos para un país que se llamaba culto porque desayunaba con el himno de Riego.

Capítulo XXXIII

LA SANTA CASA DE MARÍA SANTÍSIMA DE LORETO. -SU HISTORIA, TRADICIONES, MILAGROSA TRASLACIÓN. -SU CULTO. -ESTADO ACTUAL DEL VENERADO SANTUARIO.

No hemos de repetir hoy cuanto dijimos de la casa de María en Nazareth cuando acerca de la vida de la Santísima Señora decíamos, ni de su descubrimiento por Santa Elena, ni del templo sobre los cimientos de aquella construido por la Santa Emperatriz, ni su destrucción ni ruinas; afortunadamente hoy desaparecidas merced a la piedad cristiana de monarcas tan respetables como queridos por su conterraneidad. Pero sí cumpliremos lo que entonces indicamos, de consagrar un capítulo a la casa de María trasladada milagrosamente a varios puntos, y por último a Loreto, en donde se venera y contempla, llenando el alma de cristiano consuelo, las pobres paredes de la morada del Santo Matrimonio y que albergó bajo su santo techo al Redentor del mundo. A esa modesta casita, a ese augusto templo de la gran Señora nuestra Madre vamos a conducir al lector para que con nosotros contemple las maravillas de la fe, representadas en la milagrosa traslación de la casa de los modestos obreros de Nazareth. El famoso ciclo de las Cruzadas terminaba, y por voluntad divina el fruto de las conquistas de los cristianos en Tierra Santa, había venido perdiéndose. Unos tras otros los Santos Lugares arrancados al poder musulmán, habían ido cayendo nuevamente bajo el imperio de la media luna y la pérdida de Tolemaida, último baluarte de los cristianos, fue el último episodio de aquella famosa campana, que si desgraciada en sus éxitos, tan favorable fue para la comunicación de unos pueblos con otros y tantos beneficios produjo para la civilización. Caído había apenas algún tiempo Tolemaida en manos de los bárbaros escuadrones de los islamitas y los feroces soldados de Bibavs-Bondajar saqueado a Nazareth y destruido la basílica que servía como de rico dosel a la casa del Santo Matrimonio y de Jesús, cuando las

piedras del grandioso templo construido por Santa Elena apenas se habían enfriado del calor del incendio, un hecho milagroso puso de manifiesto la intervención divina en los actos de la humanidad y su poder inmenso, que demostró que si se habían perdido por entonces los lugares, sitios y ciudades, montes y valles que pisaron Jesús, María y su bienaventurado Esposo, María no olvidaba ni abandonaba a sus fieles hijos, a los cristianos tan amantes de su nombre y de sus grandezas, demostrándolo por medio de un acto, de un hecho milagroso que puso de manifiesto su amor y el deseo de vivir aquello que tocó, entre cristianos, abandonando el lugar en que su humilde casa había permanecido por algunos siglos. El amor de María para con los que siguen las doctrinas de su Hijo, el afecto y cariño para los que aman y veneran el nombre y virtudes de aquella pura y santa Madre, se puso de manifiesto por medio de un acto tan ostensible como el que es objeto de este capítulo que escribimos, narramos y relatamos con el amor y cariño que profesamos a la excelsa Señora, nuestro amparo y consuelo, como que tuvo lugar en medio del asombro de los pobres campesinos en el día 10 de mayo de 1295.

En las costas de Dalmacia, en el mar Adriático, existía una ciudad de pequeña importancia llamada Raunnoza, no lejos de Fiune, en un sitio inculto, lleno de pastos y maleza, en un lugar en donde el día antes pastaban los ganados, y en donde ni el más pequeño resto de construcción había existido, el día antes, cuando los primeros rayos del sol bañaron la tierra llena de perfumes y con el encanto que la presta una mañana de mayo, los asombrados pastores y campesinos contemplaron en aquel lugar un vicio, un antiguo edificio de pequeñas dimensiones, barnizado con la patina que prestan los años, con el color y sello de antigüedad propio de las piedras y que el hombre no puede ni podrá jamás imitar para falsificar sus propósitos.

Aquel edificio sobre una colina cuajada de arboleda y harto conocida de pastores y campesinos, llámóles la atención, tanto más, cuanto que en la tarde anterior nada existía, ningún rastro ni señal de edificio conocían por aquellos alrededores, y menos que presentara aquella desconocida construcción, ni con el sello de antigüedad que presentaban sus desnudos muros.

Objeto de curiosidad y asombro lo fue desde los primeros momentos, y con temor y respeto aquellos pobres pastores y campesinos se acercaron al misterioso edificio, y con temor penetraron en su única estancia. ¿Qué vieron? Lo que aún hoy ve el cristiano que lleno de fe, de amor y veneración encuentra, halla y contempla para goce de su alma, consuelo de su corazón y esperanza de aquélla al elevarla a los pies del trono de la gran Madre de los católicos, al solio de María, siempre pura e inmaculada. Una pequeña estancia, en cuyas paredes se veían pintadas y con sello de innegable antigüedad, a María y santos que formaban su acompañamiento. En el testero principal un altar de piedra con la patina del tiempo y de no muy fina labor, rematado por una cruz de corte oriental, una imagen de Jesús pintada en tela y adosada al nicho del altar; un modesto hogar con unos candeleros de estilo oriental en su forma y labor, un pobre armario que contenía algunos objetos de sencilla vajilla de barro; el techo de madera pintado en viejo y descolorido azul con estrellas de oro: esto es cuanto vieron aquellas pobres gentes a la luz espléndida del sol naciente que penetraba, llenando el ambiente de dorado tamo. Examinaron exteriormente aquel edificio de extraña construcción en el país, y con asombro vieron que aquellas paredes formadas de extraña, delgada y rojiza piedra, desconocida en Dalmacia, carecía de cimientos, y sus paredes en algunos puntos estaban sin tocar en el suelo desigual de la colina, quedando como en el aire, y por debajo de aquéllas se veía la yerba todavía fresca y sin pisar, como había quedado la noche anterior. Pasmados y atónitos ante lo que veían, ante aquel edificio que mudos de asombro contemplaban, quedaron largo espacio de tiempo, decidiéndose, por fin, a dar cuenta del misterioso hallazgo y raro edificio con apariencias de templo. ¿Qué podría ser la prodigiosa aparición de aquel modesto edificio, que no podía haber sido construido en una noche ni transportado por fuerzas

humanas sin derrumbarse, ni cómo se sostenían parte de sus paredes sin base, quedando como colgadas de sus mismos materiales?

Ninguno de los inventores podía explicarse a quién ni para qué había sido llevado aquel pequeño templo a la desierta colina, cuando llenos de asombro, vieron llegar al cura del lugar Alejandro de Giorgio, quien enfermo de una hidropesía, no salía de la rectoral postrado en cama hacía tres años. Aquel hecho llenóles todavía de mayor asombro, y llegándose a sus feligreses, lleno de santa alegría les manifestó que aquella noche se le había aparecido la Virgen Santísima, de quien era muy devoto, y en su amparo y protección tenía puesta toda su confianza, manifestándole que la casa que encontraría en desierta colina era la de Nazareth, donde tuvo lugar el misterio de la Encarnación del Divino Verbo. Comunicóse la noticia al gobernador de Dalmacia, Nicolás Frangipani, quien corrió al punto de la invención de la Santa Casa, con objeto de cerciorarse del milagroso traslado, y a vista de aquella y enterado del relato del párroco, designó, a más del párroco a otros tres sujetos de virtuosos antecedentes y honradez probada, para que marchando a Palestina y en ella a Nazareth, averiguasen con cautela y escrupulosidad: 1.º- Si la santa casa de María había desaparecido y cómo. 2.º- Si subsistían, caso de haber desaparecido aquella, los cimientos sobre que asentaba. 3.º- Si las dimensiones de aquella y grueso de las paredes coincidían con aquéllos. 4.º- Si era de la misma naturaleza el cemento y la piedra que formaban las paredes. Y 5.º Si era idéntico el modo, manera y ejecución de aquella construcción.

El resultado de la comisión dada a los expedicionarios, fue confirmativo de cuanto se deseaba conocer, y de cuya dichosa posesión era del pueblo de Tersato. Llevados del entusiasmo y devoción, muchos emprendieron el viaje a Nazareth, comprobando por sí cuánto deseaban conocer y aumentando de esta suerte la confirmación de lo deseado, y así consta en los documentos del archivo de los PP. Franciscanos de Tersato y como pueden verse en el *Triumphus Coronatae Regina Tersatensis* del P. Pasconi, y en la *Disertación Apologética de la Santa Casa de Nazareth*, de Monsig.^r Jorge Marotti.

La devoción aumenta, llegan peregrinos de todas partes de Europa, y el gobernador concibe el pensamiento de construir un templo que encierre y guarde bajo sus bóvedas el santuario de la Encarnación del Verbo, morada de María; pero pasan tres años y siete meses cuando la devoción iba en aumento y era más y más conocida la milagrosa aparición, cuando de improviso desaparece el santuario de la fe en María y aparece la colina desierta, cubierta de verdes yerbas, y cual si sobre aquella nunca se hubiera asentado construcción alguna. Mudos de asombro y de espanto quedaron los vecinos del lugar de Tersato, al notar la desaparición de la casa en que tenían puestas sus esperanzas, su anhelo y alegría.

Pero, ¿qué había sido de la feliz morada de la Sacra Familia? ¿Había vuelto a Nazareth una vez realizado ostensiblemente el milagro? No, no transcurren muchos meses sin que se sepa que la Santa Casa tan sólo había sido cambiada de lugar, y atravesando con ella los ángeles el mar Adriático, la habían depositado en Italia, a cuatro millas del lugar de Recanati, en un hermoso bosque de laureles, de donde tomó después la casa de María el nombre de Santa Casa de Loreto. ¿Qué había motivado aquella traslación, qué designios llevara la Providencia al hacer este nuevo y milagroso traslado? Los altos juicios del Señor son los que lo saben, sin que la pobre inteligencia humana pueda comprenderlos ni menos penetrarlos.

El desconsuelo de los infelices habitantes de Tersato fue grande y nada ha podido consolarles de la pérdida de la Santa Casa, experimentada en 10 de diciembre de 1294. Todavía hoy hemos visto numerosas peregrinaciones de Dálmatas, de Tersato, que de rodillas en el templo de la Santa Casa y en la puerta del santuario, lloran y se lamentan de la pérdida gritando: «Vuelve, vuelve a nosotros, ¡oh Madre! Vuelve a Tersato».

El gobernador Frangipani, para perpetuar la memoria de la milagrosa aparición y desaparición de la Santa Casa, mandó construir sobre el sitio que aquella había ocupado, un templo de la misma forma y tamaño que aquella con esta inscripción: *Hic est locus in qua olim fuit*

Sanctissima Domus Beatae Virginis de Laureto quae in Recéneti partibus colitur; es decir: Este es el lugar donde estuvo en otro tiempo la santísima casa de la bienaventurada Virgen de Loreto, que se venera en el país de Recanati. Además se colocó en el camino de Tersato otra inscripción en lengua italiana para recordar al viajero los dos hechos que llenaron de alegría y de pesar, con las dos fechas que decía: *La santa casa de la bienaventurada Virgen vino a Tersato en 10 de mayo de 1291 y partió en 10 de diciembre de 1294.*

Tornemos de nuevo a Italia, a Recanati, vemos que la Santa Casa aumentó en devoción entre los habitantes de la comarca, pero lo agreste del sitio, lo peligroso del camino, dio pie para congregarse en sus cercanías gavillas de bandidos que, asaltando a los peregrinos, consiguieron alejarlos de las visitas, quedando solitaria y escasamente visitada la Santa Casa. No fue tampoco larga la estancia de la milagrosa casa en aquel punto, y el cielo permitió una tercera traslación a sitio no muy distante de aquél, pero en el que tampoco permaneció mucho tiempo hasta desaparecer, pues las cuestiones que se suscitaron entre dos hermanos, dueños del terreno, que llegaron casi al extremo de un fratricidio, hizo, sin duda, que aquella profanación de la gloria de ser dueños del terreno en que descansaba, no se enclavaba la Santa Casa, nuevamente los ángeles la transportaron por cuarta vez a un nuevo punto, al en definitiva en que hoy asienta por largos siglos y es venerada por los fieles hijos de María. No dista un kilómetro el lugar en que hoy asienta la Santa Casa, del tercer lugar de su descanso en tierra latina. Esta última traslación fue revelada por María a San Nicolás de Tolentino, honra de la Orden Agustina, y los dos lugares anteriores en donde asentó la Santa Casa, guardan construcciones que recuerdan aquellas estancias. La nueva aparición de la Santa Casa determinó una nueva comprobación para asegurarse una vez más de su autenticidad, y las nuevas investigaciones no hicieron sino confirmar una vez más y de una manera positiva la identidad, exactitud y conjunto de cuanto anteriormente se ha hecho. Estas pruebas, estas comprobaciones, ejecutadas de orden del Pontífice Bonifacio VIII, que en 1294 ocupaba la silla pontifical, y los planos y medidas, forma y naturaleza de los materiales, dieron la prueba más concluyente de la seguridad de ser la misma e indudable morada de María Santísima, y no cupo duda de que Loreto fue la afortunada población que goza de tan grande y celeste predilección.

Desde entonces la santa morada de María y de Jesús, ha sido visitada por miles de soberanos, pontífices y varones ilustres en ciencia y santidad, y en la inscripción que vemos en la puerta del monumento que encierra la Santa Casa y que luego describiremos, se leen las palabras del Pontífice Clemente VIII, que en su sentir y el de otros muchos Pontífices, se fundó la Sagrada Congregación de Ritos para suplicar a la Santa Sede la aprobación sobre el rezo de la traslación de la Santa Casa, según el testimonio de Benedicto XIV. Véanse las palabras del sabio Pontífice, a propósito de la lección histórica de dicho sagrado oficio:

«Las palabras de esta lección nos enseñan con toda claridad el fundamento en que se apoyó la Congregación de Ritos y su prudencia al suplicar al Soberano Pontífice la aprobación del rezo. La razón principal fue la autoridad de los decretos pontificios, donde se afirma que la casa de Loreto, en la que María nació, fue saludada por el Ángel y concibió del Espíritu Santo al Salvador del mundo; lo que resulta, sin duda alguna, de las letras apostólicas de Paulo II dadas en 1471, de Julio II en 1509, de León X en 1519, de Paulo III en 1535, y de la Constitución de Sixto IV. En lo que concierne a la veneración solemne del universo y al poder continuo de los milagros, cosas tan notorias que no necesitan prueba de ningún género».

Por último, el elocuente testimonio del inmortal Pontífice Pío IX, el Pontífice de María, de la Inmaculada, en sus letras apostólicas *Inter omnia* dadas en 26 de agosto de 1852, con motivo de las indulgencias que concedió a todas las iglesias agregadas a la Santa Casa de Loreto.

«Aquí es, dice Pío IX, donde se venera la Casa de Nazareth, tan amada de Dios, edificada en otro tiempo en Galilea, después arrancada de sus cimientos y llevada por divino ministerio por gran espacio de tierra y mar, primero a Dalmacia, luego a Italia, Casa en la cual la Santísima

Virgen, predestinada desde la eternidad y absolutamente preservada de la primitiva mancha, fue concebida, nació, se educó y fue saludada por el Mensajero celestial como llena de gracia y bendita entre todas las mujeres».

Tal ha sido la historia de las traslaciones de la Santa Casa, tales han sido las confirmaciones apostólicas de los VV. Pontífices y réstanos ya tan sólo, después de haber historiado las maravillosas y milagrosas traslaciones, describir el edificio santo, reconocerle a la luz de la fe y de la ciencia para hallar con ambos elementos la comprobación más firme, evidente y positiva de hecho tan grandioso, de acto del poder divino tan inmenso como el amor de María a los pobres mortales que invocan su santo nombre, su piedad e intercesora misericordia en nuestras penas y desdichas.

Penetraremos en el interior de la Santa Casa, como llenos de fe, consuelo y alegría, bajamos en Nazareth a la cripta de la Encarnación; contemplaremos aquellas mudas paredes, testigos de tantas grandezas y virtudes, y examinaremos científicamente aquella construcción, que compararemos con los materiales de Nazareth, y gozaremos con el dulce encanto de tales misterios, admirando el inmenso poder de Dios Nuestro Señor.

Para ello no haremos sino copiar las páginas de nuestro diario de peregrino católico y artístico por Italia, daremos a luz esas páginas de nuestras impresiones personales, y al hacerlo recordaremos hechos placenteros que ya pasaron, pero que frescos, puros, se conservan con el dulce recuerdo con que hiera nuestra vista la rosada luz de una hermosa puesta del sol.

Transcribiremos aquellas páginas, dando gracias a María Santísima que ha permitido que aquellas letras vengan a ver la luz pública después de veinte años que duermen entre papeles que nunca han de ser del dominio público, en estas pobres páginas consagradas a relatar la vida de María Santísima, que tal merced me ha concedido, y han de ser las más queridas y amadas páginas de, cuantos libros llevo escritos.

Loreto 18 de mayo de 1879.

Desde larga distancia, a los pocos kilómetros que desde Ancona llevamos recorridos, nuestra vista no ha dejado de ver en el horizonte el alto campanile de la Basílica, de la Santa Casa, que desde muchas leguas se distingue como faro que guía los pasos del peregrino, como dedo que señala al cielo y que se levanta en medio de aquella hermosa vegetación tan lujuriente como la de la campiña de Valencia nuestra querida patria. Sólo con aquélla son comparables los campos que venimos atravesando, aun cuando su cultivo no es tan esmerado, tan pulcro como el de los campos valencianos.

Un cielo puro, transparente, al que esmaltaban algunas blancas nubecillas por la parte del norte, tiene éste un parecido tan grande con el de nuestra tierra, que nos creíamos trasportados al feraz valle de Liria con sus montañas que le limitan azules y suavemente recortadas con siluetas de agradables líneas. Contemplando aquel hermoso panorama fuimos acercándonos a Loreto, bajamos en la estación y ascendiendo la suave colina en que asienta la afortunada ciudad. Al silencio de los campos, al canto de los pájaros y al rumor de corrientes aguas, sucede el ruido de las calles y la animación que producen los numerosos peregrinos que recorren la ciudad y especialmente llenan la rectangular plaza de la Madona en que asienta la Basílica santa.

El aspecto de las calles que hemos recorrido es alegre, risueño, llenas de luz y de tibio ambiente; nadie diría que estamos en mayo; más parece una mañana de junio, el calor comienza a sentirse y eso que son las nueve de la mañana. Agobiados por la sed, entramos en un café situado frente a la Basílica y debajo de los pórticos de la plaza refrescamos nuestras secas gargantas. Acordamos aposentarnos en el hotel de José Papi, que es dueño del hotel y del café, instalámonos en un cuarto del piso segundo, y dejando nuestros sacos de mano y carteras, salimos encaminando nuestros pasos a la Santa Casa, primera visita que debíamos hacer, primera y sagrada deuda del corazón que teníamos que pagar, contraída con María nuestra santa y cariñosa Madre.

Atravesamos la plaza, en medio de la cual se levanta una fuente hermosa y de verdadero carácter monumental. La plaza, verdaderamente más que plaza, es el patio de una porción de edificios todos de carácter religioso, cual el palacio Apostólico, residencia del Obispo y de los prebendados; el Colegio de los PP. de la Compañía de Jesús, nuestros ilustres paisanos, los venerables hijos de Loyola; el convento de los Capuchinos, el de los Menores Observantes y el de los Conventuales que, según nos dice Guido, nuestro joven guía, son los penitenciaros de la basílica, y entre ellos los hay de distintas naciones para oír las confesiones en las distintas lenguas de los miles de peregrinos.

Llegamos al frente del templo; al pie de la escalinata se levanta la hermosa estatua de bronce del Pontífice Sixto V. La fachada es hermosa, por más que el estilo imperante en Italia no sea el que mejor llene ni representa las aspiraciones del alma cristiana.

En el atrio, antes de entrar en el sagrado recinto del templo, me detuve unos minutos procurando recoger mi espíritu, despojarle de terrenas impresiones, elevándole a la contemplación la santa visita que iba a realizar. Costumbre y práctica es esta en mí que de antiguo vengo observando y que he realizado en Montserrat, en el Pilar, en San Pedro, en las Catacumbas, y de la que no pienso despojarme, conservándola, si se quiere, como un saboreo anticipado de las dulces impresiones que siempre he recibido en los santos templos.

Franqueamos la entrada y penetramos bajo las majestuosas bóvedas del templo: en el centro del crucero, cobijada por aquéllas, que la encierran como bajo un fanal, a imitación de la iglesia del Santo Sepulcro, levántanse las paredes y cubiertas de la Santa Casa de María, de José, de la Sagrada Familia. A ella encaminamos nuestros pasos sin mirar el templo que la cubre, la primera impresión de nuestra alma queríamos que fuese la Santa Casa, la morada de María, y así atravesamos la iglesia sin verla ni contemplar ninguna de las riquezas artísticas que encierra.

Llegamos a ella, penetramos por una de sus puertas laterales y nos encontramos en el sagrado y consagrado recinto. En el momento en que entrábamos, el sacerdote que estaba celebrando elevaba la Santa Hostia, y nuestra entrada en aquella inmensa morada fue de rodillas, fue cayendo gratamente humillados ante la Majestad Divina que en aquel momento se nos mostraba con toda su pura y santa majestad. De rodillas contemplamos y recordamos las descripciones que conocíamos y habíamos leído del interior de la Casa, y con respetuosa mirada y sin la curiosidad de los despreocupados turistas, reconocimos la pobre casita que albergó a la Santa Familia. Oramos como católicos, rogamos por nuestras familias, oímos otra misa que sucedió inmediatamente al celebrante que terminaba, y supe que éstas terminan a la una, pero que hay día en que la afluencia de sacerdotes que desean celebrar es tal, que se prolongan hasta las cinco y las seis de la tarde, pero a condición de que no haya interrupción entre una y otra.

Lleno de numerosos peregrinos se hallaba el pequeño recinto de la Casa; allí entre aquel número de seres humanos, se hallaba casi representada la humanidad, y aun cuando algo profano el examen en medio de tan grande y sublime milagro, no pude menos de exclamar interiormente ¡oh María!, ve aquí a las distintas razas, naciones, países y pueblos que sin conocerse, todos hermanos vienen a glorificarte, a declararte pura y sin mancha, Madre de los pobres humanos que aquí acudimos y nos consideramos tus hijos, tus protegidos y sin conocernos nos llamamos hermanos en la santa religión de amor y caridad de tu excelso Hijo, y anudados nuestros corazones en lazo de amor por tu afecto y protección a los pecadores, ¡oh María, ruega por nosotros y acoge nuestra plegaria!

Y en efecto, al lado mío una señora oraba en inglés, un belemita con su hermoso traje, cruzadas las manos, pedía a la Reina de los cielos, detrás de mí escuchaba el nombre de María pronunciado en francés y un caballero alto y fornido que se apoyaba en una gruesa muleta que suplía la falta de su pierna izquierda, suspiraba y le oía algunas palabras que decía a una niña arrodillada a su lado en un idioma que debía ser alemán por lo gutural de la pronunciación. En

el lado opuesto al en que me hallaba, un traje argelino que vestía un joven de agradable presencia, me indicaba otra raza, lo mismo el negro y reluciente cutis de una joven que acompañaba a una señora de blancos cabellos y de una hermosa y tranquila ancianidad. ¡He ahí el mundo, idiomas, pueblos y razas que se odiaban políticamente por obra de los hombres, unidos, confundidos y hermanados por ley de amor en adoración y afecto de María: ante su altar, ante su nombre, todos hermanos; fuera de este recinto, odios, enconos, iras y sangre, borrando en ambiciones y odios la obra de Jesús, su ley de caridad.

Largo rato permanecemos todavía en el venerando templo, y al salir de él, al penetrar en las bóvedas del templo, oímos hablar en catalán a dos señoras que con nosotros salían de la Santa Capilla: al escuchar los acentos de la dulce lengua de nuestra patria, de nuestra región, intensa alegría, placer inmenso llenó nuestra alma, y en la misma dulce y amorosa lengua de nuestra tierra les contestamos, con manifiesta alegría de aquéllas, que dijeron al contestarnos que se creían en España, en nuestra católica región de las barras y del murciélagu. ¿En qué parte del mundo dejará de hablarse nuestra dulce lengua? decía la más joven (hija, según supimos después, de la otra dama, distinguidas ambas por sus modales y amena conversación). Y es verdad: ¿en qué país del mundo la lengua de Ausiás March y de Lulio, de Roig y San Vicente Ferrer dejará de escucharse allí donde haya españoles? ¿Es español al que encontráis en Chile, en Singapore, en Melbourne o en Suecia? Tened la seguridad de que será catalán, mallorquín o valenciano; es decir, que pertenecerá a una de esas tres hermanas para quienes el mundo no tiene fronteras, y cuya ley es la del trabajo y que viajan, trabajan y cantan en aquella dulce e incomparable lengua, tan dulce y armoniosa como la de la tierra en que nos hallamos, tan parecida a la de nuestra patria tan querida de María, y cuyos tres Estados tienen la gloria de ostentar tres advocaciones de María tan gloriosas como el Pilar, Montserrat y los Desamparados.

Así hablando y recordando a esas hermosas Barcelona, Valencia, Zaragoza y Palma, encaminamos nuestros pasos al hotel, démosle este nombre, teniendo el placer de que aquellas simpáticas madre e hija se aposentaran en el piso principal de la misma fonda. Reunímonos en el comedor para almorzar, y después de la grata impresión y del dulce placer de haber visitado la Casa de María, se unió el de hallarnos en tierra extraña, aunque no tanto para nosotros, como para otros españoles, pues largos años imperamos y vivimos los catalanes y valencianos en esta Italia en franco amor y compañía mientras nuestra vida corrió independiente, pero cuya amistad, cariño y afecto de raza perdimos y con ella la posesión, cuando unidos con Castilla dejéose por ley política la ley comercial, de unión y de lengua que nos había unido hasta entonces. Y es la verdad, decíamos mientras los platos circulaban por la mesa: Cataluña no ensanchó sus dominios por ley política; las armas, que siembran odio, fueron desconocidas en nuestra región; nuestras expansiones fueron comerciales, cambio de riqueza, cambio de productos, respeto a las leyes y costumbres, asimilación por el comercio, nada de imposiciones, nada de fuerza; de aquí la hermandad entre Sicilia, Nápoles y otros de nuestros dominios, si así queremos llamarlo, nada de colonias ni conquistas, provincias hermanas, unidas por la santa ley del trabajo y del comercio.

Y de esta suerte, recordando pasadas glorias de nuestra lemosina tierra, recordando que el idioma y el nombre de los Estados aragoneses, grandes y majestuosos en su cristiana federación, tanto hicieron y han hecho por el engrandecimiento y riqueza de España, se pasó el almuerzo y esperamos el momento en que terminaran las celebraciones para poder ver y examinar las riquezas y tesoros de fe que encierra la Santa Casa de Loreto. Las damas catalanas que venían a cumplir una promesa hecha a la Virgen María en su Santa Casa, llevaban recomendación para el penitenciario español, ¡catalán también, el P. Juan Bautista Cortés! quien nos enseñaría cuanto encierra la Santa Casa. Por nuestra parte llevábamos también recomendación para el penitenciario francés y determinamos visitar juntos los cuatro la Basílica, quedando en hacer luego una visita al penitenciario P. Ludovico y utilizar los

servicios de nuestro paisano, lo cual nos proporcionaría un rato más de utilizar nuestro idioma.

Terminado el almuerzo y cerca de las cuatro de la tarde, encaminamos nuestros pasos a la Basílica por debajo de los arcos y pórticos de la plaza, pues el calor era intenso y el sol reverberaba sobre el empedrado deslumbrando con su fuerte reflejo. El P. Cortés nos recibió con esa amabilidad y franqueza característica de nuestra tierra, saludándonos con nuestra hermosa lengua. Pasamos a la sacristía y allí comenzamos por visitar el tesoro de la Santa Casa. Todos cuantos objetos encierra, son posteriores a la época de Napoleón I; pues este tuvo el *capricho* de incautarse de todas aquellas riquezas, no sólo metálicas, sino también artísticas, habiendo sido saqueada la Santa Casa por las tropas de la civilización, el cuadro venerando aparecido con la Santa Casa del templo pasó al gabinete de Medallas del Museo imperial, y colocada encima de una momia; ¿sería para burla entre aquellas masónicas turbas? Hacer la relación y descripción de cuantas alhajas por su valor material como artístico, sería pesada e incompleta tarea que nada diría sino ocupar páginas y páginas; pero ¿qué joya más estimable y más rica que el amor profundo e intensísimo de la humanidad entera a María y su Santa Casa? Ante semejante grandeza, la plata, el oro, la pedrería, son miseria mineral ante el valor inmenso del cariño y amor de la humanidad creyente, ¿qué mayor y más inapreciable joya para María, todo amor y misericordia? Pero en medio de tan hermoso número de joyería existe una alhaja, una perla, lágrima de amor y reconocimiento de unos pobres pescadores, y cuya conmovedora historia no queremos dejar de consignar. Esta por la maravillosa que se custodia dentro de un dije de oro, tiene la historia siguiente: Unos pobres pescadores de perlas en el mar Rojo, hacía tiempo que los infelices luchaban con los peligros de las olas y de los monstruos marinos sin resultado alguno, ofrecieron entonces llenos de esa fe sencilla y hermosa, que la primera que pescasen lo ofrecerían a Nuestra Señora de Loreto. No pasaron muchos días sin que los piadosos pescadores no consiguieran el fruto apetecido, y cayó en sus manos la perla hermosa que contemplamos; pero el fruto de la fe, no tardó en desaparecer, fruto también de la rapiña y del robo; pero recobrada después de muchas investigaciones por Pío VII, fue colocada de nuevo en el tesoro en donde la admiramos, en la hermosura del ejemplar, tanto más cuanto la contemplábamos como hermosa ofrenda de la fe.

No menos estimable y de hermoso concepto de estimación es el cáliz ofrecido por el Pontífice Pío VII al recobrar su libertad después del cautiverio napoleónico; es una hermosa ofrenda, en cuyo pie se lee la siguiente traducida inscripción: «Pío VII, Pontífice Máximo, habiendo recobrado la libertad en la fiesta de la bienaventurada Virgen María, saludada por el Ángel, dadas gracias a Dios en la Basílica Lauretana, dedicó este monumento, ofreció esta prenda de su ánimo devoto y agradecido».

Como estábamos inmediatos a la terraza del convento, desde allí contemplamos la ciudad, que es más pequeña de lo que realmente nos había parecido: la plaza y la calle mayor, es donde se aposenta el escaso comercio de la ciudad; nada de particular ofrece el resto, pero en cambio el paisaje que desde allí se contempla es hermosísimo, y al tender la vista por aquel encantador paisaje, el recuerdo de la batalla de Castelfidardo se presentaba ante nuestra vista, envuelto entre el humo de la fusilería el heroico ejército pontificio. El terreno de aquel combate fue el mismo que hoy ocupa la estación del ferrocarril: no lejos de nosotros y sobre una colina se ve el pueblecillo de Castelfidardo, que dio nombre a esta desgraciada acción para las armas del catolicismo; no lejos tampoco, se contempla a Recanati. Contemplando aquel cuadro encantador, aquel panorama tan lleno de luz y belleza, creíamos encontrarnos viendo desde el compás del monasterio de Torrente el panorama de nuestra huerta baja. Dejamos la terraza y descendimos al templo: acompañados del P. Cortés entramos de nuevo en la Capilla, en la Santa Casa, para conocerla, verla, tocarla y estudiar aquel venerable monumento de la fe católica.

Con qué fe, con qué veneración y temor cariñoso comenzamos nuestra peregrinación religiosa y artística en aquel reducido espacio de terreno en que se realizó el más grande de los misterios. Un perímetro de nueve metros y medio de largo por cuatro cuarenta de ancho es la superficie de la santa morada, cuatro metros y veintinueve centímetros es la altura de los muros, y su grueso es de cuarenta centímetros. Examinando la formación de aquellas paredes, vemos que las componen piedras llanas, de color rojizo, que las ha hecho confundir a algunos con ladrillos estrechamente unidos por ligera capa de argamasa. La Guía de Baadeker dice que las paredes son de ladrillo, y con intención más malévolamente lo afirma Du Pays: (*Memoire sur la construction et géographique de l'Italie*, citada por Gaume, *les trois Romes*, tomo III). Pero de este error tan a la ligera propagado, nos saca Sausire, escritor protestante, quien con mayor crítica e independencia secta, examina la Santa Casa y nos dice:

«Examiné los materiales de la Santa Casa, que son piedras labradas a manera de grandes ladrillos, colocadas unas encima de otras y tan perfectamente unidas, que sólo dejan entre sí pequeños intersticios. Han tomado el color del ladrillo, de suerte que a simple vista se las cree de barro cocido, pero examinándolas con atención se ve que son piedra arenisca de finísimo y muy compacto grano». El examen detenido que hicimos nos confirmó la verdad del autor citado, y tanto por el interior de la Casa como por el exterior, a través de los muros, que aun cuando revestidos de mármoles por el exterior, queda entre aquellos y el revestimiento lujoso un espacio de medio metro que aísla la Casa como dentro de un estuche.

También nos cercioramos de que la Casa carece de cimientos, descansa sobre la tierra, no toda igual, hasta el punto de que hay pedazos del muro por debajo de los cuales se pasa libremente un varilla en varias direcciones. Subsisten los cimientos en Nazareth, donde los hemos visto, y de este aislamiento dicen que hay puntos que coinciden exactamente sus oquedades con aquellos muros. Así subsiste casi en vilo sobre la tierra este venerando monumento hace seis siglos, con admiración y respeto de católicos, protestantes y racionalistas: nosotros pasamos por debajo del muro aislado de la tierra una hoja de cartón de las tapas de nuestra cartera y en un espacio de unos tres metros corrió libremente sin tropezar con la tierra ni con el aquel. Los racionalistas admiran este misterioso estado de construcción, y el P. Cortés nos dijo, que la admiración y la evidencia del milagro se puso de manifiesto en el año 1751 con motivo de la renovación del pavimento del templo: entonces, en presencia del obispo de Loreto y gran número de personas, se comenzó a levantar las losas del pavimento y viose con admiración el leve descanso de aquellas paredes sobre la movediza tierra, tan blanda y suave, que hubo quien con las manos abrió agujeros en ella por los que pasaron el brazo hasta el lado, opuesto, quedando en el aire las paredes en grandes trechos. Lo mismo y con más evidencia se comprobó en el día siguiente, cuando en trechos mayores se hizo el levantamiento de las losas en los lados del Norte y Sur de la santa capilla.

Realizado este examen, el primer objeto que buscan nuestros ojos en el santo recinto, es la siempre querida y amada imagen de María, que con su divino Hijo en brazos ocupa el nicho del altar, que se halla en la parte oriental: Esta efigie de María es antiquísima y la tradición la atribuye al pincel de San Lucas. Está pintada sobre tabla de cedro y nada hemos de decir acerca de su antigüedad, cuando la crítica histórico-arqueológica ha pronunciado su fallo sobre multitud de imágenes atribuidas al Santo Evangelista, que sabemos no fue tal pintor. Que es muy antigua lo demuestra su manera de estar ejecutada, su colorido, hoy casi perdido, y el estilo oriental de su riquísima exornación de oro y pedrería, que casi la ocultan a la vista. Esta imagen, esta antigua pintura, entró de nuevo en el templo on Pío VII, cuando éste obtuvo su libertad del tirano del siglo, y allí en su altar permanece venerada y reverenciada por medio millón de peregrinos que la visitan anualmente.

El altar, que también fue trasladado con la casa, está separado del muro, es de piedra y de sencilla pero ingenua labor, que demuestra su antigüedad: la tradición consigna que sobre su mesa celebró el príncipe de los Apóstoles San Pedro el sacrificio incruento, por cuya razón el

P. Cortés nos dijo denominarse altar de San Pedro: la piedra en que se halla labrado es de la misma clase que la de la Santa Casa. Detrás del altar y entre éste y el muro, queda un pequeño espacio que denominamos camarín, y los italianos le dan el del *santo camino*, como si quisieran decir la chimenea, puesto que realmente es la chimenea de la Santa Casa.

¡Qué dulce recuerdo de los tranquilos placeres del hogar trae a la memoria aquel santo camino! ¡Cuánto no hiere nuestro corazón y llena los sentimientos de amor y de afecto el recuerdo del fuego que en las noches de invierno ardería debajo de aquél, cuando los fuertes vientos tan comunes y persistentes en Nazareth pasarían silbando con tristes aullidos, que tal vez harían abrir los ojos al dormido Niño, despertando con aquellas voces quejumbrosas o aullidos feroces cuales los que había de escuchar años después en su doloroso paso por la vía de la amargura, lanzados por el populacho feroz a quien venía a salvar de la esclavitud del demonio!

Con dulce y arrebatador placer contemplábamos aquel santo camino, por el que había escapado el humo del pobre hogar de Jesús y de sus santos padres, ante aquel *camino* que había escuchado las dulces pláticas del santo matrimonio y calentado sus paredes no sólo con el fuego y el calor de los troncos del hogar, sino con el ardiente fuego del amor y de la caridad que tanto calienta y embellece el de los hogares cristianos.

En dicho camarín, en el santo camarín, guardase y venérase un antiquísimo plato de barro denominado la *Santa scudella*; besámosle con respeto, con amor y veneración, con el respeto que inspira siempre un objeto que ha visto pasar generaciones, y con el entusiasmo y cariño con que besamos aquellos objetos que pertenecieron a nuestros padres; así, así besamos una y cien veces la *Santa scudella*, que perteneció, usó y tocó con sus puras y santas manos María, Jesús y José en los diversos momentos y actos de su vida. Esta santa reliquia, este barro afortunado que tal dicha obtuvo y privilegio goza, está guarnecido con bordes de oro, con hermosos bajos relieves. Y...¿por qué no decirlo? hubiéramos querido mejor hallar la *Scudella* en su mismo estado de uso en que la tuvo la Santa Señora, cuando este plato formaba parte de la pobre y modesta vajilla de la casa del carpintero José. Será tal vez un resabio romántico, pero en nuestro concepto, y perdónesenos si con ello pudiéramos herir el sentimiento de piedad que no queremos ofender, sino respetar, en nuestra opinión, los adornos de oro, los relieves que casi con aquellas planchas de oro que le encubren, le quitan su hermosura principal, su encanto y veneración, y el oro y las riquezas parecen querer con su brillo ofuscar y llamar la atención sobre la exornación más que sobre el objeto adornado. Para nosotros la respetabilidad y el aprecio es el mismo, pero nos parecería más respetable, más hermoso y cristianamente inspirador en su sencillez, pobreza y humildad, en su estado de uso, que cubierto con caja de ricos metales: aquel barro, aquella tosca vajilla en su prístino estado, ejerce una fuerza superior de atracción, de veneración y respeto, mayor cien millones de veces que el verle revestido, ocultado a la vista por el rico y valioso estuche de oro y hermosa labor en que se envuelve. Se me dirá, eso es un refinamiento del sentimiento estético-católico, y que pueden sentir algunos pechos; pero para el vulgo, ignorante y fantaseador, aquella santa reliquia tiene más estimación cuanto más brille y más oro se le diga que tiene aquel adorno; entonces le estima en más, le besa con mayor entusiasmo, pues el sentimiento de lo respetable, adorable, estriba más que en el concepto del sentir, que en el de la riqueza y valor que representan, y nada más digo ni diré sobre este punto y otros similares.

Encima de la alacena que encierra esta inapreciable joya, de esta hermosa reliquia que las manos de María tocaron y quizá llegó a sus labios para besarlos en alguna ocasión, se conserva el velo y vestido que cubre la imagen de María en el día tristísimo de Viernes Santo. Del techo penden dos pequeñas campanitas, que con la Santa Casa fueron transportadas, y dos pedazos del antiguo techo pintado de azul con estrellas de oro, obra de la emperatriz Elena, que sabemos fue la constructora del templo que encerró la Santa Casa y la hizo adornar con pinturas, y altar que hoy vemos y contemplamos como recuerdo permanente de la piedad y de

las obras de tan ilustre humanamente considerada emperatriz y santa bajo la alta consideración de la Iglesia.

Salimos del camarín y en el muro del oeste de la casa y a metro y medio del pavimento actual vimos una ventana rectangular de metro y medio de altura por unos ochenta centímetros, resguardada por una hermosa verja de bronce de muy hermosa labor. Llámase la ventana de la Anunciación por cuanto que una piadosa tradición y creencia se dice que por ella vio entrar María al ángel Parainfo de su dicha. Sobre la ventana y en cruz oriental, se contempla un antiguo crucifijo pintado sobre lienzo adherido a la citada cruz: el pueblo la atribuye a San Lucas, como otras muchas pinturas, pero sabemos que las representaciones corporales de Jesús y María no se realizaron sino algunos siglos después de la venida de Jesús al mundo. Las pinturas que adornan las paredes, son antiquísimas en el sentido general de la frase, y ya dijimos algo de su representación cuando hablamos del templo y casa de María en el capítulo de Nazareth. El valor histórico-arqueológico de estas pinturas no puede apreciarse bien, sino haciendo un detenido estudio de ellas en su ejecución y representación: son un documento histórico de irrecusable valor y comprobación, y por tanto, merecen llamar la atención de quien mira algo más que la superficie o epidermis de las cosas. Estas pinturas (de las que ya nos ocupamos), son anteriores a la milagrosa traslación y son un elocuente testimonio de la autenticidad de unas y de la otra.

(Ya hemos dicho en el capítulo correspondiente la representación de aquellas pinturas, pero al llegar a este punto transcribimos íntegro lo que en nuestro diario consignamos acerca de ellas: hablamos allá de ellas y aquí consignamos su impresión y estilo que no pudimos apreciar en Nazareth cuando de ellas hablamos al describir, el santo templo.)

Curiosas e interesantes son estas pinturas, no sólo como documento interesante para la historia del hecho, sino para la historia del arte, de la indumentaria y de la Santa Casa. Representa una de ellas a la Virgen sentada con su divino Hijo de pie sobre las rodillas, y al lado izquierdo San Luis el rey de Francia, con manto de púrpura, una cadena y grillos en una mano, como signo y expresión de su cautiverio de los árabes en su campaña de las Cruzadas, y una caña en la derecha como cetro, cetro como el que pusieron en manos del Salvador, cetro de humildad que San Luis quiso ostentar al ofrecerse libre a María Santísima, cuando a su Santa Casa de Nazareth acudió para dar gracias a su bondad y misericordia por su libertad. En el testero de enfrente vese otra en la que el Rey de Francia, y sus cortesanos compañeros en la Cruzada le rodean y consultan. Ambas pinturas, como ya hemos dicho, son interesantísimas no sólo por su antigüedad y manera de ejecutar, sino por el gran conocimiento que nos suministran en el terreno histórico y arqueológico. El colorido, el dibujo, la perspectiva y sobre todo la representación de María y de su Hijo son elementos interesantísimos para el estudio de la época del arte y comprobación de la milagrosa traslación de la Santa Casa en que existían estas inapreciables pinturas murales.

La pila del agua bendita es también de una gran antigüedad y fue transportada con la Santa Casa desde Galilea. En el muro de la parte norte, vense dos puertas, la de la parte occidental hace juego con la del muro del sur, la otra está cerrada de orden de Clemente VII y conserva el primitivo dintel de madera que tantas veces pisarían Jesús, María y José. Hasta el siglo XVI no tuvo otra puerta la Santa Casa, pero el número de peregrinos cada día mayor, hizo necesaria la apertura de otras tres que regularan el orden en tan copioso concurso.

En una pequeña alacena adosada al muro, se dice guardaba María la biblia, y los Apóstoles después las especies sacramentales: hoy se guardan en ella otras no menos estimables reliquias, cual son dos tazas de barro, guarnecidas también de filetes de cobre, pues las de oro que las resguardaban, desaparecieron entre las manos de Napoleón I.

Estudiada, contemplada y venerada la santa mansión tan milagrosamente transportada, hicimos nuevamente oración y prometimos nueva visita a tan venerando templo, saliendo de

él para contemplar y admirar la basílica que encierra en su crucero tan estimable joya de fe cristiana, monumento tan respetable, venerado y adorado por la cristiandad entera. Con pena, con dolor salimos de tan hermoso y poético santuario, en el que arden de continuo las lámparas de plata que la fe regaló y la caridad y amor de los cristianos mantiene encendidas, como encendido está en el corazón de todos los católicos el fuego ardiente de la fe, la luz clara y penetrante del amor de María, cuyo culto, amor y entusiasmo aumenta cada día, como lo demuestran las numerosas peregrinaciones y el culto de Nuestra Señora de Lourdes, que visitaremos si la misericordia de la Madre de Dios lo permite algún día. Salimos de la pobre casita de Nazareth y exteriormente nada la representa; se la ha revestido, aun cuando separado de sus muros, por otro de ricos mármoles, en el que el arte brilla con todo su esplendor merced a los cincelos de Sansovino, Baccio, Bandinelli, Cicli, Jerónimo Lombardo y Della Porta; todos a porfía esmeraron sus obras, todos ellos elevaron su espíritu en el amor a María, y sus obras han resultado verdaderamente bellas y acabadas con hermosa perfección. ¿Pero llenan el ánimo, el alma, de grata impresión? No; en nuestro concepto repetimos lo que hemos dicho: aquel rico número de hermosas obras, aquellos incomparables mármoles son ricos, espléndidos; pero aunque hieren las fibras más sensibles del sentimiento estético, aun cuando el arte se manifiesta con toda la soberana potencia de la fuerza creadora en aquel conjunto de belleza artística, para nuestra alma, para nuestro sentir, hubiera sido más bello, más ingenuo y más sublime, dejar los muros de la casa visibles, visibles en su antigüedad, en su obscuro manchado del tiempo. Aquellas paredes desnudas de adornos, patinadas por los años, selladas con la acción del tiempo, que en ellas ha impreso su pesada huella y colorido de los siglos, para nosotros, para nuestro corazón, hubiera sido tanto más sublime, más grande, por cuanto que aquella desnudez, aquella pobreza, eran la más grande, la más sublime riqueza artística que pudiera presentar, inspirando el alma en la contemplación de las obras de Dios, manifestada en el humilde aspecto de la morada a la que Dios se dignó descender en busca de la más pura de las vírgenes para tomar carne en su seno virginal. Aquellos muros de pobre piedra, aquella obscura patinación de las paredes causada por los siglos, aquel modesto cubo de humana construcción, tiene y tendría para nosotros más encanto, más belleza, más religiosa poesía que los mármoles y preciosas esculturas encubren y privan de la vista de los artistas y poetas cristianos.

El rico joyel de la basílica que encierra bajo su cúpula la modesta casita de Nazaret, es espléndido, rico estuche que encierra la preciosa joya de la morada de la Sagrada Familia, toda aquella riqueza que la cubre y oculta a las miradas de los católicos fervientes, repartida entre los muros de nuevo templo sería la más rica y valiosa prueba del amor, de la ofrenda, del arte a tan inestimable monumento, que íntegro, incólume y sólo besado por ósculo de amor y de veneración le encerrara, siendo el encanto y admiración de los que si se quiere podremos llamar poetas, artistas y cristianos.

De la misma manera que no aprobamos, entiéndase bien, en el sentido estético-religioso, las transformaciones y desfiguraciones hechas en el Calvario, quitándole en nuestro concepto la grandiosa majestad de su carácter histórico, dejando aquel trono del sacrificio del Hombre-Dios en toda su tétrica y fúnebre grandeza bajo la luz del sol, bajo el manto de las nubes que le envolvieron en el tremendo momento de la conmoción universal, de la misma manera hubiéramos querido ver a la Santa Casa, más grande, más sublime en su propia humildad y pobreza, que revestida con los mármoles y obras de arte, que queriendo embellecerla la han desfigurado y privado de la contemplación de los mortales en su prístina sencillez y poético encanto del idilio de Nazareth.

Tómense en tal sentido nuestras palabras: no censuramos ni nuestra pobre ilustración llega a censurar las obras y los pensamientos de los sabios Pontífices, pero sí son palabras nacidas de un corazón creyente, amante de María, y de un sentimiento estético que podrá ser equivocado, pero nunca censor de la obra de personas eminentes en ciencia y santidad. La Iglesia ha

sido y es la protectora, la fomentadora de las bellas artes, y a su iniciativa y protección debemos esas obras, que son la admiración de las almas artistas y de aquellos cuyos corazones vibran a impulsos de los sentimientos de belleza, tan protegidos y fomentados desde los primeros siglos por la Iglesia católica, en cuyo seno y a cuyo calor y amparo vivieron y trabajaron esos admirados artistas, que llevaron en su mente el fuego creador del arte como holocausto en aras de la Divinidad y en cuyo honor trabajaron.

Y esto dicho, admiremos algunas de las joyas, preciosas manifestaciones del arte, que el templo encierra y revisten los muros encubren la Santa Casa: llama desde luego la atención el bajo relieve de la Natividad de María, obra de Sansovino y sus discípulos; imposible es hallar mayor perfección, mayor riqueza de detalles, ejecución y dibujo, que en aquel hermoso conjunto en que se personifican las virtudes de María. De las estatuas de los profetas que adornan los nichos, nada diremos sino que nos quedamos contemplándolas en delicioso éxtasis y esperando que aquellas bocas hablasen, que oyésemos el eco y metal de su profética voz. Las puertas de bronce con bajo relieves que nada pudieran ruborizarse al lado de los de el baptisterio de Piza son tan hermosas, como ricas en ejecución y dibujo.

Pero quedábanos por admirar lo que me atrevo a llamar la obra maestra de Sansovino en el muro de poniente. La Anunciación de María, hecho esculpido, pintado y tallado en inmenso número de obras, muchas de las cuales hemos visto y admirado, pero realmente puede decirse que esta representación gráfica de la Anunciación, no la habíamos visto ni comprendido hasta el momento en que mudos de admiración, pasmados de entusiasmo quedamos ante bajo relieve semejante. Allí Sansovino debió estar inspirado por María y movida su mano por el arcángel Gabriel, pues es imposible representar con tal exactitud, tanta verdad, el misterioso acto de la visita del Arcángel y del misterio realizado por la presencia del Espíritu Santo. ¿Describirlo, pintarlo, explicarlo? imposible: aquello se comprende, se siente, conmueve nuestro pecho, pero no puede describirse. Es necesario permanecer largo espacio de tiempo cual nosotros hicimos: visitarle tres veces durante nuestra estancia de horas en Loreto para comprender y admirar la poderosa y bella inspiración de Sansovino al realizar aquella obra incomparable. De esta obra dice Vasari, después de haber estudiado figura por figura, detalle por detalle este retablo, ensalzando la figura de María y del Arcángel, dice que contemplándola esperaba oír de aquella boca el *Ave Maria gratia*. Y en verdad de verdad que el santuario de María, la casa de la Santa Virgen no pudo tener ofrenda más hermosa, más grande, más digna de sus virtudes que el templo construido, como riquísimo guarda-joyas, que el levantado por Bramante, ni glorificación representativa más sublimemente inspirada que la de Sansovino queriendo reproducir humanamente el grandioso misterio de la venida del Arcángel y la Encarnación del Hijo de Dios en el incomparable seno de pureza de María, tan bellamente representada en la obra de Sansovino.

Es necesario examinar en detalle aquella hermosa cabeza de María, tan celestialmente bella como feliz, representación de la belleza humanamente cándida y amorosa. Es necesario contemplar aquella hermosa y púdica posición de la figura de María, aquel dulce plegado de paños, aquella tranquila mirada y aquellas hermosas manos que han de sostener entre ellas al Hijo de Dios, para quedar extasiados ante belleza tan sobrenatural, ante inspiración tan grande que realizó tal maravilla artística. La figura del eterno Dios, los ángeles que revolotean y creemos en nuestra ilusión ver mover sus alas, y sobre todo, aquella incomparable figura del Arcángel, modelo finísima y bella representación masculina, es un ejemplar tan hermoso, bello e incomparable de ejecución, que no hemos hallado en basílica otra obra que le iguale en irremplazable belleza y encanto de pensamiento y ejecución admirable.

En el muro oriental existe entre las hermosas figuras de Moisés y de Balaam, entre las sibilas de Samos y del Ponto, el altar en que se representa la traslación de la Santa Casa, obra de Nicolás Tribolo, con todas las circunstancias contenidas en la inscripción latina que Clemente VII mandó esculpir al pie del altar y que traducimos para inteligencia de todos:

«Peregrino cristiano que llegaste aquí por oferta de piedad, delante tienes la Casa Lauretana, venerable en todo el mundo por los divinos misterios y por la gloria de los milagros. Aquí nació María Santísima (téngase en cuenta lo que dijimos en el capítulo correspondiente sobre el lugar del nacimiento de María), Madre de Dios: aquí fue saludada por el Ángel, aquí el Verbo Eterno de Dios se hizo carne. Transportáronla los ángeles desde Palestina a Tersato en Dalmacia, el año de nuestra salud 1291, siendo Sumo Pontífice Nicolás IV; tres años después, al principio del pontificado de Bonifacio VIII, trasladada al Piceno cerca de la ciudad de Recanati, fue también por ministerio de ángeles, colocada en un bosque de la colina, donde habiendo cambiado tres veces de sitio en el espacio de un año, se fijó por último aquí. Desde aquel punto y hora, tanto por la novedad de tan extraño suceso, que llenó de admiración a los pueblos vecinos, como por los repetidos milagros que le divulgaron por todas partes, en todas las naciones se tuvo en gran veneración esta Santísima Casa, cuyos muros, no sostenidos por cimientos de ninguna especie, permanecen en pie después de tantos siglos. El Papa Clemente VII revistióla por todos lados con un ornamento de mármol en el año del Señor 1525, y Clemente VIII, Pontífice Máximo, quiso que se escribiese en esta piedra el año 1595 la historia compendiada de la maravillosa traslación, a lo cual tuvo cuidado de dar cumplimiento Antonio María Gallo, cardenal presbítero de la Santa Iglesia Romana, obispo de Orimo y protector de la Santa Casa. Tú peregrino adora aquí con devoto afecto a la Reina de los ángeles y Madre de gracias, para que por sus méritos y por las oraciones de su Hijo dulcísimo, autor de la vida, alcance el perdón de tus pecados, la salud corporal y las perdurables alegrías».

Ya anochece cuando salimos del santo templo; tres horas de examen de tantas maravillas de la fe; tres horas de conversación en nuestro dulce idioma, nos hizo olvidar que estábamos en tierra extraña, que pisábamos tierra extranjera, y que aquel sol, aquella hermosa desaparición de la luz cuando en nuestra patria aún le verían una hora, era el mismo sol que con sus rayos, sobre aquel trono de oro, verían esconderse en Valencia tras los montes de la sierra de Chiva, con una puesta sólo comparable a las del golfo de Nápoles, y en que todas las tintas de la gama, del azul y oro, del rojo y del amarillo, se combinan en un conjunto tan hermoso y artístico, como sólo la mano de Dios puede componer en la inmensa paleta del firmamento, y de aquellos hermosos conjuntos de luz entre el follaje de la Rambla, con el concierto de pájaros y ruido de vida en el tráfico de la actividad, en la rica Barcelona.

La plaza de la Madona estaba llena de gente que paseaba y se dirigía a los comercios; acompañados de las dichas señoras, paseamos por la plaza, seguimos la calle mayor contemplando los comercios, y recordando de paso los de la calle de Fernando, de la Rambla, y la de la de San Vicente y Zaragoza en Valencia, tan espléndidos cuales ningunos otros de España. Conversando y comprando algunos objetos piadosos para tocarlos mañana con las escudillas de la Santa Familia, llegó la hora de comer y regresamos al hotel.

Después de comer tomamos el fresco en los balcones, y poco antes de las once terminaba estas líneas, página imperecedera del día de hoy y de sus gratísimas y santas impresiones. Mañana oiremos nuevamente misa en la santa morada, y después de almorzar nos despediremos del P. Cortés y del penitenciario francés y por la tarde tomaremos el tren que ha de conducirnos a Roma de nuevo, deteniénnos en Ancona. El más profundo silencio reina en la ciudad, y el desierto café del hotel, parece dormir también esperando a algún trasnochador parroquiano. Mañana nos despediremos de nuestras paisanas, y nos separaremos tal vez para no encontrarnos ya más en la peregrinación de este mundo...

Capítulo XXIV

LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA A TRAVÉS DE LOS SIGLOS Y SU CULTO EN ESPAÑA.

Réstanos ocuparnos en este capítulo de un asunto tan grande para la cristiandad y en especial para España y en ella para Valencia y Aragón, que tan entusiastas han sido y desde antiguo tiempo defendido y confesado, cual lo es el Misterio de la Concepción Inmaculada de María. Desde la época visigoda en nuestra patria, como luego veremos, hasta nuestros días en que el gran e inmortal Pío IX declaró artículo de fe el misterio de la pura Concepción de María, no ha habido paréntesis, olvidos ni enfriamiento entre los españoles en defender, acatar, proclamar y sostener la Inmaculada Concepción de la Virgen Santísima. Y se comprende: España, y en especial nuestra patria, la nación de las rojas barras, de la Cruz de Sobrarbe y del real escudo de Jaime el Grande; Aragón, Cataluña y Valencia han sido la tierra predilecta de María, que con visibles actos les ha demostrado su afecto, cariño y amor con sus veneradas imágenes y celestiales apariciones; nada pues de extraño tiene que en estos Estados de la península española con más entusiasmo se haya venerado a María y con mayor fe, con más calor se haya defendido su pureza inmaculada, por varones eminentes en letras y en santidad. Antigua tradición, práctica constante ha sido en la nación aragonesa, catalana y valenciana, el defender el nombre puro e inmaculado de María, en estos Estados en que por miles se cuentan los templos dedicados a su venerado nombre, y sólo el gran Jaime el Conquistador la dedicó por cientos. En ellas desde antiguo ha venido tomándose el puro nombre de la Virgen en los juramentos y actos de las Universidades, en las investiduras como profesión de fe y de defensa a su Inmaculada Concepción, y por tanto páginas de gloria les comprenden legítimas e indiscutibles en el proceso de la declaración de tan alto como hermoso misterio en el nombre de María.

Acerca de la antigüedad del concepto de la pureza de María tenemos datos y documentos que nos comprueban su remota creencia, que ya se declaraba solemnemente en tiempos del monarca visigodo en el año 675. Esta idea era antigua por más que la Iglesia visigoda no le hubiese consagrado festividad en su liturgia.

El Concilio XI toledano celebrado en la misma iglesia de Santa María de Toledo, al hacer como era práctica la exposición del dogma de la Trinidad y de la Encarnación, en su preámbulo llama ya a la Madre de Jesús:

LA SANTA E INMACULADA VIRGEN MARÍA;

y esto expuesto con sencillez, con naturalidad, como una creencia que estaba en el alma de todos, cual idea propia y nada nueva los padres del Concilio y de la sociedad, y que aquella declaración era hija de una fe y convencimiento arraigado en el corazón del pueblo visigodo y de los españoles. Véase si no íntegro el texto que copiamos de la edición regia de la Biblioteca Real de 1808, pág. 473:

«De his tribus personis solam filii personam, pro liberatione generis humani, hominem verum sine peccato de SANCTA ET IMMACULATA MARÍA VIRGINE credimus assumpsisse».

Es decir, que en el siglo VII de la Iglesia ya los Concilios afianzaban la pía tradición, existiendo la creencia que tanta gloria proporciona a España y la ha proporcionado en tiempos más felices, que los presentes.

Al ocuparnos de este misterio sólo citaremos cuantos hechos comprobados y explícitos constan en el asunto, dejando gran número de elementos en los que la interpretación y el estudio puede hallar otros para confirmar más y más el sentir de la pureza de María, que es antigua y arraigada creencia profesada y reconocida en España.

Así, pues, comenzaremos diciendo que San Juan de Mata, el sabio doctor de la Sorbona, fue el primero que inició la cuestión entre los escolásticos.

Pero también hay que tener presente que con anterioridad el sabio mártir obispo de Jaén y paisano nuestro, San Pedro Pascual, fue el primero, que sepamos hasta hoy, que presentó esta cuestión en su *Biblia parva* como cosa corriente y conocida entre los teólogos españoles. Dice Lafuente, y con razón, que *sepamos*, pues quién es capaz de asegurar ni haber leído cuanto se ha dicho, escrito y publicado sobre tan interesante asunto, pero, añade, en cuanto ha estudiado, visto y registrado, nada ha hallado anterior a las palabras que en el idioma valenciano consignó el nunca bastante venerado mártir San Pedro Pascual.

Decía, copiando las palabras del santo mártir Obispo: «E volguela reservar del peccat original, lo qual era mortal, e de tota altra lesió de sutura e açó feu Deu per graci, així com aquell lo qual debía prendre carn de aquesta, lo qual debía ser bell, e més bell dels fills del homens, segons era ya profetat. Donch es si la Verge María fos concebuda en peccat original, aviem a dir que algun temps fonch ço que nos deu dir, ni creure; mes que ans de la sua Concepció e apres es estada en la sua gracia e amor. E açó feu Deu e pogue fer per gracia especial així com feu dels tres infants los quals foren mesos en lo foch del forn per cremar, e com lo foch de sa naturaleza asia molt calent havia a fer la sua operació, mes Deu com a poderos feu cesar la natura del foch que no pogué cremar ni ferlos ningun mal, ans ixqueren del foch sens ninguna lesió, e foren pus bells que auans no eren. E així cuant més la Verge María per Deu electa la qual devia concebre e infantar lo seu fill, fonch per Deu reservada de tota macula, així original, com mortal, com venial».

No faltan autores que pretenden dar a los griegos la primacía en esta importantísima cuestión, y haber sido ellos los propulsores de la Pureza Inmaculada de María; pero téngase en cuenta que si éstos celebraban su fiesta, no sucedía lo mismo entre los latinos, que si la reconocían, no la celebraban por no estar aún autorizada por los Pontífices, y el mismo San Bernardo censura a la iglesia de León por haberla introducido sin aquel permiso.

No hallamos pruebas sólidas ni fundadas del culto y festividad de María en su Inmaculada Concepción en las iglesias españolas, pues lo dicho por la pluma de Granada y otros escritores, sin pruebas, está ya juzgado por la sana y crítica historia. El santoral y calendario muzárabe de Córdoba, que se supone del siglo X al XI, no lleva más fiestas de María que la Asunción y la Natividad, y la que llama aparición de María en 18 de diciembre, que era la Expectación del parto y relativa a la fiesta de la Encarnación, según la disciplina visigoda. En algunos otros documentos del siglo XII tampoco se hallan más festividades que éstas y las de la Purificación.

La Universidad de Lérida en las fiestas y vacaciones, tampoco figura en sus Constituciones del año 1200 la fiesta citada, pero sí la de la Purificación, Asunción y Natividad.

En la iglesia de Urgel, en el arreglo de las fiestas del año 1171, se solemnizan la Natividad, la Purificación y la Asunción: la de la Encarnación se omite todavía como la omitían visigodos y mozárabes por caer en Cuaresma, pero se encuentra establecida ya la de la Concepción en 1400.

La tradición dice, sin fundamento alguno que lo compruebe, que el culto de la Inmaculada fue llevado a Molina de Aragón por un eclesiástico francés, en 1139, llamado Juan Cardon, natural de Narbona. La crítica no admite la noticia más que como una tradición, pero sí consta que León X concedió en 18 de febrero de 1518, que en la parroquia de San Gil de dicha ciudad, en la que el culto a María era inmemorial, el que los párrocos y beneficiados de las

iglesias aquella ciudad se reunieran en forma de cabildo para cantar maitines con gran asistencia del pueblo.

La escasez de noticias que vemos existe, hace según dice el autor citado tantas veces, que añada:

«La escasez y ambigüedad de los datos de que podemos disponer parecen probar que si hubo culto a la Inmaculada Concepción en España, antes del siglo XV, fue muy escaso y que es cierto en parte lo que decía Alvar Pelayo, escritor franciscano, poco afecto a la pía tradición, en concepto de antigua, de que el culto de la Inmaculada Concepción en España había sido escaso hasta los tiempos de Sixto IV».

«Esto sería con relación a Castilla, pues en la corona de los Estados Aragoneses, no es cierto, como veremos. Además no era tan escaso desde el siglo XIV como quiere suponer dicho escritor, según vamos a ver y la cuestión de más o menos supone ya la existencia».

Desgraciadamente para España, fue un español quien de una manera intempestiva y con ninguna prudencia promovió en el extranjero la nada edificante polémica sobre la Inmaculada Concepción, haciéndose cabeza de los que se llamaron *maculistas*, es decir, de los de la mancha.

No lo relataremos de cosecha propia como lo hace Lafuente, sino que copiaremos lo que a este propósito dice D. Fernando Ramírez Luque en su *Historia de los hechos y escritos del clero secular en defensa y honor de la Inmaculada Concepción de María Santísima*. (Madrid, 1776.)

«Desde que la grande Universidad de París, casi por los años 1190, oyó a nuestro San Juan de Mata tratar tan sublimemente la cuestión de la inmunidad de todo pecado de María Santísima, quedó tan apasionada a este dulce misterio, que después con sus libros, sus votos, sus censuras y sus alumnos ha sido el muro de bronce de la sentencia pía. No se había ofrecido ocasión en que manifestar el tiernísimo amor que le inspiró aquel santo clérigo a la Concepción Inmaculada, hasta el año 1384 en que Monzón o Montesono, teólogo parisiense, no sólo en un sermón, pero también en unos asertos que defendió en las vespertinas y acto de resunta de la Universidad, salió oponiéndose a la opinión piadosa, y se hizo su más célebre impugnador, y tanto que su hecho se toma por la época fija de tan triste controversia. Sus proposiciones fueron catorce y en cuatro de ellas negaba la Concepción en gracia».

En contra de este dominico español, y por desgracia del reino valenciano que tan devoto es, ha sido y será de la pura Inmaculada María, Santo Domingo de Guzmán y San Vicente Ferrer el apóstol valenciano y su paisano San Luis Beltrán, la lavaron poderosamente con la bandera de la defensa. El primero la defendió ante los albigenses y la tradición narra un milagro con relación a este hecho.

San Vicente Ferrer, enérgico, fuerte y duro en su argumentación como se le ve por sus escritos y por sus sermones últimamente encontrados en el Archivo de la Basílica, decía: «No vayáis a creer que medió con Ella lo que con nosotros, que somos concebidos en pecado; sino que tan luego como su alma fue creada fue también santificada y al punto los ángeles celebraron en el cielo la fiesta de su Concepción»; y en el sermón de la Concepción añade: «De ningún santo se celebra fiesta de su Concepción sino solamente de Cristo y la Virgen». Lafuente dudó de la autenticidad de los sermones de San Vicente, hoy el hallazgo de otros muchos en el Archivo Catedral ha hecho desaparecer aquella duda que los críticos pudieran abrigar, así como también el original de puño y letra de San Luis Beltrán que hemos tenido la dicha de encontrar y en breve publicaremos. Este no sólo fue partidario de la Inmaculada sino que sostuvo que «los santos y doctores antiguos que dieron algunos indicios de sentir a la contraria, a la tradición, si vivieran en esta edad (fines del siglo XVI), mudarían de parecer y defenderían esta purísima opinión». Tales son las palabras que pone en boca del santo el sabio fray Vicente Justiniano Antist, dominico valenciano, en su *Tratado de la Inmaculada*

Concepción de Nuestra Señora, y en la última parte de la Historia *Luis Bertrán* (Valencia, 1593).

El mismo autor refiere con relación a la innata devoción a María Inmaculada el siguiente hecho: «En esta ciudad de Valencia, se le antojó al maestro, Moner predicar contra la devoción de la Concepción sin mancilla de la Virgen, y quedaron tan persuadidos los diputados y jueces eclesiásticos y seglares, que luego convocaron á todos los Maestros, Doctores y Predicadores de la Ciudad, y habiendo cantado en la Iglesia mayor una misa muy solemne en honra de la Concepción, el Maestro Fray Carbonell, de la orden de Predicadores, Obispo Coadjutor del arzobispado de Valencia, todos ellos juraron en manos del dicho Obispo que defenderían perpetuamente la Concepción de Nuestra Señora y luego se ordenó que de allí adelante cada año, el sábado primero después de la fiesta de la Concepción, toda la Clerecía y las quatro órdenes mendicantes hiciesen una solemne procesión en honra de Ella. Y assi se guarda hoy por esta orden, que el primer año se hace en la Iglesia mayor, el segundo viene a esta iglesia de Predicadores, el tercero va a San Francisco y el cuarto y quinto a San Agustín y el Carmen, y luego los otros cinco años se vuelve a hacer de la misma suerte, y de entonces acá, los que se gradúan en esta Universidad juran de no ir contra la limpieza de la Santa Concepción de la Virgen».

Como se ve por este acto, ni la desdichada pretensión del padre Monzón ni Moner tuvo eco ni resonancia en Valencia, que cuenta con más templos dedicados a María que días tiene el año, y el tristemente famoso discurso del P. Moner no fue sino un impulso poderoso dado para una protesta tan enérgica como honrosa para la ciudad protegida de María Santísima y que la devoción se convirtiera en acto oficial con juramento en los actos científicos.

Los monarcas aragoneses hicieron más, hicieron y publicaron un acto ostensible de su piedad y devoción tradicional en los monarcas aragoneses a la Señora. El P. Rivera, al hablar de la Capilla real de Barcelona, dice:

«Había ya el Sr. Rey D. Juan fundado la Cofradía de su Real Casa en honra de este misterio (de la Concepción). Había prohibido con pena de destierro de sus dominios que nadie predicase ni hablase contra tan pura verdad, como todo esto es de ver en su Real edicto dado en Valencia en 2 de febrero de 1394. No obstante, para mayor seguridad prosiguió semejantes órdenes su hermano, el señor Rey D. Martín, con real despacho dado en Zaragoza en 17 de enero de 1398. Pero viendo este celosísimo rey que las regias pragmáticas no eran en todo y por todo debidamente obedecidas, juntó en dicho real palacio una muy docta, numerosa y madura junta, tal cual pedía la gravedad del negocio.

»Las razones alegadas fueron de tanto peso que se impuso la pena de muerte contra los que hablaran contra los créditos y pureza de la Concepción si no salían de estos reinos. El decreto fue firmado por el Rey declarándolos enemigos de la corona y los intima con estas palabras: «A los cuales nuestros enemigos, so pena de incurrir en la de muerte, que si llegaran a delinquir contra el citado edicto salgan al punto en el término de diez días fuera de la ciudad, villa o aldea en que pecaren, y en el de treinta días a contar desde entonces se marchen de nuestras tierras, sin esperanza alguna de volver a ellas».

La creación de la orden de Montesa, que tuvo lugar en el citado palacio y ciudad en 22 de julio de 1319, se dijo:

«Por tercer acto pongo la primera fiesta que por precepto Real se celebró en dicha Real Capilla el día de la limpísima Concepción de la siempre Virgen María por todos los cofrades de la Real *Cofradía* (cofradía) del título de este misterio, de la Real Casa».

El Rey D. Juan, enamorado de las grandezas y purezas de María, mandó:

«Por tenor de las presentes mandamos y establecemos para honra y gloria suya que todos los de la Cofradía de nuestra Casa residentes en la ciudad de Barcelona tengan obligación de venir a la Capilla de nuestro palacio mayor en dicha ciudad de Barcelona, todos los años el día de la Concepción de la Virgen gloriosa, bajo cuya invocación está fundada la Cofradía, y

así congregados en el nombre del Señor juntamente con algunos varones religiosos afectos a la pureza de tan excelsa Concepción y en su obsequio hagan que se celebren con gran devoción Misa y sermón solemne propio de dicha festividad... Dado en Zaragoza el día primero de mayo del año del nacimiento del Señor 1391 y quinto de nuestro reinado.

Rex Joannes».

Verificáronse estas funciones en honor de la Inmaculada María con entusiasmo y devoción del pueblo y ayudados por las Magistraturas del derecho y de la ciencia, lo cual pone en evidencia que Alvar Pelayo habló sólo para Castilla que no era tan entusiasta por el culto de María o como buen castellano no creía que había más mundo que aquella, o que los grandes y poderosos Estados de la Corona de Aragón no formaban parte de España, o que, y es lo más probable, que ignoraba lo que pasaba en el mundo fuera de Castilla. Achaque ha sido, y es común entre los escritores de aquella nación, el creer que nada de bueno y de grande, de noble ni digno de admiración como no proceda de las áridas estepas castellanas.

Por tanto el culto de la Inmaculada queda demostrado que a últimos del siglo XIV era idea venerada, reverenciada y defendida con calor y entusiasmo donde se admitía como artículo indiscutible en los gloriosos Estados de la gran Corona Aragonesa de Aragón, Cataluña y Valencia.

Estas disputas lograron cortarse por el gran talento de Pedro de Luna, a quien le deslució y perjudicó en sus claras luces su tenaz resistencia en asuntos que no hay para qué nombrar. Fue defensor acérrimo de la Inmaculada y muy afecto a los dominicos, como lo demostró su gran cariño a San Vicente Ferrer, y puso un inmenso trabajo en conseguir la retractación para reconciliarlos con la Universidad parisién, lo cual consiguió diciendo su decreto de incorporación:

«Recordando con cuánto celo nuestro Papa Benedicto, cuando estaba en inferior esfera y siendo legado en Francia trabajó esta unión».

Calmáronse por entonces las controversias en las escuelas, y en el Concilio de Basilea volvió nuevamente a agitarse la cuestión, señalándose en él por su actividad y empeño en favor de aquella piadosa tradición, hoy dogma debido a Su Santidad Pío IX, el doctor Juan de Segovia, arcediano de Villaviciosa en la catedral de Oviedo, el cual respondió en 1436 con una defensa que contra la pía sentencia presentó el famoso teólogo Juan de Montenegro, dominico provincial de Lombardía.

La disposición del citado Concilio de Basilea, fue enérgicamente aceptada y publicada en los Estados de la gran corona aragonesa en 1349 por la piadosa Reina Regente de Aragón, esposa de Alfonso V, ausente en Nápoles, y fundadora del hermoso monasterio de la Trinidad en Valencia, de cuya memoria y sabia gobernación del Reino guardarás siempre imperecedera memoria.

El decreto de la gobernadora del Reino, que tan eficazmente secundó lo hecho por los reyes D. Juan y D. Martín dice, como a continuación copiamos por ser un documento importante y notable por muchos conceptos en su fondo y forma, como todos los que salieron bajo la firma de Reina tan virtuosa como sabia gobernadora de tres importantes Estados. Decretos todos notables, como hemos dicho y pueden consultarse y estudiarse en la importante sección que en el Archivo del Reino de Valencia se custodian con el nombre de *Cámara de la Reina doña María*. (Sección I.^a -Palacio Real. -División I.^a)

«María, por la gracia de Dios Reina de Aragón, de Sicilia, de acá Faro y de allá de Faro, de Valencia, de Hungría e de Jerusalem et de Mallorca, de Cerdeña et de Córcega, Contessa de Barcelona, Duquesa de Atenas et de Neopatria, et encara Contessa de Roselló et de Empuryas, Lugarteniente general del M. I. S. Rey, Marido y Señor nuestro muy amado, etc., etc.

»A los muy reverendos y venerables en Jesu-Christo, Padres religiosos, e los amados universalmente, e a cascuno singularmente Arcevispes, Vispes, Abades, Priores, e otros qualesquiere de qualesquiere iglesia et monasterio, Prelados en dignidades, officios

constituydos et encara a los egregios novles et amados, et encara a los Fieles, Duques, Comptes, Viscomptes, Varones, Cavalleros, Gobernadores, Justicias, Vegueres, Baylles, Çalmedinas et todos los oficiales, otros et súbditos del dito Señor Rey et Lugarteniente de los ditos oficiales presentes et abenideros, salud et dilección.

»Et si per muytos entró aquí en duvitaciones ventilado si la vendita Virgen María engendrada de Dios avrá seyda concebida en pecado original, empero los Christianísimos Reyes de Aragón de recordable memoria han decernido et determinado la festividad de Concepción en sus tierras et Reino por todos sus súbditos, celebradera et a presente la sagrada santa synodo de Basilea, inspirante et Espíritu Santo, de largas y varias disputaciones avidas en la duvitación sobre dita, por su decreto a declarado et deffinido et encara determinado que la dita muy gloriosa Virgen María en ninguna manera en su Concepción a la macula del original pecado aver citado en cayda ni submetida ans mayormente paca et encara de toda tacha del dito pecado, limpia aver sido concebida según que en el dito decreto de tenor que tantos se sigue, más largamente et se contiene.

DECRETUM

»La sagrada santa synodo de Basilea por el Espíritu Santo legítimamente congregada, que la Universal iglesia representa, á perpétua memoria de las cosas.

»La eternal de Dios Padre sabieza a los elucidantes et declarantes los misterios de la Divina gracia retribución gloriosa a prometido quando dice, aquellas que a mí alucidan et declaran la vida eternal prosedirán...»

No copiamos por completo el decreto por ser de todos los católicos asaz conocido en la nación aragonesa, por su profundidad y hermosa redacción llena de amor y veneración a María, y puede verse además en las colecciones de Concilios.

«...deffinimos et declaramos de no seyer adalguno de aquí adelant licito el contrario predicar, et encara ensenyar et encara renovantes la institución de la santa celebración de su Concepción, la qual assí por la Iglesia Romana, como por otras iglesias se celebra en sexto idus de diciembre, es a saber el octavo día de diciembre, por loable et antigua conmetud.

»Estatuimos et ordenamos la dita festivación et celebración aquel matex día octavo en todas las iglesias, monasterios, conventos de la Christiana Religión, dins titol et nombre de Concepción con loores festivos et solemnnes seyer guardadora et celebradora et á tots los fieles verdaderamente penidientes et confessados a la solemnidad de la Missa de aquel día cien días de indulgencia, a las primeras vísperas ciento, a las segundas otros ciento et cincuenta días, por concessión en los tiempos duradera de las penitencias a ella injuntas aquesta santa synodo otorga abundantement. Dada en la sesión pública de Basilea solemniter celebrada a 15 Kalendas de Octubre, es a saber a 17 de Setiembre del año MCCCCXXXIX (1439).

»El qual a honor et gloria de la dicta engendrada María, et encara por vuestro gozo et por aceptament de nuestra devoción á noticia de vosotros et de qualquiere de vosotros por la present ordenanza hemos deducido. -LA REINA».

Continuación de la letra de la Senyora Reyna Nuestra.

«Et pro aquesta a los que denseyeren requeridos de vosotros requerimos a todas otras personas firmement damos mandamiento, que el dicto decreto et las cosas contenidas en aquel firment observeis et encara a todos los Catholicos del Rey y nuestros fagais observar, et a efecto et tenor del dito decret, los ditos Prelados, Religiosos, Eclesiásticos durant el officio divinal, et vosotros oficiales del Rey et los otros los súbditos por los lugares acostumbrados de las ciudades, villas et lugares et nuestras jurisdicciones et districtos de los subjectos a

nosotros fagades con voce de pregonero, con trompas sonantes publicament seyer avisado el día susodicto de la celebradat et festividat de la Concepción de la dicta Virgen, gloriosa de seyer guardado et celebrado assi como el día del domingo á todos observar fagades, et los temerarios et locos (si alguno sean trovados) contradictores, rigorosament refrenando en estas cosas, talmente vos aviendo que, por intercesiones et rogaciones de la Virgen sobre dita, por causa de la qual esto se fue presente de ella en la cadyra del muy alto Dios podays ser exaudecidos. Dado en Zaragoza, dins nostro sigilo Real pendient el primero dia de diciembre de 1349».

Este documento está testificado por Pedro de Monzón, habitante en Zaragoza y notario público con autoridad real en los reinos de Aragón y Valencia.

Respecto de imágenes de la Concepción el padre Facci no cita ninguna aparecida en Aragón, y esto no tiene nada de extraño, pues cuando el principio del culto de este misterio y hoy dogma había pasado ya la época de las apariciones en nuestro país.

Entre las antiguas y milagrosas no aparecidas, solamente el citado padre cita las de villas de Zuera, convento de Carmelitas descalzos e iglesia de San Ildefonso en Zaragoza: la del convento de la Concepción en Tarragona y la del palacio de los marqueses de Ariza, pero todas anteriores al siglo XVII.

El P. Villafañé sólo cita la de Zillas en el Señorío de Molina.

El P. Camós tampoco cita ninguna en Cataluña.

En Valencia merece citarse la hermosísima que se venera en la Basílica, en la antigua capilla de su nombre y en la cual fue enterrado el arzobispo D. Pablo García Abella, que fue quien hizo la festividad de la declaración dogmática de la Concepción decretada por Su Sanidad Pío IX en el año 1855.

Es una preciosa escultura del artista valenciano Vergara y una tal vez de sus más inspiradas y bellas obras.

El culto de María de la Concepción está desde antiguos tiempos muy arraigado en el corazón de los valencianos e indudablemente en medio de la ordinaria solemnidad con que se celebran en dicha ciudad las festividades religiosas, el culto de la Concepción reviste especial grandiosidad y fausto incomparable en medio de su ternura y encantadora poesía.

El culto de María de la Concepción Inmaculada, como hemos visto ha sido antiquísimo en la nacionalidad aragonesa y antiguo en toda la península española; y tanta ha sido la devoción y entusiasmo por María Inmaculada, que su culto dio lugar a la creación de dos órdenes militares en la Península y naciones España y Portugal con el título de *Milicia cristiana de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María*. En el año 1624 se instituye esta orden por el monarca austriaco Felipe IV. Sus fundamentos son el juramento de obediencia a la Santa Iglesia Romana para la exaltación de la fe contra los herejes y conquista de Tierra Santa. Llevaba por hábito una cruz azul semejante a la de Alcántara: del centro de ella salían unos rayos de oro y sobre ellos la Virgen como nos la describe el Apocalipsis vestida del sol y coronada de estrellas con la luna debajo de sus pies.

Como devoción de Felipe IV a la Santísima Virgen iban todos los sábados de Cuaresma los caballeros a visitar a nuestra Señora de Atocha, de donde podemos deducir la devoción y costumbre de ir la Corte los sábados a la Salve en dicha capilla.

Al subir al solio pontificio Inocencio X se renovaron las peticiones en favor de la Inmaculada Concepción y los votos para defenderla.

En 1652 los hizo orden militar de Calatrava.

En 1655 la villa de Ágreda.

En 1657 la orden militar de Santiago.

En 1658 la ciudad de Logroño.

Felipe IV impuso ya como obligatorio a las Universidades de la nación castellana, por decreto de 24 de enero de 1604, que es la ley 17, tít. I, lib. I de la Novísima Recopilación que ha

estado vigente como ley hasta el año 1855, en que se hizo dogmática por Pío IX el de la Inmaculada Concepción.

Las gestiones que se habían practicado en favor de la declaración dogmática de la Purísima Concepción no dieron otro resultado por entonces que cohibir las temerarias impugnaciones y obtener la declaración del Patronato de María en España, y dicho queda que Carlos III logró que el patrocinio de la Inmaculada se convirtiera en patronato *universal* y especial bajo la advocación de la Concepción Inmaculada.

La palabra *universal* necesita alguna explicación, pues Santiago era patrón especial de León y Castilla y San Jorge era el de la Corona Aragonesa. Han solido confundir algunos escritores a Castilla con España, como si en la Península no hubiera más Estados que Castilla y León; pero el Pontífice, más sabio y conoedor y no dejándose llevar de ambiciones y orgullos, tanto más cuanto que entre aquellos mismos habían tenido patronos especiales, puesto que al atacarse castellanos y leoneses los primeros invocaban a Santiago y los segundos a San Millán, el Pontífice declaró patrona universal de España en todos sus Estados, reinos y nacionalidades Castellana y Aragonesa, conforme a la súplica y memorial que decía:

«Todos los diputados de los *Reinos* de España que representaban todas sus provincias, en las *Cortes celebradas* en 17 de julio de este año (1760), expusieron al Serenísimo Rey Católico la perpétua e innata piedad y religión *de todos los que tienen el nombre Español* a la Santísima Madre de Dios y Reina de los Ángeles Virgen María, principalmente en el Misterio de la Inmaculada Concepción; y que siendo muy pocos los vasallos del Rey Católico que no estén incorporados en alguna orden militar, Universidad, Ayuntamiento, Colegio, Cofradía u otro cuerpo establecido legítimamente, se observa en todos ellos con el mayor cuidado, que al entrar haga cada uno juramento solemne de sostener y defender con todo celo y hasta donde alcancen sus fuerzas, el Mysterio de la Inmaculada Concepción, cuyo juramento hicieron también el Rey Católico y los diputados de los Reinos de España en las Cortes celebradas en el año 1621».

Como se ve por la petición, el Patronato de María no es de origen monárquico, del rey o del clero, sino popular y verdaderamente español de todos los reinos de España y pedido en la asamblea popular como lo eran las Cortes.

El Breve pontificio publicóse por Real decreto de 16 de enero de 1761, concediendo además el Pontífice a intención del rey, que en todos los Reinos de España e Indias se rezasen el oficio y Misa de la Virgen en el misterio de la Concepción Inmaculada, tal cual estaba y le usaba la orden de San Francisco, con rito doble de primera clase y octava.

Seis años después, en 19 de septiembre de 1763, se añadió el Mater Immaculata a la letanía Lauretana, en 1771 se fundó por el dicho monarca la orden que lleva su nombre con la leyenda *Virtuti et mérito* y la efigie de la Inmaculada Concepción como protectora y patrona de ella, con el deber de defenderla, honrarla y venerarla como obligación de dichos caballeros condecorados con esta insigne orden de Carlos III, creada para premiar servicios en las Ciencias y las Artes.

Capítulo XXXV

INSTITUCIONES BENÉFICAS Y DE ENSEÑANZA FUNDADAS EN NUESTRO SIGLO BAJO LA ADVOCACIÓN DE LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN. -INSTITUCIONES CIENTÍFICAS ERIGIDAS BAJO EL PROTECTORADO DE LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN EN NUESTRO SIGLO. -LA IMPRENTA SIRVIENDO DE MEDIO PARA AUMENTAR EL CULTO DE MARÍA.

En medio de la corrupción de nuestro siglo, a pesar de las doctrinas propaladas por la revolución francesa, y de la lucha feroz y encarnizada de la masonería contra la Iglesia y sus doctrinas, no se puede negar que nuestro siglo ha hecho y hace, fomenta, aumenta y propaga el culto de la Purísima Señora en todas las esferas, tanto religiosas, como científicas y literarias. Así es que en medio de la maldad y en medio de una sociedad que castiga como falta la blasfemia y delito grave la falsificación de un voto en las comedias electorales, en el centro de una sociedad en que todo respeto y consideración falta, en que el Sacramentado Cuerpo de Jesús es objeto de burla, que se insulta a la ancianidad por chiquillos sin pudor ni educación, y en que la autoridad no tiene fuerza ni representación por no atacar al derecho del ciudadano, y en que la prensa vomita a diario injurias, calumnias y profanaciones, el espíritu de María, la devoción a la Inmaculada Concepción reina, impera por ley de amor, de caridad y afecto que aún restan en el corazón de los católicos creyentes que la dan culto y veneración amorosa en medio del naufragio en que vivimos.

Aún quedan católicos convencidos y no convencionales, que procuran llevar adelante y enaltecer el puro e inmaculado nombre de la Reina de los Cielos. Y así es que en nuestra época podemos citar con elogio institutos dedicados a la caridad y a la instrucción de la niñez. Entre ellos podemos citar con elogio el aumento y propagación de las religiosas de la *Compañía de María Santísima*, conocidas con el nombre de *religiosas de la Enseñanza*, equivalente en su sexo a lo que es la Compañía de Jesús entre los hombres. Este instituto se fundó en Burdeos en 7 de abril de 1607.

Debemos citar también las *Siervas de María*, cuya misión es el cuidado y asistencia de los enfermos en las casas para donde son llamadas.

Las *Hijas de María*, compuesta de jóvenes doncellas que se proponen morar en el siglo sin votos, viviendo con honestidad y devoción, alejadas de los placeres y pompas del mundo, dedicando algunas horas del día y algún día del mes al culto de la Virgen.

La extensión del rezo de la Virgen del Pilar a todas las iglesias de España, cual la de Aragón. La llamada *Corte de María*, establecida en gran número de ciudades de España para turnar por coros en el culto de las principales imágenes de María en cada pueblo, visitándolas por turno.

El culto de María en las llamadas Flores ha tenido un culto entusiasta y amoroso, adornando los templos con ese gusto especial y abundancia de flores en los templos de Valencia, que hace de las iglesias verdaderos, poéticos y perfumados vergeles que elevan el espíritu, llenando el corazón con los puros y tranquilos efluvios del amor de la Reina de los Cielos, y dando lugar a que la poesía y la música hayan celebrado sus excelencias en hermosas composiciones y obras como las de escritores tan reputados como D. José M.^a Quadrado, D. Aniceto Perujo y Doña María de la Peña. Esta y otras devociones a la Reina de los cielos apenas fueron conocidas por nuestros abuelos y bien puede decirse que desde 1855, con la declaración del dogma de su Inmaculada Concepción, el culto y amor a María ha seguido una progresión constante, que lejos de detenerse aumenta a medida que la impiedad hace más y más vanos alardes de su impotencia y de su perfidia.

En el orden científico no ha sido menor el número de corporaciones, academias, ateneos y certámenes, que bajo la santa y pura advocación de María Inmaculada, se han constituido en las principales ciudades de España.

La Academia Bibliográfica mariana se estableció en Lérida en 12 de octubre de 1862 bajo la dirección del piadoso y entusiasta sacerdote misionero Sr. Escolá, cuya Academia ha publicado una respetable serie de volúmenes dedicados a la Virgen y la serie de sus sesiones y trabajos.

El establecimiento de la *Asociación de Católicos* fue fundado en 1869, colocándose bajo el amparo de la Inmaculada y cuya misión es la defensa de los intereses del Catolicismo, combatir la propaganda impía y la protestante, que en vano pretende asentar su planta y menos hoy que espirante anda esta secta disidente.

Por último, la creación de las Academias de la Juventud Católica, también puestas bajo la protección de la Inmaculada Concepción, se ha ocupado con brillantes y hermosas páginas en su historia, de la discusión de puntos científicos y literarios que son honrosa nota en su gloriosa existencia, combatiendo los errores del moderno escepticismo, de la falsa filosofía, del socialismo anticristiano y de la literatura inmoral y sucia de las escuelas llamadas naturalistas francesas, con sus golpes groseros y asquerosos al concepto literario de un arte cuya misión es la belleza.

La Academia Calasancia, bajo el patronato de María, ha sido creada recientemente en el Colegio de las Escuelas Pías de Valencia bajo la dirección del eminente P. José Doñate: en ella figuran notabilidades científicas, hijos de la enseñanza de aquellos carísimos Padres, y alguna otra persona, que si de buena voluntad no es eminencia ni mucho menos, pero que valerosamente secunda la obra emprendida por aquellos dignos y honrosos representantes del mundo científico.

Dos años lleva de existencia y su historia aunque modesta no desmerece la obra de la Academia Calasancia de las Congregaciones que cuentan mayor número de años de existencia científica. Esta y la Academia de la Juventud Católica de Valencia, ocupan un honroso lugar y sus nombres colocados bajo el pedestal de María les ha dado fuerza y poder para llevar adelante tan loable pensamiento y son una gloria imperecedera para Valencia en medio de los días de luto y de tristeza por que viene atravesando, al ver puesto en duda por espíritus superficiales su acendrado catolicismo y piedad innata en los hijos de la Virgen de los Desamparados, su madre, patrona y amparadora en las desdichas y quebrantos a que se ve expuesta la noble ciudad de su predilección.

Posteriormente se han fundado otras Corporaciones bajo la advocación de María, cual la de *Propaganda de los buenos libros y persecución de los malos*, bajo el amparo de Nuestra Señora del Buen Consejo, y la cual en Valencia lleva y sostiene honrosa contienda contra la impiedad y perversa doctrina de gran número de obras escritas para inferir agravios y calumnias contra la santa obra de Jesús. Muchas más podríamos citar respecto de otras ciudades de España, pero sería alargar un trabajo que había de hacerse monótono por la repetición y que no probaría más que el número; pero si María tiene un templo en cada pecho católico español, ¿para qué citar ni relatar el número de aquéllos, cuando España es un templo, un altar consagrado a María, Madre y Señora?

Apiádense Ella de nosotros, ya que la hemos dejado, vuelva a nosotros esos ojos de misericordia y perdone nuestros pecados por lo mucho que la amamos y queremos los que tuvimos la fortuna de recibir el agua de salvación, y desde la cuna nos enseñaron a pronunciar y venerar su santo y puro nombre, que ha sido la egida que nos ha salvado en miles de ocasiones y consolado y fortalecido en nuestras desgracias. Reciba María esta ofrenda de nuestro amor, y si fe, ciencia y amor se han unido para venerar su nombre, véase cómo el arte, ¡el noble arte de la imprenta, tan prostituido hoy por los libros que salen de sus prensas, dedicó a María sus primicias en esta tierra aragonesa, en esta Valencia, patria querida que vive bajo la protección de María y a la sombra del escudo de las rojas barras que le dio el gran monarca aragonés Jaime I, el entusiasta defensor de María, a la, que tantos templos consagró! La imprenta, al entrar en España por esta ciudad noble y leal de Valencia, en el año 1473, su primer pensamiento, su primera voz, las primeras letras que compuso fue para María, por María y bajo el nombre de María. El arte tipográfico, su primer vagido fue para alabar y bendecir a María por medio de la publicación de una obra, que fue un Certamen en honor y alabanza de la Santa Reina de los cielos. El primer libro impreso en España lo fue en

Valencia, sin género alguno de duda, hasta el día de hoy, y ese primer libro fue en honor y alabanza de María, en que la poesía y la imprenta se unen y las letras y las artes alzan el primer monumento impreso en aplauso y veneración de María. A Ella viene y está consagrado y compuesto el libro, en el que figuran tres idiomas: el valenciano, el italiano y el castellano, como triple alianza de idiomas unidos, atados y ligados por lazo de amor y de poesía en alabanza y laudo de María, Madre de Nuestro Señor Jesucristo.

La importancia de esta obra, primeras composiciones impresas por el nuevo arte, son un monumento imperecedero del que hay que cuidar, contemplar y venerar como solo ejemplar conocido de este interesante libro, si no por el mérito de sus composiciones, por el mérito *Mariano*, si así podemos llamarle, pues si una Bibliografía Mariana hubiérase de escribir, por este libro inmortal, por esta valiosa joya, por esta reliquia inestimable de la imprenta valenciana debiéramos comenzar.

Esta rara importancia del libro por su rareza bibliográfica de no conocerse otro ejemplar, nos obliga a decir cuatro palabras acerca de esta preciosidad que conserva, guarda y custodia nuestra rica Biblioteca Provincial y Universitaria, donde puede ser contemplado y admirado por los inteligentes y aficionados y del cual se ha hecho por el editor valenciano (q. e. p. d.) D. Pascual Aguilar, una correcta edición reproducción en lo posible del raro y valioso ejemplar, imitando su papel, tipos y encuadernación y enriquecida por un erudito prólogo del conocido escritor D. F. Martí Grajales. Esta reproducción, de un precio excesivamente económico, se hallan de venta los pocos ejemplares de aquella corta tirada en la librería del Sr. Hijo de Aguilar, Caballeros, núm. I.

Como hemos dicho, este inapreciable libro lleva por título *Troves e llaors a Sacratíssima Verge María*. Consta de un tomo en cuarto sin foliación, impreso en tipos latinos o venecianos, con limpieza y claridad, siendo la letra muy bien marcada y con una tinta negra muy brillante e intensa.

No entraremos en la descripción bibliográfica de esta joya del arte tipográfico, pues quien quiera conocer el libro bajo este aspecto no tiene más que consultar el Catálogo de la Biblioteca de D. Vicente Salvá, los estudios de nuestro llorado y nunca bastante estimado don José M.^a Torres, y la notable y preciosa obra sobre las Imprentas de Valencia del erudito y sabio bibliógrafo nuestro querido amigo don José E. Serrano Morales, recientemente publicada, obra interesantísima por su estudio, sana crítica, labor incansable y precioso arsenal de noticias, no sólo para la imprenta en Valencia sino en España, y cuyo testimonio de admiración y justicia a tan pesada labor de investigación nos complacemos en consignarlo en estas páginas.

A esta hermosa obra dirigimos a cuantos deseen conocer esta hermosa joya, no sólo de la tipografía valenciana sino española, y solo de él daremos una ligerísima noticia para demostrar que el entusiasmo por María, su culto y veneración es tan antiguo en Valencia como lo demuestran estos certámenes, justas poéticas en que María era la inspiradora y en que la poesía dedicaba sus más preciadas composiciones a la Pura Reina de los cielos.

En febrero del año 1474 se celebró un Certamen del que secretario Mosén Fenollar y tomó parte en él sin opción a premio: la página que sirve de portada dice:

«Les obres o trobes devall scrites les quals tracten de lahors la Sacratissima Verge Maria foren fetes e ordenades per los trovadors deius e encascuna de les dites obres scrites responents a una sentencia... etc.

»once dies del mes de febrer, Any de la Nativitat de Nostre Senyor MCCCCLXXIII».

El premio consistía en un

«bon tros de drap de vellut negre apte o bastant per un gipó qui mils lohara la Verge María en quansevol lengua, la qual joya per adit en aquell fonch lo dit dia possada de la confraria de San Jordi de la dita ciutat, e jutgada a XXV del mes de Març del dit any».

Sigue el cartel en verso y las treinta y ocho composiciones, en lengua valenciana todas ellas, excepto una anónima en castellano y otra en italiano.

Son octavas, quintillas pareadas y décimas y otros metros.

La composición de Bernardo Fenollar comienza:

Mare de Deu-dels angels alegria
Font de saber-dels apostols maestra,
Pilar de fe-dels martirs sants divisa,
Flor adorant-de les vergens bandera
Tenint reynat
De pietat
Penas de mort-quant vostre fill moria
Cambra de goig-del cel bella finestra
Vos soti virtut-quels vicis tots abisa
Merit guanyant-en tot quant fos obrera.

No fue este el único Certamen celebrado por aquellos tiempos en Valencia, de otros pudiéramos dar noticias; pero sí citaremos el celebrado en 1532 en la iglesia parroquial de Santa Catalina en el día 8 de diciembre, día en que celebraba la Iglesia y celebra la fiesta de la Inmaculada Concepción y fue notable por los escritores valencianos que en él tomaron parte; también son rarísimos los ejemplares de este Certamen literario en honor de María.

A partir de esta época, ¡cuánto y cuánto en honor de la Reina de los cielos se ha escrito, impreso, publicado y aun inédito! Verdaderamente en España podía formarse una biblioteca Mariánica con los innumerables escritos, libros y obras que acerca de María se han escrito, de las poesías que en su honor se han leído y circulado por periódicos y revistas. Si nuestro objeto fuera el darlas a conocer no bastaría el presente volumen para contener sencillamente el título de todas ellas. España ha sido la nación predilecta de María y nada tiene de extraño que los poetas católicos con sus composiciones hayan levantado la base de un monumento que sería la mayor honra y afecto que a la Pura Reina y Señora podríamos levantar como amante muestra del cariño, veneración y entusiasmo que llena nuestros corazones y es nuestra esperanza en los tristes momentos por que hoy atravesamos en desgracias y sufrimientos, hijos de la impiedad de algunos y del indiferentismo de los más; y terminaremos este último capítulo de la Vida de María con la relación de los principales escritores Mariánicos antiguos. Figura el primero el P. Fr. Pedro de Alva y Astorga, que publicó en Lovaina en 1643 la obra dedicada al marqués de Caracena, Virrey de Flandes, titulada *Miliciae Immaculatae Conceptionis*. Es esta obra de una erudición inmensa, arsenal inagotable de noticias y autoridades en favor de la Purísima Concepción.

Ornamento de su convento y gloria de la literatura española fue la tantas veces citada escritora en esta obra, la venerable Sor María de Jesús de Ágreda y su *Mística Ciudad de Dios*, que contiene la vida de María, como respetable muestra literaria de su elocuente pluma.

En Aragón Ustairoz fue un gran coleccionador de noticias de las imágenes de la Señora en su país, y Fray Narciso Camós, que escribió el *Jardín de María plantado en el Principado de Cataluña*, publicó en 1655 y es una compilación muy curiosa de las imágenes de María en Cataluña.

El P. Fr. Antonio de Santa María, carmelita descalzo, publicó en Madrid en 1682 la *España triunfante y la Iglesia Laurenda en todo el globo por el Patrocinio de María Santísima en España*. Es un arsenal curioso de noticias que llega hasta los primeros años del reinado de Carlos II, con las apariciones de la Virgen y noticias de su culto.

En 1695 vio la luz pública otra obra de D. Esteban Dolz del Castellar, catedrático de Teología en Valencia, con el título de *Año Virgíneo*, finezas de María Santísima sucedidas en los días que se refieren. De esta obra se han hecho numerosas ediciones y la octava se publicó en

Barcelona en 1751 en cuatro tomos. Es notable por las noticias que da, además de apariciones de María Santísima en varios puntos de España y de Europa.

En Portugal Joseph Soares da Silva dio a luz su *Diario Métrico*, en laudó de María, conteniendo 366 sonetos en su honor y veneración de la Inmaculada Concepción, con comentarios para cada día del año; imprimióse en Lisboa en el año 1717, en un tomo en 4.º; encierra de notable que los comentarios y pruebas están escritas en castellano.

En dicho siglo vieron la luz la obra del P. Villafañe, jesuita de la provincia de Castilla la Nueva, escribió su *Compendio Histórico*, o sea noticias de las devotas y milagrosas imágenes de María que se veneran en los santuarios célebres de España; se imprimió en Salamanca en 1626. La segunda lo fue en 1740 y es mucho mejor y más completa que la primera.

Últimamente la citada Academia Mariánica de Lérida ha hecho una nueva edición.

El P. Roque Alberto Facci en 1739 escribió y publicó su obra *Aragón Reino de Cristo y Corte de María*. Publicó el tomo primero, y el segundo en 1750, completando mucho su obra y añadiendo gran número de imágenes de María de que sin duda no tuvo noticia en el tomo primero.

Ahora bien, si de este siglo hubiéramos de citar las obras escritas en honor de María y de María Inmaculada, sería como hemos dicho tarea inacabable, pero sí citaremos con aplauso el hermoso libro de las *Flores de mayo*, de D. José M.^a Quadrado, publicadas en Palma de Mallorca, libro tan hermoso en el sentido poético como profundo en el terreno científico y de doctrina tan consoladora como el puro nombre de María, y el no menos estimable de D. Niceto Perujo, que ya hemos citado anteriormente.

Muchas más son las obras que pudiéramos citar, pero prescindimos de hacerlo por las razones antedichas, esperando el día en que podamos dar por terminado el ensayo bibliográfico en que estamos trabajando.

Y con esto damos por terminada nuestra misión de relatar la Vida de María Santísima y cuanto concierne a enaltecer las glorias de la Excelsa Señora, y para terminar nuestro cometido réstanos tan solo historiar las advocaciones de la Señora en los Estados valencianos, como protectora de las tres provincias que hoy constituyen administrativamente el antiguo reino; de la Virgen de los Desamparados, de la de Lidón y la del Puig, como patrona del Reino en su nombre y extensión general, terminando con el álbum de poesías escogidas en honor y gloria de María, tanto antiguas como modernas, y la relación de las principales festividades de María en la Iglesia católica romana.

Con ella terminaremos nuestra misión, que llenos de fe y entusiasmo por María emprendimos el día de la Encarnación del Señor, 25 de mayo del presente año de 1899, y cuya empresa se ha prolongado contra nuestra voluntad por desgracias de familia, y comenzamos esta última parte por la historia de las advocaciones de Nuestra Señora, bajo cuya protección y amparo nos colocamos como hemos puesto toda la obra.

Historia de las Vírgenes patronas de las tres provincias del antiguo reino de Valencia

La Virgen de Lidón, patrona de Castellón de la Plana

No es tampoco la región valenciana que en la moderna división administrativa forma hoy la parte nordeste del reino valenciano la que conocemos con el nombre de provincia de Castellón, menos amante de la Reina de los cielos, ni tampoco la menos favorecida con milagrosas imágenes ni poéticas ni milagrosas apariciones con que se la honra, venera y ama en esta hermosa comarca.

Nobles y mucho lo son el gran número de santuarios, ya en poblados, ya en el campo, dedicados por los fieles amantes de María a venerar y dar culto a su santísimo nombre y a venerarla en multitud de advocaciones, nacidas todas ellas de la profunda veneración, amor y respeto que los castellonenses profesan a María, en sus múltiples advocaciones nacidas todas ellas del amor, cariño y entusiasmo que la profesan los habitantes de esta hermosa y rica provincia, tanto los de sus hermosas llanuras como de sus montañosas y bellas comarcas. Así es, que merecen citarse y muy especialmente las tan conocidas y veneradas con culto preferente, tan hermoso y lleno de poético encanto por el amor y veneración con que se las honra, la Virgen de la Cueva Santa en Segorbe, cuya misteriosa cueva de la aparición tantos encantos presta para el arte y la poesía, como respeto y amor cariñoso a la Señora en su hermoso recinto de la aparición, esmaltado por el profundo amor y fe sincera, no sólo de los habitantes de la antigua Segóbriga, sino de todo el reino valenciano, que acuden llenos de fe, de amor y entusiasmo a tributarle veneración cariñosa y a buscar consuelo en las aflicciones y salud en las enfermedades del cuerpo.

No menos venerada es la de los Ángeles en San Mateo, y cuyo dulce nombre y celestial invocación llena de tanta alegría y consuelo al corazón entre los honrados hijos de la villa de San Mateo, cuyo amor y entusiasmo por la excelsa Señora raya en verdadero cariño filial y hermoso entusiasmo entre aquellos leales y fieles montañeses, que la honran y veneran bajo tan poética invocación en hermoso altar con espléndido culto.

De la hermosa villa de Morella, de la fuerte plaza militar de este nombre, tan famosa por su lealtad en las guerras de la Germanía, en las sangrientas páginas de la guerra de Sucesión entre austriacos y franceses, y por último en las tristes páginas de nuestras guerras civiles últimas, poco hemos de decir de la veneradísima imagen de María que con el título de Vallibana es conocida, no sólo en el reino valenciano, sino en toda España. A ella acuden los morellanos en todas sus penas y aflicciones, sin que no dejen de ser oídas sus plegarias por la excelsa María, que es el consuelo, la esperanza y la alegría de Morella, que la venera con culto espléndido, no tan grande como el amor que se la profesa, no tan rico como los tesoros de fe y de esperanza que en Ella tienen puestas los habitantes de Morella, pero cuyas fiestas sexagonales tienen fama en todo el reino, trascendiendo fuera de él y llamando la atención de toda la corona aragonesa por su espléndida y suntuosidad en todo el reino, por la fe y amor entusiasta a la Virgen que en aquéllos se manifiesta y pone de relieve de una manera tan notable, como la inspira la fe y entusiasmo tan acendrado de los hijos de Morella y de su comarca. Allí, en medio de aquellos abruptos montes, en medio de aquellas cumbres perfumadas por la agreste vegetación, en medio de una hermosa y severa naturaleza, cuyas cumbres llegan al cielo, estableciendo como un graderío de montañas que comuniquen el cielo con la tierra, y por la que entre los perfumes del espliego y del tomillo descienden las bendiciones de María y por las que suben hasta el cielo las oraciones de sus hijos, se levanta el hermoso santuario, el rico altar que guarda, venera, custodia y da culto entusiasta esta hermosa, noble y encantadora villa de Morella a su adorada Virgen de Vallibana. Bien quisiéramos dar cuenta de las fiestas con que Morella sexagonalmente honra a María, pero esto nos alejaría de nuestro propósito y separaría del plan propuesto: baste consignar aquí nuestro amor y entusiasmo por el culto y veneración que Morella da a su santa invocación de María bajo el nombre de Vallibana, y cuánto hemos gozado y admirado en aquéllas en medio de la sencillez de sus hijos y entusiasmo que hace asomar las lágrimas a los ojos al escuchar sus voces de entusiasmo por la Reina de los cielos.

Si de las agrestes montañas, de los rudos climas de aquella hermosa región, tan hermosa como estación veraniega, si de los severos y melancólicos, pero poéticos y encantadores paisajes de aquellos montes, con las sencillas y tradicionales costumbres prácticas y vida propias de los pueblos montañoses, más apegados que ningunos otros a la tradición, a las poéticas costumbres de sus antepasados, descendemos a las llanuras, a los pueblos cuyas comunicaciones son más fáciles y por tanto el movimiento de vida y cambios son más notables, veremos que no por la vida de mayor civilización, cultura y movimiento, el amor a María se ha enfriado, ni los sentimientos religiosos se han amortiguado, como pretenden demostrarlo algunos de esos filósofos de la civilización y de la historia, como queriendo demostrar la incompatibilidad de la fe con la civilización y los adelantos, y veremos que sucede lo contrario que pretenden demostrar.

Dejemos los abruptos montes, descendamos a las encantadas llanuras de la llamada *Plana de Castellón*, y entre bosques de naranjales, de flores y hermosos frutales, de verdes campos, de alegres alquerías y blancos caseríos, entre el perfume de las flores, y una atmósfera saturada con las emanaciones salinas del azul Mediterráneo que fulgura con destellos de blanca plata y mueven sus rizadas olas en dorada arena de la playa, duerme tranquila la hermosa y antigua Villarreal, bajo la copa de sus palmeras y la sombra de sus campanarios, bajo el patronato de su Virgen de Gracia que los socorre y protege con su santo amparo y protectorado. Allí en su hermosa capilla recibe la Virgen bajo la invocación de la Gracia, el culto solemne con que los hijos de Villarreal la invocan y dan culto bajo tan grata y cariñosa invocación, siendo la graciosa Señora que tantos beneficios dispensa a sus católicos habitantes.

Catí, pueblo también de remota fundación, venera y da culto a la conocida imagen de María bajo la invocación del hallazgo a la sombra de un avellano, siendo conocida con el nombre de Nuestra Señora del *Avellá*, en idioma valenciano. Espléndido es el culto que se le da, tan grande como la veneración que los habitantes de la villa tienen a la Santa imagen que lugar tan grande y preferente ocupa en el corazón de aquellos honrados hijos del trabajo.

Veneración y amoroso respeto que vemos traducirse en el resultante de aquellos habitantes cuando la contemplan entusiasmados, cuando al son de las músicas y lluvia de flores recorre las calles del pueblo derramando consuelos y alegría con su dulce mirada.

Subamos nuevamente a las montañas, lleguemos al pueblo de Traiguera, teatro un día de las predicaciones del apóstol valenciano San Vicente Ferrer, y de cuya misión evangelizadora tantos recuerdos conservan estos pueblos todos de sus virtudes y de la fructuosa predicación del gran misionero y eminente político. Allí entre aquellas altas montañas, entre el perfume desprendido de agreste vegetación, sube otro perfume más grande, más sublime, cual es de la fe, de la confianza y amor de sus habitantes a María Santísima bajo la consoladora invocación de Nuestra Señora de la Salud, que tanto ha prestado y presta a los devotos habitantes de la famosa villa de Traiguera. Culto lleno de entusiasta cariño, de filial afecto el que profesan los Traigueros a su adorada y querida imagen de la Salud, que tanto les ha prestado y presta en sus penas y aflicciones del cuerpo y alma. Aquel hermoso rostro solo de por sí ya consuela y sana a nuestro apenado ánimo cuando a sus pies nos postramos, y ¿cuánto más da cuando llenos de fe y con las lágrimas en los ojos le pedimos curación en nuestras necesidades, salud en nuestros dolores y alivio en nuestras penas y necesidades? Nadie en vano acude a implorar su auxilio ni deja de llevar consuelo en su corazón si con fe y con cristiano espíritu pide, ruega e implora a la Reina de los Cielos bajo el nombre de la Salud de Traiguera. Ella es su consuelo, su esperanza y la verdadera sanidad de aquellos pobres montañoses, tan ricos por otra parte de fe y esperanza en su Santa Virgen y patrona, bajo cuyo amparo y patronato vive tranquilo el pueblo de Traiguera, heredero digno de la fe y confianza de sus padres, puesta bajo el amparo de María de la Salud.

La villa de Cáliz, otro pueblo también enclavado entre las montañas, entre esas alturas de la tierra que tanto hacen pensar en el Cielo, la villa ilustre, la antiquísima Cáliz, venera a su

antigua imagen de la Virgen del Socorro. Consoladora invocación que lleva a nuestro corazón el socorro más cumplido en los peligros y accidentes de la vida del cuerpo y del espíritu, tan necesitado en los momentos en que el cuerpo desfallece por el dolor y el espíritu vacila ante los peligros y solicitudes del espíritu del mal, que pretende llevar a nuestro corazón el frío del escepticismo y la duda de la fría razón, que nunca ha hecho mártires, pero sí incrédulos y corazones fríos que siembren la impiedad y lleven la muerte al alma y sequedad al corazón de los infelices que caen en sus redes. De antiguo, de remota y hermosa antigüedad es la venerada invocación de María del Socorro entre los honrados habitantes de la villa de Cáliz. Lleno de entusiasta cariño el culto con que se la venera y profundo y acendrado es el cariño, veneración, amor y respeto que se le profesa, con que se le ama y entusiasmo el ferviente corazón de aquellos honrados montañeses. Allí, entre los habitantes de Cáliz, que en su María del Socorro viven tranquilos bajo la poderosa égida del patronato de María, el pueblo es feliz como lo es siempre el que cree, el que lleva la fe en su corazón y espera en el amparo y protección de María, consuelo de los afligidos y dulce bálsamo de nuestro consuelo en las aflicciones y penalidades de esta pobre existencia en el valle de lágrimas llamado mundo. Felices ellos todos, felices pueblos que en María esperan, en María ponen sus esperanzas y de Ella esperan y ansían un consuelo que Aquélla jamás niega ni desampara a quien a Ella acude, implora y ruega, ofreciendo las riquezas de su alma, su fe y esperanza a la que es, ha sido y será siempre el bálsamo de nuestra vida, el consuelo de los afligidos y la salud de los enfermos.

Tales son las principales invocaciones de María; son las más importantes de las villas de la región castellonense, y bien quisiéramos historiar todas ellas; tal vez nuestro propósito tenga realización algún día para formar un segundo volumen de esta obra, que compendiará la de todas las invocaciones de María en el antiguo Reino de Valencia, y en sus páginas coleccionar el culto de María en esta región española, tan favorecida de María en sus pueblos y campiñas; pero en el ínterin baste la presente enumeración, como procuraremos hacerla con las de las demás provincias del antiguo reino, y así cuando menos quedan consignadas las principales advocaciones, las que un culto más reverente y entusiasta han adquirido en este antiguo reino de la gran corona aragonesa.

Pasaremos ahora a ocuparnos de la milagrosa aparición de la imagen de María, conocida por el árbol de su aparición con el nombre de Nuestra Señora del Lidón, patrona de la ilustre villa de Castellón de la Plana, capital de la provincia, y a cuya imagen, culto tan entusiasta, historia tan rica en devoción y afecto, profesa la ciudad por tantos títulos ilustre en hombres de ciencia y santidad.

Venid ahora conmigo, amables lectores. ¿Conocéis a la hermosa ciudad de Castellón? ¿Sí? pues entonces me basta con que la recordéis. ¿No la habéis visitado? ¿no habéis pisado la noble tierra valenciana, patria de hombres ilustres en saber y virtudes? pues seguidme, mi pobre pluma, mi pobre imaginación procurará daros a conocer a la hermosa ciudad que asentada en medio de una campiña incomparable, bajo un cielo siempre azul, rodeada a larga distancia por cinturón de altas y hermosas montañas que por nordeste se hunden en el mar latino, en el mar de la civilización, del histórico Mediterráneo por el que han surcado bájeles de todo el mundo, sobre cuyo seno flotó toda civilización y toda cultura, duerme allí arrullada por las brisas marinas, por el rumor de sus arroyos, por el canto de la hoja de sus bosques de naranjos y embriagada por el intenso perfume del azahar, duerme tranquila, vive pacífica, consagrada a la agricultura, al cultivo de sus feraces campos la ciudad hermana de Valencia, Castellón.

Como aquélla, vive arrullada por las olas del mar azul que baten cadenciosas sus arenosas playas. Como aquélla, la agricultura es su principal fuente de riqueza, y como aquélla, vive bajo el alto y vigilante dedo de su torre el Miguelete, que señala invariable y secularmente al cielo, al cielo de donde viene la esperanza, el consuelo y el dulce nombre de María; Castellón,

en su desparramado caserío envuelto entre naranjos y palmeras, la torre parroquial álzase erguida con su severo carácter y como queriendo elevarse más y más para ver a su hermano el Miguelete y aparecer como erguidos vigilantes de esta costa tan encantadora, patrimonio de María, cuyo nombre se escucha como armonioso canto en honor y gloria de la Reina de los cielos.

Esa es Castellón en su aspecto exterior vista desde el tren de Barcelona; desde allí se la contempla dulcemente tendida y envuelta por la lujuriente vegetación que la sombrea y resguardada de los vientos del Norte por los altos montes en cuya falda se levanta el monasterio del Desierto de las Palmas, la elevada cima en la que blanquea la ermita del Hermano Bartolo y alto observatorio en que el año 1860 cuando el famoso eclipse de sol se estableció científica estación. Córrese la cordillera hacia Poniente y sus elegantes picos, graciosamente recostados en su cielo espléndido y majestuoso, vienen corriéndose hacia el Mediodía para formar las avanzadas atalayas de Almenara, que cierran este encantado golfo, tan hermoso como el incomparable de la ciudad de Nápoles.

En este vasto semicírculo, cuya cuerda es el mar, asientan poblaciones tan importantes como Burriana, Villarreal y sobre todas ellas la alegre, despejada y hermosa Castellón.

Salgamos de la ciudad, encaminemos nuestros pasos por esa serie inacabable de huertas, de jardines, de alegres quintas, en que el color, el ambiente y perfume de sus naranjales forman un conjunto tan alegre como simpático, y llegaremos a unos dos kilómetros de la ciudad, al famoso santuario que encierra, guarda y custodia a la Patrona de Castellón, a la milagrosa imagen de María, bajo la advocación de Nuestra Señora de Lidón. Allí en ese santuario, allí bajo aquella cúpula, se encierra el tesoro de la fe y la esperanza en María, y bajo cuya protección y amparo se halla colocada la ciudad, bajo el patronato de su Municipio, que no escasea medio de honrar y venerar a la santa y milagrosa imagen.

Hagamos, pues, historia respecto a la aparición de la milagrosa veneranda imagen, conocida con el nombre de Nuestra Señora de Lidón.

Corría el año 1366, y ya la nueva población de la ciudad castellanense iba creciendo y extendiéndose por la hermosa llanura en que hoy asienta. Uno de sus honrados ciudadanos, un laborioso agricultor llamado Perot Granyana (Pedro Grañana), dirigióse a un campo de su propiedad guiando una yunta de bueyes con la que iba a labrar sus tierras, tierras que ocupaban lo que hoy es el terreno en que se levanta el santuario.

Púsose tranquilamente a su labor y la tierra volteada por el arado iba ennegreciendo el campo con el fondo húmedo que encerraba, cuando observa que la yunta se para repentinamente, cual si el tosco arado hubiese tropezado con alguna piedra que le suspendiera seguir abriendo mansamente el seno de la tierra. Deja la esteva, bájase a reconocer el terreno y nada halla superficialmente que pueda detener la marcha.

Yérguese y arrea a los bueyes, que se resisten a mover, cual si estuviesen detenidos por una fuerza superior; castiga a los animales y arrancan por fin, levantando el arado una tremenda raíz de almez, (*lidoner* en valenciano), y de aquí el nombre castellanizado de lidón, de *lidoner* o *lledoner*, y de aquí el lledó valenciano y con la designación de *Nuestra Señora de Lledó*, o sea Nuestra Señora de Lidón, cuando propiamente debiera ser Nuestra Señora del Almez si se castellaniza el nombre.

Arranca la raíz del fructífero árbol y junto al tronco de éste descubre el Granyana una pequeña imagen de María Santísima. Atónito y mudo de asombro queda Pedro contemplando aquel hallazgo, y por breves momentos el asombro, estupor y alegría le deja mudo y confuso. Cae de rodillas ante la imagen y tras breve oración recoge su asombrado espíritu y decide tornar a la población para dar cuenta del venturoso hallazgo: así lo hace, encamina sus pasos a la vecina ciudad, y loco de contento penetra por sus calles y corre a dar cuenta a los Jurados de su feliz invención.

Con la celeridad del rayo cunde la noticia por Castellón, y los jurados, seguidos de inmenso número de vecinos, se dirigen con el Granyana al lugar designado por el venturoso labriego como el del maravilloso hallazgo. Recórrase en breves minutos la corta distancia que los separa y llegan, y llenos de admiración y de respeto contemplan y adoran de rodillas la milagrosa imagen de María, aparecida de tal suerte al dichoso Pedro. Silencio sepulcral reinaría aquel campo en los primeros momentos, el asombro es mudo y no dudamos que intensas oraciones se harían en aquellos breves momentos a la contemplación de la inventada imagen de una manera tan milagrosa, y que demostraba el amor de María a los castellonenses al permitir fuera encontrada en las inmediaciones de la ciudad su venturosa imagen.

Cuando al estupor, al silencio, la alegría se apoderó del corazón de los vecinos, ¡qué de entusiastas vítores no llenarían el eco de montañas, saludando a María y dando gracias por su milagro aparición! Entonces allí, sobre el mismo campo del Granyana, acuerda la ciudad y sus vecinos levantar una capilla en que se custodie y venere la imagen de la milagrosa aparición: así lo acuerdan Jurados y pueblo en hermosa fraternidad, y autoridades y vecinos sólo tienen un pensamiento común, honrar la memoria de María en su aparición, al pie del feliz almeiz que la ocultaba entre sus raíces. No pasaron muchos días sin que una modesta capilla levantada sobre el mismo campo de Pedro Granyana y en el mismo lugar de la aparición el altar que encerraba la imagen custodiara para la veneración del pueblo castellonense, la imagen desde entonces tan querida y venerada del pueblo y en la que puesta su confianza jamás le ha faltado en los momentos de angustia en que a Ella han acudido y solicitado su, amparo y protección.

Este es el relato que la tradición nos ha transmitido desde aquellos antiguos tiempos hasta nuestros días, y así mismo constaba también en el famoso *Libro del Bien y del Mal* de la ciudad de Valencia. ¡El Libro del Bien y del Mal! ¿Quién, siendo hijo del reino valenciano, no conoce ni recuerda con veneración y entusiasmo, que las autoridades valencianas de esa calumniada edad histórica, llamada bárbara, anotaban en secreto las acciones buenas y malas de los ciudadanos, y era una crónica que pasaba de siglo en siglo, anotando y trascribiendo los acontecimientos más notables de la ciudad y del reino? Aquel precioso libro, que tanta e indudable luz daría sobre muchos hechos y personajes de la historia de nuestra patria, aquel sagrado depósito de noticias y de acciones, qué importancia no tendría para nosotros si la fatalidad o mano criminal no lo hubiera hecho desaparecer entre las llamas en el siglo XVI, en el siglo en que comienza nuestro decaimiento y en que las libertades que tanta gloria y honor alcanzaron nuestros padres, peligraban y se veían ya amenazadas por monarcas extranjeros, que ningún apego ni cariño tenían al país de que no eran hijos, y que a fuerza de la casualidad venían a gobernar. Desapareció el famoso libro y con él padrones de ignominia para algunos, testimonio glorioso de sus virtudes y de su honradez para otros, y convertido en pavesas el volumen, hechos cenizas los trabajos y perseverancia, la honradez y la rectitud de aquella honrada administración de los Jurados, honor y prez de la política valenciana, de los tiempos en que la libertad no era un mito y la honradez una máscara para encubrir la hipocresía y la falsía, la ambición y el orgullo del mando, y la sed de oro a costa de la conciencia.

Afortunadamente, en el Archivo municipal de Castellón, según dice D. Juan A. Balbas, dignísimo y celoso individuo del Cuerpo de Archiveros y nuestro muy estimado y querido amigo, como nos complacemos en consignar nuestra estimación en estas pobres páginas, en su precioso librito *La Virgen de Lidón, apuntes históricos*, publicado en Castellón en el año 1890 en la imprenta de Armengod, en un tomito con grabados de la Virgen y de 88 páginas numeradas y dos sin numerar de 10 cent. por 7, y 23 líneas. A tan interesante libro debemos cuantas noticias damos de la Virgen de Lidón, y mejor dicho, nada es nuestro y si todo debido a la ilustración y trabajo de tan docto como ilustrado y laborioso escritor.

De dicha obrita copiamos la página que se conserva en el citado Archivo municipal en un documento, cuyo contenido vamos a dar a conocer con la mayor escrupulosidad. Dice así:

«En el tiempo en que esta villa de Castellón estaba en su mayor aumento, sucedió lo que se nos refiere en el *Libro del Bien y del Mal* de la ciudad y Reino de Valencia, en donde se lee: «*En lo any 1366 en la ocasió en que Perot Granyana llauraba en lo seu camp, succehí que se li pararen los bous al temps que feya transit per deins un Almesquer, forses já pera que passassen avant y havent donat un pas de el rell, saltá una rabel et statin deius ella una Image de Madona Sancta María, que prengué, ab gran devoció y regocig, e pus la portá á el poblat pera la enseñanza, hon llavons li prestaren la sancta reverencia e ab determinació dels Jurats li alzaren capella ahon encontrada fonch*».

Tal es la relación que se consignaba en el citado libro, que difiere algún tanto en detalles con la tradición: la diferencia no es substancial, pues sólo se reduce a que aquélla no dice que la imagen fuese trasladada a Castellón, y la nota del *Libro del Bien y del Mal* la encontramos más conforme con la lógica, por cuanto que no es verosímil que hasta la construcción del ermitorio quedara la imagen expuesta a la intemperie y abandonada en el campo. Por eso decimos que existe esta pequeña variante que, como hemos dicho, en nada altera la conformidad de la tradición con lo reseñado y consignado en el documento. Aceptamos como más lógica la segunda y más conforme con el respeto y consideración que la imagen de María merecía y con el amor y veneración con que los castellonenses la recibieron en la creciente y próspera ciudad.

Pasan los años, la devoción aumenta, el entusiasmo por María no decrece, y el nombre de María de Lledó o de Lidón aumenta en devoción y entusiasmo en toda la comarca. El pequeño ermitorio construido en los primeros tiempos, es insuficiente para el entusiasta culto y amor que le profesan los castellonenses, y piensase en la construcción de un nuevo y mayor templo que aposente dignamente la imagen de la Reina de los cielos. Para atender a las obras de la nueva iglesia y al régimen de aquélla, se funda una Cofradía, cuyos estatutos son aprobados por decreto del Obispado de Tortosa en 14 de diciembre de 1559.

Copiamos como muy interesante la representación que la villa y el clero dirigieron al Vicario general de Tortosa, pidiendo la licencia para constituir la Cofradía:

«Molt Reverent Señor Vicari general y oficial, -Los Vicari perpetuo, capellans e Justicia, e Jurats de la vila de Castelló de la Plana delliberaren edificar, fer e construir en la basilica o ermita de la Gloriosa e Inmaculada Verge María del Lledó una capella e una casa y habitació pera els devots que venen a visitar, vellar e fer oració; e com de cada día se aumenta la devoció de aquells; e per quant les caritats ques fan e donen son poques e no basten pera fer ni edificar dita capella e habitació, sens una cofraría e almoyna e subenció dels cofreres, y de esta manera se poríen subvenir e sustentar dites obres e altres necessitats com se sustenta la Iglesia e casa de la Verge María de la Font de la Salud e altres coses; e per ço humilment supliquen á vostra Reverent Paternitat, que tinga per bé donarlos licencia e facultad de fer una cofraría e cofreres eclesiastichs e seculares de molt perdons en la dita capella e esglesia de la Purísima Verge María de Lledó a honor e gloria de nostre Señor Deu e de aquella e benefici nostre y merit dels cofreres».

Aprobáronse los Estatutos de la dicha Cofradía; constan de trece capítulos, en los que se dan a conocer el régimen y administración de la ermita.

Art. 1.º Primo que lo Rnt. Vicari perpétuo ó temporal de la Iglesia parroquial o major de la vila de Castelló y los Magnífichs Jurats, Administraor de la dita casa de la Gloriosa Verge María de Lledó, puguen e sien obligats elegir dos majorals y un manobrer disapte vespra de la festa de la Verge María de Lledó, la qual festa se fá en la dominica infra la octava de la Asunció de la Verge María, dos quals majorals, la hu sia un capellá beneficiat en la esglesia major de dita vila de Castelló y lo altre lech e prohóm de dita vila, los quals tinguen cárrech de administrar, regir y tractar totes les cosses de dita confrarla e cassa.

Art. 2.º Item, que tots los que voldrán ser cofreres y entraren en la dita confraría, així de la present vila de Castelló com encara de totes les viles y llochs de la diócesis de Tortosa, sien

obligats a pagar cascun any set diners per caritat, y que pagant quansevol cap de casa la dita quantitat, tots los de sa casa y familia sien aguts per confreres de la dita confraría.

Siguió así la cofradía por algunos años, y por decreto de 3 de Abril de 1702 se reformó la cofradía, creándose una nueva y cuyos capítulos son casi los mismos, exceptuándose que la limosna se aumenta a un *sou* la entrada y sis *diners* la cuota anual y que sea personal la categoría de cofrade, sin derecho a los demás de la familia.

Por lo que llevamos dicho, la fiesta de la Virgen del Lidón se celebraba antiguamente en el domingo siguiente a la Asunción de Nuestra Señora en 15 de agosto, y así se confirmó por Breve del Pontífice Gregorio XIII, fechado en 13 de abril de 1529 y por el cual se concedió siete años y siete cuarentenas de indulgencia a todos los devotos que visiten la ermita el domingo después de la fiesta de la Asunción desde las primeras vísperas hasta la puesta de sol.

A fines del siglo XVII se celebraba ya la fiesta el primer domingo del mes de septiembre como en la actualidad se celebra, pues llevan ya la fecha de primeros de dicho mes las actas de las sesiones verificadas para la elección de cargos.

Antiguamente, dice Balbas, hemos visto se cantaban completas en el ermitorio todos los domingos y festividades de la Virgen María, y en éstas se celebraba misa mayor. En la actualidad sólo se cantan completas la víspera de la festividad de la Virgen de Lidón y en este día hay en la ermita gran misa a toda orquesta, sermón y por la tarde solemne procesión, presidida por el Excmo. Ayuntamiento, a la que acude un inmenso gentío, que demuestra el amor y entusiasmo de los castellanenses por su Patrona.

Ansiosos los castellanenses de conseguir el Patronato de su venerada Virgen de Lidón, lograron por fin ver coronados sus esfuerzos y deseos, pues por decreto del oficial Vicario general de la diócesis de Tortosa, de 7 de febrero de 1605, se concedió a los Jurados de Castellón el Patronato de la Virgen.

...concedimus Juratis pro tempore existentibus jus patronatus dicte e clerice. El preámbulo a motivo de la concesión del dicho decreto dice:

...la dessus dita vila de Castelló té en son terme una hermita que dita vila ha erigit e obrat de peu a ses propies costes y molt grans despeses, en la qual casa y hermita de dita vila y ha una confraría concedida por lo Ilustrissim Don Joan Hizquierdo, bisbe de Tortosa, per la conservació de la qual cofraría los Jurats y Vicari de dita vila, administradors de dita casa, de tres en tres anys possen y nomenen per prior de dita confraría y casa un capellá del clero de dita vila y un manobrer y clavari, a un prohóm del Concell de dita vila, y un sagristá un home abonat y honrat, y així per conservació... de dita vila suplica dit Miquel Gil en dits noms a V. S. Ilustrissima, concedeixca la patronal de dita casa y hermita als Jurats que son y serán de dita vila de Castelló.

Hablar de la venerada imagen, exige que algo digamos también del templo en que se venera, que tiene también su historia y aun algún tanto accidentada como veremos.

En 1643 construíase por orden de los Jurados, el coro de iglesia, y el Vicario General de Tortosa publicó un mandato para que cesaran las obras emprendidas, promovándose con este motivo un ruidoso pleito. Los Jurados, al ver atacados sus derechos y prerrogativas, acudieron a la Real Audiencia, y en 8 de mayo de 1643 se dictó sentencia reponiéndolos en su derecho y posesión.

Las indulgencias concedidas por el Pontífice Gregorio XIII en 1579, fueron ampliadas por el Papa Clemente XI en 14 de junio de 1717, concediéndolas a los que visiten el santuario en una de las festividades de la Virgen, a señalamiento por el Ordinario, y por decreto de 10 de febrero de 1718 se designó el día de la Purísima Concepción.

Por breve anterior, el citado Pontífice concedió en 14 de junio de 1702 a los cofrades de Nuestra Señora de Lidón, indulgencia plenaria y cuatro jubileos en los días que aquellos señalaren, puestos de acuerdo con el Ordinario, y por decreto de 1.º de mayo de 1703 fueron

los siguientes: el día *cap de octava* de la festividad de la Virgen, que será el segundo domingo de septiembre; el día de la Purificación, 2 de febrero; el sábado tercera semana de Cuaresma, que es la fiesta de la Magdalena, que sabido es que con ella se conmemora la traslación de Castellón al lugar que hoy ocupa y se celebra desde últimos del siglo pasado el tercer domingo de Cuaresma; y el cuarto el día de la Encarnación del Señor, en 25 de mayo, en cuyo día se celebraba una gran procesión en el ermitorio y fue suprimida en 1793 por el Obispo Fr. Antonio Salinas; y por último, en 7 de julio de 1753 la Congregación de Ritos señaló el rezo propio de Nuestra Señora de las Nieves para la celebración de la festividad de Nuestra Señora de Lidón

Grandes deterioros había sufrido el templo construido en el siglo XVI y su restauración muy penosa y se acordó en 9 de julio de 1723; se creó una junta para la erección del nuevo, cuyas obras se hablan de hacer por suscripción, y rematadas las obras en 7 de mayo de 1724, fueron adjudicadas a Pedro Juan de la Biesca, maestro en arquitectura, vecino de Valencia, por 1.449 libras.

Hiciéronse las obras del nuevo templo, bendiciéndose la nueva iglesia en I.º de septiembre de 1731. No fueron muy sólidas aquéllas, pues la cúpula amenazó ruina, y así se advertía en 1739, desplomándose en 1741. Esto ocasionó una reclamación, y el constructor fue condenado a pagar daños y perjuicios.

Las obras no debían ir muy bien cuando para recoger fondos, los jóvenes de la nobleza construyeron un trinquete para allegarlos, y no debieron bastar cuando hubo necesidad de empeñar los campos de la basílica para la prosecución de las obras.

El nuevo templo es hermoso y fue construido por D. José Gascó y Juan Argente, maestros de Valencia: es de orden compuesto, de 35'50 metros de longitud. Tras del altar se encuentra el hermoso camarín, cuyo altar fue a costa de D. Félix y D. Francisco Tirado, y en él lucían dos lámparas de plata regalo de D. Jaime y D. Joaquín Giner y la otra de D. José Juan.

Desaparecieron a manos de la voracidad francesa, salvándose las alhajas por haberlas escondido.

Viciana, el erudito historiador, que estuvo en Castellón a mediados del siglo XVI, hablando de la devoción y mercedes de la Virgen, dice: «De los milagros celebrados tiene uno escrito en el libro de la casa y en las insignias puestas en la iglesia».

El libro a que se refiere el historiador no existe, ha desaparecido y no es fácil hallar noticias de él, pero las pruebas existen en la paredes del vestíbulo con numerosas ofrendas y ex-votos. En 1831 cayó una chispa eléctrica y destruyó parte de la cúpula, pero fue reparado inmediatamente el desperfecto.

En cuantas calamidades han afligido a Castellón, la Virgen ha sido conducida desde su ermita a la ciudad en procesión de rogativa para implorar la divina misericordia, y en acción de gracias otras por haber conseguido beneficios o haber terminado la epidemia o plaga que afligía a Castellón.

Gran número de noticias, dice el Sr. Balbas, podríamos presentar y acerca de este punto muchos documentos hemos registrado en el Archivo Municipal, pero en la imposibilidad de darlas a conocer todas, cita las más principales, pero nosotros las señalaremos únicamente por fechas.

Durante la peste de 1648, fue trasladada.

En 1660, se reprodujo la peste y en 16 de julio se trajo para cantar el *Te Deum*.

Durante la sequía de 1671, fue nuevamente trasladada para conseguir por rogativas la anhelada lluvia.

En 1696, las tercianas causaron grandes estragos y nuevamente fue conducida en rogativa para pedir el cese de aquel entonces terrible mal, y lo mismo sucedió en 1697 con motivo de las terribles tercianas perniciosas.

En 1730, lo fue para pedir el cese de la epidemia de catarros, dolores de costado y sequía. Con motivo de la proclamación del rey D. Carlos IV, fue trasladada en 5 de julio de 1787.

Con motivo de la guerra con Francia trájose nuevamente la Santa imagen, en 31 de agosto de 1794.

En 1804, lo fue la nueva traslación con motivo de la guerra de la Independencia y las dos guerras civiles, y en las cuatro epidemias coléricas de 1834, 1854, 1865, 1885 y la última de 1890, y en 1896 con motivo del centenario de su hallazgo.

Tal es la hermosa historia de Nuestra Señora de Lidón, tan amada como venerada por los católicos castellonenses, que han visto en Ella y ven su Madre cariñosa y amparo decidido en la excelsa Señora que tantos beneficios ha derramado y derrama sobre los hijos de la católica ciudad. Más quisiéramos extendernos acerca de esta milagrosa imagen, pero al lector que quisiera más y más amplias noticias y curiosas investigaciones históricas, le remitimos al hermoso librito de que hemos hecho mérito y nos ha servido de base y arsenal para estos ligeros apuntes, de el citado historiador y cronista D. Juan A. Balbas: acuda a él quien quiera completar estos apuntes, con la seguridad de hallar tan provechosa lectura como amena instrucción.

Para concluir insertamos los antiguos gozos que se cantan en el ermitorio y que como poesía popular copiamos para conocimiento de nuestros lectores.

GOZOS

A NUESTRA SEÑORA DE LIDÓN QUE SE CANTAN EN SU ERMITORIO DESDE TIEMPOS MUY ANTIGUOS.

*En cualquier tribulación que
en este mundo tengamos,
vuestro favor imploramos,
Virgen Santa de Lidón.*

*A la raíz de un alméz
fue vuestra imagen hallada,
de fulgores adornada
de la cabeza a los pies,
y pues de tal invención
devotos nos alegramos
Vuestro favor imploramos.*

*Un labrador venturoso
tuvo tan devoto hallazgo,
y esta villa el patronazgo
logró, y en él su reposo;
a Vos, con tal ocasión,
toda propicia os miramos,
Vuestro favor...*

*El inventor con presteza
la mano aplicaros quiso,
mas contrahecho de improviso*

*su brazo quedó sin fuerza;
toda la veneración
del Arca de Dios os damos;
Vuestro favor...*

*A vuestra graciosa frente
el arado tosco hirió,
con lo cual nos confirmó
de divina agua una fuente;
a vista de tan gran don
los que sedientos estamos,
Vuestro favor...*

*El Clero, pues, y la Villa
a la huerta caminaron,
donde felices hallaron
tan singular maravilla;
de cuya alegre fruición
porque los frutos tengamos,
Vuestro favor...*

*En procesión muy solemne
os trajeron a la iglesia,
mas vuestra humildad aprecia
el que fue primer albergue;
ya por singular blasón
en propio templo os hallamos;
Vuestro favor...*

*Los milagros que aquí obráis
no los comprende el guarismo,
y las fieras del abismo
con vuestro nombre aterráis;
y pues de Dios el perdón
por vuestro medio alcanzamos,
Vuestro favor...*

*Pues con todo corazón
vuestros loores cantamos,
Vuestro favor...*

Ora pro nobis, etc.

Réstanos tan sólo hacer la descripción de esta milagrosa imagen de María, que no hemos podido examinar en su talla por hallarse vestida de telas que indudablemente ocultaron la antigua escultura, oculta a la veneración por el manto en forma de alcuza. Así es, que tal como hoy se halla vestida al estilo de la época de la casa de Austria, lleva corona con grande y pesado cerco de enrayado, como dicen los doradores, la cabeza cubierta por toca mongil, túnica de tabla, sobre cuyo pecho lleva cruzadas las manos, pesado manto de alcuzón en forma de campana, y media luna a los pies, indudablemente añadida en el tiempo en que entró la manía de modernizarlas.

¿A qué época escultórica pertenece? No es fácil determinarla no despojándola de los trapos que la encubren, afean y desnaturalizan; entonces podríamos por el examen de la talla señalar la época de su esculturación, por hoy es imposible el hacerlo y sólo por el rostro podemos colegir que corresponde a últimos del siglo XIII por las líneas que acusan el rostro. De aplaudir y mucho sería que por quien corresponde y tiene autoridad para ello se procediera a despojarla de los trapos que la encubren y afean, haciendo por su aspecto modernizado que se pueda poner en duda su antigüedad al verla cubierta de ridículas tocas monjiles y horrorosos mantos que la desvirtúan. Vuelvan a presentar la imagen en su prístino estado, déjese ya de ridículas ornamentaciones tan antiestéticas como anacrónicas, que no harán sino acusar y poner de relieve el mal gusto de los inventores, y contémplese y venera la imagen tal como el artista que la talló quiso presentarla a la veneración y culto de los fieles. Ya que afortunadamente hoy el gusto y el arte van sobreponiéndose a las ridículas vestiduras de las imágenes, muy de estimar sería que por quien corresponda se devolviese su primitivo estado a la venerada imagen.

Nuestra Señora de los Santos Inocentes y Desamparados de Valencia

La breve y efímera dominación cristiana del Cid en Valencia dejó implantado después de la invasión sarracena, nuevamente el nombre de María, según la tradición al consagrar la hoy parroquia de San Esteban con el nombre de Santa María de las Virtudes, Rodrigo de Vivar, el héroe legendario castellano, no hizo sino legalizar con sus actos y con sus armas la antigua devoción y afecto de los muzárabes a la Reina de los cielos.

Pero la muerte del héroe castellano determina nuevamente la pérdida de la ciudad, y la ley de Mahoma vuelve triunfante para señorear la ciudad y el reino por espacio todavía de más de dos siglos. Pero con la subida al trono del incomparable monarca Jaime I, el poder y el imperio musulámico sufren rudo embate, terrible golpe de el cual ya no han de reponerse jamás. La conquista de Mallorca, la pérdida de las principales plazas fronterizas a Aragón, ponen en mortal peligro al reino de Abu-Zeyt, combatido por facciones que ayudan a la pronta caída de aquel ya vacilante poder.

Llega hasta las puertas de Valencia, asienta sus reales en las colinas de Cebolla, en los altozanos del que ha de ser famoso Puig o real de las tropas conquistadoras, y la protección de María en su aparición en aquellos montículos cual signo inequívoco de la protección y amparo a las armas del católico monarca, tan devoto y entusiasta por María, a la que dedicó centenares de templos en todas las villas, lugares y ciudades que libraba de la dominación sarracena.

No es nuestro objeto relatar la maravillosa aparición de Nuestra Señora del Puig, pues es de todos los católicos conocida, pero sí indicar que María acompañaba en cierta manera a las victoriosas armas del ejército cristiano, y que aquella milagrosa aparición era signo infalible de futuras victorias. Jaime declaróla Patrona del nuevo reino que iba arrancando a la media luna, y allí, sobre aquellas explanadas colinas colocadas solas, aisladas y como rojizos islotes en medio de aquel mar de verdura, al que sirve de hermoso marco el azul mar latino, erigióse tiempo después hermoso templo, en donde duermen el sueño de la muerte héroes de la reconquista, varones eminentes en santidad y cristianas virtudes.

En aquel momento manifestóse la protección de María, y tras esta hermosa y entusiasmadora invención, nuevas apariciones, nuevas y patentes muestras de la protección de María habían de verificarse en tierra que le ha sido y es tan amante de su bendito nombre. A partir de este punto, ¡cuántas y cuán numerosas invenciones de las imágenes de María, escondidas por la piedad de los cristianos ante el temor de profanaciones y que aparecen cuando la cruz vuelve a imperar en estos territorios! Comenzando por Nuestra Señora del Puig y concluyendo por Nuestra Señora de los Santos Inocentes Mártires y Desamparados, ¡qué serie más hermosa de

milagros y providenciales encuentros de las escondidas imágenes! La aparición misteriosa de la Virgen del Puig, la misteriosa lluvia de estrellas que venían a caer sobre el montículo en que fue encontrada, acompaña como hermoso ornamento, al igual del que indicó la escondida cueva en que fue encontrada la Virgen, de las quebradas montañas de la Patrona de Cataluña, nuestra querida hermana, la Virgen de Montserrat.

Aquella fue y ha sido la Patrona del reino valenciano y hoy con la de la dulce invocación de los Desamparados y juntas ambas invocaciones de María comparten el amparo de los valencianos en su cariñoso patronato. No dejan también de ser antiquísimas las apariciones de las morenas imágenes de María, también de la época de las esculturas visigodas, las invocaciones de María en los poblados de Chirivella y Campanar, con su entusiasmo y veneración por parte de aquellos huertanos, y cuyas imágenes, también con milagrosos inventos, acusan en su examen artístico en la parte visible una gran antigüedad, y decimos en su parte visible de la escasa parte de rostro que queda al descubierto, porque los trapos en que van envueltas, desfiguradas y afeadas, no dejan medio de examinar su talla, que debe ser interesante bajo el punto de vista de la escultura cristiana. Téngase en cuenta que lo que decimos ocurre con la mayor parte de las imágenes de María en esta provincia, en donde la ridícula moda de entrapajar las imágenes y ocultarlas bajo tremendas bandejas, con pretensiones de coronas y tremendos morriones de pedrería, señalando un depravado gusto artístico, fue más intensa por desgracia que en otras comarcas, y así como se estropearon y afearon las iglesias de la capital, llegando hasta el extremo de lo que se llama *adecentamiento* el convertirlos al gusto churrigueresco, derribando y haciendo desaparecer las hermosas trazas de la arquitectura ojival, de la misma suerte con las imágenes se cometieron otras no menores profanaciones artísticas.

Así es, que quien hoy contemple a las efigies de Chirivella, Campanar y otras cien, no quedará convencido de su antigüedad al verlas envueltas en aquellos casi sacerdotales ornamentos, con tales modernas arracadas y collares de barroco gusto.

En esos dos pueblos, enclavado Campanar y hoy convertido en suburbio de la ciudad, escondido entre frondosos cañaverales y extendido en medio de espléndidos campos de su feracísima huerta, escucha María en el hermoso templo las plegarias y los ruegos de aquellos laboriosos labriegos, entre el sonoro susurro de la arboleda y el manso rumor del fecundo Turia, que por su lado pasa trenzando sus claras aguas, que algunas veces llegan a penetrar en las calles del pueblo.

Chirivella, es necesario buscar al modesto pueblecillo que encierra este famoso santuario de María, entre el bosque de frutales, entre los altos maizares y el murmullo de las serpenteantes acequias que difunden la riqueza por sus hermosos campos, cobijada por entre frondas de verdura que templan la cascada de clara luz que invade sus campos, recibe culto entusiasta y es objeto de popular romería como la anterior.

Sueca, la hermosa ciudad que junto al rico y caudaloso Júcar, que como su hermano Turia, debieran denominarse los ríos del oro por la inmensa e incalculable riqueza que representan sus aguas, eleva sus plegarias y vive bajo la protección de su Patrona la Virgen de Sales, que venera en su hermoso y rico templo, cuyas cúpulas se vislumbran y miran la de Sales desde Sueca, y el santuario de la Virgen del Castillo desde su elevado monte en la inmediata y poética ciudad de Cullera. La antigüedad de la hermosa ciudad, que arrullada por la caudalosa corriente del Júcar, que junto a ella viene a morir después de haber sido manantial perenne de riqueza, sigue aún trabajando para servir en ondulosa loma para camino del rico comercio de sus vecinos, levanta los ojos a su claro cielo y al hermoso santuario de la Patrona la Virgen del Castillo, que como vigilante centinela de los peligros de la vida, mira su imagen en la elevada cumbre de su monte, mirando al mar azul y al verde que se extiende a sus pies, recibe un culto entusiasta y veneración constante de los católicos hijos de Cullera.

Picassent, Albaida, Silla y cien pueblos más de esta comarca veneran a María en milagrosas apariciones y entusiasta culto y ferviente amor que toda la provincia profesa a María. Y si llegamos a Valencia, a la misma capital, ¿quién no conoce la devoción entusiasta que los barrios de Ruzafa profesan a la venerada imagen de María, bajo la invocación de María de Monte Olivete, hermosa pintura en tabla de olivo y de ostensible y manifiesta antigüedad? La milagrosa aparición de esta imagen en el mismo terreno en que hoy se venera y tiene hermoso santuario a orillas del Turia y en un ameno rincón tan poético como tranquilo de la hermosa vega de Valencia, se levanta el hermoso santuario en que se le rinde culto amoroso de los huertanos de aquel barrio. La aparición de esta hermosa pintura va unida a una poética y hermosa tradición de cariño, amor y veneración a su santo nombre y cariñosa protección, que hemos procurado traducir en una leyenda que llenos de fe escribimos y publicamos hace algunos años. Esta imagen no ha sido aún estudiada cual merece bajo el punto estético y en interés arqueológico, cuyo estudio estamos haciendo bajo este punto de vista y ofrecemos publicar en breve, en honor y veneración a esta tan antigua como inestimable pintura. La tradición de la llegada de esta imagen es antigua y nada hemos podido comprobar en documentos de la época, pues el incendio del Archivo parroquial de la antiquísima e importante de San Valero del poblado de Ruzafa, nos ha privado de noticias muy interesantes que hubieran podido suministrar grande luz en este asunto. Solamente Escolano y algún otro historiador regnicola se ha ocupado de esta tradición tan poética como hermosa, y como inspirada en el santo amor de María.

De otros muchos santuarios en esta provincia podríamos citar, pero no lo hacemos por no alargar esta relación, pero no por ello dejaremos de citar las invocaciones de los monasterios de Nuestra Señora de la Esperanza, de la Gracia de Dios, de fundación de la reina Doña Teresa Gil de Vidaura, esposa, según la Iglesia, del invicto Jaime I, y la de los Cimientos, tan famosa en Benisanó, hallada al abrir los cimientos de una casa en aquel modesto pueblecillo en que radica el señorial castillo, hoy en restauración, prisión un día del monarca francés Francisco I, que en aquellos salones pasó aposentado algunas semanas hasta su traslado a Madrid. Venerada y con entusiasta culto se venera esta imagen de María, de pequeño tamaño y esculpida como para un relicario o medallón. La iglesia parroquial, en una de cuyas capillas se venera, es hermosa por su antigüedad y estilo, con su precioso techo de alfargia y el arte románico-mudéjar de tan hermoso ejemplar de aquella arquitectura de que tan pocos ejemplares se conservan en esta región, pues que hemos visto el de la Sangre en Liria, hermoso ejemplar de estas ingenuas y hermosas construcciones que tanto encantan a los conocedores del arte antiguo; la iglesia parroquial de Andilla con ese su hermoso techo de alfarge y preciosas pinturas de las puertas de su altar, obra de reputado y estimado autor valenciano y el de que nos venimos ocupando.

La capilla en que se venera la citada, imagen de María de los Cimientos, es obra moderna, y al ejecutarla no se ha tenido el cuidado de construirla siguiendo el bellísimo orden de la iglesia; se ha hecho un altar moderno, lleno de barniz blanco y estilo renacimiento, que despega de una manera horrorosa y desentona de una manera chillona, cual si a un guerrero del siglo trece con camisote de malla, cubrieran su cabeza con un sombrero de candiles o de copa. Para los asuntos del arte, del respeto que merecen los antiguos templos, aquel altar disuena y desentona de tal manera, que la vista se aparta de aquella construcción como con pena o dolor, al contemplar semejante desconocimiento de la belleza y de la armonía.

Y terminamos esta sucinta relación de las invocaciones principales de Nuestra Señora, para venir a ocuparnos de la Patrona del Reino, Nuestra Señora de los Desamparados. Al llegar a este punto no podemos menos de hacer historia, de decir algo acerca de la fundación de una de las instituciones de caridad más grandes y hermosas nacidas del espíritu católico y que es gran honra de Valencia, la católica y caritativa ciudad. Nos referimos a la fundación de un ilustre valenciano, del venerable padre Jofré, el hospital de dementes, primero fundado en

Europa, debido a la piedad y caridad de la patria de San Vicente Ferrer. Merced a la predicación del sabio regular y caritativo corazón debióse esta institución, que ha sido y hoy es un hermoso ejemplo de lo que puede, consigue y alcanza la iniciativa particular, tan muerta hoy e inutilizada por la funesta centralización que ha concluido con cuanto de noble y grande existía, y reducido a la nación a una oficina dependiente del poder central, que ignorante y ambicioso, ha concluido con su absorbencia con toda idea grande, noble y generosa, reduciéndonos a todos a un mismo nivel, con rebajamiento de los caracteres y muerte de los sentimientos patrios.

A la memoria nunca bastante venerada de Jofré y de los ilustres valencianos que secundaron sus deseos y propósitos, consagramos estas líneas; y no una sino veinte estatuas merecía el generoso fraile que tal pensamiento concibió y en su pedestal figurar los nombres de quienes de una manera tan noble y generosa secundaron sus nobles propósitos. Hoy que vemos erigidas tantas estatuas a personalidades cuyos méritos y servicios en favor de la patria, de la caridad, de las ciencias y de las artes vemos levantadas, sin que sus méritos los conozcan más que los que se les ocurrió levantarlas; merecido y muy mucho, no en estatuas, de las que tanto se ha rebajado su nivel, tiene el que se honre de una manera más noble y elevada la memoria de estos verdaderos héroes de la humanidad, consignado en páginas de libros y en el corazón de los buenos valencianos que en su pecho llevan esculpido el nombre del venerable Padre Jofré.

En aquel palacio de la caridad, en aquel templo levantado a la práctica de las virtudes cristianas, tuvo lugar la milagrosa aparición de la Patrona de Valencia, de Nuestra Señora de los Santos Inocentes Mártires Desamparados y conocida con el nombre de los Desamparados. Corría el siglo XIV y año de la era cristiana, el hospital fundado por la iniciativa del famoso y heroico P. Jofré se había realizado y constituido una cofradía y funcionaba en su cristiano cometido. Pero esta necesitaba el patronato de una imagen de María que presidiese sus actos en favor de los desgraciados y a quien dirigir sus plegarias y poner en ella sus esperanzas los devotos cofrades.

Anunciaron su deseo de poseer una imagen de María, hicieron público su deseo para que los artistas presentaran sus proposiciones y bocetos, pero ni unos ni otros llenaron las aspiraciones de aquellos piadosos varones. Transcurrían los días y los meses, y nadie presentaba obra que cumplidamente les satisficiera, cuando un día presentáronse a los Clavarios de la Cofradía tres jóvenes de simpático y hermoso rostro, vestidos con el de peregrinos, manifestándoles que enterados a su paso por la ciudad de que la Cofradía deseaba una imagen de María, ellos como artistas extranjeros y peregrinos que iban en cumplimiento de un voto, se detendrían en la ciudad ofreciendo esculpir una imagen de la Madre de Dios, que llenaría los deseos y santas aspiraciones de los hermanos de la piadosa institución del P. Jofré.

Entraron en tratos con los mayores, y por única condición pusieron la de que se les había de tener incomunicados y sin que nadie penetrara en el taller durante ellos no dejaran terminada su obra, y que la habitación fuera tan retirada que nadie pudiera por ningún lado curiosearlos en su trabajo.

Aceptadas fueron las condiciones impuestas por los extraños y jóvenes artistas, no poniendo precio a su trabajo hasta tanto que este fuera a satisfacción y aprobación de todos los cofrades. Quedaron conformes y los hermanos prepararon el alojamiento para los artistas y comida para los tres días que habían solicitado de plazo para la obra.

Allá, en el apartado y silencioso barrio, llamado desde entonces del Hospital, allá entre la arboleda de las lozanas huertas que por aquel lado sombreaban el reciente edificio del Hospital, allí entre el susurro de la arboleda y el trino de los pajarillos, que con el murmullo de las numerosas aguas formaban grato y poético concierto, en un aislado pabellón inmediato

a la casa del portero del caritativo asilo, fueron encerrados los tres artistas con los elementos necesarios para aquella cerrada estancia, y con el fin de cumplir lo deseado por ellos. El sitio, tan retirado como ameno, era uno de esos lugares cuya tranquilidad es inspiradora, y si hoy la antigua capilla no tiene más atractivo que el que le presta la tradición, es debido a que ha quedado encerrada entre los muros y modernas construcciones que le han ido encerrando por todos lados. Aún así, la llamada *Capitulet*, la estancia en que apareció la Virgen en su venerada imagen, aún conserva algo de su antiguo encanto aquel sitio. Abrese hoy la puerta en el despejado patio de la iglesia que sombrean las verdes acacias, y por debajo de los arcos de las galerías se columbra otro jardinillo de los lados de las enfermerías; aquel silencio que sólo interrumpe el piar de los gorriones y canto monótono de la golondrina, el acompasado de la campana del reloj de la iglesia, o el claro tic-tac de los rosarios, llaves y medallas de alguna hermana de la caridad, que cual si no pusiera los pies en el suelo aparece por debajo de los arcos para desaparecer por las puertas de las enfermerías. Tal vez el recuerdo de la niñez que tanto nos ha impresionado, cuando niños atravesábamos y jugábamos alguna vez en aquel anchuroso patio, tal vez la impresión que la leyenda tradicional de la aparición de la Virgen en aquella capilla siempre cerrada, que parda y manchada por la humedad, llenaba como de un santo temor nuestro ánimo al saber que allí, en aquella capilla se apareció la Patrona de Valencia, nos causaba tal respeto, tal impresión, que aún hoy después de tantos años transcurridos, dejamos de atravesar aquel patio sin echar una mirada sobre aquel santo albergue y recordar tiempos en que aquel hogar nos parecía tan triste entonces, y hoy tan lleno de melancólica poesía.

Allí, como decimos, en aquel rincón del largo patio, entonces huerta, quedaron encerrados los tres extranjeros artistas. La curiosidad se manifestaba en el rostro de todos cuantos se enteraron de aquel misterioso hecho, y el encierro de los peregrinos artistas fue el motivo de la conversación general, extrañando el modo y manera de obrar y trabajar los jóvenes escultores.

Pasaron dos días, el silencio reinaba en la habitación en que estaban encerrados los escultores; nada se oía, ni ruido de herramientas, ni conversaciones se escuchaban; creeríase que estaba abandonada aquella habitación, que nadie se encontraba encerrado en ella. La mujer del portero, curiosa como todo aquel que quiere ser el primero en ver, saber y conocer alguna cosa, andaba rondando por las inmediaciones del encierro de los artistas, y nada veía, nada oía, y sólo sí que a su parecer, de la habitación oíanse, escuchábanse en algunos momentos concertadas combinaciones de música con dulces cánticos, cual elevados por voces celestiales. Nada decía y callaba su curiosidad; pero pasaron los tres días, y al cuarto llamaron a la cerrada y redoblada cerradura de la habitación, sin que nadie les contestara ni diera señales de haber en el interior de aquella habitante alguno.

Redoblaron los golpes, el mismo silencio; tan sólo el eco respondía a los golpes dados por los Hermanos. No era posible que los tres hubiesen muerto; no era posible que hubiesen salido, pues altas y ferradas eran las ventanas y demás huecos de la casa. Pasaron las horas sin que nadie contestara y entonces determinaron abrir con la misma llave con que habían cerrado la habitación.

Acudieron los mayores, y después de llamar nuevamente sin que nadie respondiera, procedieron a abrir la puerta; hiciéronlo así, y penetrando en la habitación hallaron en lugar preferente a la hoy venerada imagen de Nuestra Señora de los Desamparados, vestida, no como hoy la vemos, sino con túnica y aureola de la época; los atavíos que hoy la exornan no son de la época de su hallazgo misterioso.

Mudos de asombro quedaron los atónitos mayores y cofrades ante aquella preciosa efigie de María, y por algunos segundos el más conmovedor silencio reinó en la estancia; todos oraban y contemplaban aquella hermosa imagen, que con mirada tan dulce y triste parecía decirles: -

Yo seré vuestra amparadora, ya no seréis desamparados y en mí tendréis siempre quien os proteja y defienda, puesto que tanto me deseábais.

Repuestos del primer asombro, confiados en que aquella dulce y cariñosa mirada los alentaba, levántanse y buscan por toda la estancia a los jóvenes escultores para agradecerles aquel portento de hermosura y de consuelo; pero es en vano, los artistas no parecen y la comida que para tres o más días se les dejó, estaba intacta y completa y sin que hubieran llegado a ella. Nada faltaba, todo estaba en el mismo sitio y cantidad que les fue colocada, y los peregrinos no aparecen, pero sí sus vestiduras, que a los pies de la peana se encuentran extendidas y como caídas del cuerpo y no arrojadas de él.

No resta ya duda de la milagrosa intervención de María; nadie, en aquellos siglos de fe tan grande, nadie duda, y que ángeles y no peregrinos fueron aquellos artistas de tan hermoso rostro, que se comprometieron a esculpir aquella hermosa imagen de la Reina de los Cielos. La ausencia, la desaparición de los misteriosos peregrinos, de aquellos ocultos artistas, hace concebir la idea de que ángeles y no hombres son quienes han tallado en tan breve espacio de tiempo aquella maravilla de hermosura y sentimiento.

La nueva cunde, la noticia de la aparición se extiende y se hace del dominio público y la tradición toma de este hecho su poética y hermosa historia, y llega hasta nosotros en la forma y manera de semejante devota y hermosa adoración con que la conocemos y es nuestro amparo y consuelo. El pueblo acude y la milagrosa intervención de los desconocidos artistas que dejan la obra y desaparecen a través de muros y puertas que los encierra, llena la imaginación y en vano se busca a los angélicos escultores, que como a tales los considera y estima el pueblo creyente. El pueblo admira a aquella hermosa imagen, y desde aquel momento la invoca como su protectora y su patrona, como el faro de su esperanza, como el refugio en sus penalidades, y le levanta un altar en cada pecho y en un templo queda convertida la ciudad, que se coloca en masa bajo su poderosa y amante protección.

Pasan los días y la hermosa cofradía, llena de entusiasmo y amor a María, convierte en templo, pequeño por sus dimensiones, pero grande por el amor y devoción que los inspira para honrar a la milagrosa imagen.

Repetir ahora la historia de la aparición de la venerada imagen, sería relatar mal lo que bien se ha dicho por ilustres autores, y sólo añadiremos lo que dice el marqués de Cruilles en su «Guía de Valencia», tomo I, pág. 415:

«Acerca del origen de la imagen, los autores han emitido especies milagrosas unas, materiales otras; el tiempo ha pasado y la averiguación de lo cierto se hace menos fácil. Pero es bastante reconocer en la devota imagen de Nuestra Señora, la intervención del venerable Jofré, en su hechura, y los milagros canónicamente aprobados por la intercesión de la Virgen, para justificar la tierna devoción que le profesan los valencianos y la fe y confianza que abrigan en su patrocinio.

»Primitivamente se la intituló de los Santos Mártires Inocentes, que lleva figurados en su peana, hasta que en 1493 el rey D. Fernando el Católico, mandó que se uniera a este título el de los Desamparados, con que es universalmente invocada».

Pasa el tiempo, la devoción aumenta y la pequeña capilla en que se la venera en el patio del Hospital, es pequeña, insuficiente para dar cabida ni entrada al gran concurso de gentes y de peregrinos que acuden a visitarla y a elevar a sus pies sus oraciones y plegarias. Había necesidad de ensanchar el pequeño templo y trasladarlo a punto más céntrico de la ciudad, y entonces el Cabildo eclesiástico permitió y aceptó el traslado de la milagrosa imagen al templo Metropolitano, en donde tuviese aposentamiento más digno y fuese más solemnemente venerada.

Así se acordó, y según escritura otorgada en 2 de mayo de 1487 por el notario Jaime Esteve, se franqueó por el Cabildo una capilla practicada en el muro de la iglesia a espaldas de la capilla de San Antonio Abad, bajo del arco y frente a la puerta de la actual capilla.

El docto averiguador de las cosas de Valencia, Esclapés, dice que ésta aún permanecía en su tiempo, y que en 1570 fue ensanchada por lo incómodo del terreno, y que en 1623 se volvió a mejorar, y así lo dice del Olmo en su *Lithologia*, y en este sitio hermoseo permaneció la santa imagen hasta el año 1667 en que quedó terminada su actual capilla, de la que luego hablaremos.

Lo creciente de la devoción, el aumento de la fe en la milagrosa Virgen de los Desamparados, hizo decir a Felipe IV en su tránsito por Valencia, que aquel santuario no correspondía al entusiasmo y devoción que el pueblo de Valencia profesaba a su venerada Señora de los Desamparados, estrechez y angostura que se hizo más patente cuando habiéndola sacado en rogativa con motivo de la guerra con Francia en 1638, se vio la imposibilidad, no sólo de arrodillarse, sino de poder entrar en el local parte del acompañamiento.

Era necesario dar a la santa imagen un local más amplio, una capilla o templo digno de la veneración del pueblo valenciano, y comenzaron las gestiones para llevar a cabo el pensamiento.

Promovió el proyecto el entonces virrey y capitán general de Valencia, D. Federico Coloma, gran Condestable de Nápoles; pero su proyecto, pensamiento y empeño no tuvieron éxito, no obstante su empeño, como tampoco lo consiguieron los sucesivos virreyes D. Antonio Juan Luis de la Cerda, duque de Medinaceli, D. Francisco de Borja, duque de Gandía, y D. Rodrigo Ponce de León, duque de Arcos. Todos ellos insistieron en la idea, pusieron su empeño y trabajos, pero nada pudieron alcanzar.

Habíanse comprado para este fin unas casas que eran del Arcedianazgo de la Catedral y las cuales había renovado D. Matías Mercader, que obtuvo dicha dignidad, hijo que era de los condes de Buñol. El natural apego que tenía a sus casas y obra que había en ellas ejecutado, era un obstáculo importante para la realización del pensamiento. La cofradía tenía en ello empeño decidido, y ofreció al arcadiano las casas de la calle de Zaragoza contiguas a la Catedral y que han sido propiedad hasta ha poco del marqués de Colomina y 500 libras de mejora; pero nada se consiguió, pues el arcadiano no cedía en su negativa. Fue preciso recurrir al monarca, y Felipe IV escribió al arzobispo, a la sazón D. Pedro de Urbina, en 1657, diciéndole que era preciso que el arcadiano se apartase del pleito, pues tal era su soberana voluntad, puesto que la Cofradía le había transmitido dichas casas y entregado el dinero convenido.

Quedaron así las cosas por voluntad del monarca y un hecho milagroso casi, vino a hacer que el pensamiento de la edificación de la nueva capilla se realizara. Era virrey de Valencia por entonces (1647), D. Duarte Álvarez de Toledo, conde de Oropesa, y con motivo de la peste declarada en Valencia fue él y toda su familia atacado de ella; en tan triste situación y apurado trance, la familia invocó la protección de María en su imagen de los Desamparados y procesionalmente fue conducida al palacio del Real, en que se aposentaba el virrey, y a su intercesión y amparo, invocado con fe y devoción, debió la familia del virrey y él mismo recobrar la perdida salud.

Cesó la peste, y el virrey, cumpliendo como bueno y católico, agradecido a la merced de María, promovió y con decidido empeño comenzó las gestiones para la construcción de la nueva capilla; empeñóse en ello como muestra de agradecimiento, y vencidas las grandes dificultades por su ánimo esforzado, comenzaron las obras, los trabajos el día 9 de abril de 1652.

Y cosa verdaderamente notable y sorprendente, un hecho histórico que venía por unas piedras y un ara a demostrar la grandeza de Dios, de los sucesos históricamente providenciales señalados por su mano, poder y ciencia infinitas. Demostróse éste, como hemos indicado, al abrir los cimientos, encontrándose lápidas y un ara que dieron luz de haberse levantado sobre aquel terreno, en tiempo de la dominación romana, un templo a Esculapio, el dios de la medicina; desapareció, hundióse el dios de la salud del cuerpo; pasan los siglos, y sobre

aquellos cimientos viene a levantarse el templo de María, de la Virgen sin mancha, del consuelo de las almas, de la salud de los enfermos, y a la medicina del cuerpo sucede el templo de la salud del alma, de la santa medicina del espíritu, de la esperanza y salvación de los pecadores que a él acuden demandando medicina que cure a sus pechos de la enfermedad del pecado.

Don José del Olmo, en su *Lithologia*, se ocupa extensamente de estos importantes hallazgos, que fueron por dicho escritor cuidadosa y eruditamente estudiados, y puede con fruto y deleite conocerse su erudito trabajo.

Comenzaron las obras, como hemos dicho, y en 15 de junio del dicho año 1652, se puso la primera piedra, sentándola el citado arzobispo D. Pedro de Urbina, y siendo virrey D. Luis de Moncada, clavario de la Cofradía D. Francisco Blasco y síndico D. Gregorio Zacarés. Dirigió la obra el maestro D. Diego Martínez Ponce de Urvana, natural de la ciudad de Requena, cuya obra dejó concluida a principios del año 1665. Dícese que lo fue en el año anterior, pero terminada en su totalidad no lo fue sino en el citado año, y en 15 de mayo se hizo la solemne traslación de la imagen de Nuestra Señora.

Pero, ¿quedaba terminada en su totalidad la obra deseada? Quedaba por hacer el camarín, y se emprendió la construcción de aquél, que se terminó en 1694, quedando en la preciosa y elegante forma en que hoy le vemos y admiramos.

Quedaban por hacer las obras de pintura y estucado, adorno y exornación del templo, y en 1701 se pintó la bóveda o media naranja del templo por el célebre pintor de frescos D. Antonio Palomino, de cuya composición publicó una erudita descripción en su *Museo pictórico*. El asunto representa en el sitio preferente, sobre el altar, a la Santísima Trinidad en trono de nubes, colocando a María Santísima a la diestra, y en el resto a los bienaventurados en hermosas y elegantes agrupaciones, que fueron una de las mejores composiciones del reputado maestro.

El adorno del interior del templo, pilastras, repisas y pavimento de mármol, se hicieron para el primer centenario de la construcción de la capilla en 1767. Pintáronse entonces por D. José Vergara los óvalos de sobre las puertas. Adornóse el altar simulando un pabellón dentro del arco de la capilla, que aun cuando ejecutado por D. Ignacio Vergara, resultaba algo confuso y pesado en su conjunto. En 1818 se quitó y se puso uno de madera tallada, imitando terciopelo encarnado, hasta que en 1862 se sustituyó el antiguo cristal, se quitó ampliando el nicho en su luz y colocándose el nuevo y hermoso cristal que de grande y hermoso tamaño y claridad permite que la imagen destaque en el hermoso nicho. La pintura que como cortina cubría la imagen, fue sustituida, por no ser servible en sus dimensiones, obra de D. José Vergara, por una que pintó nuestro inolvidable maestro de dibujo D. Manuel Martín Lavernia, regalo de tan digno como caballeroso maestro.

La imagen de la Patrona de Valencia tiene la altura de 7 palmos valencianos, o sea un metro setenta y cinco centímetros. Descansa sobre un grupo de nubes de plata que figuran sostener dos hermoso ángeles de talla. Sobre el brazo izquierdo descansa el Niño Jesús, y tanto el rostro de éste como el de su purísima Madre, tienen un encanto y atractivo singular. Su tierna y cariñosa mirada penetra en los corazones, y su contemplación llena el alma de inefable dicha y lleva consuelo, esperanza y alegría al pecho de quien contempla tan hermoso como venerado simulacro de la Pura Estrella de Nazareth, de la Salud de los enfermos, del Consuelo de los afligidos. En la mano derecha lleva un ramo de azucenas de plata, y su diadema, manto, túnica y manos se hallan cuajados de preciosas piedras y alhajas sin cuento, con que la piedad de los fieles y la magnanimidad de los reyes la ha cubierto y adornado como piadosa ofrenda de su amor, respeto, cariño y veneración. No podemos dejar de citar el hermoso manto que cubre a la Señora, verdadera joya de arte, de buen gusto y riqueza material, debido a la munificencia y piedad de la excelentísima Sra. D.^a Matilde Ludeña, viuda de Zacarés, Camarera mayor de la Santísima Virgen, y recuerdo del centenario segundo de 1867. En la

mano derecha lleva el bastón de Capitán general que le regaló Don Alfonso XII, cuando procedente del destierro venía a ocupar el trono de sus mayores y desembarcó en Valencia, en donde había sido proclamado Rey de España en los campos de la histórica Sagunto.

No entraremos en la descripción del templo, pues esto nos apartaría mucho de nuestro objeto y pensamiento capital, pero sí diremos que en la fachada principal se colocaron como recuerdo imperecedero y empotradas en sus muros, aun cuando en nuestro concepto no es el punto más a propósito por la destrucción de que pueden ser objeto, las lápidas paganas consagradas a Esculapio y que allí se encontraron.

Aquella fachada principal del templo sería una historia fehaciente de nuestra historia moderna. ¡Cuántos y cuántos hechos no han presenciado aquellos muros y piedras, qué de vicisitudes y cambios la piedra que ocupa el promedio de altura simbolizando la obra de las Cortes de Cádiz! En nuestros tiempos, cuántos cambios de nombres, de forma de gobierno y revoluciones no han oído y presenciado aquellas piedras y espacio. Plaza Real, plaza de la Constitución, vuelta al antiguo nombre, plaza de la República; hemos visto destrozará a piquetazos aquella lápida constitucional en una hermosa noche de verano del año 1873, y pocos días hemos visto prevalecer la República Federal colgado un cartel sobre el hueco constitucional clavado a golpes de hachuela en medio de un orden, respeto y silencio de los batallones republicanos formados en la extensa plaza, y pocos días después estallar las bombas en aquel espacio combatiendo aquel naciente régimen por otro ejército republicano mandado por el general Martínez Campos. Y tras estas vicisitudes, cambios, trastornos, revoluciones, asonadas, motines y crímenes, que cual polvo han sido barridos por el viento de la política; sólo una cosa ha permanecido sólida, firme, inmutable cual firmísima roca combatida inútilmente por los huracanes, la fe inquebrantable en María, el amor, fe y entusiasmo siempre creciente por la Virgen de los Desamparados, que tiene por solio inmutable el corazón del pueblo de Valencia, cualesquiera que sean sus ideas políticas, su manera de pensar en el orden de la gobernación del Estado.

En 1885 fue declarada Patrona del reino valenciano, y pocos días después la cruel y mortífera epidemia colérica invadía la ciudad llenándola de luto, pena y aflicción, y la Virgen, que pocas semanas antes había recorrido las calles de Valencia vestida de gala en medio de los vivos atronadores y las lluvias de flores, recorría en las horas del crepúsculo de una tarde de julio, cubierta con morado manto y negro velo, las calles de Valencia llenas de gentío inmenso en medio de sepulcral silencio, interrumpido por el plañidero acento de las campanas que tristemente sonaban, y por el rezo que salía del corazón de la aterrada muchedumbre, que de cuando en cuando exclamaban: ¡piedad, Virgen Santísima! La Señora recorrió las calles, visitó a su Hijo Divino en la iglesia del Salvador, y cuando la sombra de la noche envolvía a la amilanada ciudad, la Reina de los Cielos entraba en su capilla, y vuelta al pueblo pareció decirle: ¡Confía, ora, y mi Hijo tendrá piedad de vosotros!

Pocos días después la epidemia decrecía notablemente; la fe, esperanza y amor en María habían alentado al pueblo, y la fe y esperanza le daban fuerzas para llevar resignado y valeroso la prueba a que Dios le había sometido.

Nunca se borrará de nuestra imaginación aquella triste rogativa, aquel espectáculo tan conmovedor: hacía pocos meses que habíamos vuelto a nuestra patria después de diez y ocho años de no estar bajo la inmediata tutela y amparo de la Santísima Virgen, y volvíamos a verla vestida de luto, en medio de una tristeza general, del espanto y terror de la ciudad en medio de aquella terrible epidemia. Aquel conmovedor espectáculo, aquella rogativa en que el pueblo, la clase media y nobleza, ciencias, artes, industrias, mujeres y niños y las armas, acobardadas y amilanadas con tan temible azote, unidas y compactas ante un temor y enemigo que no podían combatir mas que con las armas de la fe, rezaban y humildemente pedían perdón de sus pecados, impresionó nuestra alma de tal manera, que aquel recuerdo sólo se extinguirá con nuestra vida.

Hoy, al terminar estas líneas, después de las desdichas sufridas por nuestra patria en los terribles y desdichados sucesos en que hemos perdido nuestra honra y nuestras posesiones por nuestros pecados, maldad de los hombres y perfidia de los enemigos del Catolicismo, hoy que nueva y terrible epidemia nos amenaza como nuevo castigo al no abrir los ojos a la verdad, a la virtud, a la honradez perdida, y continúan imperando la mentira, la falsía y la irreligión, a la Santa Señora, a la Reina de los Cielos, a María Santísima de los Desamparados, debemos pedir amparo, protección y auxilio, poniendo de nuestra parte los méritos del arrepentimiento y la vuelta al camino de la honradez y de la ley santa del trabajo, procurando apartarnos y apartar de los sitios en que puedan hacernos daño, a esos hombres que tienen las manos llenas de dádivas y el corazón lleno de maldad y de sangre.

A vos, Señora, nos encomendamos al terminar en el día de hoy estas pobres páginas escritas en vuestro honor y gloria, y bajo vuestra santa protección las colocamos, no por su mérito, sino por la intención y amor a vuestro nombre y confianza en vuestro amparo y patronato en que nos hemos y colocamos a nuestra obra y nuestra familia.

Apiádate de nosotros y dadnos, Señora, la dicha de bendecir una y millares de veces en el hogar de nuestra casa tu santo y purísimo nombre.

Para terminar copiaremos los antiguos gozos que se cantan en la Capilla en los días sábados, en que el pueblo creyente y católico acude a la Salve y entonándola implorar vuestra protección, auxilio y salud de las almas.

GOZOS

Amparad, Reina y Señora,
a los humildes postrados.
*Pues sois nuestra amparadora,
Madre de Desamparados.*

Amparadnos, gran Princesa,
gloria del cielo y la tierra,
socorred la gente opresa
que el pecado le da guerra:
a vuestros pies humillados
os lo suplico, Señora.
Pues sois, etc.

Amparad, Virgen y Madre,
del sol verdadero, oriente,
a todo humilde cofrade
socorred piadosamente;
tenga alivio en sus cuidados
el que vuestro auxilio implora.
Pues sois, etc.

Amparad, Señora mía,
con vuestra grande piedad
al preso que en Vos confía
su dudosa libertad.
Pues sois, etc.

Amparad, Virgen sagrada,

pues con Dios tanto podéis,
la salud tan deseada
que en vuestras manos tenéis;
sean por Vos comparados
los daños del alma llora.
Pues sois, etc.

Amparad, Puerta del Cielo,
a los tristes navegantes,
que con riesgo y recelo
ven su muerte por instantes;
de perdidos y anegados
sois Madre descubridora
Pues sois, etc.

Amparad, Virgen piadosa,
a la devota afligida,
que en su parte congojosa
fluctúa en riesgo su vida,
vea sus frutos logrados
por Vos en dichosa hora.
Pues sois, etc.

Amparadnos, Luna hermosa,
a los que en el valle estamos
de la noche tenebrosa,
y a Vos gimiendo lloramos;
siendo por Vos preservados
de la llama abrasadora.
Pues sois, etc.

Amparad los delincuentes
a quien vuestra Cofradía
cuando los ve penitentes
alimentos les envía;
por ser de los justiciados
fiel amparo y protectora.
Pues sois, etc.

TORNADA

Amparadnos, gran Señora,
no nos dejéis desahuciados.
*Pues sois nuestra amparadora,
Madre de Desamparados.*

LA PATRONA DE VALENCIA
A LA VIRGEN DE LOS DESAMPARADOS
En noche tempestuosa,

¿Quién hace bogar ligera
Por el mar alborotado
La nave que al puerto llega
Sin que el viento enfurecido
Destruya sus blancas velas,
Sin que rompan su timón
Las fuertes ondas inmensas
Que hasta el cielo se levantan,
Como si rasgar quisieran
Con su aliento sobrehumano
El manto de las estrellas
Que silenciosas se ocultan
Tras de las nubes espesas?
¿Quién ha de ser? nuestra fe,
La que calma nuestra pena,
Nuestro guía y nuestro amparo,
La Patrona de Valencia.
Madre de Desamparados,
De pecadores clemencia,
Ten compasión cuando estalle
La destructora tormenta.
Consuelo de penitentes,
Pura y soberana Reina,
A esta ciudad que Patrona
Te aclama con ansia entera,
Con alegría y placer,
Haz que azotada no sea
Por aterradoras pestes,
Por carestías y guerras,
Por hambre y por terremotos,
Por horrorosas tormentas,
Por tristes inundaciones,
Nevadas fuertes y densas
Y otras muchas horrorosas
Calamidades nuestras;
Reina y Señora del Cielo,
Vela por nosotros, vela,
Que todo por fin lo puede
La Patrona de Valencia.

Ya que alegre y orgullosa
Te ha proclamado Valencia
Su idolatrada Patrona,
Derrama, pues, sobre ella
Todos los dulces tesoros
Que al fin la naturaleza,
Con sus inmensos raudales,
Con gala y placer ostenta.
Que ella formará coronas,
Coronas de flores bellas,

Que alfombren tu camarín
Y embalsamen con su esencia.
Para saber lo que vales,
Para admirar tu grandeza,
Y tu sobrado poder
Hasta dónde alcanza y llega,
Agua ansiosos te pidieron,
Y lluvia formada en perlas
Al salir de tu morada
Vino a humedecer la tierra,
Y adornar como memoria
Tu rizada cabellera.
Aterrados por la peste
Llegaron a Ti las quejas;
Y al llevarte por las calles
De tu esclava y fiel Valencia,
Huyó al momento espantada
Tendiendo sus alas negras
Llevándose en sí el quebranto,
Duelos, pesares y penas,
Angustia, luto y espanto,
Muerte, terror y tinieblas.

El día que su Patrona
Te aclamó Valencia entera,
Se escucharon las campanas
Batallar por nuestra esfera,
Las músicas recorrieron
Nuestras calles con presteza,
Alumbradas por antorchas
Que en vez de cirios de cera,
Rayos de sol parecían
Que alumbraban nuestra tierra;
Y al verte otra vez cruzar
Por las calles de Valencia,
Vivas, flores y palomas,
Arcos, colgaduras, décimas,
Luces, cuanto el hombre puede
Imaginar en su idea
A los pies de su Patrona
Puso aquel día Valencia.

Canten a coro los ángeles,
Entonen sus liras bellas,
Que es la Reina de los Cielos
La Patrona de Valencia.

Nuestra Señora de los Ángeles en Alicante

No es la parte del reino de Valencia conocida hoy administrativamente con el nombre de provincia de Alicante, de las menos favorecidas por María Madre de Dios en milagrosas apariciones, ni de la que menos se venera, y da entusiasta culto a la Santa Reina y Señora. En las llanuras, en las montañas, en los pueblos, villas y ciudades alicantinas, María recibe entusiasta culto por parte de aquellos habitantes, siendo sumamente numerosos los famosos santuarios y milagrosas imágenes que en esta hermosa y fecunda región encuentran y reciben amoroso tributo de filial afecto.

Nuestra Señora de Montserrat en Orihuela con su hermoso templo, y venerada imagen, su fastuoso culto, amor y entusiasmo, es uno de los santuarios e imágenes más veneradas en la hermosa ciudad que abraza el Segura con sus cristalinas aguas, que reflejan aquel cielo incomparable y aquella hermosa huerta sombreada por sus bosques de palmeras y limoneros: digno escabel de flores y perfumes de embriagador aroma, que con las entusiastas oraciones de los oriolanos suben a los pies del trono de la Reina de los Ángeles como escapados del pebetero del ferviente amor a su amado y dulce nombre.

Muchamiel rinde amoroso culto y entusiasta veneración a su antigua imagen del Orito, y allí en aquel pueblo de dulce nombre se rinde amorosa veneración y culto al milagroso simulacro menos dulce representación de María y mucho más dulce su amor y cariño que el nombre de aquel pueblo que tanto la ama, venera y rinde entusiasta devoción.

Alcoy, la industriosa ciudad que con el humo de las chimeneas de sus fábricas, que parecen ser incensarios que elevan el humo de sus hornillas, si no agradables al olfato deben ser agradables por ser el incienso del activo trabajo, del cumplimiento de la ley santa del sudor del rostro con que hay que ganarse el cotidiano pan, eleva también envuelto entre nubes de más grato incienso cual es el de la devoción a María Santísima, a quien rinde entusiasta culto bajo la advocación de la Patrona del reino en la ciudad y a la Virgen en la agreste y hermosa región de la Fuente-Roja, cuyas alturas y bosque, claras fuentes y encantada naturaleza parecen elevar un himno continuo de gratitud y alabanza a la Reina de los Cielos, sostenida por la, piedad innata de los alcoyanos, tan entusiastas por el nombre de María y admiradores de su santo y bendito nombre.

Albaida, Denia, Jávea, Jálón y cien villas más, todas, todas ellas rinden culto a María Santísima bajo distintas invocaciones, siempre amantes y cariñosas, hijas del amor que profesan a la Reina de los Cielos; y si vamos recorriendo todos los confines de la provincia, no encontraremos pueblo alguno y modesta aldea en que no se rinda culto a María, en que no hallemos modesto altar o apartada ermita en que deje de aparecer la imagen de. María, ya en fastuoso o humilde culto.

Alicante, la ilustre ciudad, la hermosa población que, recostada en la falda del monte en que se levanta el castillo, sumerge sus pies en las azules ondas del Mediterráneo, la ciudad que todos los días aparece como encendido horno que reverbera con la luz del sol lanzando diluvio de espléndidos rayos al ser heridos por el naciente astro los miles de cristales de sus balcones, rinde entusiasta culto, además de la milagrosa Faz de Cristo, a su Santa Madre en la dulce invocación de María de los Ángeles. Bajo tan dulce invocación, los alicantinos veneran a la Reina de los Cielos desde antiguos tiempos, siendo el amparo de estos comerciantes valencianos, tan valientes como expertos marinos y que días de gloria para las ciencias y las artes han proporcionado a la historia del Reino valenciano. Desde antiguos tiempos la devoción y el culto a Nuestra Señora de los Ángeles ha venido encarnado en su milagrosa aparición, que ignoramos por qué año tuvo lugar, pues aun cuando hemos consultado las historias más antiguas que tratan de la santa pintura, no precisan época ni año de su milagrosa invención.

Para ello hemos recurrido a Bendicho, el erudito cronista que floreció en pasados tiempos, y él es quien nos ha suministrado en la 'Crónica manuscrita que se conserva en la Biblioteca

Universitaria de Valencia, y copiaremos al efecto, cuantas noticias nos da acerca de la venerada pintura.

Dice en la página 228: «Unos de éstos (lugares), es, y tengo por cierto, el que Dios tiene escogido en el término de esta ciudad a la parte austral, distante un cuarto de legua, que es la casa e iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles, edificada sobre un montecillo o eminencia, que es como una ubre hermosa y fecunda que está en lo llano que tiene esta ciudad en aquesta parte austral, a quien comúnmente llamamos el *Pla de Bonrepós*».

Así describe el historiador tan eminente el lugar en que asienta el santuario de la aparecida Virgen de los Ángeles, Patrona de la ciudad. El lugar que conocemos no puede ser más pintoresco ni más hermoso, pues desde él se contempla la hermosa Alicante, su incomparable *huerta* con sus preciosas quintas, los preciosos cabos de Santa Pola y de la huerta, que abrazan cariñosos el hermoso golfo de turquesa en que se encierra la hermosa ciudad.

Más adelante en la página 230 y siguientes añade:

«Así se regocijaron los vecinos de esta ciudad cuando hallaron miraculosamente este tesoro de la imagen de la Virgen desenterrada para consuelo, por manos de ángeles y mostrada a un leñador (que por aquel mostrado de los angélicos seres la denominaron Nuestra Señora de los Ángeles), fue hallazgo digno de universal aplauso...»

Añade el citado historiador, tan rebuscador de antigüedades y que tantos datos y asuntos históricos comprobó con su labor incesante y conocimientos de investigación, y añade: «No sabemos el año de aqueste hallazgo».

Entretiénese luego en algunas disquisiciones y más adelante dice, hablando de la invención de la milagrosa pintura que tanta devoción inspira:

«Así que a la que quiso el leñador tirar el golpe a desmontar el pie de un pino que estaba cercado de malezas, vio la imagen de la Virgen y con algún susto se detuvo, pero fue de consuelo para su alma, y así luego conoció que era tesoro inestimable y respetándola la adoró y ocultó dejando alguna señal, vínose luego a la ciudad a dar aquellas buenas nuevas».

«De manera que oída la relación, fueron allá los eclesiásticos y personas más abonadas, que vista la verdad, luego habiendo dado gracias a Dios y a la Virgen, determinaron se quedase la imagen santa en el mismo lugar donde fue hallada, que es el montecillo donde hoy está y que se le edificase una casa, que fue determinación acertada para perpetua memoria, salida de pechos a quien Dios santamente había notificado su voluntad, pues tan presto se conformaron y lo ejecutaron porque fuese santuario de esta ciudad, donde es tenida en muy grande veneración y la tienen por Patrona, pues la llevan en su real pendón de damasco carmesí».

De esta suerte relata el hallazgo miraculoso de la santa pintura, y más adelante entra en la descripción de la santa imagen y se ocupa de la notable pintura, haciéndola a continuación como sigue:

«Es la imagen de la mitad del cuerpo de la Virgen, con su niño en los brazos a la parte izquierda; está pintada en una (sic) tabla que tendrá tres palmos y medio de alto y dos y medio de ancho, es pintura que muestra su antigüedad en el color moreno, su cara inclinada hacia el Niño, pero tan al vivo pintada, que cuando le supliqué me diese licencia y permitiese la viese y midiese de cerca, vi que se inclina a mirar a quien la mira por cualquier parte, así por los lados como por lo alto o bajo, causando grande consuelo y moviendo a devoción».

Pasa luego a la descripción artística de la antigua pintura, lo cual hace con buen sentido crítico, y se expresa del siguiente modo:

«Es un rostro muy natural, algo largo, según lo pintan Nicéforo, Calixto, San Epifanio y Cedrano, muy honesto y grave, su nariz afilada, frente espaciosa, ojos de color de aceituna, cejas en arco, manos largas y toda perfectamente hermosa; el Niño Jesús está tan alegre en sus brazos que parece decir a quien le mira, que miren a su Madre: su manto es azul, el ropaje de entrambos es el estilo de Judea, parecido al mismo con que la pinta San Lucas».

No hemos tenido ocasión de contemplar esta imagen; pero si nuestro propósito llega a realizarse, de escribir cuanto acerca de las imágenes de María que se conservan en nuestro reino puede un día ser un hecho, procuraremos sacar de esta antigua figura un fotograbado que acompañe entonces a la extensa relación de su milagrosa aparición. Por hoy sólo podemos deducir de la descripción que de ella nos hace Bendicho, que esta pintura pertenece a la escuela y período ojival por los detalles que de su rostro y manos largas y afiladas, nos dice pertenecer a la escuela de Overbekh, con sus característicos detalles que la inspiraron ese respetable y hermoso carácter.

Por hoy nada más podemos añadir en ampliación de lo dicho y consignado por Bendicho en su estimada crónica; no nos ha sido dable, a pesar de nuestra inquisitiva, encontrar por hoy nuevos antecedentes en los Archivos del Reino, ni tampoco conseguir ver la obra del alicantino Sr. Viraveus, así es que contra nuestro deseo no podemos dar más amplitud a estas noticias.

Pero sí consignaremos lo que acerca del templo en que se venera la amada imagen de María de los Ángeles, y cuya detallada descripción nos hace con bastante minuciosidad el citado historiador.

«Es la iglesia donde se reverencia esta imagen de la Virgen muy antigua, de una sola nave, pero baja de techo; tendrá de largo cien palmos, y de ancho treinta y tres; con seis la capilla mayor, cuatro sus bóvedas con arcos de piedra y cruceros, con algunos altares por los lados...»
»Tiene el altar a la parte de Oriente y la puerta a Occidente: a la parte de Mediodía hay un patio con una cisterna en medio de agua pluvial, que fue antiguamente claustro, y aún se ve en lo alto de sus paredes las puertas de nueve celdas que habitaban los religiosos, y en lo bajo sus oficinas de sacristía, refectorio, cocina, dispensa (*sic*), y otros a la parte de Levante, hasta el huertecito que le habemos visto muy hermoso de árboles y hierbas oloríficas y medicinales y su oratorio; de tal manera está todo que ocupa el montecillo o colina». (Página 232 de la citada Crónica manuscrita de Bendicho).

Con esta descripción, algún tanto embrollada e inconexa, concluye el citado historiador la descripción que nos hace del templo, huerto, sacristía y oficinas, todo revuelto en graciosa confusión. Por él hemos venido en conocimiento de que allí hubo convento de religiosos, aun cuando no indica el sexo, y que en su tiempo se conservaban huellas y memoria de aquél, y debía ser algún tanto confusa aquélla, cuando no indica más que lo que hemos copiado. No nos habla, como vemos, del altar, ni estilo de éste, ni del y sólo sabemos que sus aras son de piedra, pero no nos indica estilo y orden de altar y templo.

No podemos extendernos más acerca de la Virgen de los Ángeles ni de su templo, por la escasez de noticias y por no haber tenido la dicha de visitarle; entonces, aun cuando pobre, hubiéramos puesto el estudio que de la hermosa pintura y del templo hiciéramos, y aun cuando de escasa crítica, serviría para dar una acertada noticia de lo que hubiéramos visto y estudiado con nuestros propios ojos e investigación de vista y estudio sobre el terreno. Terminaremos estos apuntes consignando el amor y veneración, culto y amor que los católicos alicantinos profesan a su santa imagen de María de los Ángeles, en quien como creyentes corazones y devotos de María, hallan consuelo y alivio en sus penas, como lo halla todo aquel que con fe y amor ruega y pide a la Reina de los Ángeles, el consuelo de los afligidos y refugio cariñoso para los arrepentidos pecadores.

Quiera el cielo proporcionarnos la dicha de poder prontamente visitar esta su Angelical advocación y santo templo, para dedicar un testimonio de nuestro amor y respeto a la que siempre ha sido y es nuestro amparo, y cuyo dulce nombre invocamos en nuestras dichas y pesares. Quiera pues María Santísima permitirnos pronto su contemplación en esta antigua pintura, para con nuestra pobre pluma añadir un pobre testimonio de nuestra veneración y culto preferente que en nuestro corazón tiene la Madre del Divino Redentor del mundo.

Bien hubiéramos querido terminar este escrito copiando los gozos de María que en aquel santuario se cantan; pero tampoco nos ha sido posible hallarlos, y con gusto los hubiéramos insertado como lo hemos hecho con los de la Virgen de Lidón y hacemos con los de Nuestra Señora de los Desamparados.

Conclusión

Llenos de fe, de entusiasmo y de amor a María Santísima, emprendimos la escritura de esta obra en el día 25 de marzo, día de la Encarnación del Hijo de Dios, del presente año 1899. Aun cuando día festivo y consagrado al gran misterio de nuestra Santa Religión Católica Apostólica Romana, quisimos comenzar la única y primera cuartilla con la festividad del día de tan gran misterio de nuestra redención. Desde entonces hemos dedicado las horas que nuestros trabajos oficiales nos han dejado libres a la redacción y escritura de esta obra, consagrada a honor y gloria de María. Durante ella, desgracias de familia han retrasado la continuación de la misma y hoy al terminarla, en el día 8 de septiembre, fiesta de la Natividad de Nuestra Señora y Madre Santísima, dámosle gracias por haber permitido que esta obra, comenzada en el día solemne de la Encarnación del Hijo de Dios en sus purísimas entrañas, terminara en el no menos fausto, solemne y alegre para los cristianos, cual es del Nacimiento de su Persona Santísima concebida sin pecado original: en él escribimos estas últimas líneas como protesta de nuestro amor y fe en su ardentísima caridad para con los pecadores y cuyas páginas desde la primera hasta la presente han sido escritas bajo el amparo y egida de su nombre, y como tal las ponemos bajo su manto como escritas para

MAYOR HONOR Y GLORIA DE MARÍA INMACULADA

Valencia 25 de marzo y 8 de septiembre de 1899.

Colección de poesías escogidas de los mejores poetas antiguos y modernos en honor y gloria de María santísima

I

A cuyos pechos floreció la vida,
Mira cómo empeora
Y crece mi dolor más cada punto;
El odio cunde, la amistad se olvida;
Si no es de Ti válida
La justicia y verdad, que Tú engendraste,
¿A dónde hallará seguro amparo?
Y pues madre eres, basta
Para contigo el ver mi desamparo.
Virgen del sol vestida,
De luces eternas coronada,
Que huellas con divinos pies la luna;
Envidia emponzoñada,
Engaño agudo, lengua fementida,
Odio cruel, poder sin ley ninguna,
Me hacen guerra a una,
Pues contra un tal ejército maldito,

¿Cuál pobre y desarmado será parte,
Si tu nombre bendito,
María, no se muestra por mi parte?
Virgen por quien vencida
Llora su perdición la sierpe fiera,
En daño eterno, su burlado intento,
Miran de la ribera,
Seguras muchas gentes mi caída,
El agua violenta, el flaco aliento;
Los unos con contento,
Los otros con espanto, el más piadoso
Con lástima la inútil voz fatiga;
Yo, puesto en Ti el lloroso
Rostro, cortando voy onda enemiga.
Virgen, del Padre Esposa,
Dulce Madre del Hijo, templo santo
Del inmortal Amor, del hombre escudo,
No veo sino espanto.
Si miro la morada, es peligrosa;
Si la salida, incierta; al favor mudo,
El enemigo crudo,
Desnuda la verdad, muy proveída
De armas y valedores la mentira,
La miserable vida
Sólo cuando me vuelvo a Ti respira.
Virgen que al alto ruego
No más humilde *sí* diste que honesto,
En quien los cielos contemplar desean;
Como terrero puesto,
Los brazos presos, de los ojos ciego,
A cien flechas estoy que me rodean,
Que en herirme se emplean.
Siento el dolor, mas no veo la mano,
Ni me es dado el huir ni el escudarme.
Quiera tu soberano
Hijo, Madre de amor, por Ti librarme.
Virgen, lucero amado,
En mar tempestuoso clara guía,
A cuyo santo rayo calla el viento,
Mil olas a porfía
Hunden en el abismo aun desarmado
Leño de vela y remo, que sin tiento
El húmedo elemento
Corre; la noche carga, el aire truena,
Ya por el cielo va, ya el suelo toca,
Gime la rota antena;
Socorre antes que embista en dura roca.
Virgen no enficionada
De común mancilla y mal primero
Que al humano linaje contamina,

Bien sabes que en Ti espero
Desde mi tierna edad; y si malvada
Fuerza, que me venció, ha hecho indina
De tu guarda divina
Mi vida pecadora, tu clemencia
Tanto mostrará más su bien crecido,
Cuanto es más la dolencia,
Y yo merezco menos ser valido.
Virgen, el dolor fiero
Añuda ya la lengua, y no consiente
Que publique la voz cuanto desea;
Mas oye Tú al doliente
Ánimo, que contino a ti vocea.

II

No viéramos el rostro al Padre Eterno
Alegre, ni en el suelo al Hijo amado
Quitar la tiranía del infierno,
Ni el fiero capitán encadenado;
Viviéramos en llanto sempiterno,
Durara la ponzoña del bocado,
Serenísima Virgen, si no hallara
Tal Madre Dios en Vos donde encarnara.
Que aunque el amor del hombre ya había hecho
Mover al Padre Eterno, a que enviase
El único engendrado de su pecho
A que encarnado en Vos le reparase,
Con Vos se remedió nuestro derecho.
Hicistes nuestro bien se acrecentase,
Estuvo nuestra vida en quisistes,
Madre digna de Dios, y así vencistes.
No tuvo el Padre más, Virgen, que daros,
Pues quiso que de vos Cristo naciese,
Ni Vos tuvistes más que desearos,
Siendo el deseo tal, que en Vos cupiese;
Habiendo de ser Madre, contentaros
Pudiérades con serlo, de quien fuese
Menos que Dios, aunque para tal Madre,
Bien estuvo ser Dios el Hijo y Padre.
Con la humildad que al cielo enriquecistes,
Vuestro ser sobre el cielo levantastes;
Aquello que fue Dios, solo no fuistes,
Y cuanto no fue Dios, atrás dejastes;
Alma santa del Padre concebistes,
Y al Verbo en vuestro vientre le cifrastes,
Que lo que el cielo y tierra no abrazaron,
Vuestras santas entrañas encerraron.
Y aunque sois Madre, sois Virgen entera,
Hija de Adán, de culpa preservada,

Y en orden de nacer Vos sois primera,
Y antes que fuese el cielo sois criada;
Piadosa sois, pues la serpiente fiera
Por Vos vio su cabeza quebrantada;
A Dios de Dios bajáis del cielo al suelo,
Del hombre al hombre alzáis del suelo al cielo.
Estáis ahora, Virgen generosa,
Con la perpetua Trinidad sentada,
Do el Padre os llama Hija, el Hijo Esposa,
Y el Espíritu Santo dulce Amada;
De allí con larga mano y poderosa,
Nos repartís la gracia que os es dada;
Allí gozáis, y aquí para mi pluma,
Que en la creencia de Dios está la suma.

FRAY LUIS DE LEÓN.

DE LA ENCARNACIÓN ROMANCE

Ya que el tiempo era llegado
En que hacerse convenía
El rescate de la esposa
Que en duro yugo servía
Debajo de aquella ley
Que Moisés dado le había,
El Padre con amor tierno
De esta manera decía:
Ya ves, Hijo, que a tu esposa
A tu imagen hecho había,
Y en lo que a ti se parece
Contigo bien convenía.
Pero difiere en la carne,
Que en tu simple ser no había;
En los amores perfectos
Esta ley se requería,
Que se haga semejante
El amante a quien quería,
Que la mayor semejanza
Más deleite contenía.
El cual sin duda en tu esposa
Grandemente crecería
Si te viere semejante
En la carne que tenía.-
Mi voluntad es la tuya,
El Hijo le respondía,
Y la gloria que yo tengo,
Es tu voluntad ser mía.
Y a mí me conviene, Padre,
Lo que tu Alteza decía,
Porque por esta manera

Tu bondad más se vería.
Verás tu gran potencia,
Justicia y sabiduría,
Irélo a decir al mundo,
Y noticia le daría
De tu belleza y dulzura
Y de tu soberanía.
Iré a buscar a mi esposa,
Y sobre mí tomaría
Sus fatigas y trabajos,
En que tanto padecía.
Y porque ella vida tenga,
Yo por ella moriría,
Y sacándola del lago,
A ti te la volvería.
Entonces llamó a su ángel,
Que San Gabriel se decía,
Y enviólo a una doncella
Que se llamaba María.
De cuyo consentimiento
El misterio se hacía;
En la cual la Trinidad
De carne al Verbo vestía.
Y aunque tres hacen la obra,
En él uno se hacía,
Y quedó el Verbo encarnado
En el vientre de María.
Y el que tiene sólo Padre,
Ya también Madre tenía,
Aunque no como cualquiera,
Que de varón concebía;
Que de las entrañas de ella
Él su carne recibía,
Por lo cual Hijo de Dios
Y del hombre se decía.

SAN JUAN DE LA CRUZ.

A LA NATIVIDAD AUGUSTA DE MARÍA Madre, ruega por nosotros.

Tú que diste, Señor, ser a la nada,
A cuanto el orbe encierra;
Tú, que amoroso tiendes la mirada
Desde el cielo a la tierra;
Tú, el sólo grande y sabio,
Que haces del barro vil vaso de oro;
Abre, Señor, mi labio,
Pues hoy, cual nunca, tu favor imploro,
Para cantar en tan glorioso día,
De fe mi alma de entusiasmo llena,
El nacimiento augusto de María,

La venturosa Virgen nazarena,
Que es tu Madre inmortal y Madre mía.

¿La veis?... ¡Allá... en la cumbre,
En la región espléndida y serena!
¡En la ciudad de Dios! Del sol la lumbre
Es sólo niebla oscura
Ante la luz que de su faz fulgura;
Luz a la par suave,
Que ni turba ni hiere. La alborada
Tomó todo su encanto
De su dulce sonrisa y su mirada.
Su boca al contemplar, nido de amores,
Su tez divina, sus nítidos cabellos,
Cierran su cáliz con rubor las flores,
Y toda luz apaga sus destellos.
Cuanto anhelamos posa en su alba frente,
Verdad, bien y belleza,
Que es la misma virtud resplandeciente,
Es la misma pureza.
Las gradas de su trono los querubes
Suben, llevando nuestras pobres preces,
De incienso envueltas entre blancas nubes.
Dulces sonidos brotan a raudales
En mágico suavísimo concento,
De las ebúrneas arpas celestiales
Que el zafir brillanta,
Y el coro de las Vírgenes su gloria
Inmarcesible canta.

¡Feliz! ¡Hermosa! ¡Sin igual victoria!
No era la luz, ni el tiempo: ni los astros
Allá en el Firmamento
Giraban todavía...
Y ya, en el pensamiento
De Dios, era María.
En la mansión primera nuestros padres,
Tras su caída mísera, cual signo
De amor y redención la contemplaron:
Y los profetas, con unción divina,
A los futuros tiempos la anunciaron,
Y «Paz del mundo», «Estrella matutina»,
«Huerto cerrado», «Fuente cristalina»,
Y «Puerta del Cielo» la llamaron.
Y entre las turbias aguas al fin brota
El manantial sereno y transparente,
Entre las zarzas el lirio, y tras la oscura
Noche, la blanca luz en el Oriente,
Sonando allá en la altura:
«Nació la Virgen del Señor morada,

Sin sombra de pecado, ¡Inmaculada!
Los siglos a los siglos sucedieron,
Y razas y naciones
El angélico canto repitieron:
¡Inmaculada!... Y fueron
Vanos los gritos de ira
De la impiedad y de Luzbel la saña,
Porque eco fiel de tantos corazones,
Y nuncio de verdad que el mundo admira,
También allá en el alto Capitolio
El Vicario de Dios, que Dios inspira,
¡Inmaculada! la aclamó en su solio.

Que no bastaba fueses
La Hija adorada del Eterno Padre,
Del Espíritu Santo tierna Esposa,
Y de Jesús la Madre cariñosa;
No te bastaba ser Virgen y Madre,
Cual Isaías lo anunció en su vuelo;
Ni Reina del Empíreo, ni del hombre
Norte, salud y sin igual consuelo;
Ni trono del saber, Sol de justicia,
Y arca de nueva perdurable alianza;
Ni de bondad prodigio y de hermosura,
De viva fe y firmísima esperanza...
¡La más humilde y alta criatura!
No te bastaba, no; que era preciso
Al mundo, al cielo, a tu inmortal decoro,
Que inmaculada fueses;
Cual ampo de la nieve, limpia y pura,
Alta paloma, cándida azucena,
Cristal nunca empañado, alcázar de oro
Digno templo de Dios... ¡De gracia llena!

Feliz momento en que a la orilla
Del Ebro caudaloso,
Cual protectora estrella,
Radiante, apareciste
De Jesús al Apóstol venturoso;
Por eso proclamada
De España Madre fuiste
Y en magníficos templos adorada;
Por eso desde el Ebro al más humilde
Río, en los cristales
Se ve tu hermosa imagen retratada,
Y con potente voz y sosegada
Van cantando tus glorias inmortales;
Por eso en cada casa un altar tienes
Y en cada corazón; por eso jura
El docto defenderte

El día de solemne investidura;
Y al aclamarte Pura,
Te anuncian en mi patria, con sus sonos
Argentinos y alegres, las campanas,
Con su tronar soberbio, los cañones.

¿Do va esa multitud? En su semblante
La amarga huella del dolor contemplo,
Que el mundo imprime al peregrino errante,
¡Mas que borrar no sabe! Ved, va al templo,
Sobre un trono de nubes, que fulgura
Mil torrentes de luz, gentil y bella,
De caridad y de humilde dechado,
Se levanta la cándida doncella,
Madre del infeliz desamparado.

Entremos en el templo, que allí mora
La Virgen bella, cuyas glorias canto;
¡La Virgen pura celestial Señora!
¡Del hombre amparo, del averno espanto!
¡Vedla sobre su trono!
Con maternal encanto,
Contempla entre sus brazos al Dios niño,
Y Éste... ¡que la ama tanto!
Dulcemente le mira y con cariño,
Y su mano tendiendo
Parece que ¡anhelante
Esté a su tierna Madre bendiciendo!
Y sonrío la paz en el semblante
De la Virgen hermosa...
Y con bondad sus ojos... y sus labios,
Como entreabierta rosa,
Al alma candorosa
Dicen más que la ciencia de los sabios...
Y es su frente espaciosa
De los cielos imagen, ¡y destellos
Son sus rubios cabellos
De su luz inmortal! ¡Ah! ¿contemplarte
Quién puede sin amarte?
Yo te contemplo y amo, Madre mía,
Mas con inmenso amor, y es ensalzarte,
Para que te amen todos, mi alegría.
¡Ah! si alcanzar pudiese el dulce acento
Del ángel el poeta,
Cómo te cantarí ¡Judith fuerte!
¡Raquel bella! ¡Ana humilde! ¡Esther discreta!

¡Ah! mil veces feliz el que tu amparo
Busca y mora en tu amor, ¡Madre querida!
¡Iris de eterna paz, único faro,

De este mundo en la mar embravecida!
¡Tú cruzaste doliente, cual el hombre,
Por el desierto estéril de la vida!
Por eso invoco sin cesar tu nombre
Con entusiasmo santo;
Que el que sabe de lágrimas y penas
Es quien calma el dolor y seca el llanto,
¡No el que mira correr horas serenas!

¿Y quién al contemplarte,
Dechado augusto, celestial María,
Quién dejará de amarte?
¿Quién dejará en el mundo de invocarte
Con este dulce nombre: Madre mía?
¡Madre mía! es el grito que se escucha
Junto a la cuna, al maternal cariño;
El que repite el candoroso niño,
La púdica doncella, el noble anciano,
El pecador contrito en los altares,
Y el náufrago que lucha
De la existencia en los revueltos mares;
¡Madre mía! sin tregua suspiramos,
Cuando, en el llanto y el dolor sumidos,
Tristes y solos en el mundo estamos;
¡Madre mía! es el grito de consuelo
Que el corazón exhala, cuando heridos
De la calumnia o la injusticia, al cielo
Nuestra inocencia mira y nuestro duelo;
¡Madre mía! clamamos
Cuando, en horrible guerra,
Al infinito el alma nos levanta,
Y la materia vil ata a la tierra;
¡Madre mía! murmura el que escondido
Pesar lleva en su pecho,
Del mundo no sabido,
O gime sin cesar en triste lecho;
Y ¡Madre! en el cruel momento,
Ante la obscura eternidad del hombre,
Es el bendito nombre
Que al aire da con su postrer aliento.

¡Oh, Virgen inmortal! ¡Oh, Virgen pura!
Tú has sido siempre del cristiano escudo,
Y tembló la impiedad, mas hoy cual nunca
Alzase poderosa
Y por doquier amenazar parece
Catástrofe espantosa.
Que al viento del orgullo avanza y crece,
Y a la razón, «Dios» llama; el orbe todo
No basta a la ambición, y la impureza

Su trono tiene entre el infecto lodo.
Pero del mundo impío triunfaremos
Si Tú nos tiendes la benigna diestra;
Bajo tu dulce amparo nos ponemos;
Hablamos, te escuchamos, Madre nuestra.
Al ambicioso dile: «Soy Templanza;
¿Que te dan oro y cetros en tu mano,
Si eres sólo un puñado de ceniza
Que esparcirá mañana el viento vano?»
Al que ciega el orgullo: «Soy humilde,
Con sólo tu razón vives inquieto;
No pretendas, sin Dios, saberlo todo,
¡Que es el mundo sin Él, hondo secreto!»
Al que mora en el vicio: «Soy pureza:
Rompe esos tristes lazos;
No importa tu flaqueza;
Dios es fuerte y te espera entre sus brazos».
Y al que vive en la fe... ¡sostenle, Madre!;
Al que niega, su espíritu ilumina;
Al que duda, disípale las nubes
Por las que triste y sin timón camina;
Y a todo el que sin paz, con loco anhelo,
Tras la felicidad corre en la tierra,
Dile que sólo en la virtud se encierra,
Pero que el sumo Bien... sólo en el cielo.

Oh tierna Madre mía, ya que todo
En derredor vacila y que se escucha
El fragoroso estruendo del torrente,
Sé nuestro amparo en esta nueva lucha
De la fe y la impiedad... Mas no de sangre
Ha de ser esa guerra; no la espada
Ha de brillar en la homicida mano...
¡Que tu enseña es de paz! La Cruz alcemos
En vez del hierro insano;
De abnegación y sacrificio demos
Y de humildad ejemplo al hombre vano.
Ante la orgía, del placer morada,
Cubramos de ceniza nuestra frente
En el altar, mostrando nuestra nada;
Firme esperanza nuestro pecho aliente,
Y al desprecio y la injuria contestemos
Con el perdón de nuestro amor ardiente.
Así del mundo impío triunfaremos,
Que el triunfo es de la fe. La España toda
Siente en la lucha su inmortal destino
Y el sitio del peligro busca en ella.
¡Guíala, Madre mía, en su camino!

MIGUEL AMAT MAESTRE.

NATIVIDAD DE LA VIRGEN

-¿Cómo nunca ha hecho lance,
Virgen, la serpiente en Vos?
-Como tengo alas de Dios,
No hay demonio que me alcance.
-Con vuelo tan peregrino,
Garza seréis, digo yo.
-Sólo el sacre me alcanzó
Del sacro verbo divino.
-¿Luego Satán erró el lance,
No haciendo presa en Vos?
-Como tengo alas de Dios,
No hay demonio que me alcance.
-Mirad que de rabia vierte
Rabiosos fuegos y espumas.
-Un cuchillo de mis plumas
Basta para darle muerte.
-Volad, que no hará lance
El infierno contra Vos.
-Como tengo alas de Dios,
No hay demonio que me alcance.
-¿Cómo es ignorante y flaca
Con Vos su ciencia bisoña?
-Porque contra su ponzoña
He de ser yo la triaca.
-¿Cómo en todos hizo lance,
Virgen, sin hacerlo en Vos?
-Como tengo alas de Dios
No hay demonio que me alcance.
-La serpiente del infierno
¿Ya tiembla de Vos, María?
-Es que ha quedado muy fría,
Aunque vive en fuego eterno.
-Pues ¿cómo murió en su lance
Quedando triunfante Vos?
-Como tengo alas de Dios,
No hay demonio que me alcance.

Lleno de rabia y tristeza
Va al infierno Lucifer,
Porque diz que una mujer
Le ha quebrado la cabeza.
La Virgen se la quebró,
Pariendo hoy al verdadero
Y legítimo heredero
Del reino que él usurpó.
Ya espiró su fortaleza
Y su tirano poder,
Porque diz que una mujer
Le ha quebrado la cabeza.
Tristísimos aullidos

A. DE BONILLA.

Va dando a su infernal cueva;
Pero ¿qué queréis, si lleva
Los cascos todos rompidos?
Su soberbia y altiveza
Mirad cuál vino a caer,
Pues que diz que una mujer
Le ha quebrado la cabeza.
Ved en qué vino a parar
El orgullo y bizarría
Del bravonel que algún día
Con Dios se quiso igualar;
Pues a la infernal bajeza
Por siempre vino a caer,
Habiéndole una mujer
Quebrantado la cabeza.

D. DE VEGAS.

Ya la obscura y negra noche,
Llena de tristeza y miedo,
Huye por las altas cumbres
Y por los riscos soberbios;
Yo, con ser recién nacida,
Deste mundo la destierro,
Porque ya en mí reverberan
Los rayos del sol inmenso;
Y aunque me miráis tan niña,
Soy más antigua que el tiempo,
Mucho más que las edades
Y que los cuatro elementos.
Del principio fui criada,
Que es el sumo Dios eterno,
Y el primero lugar tuve
Después del sagrado Verbo.
Infinitos siglos antes
Que criara el firmamento,
Ya él a mí me había criado
En mitad de aquel silencio.
Su primogénita dice
Que soy el Santo y perfecto;
De su propia boca oí
Este divino requiebro.
Adornóme de virtudes,
Ricos tesoros del cielo
Y en mí se estarán estables
Deste siglo al venidero.
Entonces vendré triunfante,
Pues al que es sol verdadero
Le di mis pechos y entrañas,
Y encendió de amor mi pecho.

Servíle con grande amor,
Dile el corazón sincero
En la santa habitación
Del limpio y santo cordero.
Cubiertos tuve sus rayos,
Y aunque los tuve cubiertos,
Él mostró su inmensidad,
Yo mi limpieza y buen celo;
Premió tan bien mis servicios,
Que en el santo monte excelso,
Con él quiere que descanse
En el alcázar supremo.
Pisé sus piedras preciosas,
Y hollé sus dorados suelos,
Y a mí sola dieron silla,
Como Reina de aquel reino.
Recíbeme con aplauso
Cantándome himnos y versos,
Diciendo que por antigua
Merezco el lugar primero;
Por antigua en la creación
Y en ser de virtud ejemplo,
Por la primera en vencer
Al demonio torpe y feo,
Y porque fui la primera
Que me vestí el ornamento
De la limpia castidad,
E infinitos me siguieron.
Por mi humildad sacrosanta,
Que a los más humildes venzo,
Y por aquesta humildad,
Fui de Dios custodia y templo;
Porque fui claustro cerrado,
Donde Dios tuvo aposento
Para que el género humano
Saliese del cautiverio.
Haced fiesta, mis cofrades,
Que el nombre de Antigua quiero;
Estimadle y celebradle,
Que yo os daré el justo premio.
Y al templo antiguo y famoso
Que alcanza tal epiteto,
Enriquecedle vosotros,
Que vaya siempre en aumento.
Perseverad hasta el fin
En ser mis devotos rectos;
Que yo prometo de daros,
Por uno que me deis, ciento.

F. DE QUEVEDO.

Canten hoy, pues nacéis Vos,
Los ángeles, gran Señora,
Y ensáyense desde ahora
Para cuando nazca Dios.
Canten hoy, pues a ver vienen
Nacida su Reina bella,
Que el fruto que esperan de ella
Es por quien la gracia tienen.
Digan, Señora, de Vos
Que habéis de ser su Señora,
Y ensáyense desde ahora
Para cuando nazca Dios.
Pues de aquí a catorce años,
Que en hora buena cumpláis,
Verán el bien que nos dáis,
Remedio de tantos daños.
Canten y digan por Vos
Que desde hoy tienen Señora,
Y ensáyense desde ahora
Para cuando nazca Dios.

L. DE VEGA.

Nace el alba María,
Y el sol tras ella,
Desterrando la noche
De nuestras penas.
Nace el alba clara,
La noche pisa,
Del cielo la risa
Su paz declara;
El tiempo se para
Por sólo vella,
Desterrando la noche
De nuestras penas.
Para ser Señora
Del cielo, levanta
Esta Niña santa
Su luz como aurora;
El canta, ella llora
Divinas perlas,
Desterrando la noche
De nuestras penas.
Aquella luz pura
Del sol procede,
Porque cuanto puede
Le da hermosura;
El alba asegura

Que viene cerca,
Desterrando la noche
De nuestras penas.

L. DE VEGA.

Hoy ha dado el cielo al suelo
Una dama, y es tan bella,
Que la más luciente estrella
Parece de obscuro velo
Si es comparada con Ella.
Nace con tal hermosura,
Viene tan alta y gloriosa,
Que no hay planta o fina rosa,
Que ante ella no quede obscura;
Aunque pura y muy hermosa,
Da hoy José escogido el vuelo
Con la altísima doncella,
Y la más hermosa estrella
Parece de obscuro velo
Si es comparada con Ella.
Es aurora tan serena,
Del oriente más subido,
Que su esmalte esclarecido
Cubrió al oro de que es vena,
Por su valor escogido;
Viene en contento del cielo
Y hala hecho Dios tan bella,
Que la más graciosa estrella
Parece de obscuro velo
Si es comparada con Ella.
Crióla Dios para Madre
Del Verbo eterno encarnado;
A Ella sola ha preservado
Del linaje humano el Padre
De aquel primero pecado.
Declárala suelo y cielo
De las vírgenes más bella,
Y la más divina estrella
Parece de obscuro velo
Si es comparada con Ella.
Canción de un dulce vuelo,
Envuelta en un suspiro enternecido,
Traspasa el alto cielo,
Y dile a mi querido
Cuál queda el corazón por él herido.

D. CORTÉS.

No me admira, Ana, de vos

Que el parir tan tarde os cuadre,
Sino ver que os hagan madre
De la que es Madre de Dios.
De que parís, Ana, al cabo
No me admiro, aunque debría,
Mas de parir a María,
Ya que me admiro, os alabo.
¡Qué gran valor halló en vos
En tal tiempo el sumo Padre
Pues quiso fuédes madre
De la que es Madre de Dios!
Que tengáis tal Hija el suelo
Se admira con regocijo,
Y que Ella tenga tal Hijo
Admira a la tierra y cielo.
A ella cuadrastes vos,
Para que a Dios Ella cuadre,
Y para que os llame Madre
Y la llame Madre Dios.

L. DE ÚBEDA.

Decidnos, Santa Ana, vos:
¿Quién parió al Hijo sin padre?
¿Quién es madre de la Madre
Del Padre de ambos a dos?
Decidnos; ¿quién es Aquélla,
Antes Santa que nascida,
Por dulce madre escogida
De quien fue primero que Ella?
En el parto de los dos
La hija parió a su Padre,
Vos sois madre de la Madre
Del Padre de ambos a dos.
Vos parís la Madre vuestra,
Pues es quien de vos nació,
En parir a quien parió,
Madre de la vida nuestra.
La Hija que parís vos
Parirá el Hijo sin padre;
Vos sois madre de la Madre
Del Padre de ambos a dos.
Hijo del Padre eternal,
Y Padre de los del suelo,
Hijo sin madre en el cielo,
Sin padre en lo temporal.
Entrambas partes Dios,
Un solo Dios con el Padre,
En la tierra abuela y madre
Madre y hijas sois las dos.

G. SILVESTRE.

LA ANUNCIACIÓN

Cubridme todos con flores,
Y de manzanas también,
Porque me muero de amores,
Hijas de Jerusalem.
Por los ciervos corredores,
Por las cabras os conjuro
No despertéis a mi esposa;
Goce este sueño seguro,
Cantadle mientras reposa;
Que regalarla procuro.
Estaba María santa
Contemplando las grandezas
De la que de Dios sería
Madre santa y virgen bella,
El libro en la mano hermosa,
Que escribieron los profetas,
Cuanto dicen de la Virgen
¡Oh qué bien que lo contempla!
Madre de Dios y virgen entera,
Madre de Dios, divina doncella.
Bajó del cielo un arcángel,
Y haciéndole reverencia,
Dios te salve, le decía,
María, de gracia llena.
Admirada está la Virgen
Cuando al sí de su respuesta
Tomó el Verbo carne humana,
Y salió el sol de la estrella.
Madre de Dios y virgen entera,
Madre de Dios, divina doncella.

L. DE VEGA.

Que te salve Dios te digo,
María, por ser quien eres,
Llena de gracia y abrigo;
El Señor Dios es contigo;
Bendita entre las mujeres,
Bendito el fruto y primor
De tu vientre sin dolor,
Jesucristo, nuestro Dios;
Tú, Madre, ruega por nos
Y por todos pecador.

J. DE LA ENCINA.

Gabriel al suelo la rodilla inclina;
Sálvete Dios, la dice, Virgen bella;
Sálvete Dios, aurora matutina;
Sálvete Dios, resplandeciente estrella;
Sálvete Dios, Jerusalem divina;
Sálvete Dios, fructífera doncella;
Sálvete Dios, ciudad fortalecida;
Sálvete Dios, morada de la vida;
Sálvete Dios, favor de aprisionados;
Sálvete Dios, consuelo de afligidos;
Sálvete Dios, ciudad de desterrados;
Sálvete Dios, ganancia de perdidos;
Sálvete Dios, amparo de olvidados;
Sálvete Dios, salud de perseguidos;
Sálvete Dios, de tristes alegría;
Sálvete Dios, Purísima María.

A. ESCOBAR.

LA ENCARNACIÓN DEL VERBO

¡Oh cuán bien Virgen trocastes
En este ser que nos distes,
Que de humilde alta quedastes,
Y al alto humilde paristes!
Bendita humildad la vuestra,
Que al alto Dios agradó,
Que por ella se humilló
A pagar la culpa nuestra.
Grandes grandezas obrastes
Con la humildad que tuvistes,
Pues de humilde alta quedastes,
Y al alto humilde paristes.
Mostrástenos cuánto Dios
De la humildad se enamora,
Pues tan humilde, Señora,
Se vino a nacer de vos;
La soberbia derribastes,
La humildad engrandecistes,
Y de humilde alta quedastes,
Y al alto humilde paristes.
El que es más alto en el cielo
A vuestra humildad se humilla,
Y os da la más alta silla,
Por más humilde del suelo;
Con el mismo Dios trocastes
Con la humildad que tuvistes,
Y de humilde alta quedastes,
Y alto humilde paristes.

G. SILVESTRE.

Cantando el Verbo divino
Un alto tan soberano,
Como de Dios voz y mano,
A ser con trabajo vino,
Bajando hasta el punto humano;
Que aunque es de sus pies el suelo
El serafín de más vuelo
Y el más levantado trono,
Bajó para la tierra el tono
Hoy la música del cielo,
Una virgen no tocada
Toca con destreza tanta
El arpa de David santa,
Como la tiene abrazada,
Que adonde el infierno espanta,
Dos puntos solos tocó,
El bajo y el alto juntó,
Que, como en una pregunta
Con un sí Dios y hombre junta,
En dos puntos se cifró.
De un fiat comienza el Fa,
De su obediencia y su fe,
Vio Dios el Mi, siendo el Re,
Rey, y reparó que en La
Virgen estrella Sol fue.
Pero después que nació,
Cifrado en dos puntos vio
La tierra por su consuelo,
El armonía del cielo,
Sol y La que le parió.

L. DE VEGA.

LA VISITACIÓN

¿Dónde por tierras extrañas,
Virgen con tanto fervor?
-Donde me lleva el Señor
Que yo llevo en mis entrañas.
-¿Cómo es posible llevar,
Virgen, al que os lleva a vos?
-Como el que me lleva es Dios,
Que ha querido en mí encarnar.
-Pues ¿cómo por las montañas
Lleváis a tan gran Señor?
-Mas lo lleva el grande amor
Que lo trajo a mis entrañas.
-Parece en Vos cosa nueva,
Virgen, ir apresurada.

-Hácelo el ir abrasada
Del amor del que me lleva.
-Pues ¿luego a tierras extrañas
Os lleva sólo el amor?
-No, que todo es del Señor
Que yo llevo en mis entrañas.
-Ya sé que os lleva el doncel;
Mas ¿dónde vais a aportar?
-Voy con él a visitar
A mi parienta Isabel.
-¡Oh, qué cosas tan extrañas,
Que al siervo sirva el Señor!
-Esto y más hace el amor
Del que llevo en mis entrañas.

VIAJE A BELÉN

Caminad, Esposa,
Virgen singular;
Que los gallos cantan,
Cerca está el lugar.
Caminad, Señora,
Bien de todo bien,
Que antes de una hora
Somos en Belén;
Allá muy bien
Podréis reposar.
Que los gallos cantan,
Cerca está el lugar.
Yo Señora siento
Que vais fatigada,
Y paso tormento
Por veros cansada;
Presto habrá posada
Do podréis holgar.
Que los gallos cantan,
Cerca está el lugar.
Señora, en Belén
Ya presto seremos;
Que allí habrá bien
Do nos alberguemos;
Parientes tenemos
Con quien descansar.
Que los gallos cantan,
Cerca está el lugar.
¡Ay, Señora mía,
Si parida os viese!
De albricias daría
Cuanto yo tuviese;
Este asno que fuese,

Holgaría dar.
Que los gallos cantan,
Cerca está el lugar.

F. DE OCAÑA.

MARÍA EN BELÉN
EL PARTO DE LA VIRGEN

De una Virgen hermosa
Celos tiene el Sol,
Porque vio en sus brazos
Otro Sol mayor.
Cuando del Oriente
Salió el Sol dorado,
Y otro Sol helado
Miró tan ardiente,
Quitó de la frente
La corona bella,
Y a los pies de la Estrella
Su lumbre adoró,
Porque vio en sus brazos
Otro Sol mayor.
«Hermosa María,
Dice el Sol, vencido,
De vos, ha nacido
El Sol que podía
Dar al mundo el día
Que ha deseado».
Esto dijo, humillado,
A María el Sol,
Porque vio en sus brazos
Otro Sol mayor.

L. DE VEGA.

Pues andáis en las palmas,
Ángeles santos,
Que se duerme mi Niño
Tened los ramos.
Palmas de Belén
Que mueven, airados,
Los furiosos vientos
Que suenan tanto,
No le hagáis ruido,
Corred más paso;
Que se duerme mi Niño,
Tened los ramos.
El Niño divino,
Que está cansado
De llorar en la tierra

Por su descanso,
Sosegar quiere un poco
Del tierno llanto;
Que se duerme mi Niño
Tened los ramos
Rigurosos hielos
Le están cercando;
Ya veis que no tengo
Con qué guardarlo;
Ángeles divinos
Que vais volando,
Que se duerme mi Niño,
Tened los ramos.

L. DE VEGA.

Nacer el Sol de una estrella
Solo se vio en este día,
Que nace Dios de María,
Quedando madre y doncella.
En la Virgen con tal arte
Usó Dios de su primor,
Que lo más en lo menor,
Y el todo encerró en la parte;
Y grandeza como aquella
Hoy muestra lo que encubría,
Y nace Dios de María,
Quedando madre y doncella.
Que el Sol de justicia salga
Donde le podamos ver,
Y que sola una mujer
A tan gran efecto valga;
Extrañeza como ella
Hoy sólo ver se podía,
Que nace Dios de María,
Quedando madre y doncella.
Sólo de esta Virgen pura
Esto se puede esperar,
Que por humilde alcanzar
Mereció tan gran ventura.
Llegad con su hijo a vella,
Y allí veréis, alma mía,
Que nace Dios de María,
Quedando madre y doncella.

P. DE PRADILLA.

Virgen, ¿tal paristes Vos
Entre una mula y un buey?
¡Qué lindo hombre para Rey!

¡Qué lindo Rey para Dios!
En este mundo incapaz,
Por la original comida,
Sin Dios no puede haber vida,
Ni sin Rey puede haber paz;
Mas hoy, Virgen, distes vos
Deidad, carne, vida y ley;
¡Qué lindo hombre para Rey!
¡Qué lindo Rey para Dios!
Aunque en cielo y tierra basta
Dios con su culto poder,
Quiere el hombre conocer
Un Dios y Rey de su casta;
Y en un sujeto dais Vos
Hombre y Dios a toda ley;
¡Qué lindo hombre para Rey!
¡Qué lindo hombre para Dios!

A. BONILLA.

Llora Dios y ríe su Madre,
Y dice con regocijo:
Mientras más te miro, Hijo,
Más pareces a tu Padre.
Lloraba el niño y gemía,
Dentro de un pesebre puesto,
Por disimular con esto
Lo que el padre parecía;
Mas, como es sabia la Madre,
Conoció la treta y dijo:
Mientras más te miro, Hijo,
Más pareces a tu Padre.
Aunque el Niño disimula
Su gloria y divinidad,
Cubierto de humanidad
Entre un buey y entre una mula,
No por aquesto la Madre
Le desconoció, pues dijo:
Mientras más te miro, Hijo,
Más pareces a tu Padre.
«Hijo, bien disimulado
(Le dice) estás, mas empero
Por entre el sayal grosero
Se te ve el fino brocado».
De esto pues ríe la Madre,
Y dice con regocijo:
Mientras más te miro, Hijo,
Más pareces a tu Padre.

D. DE VARGAS.

Caído se le ha un clavel
Hoy a la Aurora del seno;
¡Qué glorioso que está el heno
Porque ha caído sobre él!
Cuando el silencio tenía
Todas las cosas del suelo
Y coronada de hielo,
Reinaba la noche fría,
En medio la monarquía
De tiniebla tan cruel,
Caído se le ha un clavel.
De un solo clavel ceñida
La Virgen aurora bella,
Al mundo le dio y ella
Quedó cual antes florida.
A la púrpura caída
Siempre fue el heno fiel;
Caído se le ha un clavel.
El heno, pues que fue dino,
A pesar de tantas nieves,
De ver en sus brazos leves
Este rosicler divino,
Para su lecho fue lino,
Oro para su dosel;
Caído se le ha un clavel.

L. DE GÓNGORA.

Virgen, ¿si querrá conmigo
Ese Niño? Dadle acá.
-Toma, llévatelo ya;
Que llora por ir contigo.
-Llevármelo tengo a fe,
Pues que por mí está llorando.
-De continuo está aleando
Por irse con cuantos ve.
-Luego, si quiere conmigo,
¿También con otros querrá?
-Sin más llévatelo ya;
Que llora por ir contigo.
-Perderse os ha cuando ande,
Si a tantos gustos atiende.
-No se perderá; que entiende
Como una persona grande.
-Pues dejad venga conmigo

Y en mis brazos callará.
-Toma, llévatelo ya;
Que llora por ir contigo.

A. BONILLA.

Hermosa doncella,
Delicia de Dios,
¿A dónde caminas
Con paso veloz?
¿A qué vas al templo
Del Rey Salomón,
Y tórtolas llevas
De pardo color?
Decid a esta Virgen
Con santo fervor,
Al aire soltando
La plácida voz:
Bendito el instante
Que Dios te crió:
Bendita la hora
Que el mundo te vio.
¿Por qué va cubriendo
Tu frente el rubor,
Si más pura eres
Y hermosa que el sol?
A ti de la mancha
De Adán pecador,
A ti sólo quiso
Librar el Señor.
Placer inefable
Al punto que vio
Tu rostro gracioso
El cielo gozó.
La saña divina
Y antiguo rigor
En paz y clemencia
Por ti se trocó.
Y el dueño del orbe
Prendado de amor,
Albergue en tu seno
Dulcísimo halló,
Y al mundo le distes
Sin ay, ni dolor,
Cual brota de Mayo
La cándida flor,
Y llevas al pecho
¡Divino favor!
Colgada la prenda
Que vida nos dio.

Pues no, te obliga
La ley de rigor,
Que tú eres la Madre
Del sumo Hacedor.
Mas ya lo comprendo,
Que vas al Señor
A dar de virtudes
Riquísimo Don.
Bendita obediencia
Y humilde oración,
Y en uno enlazados
Pureza y amor.
Permite, Señora,
Que yo vaya en pos,
Siguiendo tus pasos
Al templo de Dios.
Vosotras las hijas
Que sois de Sión,
Salid al camino,
Corred con ardor.

CALENDARIO MARIANO. -1862.

HUIDA A EGIPTO

¿Dónde vais, Zagala,
Sola en el monte?
Mas quien lleva el Sol
No teme la noche.
¿Dónde vais, María,
Divina esposa,
Madre gloriosa
De quién os cría?
¿Qué haréis si el día
Se va al ocaso,
Y en el monte acaso
La noche os coge?
Mas quien lleva el Sol
No teme la noche.
El ver las estrellas
Me causa enojos,
Pero vuestros ojos
Más lucen que ellas;
Ya sale con ellas
La noche oscura,
A vuestra hermosura
La luz se esconde;
Mas quien lleva el Sol
No teme la noche.

L. DE VEGA.

Caminad a Egipto
Con el Niño, Madre,
Que ha mandado Herodes
Buscarle y matarle;
Pero, ya que es hombre,
Dad lugar que pase,
Para nuestra vida
De su muerte el cáliz,
Pues que ya nos deja
Su cuerpo y su sangre
En el pan y en vino
Que a todos reparte;
Ya en la cruz le enclavan,
Y a su eterno Padre
Su espíritu envía,
Y el cielo nos abre.

Que de noche le mataron
Al caballero,
A la gala de María,
La flor del cielo.
Como el sol que arde
Tanto se cubría,
Noche parecía,
Aunque era la tarde.
La muerte cobarde
Mató, aunque muerto,
Al caballero,
A la gala de María,
La flor del cielo.

L. DE VEGA.

Soy, niña morena,
Y más hermosa
Que lilio ni rosa,
Ni flor de azucena.
Del campo soy flor,
Que a Dios enamora,
Y vence a la aurora
Mi sumo claror.
De gracia soy llena,
Y soy más hermosa
Que lilio ni rosa,
Ni flor de azucena.
De viva agua pura,
El pozo soy yo,

Y de Jericó
Planta de frescura.
Soy alba serena,
Y soy más graciosa
Que lilio, ni rosa,
Ni flor de azucena.
Soy planta florida,
Cual luna soy bella,
Del mar soy estrella,
Cual sol escogida.
Soy dulce, serena,
Y soy más hermosa
Que lilio ni rosa,
Ni flor de azucena.
Soy puerta del cielo,
Ciudad del muy alto,
Y soy quien esmalto
Al oro en el suelo.
Soy algo morena,
Mas soy más hermosa,
Que lilio ni rosa,
Ni flor de azucena.
Soy Madre escogida
Del Verbo excelente,
Y al mundo soy fuente
Do mana la vida.
De bienes soy llena,
Y soy más hermosa,
Que lilio ni rosa,
Ni flor de azucena.
Yo tengo entre bellas,
Por única y sola,
La gran aureola
De claras estrellas.
Del oro soy vena,
Y soy más hermosa
Que lilio ni rosa,
Ni flor de azucena.

D. CORTÉS.

LA VIRGEN BUSCANDO AL NIÑO PERDIDO

La Princesa, a quien la tierra
Reverencia en mil altares,
Va buscando sola y triste,
Por una y por otra parte,
Al Niño perdido, Dios,
Que se le perdió al bajarse
De aquellas fiestas del templo
Tan públicas como graves.

Y como Madre piadosa,
Vuelve de nuevo a buscarle,
Preguntando a quien encuentra
Si de su querido saben.
«¿Quién ha visto un niño, dice,
Perdido desde ayer tarde,
Con unos cabellos de oro,
Al mismo sol semejantes,
Frente blanca y espaciosa,
Ojos rasgados y graves,
Rostro modesto y alegre,
Condición blanda y suave?
Tiene amorosas palabras,
Y divinas obras hace;
Regala en la casa que entra,
Mas ¡ay de ella! cuando sale.
Come enteros corazones,
Que como es el Niño grande,
Si no se lo dan entero,
No es posible que se harte.
Donde le quieren se llega,
Y do le desechan vase,
Que no quiere ser señor
De forzadas voluntades».
Unos y otros la responden
Que Niño de señas tales
No le han visto, y que holgarían
Que Dios se le deparase.
Desconsolada la Virgen,
Al templo de nuevo parte,
Para ver si por ventura
Al perdido Niño hallase.
Entró dentro, y viole estar
En medio de los más graves,
Preguntando y respondiendo
A las dudas más notables.
«¿Cómo lo habéis hecho así,
Ojos míos, en dejarme?»
Y él la responde, que ha estado
En negocios de su Padre.

A. DE LEDESMA.

LA SACRA FAMILIA

Zagal, ¿dónde está mi bien?
-En María, Jesús y José.
-¿A dónde está mi alegría?
-En Jesús, José y María.
-¿A dónde toda la luz?
-En María, José y Jesús.

-¿Qué nuevo prodigio es?
-Igual no se ha visto alguno:
Tres soles parecen uno,
Un sol, y parece tres.
Es tan grande el resplandor
De Jesús, José y María,
Que no vio más claro día
En sus finezas amor.
Este soberano ardor
Abrasa todo desdén.
Zagal, ¿dónde está mi bien? etc.
Crece tanto la intención
Cuando el amor la acrisola,
Que de tres una luz sola
Parece por reflexión.
No hay helado corazón
De los que sus rayos ven.
Zagal, ¿dónde está mi bien?
-En María, Jesús y José.
-¿A dónde está mi alegría?
-En Jesús, José y María.
-¿A dónde toda la luz?
-En María, José y Jesús.
-¿Qué nuevo prodigio es?
-Igual no se ha visto alguno:
Tres soles parecen uno,
Un sol, y parece tres.

G. TEJADA.

MARÍA DURANTE LA PASIÓN DE SU HIJO

Por el rastro de la sangre
Que Jesucristo dejaba
Va caminando su Madre:
Quiebra el corazón miralla.
Las palabras que decía
Son de mujer lastimada,
«¡Ay Hijo redemptor dulce!
¿Dónde está tu linda cara?
¿Dónde está tu perfección?
¿Y tu virtud extremada?»
Y cuando mira la sangre
Por el suelo derramada,
Acrecienta los suspiros
Con dolor y ansia extraña.
Dicen que va con prisiones
Y con sogas a la garganta,
Y como ciervo herido
Que con sed va a buscar agua.
Va la Virgen presurosa

Allá al calvario do estaba;
Mas no pudo caminar
Que el llorar la desmayaba.
¡Oh, quién pudiera, Señora,
Poner su vida y su alma
Para darte algún consuelo,
Aunque de sí la quitara!
Y cuando hubo llegado
Oyó las voces que daban
Los pregoneros delante.
Decían y publicaban
Haber sido malhechor,
Y por tal lo sentenciaban
A que muera en una cruz
Y que la tenga por cama.
Con sus ojos hechos fuentes
Sollozando lamentaba,
Diciéndole: «¡Ay, Hijo mío,
Bien del bien de quien te amaba! »
Y tirándola del manto
La gente desatinada,
Está mirando a su Hijo,
Que el alma se le arrancaba,
Que casi no le conoce
La cara desfigurada.
Dícele desta manera
Con la voz llorosa y mansa:
«¡Oh cordero sin mancilla!
¡Oh luz que das vida al alma!
¡Oh sumo Señor inmenso,
Oh cordero que quitabas
Los pecados con tu muerte
Del mundo que tanto amabas!»
Y estando en la cruz clavado,
Vio a su madre fatigada,
Y no la pudo hablar
Sino una sola palabra.
Mal herido Jesucristo,
Se sale de la batalla;
Déjala toda rompida,
Rompida y desbaratada.
Porque le llevó el amor
A morir a una montaña.
La sangre que de él corría
Todo aquel cuerpo bañaba.
Vido a Joan, su amado primo,
Cómo su muerte lloraba,
También a su Madre vido
Que quería dar el alma;
Con las palabras que dice

Los corazones traspasa.
Dícele: «Joan, mi querido,
Ya es el fin de la batalla;
Preso queda el enemigo;
La muerte muerta quedaba,
Yo saqué cinco heridas,
Todas el cuerpo me pasan,
Lo que os ruego, primo mío,
Lo postrero que os rogaba,
Que después que yo sea muerto
Y mi ánima apartada,
Tengáis por madre a mi Madre,
Y de vos sea acompañada;
Consoladla de mi parte,
Servidla y reverenciadla».

L. DE ÚBEDA.

María está llorosa
Junto a la cruz gimiendo
De donde está pendiendo
Del mundo el Redentor.
Y el alma sumergida
En aflicción sin tasa,
Espada la traspasa
De bárbaro dolor.
De su único engendrado
Al ver la muerte impía,
¡Oh, cuánto no sería
El duelo maternal!
¡Cuánto, al mirar yacente
Al Hijo de tal Padre,
De la divina Madre
La pena sin igual!
¿En dónde se halla el hombre
Que en tal difícil hora
La contempla y no llora
Midiendo su aflicción?
Quien ver al Hijo puede
Y a la Madre en tal pena,
Si el llanto aún encadena
No tiene corazón.
Por redimir las culpas
De un mundo depravado,
Vio a Cristo flagelado,
Hecho de sangre un mar;
Y allá en el monte infame
Vio en el paso estrecho
Doblar la frente al pecho
Y el ánima exhalar.

¡Oh dulce Madre, oh pura
Fuente de amor divino,
Vierte en mi pecho esquivo
Parte de tu dolor!
Haz que abrasada el alma,
Arda en tu fuego blando,
Y a Cristo solo amando
Goce en tan puro ardor
Las llagas, Santa Madre,
De Aquel, por mi pecado
En una cruz clavado,
Hazme pasar de Ti.
De tu piadoso llanto
Haz que contigo llore,
Mientras la vida more
Y el sentimiento en mí.
junto a la cruz contigo
Estar ¡oh Madre! quiero,
Y ser el compañero
De tu dolor mortal.
¡Oh de vírgenes Virgen!
No me niegues el llanto;
Seme propicia, cuanto
Ha menester mi mal.
De Cristo moribundo
En las carnes divinas,
Los clavos, sangre, espinas,
Que siempre viendo esté,
Y pruebe los dolores
Que el Salvador sentía
La débil carne mía
Que abraza ardiente fe.
Tú, Madre de mi vida,
En el postrer instante,
Sostén el alma errante
Por honda eternidad;
Y cuando a Dios nos llame
Del juicio el triste día,
Defiéndanme, María,
Mi llanto y tu piedad.

C. DE CHESTE.

A los brazos de María,
Y a su divino regazo,
Vienen a quitarle a Cristo
Los que a la cruz le quitaron.
Porque entrambos fue cierto
Que estuvo crucificado,
En María con dolores,

Y en la cruz con fuertes clavos.
Sus camas fueron las dos,
Al oriente y al ocaso,
La una para la muerte,
Y la otra para el parto.
Hincáronse de rodillas
Los venerables ancianos,
A la Madre muerta en Cristo,
Y a Cristo muerto en sus brazos.
«Dadnos, le dicen, Señora,
Dadnos el difunto santo,
Que en la tierra ni en el cielo
Hay ojos para mirarlo.
Dádnosle, pues nos le disteis,
Que queremos enterrarlo,
Para que diga la tierra
Que tuvo al cielo enterrado.
Y porque sepan los hombres
Que estuvo el cielo tan bajo,
Que ya pueden si ellos quieren
Alcanzarle con las manos.
Tomad, responde María,
Madre suya y mar de llanto,
El cuerpo que entre los hombres
Pasó mayores trabajos.
Escondedle en el sepulcro
Porque le persiguen tantos,
Que aún allí no está seguro
De que vuelvan a buscarlo.
Nueve meses solamente
Que estuvo en mi virgen claustro,
De la envidia de los hombres
Le pude tener guardado.
Que el Bautista que le vio
Lo dijo con sobresaltos,
Y en voz expresa después
Pasados treinta y dos años.
Tomad y enterrarle, amigos:
Las piedras sabrán guardarlo
Mejor que el pecho del hombre
Que le vendió como ingrato».
Mientras para su mortaja
La Virgen está rasgando
Las telas del corazón,
Velo de su templo casto,
Cielo y tierra previnieron
El triste entierro enlutado;
La tierra los edificios,
Y el cielo los aires claros,
Todas las hachas del cielo

Iban delante alumbrando,
Pero el luto de la tierra
No dejaba ver sus rayos.
Sol y luna sangre visten,
Porque el cielo en tanto agravio
Mostró sangre en sus dos ojos.
Para señal de vengarlo,
Levantáronse los muertos
De sus sepulcros helados,
Que como entierran la vida,
Lo que quisieron tomaron.
Las cajas fueron las piedras
Unas con otras sonando,
Que era Cristo capitán,
Y con cajas lo enterraron.
Hízose el velo del templo
No sin causa dos pedazos,
Para que hubiese bandera
Que llevasen arrastrando.
No vinieron sacerdotes
Aunque estaban consagrados,
Que siendo Dios el difunto,
No eran menester sufragios,
Él se llevaba la ofrenda,
Pan y vino soberano,
La misa y el sacrificio
Que él consumió espirando.
Iba su Madre detrás,
Y un mozo, su primo hermano,
Que se le dejó por hijo
En su testamento santo
Llegaron con el difunto,
Y la ballena del mármol,
Recibió para tres días
Aquel Jonás sacrosanto.
¡Alma! la Virgen se vuelve,
A acompañarla volvamos,
Pues con ella volveremos
A verle resucitado.

L. DE VEGA.

con sola la cruz,
Los tiernos ojos en ella,
Y en sus virginales manos
Clavos y espinas sangrientas;
Vueltos dos fuentes sus ojos
Que derraman vivas perlas,
Llorando muerta su vida,
Dice así una viva muerta:

«¡Ay cruz que en mi soledad,
Como amiga verdadera,
Sola a la sola acompañas;
Sola a la sola consuelas!
Dame tus abrazos, cruz,
Abraza esta Madre tierna
Que a falta de los de Dios
Solo los tuyos suplieran.
Quiero abrazarte, cruz mía;
Pero, ¿qué sangre es aquesta?
Que pues que sin fuego hiere,
Sin duda es mi sangre mesma.
¡Ay sangre de mis entrañas,
Vertida por tantas puertas,
Pues de mis venas salistes,
Volved a entrar en mis venas!
¡Ay sangre que vertió Dios!
¡Ay sangre que Dios desea,
¡Pues con esta sangre cobra
Dios de Dios todas las deudas!
¡Ay engañosa manzana!
¡Ay mentirosa culebra!
¡Ay enamorado Adán!
¡Ay mal persuadida Eva!
Llevó aquel árbol vedado
Fruto de culpas y pena,
Mas vos cruz una granada
Coronada y pechiabierta.
Como fue fruta de invierno
Y cogida en una huerta,
Colgáronla por el hombre
Que trae la salud enferma.
Ya a los dos nos disfrutaron
De la dulce fruta nuestra;
Pues la llevamos los dos,
Yo sin dolor, tú con pena.
Cruz, vuelve a crucificarme,
No hayas miedo que lo sienta,
Que mal sentiré sin alma,
Pues el sepulcro la encierra.
La lanza que le hirió muerto
A mi alma me alancea,
Que estaba en su pecho el alma,
Que el mío estaba sin ella.
Crucifícame de pechos
Y no de espaldas, cruz bella,
Que pues las de Dios guardaste
No es justo que te las vuelva.
Juntemos brazos y pechos,
Que juntos es bien se vean

Brazos y pechos que a Dios
En vida y muerte sustentan.
A Dios tuvistes los brazos
Atándole de manera
Que pudo el ladrón del hombre,
Llegar a hurtar sus riquezas.
Pues a Dios tuviste en peso,
Cruz, muy grandes son tus fuerzas,
Pues le hicistes dar en sí
Cuanto pudo y cuanto era.
Contigo me crucifica,
Y si por clavos lo dejas,
Aquí están aquestos tres
Que hasta el alma me atraviesan.
¿Cómo siendo arco de paz,
Para mí lo eres de guerra?
Pues son de mi corazón
Aquestos clavos tres flechas.
¡Ay Hijo! si nunca errastes,
¿Cómo con clavos os hierran?
Pues vuestra Madre es la esclava,
Hieren a la Madre vuestra.
¡Oh ensangrentadas espinas,
Que os subís a la cabeza,
A que mi rosa encarnada,
Como rosa, espinas tenga!
¡Ay espinas de mis ojos,
Que a sacar sangre estáis hechas!
¡En ellos quiero ponerlos
Porque también sangre viertan!
¡Ay dolorosos despojos
De la victoria sangrienta,
Venid a ser haz de mirra
De mi pecho y mi paciencia!
Herid el pecho que os ama,
Herid la boca que os besa,
Estos brazos y estos ojos».
Dijo; y quedóse suspensa.
Con lágrimas acompaña,
Alma, a su Madre y su Reina,
Que sola al pie de la cruz
Llora su muerte y su ausencia.
El templo rompe su velo,
La luna en sangre se anega,
Gime el aire y brama el mar,
Llora el sol, tiembla la tierra,
Alma, tiembla, gime y llora,
Que hasta las piedras te enseñan,
Pues quiebran sus corazones,
Cuando el tuyo se hace piedra.

Los muertos, a quien dio vida,
Sienten su pasión acerba,
Y tú, que se la quitastes,
Ni la lloras ni la piensas.

J. DE VALDIVIELSO.

El cielo se maravilla,
Virgen, viendo cómo a vos
junto a sí os ha dado Dios
La más eminente silla.
Sobre los altos confines
Del más levantado cielo
Subistes, Virgen, de suelo
En hombros de serafines.
Y mucho se maravilla
El cielo de ver que a vos
junto a sí os ha dado Dios,
La más eminente silla.
¡Oh Dios, quién supiera ahora
Significar la alegría
Que todo el cielo tendría
Con su nueva emperadora!
Ángeles podrán decilla,
Virgen, y lo que con vos
Hizo vuestro Hijo y Dios
Cuando os dio tan alta silla.
La Madre del inmortal
Hoy, sobre una blanca nube,
A tomar posesión sube
Del Imperio celestial.
Hasta la dichosa hora
De la Asunción de María
El cielo no conocía
Emperatriz ni señora;
Mas ya sí, y tan principal,
Que sobre una blanca nube
A tomar posesión sube
Del Imperio celestial.
No hay explicar lengua humana
El recibimiento honroso
Que hoy hizo el eterno Esposo
A la Esposa soberana.
Con toda su divinal
Corte baja hasta la nube
En que ella triunfante sube
Al imperio celestial.
La ciudad de Dios feliz
Luego con pompa solemne
A darla obediencia viene

A su nueva emperatriz,
Que ya en trono angelical
Trocada la blanca nube,
A tomar posesión sube
Del imperio celestial.

D. DE VARGAS.

Justamente os paga Dios,
Virgen y Reina del cielo;
Vos le bajastes al suelo,
Y él al cielo os sube a vos.
Como el soberano Padre
Para su Hijo os bendijo,
Quien bajó a ser vuestro Hijo
Os sube a honrar como a Madre.
El santo Espíritu Dios
Como a esposa os abre el cielo,
Porque bajastes al suelo
Quien os sube al cielo a vos.
A Dios y al hombre juntastes
Con tan recio y fuerte ñudo,
Que deshacer no se pudo
Lo que vos así añudastes.
Hombre hicistes a Dios,
Y al hombre Dios en el cielo,
Porque bajastes al suelo
Al que os sube al cielo a vos.
Virgen, vos fuistes el medio
Que ab aeterno Dios tomó,
Y el principio que se escogió
De todo nuestro remedio;
Ejecutando pues Dios
La traza de su modelo,
Vos le bajastes al suelo,
Y él os sube al cielo a vos.
Por el sí que humilde distes
Por remediar nuestros males,
Nos vino hacer inmortales
El Hijo que vos paristes.
¡Oh cuán bien os paga Dios
Vuestro puro y santo celo,
Pues bajando al mismo suelo
Os sube hoy al cielo a vos!

L. DE ÚBEDA.

Virgen pura, hoy quiere Dios
Que subáis del suelo al cielo,
Pues cuando quisistes vos,

El bajó del cielo al suelo.
Si en la tierra daros quiso
Dios del bien que allá tenía,
¿Qué os dará en el paraíso,
Donde todo es alegría?
El amor vuestro y de Dios
Hoy se encuentran en el vuelo,
Pues por él a Dios vais vos,
Y él a vos vino del cielo.
El Padre os da la corona,
El Hijo su diestra mano,
Y la tercera persona
Os da su amor soberano.
Alcanzáis, Virgen, de Dios
Premios, honras y consuelo,
Y por él sois cielo vos,
Y él por vos hombre en el suelo.

L. DE ÚBEDA.

PLEGARIA A MARÍA

gracia en vos se encierra,
Virgen pura y singular,
Que sois estrella en el mar,
Madre de Dios en la tierra.
El eterno Padre esposa
Os llama con regocijo,
Dulce Madre os llama el Hijo,
Y templo el que en vos reposa.
Por vos nuestro mal destierra
El que en vos quiso encarnar;
Que sois estrella del mar,
Madre de Dios en la tierra.
Las tristezas con placeres
Por vuestra humildad obliga
A que el paraninfo os diga:
«Bendita entre las mujeres».
Vos ponéis paz en la guerra,
Y para el hombre guiar
Sois estrella de la mar,
Madre de Dios en la tierra.

L. DE ÚBEDA.

Salve entre las mujeres la escogida
Para Madre de Dios, honesta y bella,
Sola entre las doncellas la parida,
Sola entre las paridas la doncella;
Salve, autora del sol que nos da vida,
Sol de la tierra, de la mar estrella;
Madre de Dios, que Dios, Virgen, paristes,
Y siendo siempre virgen, madre fuistes.

Salve, descanso de Jesús cansado;
Salve, comida de Jesús hambriento;
Salve, defensa de Jesús buscado;
Salve, regalo de Jesús contento;
Salve, consuelo de Jesús penado;
Salve, bebida de Jesús sediento;
Salve, vestido de Jesús desnudo,
Pues poder tanto os dio quien tanto pudo.

T. DE HERRERA MALDONADO.

Salve, del mar Estrella,
De Dios hermosa Madre,
¡Oh Virgen siempre virgen!
Puerta del cielo, salve.
Tú, la que el Ave oíste
De la boca del ángel,
En paz nos funda y muda
El hombre de Eva en Ave.
Da libertad al reo,
Lumbre al ciego ignorante;
Procúranos los bienes,
Destiérranos los males.
Madre de Dios te muestra,
Y acepte por su Madre
Nuestros ruegos, pues somos
Por quien tomó en ti carne.
Haznos, singular Virgen,
Sobre todos afable,
Mansos y castos, libres
De nuestras culpas graves.
Vida pura nos presta,
Senda segura y fácil,
Porque alegres veamos
A Jesús, nuestro amante.
Salve, arca de Noé,
Que entre mil tempestades,
Preñada de la vida
A la vida salvaste.
Salve, del pan del cielo
Bien artillada nave,
Que con el viento en popa,
Puerto en Belén tomaste.
Salve, nube de nieve,
De enrizados plumajes
En quien puso el sol trino
El arco de las paces.
Salve, hermosa paloma,
Que sin perderla, hallaste
La gracia por la oliva,

Con que hasta Dios volaste.
Salve, rosal gracioso,
Que entre hojas virginales,
A Dios, rosa encarnada,
Al hielo aljofaraste.
Salve, risa del cielo,
Pues la desenojaste
Con el sí poderoso
De los vivos corales.
Salve, arca de oro todo,
Que no abierta encerraste
La ley, vara y maná,
Que es Dios aunque a pan sabe.
Salve, santa raíz
Que, Virgen, germinaste
El árbol de la vida,
Nunca vedado a nadie.
Salve, capaz esfera,
Que lo eterno encerraste,
Y al que era sin medida
La medida tomaste.
Salve, sangre de Dios,
Pues que tomó su sangre
Para que, en él unida,
En él se deificase.
Salve, de Dios principio,
Pues al que sin él nace,
Del Padre en el principio
De ti le originaste.
Salve, la mejor Virgen,
Salve, la mejor Madre,
Toda virginidad,
Toda clemencia, salve.
Salve, sola del sol,
Desde el primero instante
De tu concepción pura,
Más pura que mil ángeles.
Salve, de Dios segunda,
Con quien el Hijo parte,
Engendrándole el Dios,
Tú Dios-hombre engendrándole.
Salve, toda de Dios,
Pues puedes alabarte
Que en tu virgineo gremio
Dios fue de ti una parte.
Sea alabanza y gloria
Al amor Hijo y Padre,
Igual honra a los tres,
Pues son los tres iguales.

J. DE VALDIVIELSO.

Quisiera, Virgen María,
Madre mía muy amada,
Tener el alma abrasada
En vuestro amor noche y día.
¡Oh dulce Virgen María
Madre de mi corazón!
¿Quién tuviera tanto amor
Que sobrepusiera en ardor
A los serafines todos,
Amando por cuantos modos
Inventó el más fino amor?

¡Dios te salve, Virgen pura,
Reina piadosa del mundo,
Madre de vida y dulzura,
Acoge el ruego profundo
De tus hijos sin ventura!
¡Hijos que por ti clamamos
Desterrados hijos de Eva,
Que a ti ¡oh Madre! suspiramos
En este valle de prueba
Donde sin cesar lloramos.
¡Tus hijos siempre y ahora
Triste te elevan el alma!...
¡Óyelos, Madre y Señora,
Con esa piedad que calma
Los gemidos del que llora!
¡Ea, pues, nuestra abogada,
Vuelve a nos de esos tus ojos
La dulce y tierna mirada
Que purifica de abrojos
Nuestra mísera jornada.
¡Y preséntanos, María,
De este destierro en pasando,
A ese varón de agonía
Que paz y perdón clamando
Murió por la raza impía!
¡Fruto de tu entraña pura,
De la humanidad consuelo!
¡Si tú, Madre de ternura,
La dicha pides del suelo,
Dicha obtendremos segura!
Y pues tiene prometido
A los dignos, Madre mía,
Gozo eterno y bendecido,
¡Oh dulce! ¡oh clemente, oh pía!

¡Haz nuestro gozo cumplido!

P. A. CARRASCOSA, obispo de Ávila.

A LA EFIGIE DE LA VIRGEN

Cuando mira en el suelo
Da su imagen regocijo.
¿Qué bien será y qué consuelo
Mirarla viva en el cielo
De la mano de su Hijo?

DAMIÁN DE VARGAS.

Virgen bella, de Dios madre,
Honra y lustre del cristiano,
En todo tiempo no en vano
Invocamos tu favor.
Aunque se alce el hondo averno
Del dragón al ronco grito
Y talar mande el precito
Los vergeles del Señor,
Dañar no pueden las furias
A pecho limpio que fía
En la fuerza de María
Vencedora de Satán.
Si la Virgen nos protege,
No habrá guerra ni mal fiero,
Que caballo y caballero
Cual plomo al profundo irán.
Ella levanta en Solima
Como torre la cabeza;
Es murada fortaleza
En la ciudad de David.
La defienden los escudos
De mil valientes guerreros,
Los impíos altaneros
Huyen ante ella en la lid.
Que armada por Dios su diestra,
Llena de dones prolijos,
Alejará de sus hijos
Los golpes de la maldad.
Humíllense las naciones
Y cual de ángeles los coros
Canten en versos sonoros
A la augusta trinidad.

S. SEGURA (*México, 1872*).

No bien se alza la antigua serpiente
Contra el reino de Dios y su gente

Difundiendo el espanto y terror,
Cuando baja la Virgen del cielo
Entre el iris de paz y consuelo
Y a los suyos da auxilio y valor.
Monumentos de eterna memoria
Nuestros padres pusieron con gloria
De la Virgen cantando el poder.
Lo publican insignes ejemplos
Y en los valles y montes y templos
Desde el alba a la noche doquier,
Permitidnos cantar a María
Nuevos himnos de pura alegría
Y de gozo las palmas batir.
Nuestra patria cual otras naciones,
De ella aguarda magníficos dones,
Que ella todo lo sabe cumplir.
¡Oh mil veces dichoso aquel día
En que al solio de Pedro volvía
Tras un lustro de ausencia y dolor,
El Pontífice sumo que grave
De la Iglesia conduce la nave
En que duele tranquilo el Señor!
Niños puros, doncellas y ancianos,
Y levitas y pueblos ufanos,
En amor y piedad competid,
Y los dones con férvido anhelo
Celebrad de la Reina del cielo,
Y sus glorias y triunfos decid.
Y tú, Virgen de vírgenes, bella,
De Jesús Madre santa y estrella
Del que gime en tiniebla mortal,
Nos dispensa tu gran poderío,
Y que el santo Pontífice Pío,
Nos conduzca a la vida eternal.
El misterio más grande adoremos;
Gloria al Padre y al Hijo cantemos
Y al Espíritu Santo también,
Y cual cantan del cielo los coros,
Alabémosle en versos sonoros
Por los siglos y siglos. Amén,

S. SEGURA (*México, 1872*).

EL HIMNO DE LOS TRISTES

CORO

¡Oh! tú Madre inmaculada
Que en la célica morada
Reinas ceñida de luz;
Tú de virtud templo santo,
Dígnate oír nuestro canto,

Por el que murió en la cruz.

VOZ

Desde que el hombre mísero,
Sus ojos abre al día,
Como a su estrella pía
Te mira en la aflicción;
Y cuando llega lúgubre
La dolorosa muerte
Seguro a ti convierte
Su amante corazón.

CORO

Salve, oh mística paloma,
Salve, estrella matinal,
Flor de rico aroma,
Gloria del mortal.

VOZ

Antes que el Padre Altísimo,
Los cielos y la tierra,
Cuanto la vida encierra,
Sacara del no ser,
Fijando en ti benéfico,
Su próspera mirada,
Mansión a Dios sagrada,
De ti se dignó hacer.

CORO

Salve, etc.

VOZ

Cuándo el cansado espíritu
Quiera tender su vuelo,
Su postrimer consuelo
De ti demandará.
Y en fervoroso cántico,
Dirá con alegría:
«Recíbeme, ¡oh María,
Libre de penas ya».

CORO

No desdeñas al que llora,
No rechazas al que implora
La clemencia de tu amor:
Que no en balde ¡oh Virgen! eres,
Entre todas las mujeres
De las madres, la mejor.

A. ARNAO.

Almas que en la lid terrible
De este mundo seductor
Alzáis al cielo los ojos,
Guardáis puro el corazón;
Vírgenes que en el martirio
Llenas de divino ardor,
Disteis el postrer aliento
Del Esposo ante la voz;
Arcángeles misteriosos
Que junto al trono de Dios
Veis la hermosura sin mancha
De la Madre que Él amó;
Pues que agradable a los cielos
Fue siempre vuestro clamor,
Dirigid hasta María
Mi amante deprecación.
Volad, Volad y decidle,
Aunque a tanto indigno yo,
Que es su nombre mi esperanza,
Que vivo y muero en su amor.
Decidla que amiga torne
Sus ojos de compasión
A las penas que en mi alma
Fiero enemigo sembró.
Pues cual iris que en el cielo
Pinta en la tormenta el sol,
Es a mi afán su sonrisa,
Su clemencia a mi dolor:
Ya que quiere el dulce Esposo
Que para los hombres hoy
Brille en la gloria infinita,
Con que pródigo la ornó,
Recordadle cuando estaba
En esta humana aflicción,
junto a la cruz en que el Hijo
Madre nuestra la nombró.
Así, en piedad rebosando
Su celestial corazón,
Nos amparará en el seno
Que Jesús sacrificó.

A. ARNAO.

PLEGARIA DE LAS HIJAS DE MARÍA

María, cuya frente
Baña la aurora eterna,
Cual sol resplandeciente,
Consuelo del mortal;

A todo el que te implora
Con voz humilde y tierna,
Muestra por fin, Señora,
La patria celestial.
María, cuyo seno
Del Verbo fue morada;
Edén por gracia lleno
Del más divino amor:
Pues miras el quebranto
Del alma conturbada,
Preste tu excelso manto
Refugio al pecador;
María poderosa,
Reina del cielo y tierra,
Que huellas victoriosa
La frente de Luzbel;
Por Dios que hacerte pudo
Vencer en cruda guerra,
Sé del cristiano escudo,
Imán del pecho infiel.
Cual siervo de tu nombre,
Lucero de los mares,
Así se humilla el hombre
Buscando vida y luz.
Y al fin, de polo a polo,
Del mundo en los altares,
Reine doquier tan sólo
La gloria de la cruz.

A. ARNAO.

EVA Y MARÍA

Cuando Jehová, del mundo soberano,
Sacar los orbes de la nada quiso,
De su bondad por inefable arcano,
Formó al hombre en celeste paraíso.
Compañera, le dio su santa mano
Y cuanto a su ventura fue preciso;
Y Eva y Adán, que juntos se veían,
En almo Edén con júbilo vivían.
Su dicha viendo, siempre tentadora
Turbarla codició de envidia llena;
Y a la mujer sedujo, que en mal hora
Cual Dios queriendo ser, labró su pena.
Y la que hermosa fue cual limpia aurora,
Y tuvo el alma noble al duelo ajena,
Prevaricando al punto se convierte
En sierva, del dolor y de la muerte.
«¿En dónde estás, Adán?» clamó indignado
El Supremo Hacedor a tal delito,

Y él se escondió sabiendo su pecado,
Puesta en su faz la mengua del precito.
Y en la frente de aquel infortunado
Con signos invisibles quedó escrito:
«De vil soberbia tu dolor procede;
Sólo excelsa humildad salvarte puede».
Noche de siglos con pesado vuelo
Pasaron cien y cien generaciones,
Y sin descanso el hombre ni consuelo
Víctima fue de rudas aflicciones.
Abrojos por doquier brotaba el suelo,
Siervo se vio de impúdicas pasiones,
Y en tal tiniebla, sólo en lontananza
Lanzaba un rayo el sol de la esperanza.
Radió, por fin, su luz; ¡Jehová clemente
Quiso cortar tan bárbara pelea,
Y suscitó una Virgen inocente
En un modesto hogar de Galilea.
Nuncióle Dios un Verbo Omnipotente,
Y ella repuso: «¡Cual lo quieres, sea!»
Y en el seno de aquella Inmaculada
El santo Redentor hizo morada.
¡Oh divina mujer! Por ti el profundo
Dolor trocóse en goces inmortales,
Si Eva perdió con su soberbia el mundo,
Borraste tú con la humildad sus males.
Calló el rugido del dragón inmundo,
Himnos de paz sonaron celestiales,
Y do brotaban cardos punzadores,
Fue nuevo Edén de inmarcitrables flores.
¿Cómo no amar a Virgen tan piadosa?
¿Cómo no hacerla imán de nuestra vida,
Si es dulce Madre que humilló gloriosa
Con su pie la serpiente aborrecida?
Madre de Cristo, Inmaculada Esposa,
Tú eres estrella siempre apetecida:
Y al venir a la vida te invocamos,
Y al llegar a la muerte en Ti esperamos.
¿Pedís un nombre excelso? La mirada
Volved, y escrito lo veréis doquiera,
Y os lo dirá la alondra en la enramada,
Y el nardo y el clavel en la pradera;
Cántalo el hombre en su mortal morada,
Cántalo el ángel en la azul esfera:
Mi labio en repetirlo se gloria...
¡Oh dulcísimo nombre de María!

A. ARNAO.

Aquella flor espléndida,

Verde honor al jardín,
Suave lisonja al céfiro,
Rubia pompa al Abril;
Rosa que supo, cándida,
En un punto exprimir
Puros fragmentos, ámbar
Del azar infeliz;
Leyes da al pensil diáfano
En solio de zafir,
Sobre esmeralda nítida,
Majestad de rubí,
Y a toda flor en nácares
Enciende su matiz,
Porque en respeto tímido
Le hace el color salir.
De verla el clavel pálido,
Y corrido el jazmín,
Aquél, nevada es púrpura,
Y éste es rojo marfil,
Da lo alegre en las márgenes
Que admiran al pensil,
Y en las fuentes lo músico
Da al alba que reír.
Si serena es dulce el pájaro,
Si no alado violín,
Que aquí florece cítara,
Y suena flor allí.
Culto es a la flor mística,
Que fénix carmesí,
Arde en pira aromática
Plumas de oro y carmín.

V. SÁNCHEZ.

SALUTACIÓN ANGÉLICA Y GLORIAS DE ELLA

¡Oh suma de nuestros bienes,
Y de todos nuestros males
Fin y quito!
¡Oh Virgen, que, virgen, tienes
Apretado ya en pañales
A tu Hijo, Dios chiquito!
¡Oh nuestra torre más alta,
Donde la gracia y verdad
Nunca mengua!
Pues sabéis cuánto me falta,
Vos, Señora, me la dad,
Conque os alabe mi lengua.

AVE

¡Oh desculpa original

Donde la gracia se estrena!
Dios te salve;
Pues te hizo toda tal,
Tan del todo toda buena,
Que ningún mal no te malve.
Dios te salve; de dolor
Nunca cubra el rostro tuyo

Triste velo;
El divino resplandor
A ti hizo centro suyo
Para mirar desde el cielo.

MARÍA
¡Oh mar amarga, salada,
Cuya sal saló la carne
Corrompida,
Cuya mirra aheleada
No sufre que se descarne
La carne convalescida!
¡Oh mar nunca peligrosa
Sino a quien no se te acerca,
De cobarde!
Oh medicina famosa,
La salud del que te merca
No puede ser que se tarde.

GRATIA
Que tres gracias y donaires
Sanan la rabia muy fiera
Del pecado,
Con aquellos frescos aires
Que corren por tu ribera
Y reposan en tu vado.
Lustre de las gracias todas
Es el sonido jocundo
De tu voz,
Que contrajo tales bodas,
Que te dan lugar segundo
En el palacio de Dios.

PLENA
Donde pariste sin pena,
Sin dolor y sin presura,
Mal ni daño;
Porque fuiste Virgen, llena,
Recibiéndolo natura
Por injuria y por engaño;
Llena de la inmensidad
De aquel Dios inmensurable,

Dios de Dios;
Llena de sonoridad
Del Verbo eterno inefable,
De quien fue San Juan la voz.

DOMINUS

Aquel Señor que David
Ser su Señor confesó,
No de sí;
Por el cual venció la lid,
Por el cual sólo reinó,
Por él solo, y no por sí;
Señor que hace escoria
Los consejos de las gentes
Cuando exceden;
Aquel gran Rey de la gloria,
Contra quien los más potentes
Menos pudieron y pueden.

TECUM

Porque sólo amor le doma,
Con esta dulce porfía
Llama a ti;
Ven ya, ven, la mi paloma;
Ven ya, ven, amiga mía;
Ven ya, ven, hermana, a mí;
Ven ya, ven, fuente sellada;
Ven ya, ven, huerta cenida;
Ven ya, ven;
Ven ya, ven, Virgen preñada;
Ven ya, ven, Virgen parida,
Reina de Hierusalem.

BENEDICTA

Siempre bendita del Padre,
Siempre del divino Amor
Muy querida;
Del Hijo para su Madre
Por la mayor y mejor
Ab aeterno prevenida;
Todas las generaciones
Siempre bienaventurada
Te dirán;
Que de los divinos dones
Ni sube ni sobra nada
Sobre a los que a ti se dan.

TU

Tú la fuerza y la virtud;
Tú la virtud y la gracia

De la ley;
Tú la vida y la salud,
Tú la sola do se espacia
La gran majestad del Rey;
Tú le tienes, tú, le das
A quien quieres y te place,
Sin cohecho,
Pues ¿qué quieres, Virgen, más,
Que quien servicio te hace,
A Dios piensa que le ha hecho?

IN MULIERIBUS

¡Oh gloria de las mujeres!
Ya por ti el Cerbero triste
No les ladre;
Porque tú la Virgen eres
Virgen después que pariste
Hombre y Dios, tu Hijo y Padre.
¡Oh mujer toda perfecta!
¡Cómo abarcará mi voz
Tu renombre!
Que es verdad, aunque secreta,
Que hiciste al hombre Dios,
Y a Dios hiciste hombre.

ET BENEDICTUS

Glorificado y bendito,
Alabado y ensalzado
Siempre sea
Nuestro gran Ser infinito,
De tus manos abarcado,
Vestido de tu librea.
El cielo y toda su corte
Gracias y gloria le den
Sin medida
A este divino norte,
En el cual sólo se ven
Las horas de nuestra vida.

VENTRIS

¡Oh tierra nunca maldita,
Vientre bienaventurado
De María!
Por quien tanto mal se quita,
Por quien tanto bien se ha dado
A quien tanto mal tenía.
Vos sois vientre consagrado,
La tierra de promisión
De Israel,
La que mana de su grado

Por divina bendición
Blanca leche y dulce miel.

TUI
¡Oh Virgen! tuya es la caja
Donde Dios dobló los velos
De su rima;
El licor de tu almarraja
Llenos tiene ya los cielos,
Y aún rebosa por encima.
Secretos del vientre tuyo,
Al serafín que más sabe
Más se encubren;
Que de él hizo nido suyo,
Del corto manto que cabe,
A quien mil mundos no cubren.

JESÚS
Toda carne y corazón
El sacro sacre Jesu
Desdeñó;
Mas tu limpia concepción
Al primero Huco Hu
Por las pihuelas le asió.
Con gran gana se abatió,
Y se asentó sin pereza
En tu humildad;
Porque le engolosinó
El cebo de tu pureza
Con olor de suavidad.

SANCTA
Santa nunca mancillada,
Porque desde aquella luz
De eterno día
Fuiste pieza señalada
Para ser rico capuz,
De que Dios se vestiría;
El cual se vistió de ti
(Todas las naturas hartas
De socorros),
Con aquel tu carmesí,
Al cual las divinas martas
Se juntaron por aforros.

MARÍA
¡Oh mar por do navegó,
Hecho Dios mercadería,
Y el amor,
Mercader que le trocó,

Dejándote cual solía,
Por un hombre sin favor!
¡Oh mar por donde navegan
Los que quieren ir al cielo!
Van sin guerra.
¡Oh mar do todos se anegan
Los que toman por consuelo
Desembarcar en la tierra!

MATER

¡Oh árbol, delante quien
La fruta más sana buena
Causa tos!
No demandes ya más bien,
Pues todos a boca llena
Te llaman Madre de Dios;
Y aún cantan lo que mereces
Las estrellas que llamamos
Matutinas;
Nuestras tierras enloqueces
Con las flores de tus ramos,
Que llevan frutas divinas.

DEI

El que en todo Dios se espacia,
Y es la inmensidad del Padre
Su escondrijo,
Te pide, Virgen de gracia,
Que te plega ser tu Madre,
Que él desea ser tu Hijo.
¡Oh princesa soberana!
¿No basta que tal riqueza
Se te entregue,
Sino que con tanta gana
Aquella divina alteza
Te lo mande y te lo ruegue?

ORA

Ruégale pues te rogó
Y es tu Hijo, y tanto privas
Ya con él;
Nuestras almas que formó,
Queden sanas, queden vivas;
Después de juzgadas del
No prosiga la sentencia
Por el rigor de justicia,
Mas pregone
Misericordia y clemencia
Antes que nuestra malicia
Su braveza más encone.

PRO NOBIS

Por nosotros que ya estamos
Ahogados en dulzores
De pecados;
Por nosotros imploramos
No nos dejen tus favores
Al mejor tiempo olvidados;
Por nosotros que no vemos
Porque con graves delitos
Nos cegamos,
Que las sillas heredemos
De los ángeles malditos,
De que no se contentaron.

PECCATORIBUS

Esclavos de mil pecados
Nos dejó hechos Adán
En sus lomos;
Mas ya, por ti libertados,
Del Rey a su mesa y pan
Mantenidos, Virgen, somos;
Esclavos de nuestras obras,
En que ya nos reveemos,
Siempre malas
Si tú, Virgen, no nos cobras
Gracia para que volemós
So la sombra de tus alas.

AMEN

Dí, Virgen, amén, amén;
Y pues tanto nos amastes,
No nos dejes;
Porque nuestro sumo bien
Contigo nos le acercaste,
Nunca ya te nos alejes.
¡Oh tregua de nuestra paz!
Manda luego apaciguar
Mis temores;
Vaya yo donde tú estás,
Do mejor pueda cantar,
Amén, amén, tus loores.

FRAY H. DE TALAVERA, *primer Arzobispo de Granada.*

Sois palma excelsa ¡oh Virgen! triunfadora
Del árbol del error. Sois verde oliva,
Que en lo supremo de las aguas mora,
Verde a pesar de su diluvio y viva.
Sois vid, que el golpe de la hoz ignora,

Ciprés, que, exento de la muerte esquiva,
Anuncia muerte con funesta guerra
Al que esperaba derribarle en tierra.
Sois lirio asido a la pungente y dura
Rama de espinas, y jamás violado;
Rosa, cuya beldad intacta y pura
No marchitó la noche y viento helado.
¡Oh sin igual purísima criatura,
Que preservada del común pecado,
Sois en desprecio suyo victoriosa
Palma, oliva, ciprés, vid, lirio y rosa!
Sois plátano de ramas tan copioso
Al fértil riego de perpetua fuente,
Que nunca el hielo su verdor frondoso
Ha penetrado ni el agosto ardiente;
Mirra escogida, bálsamo oloroso,
Cuya interna virtud perpetuamente
Os reservó incorrupta y sin ofensa
Contra el contagio de la culpa inmensa.
Sois el cinamo de fragante y fina
Especie, oculto en aspereza tanta,
Que ni guadaña al tronco se avecina,
Ni falta un ramo de la fértil planta.
¡Oh en los humanos excepción divina,
Y del Criador imagen sacrosanta!
Por mil blasones dignamente os llamo
Plátano, mirra, bálsamo, cinamo.
Sois torre ebúrnea, altísima y fundada
Para asilo feliz del bando amigo,
Que su notoria inmunidad sagrada
Fue siempre incontrastable al enemigo;
Ciudad en cuya cerca levantada
No abrió el contrario entrada ni postigo,
Escala del Olimpo, inaccesible
Al pie atrevido de la bestia horrible.
Puerta que aun antes que su autor la abriera
Ya estaba al adversario defendida;
Fuente que al áspid y culebra fiera
Dios negó de sus ondas la bebida.
¡Oh en soberanas honras la primera,
Sin sombra de pecado concebida!
Bien sois con semejanza preeminente
Torre, ciudad, escala, puerta y fuente.
Sois encendido sol y tan fogoso,
Que no permite congelar nublado,
Ni el factor de las sombras espantoso
Ha visto el globo de su luz turbado;
Sois lucero del alba luminoso,
Que en los solares rayos inflamado,
Huye el eclipse lóbrego funesto,

Cercano siempre al sol y nunca opuesto.
Norte, que de las ondas se retira
Sin ver jamás en ella triste ocaso;
Luna, que al sol supremo siempre mira,
Ni el mundo estorba de su vista el paso.
¡Oh singularidad que al cielo admira!
Rindo a tan pura luz mi ingenio escaso,
Pues no se incluye en alabanza alguna
Vuestro sol y lucero, norte y luna.

J. DE JÁUREGUI.

Abre, oh Señor, mi labio: a mí descienda
Tu espíritu, y encienda
Mi alma en tu amor. Agradecido suene
No indigno de tu aliento,
En himno humilde de tu bondad mi acento;
Y cruce el mar y el universo llene.

Do quiera anuncie el regocijo puro
De que el mortal seguro
Gozo por fin, tras larga noche umbría;
Y la feliz aurora
Recuerde en que tu mano bienhechora
Amparo de Israel nos dio a María.

¡Oh dulce instante, memorable y santo!
Calmó del orbe el llanto
Y el hondo afán de su natal la nueva,
De tu amor infinito
Diste al formar su corazón bendito,
Al linaje de Adán excelsa prueba.

¡Ah! de la noche el estrellado velo,
El siempre rico suelo,
El sol brillando en la mitad del día,
Menos el pecho inflaman,
Menos la fuerza de ese amor proclaman
Que el alma santa de la Madre mía.

Escogida por ti, de gracia llena,
La bárbara cadena
Un punto no arrastró del enemigo:
Tú alzaste el brazo airado,
Y no llegó ni sombra ni pecado
Al blando seno, que iba a darte abrigo.

Te debías a Ti tan alta gloria:
Por tu insigne victoria,
Necesaria, Señor, a tu grandeza,

Pudo, modesta y pía,
Sola a tus ojos ofrecer María
No indigna de la tuya su pureza.

El grande privilegio verdadero
Confiese el orbe entero:
En ningún corazón la duda habite.
¿Quién, Padre soberano,
Contó las maravillas de, tu mano?
¿Quién hay, Señor, que tu poder limite?

¿Retroceder no hiciste la corriente
Del Jordán a su fuente?
¿Al pueblo de Israel no dio camino
Seco el mar a tu acento?
¿Y en la piedra de Oreb no halló sediento
Fresco raudal, y puro, y cristalino?

¿No cantan las angélicas legiones,
No cantan las naciones
En esa joya de inmortal valía
Inclinada la frente,
Un prodigio, Señor, más excelente?...
¿No es Madre y Virgen la feliz María?

¡Ah! que por siempre en soledad se vea,
Que negado le sea
El sol y gima sin hallar consuelo,
El pecho descreído
Que tu gracia no admire agradecido
En la Reina hermosísima del Cielo.

Yo te adoro, Señor, ferviente el labio
Te aclama bueno y sabio;
Al levantar tu mano sacrosanta
A esa Doncella pura,
También, Señor, a singular altura
A la mujer de que nací levanta.

A. ARANGO Y ESCANDÓN

Virgen hermosa que en el triste suelo
Brillante cual la estrella matutina,
Que de la noche el tenebroso velo
Con sus fúlgidos rayos ilumina,
Al canto de los ángeles del cielo
Unen tus hijos su canción divina,
Que naciste sin culpa irá sonando
Por doquiera que el sol vaya alumbrando.
Tú eres del arca la gentil paloma

Que vuela entre las nieblas y la bruma,
La que sin mancha ante su puerta asoma
Batiendo alegre la nevada pluma;
Tú la mística flor de blando aroma,
La madre Virgen de la gracia suma
Que con la oliva de la paz avanza
Y al hombre muestra el iris de la alianza.
Del delicioso Edén salen proscritos
Nuestros primeros padres suspirando,
Y la cadena vil de sus delitos
Por ellos van sus hijos arrastrando;
Mas duélete sus males infinitos
Y al ángel dices con acento blando:
«Madre seré del Salvador que anhelo»,
Y a la raza de Adán abres el cielo.

J. S. SEGURA.

INVOCACIONES PARA CANTAR LAS GLORIAS DE MARÍA.

Santa Virgen escogida,
De Dios Madre muy amada,
En los cielos ensalzada,
Del mundo salud e vida.
Del mundo salud e vida,
De muerte destruimiento,
De gracia llena e cumplida,
De cuitados salvamiento
De aqueste dolor que siento
En presión sin merecer,
Tú me dona estorcer
Con el tu merecimiento.
Con el tu merecimiento,
Non catando mi maldad
Nin mi desmerecimiento,
Mas la tu propia bondad;
Yo confieso, en verdad,
Que so pecador errado,
De Ti sea ayudado
Por la tu virginidad.
Por la tu virginidad,
Que non ha comparación,
Nin hubiste igualdad
En obra e intención;
Cumplida de bendición,
Magüer non so mereciente,
Venga a Ti, Señora, en miente
De cumplir mi petición.
De cumplir mi petición,
Como a otros la cumpliste;
Sácame de tentación,
En que sólo caído triste;
Pues poder has e hubiste,

Tú me guarda en tu mano
Bien acorres muy de llano
Al que quieres e quisiste.

J. RUIZ, *arcipreste de Hita*.

Señora, estrella luciente.
Que a todo el mundo guía,
Guía a este tu sirviente,
Que su alma en Ti fía.
A canela bien oliente,
Señora, eres comparada,
De la mirra del oriente
Has loor muy señalada;
A Ti fas clamor la gente
En sus cuitas todavía,
Quien por pecador se siente
Llama a Santa María.
Al cedro en la altura,
Te comparó Salomón,
La Iglesia tu ferrosura
Al ciprés del monte Sión;
Palma fresca en verdura,
Fermosa y de gran valía,
Y oliva la Escritura
Te llama, Señora mía.
De la mar eres estrella,
Del cielo puerta lumbrosa,
Después del parto doncella,
De Dios Madre, Fija, Sposa,
Tu amansaste la querella
Que por Eva nos envía,
Y el mal que fizo ella
Por Ti hubo mejoría.

LÓPEZ DE AYALA.

Por cierto, musa mía,
Muy gran razón sería
Que diésemos de mano
Al vano trastear del mundo vano.
Mudemos el señuelo
A las cosas del cielo
Porque infinito yerra
Quien le pone en las cosas de la tierra.
¡Oh Virgen y Señora,
A quien el cielo adora!
Sed vos de aquí adelante
El blanco y fin de cuanto escriba y cante.
Mas vuestra luz serena

Influya oro en mi vena,
Porque el alto conceto
Se ilustre al rayo de tan alto objeto.
Que es vil la ciencia nuestra,
Y en comparación vuestra,
No tienen estima alguna
Cuanto hay bajo del cielo de la luna.
Mas ¿qué digo en el suelo?
Si tampoco en el cielo
Hay pura criatura
Que no se humille a vuestra inmensa altura.
Admiradas se humillan
¡Oh Reina! y se arrodillan
A vuestros pies reales
Todas la hierarquías celestiales.
Los ángeles hermosos
Y arcángeles gloriosos,
Con las dominaciones,
Os adoran y dan mil bendiciones.
También los principados
Y tronos encumbrados,
Potestades, virtudes,
Os dan perpetuas loas y saludes.
Los sabios querubines
Y ardientes serafines
A vuestros pies se asientan,
Y en sus cabezas de oro los sustentan.
Los santos patriarcas,
Profetas y monarcas,
Y apóstoles sagrados
Se glorían de ser vuestros criados.
Y a proporción de aquesto,
¡Oh Virgen! todo el resto
De santos y de santas
Pornán la boca adonde vos las plantas.
Sois de beldad abismo,
Pues el Hacedor mismo
De la naturaleza
Se enamoró de vuestra gran belleza.
Y así vos sois la hermosa,
Y cualquiera otra cosa
Bajo de Dios criada,
De vuestra lumbre queda deslumbrada.
Mas hay un negro abuso,
En todo el mundo intruso
Por trovadores vanos,
De usurpar vuestros nombres soberanos.
Dan estos poetillas
A cuantas mujercillas
Hermosas les parecen,

Los nombres que a vos sola pertenecen.
Llámanlas más que humanas,
Divinas, soberanas,
Ideas celestiales,
Estando llenas de un millón de males.
Dicen a sus cabellos
Que el sol no luce ante ellos
(Notad que es lindo chiste),
Siendo excremento de su cuerpo triste.
Intitulan divinos
Unos ojos malinos,
Incitadoras furias
De carnales antojos y lujurias.
También llaman divina
Una boca ladina,
Cuya lengua contino
Es como tarabilla de molino.
Y llaman esos vanos
Divinas unas manos
Que aunque más señoriles,
Sirven al cuerpo en menesteres viles.
No sé cómo no acaban
De ver que esas que alaban
Son unos gusanillos
Que al fin la tierra en sí ha de convertillos.
¡Oh, pues, Reina excelente,
Y cuán injustamente
La gente pecadora,
Dejando a Vos, de aquélla se enamora!
Siendo Vos sola aquella
Más amable y más bella
Que todas las del suelo
Y que todos los ángeles del cielo.
A Vos, pues, sola honremos,
Y a sola Vos amemos,
Después de Dios eterno,
De un amor grande, afectuoso y tierno,
Pues a Vos solamente
Conviene propiamente
Llamaros más que humana,
Divina idea y diosa soberana.

DAMIÁN DE VEGAS.

A todos los espíritus amantes,
Que en círculo de luz inaccesible
Forman anfiteatros celestiales,
Dijo el Padre común, ya no terrible
Vibrando rayos vengativos, antes
Con manso aspecto, grato a los mortales:

«Ya es tiempo de admitir a los umbrales
Del reino eterno los del bajo mundo,
Que su gemido y su miseria vence.
Y por que la gran obra se comience,
Muestre la idea del saber profundo
Su concepto fecundo,
La preservada esposa; que en saliendo,
El pacífico cetro de oro extendiendo.
»Con general aplauso el universo
Se disponga á su próspera mudanza.
El Líbano sus cumbres aperciba,
Para el cedro gentil, nueva esperanza,
Que por mis manos fabricado y terso,
Arca ha de ser incorruptible y viva.
En santos resplandores se conciba,
Aunque de humanos padres; que el rocío
Al vellocino místico dos veces
Fiel, que pidió el más fuerte de los jueces,
Más abundante la tercera envió;
Y otra al caudillo mío
Vea la zarza ardiendo y que las llamas
Guarden fe a la verdura de sus ramas.
»Que todo ha de ser luz, todo pureza;
Instante de tinieblas, instante de ira
No le ha de haber en mi divina esposa.
Para ella el mar sus ímpetus retira,
El mar común de la naturaleza
En forma de muralla prodigiosa.
Sigue el orden del tiempo; mas reposa
Desde la eternidad en estos techos,
Por donde sin que cosa se lo estorbe,
Discurre por las fábricas del orbe,
Su trabazón y vínculos estrechos,
Con que por mí están hechos,
Considera y entiende; y en sus cumbres
Asiste, y se corona de sus lumbres.
»Tal conviene que sea el trono augusto
Que ha de ocupar el vencedor eterno.
La púrpura real, de que se viste,
Armas que han de poner yugo al infierno,
Encadenando al poseedor injusto,
No participen del origen triste». Dijo;
y el serafín puro que asiste
A la altísima silla más vecino,
Despide alegre músicos acentos,
Responden luego voces e instrumentos,
Suena todo el palacio cristalino;
El júbilo divino
Pasó al limbo, y al fin se parecía
Que la naturaleza se reía.

Viose por las regiones altas luego
Mover las plumas candidas, lucientes,
Descendiendo a la tierra, el ángel santo,
Como tal vez exhalación ardiente,
Dejando surcos rápidos de fuego,
A los ojos humanos pone espanto.
Y con divino (aunque corpóreo) manto
Al uno y otro estéril se presenta,
Progenitores tuyos, Virgen Madre,
Y el gran decreto del Eterno Padre
(Venerándolos ya por ti) les cuenta.
Así de culpa exenta
Viniste al mundo, hija de tu Hijo,
Del designio de Dios término fijo.
Pero ya es bien que de la nube oscura
De alabanzas mortales
Saque, oh sol divino, tu luz pura,
Y a nuestro estilo y versos desiguales
(Sombra que se le opuso)
Sacro silencio y éxtasis suceda;
Que del discurso suspendiendo el uso,
Levante el alma a la tercera rueda.

L. DE ARGENSOLA

Plantó el Criador para el Adán primero,
Un paraíso, estancia aunque terrena,
De recreación y de belleza inmensa,
Tan puro y limpio que la mancha ajena
No pudo consentir, lanzando al fiero
Agresor primitivo de la ofensa.
Trazada la costosa recompensa
Del grave mal que el autor del mundo,
En vos plantar, oh pura Virgen, quiso
Segundo paraíso,
Y recreación para el Adán segundo.
¿Quién, pues, dirá que entre sus limpias flores
Hallar pudo la culpa alojamiento?
Ya fuera conceder al hombre vano
Más pura habitación que a Dios humano,
Huerto florido siempre, y siempre exento,
Y defendido sois de los errores,
Dando fragancia eterna sus olores,
No a Adán, vencido ya de la serpiente,
Mas al que oprime su soberbia frente.
Labor más noble, sólida y entera
Fue reparar el mundo y renovarlo,
Estableciendo en él la Iglesia santa,
Y más difícil que lo fue el criallo;
Y si en aquella fábrica primera

Fue el primer hombre fundamento y planta
Y tuvo original justicia tanta,
En esta mejor fábrica segunda
Sois, Virgen, vos principio y fundamento;
¿Diremos que el cimiento
Fue ya minado de la culpa inmunda?
Obra tan rara y en la esencia trina,
Tantos y tantos siglos meditada,
Y enriquecida de costoso arreo,
¿He de pensar que de un error tan feo
Fue en el primero limen deslustrada?
Afirmaré mejor que la divina
Mente os previno, como piedra fina,
Para ilustrar en su labor el puesto,
Do siempre estriba el edificio enhiesto.
Préciase tanto el humanado Verbo
De Redentor, que no le satisface
Un simple modo de ejercer la hazaña;
Y si levanta al mísero, que yace
Rendido a manos del error protervo,
También con más ilustre y sabia maña
Querrá oponerse a la contraria saña,
Preservando tal vez el saludable
Socorro anticipado a la caída,
Pues siendo socorrida,
Se liberta del golpe inevitable.
Redención perfectísima, empleada,
¡Oh Reina!, en vos, cuyo dichoso empleo
Os pertenece por honor sublime;
Y a quien al sacro serafín redime,
Do no pudo la culpa alzar trofeo
La misma acción ejecutar le agrada
En vos; que no ha de ser aventajada
La muchedumbre angélica, superna,
A los honores de su Reina eterna.
Si en misteriosa voz la Iglesia os llama
De las vírgenes hoy virgen gloriosa,
Ya os concede purísima entereza,
No sólo en vuestra carne generosa,
Mas en el alma si el renombre y fama
Se ajusta a la razón y su firmeza;
Que la suprema virginal pureza
También al alma atiende y si la vuestra
Fuera despojo de la culpa aleve
(Bien que en espacio breve
La rescatara la invencible diestra)
No fuera virgen ya. Discurso osado
El que tan alta calidad os niega.
Yo en el alma y cuerpo, como juzgo y puedo,
Virginidad santísima os concedo,

Nunca ultrajada de la culpa ciega,
Ni obscuridad en sombra de pecado.
Sois virgen, pues, en el supremo grado,
Y el católico fiel en vos respeta
La integridad de virgen más perfecta.
Con alto acuerdo en la fachada y frente
Ya se ilustró de espléndido tesoro
El sacro antiguo templo venerando;
Tarjas, festones y coronas de oro
Su puerta ornaron que miraba a Oriente,
Siempre en los rayos de su luz brillando.
¿Qué adornos, pues, os negaremos, cuando
La Iglesia fiel divino templo os nombra?
Vuestra dichosa concepción sagrada
Es la oriental portada,
De quien la antigua fue figura y sombra.
No debe pues faltarle su riqueza
Aventajada y su luciente ornato;
Y el que a juzgar en contra se reduce,
Y el pórtico feliz mancha y desluce,
Es a la luz de la razón ingrato.
Remírese en el sol vuestra pureza,
El oro limpio ostente su fineza,
Cuyo divino resplandor contemplo
Siempre ornando la faz de sacro templo.

J. DE JÁUREGUI.

Baja venciendo la región del trueno
El alma de la Virgen inocente,
Y vestida de luces blandamente
Del ángel nubla el resplandor sereno.
Pasar le impide con letal veneno
Que entre humo arroja la infernal serpiente;
Miguel gallardo el arma reluciente
Blande al instante de coraje lleno.
De la espada a la fúlgida centella
Huye la astuta, cual de aliento escasa
Cayó del trono en que el Señor destella.
El Arcángel de nuevo la traspasa
Y la tiende a los pies de la doncella,
Quien la cabeza le conculca y pasa.

J. S. SEGURA.

Si está del sol vestida y adornada
La que nació el eterno Sol en ella,
Si con sus plantas a la luna huella
Por unas pintas de que está manchada;
Y si también de estrellas coronada

San Juan vio esta bellísima Doncella,
Cuál será el cuerpo, cuál el alma della,
Cosa es de los mortales no alcanzada.
Si los ángeles puros siempre han sido,
Y por Reina la adoran con profundo
Acatamiento, ¿quién en su entereza,
De los hombres habrá tan atrevido,
Que ponga mancha, pues confiesa el mundo
Que no hay bajo de Dios igual pureza?

D. DE VEGAS.

Dionos en la tierra un ave
La voluntad soberana,
Que, por su vuelo suave,
De la redención humana
Tuvo en el pico la llave;
La bendita ave es aquella
A quien por su dulce canto
Enviado a la doncella,
Dijo el paraninfo santo,
Postrado delante della:
AVE MARIA.

Es águila que voló
Hasta el soberano nido,
Y al sacro Verbo cazó,
Y abreviado y encogido
En su vientre le encerró:
Dichosa Madre de aquel
Que en un ser juntó a los dos;
Si toda la gracia es él,
Estando llena de Dios,
Bien te dijo Gabriel:
GRATIA PLENA.

Está cosa muy probada
Que quedó sacra doncella,
Tu carne santa, sagrada,
Dios en corporado en ella,
Llena de Dios, endiosada.
¡Oh grandeza milagrosa,
Bendita Virgen y Madre,
Que en la carne gloriosa
Venga del seno del Padre
A ser una misma cosa!
DOMINUS TECUM.

La divina Majestad
Te hizo su relicario,

Abismo de su verdad,
Templo, custodia, sagrario

De la santa Trinidad:
Arca donde se atesora
Del cielo y tierra el consuelo;
Palacio donde Dios mora,
Puerta, escalera del cielo:
¡Tantas grandezas, Señora!
BENEDICTA TU.

Con el fuego de su amor,
Plata fina y oro fino,
Hizo electro el gran Señor,
Dando con su ser divino
Al humano más valor;
Y para que este metal
Fuese como convenía,
Tomó Dios el ser mortal
En la bendita María,
Porque no halló otra tal
IN MULIERIBUS.

Esta Virgen escogida,
A quien Dios por madre quiso,
Antes santa que nacida,
Fue el árbol de paraíso
Que nos dio el fruto de vida.
Consuelo tendrá el aflito
Que a su sombra se allegare,
E terná gozo infinito
Quien de la fruta gustare,
Porque el árbol es bendito.
ET BENEDICTUS FRUCTUS.

María, para ensalzarte
Usó Dios un gran primor:
Que por milagrosa arte
Lo mayor en lo menor,
Y el todo encerró en la parte.
¿Qué más hay que ver en ti,
Ni en lo mucho que te quiso
Que para salvarme a mí
Hiciese Dios paraíso
Y aposento para sí
VENTRIS TUI?

Huerto y cerrado vergel,
Donde nació el sacro lirio
Que da vida el olor de él;

Tu vientre fue el cielo impirio
Mientras Dios estuvo en él;
De allí salió Dios y hombre,
Celestial y nazareno,
Y tomó el dulce renombre,
De misericordias lleno,
Nombre sobre todo nombre,
JESÚS.

Y esta merced que sonó
En la voz de tu virtud,
Mi ánima engrandeció,
Y en el Dios de mi salud
Mi espíritu se alegró.
Porque te vido humillada
El Señor de las naciones
Te tienen por abogada
Todas las generaciones,
Siempre bienaventurada
SANCTA MARIA.

Virgen que en el cielo alcanzas
La más alta laureola
De las bienaventuranzas,
Y en una alabanza sola
El fin de las alabanzas;
Si se ponen a alabarte
Los ángeles y los hombres
Y si Dios quiere ensalzarte
Con títulos y renombres,
No hay otro como llamarte
MATER DEI.

Para ti más ensalzados
Loores no puede haber,
Ni para los desterrados
Mayor gloria que tener
A los dos por abogados;
Y pues el que está a la diestra,
En prueba de mi derecho
Las llagas al Padre muestra,
Muéstrale tú el sacro pecho
A tu Hijo, Madre nuestra,
ORA PRO NOBIS.

Pídele, Virgen sin par,
Que a nuestros ruegos se humille;
Que no hay cosa que pensar,
Que tú no puedas pedille
Ni que él te pueda negar.

Por el bien de los mortales
Has de ser intercesora,
Y sean tus ruegos tales,
Que nunca dañen, Señora,
Los peligros infernales
MISERIS PECATORIBUS.

¿Qué hacemos, pecadores?
Pues tenemos entre tantos
Tan buenos dos valedores,
Y propicios a los santos
Angeles por guardadores;
Llenos de fe y de esperanza,
Alabemos a María,
Por quien tanto bien se alcanza,
Y los cielos a porfía
Le den eterna alabanza,
AMEN.

G. SILVESTRE.

VIDA Y COSTUMBRES DOMÉSTICAS DE LA VIRGEN

Vistió la humilde Virgen lino y lana,
Honró en su estado al grande y al pequeño,
Ira, cólera o risa, ni por sueño
Mostró tener, ni turbación humana.,
De estatura de cuerpo fue mediana,
Rubio el cabello, el color trigueño,
Afilada nariz, rostro aguileño,
Cifrando en él un alma humilde y llana.
Los ojos verdes de color de oliva,
La ceja negra, arqueada, hermosa,
La vista santa, penetrante y viva.
Labios y boca de purpúrea rosa,
Con gracia en las palabras excesiva,
Representando a Dios en cualquier cosa.

ANDRÉS REY DE ARTIEDA.

La Madre piadosa estaba
Junto a la cruz, y lloraba
Mientras el Hijo pendía;
Cuya alma triste y llorosa,
Traspassed y dolorosa
Fiero cuchillo tenía.
¡Oh cuán triste, oh cuán aflita
Se vio la Madre bendita,
De tantos tormentos llena,
Cuando triste contemplaba
Y dolorosa miraba

Del Hijo amado la pena!
Y ¿cuál hombre no llorara
Si la Madre contemplara
De Cristo en tanto dolor?
Y ¿quién no se entristeciera,
Piadosa Madre, si os viera
Sujeta a tanto rigor?
Por los pecados del mundo
Vio a Jesús en tan profundo
Tormento la dulce Madre,
Y muriendo el Hijo amado
Que rindió desamparado
El espíritu a su Padre.
¡Oh Madre, fuente de amor,
Hazme sentir tu dolor
Para que llore contigo!
Y que por mi Cristo amado
Mi corazón abrasado,
Más viva en él que conmigo;
Y porque a amarle me anime,
En mi corazón imprime
Las llagas que tuvo en sí;
Y de tu Hijo, Señora,
Divide conmigo ahora
Las que padeció por mí.
Hazme contigo llorar
Y de veras lastimar
De sus penas mientras vivo;
Porque acompañar deseo
En la cruz, donde le veo,
Tu corazón compasivo.
Virgen de vírgenes santas,
Llore yo con ansias tantas,
Que el llanto dulce me sea
Porque su pasión y muerte
Tenga en mi alma de suerte,
Que siempre sus penas vea.
Haz que su cruz me enamore,
Y que en ella viva y more,
De mi fe y amor indicio;
Porque me inflame y me encienda
Y contigo me defienda
En el día del juicio,
Haz que me ampare la muerte
De Cristo cuando en tan fuerte
Trance, vida y alma estén;
Porque cuando quede en calma
El cuerpo, vaya mi alma
A tu eterna gloria. Amén.

L. DE VEGA.

Sin esposo porque estaba
José de la muerte preso;
Sin Padre, porque se esconde;
Sin Hijo, porque está muerto;
Sin luz, porque llora el sol;
Sin voz, porque muere el Verbo;
Sin alma, ausente la suya;
Sin cuerpo, enterrado el cuerpo;
Sin tierra, que todo es sangre;
Sin aire, que todo es fuego;
Sin fuego, que todo es agua,
Sin agua, que todo es hielo;
Con la mayor soledad
Que humanos pechos se vieron,
Pechos que hubiesen criado,
Aunque virginales pechos,
A la cruz, de quien pendía
Un rojo y sangriento lienzo,
Con que bajó de sus brazos
Cristo sin alma, y Dios muerto,
La Sola del Sol difunto
Dice, con divino esfuerzo,
Estas quejas lastimosas
Y estos piadosos requiebros:
«¡Oh retrato victorioso,
Donde el Capitán Eterno,
Por dar a los hombres vida
Venció la muerte muriendo!
¡Oh, escala de otro Jacob,
Mas con tres pasos de Hierro,
Tan alta, que por subirla
Pies y manos puso en ellos!
¡Oh, caja de mis cuchillos!
¡Oh, mesa en que estuvo puesto
Aquel soberano Pan
Atravesado en el leño!
Pues solo nos han dejado,
Yo sin Hijo y vos sin dueño,
Consolémonos los dos,
Pues los dos nos parecemos.
Hízome Dios cruz divina
Para nacer de mi pecho,
Y a vos por mayor favor
Para morir en el vuestro.
Pues como a Dios os adoran
Ángeles, hombres y cielos,
Morir en vos fue lo más,
Y nacer de mí lo menos.

Más merecen vuestros brazos
Las horas que le tuvieron,
Que los años que los míos
Le dieron dulce sustento.
Madre suya parecéis
En darle al mundo aunque muerto;
Pero daisle mil Dolores,
Y yo le parí sin ellos.
Leona sois en el parto,
Aunque yo os le di Cordero,
Mas, pues que blanco os lo di,
¿Por qué me le dais sangriento?
Cuando en mi parto no os vi,
Y vos me veis en el vuestro,
Aunque pues fue sobre tablas,
Bien puede pensar maderos.
Bien me llamaron María
Por la amargura que tengo,
O porque vos, nave santa,
Habéis pasado mi estrecha.
Pero puesto que soy mar,
Tanta ventaja os confieso,
Que desde que fuistes fuente
En vuestras aguas me anego.
Fue del Espíritu santo
Mi virgen vientre cubierto,
Para que estando a su sombra
Sufriese el Sol tan inmenso.
Y aquí a la sombra de un árbol
Vivo de mi Sol tan lejos
Que con ser del cielo gloria
Amanece en el infierno.
Huerto me llamó mi Esposo,
Mas no pensé que mi huerto
Hubiera un árbol tan fuerte
Que tuviera a Dios en peso.
Aquel fruto soberano
Fue de mi vientre primero;
Nació como trigo en pajas;
Racimo me le habéis hecho.
¡Oh dulce leña de Isaac,
Llevada en hombros más tiernos!
¡Dadme esa estampa de sangre,
Pues que no me dais el cuerpo!»
Dijo la Virgen María,
Y dándole dulces besos,
Dio rosas y tomó rosas
La zarza verde en el fuego.
Corazón de piedra duro,
Quedad llorando deshecho,

Que la muerte de Dios hombre
Las piedras parte por medio.

L. DE VEGA.